

**“LAS DONCELLAS TOSCANAS”**

HISTORIAS SOBRE EL TRECENTO

VIAJE AL CORAZÓN DEL CIELO

DE

JOSÉ LUIS ESCUDERO VÁZQUEZ

Y POR EL CUADRO DE PROFESORES Y ESTUDIANTES DE LA FACULTAD DE FILOSOFÍA Y LETRAS DE LEÓN. Y PROFESORES DE LA UNIVERSIDAD DE PISA.

Novela en Cuatro Bloques o Partes

Contiene novelas, ensayos, relatos, cuentos, poemas, obras de teatro, sonetos, narraciones, descripciones, viajes, anécdotas y visiones sobre el mundo del Trecento italiano.

Índice al final de la novela integral.

LEÓN, DE 2012 A 2015.

JOSÉ LUIS ESCUDERO VÁZQUEZ

## “LAS DONCELLAS TOSCANAS”

HISTORIAS SOBRE EL TRECENTO

VIAJE AL CORAZÓN DEL CIELO

DE JOSÉ LUIS ESCUDERO VÁZQUEZ

Y POR EL CUADRO DE PROFESORES Y ESTUDIANTES DE LA FACULTAD DE FILOSOFÍA Y LETRAS DE LEÓN. Y PROFESORES DE LA UNIVERSIDAD DE PISA.

## PRIMERA PARTE DE LA NOVELA

### ***“LAS DONCELLAS DE LA TOSCANA”***

SE HA INTENTADO HACER, ENTRE OTROS OBJETIVOS Y PROPÓSITOS, UNA NOVELA COLECTIVA EN TODOS LOS SENTIDOS NARRATIVOS, ARTÍSTICOS, SOCIALES Y CULTURALES.

## EN EL MANANTIAL DE LA UNIVERSIDAD LEGIONENSE

### CAPÍTULO I

Todo comenzó un buen día de mes de Junio, en concreto el día 20 del año 2013, un viernes nublado a veces, y otras con soleado calor, cuando la primavera había dejado ya su falda de niña juguetona y traviesa a la ninfa Calipso, y ahora con ratos lluviosos y otros momentos de cierto calor, ya en vísperas de un enigmático verano, que los augures y profetas del tiempo pronosticaban temperaturas algo más bajas de las normales para estos tiempos que corrían el año.

Y tengo, y quiero ser claro, conciso, elegante y correcto en estos primeros momentos de mi exposición para tratar de atrapar y convencer a un número considerable de lectores, de amigos y amigas, de estudiantes y oyentes, en estas ramas artísticas del saber. Para que ellos y ellas me sigan leyendo y criticando, estos textos escritos en primer lugar para mí afición, pues es una de mis pasiones favoritas, la escritura y el arte, y luego para mostrar al resto de mis lectores que, también, para ellos he preparado estos escritos y textos poéticos, artísticos, teatrales, narrativos, y por qué no con algo de ensayo, pues todo lo he querido reunir en esta amplia novela, sin cuya generosidad, por parte de los lectores, amor ilusión y emoción también por el arte y a la literatura, no me hubieran leído, analizado, divertido en algunos momentos, y seguido hasta el final.

Sí es verdad: erudición, didáctica, filosofía, arte, literatura, música, y política se unen en un contexto de actualidad contemporánea y del mundo del Trecento italiano, donde la diversión y el talante lúdico nos hagan disfrutar de una obra así sugerida y presentada.

Pero esta historia, en realidad había comenzado cuatro años antes cuando el titular de estos relatos comenzó a estudiar la carrera de Historia del Arte para aprender las técnicas, los conocimientos, las teorías, las habilidades y destrezas – como se decían entonces – del mundo del arte. Y cuando el fruto estuviese granado y seguro como maduran las manzanas y las peras en el otoño, después de pasar una primavera risueña y lluviosa, de un verano tórrido y agobiante, y un otoño feliz y esplendoroso, llegar a madurar como lo hacen los frutos campestres con una o dos novelas de tema histórico-artístico, y sobre algún aspecto que al autor le gustase revivir y recrear de la amplia historia del Arte.

Todo ello apostando por usar tanto los conocimientos técnicos y científicos, las erudiciones y saberes sobre como sería la auténtica verdad posible, o la verosimilitud más correcta, como la fabulación de un mundo más que idílico o mitológico sino el cómo pudo así ser, como se puede expresar de una manera más digna, más conmovedora, más segura y dinámica, más sensible y sensual, llena de sensualidad y grandiosa, y mejor conocedora de aquellas época, lugares, artistas y personajes diversos que lo fueron casi todo en el mundo del arte, de la literatura, de la historia, de la política y de los movimientos religiosos que por aquella época tenían lugar.

Pero como dijo Miguel Ángel Buonarroti sobre las tumbas de Guiliano de Medici, duque de Nemours, y el otro Lorenzo de Medici, duque de Urbino, hacia 1530, portentosos personajes que impresionan y asombran por sus mismos pensamientos y meditaciones, por sus actitudes y resoluciones, entre esas musculosas esculturas que en la Capilla Medicea de san Lorenzo en Florencia, nos muestran a esos personajes de la historia y del arte: “Quién sabrá dentro de mil o dos mil años cómo eran en realidad estos magníficos señores del Renacimiento italiano”.

## LAS DONCELLAS TOSCANAS

---

Así de la misma manera me he propuesto usar la historia y el arte, más la excelsa poética y literatura para hacer esta novela, como un artesano que ya quiere ser como un artista del mismo Renacimiento, completando con el Humanismo italiano, donde la sabiduría, arte, y la profesión de escritor vengan dadas por la inteligencia, la buena práctica artística, el talento constante, y el buen uso del lenguaje literario.

¡Qué Dios quiera de verdad que todo así sea!

Ahora – como estaba diciendo antes - ya llevaban mis espaldas cuatro años de estudios intensivos de Grado en Historia del Arte, en la Universidad de León, y en concreto en su Facultad de Filosofía y Letras, con una buena pléyade de profesores y catedráticos, selectos hombres y mujeres expertos y eruditos, muy consagrados próceres en la sabiduría y en la práctica de su profesión universitaria, con su vocación en la docencia y en la investigación artística y de patrimonio cultural, y con sus innatas virtudes de enseñanza y orientación cultural y artística que la vida universitaria deseaba encontrar.

Las clases lectivas de la Facultad de Filosofía y Letras, en ese mes de Junio de 2013, habían terminado hacía unos días. Las variadas pruebas prácticas de cada asignatura, y de las Presentaciones rigurosas de los Seminarios, ya casi habían acabado para entonces en su primera convocatoria. También los exámenes teóricos y de clases estaban a punto de terminar tras jugarse un 50% de su nota final, y haber tenido que desarrollar, por lo general, con un comentario y análisis completo de unas diez imágenes o diapositivas, y uno o dos temas con respecto al temario de cada asignatura.

Los estudiantes enfrascados en días anteriores en las Bibliotecas de cada centro académico y en la Biblioteca Central de san Isidoro, iban y venían atiborrados de apuntes, de notas y de libros, enfrascados en sus pensamientos y vicisitudes cotidianas, suspirando por tiempos mejores y más alegres, y no los que se estaban viviendo de

recortes económicos, vida académica llena de obstáculos a saltar, de esfuerzos económicos con Beca recortadas por Presupuestos Económicos recortados, para proseguir, no sé cómo, y no se saben cuántos estudiantes abandonarían sus estudios por problemas económicos, que la crisis europea y española, si no lograba despegar, y no podía o querían abiertamente abrir nuevos caminos donde la enseñanza universitaria fuera la proa de una gran embarcación que navegase con intereses educativos y culturales hacia un progreso, bienestar y riqueza de todos, siendo la cultura y la educación prioritarias en un contexto social abierto y despejado.

¿Y quién eres tú, narrador de cuentos y leyendas, poeta desconocido, que dices conocer estas cosas del tiempo meteorológico, y de estas otras necesidades económicas que subyugan y escarnecen a un gran número de estudiantes y de ciudadanos de este País llamado España?

Y, ¿quién te da, pues vela en este entierro?

Pues mira, bien te lo voy a contar, En mi última y lejana novela, esa que titulé “Águilas sin Almas en Nueva York” subtitulada “Odisea en Nueva York”, tenía como una referencia aquella histórica, abierta y elogiada aventura de Ulises por el Mar Mediterráneo, tras su regreso de la Guerra de Troya hacia su patria Ítaca, donde Penélope le esperaba ansiosa de vida y bienestar, y de recobrar un trono regio que los futuros pretendientes le habían arrancado como se arranca una rama sin más de la antaño robusto gran árbol, y así tejiendo y destejiendo la tela de su enmarañada vida, y esperando el casi inesperado regreso de Ulises, para poner firmes a los osados pretendientes, y dar ley y orden aquel reino y hogar de todos, en aquella lejana patria, perdida en una isla cercana a la Grecia continental.

Así, pues, de la misma forma y manera, iba a tomar como referencias geográficas e históricas, y también culturales y literarias, a “La Divina Comedia” de Dante Alighieri,

con sus primeras manifestaciones humanísticas, con su “Vita Nuova”, su gigantesca altura de mira virtuosa, sus ejemplares discursos y acontecimientos, su simbolismo humano y religioso, su convergencia entre razón y fe, y su magnífica obra poética, ejemplo de la buena representación literaria. Una alegoría de la ascensión del alma hasta alcanzar la beatitud eterna llevada de la mano y de la gracia de Beatriz, y de la razón del romano Virgilio para ver y descifrar los misterios del hombre.

### **CAPÍTULO II**

El Catedrático está ilusionado y contento. Es un hombre serio, bueno pero no bonachón, pausado como el devenir del sol y del tiempo. “El Cátedra”, como le llamaremos a veces, es una persona inteligente, prudente y disciplinada, – y nunca mejor dicho pues entre sus cualidades destaca el ser un gran erudito como si aquellos sabios de Grecia fuesen los que le emulasen y le siguiesen.

También se diría como escribió el buen don Camilo José Cela sobre su viaje a la Alcarria sobre el Viajero, y que aquí el Catedra llevaba también preparando este viaje a la Toscana hace un tiempo – y a los lugares de Italia donde Cimabue, Giotto, el literato Dante Alighieri y el bondadoso de Francisco en Asís, (Assisi en italiano) vivieron sus cotidianidad y sus vidas. Con esas figuras y personajes que iluminaron sus mundos y sus épocas con mensajes y enseñanzas diferentes a las oficiales del momento, impuestas por las jeraquías civiles y religiosas, con vidas ejemplares y no rutinarias, con vivencias distintas y nuevas.

Por ejemplo, el pintor del Trecento italiano, Giotto, modificaría y cambiaría como se cambia uno de camisa todos los días de la semana, y luego, realizaría y reivindicaría una nueva concepción del arte, un primer y nuevo Renacimiento italiano, envuelto entre los siglos XIII, entre un gótico amoldado a los genes de Italia, que es decir, suave, ligero y tradicional, olvidándose de las trazas y de los las maneras de hacer y de trabajar lo “bizantino”, o de lo también llamado “griego”, iconos e ilustraciones donde la mano antigua de una hierática, encorsetada e indolente figura, prevaleciese por encima de una expresión real o natural, de un gesto deseado, de una ilusión satisfecha, de un mensaje dramático o mundano.

El Cátedra trabajaba en esta expedición académico-artística con el entusiasmo y la vitalidad que da enfrentarse con una aventura nueva, intelectualmente novedosa, álgida, atrevida, y hasta escalofriante como si una película de Hitchcock se tratara.

El “Cátedra” se llamaba Manu Velasco, un egregio personaje de la Facultad de Filosofía y Letras de la Universidad de León, un tipo recio, fuerte, altivo pero muy humano, con ojos azulados de tonalidad celeste, como si fueran lapislázuli con que pintar los paños de ese color en los frescos de Miguel Ángel en la Capilla Sixtina, con un magistral semblante muy abierto, redondo y carismático, con el cabello cano, de edad rondando de sesenta y tres años, o un poco más. Iba siempre muy bien vestido, con su chaqueta marrón y sus anchos pantalones grises, así como su corbata rojiza a modo de profesor universitario lleno de ímpetu juvenil, versado en artes medievales europeas, con un traje ideal para viajar al extranjero y enfrentarse a las distintas necesidades y vicisitudes que la campaña podría acaparar y tener.

Una particular y especial expedición - diría el “Universitas” -, otro personaje de la vida académica leonesa que llevaba el encargo de hacer una crónica, memoria o informes detallado de esa magna expedición en busca de la verdad y de investigar las vidas, las



## LAS DONCELLAS TOSCANAS

---

obras y el devenir histórico de personajes del siglo XIII como fueron tanto Francisco de Asís, o posteriormente: la figura carismática Cimabue, la de Dante o el pintor Giotto.

Para encauzar las figuras literarias llevábamos también a un experto becario del departamento de Literatura Hispana, ducho en estos asuntos, pues había escrito dos libros, una novela titulada “Tiempo de Ingravidez”, y un libro de relatos y cuentos, “Alma sin cielo”, un joven que quería ser profesor universitario, como era don Pablo de Santiago Bermejo, cuya edad de veintisiete años, hombre de cabello moreno, ojos negros y brillantes, cuya estatura, alta y delgada, le daba un aspecto de fuerte personalidad y coraje.

Podríamos seguir los pasos de la Odisea de Homero, sus distintos pasajes amorosos y de violenta crueldad con un Polifemo salvaje y despótico, cruel y sanguinario. Pero, en esta novela colectiva, vamos a centrarnos, quizás al principio, porque luego los acontecimientos reales que allí ocurrieron nos llevaran por otros lares, por otros vericuetos y otras distintas emociones, sentimientos y calladas sensaciones.

Seguiríamos los pasos de hacer camino al andar como en el Viaje a la Alcarria, con Camilo José Cela, con este viajero siempre pisándonos los talones de los pies, o bien, correríamos ligeros y pensativos, empapados por la Lluvia Amarilla de Julio Llamazares por esos intrincados vericuetos y senderos de un paisaje perdido ya en el tiempo y en la memoria de sus habitantes, lugares cuajados por la nieve y el olvido, pero aún llenos de frutos frescos, que en primavera surgirían unas abiertas y desconocidas flores de lirios y de albahacas en un rincón de un valle pirenaico.

O, más bien seguiremos las rutas de otro modelo literario, podría ser un enlatado Marcel Proust, un enquistado Kafka en sus enigmáticos insectos, o un derruido, o diluido panorama lingüístico de un William Faulkner con sus lejanos villorrios, o el extravagante y nauseabundo W. Golding con el Señor de las Moscas en un África insufrible. Pero, no creo que las rutas sean la medida, la caminata así. Primero empiezas tu camino con voluntad, ingenuidad y abierto talante. Pero, luego, es el propio sendero el que te marca tu camino, tus senderos, tus ideadas ensoñaciones, tus deseos por conquistar el mundo, tus sinceras y emotivas palabras, tus sentimientos que llegan ordenados, y tus anhelados pensamientos capaces de conquistar el Everest una y mil veces.

Además, ¿por qué soñar con la lectura de uno, mil o dos mil lectores, cuando las páginas de libros y revistas se encuentran pululando por la Red y por los intersticios desconocidos de Internet como una corriente de agua desbocada por una inusitada tormenta que arrolla todo a su paso?

Pero, bueno, todavía no hay diálogo ni narración propia, aún no vemos la historia de esta desconcertante expedición o aventura en plan de visitar y de comprender y aprender de la Toscana italiana, con aquellos ilustres genios, aquellos artistas de gran talento y sabiduría.

Todavía no sabemos nada de sus protagonistas, ni de sus vidas, todavía vivimos los antecedentes de su historia. Mas lo conseguiremos, no lo dudéis.

## CAPÍTULO III

El Catedra Velasco estaba absorto en su trabajo diario, unas veces con informes, memorias y actas del departamento, y otras con trabajos de alumnos y alumnas que habían presentado para su evaluación semestral, o bien, de corrección de exámenes de las diversas asignaturas que tenía que dar en la Facultad a lo largo del curso académico, ya según los Planes de Bolonia, y entre sus disciplinas del currículum de Historia del Arte sobresalían aquellas materias que le eran más de su agrado como solían ser Introducción a la Historia del Arte, Arte medieval europeo, en sus versiones prerrománicas, (donde tenía gran devoción y entusiasmo por el arte asturiano, contemporáneo del arte de Carlomagno), la románica o la gótica, o Iconografía religiosas, y con ciudades y de urbes cuyo arte y culturas eran primordiales.

También el pensamiento intelectual del cátedra – pues él era una persona muy del gusto investigador y artístico, un excelente doctor activo – discurría entre ideas y proyecto llenos de emoción universitaria como de franca ilusión investigadora, ya debido a su edad y a su experiencia en el campo universitario, por un original viaje a Italia como si de un largo viaje de fin de carrera se llevase a término felizmente, y a cabo con invitados del Erasmus o Becarios comprometidos con los estudios tanto artísticos como literarios. Todo ello también patrocinados por la Fundación de Caja del Bernesga-Torío, más conocida por Fundación Caja León, una institución benéfica y con fines culturales, que se había desgajado de la Obra Cultural de la antigua Caja España.

El Catedrático movía suave y ligera su enorme y sabia cabeza de doctor en artes y patrimonios artísticos como si sus pensamientos e ideas fueran como cánticos de alondras y

mirlos que se responden a ellos mismos como una cascada saltarina entre las húmedas y grises rocas del abrupto arroyo, cuyas aguas transparentes y cantarinas iban y venían sin parar desde las montañas.

Desvió por unos instantes su mirada perdida en el ordenador de su despacho número cuatro, en su departamento de Artes y Patrimonio, para decirse a sí mismo, en voz muy baja, como intentando disimular su pensamiento antes de la esperada entrada de su compañero de expedición, y amigo personal, el doctor Jota Ele Wenceslao:

- Tanto trabajo, no sé si sería bueno para mi salud y para mis años. La expedición me gusta y los objetivos son excelentes aunque el viaje por lo general es algo arriesgado. Me disgusta el que aún no esté cerrado en número de nuestros expedicionarios.

El Cátedra Velasco se levantó inesperadamente de su asiento giratorio de sofisticado diseño con brazos de acero y espaldar de fieltro azulado, para coger unos papeles y documentos de encima del armario con libros que tenía enfrente.

- No es posible que yo mismo me halle metido en estos berenjenales, a mi edad, tendría que haber rechazado la oferta conjunta que me ofrecieron la Universidad de Pisa y la Fundación Caja León. Tendría que haber delegado en otros compañeros. Pero ahora ya es tarde. Son muchas cosas las que hay que llevar, muchos los problemas todavía no resueltos. La metodología aún no bien diseñada, la programación de la expedición todavía en base incipiente, etc.

En estos menesteres estaba el cátedra, y con estos pensamientos fluyendo de aquí para allá, con cierto brío y fogosidad, propia de él, porque así era también su carácter

particular y su conciencia intelectual, pero, también, a veces, con cierta frialdad y desorden.

Contempló, ahora sí, con cierto desasosiego y nerviosismo el reloj dorado de Festina, modelo “Sophir”, anudado en su gruesa y madura muñeca cuyo erizado vello delataba una edad madura, él que era una dicha de tranquilidad y serenidad en momentos no de agobio ni de oportunidad. Son ya las diez y cinco, y Jota Ele aún no ha llegado con los datos de los estudiantes. Tengo que comunicarme con Pisa para darles los nombres y apellidos de nuestros representantes...

En estos momentos se abrió la puerta y una persona de su casi misma edad, un poco más joven de edad, penetró en el despacho con un manojito de documentos en sus manos y con una mirada risueña y casi irónica, como diciendo en buenos menesteres y jaleos te has metido, con que nuevos trabajos has ido a parar. Era el doctor Jota Ele Wenceslao. No obstante, el compañero también confiaba en que la ilusión y su eterna vocación de investigador y hombre docente universitario de Manu, valía la pena emprender este tipo de viaje en busca de las fuentes y de algunos nuevos conocimientos del Trecento italiano, volviendo a una época histórica aún menos conocida que las posteriores sobre el Quattrocento o el Cinquecento, pero asimismo muy fascinante e interesante. Y que seguro que en el fondo de la expedición, la curiosidad, lo novedoso, una nueva concepción de análisis, o el deseo de investigar, de encontrar antiguos vestigios o legados, restos o documentos históricos a un proyecto tan original y novedoso, bien valdría la pena.

- ¡Hola, Manu!, ¿qué tal te va?
- Aquí, devanándome los sesos.
- Qué es lo que no te sale...

- Creo que al proyecto le falta los informes económicos - dijo don Manuel Velasco mientras se levantaba de nuevo para tomar unos informes del otro lado de la mesa.
- Si te puedo ayudar en algo...
- Pienso que... (se paró por unos instantes como intentando tragar la poca saliva que le quedaba en esos momentos en la boca). Creo que no va a haber dinero para el fresco proyectado como colofón por el artista Abelere sobre el Juicio Final.
- Pero eso será algo nuevo y muy interesante – dijo su compañero con objeto de ayudarlo en la tarea marcada.
- Crees que será un buen Programa el que nos hará Abel en su mural –continuó el cátedra – con cierta desconfianza hacia su antiguo alumno, metido ahora a pintor de Murales en iglesias o en paredes o techos tanto sacros como civiles.
- Su paleta es muy buena, su idea es muy positiva, su fama así lo acrecienta. Pero, ¿habrá dinero para pagarle al final? Tendremos que pagárselo a plazos...
- Bueno, lo importante es que haga un buen trabajo, y tendrá que tomar modelos de los temas del mismo Giotto en sus basílicas, de Miguel Ángel en su capilla Sixtina, o de Signorelli en las capillas de la catedral de Orvieto.
- Descuida que eso ya lo sabe él bien. He visto el proyecto y me parece apto y muy sugerente, aunque tendrá que dar los últimos toques a la revisión final.

Abel Abelere, su nombre artístico, era un joven artista italo-español, que ya había pintado murales en las paredes de varias iglesias de España y algunas en Francia. Era un hombre de unos treinta y dos años, de madre española y de padre italiano,

formado en los talleres de la zona de Figueras, en Gerona, teniendo sobre todo por su maestro a Salvador Dalí.

- No podemos contentar a todos – dijo con tono seco y serio el Cátedra mirando a su amigo con un semblante cabizbajo y atemperado por la experiencia docente e investigadora, y un cierto desánimo acusado en sus palabras –, y no podremos contentar a todo el mundo porque eso será imposible. Ya sabes que cada uno es hijo de su madre y de su padre.
- Los grupos ya están casi formados – pero tendremos que ajustar al “Universitas” que ha llegado al final.
- ¿Al “Universitas”?
- Sí, hombre – dijo el profesor Jota Ele con cara también de cierta sorpresa, y una casi descarada sonrisa sarcástica.
- Qué pasa, ¿que no le admiten los grupos?
- No lo sé bien. Sabes que casi todos están formados por una mayoría femenina... Y ya sabes..., si cuadras bien o mal en cada uno... Pero, Julio Luis del Alba ha estado en ambos grupos en otras ocasiones.
- Sí, en ambos grupos estará bien. Dejémosle unos días haber hacia donde se define, o se inclina nuestro amigo.
- Está bien, miremos estos papeles que traes entre manos.

Y ambos profesores, que eran amigos de toda la vida, tomaron cada uno la mitad de los documentos para analizar y estudiar las cuestiones que se traían entre manos, es decir, las señaladas tareas y sus analíticos pensamientos sobre este trabajo, mitad artístico, y mitad literario.

## CAPÍTULO IV

Es imposible saber quien es el autor original. El que crea las tramas y las fábulas en una novela, narración o relato. A veces, el autor de los textos escritos, de cualquier texto, se pueda mantener al margen. De una manera directa o indirecta siempre está presente en el tema, es decir en la obra. Cómo no saber si un cuadro es de Dalí o de Picasso, si un texto es de Cervantes o de Góngora, si una escultura es de Donatello o Miguel Ángel.

Por mucho que camuflemos una obra siempre aparecerá la mirada, el genio, el talento peculiar de un artista, la pluma o la tinta de tal o cual persona, el pincel o el cincel de esos artistas, que algunos llamarán, corriente, tendencias, mano personal, movimiento pictórico, estilo o personalidad, eso que cada artista imprime a la obra con la fuerza de su cincel, o con el genio de su pincel, a la energía deliberada y derrochada en sus pluma o de sus palabras. Todo ellos servido con su paleta colorista, con la forma lingüística, con el trazo o el diseño, todo va unido a su vida, a su misterio, a su conciencia. Un destino que se hace con energía, con pasión, con talento.

Todos queremos agradar, hacer feliz a la gente y divertir al público. Como dijo más de una vez el escritor argentino Jorge Luis Borges, que explicaba que todo debe ser hecho con arte. O como decía su hermana Nora que el Arte debe ser hecho con pasión y destreza para que se consiga la felicidad, la paz, el bienestar con ello.

Por eso también aquí, en esta expedición, en busca de un nuevo sentido al Trecento, de buscar nuevos significados a ese periodo artístico llamado Trecento italiano, hay



que poner cierto arte, cierto orden, un adecuado énfasis, una agradable serenidad, y una cierta búsqueda de calidad estética.

Es verdad que aunque el autor o narrador omnisciente no quiera aparecer en su obra, su espíritu oculto siempre saldrá a relucir por un lado o por otro. Su impostada alma irá unida a su cuerpo que se esfuerza en hablar de todo, llenarlo todo de misterio, de vida, de pasión, de esfuerzo o de atención interés o de fracaso por algunas cosas, derrota o dubitación por otras. De una manera o de otra siempre estará ahí el escritor o autor presente o ausente, pero ahí en su raíz original.

Jota Ele Wenceslao era un hombre de Universidad: larga barba canosa, ojos brillantes y medio saltones, cabello grisáceo ennoblecido por los largos años de cátedra, de docencia, de investigación y de expediciones culturales y artísticas a lo largo del mundo, pero, sobre todo de Europa, determinando que el Mediterráneo era su fuente y su destino primordial, ya que era experto en arte antiguo, en griego y helenístico, en arte egipcio y en arte romano, así como en toda la zona de Oriente Medio.

Jota Ele era una persona universitaria comprometida con la calidad de la enseñanza, con un anhelado desinterés por que las cosas funcionasen muy bien, justo en sus notas de evaluación, y en el fondo un hombre sincero, lleno de sensibilidad, y defensor a ultranza (aunque otros profesores no lo vieran así) de sus tesis de que todo ya había sido dicho o hecho antes en Egipto y en Mesopotamia.

Y aseguraba que el resto de religiones o creencias habían tomado o plagiado las fórmulas y los ritos de los antiguos egipcios como eran las leyendas de Isis y Osiris,

de Horus o de Amón-Ra para configurar luego unas nuevas génesis de religiones tanto cristianas como de otras sectas o movimientos religiosos. Todo ya había sido dicho y realizado en el País de los Faraones y en las tierras fértiles de Mesopotamia, entre los ríos Éufrates y el Tigris.

Pero vayamos al cuento, al hilo que hizo la bella Ariadna para que el valiente e intrépido Teseo en el Laberinto de Creta para que su amado pudiese salir indemne y vencedor de feroz y salvaje Minotauro. Que luego los lectores se aburren con muchas palabras aunque estas tengan sapiencia y que deben tener también si quieren se leídas y escuchadas con placer y alegría, con divertimento, curiosidad, con elegancia y amenosidad.

Decía Marco Aurelio en sus “Meditaciones”, que “la felicidad se caracteriza por un autodomínio de sí mismo con respecto a los demás, por la constancia en sus hechos y en sus querencias, por su sencillez en sus resoluciones y en su propia vida”.

Pero volvamos a la actitud de nuestro hombre. Al comportamiento de J. L. Wenceslao, un profesor callado en el hacer y rotundo en el decir y en el explicar las lecciones o trabajos de su competencia.

Un hombre honesto y honrado como también lo era su amigo, el Cátedra, don Manu Velasco. Dos hombres de una generación culta, erudita e intelectual. llenos todavía de grata savia, de verdadera sabiduría, hombres completos como los del Renacimiento. Y que poco a poco van desapareciendo de la esfera universitaria por la suma especialización de materias.

Pero oigamos hablar a nuestros personajes, que es lo realmente les da vida, lo que expresan con su actitud vital, lo que defienden con honor y energía, lo que hacen de la pasión de sus conocimientos un modelo a seguir para todos.

Y así fue como este hombre de unos cincuenta y tantos años se dirigió hacia el Aula 16 donde le esperaban para ultimar detalles y dar varios comunicados, los miembros de esta nueva expedición a la Toscana italiana, no en busca del “vellocino de oro”, sino de una más magistral hazaña, que era realizar algo más que una tesis doctoral, algo más que una memoria histórica o artística, confeccionar una gran obra colectiva, con los restos históricos, con los legajos y documentos inéditos que encuentran con las vicisitudes de obras artísticas que aquellos geniales y magistrales pintores del Trecento, como Giotto, Cimabue, a Arnolfo di Cambio, a Pietro Cavallini, y hasta el propio Maestro de Isaac, hicieron y plasmaron en frescos, cuadros o lienzos.

Pero, es que había otras cosas más que ahora se lo iba a comunicar a estos estudiantes, a estos becarios, a estos entusiastas de la investigación, preparados para realizar una tarea conjunta en literatura y en arte. Era una nueva línea de investigación sobre la obra de Giotto, y analizar algunos pormenores y descubrimientos sobre el pintor toscano. Porque ahora unos expertos o historiadores del arte dicen que muchas obras no fueron auténticas de Giotto, en las basílicas italianas de Asís, y otros críticos e investigadores le niegan su autoría global. Pero él tal Giotto, ¿no sería solo el ideólogo y el diseñador de todas las composiciones? ¿No era, quizás, solo el plasmador de las ideas, el diseñador de situaciones, personajes, escenas y detalles, y luego, en su taller, el resto de discípulos, aprendices, colaboradores darán unidad a las escenas que el Maestro Giotto daba e interpretaba

para que otros continuasen y acabase la tarea, siendo solo él mismo el genio y el artífice de toda composición pictórica?

El campo de investigación y de análisis, o de creación de nuevas situaciones, incorporando relatos nuevos o historias descubiertas, era muy amplia y no estaba exento de vida, de aventuras y de divertimentos.

Revisado el 21 de agosto, viernes, de 2015

## **CAPÍTULO V**

Cuando el Profesor Jota Ele entró por las puertas de aquel aula, - aula cuyos asientos eran casi todos iguales en más del noventa por ciento de la Facultad, unos bancos corridos con sillas acopladas e individuales, pupitres horizontales, con tonalidad entre pardusca y grisácea, más tirando casi a marrón oscuro que a otra cosa, y no tan incómodos como pudieran parecer en un primer momento.

Jota Ele Wenceslao cuando acabó de sentarse observó que los dos grupos seleccionados ya habían tomado posición a ambos lados del aula, allí donde el pasillo central dividía a su vez en dos los asientos, dejando un espacio o pasillo de separación entre ambas mitades del aula. Era un aula dedicada por lo general a historia del Arte.

El grupo A – o del “equipo Azul”, como ya se había tomado la decisión de denominar a los estudiantes de cuarto curso de Grado en Arte, que precisamente acabarían ese curso la carrera -, que ellos a su vez se habían llamado los de “Cimabue”, porque se habían comprometido a reivindicar y a prestigiar la figura de ese artista. Eran nueve estudiantes, entre alumnos y alumnas, que voluntariamente querían participar en esa especie de aventura cultural y artística. Tenían que estudiar y comentar las obras y la vida no solo de Cimabue sino de Dante Alighieri.

Al otro lado del pasillo central de la clase estaban callados y pensativos los miembros o componentes del grupo R, o el “equipo Rojo”. Eran siete alumnos y alumnas de tercero de Grado, más el estudiante apodado el “Universitas”, por ser mayor ya en edad. Y se habían propuesto conseguir el renacer o el “Renacimiento” no solo de Giotto, sino también de san Francisco, el del “poverello” de Asís, y el de Giovanni Boccaccio.

La competencia siempre es buena, incluso en estos lares de suave y ligero enfrentamiento entre Cimabue y Giotto, y por otro lado entre Dante y Francisco de Asís o Boccaccio.

- Os voy a dar una noticia que os gustará mucho. dijo de pronto el Professor J. L. -  
Es una sorpresa muy a tener en cuenta. Se trata de la participación de un grupo de la carrera de Audiovisuales, de cinematografía italiana, de la Universidad de Pisa, que ellos realizar una obra de teatro que sería montada como un filme para completar esta expedición, si es posible hacerlo, y no solo divulgar por un libro

estos acontecimientos sino una película sobre lo que vosotros vais a tratar. ¿Qué os parece este hecho?

Los chicos y las chicas se quedaron por unos segundos algo atónitos. Todos estuvieron callados y algunos se miraban entre ellos y ellas medio consternados. Eso estará muy bien.

En estos momentos entró en clase la profesora coordinadora entre ambos grupos, así como de ambas Universidades. Era la profesora Alma Castiella, una ejemplar docente, trabajadora y excelente profesora, perteneciente al Departamento de Arte y Patrimonio.

Alma Castiella era una mujer excepcional en su trabajo, con esfuerzo por llevar a la perfección las clases. Excelente en su comportamiento con las demás personas. Mujer indómita, callada, consecuente con sus actos académicos. Su estatura era de tamaño mediano. No era alta pero su espíritu y talento sí era de altura y de buena calidad.

Su cabello casi rubio le hacía parecer más que una estética imagen de una Venus griega, a una heroína nórdica como una Walquiria escandinava. Tendría sus defectos como cualquier persona humana, pero eso no era óbice para ofrecer un currículum muy extraordinario.

Era una mujer de ojos azules y risueños, con más brío del que aparentemente se le podía imaginar por su aspecto exterior, y en su contacto personal con ella se le veía esa energía, esa vitalidad que hemos descrito con anterioridad.

Le apasionaba el arte suntuario y los manuscritos o códices del prerrománico, y de los aspectos del románico relacionados con artes de orfebrería, de pinturas, de mosaicos bizantinos, etc.

## LAS DONCELLAS TOSCANAS

---

Era una experta en manuscritos del siglo X, de esos viejos códices iluminados que en monasterios cristianos de la edad media se había confeccionado, como habían sido los Beatos – así llamados en esa época – como los de Liébana, el de Gerona, los de León, o el de san Miguel de Escalada, etc.

Tenía cierta amistad y química con el grupo de profesores del departamento relacionados con el arte medieval y europeo.

Por eso siempre mostró cierto entusiasmo e interés en hacer que los estudiantes universitarios utilizaran y aprovecharan todos los medios escritos y digitales, y quería y manifestaba siempre que podía que los estudiante utilizaran la Biblioteca del departamento de Arte y Patrimonio Artístico con sus libros y manuales, con sus medios y materiales, para que todo rewertiera en una mejor educación y enseñanza del Arte.

Por eso cuando ese día se presentó ante esos estudiantes que iban a ser becados en esa investigación y trabajos compartidos entre la Universidad de Pisa, en Italia, y la de León, en España, porque le placía explicar y desarrollar los motivos de ese viaje tan especial, y porque le gustaba la labor docente, y ahora en esa labor investigadora y de análisis de aquella época del Trecento, época donde todavía los documentos y las fuentes históricas tenía que reusarse por legajos y documentos antiguos.

En aquel tiempo, los artistas y artesanos que trabajaban en la pintura, en la escultura, la orfebrería o la arquitectura, estaban considerados como meros instrumentos de Dios y de la Iglesia. Sus nombres y la autoría de sus trabajos realizados no eran tenidos muy cuenta por las comunidades religiosas o eclesiásticas, ni los exponían para una posterior identificación de sus obras, salvo casos excepcionales contados con los dedos de las manos, sino que todo debía ser hecho en beneficio de la iglesia y para la honra y la

dignidad de la misma y de Dios Padre. Por eso el anonimato de las obras artísticas eran tan frecuentes y todo hecho por amor a Dios.

## CAPÍTULO VI

Cuando la “Profe” Alma se dispuso a dar, en unos folios, unas singulares notas escritas, un texto primordial sobre los artistas, pintores sobre todo, sobre los que se iban a trabajar y a estudiar en el proyecto en cuestión, para dárselo a leer a ambos grupos seleccionados, explicando en ellos algunos pormenores sobre los pintores seleccionados y literatos elegidos, textos y apuntes para el estudio e investigación que se iba a llevar a cabo.

Estas notas – desarrolladas por la “Profe” de arte – tenían la forma de un “guión”, breve y preciso esquema, en el que se mencionaban algunos de los hechos y acontecimientos de la vida de los artistas a tratar, y en este caso, sobre la de Giovanni Cimabue, el pintor florentino que descubrió en el campo a Giotto al equipo A, o “Azul”.

Y de la misma manera le hizo llegar una breve disertación al equipo R, o “Rojo” sobre el mismo Giotto y su taller florentino.

Alguien mientras ojeaban las notas de la “Profe”, llamó suave y llanamente con los nudillos de su mano derecha en la vetuada madera de la puerta de entrada al aula, en la que se desarrollaba esta sesión informativa sobre esta aventura mitad artística y la otra parte literaria, y luego, penetró lenta y sigilosamente en el aula, colocándose al lado del



resto del profesorado allí asistente. Era la profesora María Almedina del Departamento de Filología hispano-latina de la Universidad de León.

La profesora de literatura medieval española y universal, María Almedina era una mujer alta y espigada, de aspecto moreno y de mirada inocente y segura, con sus labios frescos y dulces al hablar con palabras melodiosas, expresiones y dicciones que enamoraban a muchos alumnos de tercero que estaban matriculados en sus asignaturas. Tenía una expresión sencilla y segura, manos delicadas y bien cultivadas, con uñas femeninas largas pero muy cuidadas y pintadas, como cuadro de belleza femenina. Su tez sonrosada y tersa, daba la sensación de ser una mujer aparte de llena de sensibilidad muy intelectual y luchadora, y cuando impartía sus clases se apreciaba una amena y agradable docencia.

Ella mostró al equipo “R” o “equipo Rojo”, los primeros pormenores de la vida de Francesco de Asís, de Dante Alighieri y de Giovanni Boccaccio como en un libro de literatura medieval italiana.

Estas fueron luego las breves palabras de María Almedina:

- Estas notas son solo los primeros pasos a seguir, y el comienzo del proyecto que hemos titulado “El RENACIMIENTO DEL TRECENTO”. Aquí os hemos diseñado las primeras bases, y más bien habría que decir, fases, con las que comenzareis a trabajar e investigar.

Luego la otra ilustre “Profe” Alma Castiella, también les dijo con palabras cargadas de pasión y entusiasmo:

- Tendréis que saber que aunque el viaje es a la Toscana italiana, lo cierto es que el trabajo lo empezareis ya aquí en las bibliotecas univertarias de la Universidad

de León, con ciertas aportaciones de literatura y de estudios artísticos como ya os habrán dicho en estas sesiones.

Ambas profesoras, Alma y María, una de arte y la otra de literatura, asesorarían a ambos equipos, cada una en su especialidad, y colaborarían para ayudarles a resolver las cuestiones y temas que ellos, los componentes de cada equipo, fueran encontrando cada uno en sus materias respectivas.

Los estudiantes se pusieron a leer las dos o tres páginas de cada grupo que independientemente, versaban unas sobre la vida de Cimabue en el equipo A, y la otra sobre Giotto en el equipo R, de una manera informal y amena.

Más un apéndice que les había preparado sobre literatura medieval realizado por María Almedina sobre Dante y al otro sobre Francisco de Asís y Boccaccio.

Los alumnos y alumnas del equipo A, y cuyos componentes se dispusieron a leer en silencio el breve y sencillo relato de la vida de CIMABUE, que la profesora Alma les había escrito y resumido así:

“En la ciudad de Florencia, allá, por los años 1240 nacía de la noble familia de los “Cimabui” un niño, llamado luego Cenno di Pepo, que sería uno de los primeros precursores de la nueva pintura italiana, que aunque influido por las corrientes bizantinas del siglos anteriores comenzaría a superarlo dando más plasticidad a sus composiciones pictóricas, una abierta y moderna tridimensionalidad y dinamismo en las figuras representadas.

Pero fue en su niñez y adolescencia cuando su vocación pictórica se dejó notar y cuando su padre le enviaba a la escuela de un maestro pariente – según nos narra

## LAS DONCELLAS TOSCANAS

---

Giorgio Vasari en su libro “Vida de grandes artistas”– que daba clase en el convento dominico de Santa María de Novella, en Florencia, el muchacho pasaba el día pintando en los libros y en hojas, o cuadernos, multitud de imágenes y dibujos, pues era notorio que su naturaleza de pintor así lo indicaba, y su instinto natural era grande para realizar figuras de hombres, caballos, edificios y otras cosas llenas de fantasía y deleite, donde daba rienda suelta a su imaginación y creatividad.

Y luego, cuando ya la adolescencia le indicaba su fervor y entusiasmo por la pintura, se escapaba de las clases para ir a los talleres de los maestros pintores bizantinos – griegos, eran llamados por aquel entonces – y verlos trabajar allí en su oficio de artesanos era para él una delicia y fuente de placer y de emocionante dicha. Entonces su padre decidió que aprendiera ese oficio donde diera rienda suelta a su desbocado entusiasmo por la pintura. Y en esta fase de aprendizaje ya Cenno di Pepo – Cimabue para los amigos – consiguió superar el ritmo hierático, uniforme y clásico de los pintores bizantinos con sus iconos e imágenes delineadas y formales. Y comenzó a mejorar en el dibujo y en el color aplicado a sus propias imágenes.

Porque los maestros procedentes de Bizancio, y ahora enseñando en Italia, estaban acostumbrados a una manera simbólica, llena de abstracción y de espiritualismo, con las figuras humanas sobre suntuosos fondos de oro, y unos nimbos perfectos con su mágico círculo divino, figuras con sus moldes y personajes como básicos modelos iconoclastas.

Una misma e idéntica expresión en los ojos dulces, serenos y abiertos de María o de los santos, una misma sencillez, pero muy sublime, en sus manos, y una hábil destreza en su paleta. Mas todo ello, sin duda, anclado en el tiempo pasado como una extasiada escultura marmórea del periodo arcaica griego, y todo ello, aún sin

encontrar una nueva “voz” que transforme el medio y lo haga más natural; y algo que cause una nueva sensación en el ambiente cultural en el que se desenvuelven.

Todo ello, también, en este arte “bizantino”, sin buscar un nuevo “tempo” que lo libre de pesares, de una inusitada tranquilidad viciosa, que no busca catapultarse a un desconocido ámbito o momento de ser y de estar en el mundo, y por supuesto, sin cambiar nada ni algo que se pareciese a un clásico icono, sino solo permanecer estático como lo fueron a su vez el arte egipcio: hierático, idealizado, serio, pensativo, y eso sí, al mismo tiempo: perenne, divinizado, eterno y mágico-religioso, aunque sin seguir las reglas del filósofo Heráclito de Éfeso sin haber visto ni sentido que nadie puede bañarse dos veces en el mismo agua.

En fin, que aún no estaban preparados para encontrar un “moderno” lugar donde conseguir cambiar y transformar la sociedad, y desterrar ese espíritu parsimonioso, y anquilosado en el espacio y en el tiempo, y por ende, renovar y transformar el mismo arte occidental, cosa que posiblemente se estaba pidiendo a gritos sin oírles bien debido a su edad, hasta que Giotto vino a suplir esta deficiencia artística”. Etc.

## CAPÍTULO VII

Llegados a este punto el relato se interrumpe casi de repente y un etc. y puntos suspensivos se abre en el folio en blanco.

Viendo la “Profe” en Arte, Alma Castiella, las caras de sorpresas y de asombro sobre cómo continuará aquello, con ojos estupefactos de los becarios del proyecto, porque la narración se interrumpe cuando se iba a dilucidar los pormenores cuestionados, tomó su palabra para decir:

- Aquí estamos como veis unos pocos profesores del proyecto, pero como habéis oído ya por los pasillos, aulas o por el vestíbulo central, o bien porque algunos compañeros del profesorado os lo haya dicho, tanto el proyecto “ tal y tal y tal...” como las bases para la programación de textos, o las fases para preparar informes o documentos sobre los artistas ,o literatos, con sus obras respectivas, , serán, – y por lo tanto así queremos que por lo menos sean – de carácter colectivo, comunitario, realizadas por todos los que participemos en esta inusual experiencia docente, artística y literaria, y aunque vayan algunas firmas de autores, queremos que sea una labor de equipo, un trabajo conjunto y colectivo, en un ambiente distendido y de colaboración entre todos.

Y terminó con estas agudas y escuetas palabras:

- Sé que algunas cosas requerirán personas determinadas para funciones específicas, o personas expertas o voluntarias que asuman algunos aspectos del plan director, como poetas, pintores y ensayista de voluntaria colaboración.

Se hizo una leve pausa, como un inesperado y corto receso, y la profesora Alma miró plácida y cordialmente a su compañera de proyecto, para luego añadir con una pequeña sonrisa, llena de complicidad y admiración, lo siguiente:

- Aquí está nuestra compañera del departamento de Filología, María Almedina, que será ella, también, la coordinadora, eso sí, de los aspectos literarios sobre Dante, Boccaccio y de san Francisco de Asís.
  
- ¡Hola, amigos y amigas, compañeros y compañeras! ¡Buenos días a todos! Perdonad mi pequeña tardanza en llegar a este importante evento que se abre hoy insólito y nuevo en nuestras actividades académicas, un acto de conocimiento mutuo y de compartir ya desde ahora, y desde el primer momento, todas y cada una de las posibles vicisitudes, problemas, conocimientos, pero también encantados y dichosos de esta puesta en escena, de esta nueva marcha o “expedición”, una aventuras artísticas o literarias que creemos que llenan de ilusión, interés y expectación, así como de renovación de nuestras mentalidades, pensamientos y conocimientos de aquellas nostálgicas, si así se puede decir, épocas donde la vida y los actos del Trecento ocurrían como una naturalidad y normalidad coetánea para aquel tiempo histórico. Con nuestras identidades personales a flor de piel, con unos futuros acontecimientos capaces de desarrollar nuestras olvidadas potencialidades artísticas, y emergencias literarias, tal vez ocultas, desconocidas, pero tal vez abiertas y seguras, posibilidades llenas de fe y de esperanzas, como diría un monje franciscano de aquellas épocas del siglo XIV.

Así, yo también estoy preparando unos “guiones” o resúmenes más perfectos de esos tres personajes o figuras medievales que tanto influyeron y dieron que hablar en la edad Media sobre todo de Italia, país importantísimo, como sabéis que tenía a sus pies todo el patrimonio histórico de la gloria del Imperio Romano, esperando que alguien los volviesen a sacar a la luz, como queremos que sea este proyecto, un sacar a la luz de nuevo, un renacer de las viejas glorias, de famosos escritores, poetas y artistas. O descubrir de nuevo reminiscencias históricas olvidadas del pasado, bellezas y artes, pensamientos clásicos y estuios bizantinos, donde lo oriental y los Occidental se descubran y se fundan de nuevo. He aquí, una extraordinaria oportunidad para rehacer, y conocer, el legado de nuestros famosos genios de aquellas épocas históricas, que también tenía mucho talento, buen ingenio y eran capaces de hacer piezas y obras artísticas llenas de magníficas bellezas o de magistral estética.

Genios de la literatura universal como Dante, Petrarca y Boccaccio con sus famosas mujeres, Beatriz, Laura y Fiammeta, respectivamente, que ponen un pie en el cielo y otro en la tierra para que fueran amadas y elogiadas por esos grandes poetas del Trecento italiano.

Y mirando casi de soslayo, y con una leve mueca de la cara le pasó la palabra a la “Profe” Alma Castiella, que terminó su exposición de la siguiente manera:

- Pedimos personas que se encarguen de dar consistencia literaria, de continuar la vida de Cimabue, y de acabar la historia de su vida. Y de ser capaces de buscar y de encontrar a otras personas que nos hagan ve otros aspectos, otras cosas en la vida de Giotto o de esos otros artistas de la Toscana, que por aquella época pulularon por ciudades, visitaron iglesias y conventos, pintaron al fresco

paredes para ensalzar a los Santos, a las vírgenes o a Dios Padre, dándonos lo mejor de sus vidas, con sus ideas, obras y proyectos, con sus paletas y pinceles, con sus cinceles y mazos, con sus plumas y tintas de colores. Parece una labor ímproba y difícil, pero cuando veáis y conozcáis las condiciones para ello, no dudareis en encontrar a gentes o personas que nos ayuden a conseguir que estos menesteres universitarios salgan a flote y se disfruten con posterioridad.

Fue entonces cuando dos o tres manos se alzaron en alto, e izaron con el dedo índice mirando solo hacia el techo del aula como quien iza una bandera patria en campamento militar, y un joven con cierto desparpajo y soltura tomó la palabra para aclarar aquellos, casi embolados eventos ” a que ahora les sometían.

Sus palabras jóvenes, inocentes, con cierta soltura y desparpajo, llenas de interrogantes, de pesquisas y de cuestiones no resueltas, se esparcieron por el aire del aula donde se celebraba aquella reunión informativa, teniendo al Trecento, con sus valores artísticos, literarios, religiosos y culturales por fondo y seña de un plan que quería ser más amplio y ambicioso que el que se proponía allí al comienzo.

Comenzó aquel joven estudiante como si tuviera una clara experiencia expositiva una breve disertación entre académica y de divertimento, que no pasó desapercibida para nadie. Y hasta el “profesor” Jota Ele Wenceslao, estaba expectante y silencioso. Callaba y callaba en un silencio cómplice y sonriente, como si ya la profunda y enigmática sonrisa de la Gioconda de Leonardo estuviese allí ya presente, en un proyecto que tenía visos de ser algo insólito y original, pero que se desconocía cual sería el próximo trámite o acontecimiento a seguir, y saber que también podía fracasar ese genino plan. Por eso el profesor Jota Ele sabía que había que proponer cosas viables, y luego implicar también, no solo a los estudiantes del programa, sino



a profesores a la comunidad de las Universidades implicadas en el proyecto como lo eran la Legionense y la de Pisa, con algunos de sus destacados profesores o colaboradores.

Y por qué no, algo original e insólito, instigar o promover la participación de los mismos lectores que leerían los primeros párrafos del proyecto, como si fuera una inédita novela o narrativa, con unas historias o relatos, con la lectura que los primeros textos escritos del proyecto salieran a las páginas que se escribieran, se mostraran y se ofrecieran a otros posibles autores o artistas tanto locales como foráneos, para llenar sus páginas con sus opiniones y saberes. Eso sí teniendo el Renacimiento del Trecento por santo y seña, y como vanguardia de unos nuevos conocimientos.

Se abrían así las páginas de estos escritos para que todos, estudiantes, profesores y expertos, narradores o poetas, como colectividad educativa y universitaria, como una comunidad que se mostrara libre e independiente, responsable y seria. Abiertas estas páginas a todas las sensibilidades y corrientes culturales, amantes de aquellas épocas medievales y contando con otros movimientos humanistas o renacentistas, y se manifestara como un libro abierto y directo al mundo de la sabiduría universal y de la participación desinteresada y franca, tanto cívica y universitaria.

Interpretando un renacido humanismo como una nueva manifestación ideológica y literaria de esas maravillosas épocas.

## CAPÍTULO VIII

Cuando la potente voz del joven César Reale detuvo su grave palabra de varón fornido en el aula, por unos momentos hubo un silencio más cálido que frío, e irrumpió con un pequeño desconcierto entre los oídos de los allí presentes.

Y un nuevo estado de ánimo envolvió a todos por unos segundos, como dentro de un globo aerostático todo se ve y se percibe de forma muy diferente. Mas cuando sus palabras salieron de nuevo por su boca masculina, cargadas de posibles verdades, no exentas de cierta responsabilidad y exigencias, formuladas con abierta expectación, todos se asombraron por el aquel cariz o resolución académica que denotaba o formulaba aquel joven estudiante en su inesperada intervención:

- ¿No será salirnos un poco de nuestro cometido artístico, salirnos del tiesto como dirían algunos, con eso de hacer un relato, de escribir todo un mundo nuevo, o participar en una obra literaria sobre el pintor Cimabue?
- Hubo de nuevo un breve silencio. Todos callaron por unos instantes.
- ¿Contestas tú, o contesto yo? – insinuó Alma Castiella a su compañera María Almedina.

Entonces tomó rápidamente la palabra María Almedina, quien dijo mostrando firmeza y claridad en lo que decía:

- Bien, no se trata de que hagáis una novela o un relato sobre Cimabue, y también sobre Giotto, u otros artistas de esa época. Solo se trata de completar el proyecto, de colaborar en un tema apasionado, como si fuera: “Un Siglo para el Trecento, en busca de su nueva identidad y descubrimiento”. Se trata de analizar esa época y cómo vivían. De estudiar a esos artistas y considerarlos o

complementarlos con nuevas aportaciones de todo tipo. En fin, darle un matiz más literario y artístico a un asunto ya muy tratado en manuales y otros textos históricos y de arte. .

- ¿Qué os parece hacer una obra nueva, diferente, distinta? - añadió Alma Castiella que estaba deseando explicarse en el tema.

Y luego concluyó diciendo:

- Si no hay personas que lo hagan de esa forma colectiva, reuniendo aportaciones varias y diversas, desde la poética hasta el destacado análisis pictórico de aquellos artistas del Trecento, os ayudaremos María y yo en ese cometido, no dudéis de nuestros apoyos, por favor, os lo aseguro. Lo importante es ir reuniendo el material, confeccionar guiones y esquemas, aportar legajos o documentos diversos, pedir colaboraciones a amigos, amigas, a compañeros o profesores que se quieran implicar en el tema. Y vosotros mismos realizar aportaciones, que al comienzo serán algo tergiversadas, pero veréis que poco a poco, al aclararse las ideas se mostrarán la pasión que haremos por esa época histórica. No es un trabajo final de curso, o de una asignatura de clase, pero eso sí será voluntario, autónomo y libre.

Luego, tomó la palabra Mary Almedina, quien continuó hablando con cierta consistencia y seguridad:

- Tened en cuenta que esto mismo habrá que hacer con otros importantes personajes del siglo del Trecento, de los que ya creo habéis oído hablar. Y todo será hecho con la misma fórmula. De aquellos que no salgan voluntarios, pues nos encargaremos los profesores de buscar personas y gentes adecuadas a ese trabajo. No es obligotio nada, y lo que se haga debe hacerse con dedicación, disciplina, entusiasmo, interés y afición. Haciendo con gusto lo que se realiza,

con deleite por lo que se hace, pues en el arte y en la literatura hay que hacerlo no solo con una cierta vocación, sino que, por supuesto, el arte y la pasión debe residir en todo lo que hagamos. Por eso no se obliga a nadie. Si alguien no quiere participar está a punto de abandonar el proyecto.

Pero, a veces, la gente descubre potencialidades y nuevas formas de expresión de todo tipo que ellos desconocían que poseían. Los que se queden verán como esto es cierto.

Por último, acordándose de un detalle fundamental dijo:

- Además debéis saber que la vida de Cimabue es casi en la mayor parte desconocida, como os ha dicho mi compañera Alma. Seguid al principio los hechos, no muchos es lo que nos cuenta Giorgio Vasari en sus “Vidas de grandes artistas”, pero incluso lo que el cita, fue escrito doscientos años después de la muerte de Cimabue, y no se da por cierto al cien por cien, que todo lo que se dice del artista florentino sea verdad. Mejor es el caso de Giotto, en ese caso hay más noticias fidedignas, y otros autores y cronistas que mencionan otras cosas de su vida y obra distintas de las que aportó Vasari. Pero bueno, eso ya lo trataremos en otro momento. Así que como en literatura vale todo lo bueno, y lo mejor está reñido con eso bueno, vemos como el mismo William Shakespeare escribió obras que otros autores ya habían tratado o escrito, y tanto Wagner como Verdi emplearon en sus obras operísticas unos libretos, leyendas o historias que fueron renovadas por ellos con aportaciones nuevas, unas ficticias y otras reales. Os podéis inventar las historias, dar rienda suelta a vuestra imaginación. Dejar correr la fantasía. Eso sí, pero ambientaros un poco en cómo eran aquellas personas, y cómo vivían los habitantes de las ciudades italianas del siglo catorce.

Una vez que la profesora María Almedina había acabado de hablar, ya había dos o tres estudiantes que se habían ofrecido para recopilar, o hacer ellas o con otras personas algunas partes de las propuestas para la confección de un libro, trabajo o novela, que llevase implícito la mayor parte de esos estudios medievales y protorenacentistas, si así podía llamarse a aquellas cosas. Ellas eran las primeras alumnas que habían levantado la mano en señal de haberse decidido por tomar esta iniciativa, mitad artística y mitad literaria.

- Por favor, podéis darme vuestro tu nombre:
- Alix Martín Arcolé.
- Oggiel Ruiz Ferrer.

Estupendo. Muchas Gracias. Allí veo que hay más personas. Os lo agradezco.

Quedaros ahora, al final, en momento. Gracias. Esperad, por favor, para daros una bibliografía y otros detalles literarios. Veréis como esto no es tan difícil de hacer. Además siempre podremos encontrar a otros compañeros o compañeras dispuestos a colaborar o a ayudar en esta grata labor de hacer una obra nueva y una tarea más divertida al pasarla a escritos con una mejor literatura.

De pronto una voz conocida se volvió a alzarse en medio de la reunión de clase.

- ¡No me queda muy claro, todo ello! – dijo César Reale que había intervenido con anterioridad, pero estoy dispuesto a ayudar. Confío en que me expliquéis mejor este proyecto que aún lo veo un tanto en palmitas. Gracias
- Gracias a ti. César. Estás un poco en lo cierto. Quédate con nosotros y verás que la tarea es más sencilla y divertida de lo que parece ahora. No se exige a nadie que sea un escritor o un pintor. Solo se hará lo que se pueda y se sepa. Y todos de esa forma aportaremos lo mejor que tengamos a la tarea.

## CAPÍTULO IX

César Reale se terminó encargando junto con otros compañeros, y la profesora de literatura medieval, María Almedina, de buscar y encontrar a otros compañeros y personas que intervinieran en la redacción de otros escritos, para que la obra a realizar incluyeran obras o parte de aquel teatro del medievo, expresiones y narrativas que hicieran referencias a aquel periodo histórico, descripciones de campos, ciudades, etc. , poemas diversos, estrofas de liras o sonetos de la época, en las que se plasmasen obras pictóricas o a sus maestros, escultores que habían sido famosos, otros artistas con sus vidas, otros tipos de géneros de obras que se realizaban en aquellas épocas del Trecento, incluso vistas o intuitas desde el punto de vista actual.

Desde luego la tarea era difícil y algo complicada. Pero, ¿qué hay de fácil en el arte, en la literatura o en la arquitectura? El esfuerzo, la constancia, el talento, la sensibilidad y pasión por realizar las cosas bien hechas, intentando buscar la belleza, la paz interior, el placer de la obra bella, la emoción y el entusiasmo por lo original y creativo. Por encontrar la estética o la felicidad en lo que te gusta realizar.

Oggiel y Alix, por otra parte, eran además de excelentes compañeras, unas buenas y estupendas amigas, sensatas y muy inteligentes, imprescindibles una para la otra desde que comenzaron sus estudios ya hace varios años, desde aquel primer curso de Grado de Bolonia en Historia del Arte.

Siempre se las vio juntas, porque ambas eran de la misma altura, del mismo carisma, y del mismo parecer. Unas jóvenes doncellas muy discretas, sensibles, calladas, estudiosas y fieles a sus sentimientos.

## LAS DONCELLAS TOSCANAS

---

Pronto Alix tuvo una sentida amistad con un compañero de la clase, como un amor platónico, y al que quiso hasta que la vida les impuso unas duras condiciones de convivencia, pues él era un hombre era de más edad y casado, y tuvieron que dejarlo, porque aquel hombre, aquel hipotético amor, no era para ella, era un amor imposible. Diferencias de edad, de estado civil y de presiones de las compañeras, aunque no de sentimientos y de convivencia en clase, pues juntos estuvieron asistiendo en el mismo banco del aula durante una buena parte de aquel primer curso de carrera.

Por su parte Oggiel, una mujer sensata, callada e inteligente, alta y morena, estudiosa y práctica con sus estudios universitarios, pues sus notas eran muy buenas, y su prudencia o cautela eran significativas, pues aún conociendo algunos episodios de la vida de su amiga se mostraba serena y tranquila, y manifestaba seguridad y corrección con unos y otros. Aunque era consciente de las vicisitudes y problemas que su amiga tenía en estos momentos actuaba con precaución y benevolencia.

Se decía que él nunca la olvidó del todo, porque ella siempre también lo quiso a su especial manera. Una inédita historia, mitad de amor, mitad de amistad, que servía a todos los demás compañeros para comentarlo cada uno, o una, a su manera y a su modo. Pero ambos llegaron al convencimiento de que la vida sigue y estaba por encima del destino que hombres, mujeres, dioses o diosas, habrían querido implantar para ellos.

Tuvieron algunas asignaturas comunes de especial relieve, recordando tiempos pasados, desde aquellas asignaturas sobre Arte griego como de Arte romano, que les enseñó que los dioses clásicos también amaron y rompieron con mujeres mortales, o de diosas encantadoras desdeñando a hombres fuertes y engreídos, y que la fuerza del destino, como un volcán en erupción altivo y ardiente, era superior a los estudios clásicos de arte.

Por eso aquellas jóvenes tenían muchas cosas en común, además de sentimientos moderados y cordiales, y para aquel nuevo proyecto al que se presentaban ambas, estaban muy capacitadas para hacerlo, y muy preparadas tanto intelectual como mentalmente, tanto artística como literariamente, seguras y capaces para asumir todos los riesgos o problemas, para escribir una historia de tal envergadura sobre el tema, que el equipo A, o “Azul”, les había ofrecido y luego encargado, para desarrollar a su manera. Desde su cuarto curso de carrera estas muchachas ya habían madurado bastante, y eran capaces de iniciar otros trabajos o derroteros, con unos planes originales y amenos como el que ahora se les proponían.

Probaron en varios sitios y lugares para estudiar, trabajar y poder transcribir una historia del relato propuesto. Terminaron, al final, reunidas, solas y concentradas, en una de las salas prestadas para Seminarios de la Biblioteca Universitaria “San Isidoro”, en el primer piso del edificio, frente a las enormes mesas que poseía el lugar, y altos anaqueles de estudio e investigación que contenían los muchos volúmenes de libros, tomos de diversos temas, textos de variados asuntos, en aquella grata, silenciosa y espléndida biblioteca universitaria, bien clasificada y práctica.

Con el ordenador y el “pen driver” en marcha, es decir, con su especie de lápiz informatizado, pasaban ya las horas con un trabajo especial que les gustaba, y allí consultaban documentos y libros, e Internet y redes sociales, para visualizar, y analizar posibles textos que eran adecuados a su investigación, o a su relato histórico-artístico en que se habían sumergido como si fueran dos auténticas doncellas toscanas.

Las horas solían pasar rápidas y ligeras con el ritmo frenético y apasionadamente muy natural. Cuando se dieron cuenta eran más de las dos horas de la tarde, y había que irse a comer al comedor universitario para ahorrar tiempo, esfuerzos y economía de medios.



### CAPÍTULO X

Por su parte, el estudiante del equipo R, el “Rojo”, apodado “El Universitas”, había ya estado escribiendo las primeras páginas sobre el pintor “Cimabue”, unos textos escritos a la manera de como Boccaccio escribió el Decamerón.

Y así apostó con comenzar el relato como si fuera un cuento de Boccaccio.

#### “LAS HERMANAS GEMELAS”

“De cómo comenzaron la historia, quizás tan real y verídica como la que más, y para otros autores un mucho fantástica, pero con hechos con visos de ser ciertos y tener una gran verosimilitud con la realidad, narrando la vida natural de Cenni di Pepo (Giovanni), más conocido como “Cimabue.”

Cuentan que cuando el taller de Cimabue realizaba las obras pictóricas en el transepto de la Basílica inferior de Asís, unas hermanas muy parecidas y quizás gemelas tuvieron sus roces, conflictos y amores, estando Cimabue pintando allí al fresco buono.

Saryn, la que se decía que era la mayor, tuvo los amores con uno de los miembros del taller, y la otra, Amella, lo tuvo con un fraile del convento.

Y estas cosas fueron las que acontecieron poco después.

Habíase destacado Cenni di Pepo, denominado Cimabue, por ser un artista de esos que la consideración social, el triunfo versátil de su obra, la fama social y moral de su quehacer, acompañaba a su tarea pictórica, allá por donde fuere.

Era aquella una época del Trecento, testigo de la parsimonia y de la lentitud de la vida, de la monotonía de las gentes tanto del campo como de las emergentes ciudades de la Umbría o de la Toscana. Los días pasaban indolentes, cansinos, y sumidos en la tranquilidad de los campos, la paz de las ciudades, y el bienestar de los ciudadanos.

Una Florencia de los años 1270, cuando las ciudades italianas iban poco a poco despertando de esa larga capa de la Edad Media, de esa tranquila campiña toscana, e iba tomando nueva vida, donde el estilo bizantino o las corrientes góticas, marcaban carácter a las tendencias bizantinas o a las actuaciones del gótico internacional, e impregnaban todo el quehacer pictórico, como si fuesen sellos o escudos principescos, o figuras religiosas bíblicas, que en algunas ciudades como Asís, Pisa, Siena o Florencia comenzaban a sentir y a mantener, con una sensación de que todo aquello iba cambiando con el paso de los años.

Las calles de las ciudades medievales eran a veces estrechas, largas o curvadas, otras empinadas o en rampas, o con escaleras sin fin, tocándose, casi besándose unas casas con las de enfrente, unas paredes encorvadas con las de sus vecinos, unos tejados mesándose con los de al lado, unas vidas con otras, todo como testimonio de confraternización cristiana, y apiñadas para defenderse de los enemigos si entraban en la ciudad.

Los carros con sus cansinos bueyes eran acarreados por los campesinos en las partes de los barrios que daban al exterior, y las ruedas de madera imprimían de ritmo musical el silencio profundo de las madrugadas en las calles solitarias de las urbes, con pavimentos terrosos o de pequeñas losas empedradas, roto el amanecer por multitud de avejillas que iban y venían con sus múltiples trinos, de pájaros y aves de diversas índoles y de muchas especies, con sus gorjeos y cánticos que eran como los únicos mensajes que la naturaleza enviaba al cielo, al mundo exterior.

## LAS DONCELLAS TOSCANAS

---

Los comerciantes, prestamistas y gentes mercantiles, estaban aún en sus casas, en sus mansiones, en sus palacios, repasando sus negocios, dando vueltas a sus mentes sobre cómo invertir sus dineros o sus ahorros en este o en el otro oficio o negocio.

Casi todas las ciudades de aquella época estaban rodeadas de murallas que las protegían de las invasiones, de los desmanes de mercenarios, de las guerras entre ciudades cercanas, de la violencia de patrullas de bandoleros.

Por eso cuando los carromatos con sus bueyes para carga y de transporte, o los caballos con sus peones, jinetes o caballeros, se aproximaban a las grandes puertas de salida o de entrada de la ciudad, con imponentes muros que guarnecían y protegían a la urbe, todo entonces, comenzaba a moverse como si el aire detenido entre los ramajes de los altivos cipreses que miran al cielo, acerados acebos tan bellos y verdosos como una lozana pradera, fuertes pinos del negral con sus afiladas hojas como de alambre, y verdes castaños con sus recientes bolas puntiagudas que luego serían rias castañas en el fuego a en el asado ,comenzara a moverse, en una dinámica de placer y trabajo.

Como decíamos un viento risueño y fresco, que en las madrugadas se volvía tierno, inocente y suave, se envolvía entre los árboles silvestres y frutales, y se dejaban notar y sentir ahora no solo a las humildes gentes del campo sino a las mismas lindes de los caminos principales, o a los secundarios senderos de las carreteras o vías romanas, y que con sus ramaje y exuberancia les daban cobijo y protegían en los días de enorme calor veraniego o en los lluviosos días del invierno.

Aquellos tiempos eran otros momentos, otros tiempos diferentes, cuando el búho dormitaba seguro y feliz en las oquedades de muchos añejos troncos de los árboles, y aquellos lugares se llenaban de misterio y serenidad celeste, cuando la paciencia, la perseverancia, el trabajo diario, el esfuerzo de cada día, imponía su marcha y su

rendimiento y se manifestaba como una muestra del amor eterno de Dios, y donde las criaturas terrestres respondían a la llamada del Hacedor.

Pero, dejemos el campo para los campesinos, los negocios para las familias mercantiles, las vacas pastando en sus pastos, las ovejas balando su tristeza o desánimo para saciar su hambre, y los monjes de los monasterios y o los frailes de los conventos rezando sus oraciones, en los primeros maitines de la madrugada. Este era el tiempo en que los artesanos y pintores en sus talleres llenos de cachivaches y telares, movían también con la lentitud de una tortuga, con el cansino andar de un ciempiés, sus aparejos y cuerdas de pintores de frescos, con sus hondos cuencos llenos de pigmentos en polvo de todos los colores, de caras o estimadas pinturas, desde el albayalde, que era un típico color de óxido de plomo, hasta el bermellón de Siena, con sus frascos y botellas con esencias de trementinas, o aceites de linaza o de nueces, sus blancos huevos preparados para realizar mezclas y combinaciones de colores, faenas para el temple en madera, o diseños al “fresco buono” para paredes y techos de capillas o estancias religiosas, etc.

Y antes que los diálogos de esas gentes se mezclaran con los trabajos, antes que las hablas o habladurías de sus habitantes estuvieran lanzando peroratas o lenguajes de bravuconadas, antes de comenzar la tarea cotidiana, estaba la callada y pensativa labor del pintor, del artesano o artista, para irse acoplando al inquieto andamio, al portátil caballete de madera de castaño, de subir a la pared enyesada para plasmar allí ya su obra de arte, pasándo del diseño y del papel acartonado a la nuevamente mojada pared de enfrente, donde las manchas y pinturas ofreciesen los diversos matices, los detalles o los alardes de maestría cuando el fresco se terminase de secar.

En los conventos los rezos son el pan nuestro de cada día, tanto en los conventos de los franciscanos como en los dominicos, pero, en los monasterios de los benedictinos, con sus regla de “ora et labora” se proclama que la ociosidad es enemiga del alma, y por

eso el trabajo artesanal de amanuenses, o el manual en los huertos de los frailes, etc, ha de ser también equilibrado, proporcionado, con las lecturas religiosas de la Biblia o de las vidas de santos y martires, ejemplo para que cuerpo y espíritu estén bien coordinados y sean una fuente de salud tanto espiritual como física.

### **CAPÍTULO XI**

Alix y Oggiel, dos mujeres muy laboriosas e inteligentes, como componentes del equipo A, o de los “Azules” habían comenzado a escribir su relato con estas palabras:

“La Toscana era una región del centro de Italia rodeada por una cadena de montañas, los Apeninos, fértiles valles encajonados entre las montañas y antiguamente ocupados por lagos como el de Mugello. Macizos aislados como el de Pratomagno, y una serie de colinas cuya vista y horizonte aconsejaba sumergirse en ríos como el Arno que cuando las riadas de primavera inundaban la ciudad de Florencia. La naturaleza era rica en colores y tonalidades, los campos se vestían de flores aromáticas y variopintas, las

colinas se adornaban de plantas mediterráneas como las jaras, los madroños, los romeros y los mirtos.

Las lagartijas de los roquedales tomaban el sol del amanecer para calentar sus fríos cuerpos dormidos tras las cóncavas grutas de sus viviendas, sumergidas en la oscuridad y en la soledad de los riscos.

Las avecillas y otros pájaros cantarines como jilgueros y gorriones desde sus prados y desde sus árboles favoritos entonaban cánticos y gorjeos risueños como recordando los cercanos años de Francisco de Asís, cuando hablaba con estas criaturas que Dios también había puesto en la Naturaleza.

Pero era su suelo, un terreno natural y arcilloso, rico en minerales y componentes biorgánicos que las vides con sus caldos de buen vino agradecen en el interior de sus brazos leñosos, y los olivos con la cultura de un aceite sabroso y delicado, y que necesitaban buen terreno mineral y sol para su desarrollo y fertilidad, los que le daban encanto y fulgor a un paisaje teñido de verdes horizontes, y de tonalidades grisáceas. El tapiz del verde suelo competía con las nubes algodonosas del cielo, llenas de azules tonalidades, de blancos majestuosos y de rojizos destellos al atardecer.

Hacía varios años que los monjes y frailes de los conventos y monasterios competían por ofrecer a Dios, y a san Francisco, obras preciosas y de arte, obras artísticas de un esplendor clarividente que alabaran la gloria y el poder divino, que mostrasen a los fieles los caminos inescrutables de Dios, la santificación de sus almas mediante la pobreza, la humildad, la sencillez, la obediencia y la castidad de un san Francisco de Asís, para honra y servicio de Dios Padre.

También los monjes del convento franciscano de Asís, donde la humildad y pobreza comenzó siendo primordial, habían ofrecido a los componentes del taller de Cimabue

## LAS DONCELLAS TOSCANAS

---

la realización de varios frescos en los que ensalzar, alabar y glorificar a Dios, así como mostrar la vida santa de su fiel fundador san Francisco. Para ello contratarían ciertos cuadros y lienzos donde se explicarían los motivos de su vida santa, de su sacrificio y bondad, y se difundiesen las enseñanzas y los milagros de aquel buen santo de Asís.

El taller de Cimabue y de sus paisanos, un equipo de ellos eran florentinos, y otro grupo eran maestros también, pero de los llamados griegos o bizantinos, porque su escuela era pintar a la manera de Oriente. Como lo hacían estos en iconos y en mosaicos, los cuales eran los más expertos, hábiles y sagaces en su configuración.

Estas gentes constituían una especie de congregación artesanal, un gremio carismático, todavía a la usanza de la edad medieval, donde los miembros de sus cuadrillas, hacían piña de sus saberes, de sus conocimientos arcanos, y ocultaban sus secretos profesionales, sus modos y procedimientos que guardaba celosamente. Y ello era para que solo los mismos supiesen las técnicas y los conocimientos esenciales en el mundo pictórico y artístico, y supiesen manejar los utensilios y las herramientas apropiadas para ejercer esa labor.

Las enseñanzas propias de su quehacer eran las preferidas, siendo su maestro, su principal artista en aquellos momentos, el bueno de Cimabue, apodado así como identidad, “Cabeza de buey”, y porque casi todos en esa época tenían un apodo o mote que les diferenciaba a unos de otros.

Cimabue trabajaba en ese estudio con un grupo de personas, aptas desde su aprendizaje, y desde jóvenes, en las funciones y tareas pictóricas que les encomendaba el superior, ayudando unas veces al propio maestro, y otras colaborando en la realización de determinados ciclos pictóricos que eran encargados por los frailes al maestro superior.

Ahora, en la década de 1280 Cimabue y los maestros griegos, realizaban las obras pictóricas en el transepto de la Basílica Inferior de Asís.

Esos hombres, algunos con atuendos griegos, trataban de pintar escenas de la “Vida de Jesucristo”, y de las enseñanzas, andanzas y vida de san Francisco, su fundador, allá por los años de 1280, y décadas finales todavía del duocento.

Bajo el papado de Nicolás IV (1288- 1292), primer papa franciscano, Cimabue trabajó en Asís. La llegada de Cimabue a Asís significó el ingreso en el prestigioso encargo papal de artistas florentinos y romanos, y la elección del Maestro Cenni di Pepo, se debió casi con seguridad a la fama que había adquirido Cimabue en Roma en el año 1272, que había pintado varias obras con gran maestría y apreciada belleza.

¿Y por qué Cimabue habría pintado al fresco esos retablos de esa forma y no de otra diferente? ¿Le encargaron, de verdad, los monjes, esa forma de pintar, con esos temas y asuntos, o fue el propio Cimabue el que dio vida y forma a esas escenas religiosas?

Fue por la alta calidad pictórica de los cuadros de la basílica inferior que Cimabue fue llamado para realizar las pinturas en el ábside y en el crucero de la Basílica Superior de Asís, en los mismos años en los que maestros griegos y romanos comenzaron a pintar al fresco la parte superior de la nave.



### CAPÍTULO XII

Oggiel y Alix habían escuchado unos días antes las explicaciones técnicas y artísticas de Alma Castiella, unas breves disertaciones acerca de algunos aspectos puntuales sobre la obra de Cimabue.

Les había quedado en sus oídos las razones que la profesora de arte medieval les había dado a este respecto:

- “Nunca se puede decir en la historia del arte que un día estamos en la Edad Media, y al día siguiente ya comienza como si tiramos fuegos artificiales para su inauguración la entrada en la Edad Moderna.

Esto no funciona nunca así, por supuesto. Los periodos en arte son amplios, abiertos, llenos de mezcolanzas, abiertos a las variadas sensibilidades, maneras de hacer y de actuar que se deslizan con sensaciones distintas aún dentro de un llamado estilo, corriente o tendencias. Aun dentro de una ciudad, de un círculo pictórico hay diferentes modos de pintar y de actuar. Y dentro de un artista con el paso de los años ocurre otro tanto.

Así, pues, no hagáis caso a los que dicen o dan fechas cerradas en la historia, y menos en la del Arte.

También la vida se vivía a compás de las estaciones, con las pautas de la agricultura o de los campos, al establecimiento de las festividades religiosas, que eran muchas en aquellos tiempos de santos y santas, al ritmo de los asuntos sociales de cada urbe, de ritos y actos litúrgicos que marcaban fechas y fiestas,

en fin, a celebraciones de todo tipo que habían acaecido en unos días determinados.

La dos estudiantes de final de la carrera de Arte, Oggiel y Alix, habían sido dos alumnas muy queridas y apreciadas por sus labores académica a lo largo de todos los cursos, por sus trabajos posteriores en Seminarios y clases Prácticas, de ahí que fueran muy consideradas por la comunidad universitaria.

La “Profe”, como diría Camilo José Cela, en su “Viaje a la Alcarria”, les comentó otras cosas como las siguientes:

- También hay que tener en cuenta la disparidad de criterios de los propios monjes hacían en sus contratos y actuaciones. Unas veces, todavía en aquella época, verían en las imágenes y en las cruces al mismo verdadero Jesús crucificado, porque las primeras imágenes las habría realizado de verdad el apóstol san Lucas como pintor, que asistió desde lejos a la auténtica crucifixión de Cristo, o, bien san Nicodemo, que había participado en la bajada del Jesús muerto, y así sabría de propio facto como había sido en realidad la cara y el cuerpo de Cristo.

Pero la mayoría de los cristianos, se imaginan a Cristo con unas buenas dosis de belleza, amor, exaltación cristiana, resignación y majestad que no sabemos si fue así de verdad.

La documentación sobre ello estaba en unos textos del Nuevo Testamento, pero nosotros podemos añadir otros que nos sirvan solo como referencia, sin perder la viión de que nos encotramos en otro siglos, siglos muy posteriores a la muerte de Jesús. Pero lo que nos interesa para nuestro proyectos es ver cómo lo hiieron los maestros del duocento y del trecento como lo fueron Cimabue y Giotto.

Ahí os doy estas notas, aunque existen muchas más, que vosotras las buscareis en los libros:

- \* Ver Pags. 34 y 35 de la Guía de la National Gallery del año 2006.
- \*\* Págs. 30 y 31 del “Gótico” de ed. Taschen y en las pags. 9 y 10. Año 2006.
- \*\*\* Pag. 208 de Cimabue de Könemann (1000 obras Maestras de la Pintura Europea)
- \*\*\*\* Pág 308 de la Historia del Arte de Azcárate Ristori. Anaya Año 1982.

Oggiel y Alix habían buscado anteriormente estudios y documentos sobre la época y los pintores de aquel momento, así como diversa documentación artística, y consultado varios libros sobre el tema, así como mirado en archivos y bibliotecas sobre este periodo histórico, anotando y acumulando detalles e información referente a los artistas y al mundo de esta época.

Por eso, luego expusieron algunos pormenores sobre ello y escribieron lo siguiente:

“Aunque algunos autores y críticos de la Historia del Arte asumen a veces por igual las raíces de pintura moderna a Cimabue y Giotto, la verdad es que los primeros que comenzaron rompiendo los moldes sobre la anterior predominancia bizantina fueron el florentino Cimabue y el sienés Duccio di Buoninsegna, ambos pintores coetáneos, pues aunque Duccio era más joven y se estableció en Siena, vivieron por la misma época, se influyeron mutuamente, y hasta entablaron este desafío, cual era pintar una gran tabla para el ábside del altar mayor de sus iglesias preferidas, para Cimabue la “Gran Maestá”, una pintura en tabla de madera al temple, de enormes dimensiones como eran 3.85 metros de altura por 2.23 metros de anchura, con la que podían cubrir gran parte del altar mayor de la iglesia de la Santa Trinidad en Florencia, hoy depositada en la Galería de los Uffici en Florencia.

Pero había sido Duccio de la Buoninsegna, y esto hay también que decirlo, el que al mismo tiempo había comenzado otra “Maestá”, otra Virgen en Majestad, con una nueva técnica refinada, distinta de la usada por los bizantinos, en el gran retablo de la catedral de Siena, también en temple sobre madera y algo más grande, cuyas dimensiones eran expresadas en metros: 4.50 x 2.90, y cuya amplitud denotaba afán de superación, decisión y seguridad a la hora de afrontar nuevos esquemas.

Parecía que ambos pintores italianos de la Toscana se influenciases mutuamente, el de Siena, Duccio, algo más joven que el florentino Cimabue, y dejasen, a su vez, algunos aspectos que los bizantinos imponían desde hacía mucho tiempo en esa zona de Italia.

Y la competencia, el desafío, adversarios nobles en el mundo del arte, servirían una vez más para dilucidar quién o quiénes innovaban de nuevo y rompían con las reglas y los estándares del mundo anterior, que se había ya anquilosado y comenzaba a periclitarse, y en franco declive en su modo de ver, de sentir y de plasmar la pintura.

La cuestión es que no vamos a debatir ni a analizar las características de esos mundos pictóricos del prerrenacimiento, pero una breve y ligera pincelada, valga la redundancia, sobre algunos detalles de estos artistas italianos.

Fueron, por así decirlo de corrido, que ambos tuvieron grandes talleres, los Maestros Cimabue y Duccio. Cada uno con sus particularidades y diferencias, con sus modos y procedimientos pictóricos. Pero, ambos, diestros, hábiles y esmerados pintores, impusieron sus formas visibles en sus trazos y composiciones, con limitaciones de sus colores y tonalidades favoritas, pero repartidas de manera esquemática y plana, y contornos dibujados con precisión y con gran profusión de detalles.

Y serían en los tronos de sus “Vírgenes” donde habría que resaltar el esfuerzo creativo y de imaginación en aquellos singulares artistas entre finales del Ducento (s. XIII), y

## LAS DONCELLAS TOSCANAS

---

cercano ya el comienzo del Trecento italiano (s. XIV), allá, por decirlo mejor, hacia 1270 la “Maestá” señalada de Cimabue, y hacia 1285 la parecida imagen de la “Virgen” de Duccio de Buoninsegna, que pintara para la capilla de la Hermandad de los Laudenses de santa María Novella, en Florencia. Ambas tablas hoy se encuentran en la misma sala de los Uffizi, junta con otra del propio Giotto que tiene casi las mismas características, que es la “Virgen de Ognissati”.

Ambas nos muestran a una Virgen en un magnífico y solemne trono en majestad como una representación etérea, pero con cierta profundidad espacial, rodeada de celestiales y elegantes ángeles, y con el Niño en brazos al que ella señala como la Salvación para entrar en el Reino de los Cielos.

En la tabla de Cimabue para la iglesia florentina de la “Trinitá” se aprecia efectivamente una notable emoción y sentimiento en la presentación de la Virgen en relación con el Niño Jesús, a quien ofrece, mirando a los fieles, con su tierna mano femenina, y donde el mismo Jesús bendice a su vez a los que le contemplan desde fuera del cuadro, aspectos que mejoran las anteriores imágenes más hieráticas y rígidas del tipo bizantino.

Así que con Cimabue se termina casi con el conservadurismo y tradición bizantina en esa parte de Italia, y nace una nueva configuración pictórica más tridimensional, con una monumentalidad solemne, de fácil visionado, mayor plasticidad y un incipiente movimiento en sus imágenes.

Y esta pintura nace acompañada de ocho simpáticos e inocentes ángeles en escorzo, unos dibujos precisos y de justa y dulce suavidad, en una simetría exacta y clásica, que muestran en sus expresiones y miradas, unos ojos llenos de la amistad, cariño, fidelidad, y un profundo amor hacia Jesús y María.

Debajo del trono sedente de María, aparecen en las arcadas centrales Abraham y David de cuya estirpe y linaje nacería Jesús”.

Alix y Oggiel resoplaron y se relajaron cuando vieron que ese tramo de su relato había concluido felizmente para ellas.

### CAPÍTULO XIII

Aquí se continúa el relato comenzado con anterioridad por el llamado “El Universitas”.

Este estudiante universitario, de mote, “El Universitas”, estaba muy capacitado, como un periodista en ciernes, para retomar cuestiones lingüísticas y narrativas acordes con episodios antiguos y medievales, o al gusto de los Cuentos de Boccaccio, o inventarse otros de maneras diferentes, logrando cautivar los espíritus cultos de muchos de sus lectores.

Pero le faltaba poner nombre a este relato, una especie de cuento, a imitación, tal vez, de alguno de Chaucer o Boccaccio.

Y este fue el siguiente: “Unas Gemelas en el Convento”

**“Cómo unas hermanas, tan parecidas en sus semblantes físicos, y en sus seres gemelos de vida y de sangre, tuvieron sus encuentros y amores con dos hombres tan distintos y divergentes como fueron también sus insólitos y apasionados romances. Amella, la mayor, con uno de los miembros más destacados del taller de Cimabue, y la otra, Saryn, con un fraile del convento de Asís, y de lo que aconteció poco después en el tiempo de sus vidas en Asís.”**

“Aquel día de finales de junio de 1280, cuando ya se veía clarear el comienzo del mes de julio, un día que comenzaba despejado, claro y con unas pequeñas nubes en la lontananza del horizonte, allí donde el abierto cielo parece juntarse con el empinado y verde suelo, por donde el sol al salir se hallaba radiante y ufano como una doncella

## LAS DONCELLAS TOSCANAS

---

toscana a imitación, y como aquellos gentilhombres, ricos y elegantes, que creen que su hacienda y sus negocios son los mejores de toda la región de la Umbría, seres arrogantes y autoritarios que creen que todos a ellos les deben homenaje y respeto, obediencia y disciplina a ciegas.

A lo lejos, en aquella estratégica y alta colina, se alzaban las solemnes y bien dispuestas basílicas de los frailes que un día aún no muy lejano, fundara el bueno y sencillo de san Francisco en aquellas tierras italianas.

El santo de la pobreza y del sacrificio, de la paciencia y humildad, el santo del amor a los pobres y necesitados, había hecho de su vida un ejemplo, con varios milagros debidos a que aquel hombre era todo misericordia, bondad, amor a los necesitados, y amor a una pobreza sin límites, hasta dar a los pobres y a los menos necesitados, no solo sus ropas y vestimentas, sino también los ricos paños y vestidos, dineros y objetos de valor, que su rico y hacendado padre disfrutaba y tenía por menester guardar y almacenar para comprar otras cosas, mercancías con las que seguir haciéndose rico y más rico.

Serían las seis de la madrugada, los gallos de los corrales vecinos, cantaban y cantaban y se esforzaban por cumplir con sus menesteres de hacer poner a las gallinas huevos no de oro, sino de rico cascarón blanco o tiznados de grises colores, con aquellas reglas de uso doméstico.

Los campos se abrían con sus aromas de vegetación verde y libre, para acoger los frutos venideros. Las campiñas florecían llenas ya de vida y de esplendor. Los cereales, con sus granos y semillas, se hinchaban de energía vital y servirían para el sustento a los animales de las granjas y haciendas, además de dar alimento a sus familias, con sus

numerosos hijos e hijas a los cuales habría que criar y dar de comer con ciertas penurias, privaciones o sacrificios en los días venideros.

En el convento de los monjes franciscanos de Asís las campanas de su espadaña, con su habitual tintineo de suaves y lánguidos sonidos, hombres cuyos hábitos talaros les hacía parecer santos, encogidos por el doble cinturón marrón con sus nudos de fe y esperanza en sus sentimientos espirituales, llamaban a despertarse y a realizar las requeridas oraciones matutinas.

En la iglesia ya los monjes habían rezado sus maitines y oraciones, antes incluso del amanecer, y posteriormente los frailes, después de haber dejado sus habitaciones en cierto orden, donde dormían en comunidad, tras haberse lavado en las aguas más bien frías del convento, y pasearse con un libro sagrado por sus abiertos claustros monacales, esperaban, tiesos como las columnas por las que circulaban, recibir un frugal desayuno, que era su habitual comida antes de trabajar sus campos y huertos, y orar para pedir a Dios por unos y por otros.

En estas cosas estaban cuando llamaron a la campanita de la entrada del recinto religioso. Sonaron los metálicos y agudos tintineos campaniles con cierta insistencia y vehemencia, como si la desconfianza por una prontitud en abrir las puertas de entrada al convento fuera despreciada y no tomada en cuenta. Los que llamaban no querían que se les hiciese esperar allí afuera largo rato, un insoportable aburrimiento a gentes como ellos que tenían siempre prisas y ganas por entrar a trabajar entre los andamios del transepto de la iglesia principal como ya había ocurrido en otras ocasiones.

Eran ya pasadas las siete y media de la mañana, los frailes ya andaban por sus trabajos cotidianos, cada uno a lo suyo, y el grupo de pintores – serían unos seis o siete entre maestros, ayudantes y albañiles.



## LAS DONCELLAS TOSCANAS

---

Habrían pasado más de diez minutos sin que nadie respondiera a las campanas de la espadaña, cuando apareció por la puerta de entrada, la silueta casi espectral de un fraile con su hábito un poco mal configurado y algo harapiento, con cara de pocos amigos y frunciendo el cejo, abriéndola con aparente mala gana, y con parsimonia así adrede, y una querida lentitud como si el transcurrir del tiempo, como el andar de unas tortugas terrestres, tuviesen más capacidad de velocidad y de hábil movimiento. El fraile, bajando la cabeza, con una gran llave de metal hendía los angostos cerrojos, un poco ya oxidados por el paso de las lluvias del otoño, y las fuertes heladas del invierno, y por fin abrió las grandes puertas de madera, Los goznes giraron y chirriaron al compás de las manos que abrían la entrada como si, fuera la misma caja de Pandora. Pero todos los que esperaban afuera notaron que aquel hombre tenía alguna obsesión con ellos.

- ¡Buenos días tenga, hermano, esta mañana! – exclamó el Maestro principal.
- ¡Buen día tengamos en paz! – respondió con fuerte voz el fraile.
- ¡Buena mañana parece esperarnos! – dijo uno de sus ayudantes.
- ¡Buen día, tengan sus señorías con sus bártulos y pinceles de arco! – dijo el fraile sarcásticamente refunfuñando, más que sintiendo una auténtica verdad queriendo adrede decir: “arco por arte”.
- ¡Excelente día, bendito fray Saúl! – intervino Cimabue también devolviéndole el saludo con cierta ironía.

Por fin entraron de uno en uno, y el último de la fila, el pequeño Jacobo, que llevaba al hombro un pequeño saco con varios materiales y pigmentos que acababan de comprar en Asís al comerciante Nicoletto, murmuró un ronco bruñido, como imitando a una vaca de la campiña toscana.

La cara del fraile no se llegó a inmutar.

## CAPÍTULO XIV

**Aquellos indiferentes saludos estaban también motivados por las picardías y los juegos secretos, ocultos entre algún miembro de la cuadrilla de pintores de Cimabue, y el propio portero del convento franciscano.**

Ya por aquel entonces el Maestro Cimabue era sabedor del rumor tan incesante y de boca a boca que corría por su cuadrilla de pintores. Y era la hipotética andanza del joven Bernardo de Émpoli, de 24 años de edad con la bella joven Amella Tourbuicci, de 21 años de edad, y las miradas furtivas y mutuas, tiernas y llenas de clara amistad y sensualidad por parte de los jóvenes.

Pero eso no era todo pues había otro posible y oculto amorío, este otro todavía más prohibido y tenebroso, pero a su vez con enigmática y apasionada fuerza, con ciertas voluntades y responsabilidades solo propias de un enamoramiento febril y desproporcionado, casi carente de medida y proporción social, como era la del misterioso portero del convento de Asís, Fray Saúl, y sus miradas furtivas y llenas de aviesa sensualidad, sus extraños encuentros poco aptos para su condición religiosa, cual eran sus preferencias amorosas sobre la otra hermana gemela, la joven Saryn.

Aquella mañana había transcurrido en los altos andamios instalados en el transepto de la basílica, con calor y entusiasmo, mezcla de picazón y deleite, pues la obra de la “Crucifixión de Jesucristo” que se plasmaba en la alto de la pared iba tomando cuerpo, después de que se hubieran llevado los bocetos al trazado principal de la amplia pared, en el crucero del ala izquierdo.

## LAS DONCELLAS TOSCANAS

---

La trabazón de madera de los andamiajes, con maderas de roble armadas y enroscadas con cordajes seguros por expertos carpinteros, ramas en las que quizás un día se hubiesen posado o recorrido por sus troncos inocentes animalitos, o multitud alegre de aves y pajarillos, como las tiernas abubillas o los inquietos ruiseñores, o los saltimbanquis jilgueros, tan cantarines y poetas, que el propio san Francisco oyese en los caminos que conducen desde Asís a otros centros franciscanos de Italia, con sus gorjeos y sus cánticos, al compás de la reposada belleza y ritmos naturales de los campos de la Toscana, de la paz y sosiego de su verde campiña dorada en los atardeceres por el hermano Sol, y acariciada por la noche por la hermana Luna.

El “tempo” de la naturaleza lo imprimía todo de un color natural, cálido, fresco, donde el horizonte toscano era como un lienzo plagado sensibilidad y bienestar. La vida avanzada cansinamente por los campos y huertas, al compás de una tibia mañana, ya casi veraniega, donde algunas pequeñas nubes querían ir imponiendo a la Naturaleza unas claras tonalidades llenas de blanca candidez y abiertas a la vida.

Todo el firmamento parecía estar cargado de fino ozono, como si el cielo poseyese una conciencia tranquila, con el espejismo de un fantasma matutino que espera asustar al viandante tras las curvas de los senderos, con una pusilánime voluntad de ilusionar y convencer al viajero de que existen las lágrimas del rocío matutino.

En aquella grata campiña cargada de cereales, de frutos en flor y venideros, y de aires puros procedentes de los montes toscanos, solo había que procurar respirar hondamente como aire divino esa ilusión del alma humana que nos porfiaba la vida, o cómo se deslizaba la virtud de la esperanza que nos observaba en la lejanía, entre los arbustos y matas de los caminos que conducen a Asís.

Todo en los campos y campiñas de la Toscana era en aquel momento un continuo y febril trabajo de personas, o animales que se escondían entre las ramas de los arbustos o de los árboles, como si allí convergieran, alegres y disciplinadas, como en una colmena unas pacientes y laboriosas abejas con sus cuerpos anillados de colores diversos con el pegajoso y rico polen extraído de los olorosos arbustos del lugar. Unas laboriosas abejas fabricadoras de sabrosa miel amarillenta, y blanca cera para las velas de las iglesias que se extendían por los pueblos y las ciudades de la Toscana. Y donde también los alegres y pequeños colibríes, pajarillos volando de flor en flor, revoloteando sus incansables alas alrededor de las abundantes y fragantes flores de aquellos lugares, ofrecían un espectáculo contemplativo y maravilloso para algún perspicaz peregrino o despierto campesino que se adentrase por los caminos y senderos de la campiña toscana, imitando al santo de Asís en su visión de la Naturaleza.

Pero sobre todo Cimabue recordaba a su joven discípulo Giotto, cuando en medio de aquel paisaje bucólico, como un panorama idílico, apacentaba las blancas y cansinas ovejas en el valle del Mugello camino de Florencia, donde los pastos se llenaban de verde vida para los animales, y las lluvias primaverales inundaban charcas, lagunas y traviesos ríos, que darían luego excelentes cosechas a los labriegos de aquellos lugares.

Allí arriba entre los andamios de la iglesia basilical, entre la pared del transepto en el crucero, con unos anclajes de esparto, atados con nudos específicos que los carpinteros y albañiles habían sabido sujetar todo lo bien que sabían y podían, se movían despacio y con precisión Cimabue y sus ayudantes.

## LAS DONCELLAS TOSCANAS

---

El trajín de los ayudantes que iban de un lado para otro, que subían o bajaban botes o calderos de yeso o de pintura con pequeñas grúas, o escalaban o descendían por unas escaleras de madera de noble y resistente, fabricadas con esmero y cuidado para que nadie se cayese desde la altura del andamiaje, y pudiese sufrir algún grave descalabro.

Las escenas más interesante en la que estaban poniendo todo el interés del mundo, toda la fuerza y energías de que eran capaces como artistas y pintores, era en esa “*Crucifixión de Jesús*” en el crucero izquierdo, donde las numerosas figuras en la parte baja, donde los andamios casi se comían las figuras, con sus gestos sublimes y destrozados que hacían converger las líneas de fuerza y de despliegue hacia el Crucificado, en torno al cual una pléyade de ángeles envolvían a Cristo, como un séquito de ángeles seguidores hasta donde fuere necesario. Y allí estaban procurando darle un sentido dramático, casi patético, para representar el tema de la Cruz como había predicado Roger de Bacon, en sus teorías religiosas y didácticas en su libro “Opus Majus”, que redactó entre 1266 y 1268.

El científico inglés y franciscano, Roger Bacon, había dicho y criticado que las imágenes no solo eran importantes para el pueblo sino para mismos predicadores y religiosos, que desde los púlpitos de las iglesias trataban de enseñar con sus palabras a las gentes del pueblo la doctrina cristiana, pero que eso no había dado un resultado positivo.

Después de su ingreso tardío en la orden franciscana, que había tenido lugar en la fecha de 1257, había apreciado que para los fieles que no sabían leer la verdad cristiana en las palabras y en los libros sagrados, no había funcionado bien el ver u observar unas imágenes, cualesquieran que fueran sus representaciones, para conocer y practicar la doctrina de Jesús.

Entonces, él propuso que había que producir conocimiento y belleza artística en unas obras tanto en los religiosos, como en los comitentes, la mayoría miembros de la iglesia, que no habían sabido apreciar y escoger correctamente el arte de la belleza.

Así que Roger Bacon supo que aquello no había funcionado bien, y tras el fracaso de las imágenes, que según algunos carecían de viveza, univocidad, fuerza cautivadora y estilo, en la representaciones de los mensajes cristianos, cosas imprescindibles para que aquello hubiese funcionado bien y tuviesen una comprensión natural en las almas de los fieles, lo mejor era hacerlo bien y correctamente, con belleza y arte, con pasión, destreza y maestría, auxiliado por las ciencias y conocimientos físicos de luz y color, y no de cualquier manera.

Pero, el franciscano Roger Bacon, en aquellos tiempos medievales, es más explícito y concreto, y nos dice que son los propios teólogos los que carecían de conocimientos de geometría y de los olvidados principios de la “perspectiva” para hacer cumplir con los objetivos propuestos.

Y nos cuenta que son los propios religiosos o teólogos los que deben, pues aprender y practicar el arte olvidado de las “perspectivas”, la geometría y el libro de “Los Elementos” de Euclides, para luego guiar, aconsejar y colaborar en la elaboración de los diseños, junto con los pintores y artistas.

Y según el mismo Bacon, solo, por ejemplo, los miembros de su orden franciscana, John Peckham o el lego Witelo, en grado sumo conocedores de esas ciencias y saberes relacionados con la pintura y el dibujo, podían realizar con sabiduría esa labor de enseñanza y guía para reflejar el verdadero sentido fidedigno de las Sagradas

## LAS DONCELLAS TOSCANAS

---

Escrituras, y que todos, fieles, pintores y religiosos, conocieran el verdadero amor de Jesús, a través del mejor arte conocido.

Y si Niccoló y su hermano Giovanni Pisano hicieron sus esculturas tan abigarradas, aglomeradas, era porque la costumbre o tradición que imperaban en la iglesia en esa época era esa forma de concebir el arte. Y sobre el “horror vacui”, un horror al vacío que tendía a llenar todas las superficies de imágenes y esculturas, mostrando las enseñanzas religiosas a los fieles, que eran analfabetos la gran mayoría, y primaba lo didáctico sobre la belleza artística, la enseñanza práctica sobre la inteligencia y el buen hacer de las obras de arte.

Con Roger Bacon estas cosas llegan a su fin, y una nueva era cultural y humana llega entonces, un nuevo camino en lo social y en lo religioso, que intenta sustituir la visión anterior por una nueva concepción de la obra pictórica, más bella, proporcional o armónica, tan majestuosa y acorde con los tiempos de venían de mayor civilización.

Revisado el 26 de agosto de 2015, en León.

## CAPÍTULO XV

DONDE EL ESTUDIANTE UNIVERSITARIO “EL UNIVERSITAS” CONTINUA SU RELATO.

La mañana había transcurrido sin ninguna incidencia digna de mención. Pero en el aire flotaba un ambiente cargado de sensualidad, en una atmósfera llena de esperado sentimiento y de una nerviosa inquietud.

El maestro Cimabue, era sabedor de muchas cosas, tanto sentimentales como de su vida de taller pictórico que regentaba, bastantes más de lo que la gente se imaginaba que era conocedor, pero se lo callaba o lo disimulaba.

Por un lado, y en primer lugar, que no solo su pensamiento tenía que ceñirse a lo estrictamente pictórico, como era su estilo o corriente medio bizantina acostumbrada, ni su afán por demostrar la lucha entre el conflicto moral o religioso del bien contra el mal, o por forzar un dramatismo casi sobrehumano en sus composiciones, así como usar una lisa idealización y rigidez simbólica de tipo bizantino, sino que tenía que cambiar, que ceñise a la búsqueda de un movimiento nuevo, moderno, otro concepto donde ya fuese visible más la humanización de las figuras, más expresión en sus rostros compositivos, más suavidad y naturalidad en sus facciones, y menos estatismos en sus poses o figuras.

En segundo lugar, dejando aparte esos aspectos técnicos o pictóricos, superando con sus figuras tridimensionales los trazos anteriores, y haciendo más dinámica y sugerente su iconografía, pensó, por un lado en el problema de los idilios amorosos entre su joven ayudante y pintor de la ciudad de Émpoli, el joven Bernardo que estaba liado con



la mayor de la gemelas, Amella, y por el otro, lo que parecía un amor imposible, o no tan imposible entre su hermana gemela menor Saryn, hijas ambas de la familia Tourbuicci, un linaje que desde el siglo XII, se habían dedicado al transporte y a la venta comercial de telas y tejidos procedentes de Oriente y Bizancio,

Y por un destino de los dioses o de los hados, ambas jóvenes se habían enamorado de esos dos individuos que en aquella época eran todavía muy apreciados y distinguidos en las ciudades toscanas, aparte de unas relaciones con nobles imposibles o comerciantes ricos y adinerados, porque ellas no estaban por esa labor, si no que se conformaban, de momento, con unos seres normales, hombres trabajadores. Y todo a pesar que sus padres desconocían el tamaño y la realidad de las relaciones entre ellas y los otros hombres.

Pero, como decíamos, lo realmente atractivo y digno de mención eran las figuras de las hermanas gemelas toscanas. La mayor en el nacimiento del parto, Amella, y la siguiente en el doble parto, Saryn, eran de la familia de comerciantes y vendedores de tejidos orientales, los Tourbuicci de la ciudad de Asís. Aunque se decía que esta familia anteriormente procedía de la misma Florencia, ciudad que habían abandonado porque había habido una aglomeración importante de tiendas y mercaderes de la misma rama de producción comercial, y no había habido compradores para todos. De ahí que se las llamasen las gemelas toscanas.

El noviazgo de la joven Amella se produjo hacía varios meses cuando acompañaba a su otra hermana a depositar viandas, alimentos y ropas sobrantes de su casa en el convento de Asís, y allí casualmente conoció al pintor Bernardo que acompañaba por aquel entonces al Maestro Cimabue.

Su hermana menor Saryn, en un loco y apasionado enamoramiento hecho a primera vista, conoció al hermano fray Saúl, y mantuvo desde entonces, en secreto, ciertos devaneos amorosos con el fraile.

Estas dos gentiles muchachas eran de ojos profundos y azules. Tenían las siluetas espigadas y tiesas como cereales en fruto, con su talle delgado. Su fina piel femenina era casi pálida como la luna al atardecer, de un aspecto sensual, tan blanquecinas como la leche que daban las ovejas de la comarca, con su buena lana crecida en los montes cercanos. Las facciones de sus caras eran dulces y sonrientes, con manos muy delicadas y cuidadas para que el sol no les diera en ninguna parte de su piel femenina, y aunque de edades iguales, eran en cambio distintas en lo mental y espiritual. No ocultaban a nadie esa diferencia de actitud, en los valores, en las virtudes, y en los vicios y pecado que como todo ser viviente cometía voluntaria o involuntariamente.

Amella eran muy linda y graciosa, a pesar de ser ambas gemelas y de estatura media, en cambio su talante era más abierto y dicharachero, gustaba tener con su novio largas conversaciones donde hablaban de amor, de las guerras y de los gobernantes ineptos que tenía la ciudad, o del clima y del tiempo, y no le importaba hablar de las cosechas o de las siegas del campo. De temperamento sereno y franco, y cuyas vestimentas eran largas y con franjas de varios y brillantes colores, en buena seda oriental.

Por su parte Saryn, que llevaba en secreto, y con gran sigilo, sus relaciones con el joven fraile novicio Saúl, y que este no se había querido hacer la tonsura en su cabeza para no aparecer con las coronillas peladas de sus compañeros. Era una mujer que vestía prudente y elegantemente, pero gustaba usar casi siempre un único color en sus largos vestido, generalmente rojizos y ocre, que la hacía parecer más adulta, sensata y honesta, pero solo era la apariencia, pues sus relaciones con el fraile no eran del todo

muy cristianas. Y aunque para ella aquello no era hipocresía ni cinismo sino fruto de un amor aunque no casto ni puro si pasional y condicionado al estado de fray Saúl.

Sus compañeros de trabajo pictórico, de la cuadrilla y del taller, con permiso callado y mudo del Maestro, las habían tomado sigilosamente, sin que ellas se dieran buena cuenta, por modelos y diseños femeninos para las facciones y caras de sus santas, y hasta el mismo Cimabue las había dibujado y pintado, en secreto, para representación ya más natural de sus Vírgenes, y la expresión detallada de su carácter tanto humano como divino, ya sin el apremio anterior de los maestros “griegos”, o mejor llamados bizantinos. Y es que ahora en sus composiciones y frescos, como siguiendo la doctrina dada por el franciscano Rogelio Bacon, se abriese paso la sensación y la emoción que representaban aquellas imágenes para el pueblo. Pues aquellas miradas suaves y serenas, aquellos ojos tiernos y dulces servían también para que esas figuras femeninas fueran consideradas como un nuevo tipo de mujer más natural, cotidiana, con cierta sonrisa en sus labios, y aunque con cierta elegancia aristocrática como se llevaba en la época, hacía factible, pues, que los nuevos cánones que quería Cimabue introducir y cambiar poco a poco, fuesen aptos y consecuentes para los sucesivos momentos que intentaban plasmar y representar. Este hecho motivó que su discípulo principal Giotto tomase luego las riendas de este nuevo camino. Por eso le llamaban a veces a Cimabue, sin él saberlo, el verdadero padre de la pintura moderna. Hasta que llegó más tarde Giotto di Bondone. Pero eso es otra historia.

Fray Saúl tenía unos veintiséis años – según había confesado al padre Prior -, cuando hace unos tres años se había hecho novicio del convento de Asís, pasando por la cocina y la huerta, mas ahora era el portero del Convento de los franciscanos.

Decían que Saúl, (cuyo nombre completo en la orden franciscana ahora ya no tenía importancia) era hijo de la familia de Pisa, los Buonttini, que a su vez habían procedido de Sicilia, y se habían dedicado al transporte comercial con barcos de cierto calado, en la navegación por el mar Mediterráneo, entre Bizancio y Venecia, y con Nápoles y Sicilia.

Saúl había sido el tercero de una familia de cinco miembros, siendo el único que se había decidido entrar en la nueva orden franciscana, aunque según contaban sus parientes, era un joven alto, guapo y esbelto, moreno y de pelo rizado, más apuesto que flacucho, algo indolente en el trato, y cuya cara denotaba cierta picardía y fingida timidez, sin arrogancia ni temperamento fuerte, y sus ojos casi almendrados como un oriental, y de tonos verdosos, le lucían como esas pequeñas hojas de olivas de la campiña de su tío Federico, en las costas del sur de Italia.

Era un hombre que se consideraba a sí mismo que no valía mucho para la navegación y los negocios de su padre, Julio, cuya flota iba y venía a lo largo de las costas del mar Mediterráneo. Así que un buen día dijo a su padre que se marchaba a Asís a tomar los hábitos de san Francisco, y ni su padre ni su madre, Catalina, pudieron hacer nada para contener la febril voluntad de este hijo de meterse fraile.

Pero su vocación no era muy fuerte y segura, y más de una escapada al exterior había sido conocida o abortada por los frailes menores del Convento de Asís. Mas como era un hombre bueno aunque inquieto los frailes esperaban que con la edad madurase en mente y en espíritu, aunque en sabiduría y virtudes religiosas lo pusiesen en duda, y fuese capaz de llevar los hábitos y los valores de san Francisco lo mejor que pudiese.

Mas ese momento no había llegado todavía. Y los roces con mujeres – y goces amorosos con más de una – era una cuestión que solo él y su voluntad por dominar las

tentaciones de la carne, y por asegurar castidad y continencia - sabía como andaban en esos instantes. Mal, si hay que decir la auténtica verdad.

Porque la vida religiosa de un convento o monasterio está hecha de valores cristianos y grandes sacrificios, de obediencia fiel, de castidad a punto de hielo, de humildad a tope, y de amor y caridad a base de fuego de volcán.

Menos importaba, sobre todo para él, la pobreza y el ayuno y abstinencia, que lo llevaba de mejor forma, pero los pensamientos deshonestos, o eróticos, para con las mujeres no lo podía remediar, y era una obsesión que le inundaba su mente y le traía de cabezas.

Por eso, cuando ese día, a mediodía, – serían las doce y media de la mañana – aparecieron en la lontananza las dos mujeres gemelas, cada una mirando en su alma a su amor secreto, y que como cada día venían a traer el almuerzo como disculpa, para el joven Bernardo de Émpoli, el novio pintor de Amella, y de paso esta vez a su artista predilecto, que el Maestro Cimabue ya sabía a ciencia cierta, cuales eran sus nombres y apellidos, los de sus amores. Y el bueno y magnánimo de Cimabue intentaba a veces que el Bernardo de Émpoli y el fray Saúl de Sicilia, cuando se encontraban y se miraban de soslayo, con arrogancia y altivez, uno hacia el otro, no se fueran uno hacia el otro, a veces reñidos y envidiosos. Porque también hay que reconocer que en amores hay competencias que no se pueden disimular, y como ellos estaban sensualmente excitados de vigor carnal, y de energía vital por sus respectivas parejas, lo obvio e impotente era que las gemelas no hiciesen ninguna diablura para enfrentarles a ellos ni hacer peleas, y el Maestro intentaba poner juicio, cordura y mesura en sus actuaciones, todo ello para que quedase en nada, o en agua de borrajas.

Ellas agarraron la cuerda gorda y fuerte a la que estaba anudada la campana de la portería, en la alta espadaña de la entrada al convento. Llamaron adrede con gran

lentitud y parsimonia, como cuando los bueyes de la comarca se deslizan pausados y lentos por los senderos de las campiñas, olvidándose de las prisas y celeridad por los encuentros de los primeros días, cuando imitaban al hábil halcón, que sube como una flecha hacia el cielo desde donde domina las presas de la campiña a gusto y placer, sabedoras ellas que la cara del fraile sería la de pocos amigos para afuera, y el rostro amable y feliz para adentro cuando ellas atravesaban las puertas de la entrada.

Por otro lado, el buen maestro y pintor de Cimabue, no iba a decir nada de los sospechosos amores entre las jóvenes toscanas y aquellos hombres, ni a poner el dedo en la llaga o en el fuego por nadie, ni tampoco poner en riesgo su profesión de pintor, un gremio más de hombres de diseños que de artesanos, de hombres con conocimientos en pintura y en ciencias que simples trabajadores del tres al cuarto.

El fraile Saúl condujo a las jóvenes a un habitáculo destinado a almacenar los materiales de aquellas gentes que trabajaban en los muros de la basílica de Asís. Era como un aposento cercano a la iglesia, una sala habilitada para almacén, materiales de pintar y de albañilería, o carpintería, una sala también para que se comiera los bocadillos, o almorzaran al cabo de su descanso reglamentario.

Aquel día el menú, si así se lo podía llamar en aquella época, era a base de rebanadas de pan de cereales, tortilla de huevos camperos, un poco de chorizo de carne, más una tartarita de queso. Tampoco faltaba un cantarillo de vino para que la comida fuera bien compuesta y digerida. El agua solo se bebía si era de confianza, fresca, limpia y saludable, o de fuente natural que manaba con fluidez y transparencia, y se podía decir que era segura. Porque uno se podía contagiar más por el agua, y pocas veces por el rojo vino que estaba ya de por sí desinfectado y descontaminado, y sano por la

fermentación de sus caldos, aunque ello conllevara a veces cierta embriaguez o estar beodo tras las comidas.

Aunque la moderación en el beber en los conventos franciscanos estaba asegurada por sus reglas y protocolos.

Revisado el 27, jueves, de agosto de 2015 en León.

### **CAPÍTULO XVI**

“El lugar de Asís, con sus basílicas y sus iniciales pinturas al fresco, así como una nueva y entrañable arquitectura que configuraban sus conventos e iglesias, quería ser tenido y sentido en Asís como un sitio privilegiado de peregrinación, y por eso los pintores se afanaban en componer y pintar de la manera mejor que sabían hacerlo poniendo su interés, sus conocimientos y su entrega para hacer famoso a aquel lugar tan carismático y especial, donde san Francisco había iniciado y desarrollado su labor de apostolado y evangelización.

Estar dispuesto a hacer de la urbe de Asís como algunas de aquellas otras ciudades de la Edad Media, que había supuesto que gentes de toda condición social, campesinos, soldados, comerciantes, artesanos, clérigos, príncipes y nobles, y gentes diversas, de todos los países conocidos, acudieran como los peregrinos a Roma, a Santiago, o bien

a la Canterbury, donde estaba enterrado santo Tomás Becket, o a la Jerusalén de toda la vida.

Una vez fray Saúl dejó en aquella estancia y en buena compañía a la joven Amella con Bernardo para que almorzasen, pues ya era la hora de comer después de la jornada de la mañana, esta muchacha, a veces tan ardiente y pasional, comenzó a entregarle a su joven amante Bernardo, primero su cotidiana cesta con las viandas dichas anteriormente para saciar primero el hambre con una apetecida comida.

Luego, y a continuación, el propio fraile acompañó con cierta prestancia y diligencia a su otra hermana, Saryn, que desfiló detrás del monje, como si un corderillo siguiese a su progenitora oveja camino de los verdes y fructíferos pastos, hacia otro lugar un poco más alejado.

Llegados de nuevo cerca de la portería, como dos misteriosos amantes, en uno de los recovecos que daban cerca del amplio claustro conventual, entraron sigilosamente en un lugar, en un cuarto pequeño y apartado de miradas y sospechas innecesarias, porque la joven toscana hacía un tiempo que ya lo frecuentaba, pues se había enamorado también de apuesto y atrevido monje, que hasta el momento parecía llevarlo bien, y con gran sigilo, el romance entre ambos.

Algunos monjes, los más inteligentes y cautos, quizás habían llegado a sospechar de aquellas irregulares andanzas, pero no a creerse del todo ese insólito romance, y sopesado que aquel fraile, que de monje parecía poco tener cosa y peso, pero a lo que nadie se atrevía a contar nada de una supuesta aventura, ni a chivarse todavía de aquellas cosas o acontecimientos ante el padre Prior, porque aquello no se veía todavía con claridad, y las sospechas no valían del todo, por temor o miedo a equivocarse en ello.



## LAS DONCELLAS TOSCANAS

---

En resumen, que con la disculpa de dar a la iglesia en ofrenda unas viandas y ropas para repartir luego a los pobres, la joven Saryn, se había comenzado a acercarse así tanto a la iglesia como al mencionado fraile del que se había enamorado perdidamente.

Pero, luego, tanto la joven como el mismo fraile se entregaron a sus caprichos sensuales, y daban rienda suelta como podían a sus sentidos carnales, durante un determinado tiempo hasta que el fraile tenía que tocar la campana de la jornada llamada la “sexta”, a mediodía, llamando a los monjes a la oración en la iglesia, para después del rezo ir a una frugal y justa comida.

Bernardo y Amella, por otra parte, hacían lo mismo después de que el joven pintor hubiese rápidamente acabado su almuerzo, y se retirasen a un lugar seguro y medio oculto, tras el almacén que les dejaba los frailes para guardar sus herramientas y utensilios, y allí hacían el amor como sabían y podían en esas condiciones. A la joven muchacha no le importaba nada las miradas curiosas de algunos miembros de la cuadrilla de Cimabue, pero, sí, en cambio, le molestaba a Bernardo que sus compañeros de trabajo les espiasen en aquel oscuro antro, y en más de una ocasión se enfrentó a ellos por ese motivo.

Las miradas y sutilezas de Bernardo de Émpoli habían pasado de ser serias, pensativas y lacerantes al comienzo de la relación sentimental, a expresiones más alegres, cordiales y satisfechas a medida que su encuentro con Amella era cada vez más franco, alegre y motivado. Su estatura era de tipo alto, pero sin llegar a sobresalir como el propio Cimabue, y andares planos, como esos personajes de santos que Duccio di Buoninsegna de la escuela de Siena pintara en sus cuadros para las iglesias de su ciudad: hombres serios, morenos, de ojos abiertos y rasgados, con barba oscura y vestimenta larga y rojiza, Pero eran las propias manos de Bernardo, largas y algo

callosas de contener los pinceles de sus trabajos las que denotaban fuerza, decisión y serenidad.

Aquel joven, Bernardo de Émpoli, era de cuerpo más bien recio y atlético, y de espalda ancha, cuyos cabellos le caían por debajo de los hombros, al mismo tiempo que le tapaban los primeros pliegues de su ancha frente.

Pero, más que sus largos brazos masculinos, y sus amplios dedos de las manos, era su boca de labios gruesos y sensuales, la que movía a la muchacha de los Tourbuicci, a la bella Amella, a dejarse llevar por sus amorosos besos, llenos de intensidad y sensualidad, de vida y de virilidad.

En fin, que se decía de él, que procedía de los alrededores de la ciudad de Roma, de la familia de los Émpoli, y que allí lo había conocido el mismo Cimabue en una de sus visitas de trabajo a la ciudad eterna. Y es que Bernardo estaba bien considerado por el Maestro y sus compañeros de trabajo, que se hacían los sordos si algún curioso se acercaba preguntando lo indebido.

A sus veinticuatro años Bernardo era pues un pintor que prometía en el futuro, y discernía con sus ojos claros, risueños y azules, que la vida había que aprovecharla cuando la ocasión se presentaba, pues la vida era corta e ingrata la mayoría de las veces, y él no iba a dejar pasar esa ocasión con Amella, de la que se había enamorado como un adolescente de diecisiete años.

\*\*\*\*\*

### CAPÍTULO XVII

Aquella jornada, un posterior día, iba a ser grata y provechosa para las dos hermanas gemelas.

Por mutuo acuerdo, como una estratagema a seguir, una estrategia astuta e inteligente, habían convenido que tenían que aprovisionarse de alimentos y viandas, pues su despensa había sufrido últimamente cierta escasez, y llevar comida al convento las había dejado sin viandas ni alimentos.

Por eso habían discurrido, que aquel día, al atardecer se reuniesen ambas parejas por separados, en un lugar adecuado y secreto, y sin comentar con sus otros dos varones respectivos los avatares de lo que iba a suceder.

Y aunque ellas iban actuar por separadas, y sin decir nada a sus respectivos amantes, a los que habían convencido ya para un encuentro y cita, y todo debía desarrollarse según lo previsto por esas sagaces e ingeniosas mujeres.

Y he aquí lo que pasó a la anochecida de ese mismo día:

– ¿Has entendido bien dónde se celebrará nuestro encuentro? – dijo la hermosa Amella a Bernardo cuando se despidieron aquel día después del almuerzo.

– Sí, sí, en la pequeña sala que se halla a la derecha de la pared que pintamos en la iglesia.

- Allí estáte hacia las diez de la noche. Y no te vayas de allí si tardo un poco en llegar. ¿Entendido, Bernardo?
- ¡Vale, mujer! Allí estaré.
- Confía en mí para ello – replicó de nuevo la joven doncella.
- De acuerdo, y no tardes en venir – contestó el joven pintor con cierta cara de contrariedad y asombro, pues nada sabía de los pormenores a tratar.

Por otro lado, la bella Saryn y fray Saúl, habían convenido lo mismo en un futuro encuentro y en un lugar determinado. Había sido el momento oportuno para que la muchacha Saryn comentase al amado fraile que aquella noche, y en aquella cita, quería estar con él a solas, y comentarle algunas cosas importante, además de practicar algún juego del amor, y concertar que sería ya conveniente que el monje le aportase a ella algunas viandas o alimentos que el mencionado monje llevaba tiempo prometiéndole.

La reunión secreta tendría lugar antes de la salve de la última jornada de las “completas”, sobre las nueve de la noche.

Fray Saúl actuó según lo convenido, y dejó abierta la puerta del portón para que la joven pudiera entrar y esperarle en el cuarto mencionado.

La joven gemela penetró en el cuarto y esperó la llegada del fraile. Allí la oscuridad reinante era ya obvia y concreta.

Pasó un tiempo que pareció casi una eternidad para la joven que allí estaba medio refugiada y escondida.

Cuando llegó el monje todo precavido y nervioso, al principio no se apercibió de lo que sucedía. Luego sus ojos se fueron acostumbrando a la oscuridad.

## LAS DONCELLAS TOSCANAS

---

Una voz femenina, callada y temblorosa dijo en medio de la oscura noche, y en un recinto cerrado y sin luz:

- ¿Eres fray Saúl, verdad?
- ¡Quién si no voy a ser!
- Pues tú – contestó la muchacha con sonido suave y temeroso.
- Habla un poco más alto, casi no te oigo nada dijo el monje con voz temblorosa.
- ¿No habrá algún otro fraile por ahí, verdad? – respondió ella.
- Que yo sepa no, las completas son dentro de un rato.
- ¿Estás seguro de ello? – exclamó la joven muchacha.
- Pero, ¿por qué no te acercas más a mí, y me das un beso como siempre?
- Primero dame lo que me prometisteis – le respondió la mujer con firmeza.
- Espera aquí están las cosas que te dije: Una bolsa de garbanzos, un saquito de sal, unas pocas alubias, un tarro de miel, unas plantas medicinales y unas hojas de albahaca.
- ¿Y los trozos de carne de gallina que me prometisteis? – contestó la mujer.
- Ya sabes que la carne aquí abunda poco. Hoy no te la puedo ofrecer, quizás otro día te lo pueda conseguir.

Mientras la joven tomaba como podía en una cierta oscuridad, pues sus ojos ya se habían acostumbrado a la negra noche, todas las viandas y cosas que el monje le daba, él se apercibió que esa joven no era la que él esperaba, sino otra, tal vez su hermana.

¿Cómo podía ser eso? – pensó el fraile.

¿Qué pretende o pretenderán con ello, si es así como deduzco? – aseveró para sí el fraile.

¿No será una estrategia femenina para probarnos la fidelidad y la constancia en el amor? - concluyó el pensamiento de fray Saúl.

Vio que era víctima de un engaño, pero, qué iba a decir él, si lo que estaba haciendo con la muchacha no era ni decente, ni ético, ni moralmente aceptable. Un monje encariñado con una bella dama procedente de la Toscana. Aunque se dijo: “No seré el primero ni el último”.

- Pero, tú, tú, ¿no eres Saryn? ¿Verdad?
- ¡No, no soy Amella! Pero no te asustes es que me he confundido de lugar. ¡Perdona amigo, pero Bernardo, mi amor, me espera en otro sitio!
- Pero, ¿Bernardo ha venido con vosotras? ¿Qué descaro, Dios mío?
- Bueno, mire quien fue a hablar. Tú estás con mi hermana, que por cierto vendrá dentro de una media hora.
- Vaya, vaya...
- Tiempo suficiente para que le prepares otra ración de todo esto que me has dado a mí. Yo ahora me marcho con Bernardo. Gracias por todas estas cosas que me llevo.

Esta argucia fue montada por ambas hermanas que creían tener bien merecido y justo las dádivas que el monje les ofrecía. Además de probar la fe y la fidelidad de ambos amantes por ambas muchachas.

Al cabo del tiempo que predijo la estrategia de Amella, apareció, después de las jornadas “completas” del monasterio, su otra hermana, la gentil y hermosa Saryn, tan guapa e inteligente, que ni todo el oro del mundo, ni los ricos manjares de todos los monjes del convento, serían capaces de satisfacer a esa buena prenda femenina.

- ¡Aquí estoy, mi amor! – dijo ahora Saryn intentando adular y convencer a fray Saúl como podía.

Saryn se había sentado en un escabel que había en el cuarto adonde habían convenido reunirse la joven con el monje.

- ¿Cómo no viniste a tiempo, que llegó tu hermana antes?
- No pude, pero ya te diría mi hermana el por qué.
- Tu hermana no me dijo nada.

No obstante, fray Saúl, como la quería, había preparado otro lote con unas viandas parecidas a las que se había llevado su hermana. Toda la tardanza de la joven lo achacó al motivo que la muchacha le insinuó:

- No he podido venir antes – dijo Saryn mostrándose conciliadora – porque mi padre le dolía mucho la pierna cuando le tiró el caballo hace unos días, y mi hermana se adelantó para decírtelo.
- Pero, ¿no estaba ya mejor tu padre? – contestó el hombre.
- Sí, pero, le ha empeorado y tiene una ligera inflamación de músculos.
- ¿Y no le has puesto la pomada que te receté para estos casos?
- Sí, eso es lo que he hecho. Gracias por ello.

Y así, estando los dos contentos, tanto la mujer como el varón estuvieron fornicando durante un tiempo hasta que una voz femenina les sacó del idílico encuentro.

Era su hermana Amella que venía de estar con Bernardo, y llamaba a Saryn para marchar ambas juntas a su casa, y que Bernardo, el ayudante de Cimabue, les hiciese compañía a esas horas de la noche.

Estas cosas sucedieron en Asís durante un tiempo, hasta que los frailes comprobaron la anómala e indecente situación de joven fraile Saúl.

Por lo que los frailes del convento de Asís, decidieron, a pesar de que el fraile Saúl era un buen hombre, que su gusto y amor por las mujeres le hacía no merecedor de pertenecer a la congregación franciscana, donde las reglas eran muy estrictas y de otra forma. Y donde la humildad, obediencia y castidad era fruto de las reglas que el propio fundador san Francisco había dado a sus seguidores.

Y los monjes, muy amables y bondadosos, le permitieron abandonar la orden franciscana, ya que como todavía era un fraile lego, las ódenes fundamentales no las había aún recibido.

Y así Saúl de la familia de los Buonttini, fue contratado por Bartolomé Scarpia, un hombre de negocios italiano de Venecia. Contratado por ese comerciante veneciano que tenía importantes negocios en el mundo de los tejidos y de las telas, partirían en un gran barco de cabotaje con mercancías para la ciudad de Constantinopla en busca de nuevos horizontes y vivencias.

Y llevaría con él como un mástil fijo y seguro a la bella doncella toscana de Saryn Tuorbuicci donde otros nuevos mundos les abrirían las puertas para su convivencia y amor.

Por otra parte, Bernardo de Émpolí, un fijo en la cuadrilla pictórica de Cimabue, se casó con su hermana gemela, la hermosa doncella Amella, con la que tuvo dos hijos, un niño, llamado Giovanni, que se pareció a su padre, y una risueña niña, Finnetta, que salió como una semilla a su fruto, es decir, a su propia madre.



## FINAL DEL RELATO

Revisado el 28 de agosto, día de san Agustín de 2015, en León.

### CAPÍTULO XVIII

DONDE CONTINÚA LA RELACIÓN ENTRE OGGIEL Y ALIX EN SU BÚSQUEDA DE REALIZAR UN TRABAJO, CUENTO, RELATO O COMENTARIO SOBRE ALGUNA PÁGINA O SECCIÓN QUE TUVIERA QUE VER CON EL TRECENTO.

Tras un breve intermedio en aquel estudio de la Biblioteca, Oggiel Ruiz dijo con manifiesta claridad a su compañera, con palabras justas y adecuadas, como intentando reconducir lo expresado hasta entonces; y mirando de soslayo a Alix Martín:

- Haremos bien diciendo la verdad de nuestros hechos, citando si todo lo que contamos es verídico o no. No hay que desprestigiar nada, ni hacer de menos a los pintores de raigambre bizantina, pues cada estilo o corriente, normal y natural en su época, será siempre criticado por los demás movimientos o tendencias que vienen después. Y no se salvará nadie de verse criticado por las generaciones siguientes. Cada periodo de espacio y de tiempo sigue sus propias reglas, distantes del anterior. Así que probablemente los pintores de tendencias bizantinas, incluidos Cimabue y Duccio, manifestaron en sus comienzos la

moda, o tradición secular, es decir, lo que se llevaba en ese tiempo y lugar. Y ojo, con criticarlos sin más, sin aportar razones o lógicas, o nuevos sentires en el arte que me harán progresar o admirar, no es de fiar ni de recibir sin más sin que antes analicemos lo que tenemos delante, que otros detrás de ellos vendrán también, y harán lo mismo qu nosotros hicimos.

¿Qué me dices tú de esto?

Enseguida su amiga Alix le contestó abiertamente, como si la respuesta ya estuviera preparada a tan semejante pregunta:

- Efectivamente, eso siempre ha sido y será así. ¿Y tú crees que todas las cosas o noticias que oímos o vemos, que nos dicen y cuentan por ahí en prensa o televisión, son el fiel reflejo de la realidad que es o fue en cada momento?
- ¡Es posible que no todo sea verdad!, que sea tan solo una verdad a medias, ¿pero quién está dispuesto a firmar cuál fue la auténtica verdad? – respondió su compañera bajando y levantando pausadamente la cabeza en señal de nuevo afirmativa
- Cada uno y cada una ve las cosas de manera distinta. En un accidente de tráfico, o en una incidencia fortuita en la calle, que es vista por tres o cuatro personas al mismo tiempo, ninguna coincide casi siempre con las versiones de los demás. Y cada persona ve o siente el accidente de manera real o correcta para él, que podrá ser diferente a la de los otros que vieron en el tal accidente sorpresivamente. Unas personas ven que el coche que venía despacio por la derecha iba a girar hacia la izquierda. Otro ve que el automóvil azul traía más velocidad de lo normal. La tercera ve que casi atropellan a una anciana que se disponía a cruzar la calle, y un cuarto individuo afirma haber visto como la

responsable fue una persona que llevaba el perro suelto y sin atar, y que se disponía a cruzar la calzada sin tomar las medidas de precaución correctas para sujetar al chucho.

- Sí, es cierto lo que dices – afirmó de nuevo Oggiel llevándose los dientes con un delicado y suave mordisco entre sus labios morados mientras pronunciaba esas palabras.
- Lo realmente importante es escribir confiando que es verídico el resultado de lo que cuentas. Nosotras estamos contando este relato basándonos en ciertos aspectos, y determinado ambiente natural de aquella época.
- Eso es cierto. Y aunque tendrán varias interpretaciones nuestras divagaciones, afirmaciones o digresiones, lo cierto es que nosotras así lo veamos, con naturalidad, sinceridad y conciencia del deber exigido. Así que continuemos...

En estas cosas estaban divagando Oggiel y Alix, en un cuarto reservado para ellas en el primer piso de la Biblioteca Universitaria “San Isidoro”, en un local reservado por la institución para becarios con tesis doctorales, o para universitarios en formación o con trabajos de investigación, con las ventanas llenas de doble cristal para la insonorización acústica.

La profesora del proyecto, María Almedina les acababa de pasar hace una hora, más o menos, dos libros esenciales para el estudio, que estaban realizando.

Uno de ellos era un ejemplar, en aquellos momentos agotado, del profesor Juan Antonio Ramírez, nacido en Málaga en 1948, también insigne investigador y escritor de temas relacionados con el mundo del arte y de los libros, quien en su reciente obra “ *Cómo escribir sobre arte y arquitectura*”, de Ediciones del Serbal, de Barcelona, les aconsejaba que cuando tuvieran que escribir sobre novelística o

poemas mezclando con temas artísticos los relatos, que primero se mostrase la ficción, o la imaginación propia de las novelas, y que tuvieran preferencia por el discurrir literario, y que luego, en segundo lugar, se aproximase uno al Arte, si se podía con las mejores técnicas artísticas, o con las mejores condiciones posibles tomadas del mundo del Arte. Porque no es la verdad absoluta lo que prime en la novelística, sino la verosimilitud de los personajes o situaciones, y del ambiente natural y social en que se desarrollan las historias.

El otro libro que les había dejado la profesora María era un libro antiguo sobre el Trecento en la historia.

Las dos amigas y compañeras hicieron un alto en el camino, dejaron sus escritos de momento, y salieron al vestíbulo del primer piso de la Biblioteca Central para tomar un pisolabis, o unos cafés o un ligero chocolate, para abastecer sus estómagos y darles nuevos bríos y un nuevo ahínco a sus espíritus juveniles.

Hablaron de cosas sin importancia, del tiempo y del clima de aquel día, de cuestiones banales y de los exigentes que eran algunos profesores, que hacían del Plan de Bolonia un nuevo aspecto de combate, pero de combate fratricida, contra quién mandaba entre ellos mismos, o había mandado más materia y mayores trabajos para no ser menos que los demás profesores. Y si se ponían de acuerdo en la mayor parte de los criterios o competencias a seguir, tanto pedagógicas como académicas, en cambio, en cuestiones de cantidad de temas o de materia, cada uno iba de una manera distinta, intentando que sus trabajos y temas a resolver o a explicar, por otro lado muy bien y con buena maestría, fuesen a veces más extensos que aquellos de los compañeros de al lado.

En estas divagaciones estaban hablando y acabando de apurar sus cafés, cuando, sin apercibirse de la llegada de Pablo de Santiago, un amigo universitario, este les abordó casi inesperadamente, y después de saludarlas tímidamente les dijo:

- ¡Hola chicas!, ¿qué tal lleváis el relato?
- ¡Pues lo mejor que podemos! – insinúo Oggiel levemente con una débil sonrisa en los labios.
- ¡Sí, sí, bastante bien! – manifestó Alix mientras posaba su vaso de plástico de café, ya casi vacío, en la alta mesa de la zona de las máquinas de cafés o de infusiones del centro universitario.

Las dos mentían descaradamente, y sin conciencia de hacerlo. Como si fuera una mentira piadosa. Y es que a veces, eso es el mayor triunfo a destacar.

## CAPITULO XIX

Pablo de Santiago sabía en su hondo interior que sentía una buena predisposición amorosa por Alix Martín, y creía verla a veces con más apasionamiento que cuando la conoció, guardando siempre un gran interés y admiración hacia ella, intentando de momento pasar desapercibido.

– ¿Sabéis que me han sugerido en la dirección del programa, no sé si bien o mal, y no quiero inmiscuirme para nada en vuestra labor, que hable con vosotras a fin de intentar que hagamos unas poesías o introduzcamos en vuestros relatos o cuentos, unos poemas o canciones?

Las caras de las mujeres mostraron impacto, incredulidad, y también sonrojo y asombro con este inesperado sopetón, que más que eso era un bofetón en las mejillas de las jóvenes.

– Pero, ¿cómo unos poemas? – mencionó Oggiel.

– ¿Unas poesías en medio de los textos o al final de ellos? – interrogó Alix.

– Pues no lo sé como quedarían mejor – manifestó el hombre, intentando dar largas en el asunto, y ponerse con cierta empatía en el lugar de las muchachas.

– ¡Esto es una locura, una insensatez!, ¡por no decir una estupidez! – exclamó con resolución Oggiel mientras miraba expectante la respuesta también de su compañera.

– ¿Y quién hará los poemas? – dijo Alix con una ligera negación de cabeza.

– ¡Yo no ni hablar! – interrumpió Oggiel.

- Y yo tampoco.
- Creo que nosotras no valemos para eso. Nosotras podemos dominar un comentario de texto, o realizar una crítica de un autor o de un cuadro, o bien unas divagaciones sobre esos temas, que es lo mejor que se nos da de momento. Pero en cuestión de poemas. No.
- No os metáis conmigo – dijo el hombre todo nervioso -. Yo no tengo la culpa. Por eso me mandan a mí, para ayudaros a ver si son factibles introducir unos poemas. Además no seríais las primeras. El comité literario aconseja que para que la obra sea más literaria se hable de Dante, Petrarca o Boccaccio, o de los famosos pintores de aquella época: Cimabue, Duccio, o Giotto. Y también algunas cosas sobre san Francisco, el de Asís, – terminó de hablar Pablo de Santiago, tomándose él también un café con leche que acababa de sacar de esas máquinas cafeteras para cortar el asombro y sorpresa de lo allí contado, y relajar el estado de ánimo.

El hombre miró la cara de las dos jóvenes a ver cómo respondían, y se fijó más en la expresión de seriedad y firmeza que mostraba el rostro de Alix, quien muy inteligentemente respondió:

- Si se ponen poemas toda la narración perderá interés, y los futuros lectores escapan de ello.
- Pero si esos versos son buenos poemas como sonetos o canciones a lo italiano, pueden que vuestros textos ganen en calidad y en lecturas adecuadas – mencionó Pablo de Santiago.
- Bueno, bien pensado así, puede ser. No seremos nosotras sino alguien experto en ello. Pero no hay que hacer unos churros o unos ripios, sino buenos y auténticos

poemas, con clase, estilo y escuela – concluyeron las dos mujeres dando a sus palabras un toque de atención para el hombre, y poniendo un determinado énfasis, tan necesario para demostrar su validez y sabiduría sobre todo en la prosa.

- Eso es, y es lo más inteligente. E intentaré yo mismo, si me dejáis, ya veréis, hacerlo bien, lo mejor posible. Os prometo, si al final los hacemos, cuidarlos y realizarlos con meticulosidad y coherencia con la selecta obra que lleváis a cabo, bien sea de autor o de colaborador. O con subnombre de anónimo. Pues a veces los disfraces es la mejor prenda de teatro. Aunque tengo un amigo que lo hace y poetiza mejor que yo, es Raphael Acosta, un becario de literatura. Ya os lo presentaré.

Cuando se despidieron los ojos del hombre permanecieron en los de Alix durante un tiempo más de lo normal. Alix se sintió algo ruborizada al ver y percibir la actitud del varón hacia ella, pero lo tomó como una insinuación de leve importancia.

Alix Martín era una joven alta y elegante, de tez y manos blancas, y que a sus veintitrés años era una mujer con experiencia en la vida y en el amor, para bien o para mal. Sus claros ojos azules, tirando algo hacia verdosos, cabello largo y rubio como la miel de los montes, cara inocente y dulce, sosegada y pensativa, a la que además de encantarle la música, de la que se sentía más que fan, y creía en la propia idea de música como meta para ser feliz. También le gustaba la Filosofía con mayúsculas, y que tal vez un día iniciase también esa carrera universitaria, además de la Historia del Arte, de la que ya había acabado el Grado.

Alix poseía el encanto de la discreción y el silencio, de una suavidad y blancura en la piel como de la diosa Venus. Apenas le gustaba figurar y ser la atracción de sus



semejantes, era reservada y cálida en su interior. Pero sus pensamientos e íntimas querencias apenas pasaban el filtro para ser percibidas por unas elocuentes palabras de orador, o de una periodista de prensa, radio o de televisión.

Oggi Ruiz era en cambio, una mujer de unos veintidós años, de la misma estatura que su compañera, cara un poco ovalada, cabellos oscuros y recios, piel sonrosada y tersa, cintura fina y flexible, con la que compartía cercanía y asiento en las aulas.

Oggi era una mujer sensible y también callada, de mirada pensativa y tímida, pero muy fuerte su actitud por el estudio y la vida. Sobresalía en las cuestiones de arquitectura y de ingeniería, y en el periodo contemporáneo descollaba en las artes industriales.

Su mirada concisa y algo triste le hacían parecer una mujer con el encanto del misterio. Sus cejas finas y arqueadas le daban un semblante de observadora fiel de las cosas, y su abundante pelo moreno le daban aspecto de seguridad y de confianza.

Por eso aquellas dos mujeres cautivaban por su sencillez, su callada cordialidad, sus palabras justas y concretas, por su delicado talento femenino y su servicial disposición. Y una fina inteligencia escondida entre tanta belleza femenina.

## **CAPÍTULO XX**

Aquella tarde en la sala que tenían reservada en la Biblioteca Central de san Isidoro aparecieron dos hombres por la ventana correspondiente, que llamaron ligeramente a

la puerta donde estaban como encerradas y trabajando las dos muchachas de la Universidad de León, Alix Martín y Oggiel Ruiz, y cuando sus miradas se cruzaron vieron que era Pablo de Santiago acompañado por otro varón de aspecto muy formal y atractivo.

Era su amigo Raphael Acosta, que fue presentado de inmediato, y dentro de esa célula de estudio como un despacho de oficina, se conocieron mejor, y desearon suerte a las jóvenes como dos doncellas italianas, y voluntad de realizar bien ese viaje y esos trabajos tanto culturales como literarios.

Oggiel, escucha, – dijo Pablo de Santiago, con cara inocente, a su amiga – este chico ya te conocía antes en la Facultad, aunque en silencio y por cortesía nada te ha querido decir, pero, diríamos que le gustas. Sí, así de rápido lo diré. Es un joven que le haces tilín, o como se diga, aunque él con su timidez y paciencia no te lo querrá decir así de rápido, pero es que este verano está ya en ciernes, se mete dentro del cesto de los frutos de temporada veraniega, y lo que puedas hacer hoy no lo dejes para mañana. ¿Verdad?

Las chicas estaban alucinadas por la rapidez y severidad de lo afirmado, con que el hombre las estaba más que presentando como amigos, si no visto como un amante desconocido, influyendo tal vez, en sus respectivas vidas.

-¡Y él, - interrumpió Raphael al instante refiriéndose a Pablo - está también por ti, Alix, por si no lo sabías!

Todo aquello era como un juego de adolescente, de chicos aún no maduros, pero lo útil a veces es enemigo de lo superfluo, lo oculto es enemigo de la claridad, y no decirlo ni exponerlo a las claras era una tontería con vistas a salir este verano que se

aproximaba en pareja, como con traje cotidiano de ilusionado turista, y con los frescos vientos risueños enmarcando sus vidas.

Las dos jóvenes, como doncellas de la toscana, nunca se habían ruborizado tanto en sus vidas, nunca se habían visto en una situación tan angustiosa o llena de ansiedad como aquella, aunque lo desconocido y atractivo de una aventura siempre era un punto a favor en una relación. Y sintieron que tenían que salir inmediatamente de allí para darse un respiro. Y tomar un potencial y nuevo aire fresco de la vida.

- ¿Queréis, chicas, tomar un café?

Fue lo que mejor se podía hacer y decir para aquellos instantes tan sorprendentes y extraordinarios, tan locos y alucinantes. Entre espantosos e impresionantes.

La salida al vestíbulo universitario las calmó como una oruga de la seda se tranquiliza cuando se mete dentro de su capullo real, como una amarilla cápsula del tiempo, y se tomaron unas bebidas y cafés que las templó el ánimo, o el alma solitaria, más que el físico cuerpo, que era muy bonito y sensual.

## CAPÍTULO XXI

Apenas, en aquella nueva jornada, ellas habían comenzado de nuevo la continuación del relato que querían hacer sobre Cimabue o Duccio, y que estaban pergeñando como podían, reflejando con lo mínimo en lo que querían mostrar en una situación sobre el Trecento italiano.

- ¿Sabes una cosa, querida amiga? – se paró Alix para decir sin más contemplación y así dar riendas sueltas a su intervención.

Su compañera Oggiel Ruiz también se volvió de súbito, le miró a su compañera a la cara de soslayo, y dijo casi con palabras imperfectibles:

- ¿Qué?
- Que lo único cierto, quizás, - prosiguió Alix Martín - de estos pintores del Trecento italiano, es lo que hay o vemos en realidad de su obra pictórica en cuadros y frescos de paredes. Cuando desconocemos sus vidas al cien por cien, o al setenta por ciento, lo más objetivo y seguro es analizar sus cuadros y mirar sus frescos o pinturas como están expuestas en paredes o cuadros, bien como ellos las hicieron, y ahora han quedado expuestas, con esa decrepitud en sus pinturas carcomidas por el paso del tiempo, a veces desconchadas o perdidas en partes importantes de su original pintura, o bien con esos toques de una restauración, al día de hoy.
- De la misma manera que un escritor se le debe juzgar – apostilló Oggiel, con claridad y vehemencia - no por su vida en concreto, o por lo que de él nos cuenten las revistas del corazón, sino por sus libros o páginas literarias; de la misma manera nosotras en esta época del siglo XXI debemos juzgar esas obras pictóricas o literarias por lo que vemos, leemos o sentimos, por lo que nos manifiestan en su interior o nos muestran en su exterior.

Representan hitos y programas de otras épocas – continuó diciendo la joven muchacha - y por ellas, por sus obras artísticas debemos analizarlas, aproximándonos con nuestros ojos posteriores y de hoy en día, a lo que fueron sus ojos interiores con maestros o genios, muy perspicaces, de aquella misma

- época, de ese periodo histórico que les vio o tocó vivir y pintar. Es decir, de ese Trecento al que debemos respetar y admirar.
- Debemos pensar, - dijo ahora Alix para no perder comba entre ellas por esas nuevas sugerencias - cómo cada uno de ellos llegó a pensar en lo que iba a componer o pintar, cómo realizar un determinado lienzo, cómo llegó a la configuración de ese cuadro, o dónde tuvo la inspiración primera.
  - Cuál fue la motivación para hacerlo, - comentó ahora su compañera Oggiel, siguiendo la línea adoptada por sendas muchachas - y qué quiso en verdad expresar allí con sus trazos y sensaciones de todo tipo. ¿Cómo mostró su imaginación para concebir ese hecho pintado o esculpido? Cómo formó o configuró esa composición tan detallista de su obra, qué documentación empleó para ello, qué estaba pensando en cada instante mientras lo iba pintando. Y Oggiel continuó: ¿Qué formas cambiaban en un determinado instante de la composición porque no eran del agrado del comitente o mecenas que le había contratado, o no cuadraban en la composición requerida?
  - O cuánto tiempo estaban tardando, - prosiguió Alix de nuevo diciendo - en su quehacer o realización, o bien, si iban despacio, con sencillez y modestia, sin solemnidad y arrogancia, pero sí con frescura y naturalidad. ¿Qué no les gustó ese día o jornada de trabajo que les hizo cambiar su estructura en aquella parte del cuadro? ¿Qué colores eligieron, qué matices resultaban mejor, o cuáles fueron desechados, y por qué motivos lo hacían?
  - Ni que seamos Leonardo de Vinci o Masaccio en el posterior Renacimiento como pintores de aquellas épocas doradas - cortó Oggiel a su compañera. Que continuó diciendo en la operación:

¿Quién era su comitente, su mecenas o su pagador en ciernes, y para quién era el lienzo o cuadro en cuestión? ¿Qué otros temas se trataban en los contratos? Y qué importancia daban a la fantasía o a la realidad en esa programación que los religiosos o teólogos marcaban con sus pautas espirituales o mensajes cristianos en el trabajo que ellos realizaban. ¿Y qué cosas o asuntos se especificaban en los contratos que eran propias del taller y otras propias del mismo Maestro?

- ¡Sí eso también es verdad, y hay que decirlo! Y algunas cosas más que no vamos a exponer para no cansar al público lector y a los curiosos– dijo Alix desde la silla de su estrado.
- Me parece bien eso – respondió Oggiel.
- Pues espera que acabo de tener una idea nueva – concluyó Alix con ojos de sorpresa.

FINAL del capítulo

30 y 31 de agosto de 2105, en León.

### CAPÍTULO XXII

Oggiel y Alix habían buscado, anteriormente, estudios e informes sobre la época y los pintores de aquel momento, así como diversa documentación y textos históricos sobre aquel tiempo, consultado varios libros, así como mirado en archivos y bibliotecas sobre este periodo histórico, acumulando detalles e información referente a los artistas y al mundo de esta época.

Pero inesperadamente una idea fluyó por la mente de Alix Martín.

Y todo fue a raíz de encontrar una cuartilla dentro del libro que allí tenía sobre el Trecento y su historia, que la profesora María Almedina les había dejado para su estudio, análisis y reflexión. Pero un papel llamó la atención de ella. Sobresaliendo de sus páginas interiores unas palabras escritas con letra de hombre reclamaba el interés de su lectura.

- ¿Quién ha metido aquí adentro esto? – dijo con expectación Alix mientras miraba hacia la cara de sorpresa de su compañera.
- ¿De qué se trata? – argumentó Oggiel.
- Espera, - resolvió su amiga con rostro de asombro. Y continuó diciendo: Es un Poema. Y está dirigido a ti, Oggiel.
- ¿Qué casualidad? ¿Para mí? - dijo la joven ruborizándose.
- Mira lo que está escrito – dijo Alix.
- ¿Y quién lo habrá metido ahí? –interrogó Oggiel mostrándose inquieta.

Y estas eran las palabras que en aquel papel estaban escritas:

“POEMA PARA OGGIEL”

“Entre la noche y el día, estás tú.  
Entre una red de luz y el color, tu amor.  
Entre el sol y la luna, tu sonrisa.

\*\*\*\*\*

¿Quieres escuchar de mi boca tu nombre y tu voz?  
Escucha, pues, Oggiel, el latir del viento que entra en tus oídos.

\*\*\*\*\*

¡Quiero navegar con mi sangre el cielo de tu alma  
Y estaré dispuesto a encontrar la sed de tus sentidos!

\*\*\*\*\*

¡Quiero asomarme a tu oculto misterio  
Y encontrar lo voluble del cielo arropándote tus sienes!

\*\*\*\*\*

Desde que te conocí  
como si fueras un viento que viene y que va con ardor  
sentí tu aliento y tu sabor sin esperar dolor.

Desde que aquí te vi  
solo faltaron tus labios  
para sentir estos versos en mi flor.

Firmado

Raphael Acosta



## LAS DONCELLAS TOSCANAS

---

- ¡Pues no me puedo creer! ¡No puede ser cierto eso! – dijo Oggiel desde la incredulidad.
- ¡Pues lo es! Ya tienes un amor declarado, hija – afirmó su compañera.
- Bueno, ni en sueños sería mejor. ¡Este hombre está loco! Es una locura. Te lo digo yo – concluyó Oggiel que creía que todo aquello era falsa ilusión, como una inesperada alucinación.
- ¿Y qué vas a hacer?
- Dame eso, y dime Alix tu nueva idea – dijo mientras guardaba aquel papel con el poema.
- ¿Mi nueva idea?
- Sí, ¿no me habías hablado antes de una idea?
- ¡Ah, sí!
- Pues venga, dímela, y olvídate de este poema.

Alix Martín sintió que era mejor dar a conocer la idea a su amiga que hablar con respecto a Raphael Acosta, mas como ella no quería manifestar tampoco nada de nada sobre ese asunto, comenzó a decir a su compañera lo que antes había pensado.

- Bueno, se trata de algo que tú y yo haríamos, un cuento o leyenda, y que lo escribiríamos individualmente y aparte, pero que solo tú y yo sabríamos de quién era cada cual historia en particular. Y serían, nuestros amigos, Pablo de Santiago y Raphael, perdona, ahora si lo cito – quiénes tendrían que adivinar de quién era cada relato o leyenda. Es decir, a quién pertenecían cada escrito. ¿Qué te parece la idea?
- Como idea está bien, pero, qué cuento o leyenda emplearíamos o seleccionaríamos para ello. Estaría bien, que los hombres, ellos que siempre

- quieren ser tan capaces e imprescindibles, tan sabelotodo, se esforzaran y quisieran resolver esto como un enigma, como un juego de adivinación.
- Entonces no te digusta esta cuestión. Sería un asunto que les demostrara a ellos nuestro valor y nuestras destrezas o habilidades en el campo también de la literatura, amén del artístico.
  - Sí, mira, me gusta esta apuesta. Que te parece si una escribe una leyenda real y antigua. Y la otra una leyenda algo más fantástica y original, creada por nosotras. Y qué ellos digan, como un enigma, si la leyenda es antigua, o si es un cuento con una narración más moderna.
  - Y que adivinen quién de nosotras escribe la antigua y quién la moderna. O que por lo menos, nos hagan saber sus diferencias, que las habrá.
  - Pues, me parece bien la apuesta. ¡Hecho está y queda!
  - Además no digamos a nadie esto, ni al lector ni al director general, ni al Cátedra Manu, ni a la directora de este programa. Ni quién escribe cada cual de ese cuento o leyenda, con lo que nuestro relato será todavía más auténtico y verdadero, pues nunca revelaremos quién escribió cada cual, si la leyenda primera o la otra. Así nadie tendrá envidia ni celos, ni habrá dimes o diretes sobre quién es mejor o peor en estos escritos. Ni se podrá discutir la autenticidad histórica de los mismos.
  - Eso me gusta mucho.
  - ¡Pues adelante!
  - A partir de ahora, nosotras seremos dos anónimas personas que escriben unos textos. E intentaremos, eso sí, que nos salgan bien. Bastante bien estas historias.

Tomaremos este libro de historias del Trecento, que nos trajo la profesora María, que el nos dará alguna feliz idea, alguna reflexión, versión o pensamiento sobre lo que queremos hacer.

¡Pues adelante, a pensar en la trama y a callar!

¡Eso es, a discurrir cómo lo haremos!

Final del Capitulo

León, a 31 de agosto de 2015. Lunes. Y 1 y 2 de septiembre de 2015.

### **CAPÍTULO XXIII**

Pronto tuvieron los nombres o títulos para escribir estas dos historias, unos cuentos o leyendas fabricados con los elementos y las cosas de la historia. Una de ellas considerada real o histórica, y la otra fantástica y original. Nadie sabría qué estudiante la habría escrito o compuesto, si Oggiel o Alix, o al revés, si ésta o aquella.

El primer título sería:

“El Milagro de Felicitas en Prato”

“La leyenda del Milagro de Felicitas” comenzaba así:

“Corría el año de 1348, año de la famosa Peste Negra, triste y de infeliz recuerdo. En ese mismo año de la gran y terrible peste que asoló a Florencia y muchas otras ciudades italianas, y europeas, un desconocido hombre, llamado Francesco di Marco Datini, al que en lo sucesivo llamaremos Francesco Datini, había ido a la ciudad del Arno a estudiar y a aprender un oficio, pues sus mismos padres habían fallecido ese mismo año de triste y penosa memoria.

Con unos ciento cincuenta florines de oro se marchó de Florencia para encontrar nuevos lares y ciudades donde progresar, aprender y conocer cómo funcionaban los negocios y asunto financieros que enriquecían a cualquiera si se exponía sus dineros y era algo inteligente, así como valeroso en el arrojado de los negocios y el comercio. Por eso se marchó a Avignón, junto al río Ródano, donde había ido la curia papal y el mismo Papa había creado una colonia de empresarios y negociantes procedentes de Francia, Florencia, y otros lugares, donde florecían los negocios, las actividades religiosas, las entidades financieras y otras sociedades comerciales. Allí se estableció el Papado llamado de Avignón entre los años de 1305 a 1377, y allí, fue Francesco Datini acogido por hombres de negocios y comerciantes, donde prosperó con rapidez, hasta independizarse y crear su propio negocio, y su propia marca comercial.

Obtuvo pingües beneficios con la venta de armas, y fundó sociedades lucrativas con distintos socios toscanos. Así hizo grandes dineros y acaudaló buenas riquezas con determinados negocios dedicados a la importación y a exportación sobre todo con el comercio de la sal, el vino, el aceite, las especias procedente de oriente, la miel, los esmaltes franceses, las telas de Génova, la seda o el tafetán de Lucca, o los artículos de plata de la misma Florencia, montando un gran negocio, con banco de cambio incluido cuya sede estaba en Avignón y que se extendía por grandes ciudades, y que se expandió a gran escala. El mismo Francesco Datini llegó a decir: “Puedo ganar tanto dinero como quiera, en el nombre de Dios y del comercio”, lema que fue luego empleado en sus eslóganes, y que fue anotado en sus más e quinientos libros de cuentas y documentos mercantiles que llevó en férrea contabilidad.

Un hombre viajero y aventurero pues estuvo casi toda su vida viajando en asuntos de negocios.

Sus familiares querían que regresaran a Prato, donde había nacido en 1335. En sus cartas a su esposa Margarita, le pedía que preparase sus platos preferidos cuando él regresaba a su hogar: Perdices, una sopa con buen queso graso, anguilas frescas, carne de ternera, cabrito, cordero y o de cerdo, más judías o garbanzos, todo ello aderezado con plantas aromáticas como el romero o el tomillo, o la menta. Y de postre higos tiernos, melocotones y frutos secos.

Pues bien, en aquel ambiente de Prato, donde vivía Margarita, la esposa de Datini, ocurrió un día un insólito episodio que conmovió a toda la ciudad de Prato.

Un sirviente imponente de la casa de Francesco Datini en Prato, llamado Agostino, que era el encargado de mantenimiento y de los servicios domésticos de la noble y rica casa, como un mayordomo, tuvo un terrible y dramático acontecimiento con una de sus hijas, Felicitas, que contaba por entonces unos doce años de edad.

El desgraciado accidente fue causado porque la inexperta joven se había subido a un árbol de nogal cargado de verdes frutos casi maduros, unas nueces todavía envueltas en sus redondas cáscaras con su caparazón vegetal. Era el mes de septiembre, y aunque ya habían comenzado a caer las nueces del árbol, abriéndose sus verdosas cápsulas para

dejar en el suelo sus duros, ricos y sabrosos frutos, unas nueces grandes y esplendorosas, cuando la incauta niña había ido detrás de su gata, llamada “Gissli”, que se había subido al árbol para jugar con esas cápsulas a modo de pelotas silvestres que los nogales ofrecían como frutos secos para ser comidas en el invierno que se avecinaba.

Y la jovencita doncella, sin percartarse de la debilidad de las ramas del nogal, cargado de nueces, con sus duras cáscaras de madera, sufrió un grave accidente al resbalar de una de sus ramas y precipitarse al vacío, tras fracasar en agarrar a su gata “Gissli”, que se había encaramado a las ramas superiores del árbol para jugar con los redondos frutos secos.

Cuando un desgarrador grito de la muchacha se extendió por el jardín y huerto de la casa de Francesco Datini, con unas palabras de niña pidiendo auxilio en su caída, los parientes que por allí estaban acudieron rápidos como un rayo en su ayuda, y otros fueron a avisar rápidamente a su madre Remigia, quien acudió llorosa y desesperada junto a su hija, y dando grandes voces y gritos, con lágrimas abundantes en sus ojos, cuando comprobó que su hija estaba inconsciente y sin sentidos, como dormida en medio de la pradera que rodeaba al nogal.

Todo parecía que la vida de Felicitas se había escapado por las misteriosas fisuras de su joven y femenino cuerpo. Y no quedaba más que un mirar perdido en el tiempo.

La casa se tiñó de dolor, de sufrimiento y de incipiente luto cuando ni el médico de la familia de los Datini pudo hacer algo más porque “Felicitas”, esa sonrosada y fresca jovencita de doce años volviera a la vida, y volviera a respirar como lo había hecho momentos antes de su trágica caída desde el robusto árbol.

Agostino y Remigia lloraron y lloraron durante horas la muerte de aquella infeliz muchacha caída al vacío desde unos dos metros de altura de un álgido y potente nogal.

Entre los que habían acudido a dar el pésame y a consolar a sus padres estaba Fray Constancio, un hermano franciscano, que mantenía buenas relaciones con Agostino y Remigia, porque era un primo carnal de su padre. Y todo en la regia casa eran muestras de consuelo y piedad para con la familia de los estimados sirvientes de Francesco Datini, cuya esposa Margarita, había habilitado lo mejor de su palaciega casa para acoger el cuerpo sin vida de la infeliz muchachita, cuya belleza comenzaba a despuntar porque a los doce años la mayoría de las jóvenes comenzaban a madurar para poder ser madres.

Las lágrimas de auténtico dolor, lágrimas que como un río se vertían sin poder contener sus aguas, más las manifestaciones de pésame y de luto, con las mujeres vestidas de negro y los velos cubriendo sus lacrimógenas caras por la desesperación y el sufrimiento eran la escena y la estampa natural e imborrable en aquel panorama de desolación y tristeza.

Solo el rostro del monje franciscano, fray Constancio, era el que parecía que no estaba angustiado, y aunque rezaba con unas oraciones en un latín clásico, su cuerpo mostraba cierta confianza y destilada una serena energía, como un hálito de esperanza, bien en la próxima vida en el Purgatorio de la doncella, o bien por no creerse todavía los graves sucesos acontecidos.

Entonces tuvo una idea tal vez descabellada en un principio, aunque no original ni realizada por primera vez. Y era la de exponer a la joven muerta a la intercesión de la Virgen María, y exponerla en San Esteban, para que el sagrado Cíngulo de la Virgen María, allí recogido pudiese obrar un milagro, porque el monje pensaba que no era la primera vez, que una persona parece muerta, pero que luego se comprueba que fue una inconsciencia o parálisis cerebral provocada por un grave accidente, y con el paso del tiempo puede volver en sí o resucitar.

Esos pensamientos tan callados y silenciosos, eran solo expuestos para sí mismo, y sentidos dentro del alma del fraile franciscano.

¿Qué podía hacer aparte de pedirselo a la familia que la llevaran a la iglesia de San Esteban, en Prato, donde estaba el “Cíngulo de la Virgen María”, que según la leyenda y la tradición fue dado por la misma Virgen antes de la Ascensión al apóstol Tomás, y que este se lo regaló a un sacerdote?

Desde tiempos inmemoriales se recordaba que el “Cíngulo o cinturón sagrado de la Virgen María” se recogía en la iglesia de san Esteban, y según la leyenda, se decía que un comerciante de la ciudad de Prato, de nombre Michele Dagomari, había recibido el cinturón en calidad de dote al casarse en la ciudad de Jerusalén con una doncella llamada María, y que en el año del Señor de 1141 lo había legado a la iglesia pratense.

De ahí estaba el llamado Púlpito externo de san Esteban, primero fue de madera noble, y desde donde se exhibía esa maravillosa joya de reliquia, en algunas festividades religiosas y hasta profanas al pueblo de Prato.

Este singular púlpito externo con el paso del tiempo sería realizado en mármol y bronce cuando Michelozzo y el mismo Donatello, allá por el 1433, lo hicieron más esplendoroso y llamativo, a realzarlo con bellas esculturas en un friso con angelotes bailando, y tocando música en honor y para alabanza de la Virgen María. Allí se mostraban al aire libre siete relieves rectangulares separados cada uno por dos columnas acanaladas, representando escenas de ángeles alegres y con gran regocijo al bailar y cantar, hechos con gran plasticidad y belleza sobre un fondo de mosaico dorado.

Prato era famosa por sus telas primorosas y su fina orfebrería, aunque luego entró en la órbita de poder de Florencia. Y solo el castillo del Emperador, de los gibelinos, demostraba su antiguo esplendor.

Pero en aquellos días solo de lo que se hablaba era del lastimoso y trágico suceso con la hija de Agostino y Remigia. Porque aquella joven, tan dulce y sensible, tan lozana y

tierna, llamada “Felicitas”, estaba a punto de ser enterrada en el cementerio de la ciudad de Prato.

Solo las insistentes y dramáticas súplicas del fraile Constancio, por mostrar el cuerpo de la joven ante el altar de la Capilla del Sacro Cíngulo, a la izquierda de la entrada a San Esteban, donde se mostraba una escultórica imagen de la Virgen María, obra maravillosa esculpida por Giovanni Pisano de 1317, la llamada “Madonna del Santo Cíngulo”, para ver si esta imagen obrara el milagro de dar la vuelta a la vida a aquella gentil y dulce muchacha de doce años de edad.

Y allí a pesar de los inconvenientes de algunos eclesiásticos como el Superior Reginaldo, que opinaba que aquello era una tontería, y que en la iglesia, si esto fuera lo corriente, siempre habría gente postrada con algún cadáver ante la imagen virginal en la Sacra Capilla.

Pero la testadurez y fuerza de voluntad del fraile franciscano, como si tuviera una intuición religiosa, como si un rayo de esperanza se acogiera ante la Virgen del Cíngulo con el Niño en brazos, e imbuida de movimiento y aire divino, con los dinámicos pliegues de sus vestidos dando verdad a su imagen, con un aire nuevo y fresco, hizo que todo el pueblo se congregase allí, y que el propio fray Constancio dirigiese las últimas oraciones de súplica y perdón, pidiendo la intercesión de la Virgen para que aquella joven, en la flor de su vida, volviera con sus padres y hermanos a disfrutar de la vida, que Dios nos da corta pero maravillosa existencia, si se sabe apreciar y disfrutar de ella.

Y a pesar de la cara de desconfianza, con cierta severidad en su rostro, del Superior de la iglesia de San Esteban, Reginaldo, que no creía en resurrecciones ni frivolidades fuera del contexto religioso de enterrarla ya en el cementerio, las oraciones y súplicas del fraile franciscano llegaron hasta el cielo, y en un momento determinado alguien vio como la joven se movía dentro de su urna ya de madera, y sus dedos se encendían de nuevo con vida y color.

- ¡Quietos, por favor, esperad! He visto un rayo de energía en su cara. Esta niña aún no ha muerto del todo. Mueve sus brazos e intenta abrir sus ojos.

Quien estas cosas decía era el sacristán Teodulfo, que pálido como un álamo, rígido como un ciprés, y asombrado como un asustado pajarillo, se dirigió hacia el inmóvil cuerpo de la joven, y tocándole las manos exclamó, con un pequeño grito que se enmudeció mientras recorría el aire de la capilla sacra de la Virgen.

- ¡No está muerta! ¡No está muerta! ¡Aún vive! ¡Vive!

Y un estallido inexplicable de júbilo, como un estupor huidizo rompió la atmósfera de la iglesia, y estalló la alegría, que incrédula al principio se convirtió en sonrisa y posterior alegría cuando vieron que la muchacha respiraba débil y con levedad, pero respiraba.

- ¡Milagro, milagro! ¡Es un milagro! – estallaba la gente de júbilo y alegría.

Y fue el franciscano quien arrodillándose y bajando la cabeza oró y oró por aquel grato acontecimiento.

Y cuando días después estos hechos llegaron a oídos del obispo este mandó decir doce misas que eran los años de esa joven vuelta a la vida o resucitada por mediación del “Cingulo de Maria y su Niño”, y por las oraciones del pueblo y del fraile. Y cuando posteriormente volvió el rico mercader Francesco Datini a la ciudad de Prato mandó celebrar este acontecimiento con grandes fiestas y banquetes. Porque ahora la joven ya no fue contemplada con el estupor de un difunto, sino con la congratulación y felicidad de ser una joven agraciada, con el sentir de una nueva vida, y llamada un día a casarse con algún joven afortunado.

Y algunos vieron como su nombre de “Felicitas” encajaba bien en la felicidad que todos ahora compartían.

Y a sus padres Agostino y Remigia, con el auxilio de doña Margarita, que fue su nueva madrina de honor, se les ofreció dinero y ayuda para confeccionar una buena dote a la joven, donde no faltara de nada, ni sedas ni sábanas ni mantas, ni vestidos con bordados, y que el ajuar fuera de lo más completo y elegante posible, pues la Virgen obra milagros con los que la sienten y la quieren con sus rezos y oraciones.

Y esa joven, “Felicitas”, fue querida por todos hasta que un día se casó felizmente con el hombre de su vida”.

Final del cuento.

1 y 6 de septiembre de 2015. En León.

## **CAPÍTULO XXIV**

Pasados unos días de confección y estructuración con una nueva narración, Alix y Oggiel ya tenían listo el último cuento o leyenda que había decidido titular:



### “Doncellas en la ciudad de Arezzo”

“Todo ocurrió en la ciudad de Arezzo allá por los años de 1345, unos años antes de la famosa y nefasta Peste Negra.

Dos jóvenes doncellas, Linetta Mardini, de 17 años de edad, una hermosa muchacha con cabellos rubios como el trigo, largos y rizados, ojos azules como el lapislázuli, de tersa y bonita piel dorada, cara sonriente y llena de amabilidad, cuerpo delgado y talle fino, de andares sinuosos y de dulce mirar, y en la flor de su vida, pues, apta estaba según sus padres para engendrar bellas criaturas que les hicieran a ellos abuelos de tan linajuda estirpe. Eran unos nobles que habían vivido siempre de la burocracia de la ciudad, de la administración y de la jurisprudencia. Linetta conoció, por aquel entonces, más humana e íntimamente a su amiga, Venuzzi Tolentti, que desde niñas siempre había sido buenas y leales amigas.

Venuzzi era una joven dos años mayor que Linetta, tenía 19 años por entonces, de familia menos pudiente que su amiga, pero sus padres eran unos prestigiosos mercaderes que se habían establecido en Arezzo hacía diez años, y se dedicaban a los negocios de las especias aromáticas y de la seda, más los tejidos suntuosos que procedían de China, la India y Persia.

El rostro de Venuzzi era de una brillantez muy morena, con sus negros ojazos como el azabache, tan fantásticos e inquietos que daban la impresión de ser cerebros de ocultos espías en un mundo femenino, como si vivieran en un ensueño de harem oriental.

Se estatura altiva y enhiesta, era de mayor tamaño que su amiga de la infancia, un metro y setenta centímetros, muy esbelta y elegante para aquella época.

Ambas jóvenes doncellas destacaban por ser de un parecido extraordinario sobre todo en sus voluntades psicológicas y modos de pensar, en sus virtudes y hasta en los defectos, pues la perfección es cosa de diosas, y las gentes de Arezzo no estaban dispuestas a dotarlas de mayores virtudes que a las diosas griegas o romanas. Y ni comparación alguna con algunas santas o mártires de la región, y menos con la Virgen, a las que ellas, Linetta y Venuzzi, estaban encomendadas y dedicadas desde pequeñas, en los actos litúrgicos y festividades religiosas de la ciudad, pues pertenecían a la Congregación de la Virgen, Madre de Dios, ubicada en la Pieve di Santa María, uno de los edificios románicos más bellos y artísticos de la Toscana.

Allí sendas muchachas se habían bautizado en esa parroquia aretina que daba por sus ábsides a la Plaza Mayor de la ciudad toscana, lugar donde estaba también el Palacio Comunal, luego fortaleza de los Medici, con una plaza con balcones de madera que adornan las estrechas casas medievales, y donde se celebraban desde tiempos inmemorables otras actividades, como luego fue una Giostra, llamada del Saracino, donde las competiciones ecuestres atraían a jóvenes muchachos y caballeros de la comarca, y donde las bellas y bonitas damas o doncellas lucían sus trajes y vestidos para atraer y seducir a los fuertes varones de la región.

Pero ese no era el caso de Linetta y Venuzzi como luego comprobaremos.

Pero sin duda era en la Pieve de Santa María donde ellas participaban en diversas actividades litúrgicas y sociales. Era aquella una iglesia edificada de manera irregular, con su edificio característico de fachada románica, que en vez de mármol se utilizó piedra arenisca local, con tres pisos superpuestos, con unas galerías de columnas cuyo número asciende, respectivamente, de 12 a 24 y luego a 32, con suntuosidad y variedad en sus capiteles.

Fue en una de esas misas interminables de madrugada donde Linetta y Venuzzi adquirieron su personalidad y su gracia femenina, pues se las veía luego ir juntas a las celebraciones litúrgicas, y participar, como dijimos, en los actos religiosos de la Congregación a la que pertenecían.

Todos los ciudadanos en la urbe de Arezzo estaban orgullosos de pertenecer a una ciudad donde naciera años atrás, el humanista y literato Petrarca, un ejemplo de lucidez y entrega hacia un amor, el de Laura, que él mismo cantó en sus excelentes poemas, con su original cancionero donde loaba y alababa las virtudes y excelencias de su amor platónico, Laura, aunque cargado de mensajes donde se ensalzaba las perfecciones humanas, y describía a su amada como una suma de cualidades físicas y morales, con rubios cabellos, cuello ebúrneo como de marfil, ojos claros y tranquilos y dulce mirar, sublimando su ideal de mujer medieval y con perfectas condiciones humanas.

Sería el 6 de abril de 1327, en una madrugada de un Viernes Santo, en la ciudad de Avignon, donde estaba la corte papal, el Papa con sus canónigos y cardenales, cuando, al igual que las jóvenes doncellas, Linetta y Venuzzi que se mantenían como amigas leales e entrañables pero unidas por un vínculo espiritual, todavía imperceptible a los ojos de los demás, digo que, cuando de igual manera, un todavía desconocido poeta, Francesco Petrarca, en la iglesia de Santa Clara de los hermanos menores franciscanos, viera por primera vez a Laura, doncella llena de virtudes, y donde el poeta no ocultara su amor, pues se enamoró perdidamente para el resto de sus días de aquella bonita y entrañable dama.

Petrarca había nacido en Arezzo el 20 de julio de 1304, lugar adonde habían ido trasladados sus padres, Ser Petracco y Eletta Canigiani, huyendo como Dante de la Florencia gobernada a su manera por los güelgos negros, y allí en el exilio de Arezzo, habían establecido su nueva patria, su negocio y su vivienda.

Y aunque Petrarca no diviniza a Laura como Dante lo hace con Beatriz, sí en cambio sería la musa de sus sueños, y la que inspirara hasta su muerte los intensos y hondos poemas de amor, y en lengua vulgar italiana, contenidos en los libros del Cancionero y en los Triunfos, que le harían famoso en toda Italia, hasta que la muerte llevó a Laura, en esa horrible y angustiosa temporada de 1348, cuando la terrible enfermedad negra arrastró a morir a beldades femeninas y monjas, a frailes y clérigos de toda condición, a ricos y a pobres, a nobles y a damas cultas como fue el ejemplo de la simpática Laura.

Y si los bonitos sonetos y bellas canciones fueron la muestra del amor de Petrarca hacia esa carismática mujer, también los versos de Linetta Mardini hacia su amiga Venuzzi Tolentti, inflamaron el amor de esta doncella hacia su amiga del alma.

Porque a la simpar doncella le gustaba el escribir y el componer bellos poemas, pues Linetta tenía en ello su devoción particular y su sello femenino de obrar, una afición que le venía de su padre, Conrado, que había escrito varios libros de poemas y de la historia local de varias ciudades italianas.

Pero, Venuzzi no se quedaba atrás, y fueron sus labores femeninas, tareas de bordar y confección de trajes y vestidos, donde le hacía sobresalir en trabajos femeninos, con la costura y el trazado de bellos trajes donde mostraba con clase artesanal, su diseño y categoría.

Y mientras la morena Venuzzi confeccionaba y realizaba a su amiga la rubia Loretta, casi en secreto y diplomáticamente, algunos trajes y vestidos para su amiga con la disculpa de ir juntas en los días de fiestas y celebraciones, cuando la Congregación lo exigía por mandato de sus miembros para participar en las festividades de la Pieve de Santa María, para mostrar y lucir esos bonitos trajes, con encajes y bordados diversos que ofrecía a su amiga del alma, cuando ambas llevaban con sus blancas manos las variadas ofrendas y selectos objetos para la Virgen María.

Nada de malo veía la gente en esa entrañable y sincera amistad, y en la urbe nada hacía presagiar algo extraño ni extraordinario, ni sospechar nada innoble en la relación de buenas amigas.

Un día un soneto compuesto por Linetta llegó a manos de su amiga Venuzzi, quien se ruborizó durante un tiempo a causa del contenido erótico del mismo.

El soneto era este:

“De Linetta a Venuzzi, juegos en el fuego”

Poema

“Sentí el sol, huracán de la tormenta

Me hundí de amor, con blanca sal del tiempo

Con rayos y relámpagos y el viento

Y dejé correr música sedienta.

\*\*\*\*\*

JOSÉ LUIS ESCUDERO VÁZQUEZ

Navegué por tus ríos con violenta  
Tempestad, en la piel que por ti siento  
Sudor, lágrimas y estremecimiento  
Con cansancio del fuego, olor a menta.

\*\*\*\*\*

Tus azabaches fijos son mis ojos  
Y el calor se mezcló con el color  
Del viento, sobre tus rojas mejillas.

\*\*\*\*\*

Todo fue éxtasis, viento y mil destrozos  
El sueño se hizo añicos, un dolor  
Nacido en luz, que irradian las astillas.

\*\*\*\*\*

Así con estos poemas, y con estas cosas llevadas con mutua prudencia, paciencia, un estricto silencio, y con gran sigilo, las dos jóvenes doncellas se acogieron, como seca leña a su preciso fuego, a los cálidos recodos de un amor femenino, que se extendía por un ambiente profano donde la fuerza del silencio era más fuerte que los quejidos del alma, o los gemidos del corazón.

Todo en la ciudad de Arezzo transcurría sin presagiar que la peste negra llegaría dos o tres años después. Por eso, la sensualidad de los sueños de los mortales se podía igualar a los fantásticos sueños de los dioses clásicos, y sentir y vivir la existencia sin recurrir a pesares nefastos o a negras siluetas de buitres en el horizonte.

Y en la intimidad, en la privacidad, la sensibilidad podía aflorar como florecen las flores en primavera, de una manera natural y armónica, tan cálida como las estrellas del Cosmos, espontánea como las plantas de los bosques silvestres.

Por eso las dos doncellas toscanas imploraban la generosidad y la benevolencia con plegarias y rezos a la Virgen de Pieve de Santa María, en Arezzo, patria que sería también, con posterioridad a estos acontecimientos, del artista Giorgio Vasari,

arquitecto, pintor y escritor de Vidas de famosos personajes del Renacimiento italiano, cuya casa en Arezzo se visita en una ciudad dormida por el tiempo histórico, y sumida en los fantasmas del arte, la literatura y la ciencia.

Y allí, muchos días y muchas madrugadas, cuando las jóvenes muchachas iban a misa antes de que la epidemia asolará a grandes regiones de Europa, de donde desaparecieron más de un tercio de su población total, las dos jóvenes rezaban y se encomendaban a la protección de Santa María.

Acudieron muchos días a rezar una oración, que ellas mismas habían compuesto por su cuenta, ante el altar de la Virgen que el obispo aretino Guido Tarlati, encargara en 1319 a Pietro Lorenzetti, que realizó un magnífico políptico en temple sobre madera, con una impresionante imagen central de la Virgen, rodeada por representaciones de santos, y donde la figura de la Virgen María reluce con magnificencia y esplendor, donde la nitidez de los pliegues de su excelso manto se armoniza con la austera belleza del rostro de la Virgen.

Vemos al Niño Jesús sujetando con la fuerza de sus manos el vestido de su madre, con un gesto lleno de intimidad y de amor materno, mientras a los lados, en pareja, los santos Donato, patrón de la ciudad, y Juan Evangelista, por una parte, y por la otra, san Mateo y san Juan Bautista, acompañan a la Virgen, tan castiza y de rasgos toscanos, en una escena de amor y de ternura íntima, llena de misteriosa expresión dramática.

Y esta es la original oración que Linetta y Venuzzi hicieron a la Virgen en Santa María de Pieve, para ser recitada con amor cristiano:

“Oh, Virgen María, la ternura que tu ser irradia nos hace amarte más y más, y sentir tu misericordia y bondad ante las que aquí te suplican que mires por ellas. Y rogamos que intercedas ante Jesús y ante Dios Padre Todopoderoso, para que nos ayuden a querernos en paz y a amarnos con caridad cristiana.”

Pero como ya se sabe que el diablo cuando no tiene nada que hacer con el rabo se acicala su cara, de la misma manera algún ser insensato, díscolo, irresponsable y envidioso, de la ciudad aretina, denunció a la feliz pareja, delaciones de unas personas vulgares y llenas de malquereres, que sin escrúpulos morales, como gentes hipócritas y soberbias, manifiestan lo que sus ruines espíritus no alcanzan a tener, ver y a sentir. Y todo lo ven con maldad y perversión, todo lo analizan con malevolencia y odio, pues esos dos seres puros y honestos, esas dos honradas y estimables amigas, dos almas gemelas, solo viven sus vidas con gozo y placer, con alegría juvenil y cánticos de amor.

Y como los celos, envidias, venganzas ocultas y enemistades, corroen sus mentes como pálidos gusanos de intestinos, queriendo a esa pareja así castigar por sus actos naturales y cotidianos, viendo deshonestos amores y convulsos encuentros, donde solo había amor y pasión, dulzura y sentimiento. Dicha y paz.

Por eso, cuando todo parecía más feliz en la pareja, y estaban contentas con aquella vida privada, resplandeciendo sus juveniles ojos como las estrellas de la noche brillan en los confines del firmamento, cuando aún no había sombra alguna de la Peste Negra, un desprestigio social inundó la ciudad de Arezzo, un descrédito moral embargó muchas voluntades antes bien firmes y seguras. Y cuando aquello se extendió por la urbe toscana como una mancha negra de mora madura en el tejido de un vestido, con aquellas bulas y absurdos rumores, las madres de ambas doncellas tomaron cartas en el asunto.

La fuerza del viento frío deformó la verdad, las calumnias destruyeron una buena reputación, el sol se nubló y las negras nubes poblaron la población de Arezzo, como si se repitiesen aquellos demonios que invadieron la ciudad hace años, y que san Francisco de Asís tuvo que eliminar y echar de las calles y cielos de la urbe aretina.

Los padres de Linetta Mardini consiguieron después de muchos lloros, sufrimientos, lágrimas y denodados esfuerzos, llevar a su hija a un convento de monjas y dejarla allí para que se arrepintiese de aquellos actos.

Por su parte, los padres de Venuzzi Tolentti, fueron menos drásticos y más escurridizos con esas bulas y rumores, y dejaron a su hija confinada en una alcoba privada, confeccionando vestidos diversos, tejiendo trajes y ropas para la beneficencia y caridad cristiana, haciendo determinados bordados y vestimenta a lo que su hija era tan ejemplar y aficionada a realizar. Prohibiéndole también que viera a su amiga, ni en el convento donde permanecía enclaustrada la joven con rigor y dureza.

Pero, como dice el refrán el amor mueve montañas, y el amor prohibido mueve además de montañas, las nubes del cielo traspasando la luna, los sentimientos de los frailes y monjas hacia nobles causas, los álgidos vientos del Norte hacia latitudes cálidas, alzándose aún más los elevados montes de la Toscana, descongelando las nieves de los glaciares, y también ese mismo amor prohibido entre divino y humano, que une y mezcla inexplicablemente corazones y almas, voluntades e inteligencias, espíritus y mentes angustiadas.

Y cuando una afilada espina se intenta sacar y desgajar del cuerpo sin una buena dosis de anestesia, paciencia, humildad, cirugía y medicina, la herida penetra más y más, y se clava más honda y se hace más radicalmente profunda.

Así, un buen día del mes de octubre del año siguiente, cuando los frutos otoñales como las pardas castañas, las blancas nueces, las rojas manzanas, las amarillas peras, las dulces almendras, las verdes ciruelas, los amarillentos membrillos, y los sabrosos higos inundaban las huertas y sotos, las fincas y las praderas de la región, la joven doncella Linetta se escapó de la prisión conventual a la que sus padres la habían confinado y obligado a residir, contando en esta escapada con ayuda de su amiga Venuzzi, y del hermano de esta, Fabius Tolentti, que siempre la había querido en el silencio de un amor prohibido.

## LAS DONCELLAS TOSCANAS

---

Un ágil y veloz caballo la esperaba, inquieto y trémulo, desde los muros exteriores del Convento para huir de aquella prisión del alma, y el plan había sido trazado por Venuzzi y diseñado a la vez por Fabius, su hermano.

Cuando a requerimientos de Fabius la doncella se subió al caballo, galopando al trote primero como un jinete lo hace con maestría y pasión sobre el animal, ésta tomando las riendas del jamelgo comenzó a correr y a correr más y más, huyendo del convento como del mismo diablo, y buscando su libertad e independencia en el viento y en el horizonte del camino.

Y tanta velocidad y pasión imprimió al cabo de un rato al alazán que este en un momento determinado se desbocó, y sin el conocimiento mutuo, sin conocerse ambos, doncella y caballo, este se lanzó a galope hacia unas praderas cercanas y desconocidas.

De nada valieron los gritos y las voces de Fabius que le aconsejaba ir más despacio por el sendero, y no pulsar ni desafiar todavía al destino, sino esperar y tener paciencia, pues el lugar de resguardo y de refugio que para ella ya habían diseñado ambos hermanos, para permanecer allí durante un tiempo prudencial, era el necesario y el apropiado, y luego, después huir si era preciso, o Dios sabe qué hacer.

Pero el destino siempre es más correoso que cualquier caballo o potro sin domar. El destino tiene siempre un pie en la tierra y otro pie en el cielo.

La tierra domina la incertidumbre, la ansiedad, la tristeza y la angustia. El cielo teje sus actos con cautela, humildad y paciencia, sin importarle el qué dirán.

Mas, cuando ambas coordinadas no convergen puede darse un infeliz desenlace.

Y eso fue lo que sucedió fatalmente a a nuestra amiga Linetta

El caballo desbocado y sin freno por unos inciertos desniveles del terreno la arrojó con fuerza al suelo, y la muchacha se estrelló irremediamente contra el suelo, dañando su cabeza con violencia en tierra.

Cuando Fabius llegó al cabo de unos momentos al lugar de los hechos, su cara de juvenil expresión se mudó por un demacrado rostro donde la muerte como una calavera impávida mostraba su peculiar y trágica visión del destino.

- No puede ser esto. No puede haber pasado esto. ¡No, no puede ser cierto! – gimió y lloró Fabius, el hermano de Venuzzi, cuando comprendió que la expresión sin vida de la joven doncella, que yacía con los ojos abiertos pero sin expresión, hacía imposible cualquier recurso de supervivencia.

Y cuando llegaron los familiares, el médico, los guardias, el juez y el notario para levantar el cuerpo todo fue inútil y dramático. La joven había perdido la vida, y con ella su libertad, su amor, y su pretendida última independencia.

Los padres heridos en su honra y en su honor, por lo que había sucedido, tristes, doloridos y acongojados, no quisieron enterrar el cuerpo de la joven muchacha en el panteón familiar. Y una fosa aparte, pero junto al panteón de los Mardini, en el lado izquierdo del cementerio, como una tumba casi sin nombre ni apellidos, se abrió entre la maleza natural de aquel terreno virgen.

Todos los días Fabius por mandato de su hermana Venuzzi, y por propia decisión del joven varón que había amado en silencio a la dulce y bella Linetta, depositaba flores y plantas verdes para hacerla compañía, pues decían que un ser o persona nunca muere si permanece querido y recordado.

Entonces, un buen día decidieron plantar en la tumba de la joven Linetta un ejemplar de vistoso sicomoro.

El sicomoro con su significado peculiar, cuyo fruto azucarado en memoria del amor de Fabius como reconocimiento de la dulzura del amor secreto y no correspondido entre el joven y la infeliz doncella. Y por parte de su hermana, Venuzzi, como expresión amorosa para recibir el que fue un hermoso cuerpo femenino en un honesto sarcófago de excelente madera como los egipcios de los faraones utilizaban el sicomoro para acoger a sus seres queridos.

Luego, mandaron imprimir en una lápida lo siguiente:

“A LA MEMORIA DE LA QUE AMÓ LA VIDA

LA LIBERTAD Y EL AMOR PURO.”

RECUERDOS DE TUS AMORES.

Pero, ¡ojalá, la historia terminara aquí!

Pasaron los meses siguientes a golpes de naturaleza y de atmósferas adversas, como pasan las estaciones del año devengando fríos, hambrunas, calamidades y desatinos.

Y se acercó el fatal año de 1348 cuando los pueblos sintieron que la muerte avanzaba por doquier sin tino ni cordura, con la locura de un poseso, y con los pasos agigantados de un despótico cíclope.

En las ciudades comenzaron a sentir las miserias, y a ver el fuego de las hogueras, a sentir con desánimo y desesperación los acontecimientos que se avecinaban, y a buscar en los fervientes rezos y plegarias la salvación, con procesiones de penitencias, mendicantes y suplicantes que se azotaban, lloros y dolor, destrucción por doquier de viviendas, fuegos fatuos y calamidades por todas partes, que se abrían entre una multitud desquiciada, una población miserable, temerosa, aterrada, sufriendo, maldita.



## LAS DONCELLAS TOSCANAS

---

Y la Peste Negra avanzaba sin respetar juventud ni cargos eclesiásticos, sin dejar títere con cabeza, sin respetar voluntades ni ruegos, ni plegarias ni oraciones.

Como una guadaña afilada penetró, infame y sarcástica, en casas, viviendas de todo tipo, conventos, palacios y ciudades.

Y llegó hasta Arezzo, donde se contaminaron diversos habitantes y gentes del pueblo.

Y en uno de aquellas epidemias, de aquellos trágicos avatares, se contaminó de la virulenta enfermedad la hermosa Venuzzi, la amante secreta de Linetta, que yacía durante ya más de un año sumergida en el polvo de la tierra.

Y en tres días la muerte se llevó a la bella Venuzzi, sin respetar bellezas, ni honores, ni famas ni glorias.

De la misma manera que un día del mes de abril de 1348, la luz de la vida de Laura, aquella bondadosa y bella mujer que amara Francesco Petrarca, se apagara por completo, y muriera también bajo los síntomas de aquella atroz enfermedad, una mujer que representaría en la historia la poética belleza femenina, que simbolizaría la pasión del amor cuando el enamoramiento es más fuerte que la amistad, cuando el Amor está por encima del estar casado con otras personas, de estar uno lejos del otro, desafiando a la dura vida diaria. Y que lo único que pervivirá siempre en los corazones y en el alma humana será el AMOR con mayúsculas.

Una doncella, Laura, que fue el amor de Petrarca, y que fue enterrada en Avignón a la hora de vísperas, en el cementerio de los monjes menores de san Francisco de Asís. Descanse en paz.

”Y su cuerpo casto y bellísimo - como señaló el poeta en una carta a sus amigos -, reposará para siempre en la memoria de todos, con un dolor sereno y resignado”.

¿Y qué se hizo con el cuerpo de Venuzzi en Arezzo, cuando la Peste Negra también la arrebató de su casa familiar, como una más de las hermosas doncellas toscanas?

Fue su hermano Fabius, quien tomando el cuerpo de Venuzzi en un féretro de nogal la enterró junto a su querida Linetta, uniendo cuerpo con cuerpo, alma con alma, espíritu sagrado con espíritu sagrado, y allí con sus propias manos, unió lo que algunas gentes no supieron ver ni desear, que la vida es breve y es de cada uno, y de Dios, si cabe, pero nunca, nunca de los miserables seres humanos que para vivir tienen que ser como rojas sanguijuelas que necesitan sangre ajena para poder existir mísera y desafortunadamente.

Y cuando las exequias terminaron, y pasado un breve y prudencial tiempo, cuando las nuevas primaveras dejaron ver un sol más sano y nítido, y los nubarrones del cielo se olvidaron, aunque fueran por unos años, y desaparecieron las viles pestilencias, las arrugadas pústulas como costras malolientes, y se enquistaron los malvados corpúsculos que llevaba el aire en su interior, simientes virulentas como un fuego sin control ni destino, entonces, un buen día, Fabius se acercó donde las dos doncellas yacían muertas

y por amor. Y ahora plantando una enraizada higuera junto a su fallecida hermana, un árbol de higuera que diera dos cosechas en el mismo año, una al comienzo del verano con unas verdes brevas, grandes y sabrosas, y luego al final del otoño unos higos más pequeños pero muy dulces, llenos de blancas y jugosas entrañas comestibles, para significar que la vida es más vida, que el amor es amor eterno, que la memoria es más enquistado recuerdo, si todos los que se amaron con ternura y se quisieron con sinceridad permanecen unidos por el sentimiento de la pasión, de la amistad, de la virtud y de la nobleza.

Al cabo de muchos años después, un joven peregrino llamado Ariosto, músico de profesión, como un juglar del pueblo o como un trovador cortesano, que iba en peregrinación hacia Roma, y luego para Jerusalen para ganar el jubileo, hacer la penitencia impuesta, y obtener el perdón de Dios, pasó por la ciudad de Arezzo, y contándole algunas gentes de allí estas tristes y románticas historias, compuso una canción cuya letra decía así, cuando la tocaba con su vihuela y la cantaba al son de un recuerdo perdido en el tiempo:

#### CANCIÓN DE LOS TRES ENAMORADOS

“Estando en la ciudad de Arezzo un día

Contaban una historia de amor perdida

Tres amantes, un joven llamado Fabius,

Y su hermana, Venuzzi, se enamoraron de una doncella,

Linetta, una hermosa y querida joven aretina.

Mas la muerte que todo lo palpa, lo rebusca y lo obtiene,

Un día se llevó los seres de las dos jóvenes amantes.

Y Fabius, que amaba a ambas,

Una por ser su hermana, y de la otra, enamorado en silencio,

Plantó un sicomoro y una higuera a sus pies,

Para que los peregrinos que por esos lares pasaren,

Comieran de sus dulces frutos,

y así recordaran el amor de esta infeliz pareja.

Que la vida es corta y breve,

Y el amor puede más de lo que la muerte agrade

Pues su querer secreto es lozano y adrede.

Pero siempre estará el alto cielo  
Que no distinguirá en el espacio y en el tiempo  
Ninguna mancha ni grave ni leve,  
Porque todos los amores puros y auténticos  
Son santos, eternos, y de espíritus infinitos,  
y siempre recordados por la noble gente.

Que la vida es corta y breve  
Y si el amor es puro que al cielo se eleve  
Pasión, luz y dos corazones adrede.”

\*\*\*\*\*

Cuando estas notas, estos textos y estas leyendas, lleguen a los lectores nunca sabrán si fueron compuestas y escritas por Alix u Oggiel. Por Oggiel o por la mano de Alix. O fueron transcritas por ambas jóvenes universitarias.

Y sus pretendientes, Pablo de Santiago y Raphael Acosta, quizás, les costarán mucho discernir quién fue la autora de cada una de las respectivas leyendas, que como cuentos de Geoffrey Chaucer o de Giovanni Boccaccio recorrerán las páginas de los libros de marcado carácter medieval.

FINAL

2 a 6 DE SEPTIEMBRE DE 2015. EN LEÓN

## CAPÍTULO XXV

### UNAS EXTRAORDINARIAS HISTORIAS SEGÚN EL DECAMERÓN

ESTAS HISTORIAS LAS DESARROLLARÁN DOS JÓVENES UNIVERSITARIAS, UNA DE NOMBRE JULIA SANZ, Y LA OTRA CRISTINA LUZCANO, Y AMBAS PERTENECIENTES AL EQUIPO ROJO, TAMBIÉN LLAMADO “R”.

Un buen día de verano, apareció una de esas notas inexplicables como mensajes de propaganda, casi un anónimo interlocutor, en el ordenador de la joven Julia, una de las compañeras universitarias que se habían ofrecido en un principio para ir desarrollando el programa previsto, y todo sucedió cuando iba a proseguir una narración o relato a modo de un cuento boccacciano que se traía entre manos.

En su remite ponía que era un fan suyo, “Josele”, del equipo “R”, pero podía ser cualquier persona, pero sin duda sería uno de sus compañeros de viaje, o colaboradores de estas series de trabajos, pues estaba enterado de estos asuntos y cosas.

En ese mensaje, en ese SMS, o *whatsapp*, como redundancia lingüística, afirmaba y sugería que si se iba a tratar también en esa época de Trecento, cuestiones bélicas o lides guerreras, que habían tenido lugar por aquel entonces en el suelo o territorio italiano, cuando algunas ciudades – estados, que eran como las antiguas polis griegas, ciudades que poseían gobiernos y autoridades judiciales y administrativas autónomas e independientes, que se tuviese en cuenta cómo fueron esas pugnas fratricidas entre las

ciudades cercanas, o entre estas y el Papado, con su bando de güelfos, o en contra de los gibelinos, partidarios del emperador.

Julia, algo desconcertada, se lo comentó luego, a su compañera Cristina, quien muy sorprendida por esa cuestión planteada, pensó que el tal Josele sería algún aguafiestas, o entrometido, que querría introducir otros asuntos de la sociedad de aquella época, y temas bélicos, en unas narraciones donde se estaba primando en aquel momento la vida misma en cuanto fuente de dicha, de pasión, de alegría, de ganas de vivir, como cuando en la Decamerón, siete mujeres y tres hombres se refugiaron en un Parque Natural al que llamaron “Jardín de Venus” para olvidarse de la Peste Negra de 1348, y así poder ser felices en aquella apartada villa, y no soñar con la muerte, ni con catástrofes apocalípticas que sucedían al lado de sus mismos cuerpos, sino con cuentos donde primaba la literatura y la ensoñación.

- ¿Por qué no hace ese tal Josele, - dijo Cristina - o como se llame, un relato particular, un trabajo suyo, y deja de entrometerse en nuestros asuntos literarios?
- Pero si es uno de nuestros compañeros, no te enfades, buscaremos su identidad, y si es del equipo Rojo, pues convendremos con él que nos ayude. ¿Qué te parece? – comentó Julia, más receptiva y positiva que su compañera.

Pero, Cristina algo malhumorada añadió:

- ¿Quién pensaba ahora en las guerras o batallas entre ciudades italianas que condujeron a miserias, al hambre, a la ruina y a la muerte de muchas gentes? ¿No habían tenido ya suficientes penurias y destrucciones las gentes de los pueblos y ciudades con esas pugnas bélicas de la que había sido testigo el mismo Francisco de Asís?

Entonces Julia para apartar dichas cosas de la mente de Cristina, y porque acababa de leer hacía unos días unos capítulos sobre el Quijote de Cervantes, dijo a su amiga también:

- Aquí hay que hacer como hizo Miguel de Cervantes cuando en boca de Sancho le dice a su don Quijote, a propósito de la fingida o manipulada acción de que eran objetos ambos, montados y con los ojos tapados, a lomos del falso caballo “Clavileño”.
- ¿Qué dijo en aquella ocasión? – preguntó su compañera.
- Sospecho – dijo Sancho – que somos víctimas de una gran burla, y que se ríen infamemente de nosotros.
- ¿Y qué pasa por ello, amigo Sancho? – le contestó don Quijote -. Allá ellos, amigo, allá esos creídos y cretinos, todopoderosos señores de ínsulas y castillos, con sus burlas y bromas, que a nosotros, a ti y a mí, “No podrán arrebatarnos la gloria del intento”.

Entonces al escuchar estas cosas de la boca de Julia respondió Cristina con otra distinta resignación:

- Está bien. Nosotras a lo nuestro, que el mundo está lleno de envidiosos, de necios, y de hipócritas y pedantes.
- ¿No será por “Josele”? – enunció Julia.
- ¡No mujer, no, Josele es un ente metafórico!
- ¿Un ente metafórico?
- ¡Bueno, sí, como Sancho Panza, o el mismo don Quijote!

Entonces prosiguieron con las siguientes páginas aquellas singulares mujeres, Julia, acompañada de Cristina, con sus pláticas y dichos, haciendo la comenzada narración más atrevida y sensual, más apasionada y medieval.

Y hacer igual que se había establecido entre las compañías de mujeres y hombres del Jardín de Venus en el Decamerón de Boccaccio, cada historia con personajes hechos de una sana y estimulante competencia, lo cual es a veces muy sabio y de importante, como es el incentivar la veracidad o verosimilitud, el gusto sensorial y de juego placentero, y la calidad literaria.

Y como las prisas apremiaban para continuar con el proyecto y los relatos o historias, y para no irse por los cerros de Úbeda, y realizar el trabajo escrito lo antes y mejor que pudiesen, Julia y Cristina, ambas también en conjunta armonía y con una firme resolución, se dispusieron, pues, y sin más, a contar lo acontecido en aquel mes de Abril de 1281, cuando llegaron al mismo monasterio de Asís, una cuadrilla más de pintores y artesanos para trabajar en la Iglesia Superior de Asís, pues los trabajos eran muchos, y habían de estar todos concluidos, y bien terminados, para la celebración del Nuevo Jubileo convocado por el Papa en Roma para el año de 1300.

Pero he aquí que viendo ya desde el comienzo que un relato conjunto entre ambas mujeres no era lo más adecuado ni conveniente para ello, porque habían visto que dos temas diversos, aún siendo o teniendo como principal protagonista al mismo Cimabue, quedarían mejor si se desarrollasen en dos historias diferentes. Por lo que al final, o mejor, al inicio de la narración estas quedaron transformadas en dos historias distintas, aunque con una estructura parecida y un asunto, que aunque de las mismas o parecidas raíces, los frutos serían distintos, como si de dos árboles diferentes se tratasen, pues el manzano dará hermosas y sabrosas manzanas si le cuida bien y correctamente por un sabio y entregado hortelano, y por el contrario, si hay un robusto peral con sus frutos grandes y deleitosos, y que luego recolectadas las ricas y exuberantes peras serían también de un grato sabor y rugiente carnosidad, como de una calidad igual o superior a las del otro espléndido frutal.

Y se pasó de los dichos a los hechos con estas palabras de Cristina que ofrecían una historia llena de amena sagacidad, de diversión y de placer al estilo de Boccaccio.

*El relato de la joven Cristina Luzcano se titulaba:*

### *“El cortejo de las damas”*

Sucedió que una mañana como decimos de aquel mes primaveral llegaron a las puertas del Convento franciscano de Asís para ayudar, procedentes de Roma, en las tareas pictóricas unos hombres con nuevos proyectos y visiones.

El pintor florentino, Cimabue, que ya esperaba la visita de Pietro Cavallini y de sus compañeros hacía unos días antes, manifestó cierta indiferencia por el hecho de encontrarse ya allí; y aunque el romano ya había sido socio del florentino en algunas ocasiones, y con motivo de ciertas competencias en el mundo de la pintura mural, más si no fuera por el mandato papal que había enviado en su ayuda al romano para que los trabajos aventajasen y prosperasen, y no se durmiesen en la tumba del papa Clemente IV, pues en la opinión de los franciscanos y de los romanos las obras iban muy lentas, y todo debía de estar preparado para el cercano Jubileo de Roma, declarado por los Papas con vistas a que la cristiandad asumiese la evangelización como algo natural y grato para sus almas.

Serían con la llegada del papa Nicolás III que se mantuvo en el papado hasta 1280, y luego, cuando fue elevado al trono pontificio a Nicolás IV, quienes retomarían las actuaciones pictóricas de Asís y las darían un nuevo impulso, pues el propio Nicolás IV había sido antes que papa, el padre general de la Orden Franciscana, entre 1274 y 1279.

Mas, como a Cimabue se le había impuesto esa tarea de avanzar y dejarse ayudar, y estar todo listo y terminado, en los términos acordados para que las pinturas estuviesen además de secas y acabadas en buen estado de perfección, calidad y conservación con vistas al Jubileo del año 1300.

Así como el trabajo era colectivo, gremial y caritativo en parte, pues el amor a Dios, a los santos y a la iglesia estaba por encima de los honores, las vicisitudes y las famas de los artesanos que solo eran unas piezas más del Señor, del Papa y de la Iglesia para su mayor honra y espiritualidad.

Los saludos entre los dos maestros además de algo fríos y como distantes, fue sorprendente cuando el florentino apreció que Cavallini llevaba consigo dos personas que parecían mujeres. Dos personas con aspecto femenino, pero ataviadas con ropaje y vestimenta propia de los pintores masculinos.

Sus nombres eran. Anniela, una joven de unos 28 años de edad, muy morena y bella, una mujer de mediana estatura que parecía esbelta y radiante, pero que más que artesana, por sus ademanes, su carácter y su verborrea con las palabras, parecía ser una campesina de la Toscana, nacida en los alrededores de la ciudad de Lucca, aunque luego se demostró su experiencia y resolución de trazos con ciertos detalles de la pintura mural al fresco.

La otra joven mujer, de nombre Misabeta, natural de Pistoia, ciudad en la que por primera vez fue empleada en el fresco la técnica de las “jornadas”, en la Crucifixión de la Sala Capitular de S. Domenico varios años antes, era, en cambio, de tez más blanca y risueña, y parecía poseer más cualidades para la artesanía, que para determinados trabajos de secretaria en oficinas municipales como ella misma decía haber hecho, y cuya edad parecía ser la de 32 años.

– ¡Hola compadre, buenos días! – dijo escuetamente el recién llegado.

- Hola, maestro Cavallini, ¿qué tal estás? – manifestó con cierta sonrisa irónica el maestro florentino.
- ¡Yo, bien! ¿Y vosotros cómo estáis? – respondió a secas el romano.
- Nosotros yendo poco a poco a Roma de donde vosotros venís, según el Santo Padre, – dijo Cimabue con cierto sarcasmo, mirando hacia el horizonte del sendero.
- Nosotros también hacemos camino al andar y al pintar.
- Pues, que tengáis suerte en las pintadas. O más bien en las jornadas.

Pero, Cimabue también había observado que su prestigio y fama podrían disminuir a causa de la llegada de esos nuevos componentes del taller del romano, talleres allí reunidos, y además comprobó cómo en las primeras actuaciones de la nueva cuadrilla había dos ayudantes, que siendo mujeres se vestían con ropajes masculinos, y cómo esas dos mujeres le seguían a Cavallini a todas partes, como la luna sigue luego al sol después de la Aurora en el horizonte de cada mañana, igual que unos niños o infantes de corta edad siguen a su madre por todas las tareas de la casa, y reconoció que si aquellas mujeres hacían eso, es decir, como corderitos siguiendo a su oveja madre, era porque algo importante o esencial debían ser y hacer para el maestro del cual dependían.

Y así sospechando Cimabue de aquella extrañeza, y pensando que Pietro Cavallini quería superarlo en arte, pues aquellas personas debían de saber cosas o conocimientos novedosos, cosas no habituales para los componentes de un taller ordinario, conocimientos secretos sobre pigmentos, esencias, resinas o aceites que los demás no poseyesen, extrajo la conclusión de que el taller del romano Cavallini y de sus miembros de cuadrilla, le iban a superar y a sobresalir en artes pictóricas u otras artísticas, y tal vez en otras cosas, pues los bizantinos ya estaban siendo superados tanto en técnicas, como en composiciones y en otras maneras, por ellos mismos.

Y esos nuevos personajes femeninos, Anniela como Misabeta, pero con vestimenta masculina, eran piezas fundamentales, como una reina o una torre, de una partida de ajedrez que él veía e intuía que iba a perder con toda probabilidad, pues los tiempos cambian y la juventud siempre viene pisando fuerte.

Por eso juzgó que lo más cauto y prudente era callarse y observar soslayadamente, como un espía del rey o gobernador, lo que iba sucediendo en la nueva cuadrilla que el pintor romano había traído con él.

Pronto, los nuevos miembros de Cavallini había comenzado su tarea construyendo un andamiaje muy apropiado y novedoso, pues sus albañiles y carpinteros levantaron con ligeros pero seguros maderos, entrelazando sus cuerdas de cáñamo y de esparto un trenzado original de andamios para que el mencionado artilugio de andamiaje se moviese ágilmente de un sitio para otro, poniendo ruedas redondas en el engranaje del susodicho andamio, y así pudiese avanzar de izquierda a derecha o viceversa, o realizar giros o movimientos desde un lugar a otro, desde un altar al otro o desde un lado del crucero para otro del transepto o viceversa, sin tener que rehacerlo.

En cambio el andamiaje para pintar de Cimabue era una construcción más bien rígida y fija, el que se había hecho toda la vida, estando los maderos inferiores apoyados directamente en la superficie del suelo, sin posibilidad de moverlo si no era ajustado y movido entre todos los operarios manualmente de un lado para el otro.

Todas estas obras tenían lugar ahora, en el año del señor de 1281, cuando el papa era desde ese mismo año Simone de Brion, que había tomado el nombre de Martín IV.



Durante los primeros días Cavallini se mostraba cortés y llenó de amistad hacia Cimabue, quien estando con las moscas detrás de la oreja comenzaba a desconfiar de las actitudes y trabajos de su compañero de oficio.

Y pronto observó como aquellas mujeres, Anniela y Misabeta, estaban muy encariñadas tanto en el terreno profesional como en los asuntos personales, con Cavallini, y a veces, en ciertos descuidos del trabajos, parecían encoñarse con el nuevo pintor, y se pegaban a él como lapas en las rocas de los mares, y asumió que, probablemente, esas mujeres una sería su esposa y la otra su amante, pues ambas lo deseaban con cierto frenesí, tanto dentro del andamio como fuera en el exterior. Mas, como estaba todavía inseguro de estas situaciones o apreciaciones, fingió que cada cual fuera como era, y con prudencia y cautela esperara que las cosas no se saliesen de madre, ni irían a mayores y graves consecuencias.

Algunos frailes y gentes de Asís, así como del resto de las cuadrillas de los talleres de los varios pintores que por aquella época estaban en Asís pintando y trabajando, comenzaron a adivinar que aquellas dos operarias eran dos amantes del pintor Cavallini, pero nadie se atrevió a decir nada a nadie, pues el “maestro” era el “Maestro”, y nadie solía reprocharle nada, si no era alguien de su propia familia.

Pronto de todos fue conocido los amores de Cavallini con aquellas dos mujeres que gustosas trabajaban para él en todos los sentidos.

Semanas más tarde, comenzarían muchos a llamar al nuevo y atrevido pintor “el Maestro de Isaac”, por haber pintado también, con buena faena, al patriarca y profeta del Antiguo Testamento en los frescos de algunas iglesias, y luego lo haría también en esta basílica de Asís. Este nuevo nombre daría posteriormente a una cierta confusión entre los varios pintores que habían intervenido en la realización de las muchas escenas bíblicas que se recogen en todos los muros de las basílicas de Asís, tanto en aquellas de la parte de la iglesia inferior como en las de la basílica superior.

Mas, como nada hay documentado, ni archivo cierto que se le parezca, y como algunos historiadores quieren mostrar o demostrar con análisis pictóricos o estéticos si unas pinturas son de un artista, o son de otros autores, pues lo constatado es que allí trabajaron varios artistas, unos buenos, muy buenos, y otros mediocres, y sus nombres son objeto de esas elucubraciones diversas o especulaciones atrevidas, nosotros – diría Cristina Luzcano como componente de aquel universitario equipo “Rojo” - haremos caso omiso a tales contemplaciones desconocidas, o divagaciones esotéricas, o afirmaciones a media tinta, y en nuestro relato lo contaremos con sencillez y naturalidad, con deleite y aproximación certera, quizás, igual o mejor que ellos, que pretenden imponernos a un artista determinado, con un matiz o carácter particular, y cerrando a una cuestión que no se sabe si fue así o fue de otra manera diferente.

Pero vayamos al grano, que la paja sobrante ya se la llevará el viento.

Nos encontramos en pleno ardor pictórico en los muros del transepto de la iglesia superior de Asís, en una febril labor artesanal, con varios pintores que en sus muros plasman y muestran desde la vida de san Francisco hasta historias de los Apóstoles, o escenas de la vida de la Virgen María, así como otras obras sobre el Apocalipsis y el Juicio Final.

En los andamios los determinados pintores, subidos y pintando con sus pinceles y pigmentos los frescos elegidos en las paredes de la basílica, pensando en silencio cómo será mejor plasmar la obra pictórica en cuestión, cómo será más conveniente hacerlo y

cuál será el resultado final cuando la pintura seque y luzca con todo su color y esplendor.

En estos menesteres estaban cada día y en cada jornada de trabajo. Y sucedió que un buen día, al atardecer cuando los rayos del sol pegaban en las pieles de los mortales más acusadamente y el calor era casi insoportable, y todo llamaba a una corta y reparadora siesta, vio que los operarios y trabajadores de las obras se habían quitado determinadas prendas de vestir de su pegajoso y sudoroso cuerpo. Y como aquellas dos damas artesanas hiciesen lo mismo, y sus cuerpos quedasen en carnes más claras y blancas, y sus pieles mostrasen al aire su ser más natural y sensual que de costumbre, todos pues parecían que estaban atentos y callados por lo que pudiese suceder.

Mas, habiéndose quedado algo recostada como en una siesta, Anniela, junto al pintor Cavallini, la otra mujer pintora, Misabeta, se dispuso a acercarse al pintor Cimabue, que con su pálida cara medio arrugada, y llena de manchones de pigmentos diversos, y de colores mezclados en su abundante barba, rostro que expresaba una madurez y de sabiduría propia de los genios como efectivamente lo era, vuelta su cabeza masculina hacia el cielo y como con los ojos cerrados soñaba o se imaginaba cómo iban a ser las nuevas escenas que estaba componiendo y pintando, en clara competencia con el recién llegado pintor el también famoso Pietro Cavallini.

Ya días antes con anterioridad, Misabeta estando casi encima de Cimabue varias veces, ofreciéndole ciertos nuevos pigmentos, y ciertos aceites y esencias de oriente, sustancias muy aptas para las mezclas de los diversos pigmentos que mejoraban la calidad, textura y la brillantez de los colores, le decía como si no quiere la cosa:

- ¡Hola, Cimabue! ¿Estás dormido o piensas en cómo va tu obra allá arriba?

Esas palabras de la mujer le cogieron por sorpresa e instintivamente abrió sus ojos masculinos, y miró fijamente a la joven mujer.

Entonces vio como ella estaba casi a su lado, y miró para la zona donde descansaba Cavallini con su cuadrilla de trabajadores.

Se dio cuenta que aquel estaba como ausente abrazando levemente a Anniela, por lo que el hombre se dispuso a hablar él también libremente a Misabeta que así también se le insinuaba:

- ¡Hola!, ¿no tienes nada que hacer?
- Pues en estos momentos no. Quiero preguntarte, si me lo permites si te puedo servir de modelo para tu María, o bien para alguna mujer de las que acompañan a Jesús.

Aquellas palabras de Misabeta le retumbaron durante unos minutos en su cerebro, no dando crédito a la atrevida actuación de aquella mujer.

- Sé que buscas modelos para tus personajes dijo confiadamente la mujer, dando a sus palabras un mayor énfasis de amistad.
- ¿Y quién te dijo eso?
- Las gentes, los rumores me dijeron que buscabas una persona adecuada y ...
- ¿Y crees que tú eres esa persona, y estás segura de ser la persona que quiero?
- Cavallini ya me ha empleado para algunas otras – dijo la mujer con cierto desparpajo.
- ¡Cavallini, claro...! ¿Pero no estás tú con él para ello?

- Yo he estado hasta hace poco para él, para posar y para trabajar con él, eso no lo niego ni miento, pero ahora es diferente.
- ¡Ah, sí ahora es distinto!... ¿Y en qué es diferente...?
- No te niego que Anniela di Lucca y yo hayamos convivido con él, es cierto. Pero los tiempos cambian y ahora convive con mi compañera, ahora duerme solo con ella.
- ¡Ah!, y ahora como él te deja, te quieres venir conmigo como barragana o dócil servidora!
- ¡No, no, yo no soy de esas! Te seré franca. Desde el primer día que te vi pintando, me gustaste mucho, me gusta tu forma de trabajar, de pintar y de ver el mundo. Eres distinto, diferente. Yo te puedo ayudar con las mezclas, con los pigmentos, con las gamas de colores, con los aglutinantes, con mis consejos, limpiando tus pinceles y paletas, imaginando tus amarillos, verdes o rojos, tus frascos cristalinos o los vasos de diferentes tamaños, lo que quieras...

Hubo un momento de reflexión y de silencio.

- Y si no estás dispuesto a aceptar estas cosas ni mi desinteresada ayuda, – continuó diciendo la doncella – no pasaría nada, pero no creas que a Cavallini le parecerá mal, porque si es verdad que él ha convivido con ambas, desde hace un tiempo solo piensa y duerme con Anniela di Lucca. Yo estoy libre. Y soy buena mujer, y muy práctica en los auxilios pictóricos. Y buena amante si quieres. Podrás comprobarlo cuando desees.
- Está bien, mujer lo pensaré...

Entonces la mujer se retiró ofreciéndole un sincero beso en las gruesas mejillas del hombre.

Cimabue respiró hondo y tranquilo cuando la mujer se alejó muy pausada y reflexiva hacia el rincón de su cuadrilla que dormía la siesta, o hacía que la dormía.

- El primer paso ya estaba dado – se dijo la mujer a sí misma.
- Esta mujer es muy inteligente, y está de muy bien ver – se dijo también él para sus adentros.

Misabeta Pistoia sonrió por lo bajo cuando felizmente se alejaba de Cimabue.

Y el pintor florentino, que a la sazón, no tenía ninguna mujer ni amante, se sintió congraciado, pues esa mujer le había gustado físicamente, tanto como trabajaba en los andamios como por su desparpajo femenino y su sensibilidad para el arte.

En los próximos días todo se desarrolló a un ritmo vertiginoso. Cuando una mujer quiere algo importante, lo busca como el halcón en manos del cetrero, que acaricia ya su presa volando hábilmente en las alturas apenas ha dejado la mano del halconero, asimismo la mujer consigue inmediata y rápidamente lo que quiere cuando los hados le son propicios.

Todos los miembros de las respectivas cuadrillas de pintores se habían sorprendido de las artimañas femeninas y de la buena labia que aquella bonita joven había empleado con el pintor Cimabue, y cómo este se había dejado engatusar a las primeras de cambio por la gentil mujer.

Pero ello no había sido en vano.

Un día ya cuando la confianza y el dormir juntos hizo que la comunicación fluyese naturalmente, la mujer le comunicó a Cimabue, cómo el Maestro Cavallini había pintado las historias de Isaac, cambiando las técnicas de la pintura mural empleada hasta ahora.

- Mira Cimabue, – le sugirió Misabeta Pistoia al pintor florentino –. mira cómo es mejor trabajar por “jornadas”, que no como lo hacéis todavía vosotros, por las “andamiadas”.
- Calla mujer, que me parece que tienes razón. Sin duda yo soy un pintor honesto y no quiero apropiarme de una técnica que no es mía. Pero la utilización por las “jornadas”, marca mejor el mural que siguiendo las líneas horizontales de los andamios. Tienes razón.
- Sé que es muy difícil cambiar la técnica de cada “maestro”, pues cada uno cree que su uso es el mejor del mundo – aseveró la mujer que ya estaba muy complementada con el pintor florentino, y que luego con el paso del tiempo sería también el maestro de Giotto, cuando un buen día le encontró a este de joven, cuidando ovejas y pintando en las piedras de un río.

En esa especie de alucinación que el hombre se crea cuando está y duerme con una mujer así de bonita y trabajadora de su mismo arte, Cimabue a su edad se sentía mejor, más diáfano, alegre y teniendo como una especie de musa aquella doncella toscana.

- Yo te ayudaré en silencio a conseguir mejores tonalidades, - dijo Misabeta con agrado y complacencia y a buscar mayores espacios y volúmenes cuyo resultado sea mejor y más expresivo. Y seré tu fiel modelo en las historias que quieras y desees.
  - Mis ayudantes no me lo permitirían. Además sería copiar y plagiar a tu antiguo señor, a Cavallini.
  - ¡Va, bobadas. los pintores y mosaístas bizantinos están en retirada! ¿Acaso, quieres ser tú uno de ellos? ¡Mira, hay que estar con los tiempos! Tienes que adaptar las nuevas técnicas y utilizar los nuevos recursos. Los tiempos cambian.
- Para rematar el final del relato titulado “*El cortejo de las damas*”, Cristina Luzcano, como miembro del equipo Rojo, cerró la historia con estas palabras:

Y cómo aquellos dos grandes maestros del pincel y del “buen fresco”, Cimabue y Cavallini, habían no solo compartido pared y muro de una iglesia como las de Asís, sino también mujer joven y agraciada, como lo fue Misabeta, que era como decir una caricia fresca para la felicidad. Una musa de Ovidio en la metamorfosis de Duecento hacia el Trecento.

Y cuando terminó la configuración de este relato, Cristina se acordó de “Josele”, un nombre anónimo, y un hombre desconocido al que debía a pesar de su primera oposición, parte de la motivación de esta historia, aunque las guerras y las penurias que estas conllevan, quedasen olvidadas y arrinconadas para otros momentos.

FINAL DEL RELATO

### CAPÍTULO XXVI

Inmediatamente **Julia Sanz** para no perder tiempo ni pausa querida tomó la palabra, y se dispuso a escribir el siguiente relato, en una sana competición como si fuera un certamen literario, titulado:

#### “El juego de la doncella Saola y el pintor Cimabue”

“Todo ocurrió por aquellos años de 1281 cuando la fiebre pictórica invadía Roma y Asís, tras el fallecimiento del santo Francisco en el año de 1226, y cuando el Duecento italiano, siglo XIII, ya había entrado en su pleno apogeo.

Tanto era el ardor de la festividad en honor y recuerdo del santo del “poverello”, de san Francisco de Asís, que había una actividad inusitada y febril en las basílicas de Asís para que todo estuviera dispuesto y bien correcto para la celebración del Jubileo de Roma del año 1300.

Eran los años de 1280, y el ritmo de las pinturas murales era álgido y frenético, y el Papa, así como los frailes de la orden de franciscana, estaba obsesionado en que las tareas quedasen terminadas para la fecha propuesta. Por eso, y sin ir más lejos, llamaron también al taller de pintor romano, Torriti, que aunque era también un religioso franciscano, su labor en el mundo de la pintura mural y del mosaico era muy aceptable y de buena calidad artística como había tenido lugar en todos los círculos eclesiásticos donde había trabajado.

Cimabue ya se había asociado con Jacopo Torriti, y su amistad era más profunda y cordial que con la de Pietro Cavallini, o con la del mismo Arnolfo di Cambio.

Todo ello ocurría cuando a finales de 1281, y después de que Cimabue rompiera su idilio amoroso con Mesabeta, una hija de la ciudad de Pistoia,

El propio Pietro Cavallini se fue definitivamente con Anniela di Lucca, y de la misma manera cuando Cimabue y Misabeta rompieron su cordial idilio, yendo esta última, posteriormente, para amancebarse con el pintor Arnolfino, un ayudante muy cualificado de la cuadrilla del propio Cavallini, con quien antes ella, tras varias veces, se había unido en un idilio medio secreto.

Ahora Cimabue, estaba otra vez libre como un pájaro del claro cielo, como una golondrina que cada primavera regresa a su nido del año anterior.

Y cuando llegó Jacopo Torriti, procedente de Roma, y vio la soledad, cierto desamparo, y la anterior frustración del pintor florentino con Misabeta, convino también en secreto hacerle la vida más agradable y natural, pues, él opinaba que los humanos que no poseen celibato, serían más felices y creativos si estaban desposados con alguna mujer, y su cuerpo satisfecho de las necesidades tanto espirituales como corporales, porque a su vez, su hombría sería más favorable y positiva para las tareas encomendadas en su profesión artística, y, si en cambio en él surgían dudas, tristezas, desesperanzas, fracasos sentimentales, otras vicisitudes que acompañan a la soledad, la vida laboral y pictórica también se resentiría y haría peores pinturas y sus trabajos se devaluarían sin quererlo.

Por ello, y calladamente, como cuando el sagaz cazador divisa a lo lejos una pieza de conejo o de liebre, y sigilosamente se va acercando a ella para conseguir cazarla, así Jacopo Torriti comenzó a confabular una estudiada estrategia tanto para alejar el deshonor y la deshonra de su amigo Cimabue como para resarcirlo de negligencias y visiones negativas de la vida.

Como venían en su cuadrilla desde Roma, también un ayudante pintor, llamado Rinaldo, de la familia de los Cubiccioni, un hombre alto, delgado, curtido y moreno por los años, por el trabajo y los lugares por donde había estado itinerante, y cuya casa y taller había estado cerca de la ciudad de Pisa. Un varón que venía procedente de una estirpe que siempre se habían dedicado a las tareas y trabajos relacionados con el mundo de la pintura, de la artesanía y de la escultura en piedra.

Su padre, llamado Salvio, había pintado un mural para la iglesia de San Andrés del Monte, en la demarcación de Asís, casi en el mismo corazón de la región de Umbría, con algunas escenas de la vida del santo fraile Francisco.

Rinaldo Cubiccioni estaba desposado con Maira de Émpolí, una mujer madura y seria, de unos cuarenta y dos años, con mucho talento y temperamento enérgico, una dama alta y fuerte, locuaz y algo arrogante, cabello rubio como el trigo de verano y ondulado como olas marinas, de tez pálida y alargada, de suaves ojos azules, pero de saber práctico y conocimientos claros. Pero, también era una mujer discreta y callada, trabajadora y competente, y cuando los intereses de su taller no le eran propicios tenía gracia, fuerzas y energías para convencer y sacarlo adelante. Tenía por seguridad a su marido, así como la confianza del mismo Torriti, que era el que al fin de cuentas dominaba la cuadrilla de todos ellos.

Rinaldo y Maira tenían una hija, Saola, que en nada tenía que envidiar a su madre en belleza, templanza, destreza en el oficio de ayudante, grandes ojos del color de las esmeraldas, cabello crespo y rubio como el oro.

Tenía la altura y belleza de su madre y el porte artístico de su padre, una imagen inusual y muy superior para una mujer de la época. Sus facciones eran como para imaginar un espléndida figura, como si la misma Venus le tuviera envidia y celos de su belleza, de sus ademanes, pues sus pechos, cintura y muslos eran de una calidez y de una redondez femenina bien tangible y proporcionada, pero también sobresalía por su discreción y cautela, y quería pasar desapercibida delante de sus compañeros de trabajo cuando alguna vez los ayudaba en su oficio.

Había tenido la bella Saola, muchos pretendientes y amantes, pero ella siempre se había mostrado contraria al matrimonio, pues opinaba que ese estado era para mujeres que quisieren tener hijos, y ella siempre había sentido una demostrada pasión por la pintura. Y aunque sabía que era mujer y que el oficio era de hombres, no cejaba en pintar aquello que le gustase, y trataba de lograr algún pequeño encargo sobretodo de su padre o del mismo Torriti, que de vez en cuando le encargaba unos cándidos ángeles o unos niños desnudos. Y hasta había pintado en secreto un niño Jesús con su madre María sujetándolo en su regazo como una abnegada madre lo haría con su hijo, sin que sus compañeros masculinos lo supieran. Y aunque su edad corría ya cerca de los treinta, ella solo le gustaban hombres relacionados con el mundo de la pintura o a las artes plásticas.

Así que había desarrollado unas características algo hombrunas para espantar a ciertos hombres moscones que la deseaban solo para violentarla o para preñarla en hijos, cosa que ella de momento desdeñaba por su insolencia.

¿A quién debía sobre todo la gentil Saola su destreza en el mundo de las artes?

A su abuelo paterno Salvio quien además de leer y escribir un poco de latín, así como disfrutar de algunos juegos como el ajedrez, le había enseñado desde niña el arte de la perfección pictórica en el detalle, en el afán de la congruencia por la composición y el uso de los colores adecuados y necesarios para obtener una buena obra de arte.

Cuando pasadas unas semanas, viendo Jacopo Torriti la soledad, abandono y pesares de Cimabue, tras el desenlace de su relación con la mencionada Misabeta, quiso colmar un amor con otro amor, que a él le pareció mejor y más seguro, y conseguir con otra mujer lo que con aquella no pudo, y no se le ocurrió que otra idea muy simplona, que fue hacer además de pintor de frescos el de hacerse pasar por una buena celestina, es decir, como una comadre que se dedica a unir, o desunir amores, amantes o relaciones sentimentales.

Pues, quién mejor para hacerlo que un religioso como Jacopo Torriti, un pintor franciscano distinto porque sus composiciones eran de buen gusto y de logro artístico bueno, novedoso e interesante, amén de ser un artista original por firmar sus obras hechas, cosa difícil de encontrar en aquellas épocas, así como mostrar también sus rasgos físicos con esas extraordinarias firmas, sellos o medallones.

Y es que tanto Torriti como su amigo Jacopo da Camerino, ambos maestros romanos, habían roto en dos ocasiones aquel muro del anonimato que era natural en los frailes pintores, que eran además franciscanos, firmas que seguramente lo habían hecho por expreso deseo y orden del propio Papa en los mosaicos que decoran los ábsides de las dos basílicas más importantes de Roma.

Ellos habían sido también de los primeros que habían abrazado la reforma de la iglesia en materia artística iniciada y desarrollada por Roger Bacon, en pleno duecento italiano.

Y así, meditándolo recta y pausadamente, Torriti, el Maestro romano, pensó y convino en aceptar que la propia hija de sus ayudantes Rinaldo y Maira, con el consentimiento de estos y de la misma Saola Cubiccioni, sería la posible candidata, una criatura afortunada, quien al menos, y con su consentimiento, intentara seducir y conquistar el espíritu y el cuerpo del artista Cimabue, muy dañado y roto por el anterior desengaño amoroso. Y para olvidar, así pues, del disgusto y el fracaso que había tenido el pintor florentino con Misabeta de Pistoia.

Saola Cubiccioni intentará al menos ser del agrado y de la sintonía del pintor Cimabue, aunque en el fondo y calladamente sabía que sus edades eran un inconveniente para un posible acuerdo. Pero como el amor le pinta ciego, no había quizás, objeciones por lo menos al principio.

Después de que Torriti lo hablara detenidamente con sus padres, y con el consentimiento y deseo de Saola de mostrar simpatía y agrado hacia Cimabue, porque a ella le gustaba el carácter y la manera de ser del pintor florentino, así como le encantaba como hacía los diseños y realizaba la composiciones pictóricas el pintor, que era el más considerado de aquella época hasta la aparición de Giotto años después, comenzaron las atenciones y amabilidades de la joven para con el pintor de Florencia.

Lo primero que hizo la joven fue acercarse a Cimabue tratando de ganar su confianza y amistad proponiéndole una serie de mejoras artísticas como eran ciertos conocimientos que ella tenía sobre pigmentos, aceites, esencias y resinas, así como determinadas mezclas con los pigmentos esenciales que hacían que los colores ganasen en brillantez, textura y formas apreciadas al término del secado.

Pero, el pintor desdeñó esas cosas, pues es de todos sabido que la tradición y lo que funciona siempre durante un tiempo es muy difícil de cambiar, y los principios tanto éticos como profesionales son siempre muy “sui generis” de cada cual, de cada artista, por lo que es casi imposible introducir ciertas novedades, que si no son experimentadas con acierto, no se sabe si funcionarían adecuadamente, que también habrá sus dudas, como decenios después le pasaría a Leonardo de Vinci con la composición de la “Batalla de Anghiari,” en el palacio ducal de Florencia, que por experimentar con nuevos productos y pigmentos la obra resultó fallida.

Saola un día se acercó a Cimabue y le dijo con palabras de gran candidez:

- Mira, Maestro, este pigmento azulado procede de las tierras del Líbano. Es de excelente calidad y más fácil de triturar que el lapislázuli de la India. Se lo ruego que lo emplee.
- Sí, sí, ya lo he visto y ya lo he empleado con anterioridad pero me parece de peor calidad y menos consistente que el de ultramar.
- ¿Y ha probado este otro pigmento rojizo inorgánico de las tierras de Siena? Es un ocre rojo que adquiere buena brillantez y oscurece menos que el rojo tostado – dijo con seguridad y templanza la joven mujer.
- Lo probaré mañana, pero no te aseguro nada – manifestó el maestro florentino apenas dando importancia al hecho propuesto.

Después de varias tentativas por sugerir y aconsejar, por parte de la mujer, las mejoras y el progreso que se estaba dando en el territorio italiano, y escuchando a su mente interior cómo todo lo propuesto era como tirarlo por la borda de una embarcación, desistió de molestarle con otras proposiciones de carácter técnico.

Cimabue se mostraba tenso e indiferente, aunque se notaba que no quería hacer ningún daño a la hija de Rinaldo y de Maira.

Saola, hablándolo con su protector, el Maestro Torriti, convinieron en intentar otras estrategias, y buscar algún punto débil del pintor florentino. Le sugirió que como Cimabue era muy sibarita, y le gustaba la buena mesa y el buen yantar, intentase invitarle a comer en su casa, y aderezar la comida con unos buenos aditamentos alimenticios, porque seducir a un hombre por el estómago y con una buena comida es algo maravilloso que todas las mujeres deberían poner en práctica para conquistar a algún hombre, y hacerlo caer bajo sus redes.

Unos días, apenas comenzada la noche, los padres de Saola invitaron al pintor Cimabue, para que su hija Saola preparase algún plato exquisito, del gusto del pintor florentino. A la velada nocturna invitaron también a su protector, el Maestro Torriti, quien les acompañó en la mesa.

- ¡Saola ha preparado además de esos salazones de carne de venado, unos huevos cocidos mezclados con verduras y cebollas de la huerta, y aderezados con pimienta, sésamo y aceite de oliva toscano!, ¿les está gustando los platos? – dijo Maira casi en nombre de su hija que miraba al pintor Cimabue con ojos sencillos y un trato más amistoso que amoroso.
- ¡Está muy rico! – contestó el pintor Torriti, limpiándose la boca con un paño blanco que había encima de la espléndida mesa.
- ¡Sí, sí, es muy exquisito el plato! – respondió también el maestro florentino –. Y añadió con cierta naturalidad por una preocupación culinaria y cierta callada



sorna, mientras miraba las caras de madre e hija -. ¡Sin duda alguien de la casa es una buena cocinera!

Saola trajo a continuación unos quesos de la región, y unos tarros con mermeladas de frutos naturales de la región, y otro con miel roja de la zona, y dispuso unos pedazos de pan de cereales para untar.

- ¡Es casi un manjar de los dioses! – comentó Torriti, para animar la velada que estaba siendo muy apetitosa y sabrosa pero poco cortesana y agradecida como diría un trovador provenzal.
- ¡Sí, sí! – asintió apenas Cimabue con la cabeza.
- ¡Saola, pon a los maestros los postre, hija! – dijo Rinaldo mirando la expresión de la cara de los pintores.
- Son frutas traídas de un pueblo cercano a Asís, me las vendió un campesino en el mercado del miércoles –mencionó por último Saola mientras les ofrecía manzanas, fresas, almendras, nueces y grosellas.
- ¡Todo ha sido muy sabroso, gracias Saola! – dijo satisfecho el pintor romano y franciscano por el hábito.
- Me gustado mucho el vino de Brunello, es un “Chianti” muy fino y delicado. Ha acompañado bien a la cena – dijo, por fin Cimabue algo ya más satisfecho y con la cara algo colorada, pues a Cimabue no se le daba bien los agradecimientos públicos con palabras primorosas.

Pero cuando pensaban que la velada y el banquete tocaban a su fin, e iban a salir, Rinaldo, el padre de Saola, les dijo apresuradamente, y más bien refiriéndose a Cimabue:

- Creo que queda en el aire el partido de ajedrez que prometisteis realizar a Saola, ¿cuándo lo jugaréis?
- ¡Ah, sí, va en juego la pintura de san Juan!, como le prometí a tu hija si me gana en una partida, sin revancha – concluyó Cimabue con sencillez.
- ¡Sí, sí, efectivamente! – aseveró la mujer llevándose la mano izquierda a la cabeza en señal de mentalización para el ajedrez.
- Será el próximo sábado, cuando terminemos el trabajo, allá a las cinco de la tarde – terminó diciendo Torriti mientras abandonaban la casa de su ayudante.

Y así terminaron aquella grata cena donde Saola no acabó de seducir definitivamente a Cimabue.

Durante el resto de semana, Saola pensaba en cómo vencer en aquella prometida partida, y así como demostrar a Cimabue que ella era también una experta en el arte del juego del ajedrez.

Llegados al sábado por la tarde, varios de los operarios que trabajaban en las cuadrillas de los pintores que allí estaban plasmando los frescos de la Basílica Superior, estaban ya impacientes y nerviosos por un extraño acontecimiento, como era un inaudito desafío de una partida de ajedrez, en la que una mujer, Saola, se enfrentaría contra el Maestro Cimabue.

La expectación fue tal que muchos frailes del convento se habían acercado también allí, en un cuarto cercano al claustro del monasterio, cuando la partida ya llevaba un tiempo en tablas:

- Alfil contra peón.

- Caballo por alfil.
- Torre se enroca con el Rey.
- Torre por alfil.
- Reina come a torre.
- Jaque al Rey.
- Reina es comida por la Torre.
- Caballo come a torre.
- Reina es comida por la torre.
- Jaque Mate, con alfil, el caballo y una torre.

Todos se miraron con extrañeza, y algunos con desconfianza. La mujer vestida un poco a lo hombre como a veces solía hacerlo, se puso más seria de lo normal. Otros, desde atrás, pensaron que ella podía haber ganado la partida holgadamente.

Pero en realidad había sido Cimabue quien de nuevo había ganado la partida en todos los sentidos, tanto emocional como profesional.

Tampoco ella utilizando una nueva táctica en el ajedrez había sido lo suficientemente inteligente y positiva para ganar al maestro Cimabue, que dominaba la pintura tan bien como el ajedrez en estrategias y visiones.

Torríti, aunque sabía que la mujer jugaba muy bien al ajedrez, pues Salvio, el abuelo de la mujer, le había enseñado bien ese juego desde niña, hoy, por lo menos no había podido vencer al maestro florentino. Y así algo apesadumbrado por un lado por su buena amistad con su compañero de profesión, y por otro con el pesar por no poder cumplir su promesa de que la joven mujer intentase vencer en alguna actividad o materia al hombre pintor, y así poder seducirlo.

Pasó el monje pintor la mano por su cabeza calva, y comenzó a pensar en una nueva y definitiva actuación para conseguir que le diera el pintor Cimabue a aquella singular mujer, a Saola, una nueva oportunidad, con un nueva estrategia, y un nuevo valor profesional y sentimental, con aquella carismática mujer, dotada de buena salud y de estupendas cualidades tanto físicas como morales.

Pero la vida a veces no puede desafiar el destino que Dios, o los dioses imponen a los humanos.

Y esa noche no durmió el maestro Torríti pensando ya en la última baza que podía aportar para que Cimabue olvidase a las últimas mujeres de su vida, como a la admirada por muchos Misabeta de Pistoia, y se fuera con la bella Saola de Cubiccioni.

Al tercer día creyó Jacopo Torríti encontrar la probable solución para hacer la vida de Cimabue más agradable y satisfecha, haciéndole partícipe de una buena e inteligente mujer.

Y como vio que por las buenas no había conseguido nada, se dijo a sí mismo:

- Que mal se hace uno que si por las buenas no ha podido ser, sean por las sabias maneras y los inteligentes conocimientos de actuar las que podrían dar un resultado factible y positivo.

Y sin decir esta vez nada a nadie, como si ahora fuera el bravo y astuto Ulises en su deambular por el mundo antiguo el que ofreciese alguna estrategia feliz y plausible, como él lo había hecho con el caballo de Troya, o con el fabulosos engaño que Odiseo

imaginó con el gigante Polifemo para huir de la infernal isla, inventó otro sistema que le reportara la certidumbre de vencer.

Y cambiando de tácticas pasivas o voluntarias por unas más directas y contundentes, más incisivas y versátiles, pasó del dicho al trecho y luego al hecho, y se dispuso a ejecutarlo en los momentos libres que sus composiciones artísticas y actuaciones pictóricas le dejaban libre para ello.

Y así fue como en los próximos días llegaba el General de la Orden Franciscana a Asís para visitar a sus frailes, y amén para ver cómo iban los trabajos de los pintores con vistas a acabar todo bien para el Jubileo de Roma del año 1300. Y como conocía al Padre Superior de los franciscanos por los muchos cuidados y diálogos con él tenidos sobre diversos asuntos de las iglesias, convino en ponerle en cuestión sobre el caso que le atañía en esos momentos con el buen amigo de Cimabue, que todo era por su salud y virtud para que el maduro pintor disfrutase de una vida más sencilla, humilde y feliz.

Y contando por cartas y misivas al Superior de la Orden Menor los pormenores anteriores, y viendo este religioso también que quizás sería la última baza para unir a esos dos seres que se querían a su modo, pero que no se decidían a andar por el mismo sendero juntos, a pesar de que ambos convivían en el mismo trabajo y con las mismas jornadas, además de estar entregados a los mismos menesteres artísticos, y pretendiendo una unión cristiana mucha más duradera y feliz que con la anterior pareja, convino en ponerse de acuerdo con Jacopo Torriti para que cuando visitase Asís en los próximos días todo resultase feliz y grato para todos.

Y estas fueron las palabras del Superior de la Orden en la misiva enviada a Asís:

“Que todos nuestros hermanos frailes vayan a la iglesia para rezar por las almas de los fieles que buscan la pobreza y la humildad en el mundo, y miran por las virtudes de sus hermanos enfermos o desvalidos.

Y también para los que allí trabajan en las tareas de las basílicas de Asís, para que se presenten con sus familias, o bien con sus parejas para bendecirlos en el amor de Dios y en el que deben de amor al prójimo, y dar a todos una honorable salutación que el Papa me ha encomendado que os trasmita a todos.

Y en particular, se me ha encomendado que haga una salutación cordial y especial, para nuestro Maestro Cimabue, insigne pintor y hombre de bien, ilustre artista cantado ya por nuestros trovadores y literatos con esos cantos de bondad y sabiduría.

Y yo le hago saber por esta misiva que vaya y acuda honorablemente vestido con esa buena mujer que ahora tiene con él, según me han informado, y que se llama Saola de Cubiccioni, para bendecirlos como Dios manda, y desearles paz y alegría en sus vidas”.

La sorpresa fue inesperada y sorpresiva tanto para Cimabue como para la doncella Saola. Ni uno ni otro se imaginaba que esos supuestos amores llegaran a oídos del Superior de la Orden Franciscana, o del propio Papa, y que el Superior religioso diese por válida y buena una relación que aún no había comenzado.

Pero todo al final acabó como agua de borrajas. Que lo que el hombre no une voluntaria y armoniosamente, es decir, la unión de un hombre con una mujer libre y honesta y honradamente, Dios o los demás humanos nadan pueden hacer. Los designios de Dios son unos, los destinos de los hombres son otros.

A veces coinciden y todo será más feliz y provechoso, pero a veces, sus caminos son tan diversos y diferentes como lo son los millones de estrellas que pueblan nuestro firmamento celeste, y donde cada astro se une con su círculo propio de estrellas que le es amigable, anejo, correspondido y querido, y por lo tanto en muchas ocasiones, sus senderos se bifurcan buscando una estrella que sea pareja, una estrella doble, como una pareja humana de su misma condición sensual, sentimental y entrañable”.

Y así acabó esta feliz o infeliz historia, y a todos les pareció que fuera la última y mejor manera de unir a Cimabue y a Saola, pero esto no pudo ser. Y ambos vivieron después separados y de común acuerdo, porque el cielo es el que mejor reparte las dádivas entre los mortales, que a veces el estar separado es el mejor don o remedio que el cielo nos puede dar a los indecisos humanos, todo como también lo podría ser contado en un maravilloso y fabuloso cuento de Boccaccio.

Cuando Julia Sanz y su amiga Cristina Luzcano acabaron sus cuentos respectivos se dieron por satisfechas, pues si los tiempos cambian, también los humanos cambian, y a veces son más felices actuando por su cuenta que unidos a personas de las que no están enamoradas, ni son queridas ni sentidas.

Y FIN

León, revisado a 11- 13 de Septiembre de 2015.

-----  
FINAL DE LA PRIMERA PARTE DE LA NOVELA

\*\*\*\*\*

## SEGUNDA PARTE DE NOVELA

### LOS CÍRCULOS CONCÉNTRICOS DEL TRECENTO

#### INTRODUCCIÓN

Se abre ahora, una segunda parte de la novela “Las doncellas de la Toscana” con una nueva serie de trabajos, poemas, obras teatrales, narraciones, sonetos y obras como de ensayo, que nos van a presentar otras manifestaciones del mundo de la Toscana en la época del Trecento.

Aquí, a continuación, se nos mostrarán como la obra colectiva, comunitaria que quiere ser unas manifestaciones artísticas y literarias, con una serie de comentarios, poemas de todo tipo, teatralizaciones y elementos narrativos, de leyendas y descripciones tanto fantásticas como verosímiles, que agrupadas en CÍRCULOS CONCÉNTRICOS, a la manera en que DANTE ALIGHIERI nos cuenta alegóricamente en su “DIVINA COMEDIA” una serie de acontecimientos acompañado de Virgilio como Razón de ser, y de Beatriz como glorificación de un mundo nuevo y feliz, cuya significación última quiere aproximarse a aquel original poema, cuya simbología de estos retazos y obras quieren también parecerse, aunque solo sea meridianamente, a la del gran escritor del Trecento.

El propósito, pues, es el de buscar que el público contemporáneo del siglo XXI conozca, valore, disfrute y aprecie parte de lo que fueron aquellas épocas de un mundo distinto y novedoso con los siglos anteriores, momentos que ahora nos parece lejanos en el espacio y en el tiempo, pero que en el siglo XIV, en el llamado TRECENTO, era, podíamos decir, la última vanguardia, el último progreso, y el mejor siglo, distinto y diferente a los anteriores por el que apostaban, con vehemencia y pasión, casi todos los habitantes y ciudadanos de aquellas ciudades italianas tan al gusto de Atenas o Esparta.

Todavía hay que decir, que nosotros no existíamos ni como identidad ni como entes humano, ni tan siquiera el siglo XV había nacido todavía, ni otros posteriores que vinieron luego, ni artistas o pioneros en otras ramas del saber que luego surgirían con el paso del tiempo.

Hasta que Masaccio o Brunelleschi aparezcan en el horizonte toscano, los humanos seguirían hablando en otras lenguas o dialectos, realizando

otros aspectos de arte y de la cultura, y hasta que se abriera un siglo nuevo, lo moderno y último sería hablar y estar en el TRECENTO.

¿Sabemos nosotros cómo serán los siglos venideros, el XXII o el XXIV? ¿Dirán lo mismo los hombres del futuro de nosotros, que seremos sus antepasados?

¿Nos juzgarán como nosotros intentamos hacer, juzgar y analizar a civilizaciones que fueron antes, y entonces la gloria, el esplendor, la apreciación de lo que era su peculiar belleza, su concepción de la vida, sus vivencias, y el no va más con sus experiencias de aquel mundo cultural, político, social, artístico, filosófico, religioso y literario que era el mejor y lo último para aquellos años trecentistas?

¿Hay que ver o analizar con ojos del pasado lo pretérito? ¿Hay que observar con ojos imparciales, y con la mentalidad de aquella época, unos acontecimientos, sucesos de aquel espacio-tiempo tan diferente en mentalidad y cultura, con esas obras artísticas y culturales distintas? ¿Habría que ver a los artistas, a los artesanos, a los campesinos, a los guerreros o nobles, o a los demás hombres de aquel momento, tanto religiosos como civiles, como lo ÚNICO que entonces se conocía y existía bajo la luz de la luna del Trecento italiano?

¿Conocían, como verdaderos profetas, cómo iban a ser las cosas, los conocimientos, las obras a realizar y que el futuro les depararía?

En fin, el futuro dirá lo mismo de nosotros, lo que nosotros estamos intentando hacer con el pasado. Mientras nuestra mente y visión de los hechos no se ajusten a los parámetros de entonces seremos unos incrédulos en un nuevo mundo que nos será incomprensible en su configuración social, y, tal vez, inesperado por lo novedoso, asombroso en lo cultural y recreativo, y tecnológicamente distinto, y todo diferente en

un mundo nuevo. Todo podría ser como en una auténtica magia y ficción no reconocida si nos intentaran llevar o trasladada al futuro, como visitantes actuales, en una película de ciencia ficción, y volver a nacer en otra época de la que ahora nada conocemos ni nada podemos preveer, aunque algunos agoreros nos digan que todo va a ser un mundo mucho mejor.

¡Ojala, de verdad, así todo fuera!

## PRÓLOGO

### CÍRCULOS CONCÉNTRICOS SOBRE EL MUNDO DE GIOTTO

La distribución de las obras pictóricas seleccionadas sobre Giotto, o sobre los episodios de la vida y la personalidad de este artista toscano, se relacionarán entre sí como si se trataran de unas secuencias cinematográficas con historias verosímiles, o con visos casi verídicos de realidad, imágenes de esa época de Giotto, páginas establecidas entre mediados del siglo XIII y parte del siglo XIV, y escritos sobre el mundo del pintor de la Toscana.

La unión entre textos escritos, imágenes pictóricas y la vida cotidiana de Giotto y de las urbes toscanas, por donde pasaban las actividades artísticas, culturales y comerciales de la época, sería un ejemplo a seguir como medio de contar estos genuinos relatos.

Se acordó, pues, que más o menos voluntariamente, lo expuesto fuese de esta manera:

- a) Para **Anín o Aninne Garaccini, del equipo A**, se adoptó que tratase sobre la primera infancia y juventud de Giotto. Esos principales e importantes pasos que todo artista demuestra en sus primeros años de existencia, en un contexto y



ambiente a veces muy bonito y propicio, y a veces, en otras condiciones y deseos aparentemente no muy relacionados, más sencillos o desconocidos, pero también encadenados a un nuevo futuro, muy alentador y feliz. Incluiría el encuentro entre Cimabue y el jovencísimo Angiolotto [**Giotto**], y los primeros encuentros pictóricos en el taller del primero.

- b) En cuanto al siguiente componente del equipo Azul, **Marianella Santís**, eligió un tema sobre la Naturaleza, sobre aquellos antiguos paisajes idílicos de la Toscana cuando la belleza del lugar y de la naturaleza eran aún vírgenes, y los parajes bonitos y espléndidos, casi de un original paraíso natural. Quería Marianella penetrar en esos exóticos y cándidos lugares y ambientes con el mismo amor, tacto, y la palabra con que lo hiciera el mismo Francisco de Asís. Para ello, que mejor medio que entrar en ese mundo natural que la buena sensibilidad poética del “poverello” de Asís, en ese momento en que se encuentra con los pajarillos libres y las aves silvestres del campo.
- c) Expectante estuvo **Layrici Kubrick**, del mismo grupo A, al elegir libremente el asunto de la vida en el interior de una ciudad de la Toscana en aquellos años entre el medievo italiano y los nuevos albores que ya se presagiaban en el horizonte del Renacimiento. Para ello Layrici intentará penetrar en la vida cotidiana de aquellas gentes, entre el bosque de callejuelas, plazas, y laberinto de calles y plazuelas de una ciudad de la época, tomando como modelo la ciudad de Arezzo, rodeada de murallas medievales, con angostas calles y palacios con aparentes encantamientos y misterios diversos.
- d) Hubo algún problema al principio para elegir quién iba a encargarse de un aspecto de la vida cotidiana, comercial y de los negocios, que eran aquellas ciudades casi libres e independientes de aquella Toscana de mediados del Trecento, como las antiguas ciudades-estados griegas. Y el tema del “pintor usurero”, un Giotto inédito y desconocido, no era cosa banal y superflua, sino

un aspecto importante de aquel devenir financiero, de ventas de mercancías y productos tanto del campo como mercantiles o artísticos, en que se habían convertido algunas ciudades con su pujanza y progreso económico, cultural y comercial. Y fue **Carmelo Miguélez, del equipo R, el “Rojo”**, quien se ofreció con ese tema, pero dejando claro que él lo trataría con plena libertad, con seriedad y autonomía, y con cierta imparcialidad en el comentario de algunos espinosos asuntos.

- e) Por último, a **Albalinde Estébanez**, del mismo grupo Rojo, le correspondió hablar del final del periodo de la vida de Giotto, tomando el cuento o el breve relato como guía y modelo para su tratamiento escrito. Cuando el maestro Giotto fue nombrado, mediante decreto público, director, en 1334, de Santa Reparata, es decir, además de la catedral de Santa María dei Fiori, asumir el cargo de arquitecto de las murallas y fortificaciones de la ciudad de Florencia. Fue la época en que el maestro Giotto diseñaría y comenzaría el “Campanile”, o torre de la catedral florentina, para honra, ejemplo y encanto posterior de la villa toscana.
- f) **Última incorporación:** A última hora, y según acuerdo de todos, para igualar en componentes a los equipos, se acordó que Jota Ele Wenceslao, pertenecería al equipo Rojo, y que se ocupase del tema surgido en los últimos instantes, de conocer y analizar las críticas y versiones sobre el tema bíblico de las escenas de Isaac y sus hijos, Esaú y Jacob, con Rebeca como telón de fondo. Así, él prefirió que el título fuera: “La Historia del Maestro de Isaac”, para empatar en forma y análisis, entre los equipos formados en una sana competencia, y también como muestra de divertimento, sobre aquella fascinante época histórica, donde la magia, la aventura de los artistas y las manifestaciones o muestras pictóricas, se expresaban por parte de todos con una desconocida profesionalidad artística.

**NOTA:** Luego, vendrían otras incorporaciones poéticas, culturales o artísticas, del ámbito de las Universidades, tanto leonesa, en España, como profesores de las Universidades de Pisa o de Siena, en Italia, que luego mencionaremos en páginas siguientes.

Y es que LOS CÍRCULOS CONCÉNTRICOS SE IRÍAN AMPLIANDO COMO EN UN JUEGO DE AJEDREZ, HASTA TERMINAR LA PARTIDA, NO EN TABLAS, SINO QUE EL ÚNICO VENCEDOR SERÍA EL “TRECENTO”.

MUCHAS GRACIAS.

EL AUTOR

.....

### **A) PRIMER CÍRCULO CONCÉNTRICO DEL TRECENTO**

“LA VOZ DE LA PINTURA” Por Annine Garaccini

Annine, más conocida por Anín Garaccini estaba entusiasmada y pletórica porque iba a relatar la primera infancia y juventud del que luego fuera “El primer gran pintor de Florencia”, allá en el Trecento italiano.

Después de recopilar determinada documentación, textos inéditos, cultura y arte de la época sobre ello, y sobre la vida de Giotto, pasó de lo artístico y cultural a lo literario como se pasa del día a la noche en invierno, en un santiamén.

Y el breve relato nació de esta manera:

<< Decir que la pintura tiene además de color, significado y forma, una genuina y “especial voz”, es como decir que los ángeles divinos tienen alma inmortal, cuerpo invisible, y espíritus puros con mensaje oral o escrito que transportar.

La “voz” del artista está oculta en su obra, hay que descubrirla como se muestra en una oración como el último significado de sus palabras. Así, la pintura tiene su otro significado, su otra voz, que suena en el interior del alma humana para decirle su última trascendencia.

Cuando Giotto pinta sobre esos ángeles en la “Madonna de Ognissanti” de una manera particular, – una pintura al temple sobre madera actualmente en los Galería de los Ufficci, en Florencia –, estos singulares seres alados son no solo una muestra de la obediencia, rectitud y pureza al servicio que deben a Dios, sino que nos enseñan también la “otra voz y su sonido” que sale de lo pintado, como un doble eco entre montañas nevadas.

Cantan como un coro de voces angélicas las delicias del cielo, las fantasías celestes, lo que de espiritual y sagrado tiene el alma, transportando los designios de Dios.

Pero lo característico de esta pintura es la mirada de la Virgen. Ella observa atenta a los fieles que la contemplan con detenimiento, al espectador del otro lado del cuadro que pone los pies en la tierra, y ella los observa como quien mira de verdad a una persona conocida con la que dialoga. Solo ella dirige la mirada al orante fuera del cuadro, y pregunta algo especial al interlocutor, mostrando en su delicado y juvenil rostro que algo le quiere decir.

Veinte años antes su maestro Cimabue había pintado otra “Madonna” sobre el Trono de la Sabiduría para la iglesia de la Trinidad de Florencia de las mismas características, pero esta no mira directamente al orante, sino que sus ojos solo piensan en el mensaje, su mirada es interior, sin respuesta.

## LAS DONCELLAS TOSCANAS

---

Y lo que intento con esto decir, antes de nada, es que el futuro encuentro del maestro Cimabue con el jovencito Giotto tendrá por ello sus repercusiones en estos cuadros de “Madonnas”, pintados por ambos en fechas muy diferentes, pero con la misma voluntad de mostrarnos a María con el Niño en posición de confianza, dulzura y de mediadora con Dios.

Cimabue hará una imagen solemne, lisa y medioaislada, que será todavía algo rígida, simbólica, bizantina.

Giotto va a ser más solemne, sublime, delicado, detallista, cohesionando todos los aspectos del cuadro.

Pero como el afluente siempre lleva sus aguas al río principal, aprendiendo a dirigir sus riachuelos a cauces mayores, así el discípulo aprende lo que el maestro le enseña, y ambos formarán parte de un mismo destino que irá desde el río al mar, desde las fuentes a la historia de la pintura.

Cada pintura tiene su “voz propia”, su sonido particular, su palabra interior y profunda, a la que hay que encontrar su sentimiento, escuchar su mensaje y discernir su pensamiento.

Por eso, cuando aquel día de 1267 nace un niño en Colle di Vespignano, en el valle del Mugello, a catorce millas de Florencia, llamado “Angiolotto”, hijo de Bondone di Angiolino, un hombre sencillo, laborioso agricultor que tenía algunas tierras de labranza, varios animales domésticos como gallinas y varias cabezas de ganado ovino, este niño sería la “voz” de la pintura, el bienvenido sonido del Nuevo Arte.

Bondone había llevado al campo un rebaño de ovejas, muchas veces en compañía de su hijo Angiolotto. Este dejaba, a veces, pastar a su libre albedrío a las queridas ovejas del rebaño, mientras él para no aburrirse cuando las cuidaba, grababa en piedras planas las figuras de un ovino, o con un palo o punzón de madera en la arena o en la tierra, plasmando una oveja del natural, con un realismo franco, sencillo e inocente.

Angiolotto, luego llamado Giotto, disfrutaba con sumo deleite en aquel tiempo libre dibujando animales u objetos, proyectando sueños infantiles hacia el futuro, pues tenía un don innato y una manera especial para plasmar estas cosas.

Bondone tenía una esposa a la que llamaban Liviunta, una mujer que era la madre de Giotto, madre atenta con su hijo, cuidadora del hogar y de las labores domésticas como era dar la comida a sus varones, limpieza de la casa, confección de los vestidos y zapatos, colocar en sus sitios todas las cosas desordenadas, tareas normales y cotidianas para la mayoría de las viviendas y realizadas por el elemento femenino.

Bondone tenía además una profesión complementaria, era también herrero. En aquella época era normal que en algunas villas y pueblos la profesión de herrero estaba bien considerada, pues había que errar a los animales como los caballos que transitaban por sus vías y rutas cercanas, de los propios habitantes o de los foráneos, o bien, fabricar aperos de labranza, agregar piezas a las maquinarias agrícolas de la época, y rehacer ciertos aparejos para carros y carretas, etc.

Bondone de Angiolino, que tal era su nombre completo, estaba contento de la actitud de su hijo cuando era pastor y pintaba ovejas del natural, y también estaba satisfecho cuando en algunas ocasiones plasmaba y dibujaba ciertos utensilios que su padre poseía en la fragua de la herrería, ya que este era también un pujante negocio que no había que desprestigiar, y que luego en su futura madurez le serviría como base de aprendizaje, y llevaría con el tiempo a enriquecerse en otras cosas distintas de la pintura.

Todos en el pueblecito veían la predisposición del joven Giotto para los dibujos y la pintura.

Había sido el propio Bondone, quien a falta de maestro, el que enseñara a su hijo el bien hablar y escribir del dialecto florentino, hablado en esa región de la Toscana. Y luego, los primeros números de aritmética que le servirían para sus futuros negocios, amén de las normas de la geometría euclidiana válidas para sus dibujos.

Del latín poco le podía enseñar, porque las iglesias estaban en Florencia, y los frailes dominicos o franciscanos estaban en fase de crecimiento. Pero el germen de la cultura

## LAS DONCELLAS TOSCANAS

---

se estaba echando como se esparcen las semillas en primavera en las campiñas toscanas.

Y así pronto surgirían otras personas de la región toscana como Dante, Petrarca o Boccaccio, y sobre todo Dante Alighieri, contemporáneo de Giotto, el que daría forma y esplendor a la futura lengua italiana con su obra magna de la Divina Comedia.

Angiolotto era un niño vivaz, inteligente, práctico y servicial, con unos padres prudentes, cautos y con visión de futuro.

Por eso esta anécdota histórica, que ahora voy a contar, está entre las más verosímiles de la vida de Giotto.

“Nos encontramos en las cercanías del riachuelo Sieve, que serpentea despacio por el valle del Mugello camino del río Arno, que está solo ya a quince kilómetros de Florencia.

Allí, en su orilla de la margen derecha del riachuelo Sieve, Giotto estaba aquella tarde abstraído en el dibujo sobre aquella oveja que tenía enfrente de sí. Si el muchacho hubiera estudiado ya latines hubiera pensado que estaba haciendo una labor pastoril, como una idílica égloga de Horacio. Pero no sería un Virgilio, ni un Ovidio o Cicerón con sus dotes poéticas, sino un Zeuxis o Parrasio en la pintura de la Grecia clásica.

Aquella tarde todo parecía pasar con callada naturalidad y candidez, el riachuelo apenas murmuraba con su canto cristalino ni se le oía en la lontananza. Las flores estaban frescas y lozanas en sus ramas verdes, el campo olía bien a retamas, espliegos y a romeros. El sol allá arriba calentaba los campos llenos de cereales y arbustos silvestres, y adormecía a las lagartijas, salamandras y comadrejas. El calor se volvía fresco y agradable al lado de los acebos, cipreses y castaños. Y toda la campiña parecía dormir en la paz, y también sentir la dicha de la misma Naturaleza envuelta entre su poderosa vegetación y el débil murmullo del riachuelo Sieve. Y algo se dejaba allá arriba, en lo alto del cielo azul claro y sin nubes como era una débil y cansina luna, transparente, y apenas desapercibido astro en lo más alto de aquel cielo toscano.

A unos metros de distancia donde se encontraba aquel día Giotto pintando la oveja que tenía enfrente, pasaba uno de los caminos que conducen desde la cercana población de Vicchio hasta Florencia un caballero, llamado Cenni di Pepo, y conocido por todos como Cimabue, que parando su caballo comenzó a observar a aquel chiquillo que abstraído y concentrado en su labor pictórica, como un hábil y resuelto pintor, grababa en una piedra llana una oveja del natural.

Así siguieron caballero y muchacho, uno admirando y el otro elaborando un dibujo, durante un breve tiempo hasta que el corto relinchar del caballo de caballero Cimabue cortó aquella mutua atención.”

Y el diálogo que siguió fue el siguiente:

– ¡Hola, chiquillo! ¡Dibujas muy bien! ... ¿Lo haces así siempre?

Hubo un breve momento de silencio, pues los niños y jovencitos a su edad son casi siempre temerosos y reservados con los foráneos.

Entonces, Cimabue continuó diciendo para contentar y llegar a la confianza del niño:

– Me gusta lo que haces, lo que pintas. Y sobre todo me gusta cómo lo llevas a cabo.

¿Quién te enseñó a hacerlo?

El muchacho no respondía dada su condición de casi muchacho infante, callado y pensativo.

– ¿Cómo se llama tu maestro?

Entonces el muchacho dejó su punzón de piedra, afilado en uno de sus extremos, tomó saliva para adentro, miró fijamente a aquel desconocido caballero, y le respondió con un temperamento agudo, frío y calculador:

– ¡En mi pueblo no hay maestro!

– Pero, ¿alguien te habrá enseñado esto? – dijo Cimabue intentando entrar en conversación con aquel jovencito.

Y continuó diciendo:

– ¿O lo has aprendido tu solo?



Aquel chiquillo bajó la cabeza y continuó realizando su dibujo.

Cuando Cimabue vio y notó la callada por respuesta comprendió que aquel niño era como una nueva voz, como un sonido distinto, diferente, que partía de aquel dibujo, una voz nueva llena de color y textura que plasmaba en aquella gran piedra lisa.

Observó la calidad de aquel grabado, contempló la manera con que su mano dirigía aquella imagen, casi ya plástica a pesar de su condición primaria.

De pronto el muchacho dijo:

- También sé hacer casas, paisajes, estrellas y otros animales.
- ¡Muy bien! ¿Y cómo te llamas, por favor?
- ¡Angiolotto! ¡Pero todos me llaman Giotto!
- Pues a mí me llaman Cimabue. ¿no habrás oído nunca mi nombre, verdad?
- Pues no, no Señor.
- ¿Y puedo hablar con tu padre?
- ¿Para qué Señor?
- Para hablar de ti, si no te importa.
- A mí, nada Señor.
- ¿Y dónde vivís? ¿En Colle de Vespignano o en Vicchio?
- ¡En Vespignano, Señor Cimabue!

Luego, el chaval tragó saliva y continuó con su dibujo, casi perfecto del natural de aquella oveja a la que pintaba con tanto realismo como la veían sus ojos infantiles.

- Perdona, por último, ¿cómo se llama tu padre?
- Pregunte Usted por Bondone. ¡Bondone de Angiolino!
- Gracias. Así lo haré, muchacho. Espero verte pronto.

El chiquillo miró de reojo, y con curiosidad, a aquel apuesto caballero que se alejaba de allí a caballo, sin sospechar que de él iba a depender su futuro. Iba a dejar de ser pastor para ser uno de los mejores pintores que haya tenido Florencia.

- ¡Ah, perdona, muchacho! – dijo Cimabue mientras ya se alejaba con su caballo al paso – te diré que tengo en Florencia un buen Taller de Pintura con muchos ayudantes y discípulos. ¿Querrías ser tú, algún día, uno de ellos?

A Angiolotto se le iluminó sus tiernas y sonrosadas mejillas y se vio inmerso en sus sueños de querer ser algún día un pintor. No sabía si un buen pintor, entonces a su edad se conformaba con un pintor. Que eso ya era mucho pedir.

El paisaje en la ribera de Sieve, y del valle de Mugello, se había transformado en la mente y en los sueños de aquel jovencito. Solo habían sido aquellos minutos para que todo girase ciento ochenta grados en su entorno, y que ahora viese como una fantasía realizable aquellos presentimientos infantiles de ser lo que su vocación innata le mostraba en su cándido cerebro: un pintor del Trecento italiano.

Los árboles como el pino y el ciprés crecían a lo alto en la campiña toscana como las nubes suben y se balancean, y se deslizan altivas y veloces cuando el viento sopla fuerte del mar Mediterráneo; el olor a brezo teñía de frescos aromas el ambiente como si una poesía olorosa se enredase alrededor de los cercanos olivos.

El susurro del arroyo parecía perderse en la lejanía y Giotto terminó aquel grabado como si fuera su mejor obra de arte realizada hasta el momento. Allí la dejaría para testimonio de su labor pictórica, pues su tarea del pastoreo era monótona y aburrida, pero era parte del sustento de su familia.

Después la tarde fue cayendo lenta y cansina, lánguida como el vuelo de una cigüeña, y el sol se llenó al final de la atardecida de un color cálido y muy rojizo, como si llorase de calma enrojecida.

En la aldea de Colle de Vespignano, Cimabue mantenía con el señor Bondone esta conversación sobre el destino y el futuro de Angiolotto:

- He visto en su hijo unas cualidades excepcionales para la pintura – anunciaba Cimabue llenándosele la boca de elogios y fresca sobre aquel chiquillo tan despierto y resuelto con los grabados. ¡Tiene mano innata con los dibujos!
- Y entonces, dice Usted, ¿que el chico promete para la pintura de taller? – dijo el padre un poco nervioso y emocionado.
- Me ha dejado maravillado su resuelto trazado, su escondida voz que emana de su diseño, su ágil mano con el punzón. Pinta las ovejas con tanta naturalidad que ya hacía años que no lo veía – apreció Cimabue a Bondone.

## LAS DONCELLAS TOSCANAS

---

- ¿Y cree Usted que en Florencia estaría mejor empleado que aquí en los campos de Mugello?
- ¡Sin duda alguna! Probaremos en mi Taller unos meses. Y si el muchacho vale y responde en el mundo de la pintura vendrá conmigo, primero de aprendiz, y luego con mi cuadrilla iremos por toda Florencia y toda la Toscana, y si Roma o Asís nos llaman iremos hasta allí mismo.
- Pues diré a mi esposa que le vaya preparando la vestimenta, las zapatillas, bueno, toda la ropa y las cosas necesarias para residir el muchacho durante un tiempo en Florencia. ¡Gracias de verdad, señor Cimabue! ¡Gracias!
- ¡No, no, gracias a vosotros, por haberme acogido cortésmente en esta casa!
- Pues faltaría más.

La despedida, luego de que Giotto regresara con su rebaño, estuvo llena de felicidad y complacencia, pues al fin y al cabo el jovencito Giotto aspiraba convertirse en un buen pintor en la ciudad del Arno.

Y como podía más la ilusión por aquel porvenir del muchacho, la emoción de éste por aquel inesperado, casual y feliz encuentro, todo discurrió placenteramente hasta que Giotto fue instalado jornadas después para su aprendizaje con el Maestro Cimabue en su Taller florentino.

La “voz de la pintura” se oía en sus grabados, en sus punzones, en sus dibujos. La “voz de la pintura” nacía fresca, segura, inocente y atrevida. La “voz de su pintura” comenzó a oírse en los campos de Mugello>>.

.....

## **B) SEGUNDO CÍRCULO CONCÉNTRICO DEL TRECENTO**

“LA VOZ DE LA NATURALEZA” Por Marianella Santís

“De pronto y en cuanto que Marianella Santís eligió un tema sobre la Naturaleza, sobre aquellos antiguos paisajes italianos, parajes idílicos de la Toscana, cuando la belleza del lugar y de la naturaleza eran aún vírgenes, salvajes, y los parajes bonitos y espléndidos, casi como de un original paraíso terrestre, todo cambió en el ambiente. Quería Marianella penetrar en esos exóticos y cándidos lugares y ambientes con el mismo amor, tacto y palabra con que lo hiciera el mismo Francisco de Asís. Hacerse franciscano o franciscana para llegar a poseer el misterio de Asís. Para ello, que mejor medio que entrar en ese mundo natural, que la buena sensibilidad poética del “poverello” de Asís encuentra con los pajarillos libres y aves silvestres del campo”.

Y Marianella Santís entró de golpe y de lleno en la misma textura de la Naturaleza que el Santo de Asís lo hacía con naturalidad.

<<Entonces entramos con la cámara en ristre, con las nerviosas manos apretando la visualización del entorno, y con los ojos atónitos por presenciar lo sobrenatural, como si fuera una máquina cinematográfica que todo lo ve y lo observa, grabando con delicadeza en el interior de la Basílica superior de Asís, lugar donde varios pintores y artistas de la zona romana y de la toscana, en Italia, pintaron algunos de los más bellos frescos del Trecento, entre ellos Cimabue y Giotto>>.

Marianella contaba las secuencias, y veía las escenas como una filmación detallada, silenciosa y efectivista.

“Toni, con la cámara de grabar de cine al hombro, y yo, la misma Marianella observándolo todo, caminamos despacio y con prudencia, casi al unísono en el

paso, para tomar una secuencia importante, una escena mediática, en la parte izquierda de los pies de la iglesia, a un lado de la misma entrada principal de la basílica superior. Tratando de captar con fina y aguda intuición artística, la vida misma del santo de Asís cuando predicaba a los pajarillos el mensaje de Jesús y las enseñanzas que la Naturaleza y el santo nos brindaba con sus oraciones y actitudes cristianas.

De pronto divisamos un gran panel pintado enfrente de nosotros, un poco oculto por dar la espalda en la ruta o camino hacia la nave central, y observamos que en el interior de la pintura dominaba la iluminación de los azules y los marrones en todo el fresco al seco, algo deteriorado por el paso del hombre y del tiempo, una imagen pintada con azulados claros del cielo y otros más plenos en el horizonte donde las avecillas, tan traviesas y aladas acampan libres y seguras a sus anchas, y a los pies de Francisco y de su compañero, con atención y entusiasmo, como una personificación poética de unas aves celestes e inteligentes, escuchando como fieles cristianos el sermón del santo de Asís.

Todo un cromatismo viejo, añejo, suave, original, enmarca el cuadro. Todo ello empapado de una calidad pictórica propia del Trecento, como un cuadro sencillo, poético, lleno de gracia y donaire del humilde fundador de la Orden de los franciscanos.

Si penetramos lenta y suavemente en el fresco seco de la pared, dejándonos llevar por la visión natural de nuestra conciencia y de nuestra mente, nos encontraremos en un mundo lleno de abierta y apacible naturaleza. Hay toques que huelen a aromas de jarales, lentiscos y brezos, a olores pictóricos que penetran invisibles a los pulmones como si fueran lágrimas transparentes de Dios,

Y aunque algunos digan que las cabezas y los rostros de los dos frailes puedan ser del segundo maestro de Asís, cosa que no nos importan para el caso, lo importante es la actitud de Francisco explicando, con respeto y emoción en sus palabras, una humilde y sencilla oración, y además, moviendo sus delicadas manos para dar a entender la significación de las obras que Dios realiza con la Naturaleza.

Y de su boca, llena de inocencia, encanto y espiritualidad, salieron estas palabras poéticas que daban a conocer lo que era el mundo de Francisco con respecto a los demás seres de la creación”.

Y en imágenes y en palabras intentamos recoger estos encuentros y emociones:

“Como oyen atentas las avecillas  
Dejando de volar para escuchar  
Dejando de comer para buscar  
La humildad y las palabras sencillas.

Los pajarillos dejan de surcar  
Los cielos, y abren como lucerillas  
Sus alas, posándose entre amarillas  
Tierras, para sus mentes alumbrar.

Árboles con flores primaverales  
Como acacias repletas de blancuras  
Entre cielos cálidos y azulados.

Francisco con virtudes y bondades  
Y Giotto, maestro de nuevas figuras,  
Abren espacio y alma entre sus lados.”

Marianella pensó que un soneto con sus rimas y acentos era lo mejor para reconciliar a la naturaleza literaria con la pictórica, es decir, a Francisco y a Giotto, como muchos autores del siglo XIX intentaron unir o relacionar.

Los seres naturales somos como especies envueltas en la Naturaleza y en la Vida.

La campiña de Asís se abre entre verdes y lozanos horizontes.

Francisco habla a los pajarillos como si fuesen seres marginales, como si de pobres y de humildes gentes se tratasen.

Y eso contó también fray Maseo a sus otros compañeros del convento, y cómo vio que san Francisco, posteriormente, tocaba a las avecillas con su mano y su manto, con loable cariño y amor.

Si sigues aún dentro del cuadro al fresco, - le dijo Marianella a Toni que iba avanzando con su cámara al interior del fresco - verás que todo camina alrededor del cielo, en torno al campo, y pensando en los seres naturales que lo pueblan y que el cielo protege como máxima divinidad.

Si miras con el pensamiento verás cielo, aire puro y una luz en tu espíritu.

Si miras arriba con tus ojos teñidos por el ensueño verás también cielos, árboles y un mensaje a las hermanas aves, a los hermanos pájaros, y un mensaje de reconciliación, de naturalidad y de esperanza en el ser humano. >>

Y Toni siguió buscando con su cámara cinematográfica lo que Marianella quería acertar a buscar entre la Naturaleza, la propia voz de esta camuflada en la vegetación y en la propia brisa que emana del fresco de la pared, tras la puerta principal de la Basílica Superior.

-----

### **C) TERCER CÍRCULO CONCÉNTRICO DEL TRECENTO**

“LA LEYENDA DE LA CIUDAD DE AREZZO” Por Layrici Kubrick

A Layrici Kubrick, aunque para los conocidos era llamada Layri, aquella narración sobre las ciudades italianas del trecento era sumamente evocativa de viejos recuerdos y añoranzas, recordando nostálgicamente cuando estuvo en la Toscana con una Beca universitaria de “Erasmus”. Pero Lyrici era una mujer muy especial, con mucha inteligencia, una fuerte voluntad de superación, y un laborioso trabajo de periodista, tal como una bella más doncella toscana.

Por eso aquel relato era para ella un agradable reencuentro con Italia y con ella misma, y en la que su memoria le imponía algunos actos positivos cuando conoció a Alberto Torriani, un novio italiano de felices recuerdos.

Su amor por la Toscana le venía pues ya de antiguo, y todo lo que fuera tocar o hablar de algún aspecto de aquella región italiana suponía para ella mostrar un interés especial y una gratificación física y mental.

Iba a hablar sobre el cuadro de Giotto titulado. “La expulsión de los demonios de Arezzo”, un cuadro de la Historia y Milagros de san Francisco de Asís.

En un principio quiso darle un aspecto de ensayo y crónica erudita sobre aquellos inusitados acontecimientos, pero convino con su amiga Anín Garaccini que iba a resultar algo acartonado, tenso, melodramático.

Luego convinieron que hubiese ciertos diálogos en la narración para hacerla más amena, más viva y motivadora, en un tema tan trágico y espeluznante.



## LAS DONCELLAS TOSCANAS

---

Y sin darse cuenta penetró en el interior del cuadro casi sin darse cuenta como quien cuenta ovejas de una en una para dormirse de noche más plácidamente.

Y Layri sabedora que Giotto quiso a su vez pintar una metáfora de la vida y del pecado como si Sodoma y Gomorra siempre hubiesen existido en la Tierra, se dispuso a contar los sucesos, dándoles un múltiple significado.

Mas sabedora que esto interesaba tanto a legos como a profanos, como a frailes y a fieles sensibles, comenzó así a contar como si de una película de misterio se tratase:

“La ciudad de Arezzo estaba sumida en una gran tormenta celeste, como en una pesadilla de truenos y lejanos relámpagos que la sumían en una grisácea ventisca de funestos presagios.

Cinco eran las cosas que estaba viendo como si aquello fuese un espejo de cóncavos biseles:

Por un lado, una ciudad fortificada por murallas y torres almenadas en torno a las cuales viviendas medievales, casas con ventanales, palacios con abalengo y altivas torres particulares de colores claros y vivos, como si de san Gimignano se tratara, y una enorme torre comunal con una especie de reloj y unas figuras semejanado los variados puntos cardinales.

A la izquierda y frente a ella, una gran iglesia de ábside gótico, cuya torre campanario llegaba a ser más alta que la torre civil de concejo de la ciudad, como demostrando que el poder de la iglesia era aún mayor que la autoridad comunal de la ciudad.

Un tercer aspecto a considerar son las gentes de la ciudad que salen por dos puertas al modo gótico que se abren en dos puntos de la ciudad amurallada.

El cuarto acontecimiento, síntoma de desconcierto y sorpresa, son las imprecaciones o maldiciones de dos monjes sobre la ciudad y sobre los seres malditos que en ella fluyen volando en sus cielos.

Por último, lo más desagradable y nefasto, lo más horripilante y atónito, una serie de horrendos demonios caracterizados como especies de murciélagos monstruosos y terribles, gritando con estruendo atemorizador sobre los habitantes y las casas de la ciudad de Arezzo”

Todo ello envuelto en el inexplicable y sensacional “milagro” que va a suceder según cuenta san Buenaventura en su libro sobre san Francisco: “La legenda maior”.

- Vamos fray Silvestre esos monstruos malignos, esos diablos voladores que se regocijan con los pecados y males de la ciudad debemos expulsarlos de aquí inmediatamente y para siempre.
- Pero, Francisco, ¿cómo lo vamos a hacer? Sus rostros son espeluznantes y sus gritos nos desconciertan, y hacen tronar los oídos menos sensible de cualquiera.
- Solo Dios lo hará resueltamente si meditamos y pedimos en oración su poder divino para hacer huir a estos malditos demonios que acechan a los habitantes de Arezzo.

El fraile que acompañaba a Francisco estaba desconcertado y temeroso del bullicio horripilante y atroz que aquellas endemoniadas figuras en aquellos cielos con grises y azuladas sombras estaban haciendo, dudando cómo podía funcionar lo que le estaba pidiendo el santo varón de Asís.

– ¡Ve y adelántate un poco! ¡Grita fuerte delante de la puerta de la ciudad, y pide a Dios que por su amor y misericordia expulse a esos terribles y malditos demonios de la ciudad de Arezzo, tal como en nombre de Dios está mandado hacer!

El bueno de Francisco se puso de rodillas y con una santa genuflexión esperó que las palabras de su compañero Silvestre surtieran el efecto deseado para el bien de la ciudad que ya desde hacía un tiempo soportaban a esos descomunales y horrendos seres malignos.

Y el monje estirando el brazo hacia el cielo hizo lo que el santo le dijo, pidiendo el auxilio del poder del Altísimo, e implorando para que se alejasen de allí esos malignos demonios y dejaran en paz a la bella ciudad de la Toscana.

De repente los demonios callaron sus gritos tan frenéticos, el nocivo viento que los envolvía comenzó a volverse aire más claro y diluido, y las nubes empezaron a dejar pasar los primeros rayos de luz solar.

– Ves, hijo – dijo Francisco a su compañero – hay que tener fe en Dios, hay que tener confianza en sus manifestaciones, pues los designios divinos son inescrutables e inviolables.

– ¡Alabado sea Dios, y su poder celestial tan inmenso e infinito! – dijo el monje, santiguándose cristianamente, tras el milagro que Dios había obrado. Y esperemos que los habitantes de Arezzo recen y sean cada vez mejores cristianos – terminó comentando el fraile Silvestre mientras decía otra oración entre su boca.

– ¡Que así sea, compañero!

Pero la historia real ocurrida en Arezzo no termina aquí, sino que hay una segunda y tercera parte, una nueva explicación a lo sucedido allí en aquel año de Gracia.

Nos llama la atención que unas personas intentan salir, fría y arriesgadamente, de la amurallada ciudad por dos de sus puertas que dan afuera del recinto amurallado, una directamente a la iglesia gótica y franciscana, desde la que están mandando a Dios la súplica de la expulsión de los demonios de la ciudad, la otra hacia el mismo exterior de la almenada pared.

“Recelosos salen Rufina y Teobaldo de Arezzo, envueltos entre dudas y un misterio interior que aún rondan por sus cabezas porque los alados monstruos, parecidos a unos horripilantes murciélagos, les tenían atemorizados y acongojados durante muchos días, encerrados como prisioneros sin suerte entre los muros de la ciudad.

Las gentes de la ciudad formada sobre todo por ciudadanos artesanos, comerciantes altaneros, ricos campesinos, y personas de cierta alcurnia y nobleza, habían estado sometidas a pugnas y luchas entre distintas facciones políticas, que eran como decir entre “güelfos” o partidarios de la autoridad del Papa, y los “gibelinos”, que mantenían una fidelidad al emperador.

Teobaldo y Rufina estaban hartos de sufrir malogrados encuentros y luchas internas entre los mismos ciudadanos.

Por eso se disponían a hacer una escapada al campo para llenar sus cestas de viandas y alimentos, vacía desde hace tiempo, ahora que parecía que por fin los demonios les iban dejar tranquilos y en paz, merced a las intenciones y a las meditaciones de los frailes franciscanos.

Y si Teobaldo llevaba un hacha al hombro no era para enfrentarse a sus vecinos o a los diablos voladores, aunque les pareciera que podían atacarlos, sino para partir leña, y traer algunos troncos para utilizar en los hornos de las cocinas y en los fogones de las panaderías de la ciudad.

Rufina le dijo a su marido Teobaldo:

- Mira por el lado izquierdo a ver si viene alguna gente con malas intenciones.
- Bueno mujer, tendremos precaución y cuidado, la prudencia es vital, pero más importante que la cautela es la necesidades de aprovisionarnos de mercancías para nuestro negocio. Apenas ya tenemos alimentos para vender.
- Pues iremos a casa de Bartolomé para ver si nos tiene preparados la harina que habrá podido moler en su molino.
- ¿Quién sale de allí?
- ¿De dónde, mujer? – dijo el hombre nerviosamente mirando para ambos lados, y con su rostro algo desencajado por las palabras de su mujer.
- De la puerta de la ciudad que se abre por la derecha.

Eran unas palabras teñidas de angustias y pesares debido a las recientes rivalidades que enfrentaron internamente a los habitantes de la ciudad.

La urbe de Arezzo se alzaba entre bellas casas y palacios, compuesta por bonitas torres y cubos señoriales, dispuestas torrecillas y ventanas almenadas de colores vivos, cálidos, bellos y limpios. Y una poderosa muralla que rodeaba a la ciudad, en muchas partes como una fortaleza llena de piedras almohadilladas en su base, señal de poder, riqueza, prestigio y sabiduría.

- Todo esto es por culpa de nuestra insensatez y desconfianzas.
- Calla mujer, que por ahí salen Severino y Marcos. ¿Dónde irán estos hombres fuera de la ciudad, cuando ellos han sido parte de los culpables y de los que han acuciado con sus malas cuitas los demás?

Cuando ambas familias se toparon afuera de las murallas exteriores todos se miraron con desafío, desconfianza, y con una inseguridad que rayaba la enemistad.

Pero aún así se saludaron, frío pero cortésmente, cuando al final pasaron cerca unos de los otros.

Severino, era un hombre anciano pero de apariencia noble, cuya calvicie, que llevaba con cierta vanidad, iba tapada con un esplendoroso gorro toscano de color marrón oscuro, y cuya mirada pensativa y orgullosa hacia que pareciera un buen hombre.

Su compañero, Marcos, era su ayudante en el negocio de la artesanía de objetos de arcilla, y salía a buscar tierra buena y roja para continuar de alfareros confeccionando cacharros y utensilios para los hogares.

- ¿Qué tal pareja, dónde vais tan deprisa? – dijo Severino al que seguía de cerca su ayudante con un saco para recoger tierra de los montes cercanos.
- Pues vamos al molino por un poco de harina para fabricar el pan – dijo la mujer que era la más atrevida y diligente de los cuatro. Y vosotros ¿dónde vais también?
- Pues, por unos saquitos de buena tierra arcillosa del monte.
- Parece que los demonios se alejan – dijo Rufina con una mirada dirigida hacia la iglesia cercana.

- ¡Sí, sí, el bueno de san Francisco los ha expulsado por fin! – respondió Teobaldo.
- Sí sí, pero tendremos que volver a la normalidad nosotros mismos. Nuestras rivalidades mira adónde nos han llevado.
- Efectivamente. Todo tiene que volver a la normalidad si queremos que nuestros negocios progresen y prosperen, ¿verdad Marcos?
- Sí, sí señor, debemos volver a ser buenos vecinos como el beato Francisco – respondió este último asegurando los saquitos que llevaba como prendidos al hombro y cogidos por sus manos para recoger buena arcilla.
- Sí, hay que volver a ser y a vivir los orígenes de la creación, como lo fue Dios al principio de los tiempos, a ser artesanos y alfareros como Él que con sus divinas manos modeló los elementos más necesarios e imprescindibles para la vida doméstica – aseguró el maestro Severino a su ayudante.
- Y después a la vuelta, iremos y entraremos en la iglesia para rezar a Dios que nos haya librado de estos terribles males, de estos malignos diablos que como malditos murciélagos monstruosos nos han llenado de miedo en el cuerpo y de gran pavor en el alma, y, ¡Amén Jesús! – dijo la mujer mientras se recogía la toca con sus manos entre sus amontonados y resueltos cabellos femeninos.
- Sí, sí - respondieron todos los demás santiguándose con la mano derecha en señal de fe y de devoción cristiana.
- Bueno, pues hasta luego.
- Hasta pronto en la iglesia franciscana.
- ¡Adiós!
- ¡Adios, sea!

Y cada pareja se marchó en dirección contraria para buscar las harinas o los saquitos de tierras naturales con las que hacer el buen barro para fabricar buenos y bonitos objetos artesanales.

Pero continuemos entrando en el mismo interior del recinto pictórico, más que como cuadro imaginemos como un trabajador que realiza su trabajo en lo que le gusta, y disfruta con ello de una manera sin igual.

Así le pasó a Giotto cuando pintaba este fresco de “La expulsión de los diablos de Arezzo”, para la Basílica Superior de Asís, allá por los últimos años del siglo XIII.

Los frescos de las iglesias no los indicaban o proponían el autor, ni a veces el artesano o artista, y cuál iban a ser sobre todo su temática y argumentación era la mayor de las veces sugerida y contratada por los mismos monjes de los conventos, por los frailes de los monasterios en los que se realizaban los trabajos pictóricos o escultóricos.

Ellos, en un consejo artístico y religioso, indicaban qué era lo que querían ser expresado, cómo lo querían contar, dónde lo pintaban, en qué iglesia o pared, y cuándo tenían que entregar la obra terminada. Y también, muy importante quién realizaba la obra, con que taller contaba y cómo era el maestro de bueno e importante para su realización.

Por su parte el Maestro Pintor tenía que disponer de un adecuado y completo taller de operaciones, con sus aprendices, ayudantes y colaboradores, disponiendo de materiales y útiles apropiados, sus pinturas y pigmentos en sus recipientes diversos, sus pinceles y telas, o cartones necesarios, o de los buriles adecuados en caso de otras tareas complementarias. Y el uso de sus paletas y vasijas para hacer las mezclas correspondientes con los pigmentos adecuados y removidos en un mortero, pues la pintura no venía en tubos como en la actualidad sino que se hacía cada día o jornada en los talleres ordinarios por el maestro o por los propios operarios, como laboratorios artesanales para cada momento o “jornada” de trabajo.

Así pues, en una segunda fase al maestro le tocaba diseñar con arte y maestría lo que su mente había ideado. Montar la configuración de aquellos murales, de plasmar en la pared los proyectos dibujados, y que él mismo y sus ayudantes estructuraban con paciencia y saber, después de realizar un buen y apropiado andamiaje para subirse todos los días al mismo andamio sin tener un percance serio o grave. Mostrar que todo se hiciese bien y correcto, jornada tras jornada, con la pared, en caso de frescos, siempre húmeda y correctamente enyesada, o con la cal fina y húmeda en disposición de obrar y pintar, para fijar bien luego los dibujos concretos o las pinturas adecuadas en un trabajo cotidiano, menos los días festivos de la iglesia, que eran muchos y

variados, dedicados a los Santos y a los Mártires, a la Virgen María, y a las festividades religiosas de Dios Padre.

Giotto como diseñador de la mayoría de las pinturas, era el Maestro superior encargado de las tareas pictóricas que antes habían necesitado de ideas y de mentes artísticas. Giotto siempre estaba dispuesto a acabar bien los trabajos que le encomendaba la comunidad religiosa o los demás eclesiásticos, así como el Papa de Roma, con vistas a tenerlo todo acabado para el año 1300, fecha del Primer Jubileo de Roma, por lo que los trabajos casi habían tenido que desdoblarse para tenerlos todos a punto.

Giotto se esforzaba con esmero en todo ello. Todo era cuestión de trabajo, de disponibilidad de dinero suficiente, pues las obras eran caras y conllevaban esfuerzos y sacrificios económicos.

Él era muy aplicado y diligente, despierto las mayores horas del día, inteligente, trabajador, competente y diáfano con el quehacer de sus pinturas.

“Y a la vespertina, cuando ya la noche comenzaba a bailar con el tintineo de sus estrellas y astros del firmamento, él hablaba en silencio con Dios y consigo mismo, y se imaginaba otro mundo, o planificaba con su “alter ego”, lo que en los días sucesivos habría que realizar con premura y buena destreza.

Por eso aquella noche el sentimiento interior, como un fulgurante rayo divino, no como una culpa cualquiera, se hizo sentir en su interior, abierto y necesario. Y el pensamiento de Giotto voló hacia el cielo. Su inquieta y reflexiva mente se dirigió con sigilo y sensatez para realizar las supuestas operaciones de trabajo, situándose como un león al acecho en medio de la pradera, para hacer su mejor su labor o tarea. Y se imaginó al mismo tiempo como una cauta y silenciosa lechuza lo hace en su nido, o lugar privilegiado, para acechar o buscar en la noche a los descuidados seres de presa, con paciencia y tranquilidad, con los ojos bien abiertos, con ojazos de búho como espejos de salón palaciego, sabiendo que pronto o tarde todo saldría bien según lo dispuesto y diseñado.



## LAS DONCELLAS TOSCANAS

---

Y él había dispuesto plasmar en el mencionado fresco, – y perdonad la tardanza en decirlo y exponerlo –, la ciudad de Arezzo, una urbe toscana con sus estructuras arquitectónicas y simbólicas del medievo, con todos los elementos y materiales de edificación que sustentaba una ciudad amurallada en cuyo interior la vida se realizaba en el fragor cotidiano de sus viviendas, iglesias, mansiones y palacios. Una ciudad acosada por un batallón de enemigos interiores y de monstruos destestables exteriores.

Y así resonaba a lo lejos, como fantasía intelectual en los oídos de un adormilado pintor, como un fantasma de su propio ego, que le acosaba en muchas noches, con un diálogo a veces incomprensivo pero siempre sugerente:

GIOTTO: “Cómo me gusta dibujar y plasmar los edificios de las ciudades en cuadros y paredes con murales.” ¡Cómo me gustaría ser más arquitecto que pintor!

ALTER EGO: Pero, ¿ya no tienes bastante con la realización del mundo visual y pictórico? ¿Necesitas ser también escultor o arquitecto, y quitar el trabajo y el empleo, tal vez a Giovanni Pisano, o al mismo Arnolfo di Cambio?

GIOTTO: ¡Pero me encantan hacer composiciones arquitectónicas y modelos para interiores de casa, iglesias o edificios?

ALTER EGO: Hijo, en esta vida no se puede abarcar todo. Deja las estructuras de los edificios para que los construyan otros.

GIOTTO: ¿Y por qué? ¿No debe ser un artista muy completo, y dominar todas las formas, técnicas y detalles de su profesión?

ALTER EGO: Deber puedes, y realizarlo si quieres también puedes. Pero, tú te estás haciendo tan egoísta y ambicioso, que no sé cómo no tomas ejemplo de tus propias pinturas, de esas que pintas en el Juicio Final sobre la usura y avaricia desmedida. Pareces un banquero que todo lo que sueña quiere, más que un pintor de cuadros religiosos.

GIOTTO: ¡Es que soy las dos cosas!

JOSÉ LUIS ESCUDERO VÁZQUEZ

ALTER EGO: ¿Y tú crees que eso está bien? Es magnífico que tú diseñes y pintes excepcionalmente esas obras de arte que nadie te discute, ni el mismo Cimabue. Pero meterte también a ruin y asqueroso usurero, deja mucho que desear...

GIOTTO: Eso te lo parece a ti. Lo mismo que yo puedo hacer “trampantojos” en los nichos de las iglesias simulando esculturas sobre las alegorías de las virtudes o vicios, de la misma manera afirmo que “En nombre de Dios y del negocio”, como dice Francesco di Marco Datini en sus libros sobre contabilidad, no hacen mal al que lo practica. ¿No te parece también a ti, mi otro yo, el nuevo yo de mi alma y de mi mente?

ALTER EGO: ¡Pues creo que te equivocas, Giotto!

GIOTTO: Yo nunca me equivoco. El que no paga su deuda, el juez embarga sus bienes. ¿No te parece que eso es la ley?

ALTER EGO: Por encima de eso está la conciencia moral y religiosa.

GIOTTO: En los santos la pobreza es natural y va implícito en su vida. En las demás gentes el supuesto amor a la pobreza es cinismo e hipocresía. “Cuando faltan los bienes parece que también falta el raciocinio, la voluntad de lógica natural.”

ALTER EGO: ¡Allá tú con tu ética y tu digresión!

GIOTTO: ¡Pues sí, que le vamos a hacer!

Parece ser que desde el principio Giotto estaba dispuesto a compaginar arte y riqueza, pintura y obsesión por el dinero. ¿No veía eso también en los pontífices máximos de la Iglesia? ¿No era obvio que si no tienes dinero todos te miran mal y te desprecian?

Desde luego, que Giotto toma ejemplo de los ricos comerciantes, de los adinerados banqueros de Prato, de Siena, de Florencia. Y aunque la usura estaba prohibida por ley de la iglesia ¿cuántas veces el dinero no corrompe a la ley?

Giotto vivía en una sociedad diversa, enriquecida por el mercadeo, por los diferentes negocios, por los préstamos a alto interés de dinero.

Las ciudades italianas habían irrumpido con fuerza, con energía, pero también con sabia mano, con aplomada inteligencia para hacerse ricos y así poder construir bellos

palacios, espléndidas mansiones, grandes e insólitas iglesias, poderosos consistorios municipales para albergar a la opulenta y naciente burguesía.

Atrás quedaban las contiendas y luchas civiles, en fechas recientes, entre ciudades próximas. Atrás el resonar de cañones y de ciertas alabardas, o los humos de asemejados mosquetones, o las frías espadas y los siniestros puñales al uso. Las largas y heladas lanzas, y los rígidos escudos de los caballeros.

Cerca y reciente estaban las rivalidades, mencionadas con anterioridad, entre las ciudades cercanas italianas por el predominio del comercio y de la pujanza económica.

Y Giotto siguió pensando muy embelesado, ahora con el pensamiento diluido con los primeros síntomas de sueño:

GIOTTO: “La gente ya no se acuerda como solo hace unos años, siete años antes de que yo naciera, hubo la famosa Batalla de “Montaperti”, en 1260, y como Manfredo, hijo ilegítimo del emperador, al mando de las tropas gibelinas de Siena gana la guerra contra Florencia, ciudad que era de predominio papal o güelfo”.

ALTER EGO: ¿Y a cuento de qué viene eso ahora?

GIOTTO: Porque parece que la memoria es débil cuando se quiere que así sea.

ALTER EGO: La memoria está presente ahora y siempre. Pero los hombres la utilizan para lo que quieren y para lo que les gusta recordar.

GIOTTO: Pues eso. ¿Ya no recuerda Florencia, que si después de aquella victoria de Manfredo en Montaperti, no hubiese sido por el noble Farinata, y fijate que casualidad, pertenecía a la facción gibelina de Florencia, que ese noble vencedor no se hubiese opuesto a la destrucción de la ciudad del Arno por las demás facciones gibelinas, esta bella urbe estaría hoy en día con sus calles malpartidas, con muchas de sus viviendas demolidas, palacios y mansiones de oponentes destruidas, y con las plazas medio arruinadas y empobrecidas por la derrota?

ALTER EGO: La memoria es como decimos frágil y débil cuando los hombres deciden que así sea. Porque unos años después de tu nacimiento, Giotto, se apoderan de la ciudad de Florencia, de nuevo los Güelfos con ayuda pontificia.

GIOTTO: Y poco después, cuando yo tenía unos treinta años de edad, hacia aproximadamente 1300, estos mismos políticos se subdividen en otras dos facciones: Los Güelfos negros, partidarios del Papa, y los otros Güelfos, los blancos, donde militaba mi amigo Dante Alighieri, opuestos a la hegemonía global pontificia. Y será desde esa fecha cuando mi amigo Dante sufrirá el exilio de su amada ciudad, tendrá que abandonar Florencia para no regresar jamás. Un destierro que le hará concebir la “Comedia”.

ALTER EGO: Efectivamente, por una vez coincidimos en la apreciación. Dante fue uno de los muchos perjudicados por aquella insensata guerra fratricida. Pero, Dante se vengó de sus enemigos, aunque estuviesen en el mismo bando. Y al Infierno mandaría a muchos de sus enemigos en su “Divina Comedia” en magníficos versos, y con estrofas en tercetos encadenados.

GIOTTO: Desde luego que así fue.

ALTER EGO: ¿Y qué conclusión sacaremos de esto, amigo Giotto?

GIOTTO: Pues lo que yo te decía al principio. Que cada uno mira sus propios intereses. Y, aunque parezca poco cristiano, pero hasta reyes, papas, cardenales, nobles y ricos mercaderes, o medianos comerciantes, intentan enriquecerse con negocios florecientes, pues saben que es el mejor camino para salir adelante en esta vida de lucha, sacrificio y desvelo por sobrevivir.

ALTER EGO: Si es lo que tú dices, pues ya está, y no hablemos más.

Y con esta extraordinaria conversación con su propio ser, hablando consigo mismo, Giotto se fue durmiendo en medio de la noche, con la mejor voluntad del mundo, porque mañana le esperaba otra jornada de pinturas subido a los andamios de madera. Otra nueva jornada de velar y cuidar por sus intereses económicos, y otro día sumido en proyectos futuros, y con la conciencia más tranquila que un santo.

Todo ello, en un mundo mitad medieval, mitad ya con un pie en el Humanismo renacentista.

\*\*\*\*\*

### **D) CUARTO CÍRCULO CONCÉNTRICO DEL TRECENTO**

#### **“EL PINTOR USURERO” Por Carmelo Miguélez**

Cuando en la reunión general se habló de quien era la persona adecuada, y también voluntaria, que se encargaría de este tema – el pintor usurero -, y de llevarlo a efecto para la novela global, hubo un paréntesis, y una consideración especial, al tratar un tema delicado y especial en la vida de Giotto, como lo fue el mercadeo de préstamos, la usura que se llamaba, ese negocio de altos préstamos a crédito con altos intereses por la prestación de un dinero o de unos bienes.

La usura era practicada por muchos ciudadanos de Florencia, así como por otras ciudades del entorno toscano, - Siena, Padua, Pisa, etc. - y por otras instituciones financieras y crediticias, banqueros y prestamistas, la mayor parte sin escrúpulos prestando un dinero a altos intereses, y que obtenían así pingües beneficios a costa de embargar bienes y posesiones de las gentes más sencillas y débiles de pueblo que no podían devolverlo.

Por esa razón estaba mal visto entre las gentes del pueblo el negocio de la usura, prohibido por la ley, y por la iglesia que excomulgaba a los avaros banqueros como lo sería el padre de Enrico Scrovegni, en Padua.

Ante esta situación en el equipo del proyecto de la Universidad de León, surgieron unas vicisitudes e incertidumbre sobre quién, o quiénes personas hablarían y tratarían este asunto tan especial y delicado. Nadie levantó en un primer momento la mano para hacerse cargo de un episodio espurio de la vida de Giotto. Esto no era tan idílico y artístico como eran considerados otros testimonios y acontecimientos en la vida del pintor de Mugello.

Así estaban las cosas, con las espadas en alto, y estudiando el tema con sensibilidad y coherencia, con seriedad y disciplina, y para que fuese eficaz habría que tocarse todos los temas e hilos en relación con la vida de Giotto, aunque estos fueran escabrosos o difíciles.

Quedó en esa reunión sobre la mesa la adjudicación de este tema, pues nadie se atrevía a tratar el asunto de la usura en la vida del florentino trecento.

Ya en la misma época histórica de la vida del pintor de Colle de Vespignano, sus conciudadanos coetáneos sabían que Giotto especulaba con sus dineros, prestaba a altos intereses, y entraba pues en el contexto de usurero.

Por lo tanto, quien iba a ser el guapo, o la guapa, el universitario o universitaria, el profesor o profesora correspondiente que cogiera y tratara este asunto para algunas gentes espinoso y difícil, donde la usura pura y dura entraba en el mismo saco que las magníficas y extraordinarias pinturas llenas de amor, arte y belleza, o de otros aspectos urbanísticos de pintor italiano. Cualquier cosa en aquella época podía ser objeto de préstamo a un elevado interés, incluso muebles o aparatos de andamiaje o bastidores de obras, como luego veremos.

Por fin, en la siguiente reunión, uno de los becarios, tomó la palabra para decir que se hacía cargo del caso, pero con ciertas condiciones. Era como un caso a tratar en medios policíacos o analíticos. Tipo novela negra.

Y un sonido humano resonó en la sala. Era la voz de Carmelo Miguélez, quien asumió la proposición tratándola desde su particular punto de vista.

- Bueno, está bien, yo me responsabilizo y me hago cargo de ese escabroso asunto en la vida de Giotto. Y lo hago con la libertad que da hablar de un tema que ha sido considerado tabú en la vida de uno de los más grandes pintores de todos los tiempos.
- Bueno, tabú, tabú, no es así del todo – le contestó una de las profesoras asistente al acto. Los pintores han sido ciudadanos o gentes que bien han podido dedicarse además de al arte a otros negocios como cualquier persona inteligente y laboriosa. No olvidemos que por aquella época, se estaba casi todavía en un régimen de talleres o gremios artesanales, y donde la función casi exclusiva de los artistas eran ser personas entregadas solo a su oficio de pintor o de escultor, arquitecto u otro de las artes industriales, sin que su actividad se contaminara por otras actuaciones de otra índole comercial o similar.

¿No se dice a veces que los artistas pasaban hambre y necesidades vitales, y que estaban en el estamento de los siervos del señor, de artesanos que al trabajar con sus manos, no tenían derecho a ser considerados personas enraizadas con la nobleza o con la iglesia? Pues, qué reproches le podemos

hacer a Giotto si se metió a ganar más dinero invirtiendo el peculio de lo que iba amasando con los negocios de prestamista o de un simple banquero. Nadie se hacía rico en aquella época solo por pintar frescos o retratos de damas o nobles. Solo a partir de los siglos XVIII y XIX, y ya en el siglo XX o XXI, se puede hablar del pintor millonario como Dalí o Picasso, y algunos otros.

- Bueno, la verdad es que ya en tiempos de Velázquez, en el siglo XVII, - comentó Carmelo Miguélez cortando la disertación de su compañera desde su asiento - y posteriormente con Rubens, Rembrandt o Goya, la consideración social de los artistas, y sobre todo de los pintores, fue ya muy superior a como habían sido considerados con anterioridad por la sociedad. Sería, tal vez en el Trecento, con los Médicis en Florencia como principales mecenas, cuando ya los artistas comenzaron a ser considerados no ya como artesanos medievales, que eso ya quedaba lejos, sino como auténticos señores y artistas, que con sus diseños, ideas y prácticas artísticas ennoblecían los palacios y mansiones de Príncipes, Papas, Nobles o eclesiásticos cardenalicios, para resaltar con sus obras una vida llena de arte, cultura, placer y sentimiento.

Hubo un corto silencio en la sala del departamento de Patrimonio y Arte de la Facultad de Filosofía y Letras donde estaban reunidos todos los miembros que habían aceptado participar en aquel magno proyecto, mitad literario, mitad artístico, mitad abierto a otras novedades, mitad cerrado por su carácter espurio.

Y tomando de nuevo la palabra el becario Carmelo, como si de un auténtico profesor universitario se tratase, dijo con claridad y seguridad:

- Está bien, me hago cargo de este tema, y lo contaré según yo lo sé hacer, con verdad, con resolución, con libertad y disciplina, claro está de exposición y de documentación, y si nadie más de los aquí presentes, quiere o desea entrar a formar parte conmigo para tratar y comentar este asunto.

Entonces la profesora coordinadora dijo a ese respecto par asegurar que nadie más de los allí presentes se quería hacer cargo o compartir el tema:

- ¿Alguien, pues, quiere además participar en este tema, bien de una manera individual, o bien de una forma colectiva, que también estaría bien hacerlo con el señor Carmelo, uniendo fuerzas y estudios, y compartiendo documentos y materiales? ¿Haciendo un texto plausible y atendándose a la posible exactitud de formas y hechos, y que luego se vaya a presentar correctamente en esta ponencia?

De nuevo un gran silencio y ausencia de palabras, como cuando un vacío de un peligro inminente hace callar de súbito la alborotada cantoría de aves y pájaros

silvestres encaramados en las altas ramas de los árboles de una selva, parque o de un bosque, asustados por la inminente llegada de un salvaje depredador, así un silencio profundo hizo que nadie quisiera hablar ni hacerse cargo compartido, con aquello que el voluntario universitario había aceptado llevar a cabo en esa peculiar tarea.

Días después de este episodio, Carmelo Miguélez, apostando por una buena redacción y tratamiento escrito sobre estos acontecimientos de la vida de Giotto, trató de reunir información y apuntes bibliográficos, documentos sobre estos menesteres en la época del trecento italiano, buscar asuntos y hasta anécdotas y leyendas en libros, archivos y bibliotecas, todo lo que pudiera encontrar relativo a lo que se había dado en llamar aquí: “El pintor usurero”, sin que el término empleado fuera peyorativo ni tampoco se lo tuviera como oneroso.

Pasado un tiempo comenzó a escribir esto para el relato en cuestión:

“Si vives como un pobre siempre serás pobre. Si vives como un pastor o como un campesino siempre serás esclavo de esos menesteres de labriego o de ganadero. Si vives como un rico siempre serás considerado como un buen señor de riqueza y de bienestar. Si vives como un rico mercader las gentes te tratarán como un señor opulento y como noble. Si vives como un hombre importante y famoso dedicado a los negocios serás considerado por el pueblo, y por los que te rodean, como un noble personaje, capaz de sentirse lleno de nobleza como un Médicis, distante como un rey de Persia, sagaz como un Ulises griego, e inteligente como un Rembrandt, Rubens o un Goya. Si eres solo rico, y además eres un artista famoso, como lo fue Giotto di Bondone, o bien, Pedro Pablo Rubens, tendrás además honores, fama y gloria eterna.

Si eres rico en arte, y rico en talento e ingenio, como lo eran Leonardo de Vinci, o Miguel Ángel en la Roma del Renacimiento, tendrás acogida en buenos palacios, y un dinero suficiente para vivir bien y tranquilo el resto de tus días, como lo fueron Leonardo con los reyes de Francia, o Miguel Ángel con los Papas del Vaticano.

Y si, como en la época actual, eres buen artista, mejor pintor, todo un genio de las artes escénicas y mediáticas como en el siglo XX fue Dalí, junto con su mujer Gala, galerista y especuladora financiera, y un pintor extravagante y genial cuyo sobrenombre formado por las letras de Salvador Dalí, cambiadas de sitio, daban “Avida dollars”, por su amor también al dinero, “ávido de dólares”. Mas todo te podría sonreír en este mundillo del arte que se nos antoja a la mayoría de los humanos difícil y complicado, y donde solo algunos genios y figuras especiales sobresalen por su ingenio, inteligencia y riquezas del resto de los artistas y de los mortales.

Pero, la vida pone a cada uno en su sitio, y Dios puso a Giotto en un sitio bendito y acertado, como cuando de niño fue descubierto por el mejor- dicen - pintor de aquel tiempo medieval hasta allí habido, por el magnífico Cimabue, quien le ayudó y le apoyó a salir de lo que hubiera sido un buen pastor o agricultor toscano, y se convirtió con el



paso de los años en un buen artista y un excelente pintor, en un interesante financiero y prestamista, y en un sagaz hombre de negocios, que trató con Papas, duques, mercaderes, nobles y cardenales, todos ellos señores ricos, influyentes e interesantes personajes, tanto en Florencia, como en Nápoles, Roma, o cualquier otra ciudad de la Toscana italiana.

De Cimabue aprendió el arte de la pintura y del fresco, del resto de los personajes con los que trató en palacios y cortes nobiliarias aprendió las lecciones necesarias para acopiar dinero, y ser un buen prestamista, y luego, quizás un usurero.

Pero, eso a Giotto no le hace menor el mérito ni le quita el sueño de ser uno de los grandes artistas en la Historia del Arte, el iniciador de un arte nuevo, de un pujante naturalismo, de una perspectiva dormida en los años del Medievo, basado en la antigüedad clásica, y sobre todo romana, amén de practicar unos diseños y unas pinturas extraordinarias tomadas por las mejores en su tiempo, y procedentes de su taller florentino, donde él era la figura primordial y esencial, la que marcaba las pautas y las ideas a desarrollar.

El nombre de Giotto se le relaciona para la materia artística, literaria o cultural con nombres tan prestigiosos en aquella época como Dante, Petrarca o Boccaccio.

Ellos le elevaron a los altares de Arte con mayúsculas, fueron sus adalides en las lides de la belleza y de la pintura. Un nuevo Apeles pintando a Alejandro Magno o a sus doncellas y princesas, o como un Parrasio pintando con ficción una realidad llena de verosimilitud.

Giotto había llegado a una meta loable y feliz, donde estaba trabajando febril y apasionadamente, incansablemente, con oficio y destreza, imprimiendo arte y belleza a sus pinturas, sensatez y delicadeza a sus santos y cuadros religiosos, volumen y tridimensionalidad a sus figuras.

También había trabajado en Roma para la Curia del Vaticano, en Aviñón para los Papas que moraban allí, en Padua para el prestamista Enrico Scrovegni con su magnífica capilla. Y en Asís para las basílicas de la Orden de san Francisco de Asís.

Y también como un pintor empleado para los banqueros de los Bardi o de los Peruzzi en Florencia, pintando magistralmente sus capillas religiosas en la Santa Croce florentina.

Giotto era un sencillo cristiano, con mujer y ocho hijos que cuidar y alimentar, cuatro varones y las mismas hembras, pero también era un simple prestamista de dinero con altos intereses crediticios.

Según las actas notariales que se conservan en el Archivo Estatal de Florencia, Giotto prestó el día 4 de septiembre de 1312 un telar a Bartolo Rinucci durante seis meses,

por un alquiler mensual sobre los andamios y materiales anejos. Todo este monto suponía un tipo de interés anual del 120 por ciento, cuando lo normal de esas transacciones en intereses era de un 50 por ciento, y que ya estaba de hecho muy sobrecargado.

Estos hechos mencionados no son realidades ficticias como unos frescos o cuadros de pintura, que son representaciones de realidades o acciones cristianas, sino que consta en los contratos conservados bajo el epígrafe de “Giottus pictor”, domiciliado cerca de la iglesia de santa María Novella de Florencia, y elevado rango de escritura pública por el notario Lapo di Gianni, un amigo de Dante Alighieri.

Todo esto serían especulaciones sino se conservasen ciertos documentos que atestiguan que por regla general Giotto ocupaba en sus especulaciones financieras y en sus actividades de prestamistas sobre vecinos y particulares florentinos en su mayoría, a dos notarios para recaudar las deudas contraídas por los ciudadanos y luego no abonadas a la hacienda particular del pintor.

Incluso en el año del Señor de 1314 llegaron a ser seis notarios los que trabajaban para el mismo Giotto encargados de recaudar en los juzgados las pertenencias y el dinero que le convenía según los contratos públicos con cierta descarada usura.

Giotto vivió como un cierto burgués acomodado, propio de mercaderes y negociantes con cierto dinero, amén de honores, prebendas, dádivas y encargos dados por personalidades importantes dentro del marco histórico del trecento que le tocó vivir.

Florencia ya en la mitad del “duecento”, en el siglo XIII, y en los primeros decenios del “trecento”, siglo XIV, era una opulenta ciudad de la Toscana, con una clase dirigente patricia, muy de alto nivel económico, con florecientes negocios, tanto legales como especulativos, mercaderes y prestamistas de dineros y bienes que se hacían ricos con los negocios de la usura, a un interés como hemos citado de un 50 por ciento o más.

Gentes que vivían en espléndidos palacios, en soberbias casas nobiliarias, en bellos edificios arquitectónicos, en mansiones lujosas. La vida cultural y artística era próspera, boyante, expansiva. Tenían bancos en muchas ciudades de Italia, Francia, España, Alemania o los Países Bajos. La bonanza económica hacía que todo se mirase y se valorase en dineros (ducados o florines).

La curia romana, con cardenales y arzobispos importantes, estaba constituida por varones y magnates provenientes de las altas clases nobiliarias, segundones o personajes famosos, algunas sin escrúpulos. Florencia era en tiempos de Giotto una ciudad con unos sesenta mil habitantes, el doble que Roma, que solo contaba con la mitad de esa cifra numérica.

## LAS DONCELLAS TOSCANAS

---

Giorgio Vasari, en sus *Vidas de personajes y de grandes artistas*, nos cuenta que el Papa Clemente V, considerándose bien servido por Giotto, hizo que le dieran como premio por su labor artística, realizada en edificios religiosos en Roma, un premio de seiscientos ducados de oro, además de haberle hecho tantos favores que por ello fue comentado por toda Italia.

Vasari sigue diciendo: “El Papa en Roma dio licencia a Giotto para que le acogieran ciertas órdenes religiosas como los franciscanos para trabajar en sus iglesias y conventos. Y el Papa le despidió amablemente con muchos regalos, de donde se volvió a casa no menos rico que honrado y famoso”.

Dante Alighieri, coetáneo y amigo suyo, benefactor en sus cantos hacia el mismo Giotto en la *Divina Comedia*, donde le pone ya por encima del maestro Cimabue, le premia con un cántico de alabanza y de honor patrio, al considerarle el mejor de los pintores italianos de todos los tiempos. Se supone que hasta ese año del Trecento.

Pero Dante, es más que suponer que fuera una alabanza a un pintor, porque también en su parte del “Infierno” describe las penas y castigos que daba Dios en esos mundos infernales y apocalípticos a las personas por los pecados capitales de usuras sin límites, personas depravadas y egoístas con el dinero, gentes avariciosas del mundo de la usura, con mayúsculas. Pero, Giotto no está condenado por ello.

Dante Alighieri sitúa a los usureros en el séptimo círculo del Infierno, en su obra magna de la “*Divina Comedia*”, y en sus tercetos del Infierno XVII, 49 y siguientes. Al cuello de cada uno de ellos se les cuelga una bolsa vacía de dinero, decorada con el escudo de armas de cada familia, como acontece y se ve tanto en los textos de Dante como en las pinturas de Giotto, sobre Reginaldo degli Scrovegni, que había fallecido hacia 1290.

Sin embargo, algunos de los personajes para los que Giotto trabajó como Papas, nobles o banqueros prestamistas como lo fue Reginaldo, el padre de Enrico Scrovegni, se encuentran en ese mundo infernal, catapultados para siempre en los fuegos eternos del Averno, según nos lo cuenta Dante en su *Divina Comedia*.

El propio Enrico Scrovegni, viendo como la mayoría de los habitantes de Padua le echaban en cara la enorme y descarada usura de su padre, Reginaldo, y queriendo salvar su alma de las penas y castigos del Infierno, contrata y paga, y manda hacer a Giotto en la capilla de la Arena, por estar allí un anfiteatro romano venido a ruinas, una serie de frescos en sus paredes con ciclos pictóricos dedicados a la Vida de María y de Jesús, para pagar la salvación de su padre Reginaldo por Dios Padre, amén de su propia alma que sale beneficiada en el Juicio Final que Giotto presenta en la puerta de entrada de la Capilla Scrovegni de Padova o Padua, donde el propio Enrico es bendecido por la Virgen María. Y es que el que no tiene padrino no se puede bautizar.

JOSÉ LUIS ESCUDERO VÁZQUEZ

O bien, habría que decir: “que el que no se bautiza es porque no quiere”; o no puede, habría que añadir.

Giotto, por supuesto, no predicaba con el ejemplo como los buenos cristianos lo harían, porque ni él se creía merecedor del grave pecado de la usura.

Y su amigo y benefactor, Enrico, da parte de sus riquezas, acaparadas por la usura prestamista de su padre, para que Giotto pinte un mundo idílico y redentor en la famosa capilla paduana, donde el propio Enrico pueda ser intercedido por la Virgen María y por otros santos, para salvar su alma (y si se puede la de su padre) de las penas y castigos horribles del Infierno tras el Juicio Final de los tiempos.

San Francisco de Asís que había vivido unos cuantos años antes que Giotto había comprendido, en cambio, la razón última de la pobreza, y de la humildad y generosidad del hombre, y así como lo sintió en sus venas y en su corazón, así lo llevó a cabo con sus frailes franciscanos y en sus vidas cotidianas.

La codicia de las cosas, el desenfreno de las riquezas, la avaricia sin límite, hace real aquello del refrán que dice: “La avaricia rompe el saco”, pues no se puede tener todo en este mundo”.

FIN

José Luis Escudero Vázquez

Revisado el 18 de agosto de 2015

### E) QUINTO CÍRCULO CONCÉNTRICO DEL TRECENTO

“EL CAMPANILLE DE GIOTTO” por Albalinde Estébanez.

Por último, a Albalinde Estébanez le correspondió hablar de cuando la vida misma inicia el periplo del atardecer, es decir cuando la vida asoma en su tercera fase de experiencia, como si esto fuera un juego lúdico y placentero, como el empleado por Giovanni Boccaccio para dar vida al Decamerón, con aquellas damas e ilustres varones que en una especie de Jardín de Venus cuentan los famosos relatos del autor italiano.

Cuando el maestro Giotto fue nombrado, mediante decreto público, en 1334 director de las obras de Santa Reparata, es decir, la que era catedral de Florencia, además de arquitecto de las murallas y fortificaciones de la ciudad florentina, se hizo, pues, por el prestigio y la fama que Giotto estaba considerado en vida. Como honorarios anuales por este trabajo de director de la obra pública de Florencia cobraría la suma nada despreciable de 100 monedas de oro.

Es la época en que diseña el “Campanille”, o torre para la catedral florentina, separada del cuerpo central de la catedral, e inicia las primeras labores de su construcción, con la cimentación y los primeros basamentos, que ilustrara con bellas decoraciones, junto con el escultor Andrea Pisano que se ocuparía de los relieves de la planta baja de la torre.

Llegados a este momento, Albalinde, con seriedad femenina, tomó la palabra para decir con un íntimo y simple apasionamiento:

Mi historia es esta, y se titula:

“El Campanille de Giotto, el ayer, el hoy y el mañana”.

Subtitulado: (Un lugar perdido en el tiempo)

“Si Giotto vivió momentos de gran esplendor, fama y gloria, si al maestro florentino del Trecento se le ha tratado en estas historias y relatos como todo un grandioso y extraordinario pintor, o como un astuto usurero con banca propia, o también como un diseñador de espacios y volúmenes arquitectónicos en tantas iglesias y templos, o bien como un magnífico retratista de imágenes y rostros admirables, o un esmerado artista de figuras bíblicas y episodios antiguos, como un innovador de paisajes y de imágenes de la naturaleza, o como un excelente ilustrador de santos, cielos, estrellas y cometas, ahora lo vamos a pintar, figurativamente hablando, lo vamos a enmarcar en un nuevo espacio-tiempo que se sale de las convicciones clásicas y antiguas, y se introduce en otros pensamientos y conocimientos de un Cosmos Artístico Superior.

Vamos a verle en ese tiempo medieval donde todo parece congelado, estático, como si el reloj se parase a las doce del mediodía y no quisiese seguir contando ni las horas ni los minutos ni los segundos. Detenido el paso de momentos históricos donde los años y los siglos se han hecho inmóvil piedra, gélida fotografía, sueño en el corazón de las mismas tinieblas. Concibiendo los hechos y los estilos artísticos como consecuencia del cambio de las mentalidades humanas, de los nuevos conocimientos en muchas de las materias de la época, de los extraordinarios pensamientos filosóficos y religiosos que afloran por doquier. Todo ello envuelto con grandes maestros de la literatura como Dante, Petrarca y Boccaccio, y donde los actos y episodios que marcan las curvas del tiempo en el Universo infinito provienen de unas ocultas mentes humanas, que intentan siempre deambular, con incansable afán de saber, por nuestras urbes y nuestras vidas que están inmersas en nuestro sistema solar, girando como una peonza de cónica y vieja madera, o de un frío metal acristalado, alrededor del astro Sol, o en torno a las Galaxias más próximas.

Así como se quiere hacer ver al espacio exterior como un cielo azulado y amorfo, eterno, brillante, complejo y diáfano con la claridad del día, con sus nubes y lluvias, con sus vientos y rayos de tormentas, al concierto de imágenes rojizas y horizontes crepusculares, se quiere también hacer notar lo grande, oscura e infinitamente

siniestra que es la noche con su hondo vacío y su carismático silencio, como queriendo ofrecer que lo perpetuo y eterno fuera siempre la horma de nuestro zapato.

De la misma forma que el tiempo, ingrátido y aletargado, ese otro tiempo que actúa como un reloj de nuestro devenir y de nuestras vidas, se presenta en Florencia como una veleta de color grisáceo, que la cima del cielo quiere poseer también para su grandeza, y para observar a los humanos, en medio de un nuevo Trecento italiano, como una flecha capaz de escalar y subir por sí misma las cimas de nuestras voluntades y las cúspides de nuestros sentires, así como erguirse con un altivo y recto Campanario que Giotto está creando para la catedral de la ciudad de Florencia.

Cuando casi al final de la vida, Giotto diseña con gran maestría y sutileza, dando cobertura al alzado y a la planta de un gran campanario para la catedral, suenan en su mente los sueños que siempre tuvo de ser un afamado arquitecto, un artista del tiempo convertido en la flecha de un sonido divino, con unas campanas que dispersan con su sonar tanto la música terrenal como espiritual por el ancho cielo florentino, soñando una solemne y silenciosa religiosidad, anhelando con el tañido de las campanas que el tiempo se vuelva loco y se detenga alguna vez en los confines del firmamento, en los confines del horizonte celestial, adivinando el paso cambiado del tiempo, paso vuelto ahora como una informe masa de silenciosa materia oscura.

La torre del “Campanille” que sueña con llevar un día unas campanas maravillosas con su lustre de metal dorado, de bronce añejo en fragua templada, de cónica y abierta belleza, y que sus repiqueteos y quejidos, deshechos en la limpia atmósfera del aire, se vuelvan tiempo hecho del mismo tañido o sonido de campana. Unas campanas que repiquen a santidad, sonando a músicas gregorianas, que lloren con conciencia humana, que resplandezcan en las brisas de cada día, que sueñen que tuvieron un amor perdido en el espacio del cielo, a donde van a parar las almas con espíritu viajero como si de perdidos tañidos en el vacío infinito se trataran.

Las campanas con sus frenéticos sonidos se quejan del paso inexorable de las horas y del tiempo, pero están alegres y rebosantes de dicha cuando suenan en los confines de las alturas celestiales.

Y Giotto diseñó el “Campanille” para mostrar su sueño de artista feliz.

Un día, cercana ya su muerte, y subiendo por los vaporosos escalones que conducen de la vida terrenal hacia otros espacios vacíos, vería al irse adentrando en los confines de la otra existencia, como en los espíritus difusos no fueron el dinero ni la usura ni los juicios por la codicia, los que prevalecen por encima de todas las cosas; ni la fama ni la gloria las que marcan un poder por encima de todos, pues, así como algunas recompensas llegaron por ese embudo del tiempo mudable y versátil, así se fueron por el estrecho sendero de la muerte.

Solo quedan en sus sueños de cristiano de a pie, como imagen fantástica y eterna, volando lejos de este mundo de oropéndolas, su “Campanille” de mármol eterno, su rascacielos tan espiritual como pragmático, que se alza hacia el cielo siguiendo las huellas de las brillantes estrellas.

Y en su base pétrea de torreón diáfano quedan ocultas por el tiempo, y sepultadas por el olvido, los vicios depravados y los pecados capitales. Y en la cima de la torre religiosa, como señuelo de fe y esperanza, quedan al abrigo de los diáfanos cielos las palabras roncadas o suaves que las campanas vocean a los cuatro puntos cardinales, y a los confines del firmamento, donde crecen los misterios y donde quedan como el rocío a los pastos las virtudes y plegarias religiosas.

En las épocas de Giotto el tiempo no era concebido como lo que ahora vivimos en el siglo XXI, como lo que ahora sentimos sobre nuestras cabezas de europeos.

El tiempo era lento, casi inextingible, pausado, adormecido. Era otro tiempo, como otro mundo, nunca mejor dicho. Y eran otros sueños, en otro espacio-tiempo como ahora suele decirse. Era otra noción temporal la que se palpaba en las vidas de las ciudades del duecento y del trecento. Era como una música divina, sin horas ni minutos ni segundos, era una música más celestial y distinta la que envolvía con sus sonos los misterios de aquel espacio italiano y de aquel tiempo del trecento que estaban guardados todavía en la caja de Pandora sin expandirse a otras realidades.

El tiempo se dormía en los laureles de los bosques, en los céspedes de los valles, en los ganados de los prados. El tiempo se dormía entre las estrellas del firmamento, cuando



## LAS DONCELLAS TOSCANAS

---

la noche con sus ojos velados por el misterio caía roto por el sueño de las luciérnagas del cielo.

Y así como se puede decir esto, platónicamente hablando: ¡Qué bello es el amor cuando no se conoce al amado ingrato ni a la amada levantisca!

Así se podría decir también, oyendo a los sabios de otro tiempo:

¡Qué maravilloso es el tiempo cuando no se conoce el reloj que marca nuestra vida, ni la sangre que como ríos conduce sus caminos hacia la eternidad!

¡Qué eternidad mejor que un tiempo sin espacio-tiempo!

Perderse en el tiempo es conocer los sueños del subconsciente.

¿Qué están más unidos: los cielos a Dios?, ¿o los cielos al hombre?

¿Qué está más unido el arte al tiempo, o el arte al espacio?

¿Está Giotto sujeto al espacio-tiempo?

Mas, fue Giotto el que diseñó y comenzó a construir los cimientos y los basamentos de ese grandioso Campanille, alto y risueño como un ciprés de la Toscana, magnífico campanario que en la actualidad admiran y contemplan miles y miles de visitantes y de turistas de todos los sitios y lugares del mundo.

Yo misma, Albalinde Estébanez, me he maravillado con esa mole como torre de Babel italiana, en esa plaza de Florencia donde los sueños parecen tocarse con los tiempos.

Tiempos de sonidos de campanas, tiempos de catedrales y de Brunelleschi, tiempos de cúpulas ingentes y de genios grandiosos, tiempos de talentos y de artistas gloriosos e ingeniosos, tiempos de cánticos, oraciones y plegarias, y tiempo de misterios, que ya el misterio del tiempo es lo que queda por resolver.

Tiempo de arte y de luz, tiempo de magníficos pintores, escultores, fabricantes de sueños y de catedrales grandiosas. Tiempos de puertas de baptisterios con relieves grandiosos. De orfebrerías de ensueños, de sutiles vidrieras que sueñan a ser los ojos

cristalinos del cielo, como un espejo donde los seres humanos miran los caminos de las almas como Dante las vio en la Divina Comedia.

En la época de Cimabue y de Giotto, de Duccio o de Simone Martini, de Dante o de Petrarca, de los hermanos Lorenzetti, de Boccaccio o de los hermanos Pisanos, todos intentaban en el Trecento detener el tiempo, intentar parar las horas, relajar los días y dormir las noches.

Y eso lo hacían mirando hacia atrás, como un Big Bang de lo artístico, o como un sueño paranoico sin principio ni final, navegando desde lo nuevo hacia el infinito de lo desconocido, desde lo creativo a lo ingenioso. Desde lo concreto a lo universal.

Un tiempo que no tenía fronteras, pero tenía en cambio una puerta hacia la eternidad, y otra puerta hacia la originalidad.

Y, en fin, el “tiempo”, ese tiempo que marca vidas y haciendas, trabajos y oraciones, buscando los caminos en que se bifurcaban miradas y sentimientos, pasiones y entusiasmos, primero en el Duecento con Cimabue, y luego en el Trecento con Giotto, demostrando así cómo el arte de Giotto di Bondone era sublime, novedoso, eternamente fresco.

Un mito, el giottesco, con sus luces y sus sombras, con sus ocultos discípulos y su maestría cautivadora, unos artistas salidos de un tiempo feliz, tardo y cansino del Medioevo italiano. Un tiempo extensible y lozano como fuentes de aguas cristalinas que recorren manantiales de estrellas, que pululan sin rumbo en la inmensidad de los espacios celestes.

Un mito, Giotto, que se expandió con luces propias por Italia, como galaxia entre nebulosas estelares en los comienzos de Primer Renacimiento, entrelazando este, cultural y artísticamente, con el inicial Humanismo de Dante, Petrarca y Boccaccio.

Un “Campanille” que con su despierto tañir ocultó luego los caminos del tiempo de aquella época. Y se abrió al “Quattrocento”.

FIN

León – octubre de 2013 y 19 de agosto de 2015.

José Luis Escudero Vázquez

## **F) SEXTO CÍRCULO CONCÉNTRICO DEL TRECENTO**

LA HISTORIA DEL “MAESTRO DE ISAAC” Por Jota Ele Wenceslao.  
De la Universidad legionense. España.

Yo mismo, Jota Ele Wenceslao, de la Universidad de León, adscrito a los departamentos de la Facultad de Filosofía y Letras, en el mismo Campus de Vegazana, en León, mediante escrito postal, he solicitado una entrevista personal ficticia al escritor Dante Alighieri, con domicilio en la ciudad de Ravena, famosa por sus templos y edificios de la era Bizantina y del periodo de los Ostrogodos, y bien, que lo creía ya regresado a la ciudad de Florencia de donde era su origen, marchándose de allí al exilio, por cuestiones políticas. En esa entrevista personal he solicitado también su grata compañía, para que me acompañe, si él me da la venia, en una conversación con tres de los artistas más representativos de esa época, de esos tres geniales pintores como lo fueron Pietro Cavallini, Arnolfo di Cambio y Giotto di Bondone, que él mismo situó en el Paraíso de la Divina Comedia, localidad el Cielo, siendo esa su última dirección postal conocida.

Y todo ello sería para tratar un asunto que enfrenta lingüística y artísticamente a personalidades actuales del mundo de la crítica, de los historiadores y de los investigadores del ámbito de Arte.

En respuesta afirmativa el mismo Dante Alighieri me sugirió que si no tenía inconveniente, y no lo tengo, nos acompañase la bella Beatriz, la muy hermosa dama amada por él, a la que entregó su corazón y de la que se enamoró como un loco.

Una vez aceptada la solicitud, con una invitación personal me fui para allí, y Dante vino con la joven belleza para presentármela gentilmente. Entonces pude saludar y contemplar a aquella excelente mujer de la cual me habían hablado cientos de libros, poemas y comentarios que se habían quedado cortos, pues su belleza física era acorde con su franco carisma lleno de espiritualidad, y su andares ligeros, con sutil cadencia, y muy armoniosos decían que bien había sido la favorita y la persona ideal para acompañar a Dante en su visita al Paraíso, dejando atrás los buenos servicios que el poeta Virgilio había hecho en el Infierno y en el Purgatorio.

No puedo pasar por aquí de pies juntillas, sin antes brevemente describir la sensación que me produjo en mi conciencia la visión de aquella gentil dama de trecento italiano, que había servido de inspiración al mismo Dante, y luego a multitud de posteriores poetas. Beatriz tenía la esbeltez y el talle de la época, que no tenía que coincidir con la contemporánea. Era una joven de figura seria y altiva, blusas finas y suaves, casi transparentes y puras, faldas largas con pliegues de flores y de vegetales silvestres, zapatillas bizantinas y casi con los pies desnudos. Luego su cálido, tierno y sensual rostro teñido como la pálida luna, como una imagen callada sacada de un cuadro de Giotto, sus ojos negros, relucientes y profundos, con una mirada dulce en la que se fundían los suaves verdes de Siena y dispersos azulados marinos. Su persistente mirada hacia los ojos del otro, impactaba en la mente contraria y la abría hacia un horizonte lleno luminosidad como si las mismas estrellas de la noche quisieren competir con el resplandor de los tintineos de sus frágiles pestañas. Su suave bondad, que derramaba su cara pálida, de suave y aterciopelada piel femenina, era como si a los ángeles de Giotto o de Duccio les hubieran pintado de los más esmerados y rebuscados pigmentos con que tratar la piel carnosa de una joven florentina o

sienesa. No es un panegírico estas palabras para la muchacha, es en cambio la auténtica verdad hecha belleza. Hecha imagen angelical para una discreta dama italiana.

¡Qué suerte tenía que aquella dama del Trecento me acompañase con Dante en busca de esos tres artistas de su época, que se encontraban en algún lugar secreto del Paraíso, y que ella nos sabría conducir hacia los mismos personajes sin ninguna dificultad!

Luego, tomó la palabra el mismo Dante que llevaba, en los primeros tramos del trayecto, cogida en su envolvente mano masculina la delgada cintura de su amada dama florentina:

- ¿Así que quieres ver a Giotto, como un artista original y novedoso en ese momento histórico del Trecento para Italia?
- Bueno, a Giotto y a los otros dos artistas también.
- Por lo que veo ya nadie pregunta por Cimabue, pues sin él Giotto no hubiera sido lo que fue posteriormente. Y todo porque yo dije en aquellos versos que Cimabue había sido superado en el arte por un artista joven y nuevo.
- ¡Sí, eso se comentó durante mucho tiempo! – contestó Jota Ele siguiendo encantado esa conversación.
- Pero, hay que saber que sin un buen maestro no hay mejor discípulo. Y Cimabue fue un pintor excelente, aunque luego fue superado por Giotto – atestiguó Dante Alighieri.

Mientras caminábamos por aquellos caminos divinos de los cielos, como un nuevo círculo concéntrico más, escuchábamos el armónico y gracioso canto de los pájaros volando en total libertad, el lindo susurro de los colibríes con sus minúsculas alas sin parar de girar, las grandes y zumbadoras abejas que fabricaban un néctar de miel como la ambrosía más sabrosa del mundo. El paisaje de árboles y arbustos era exuberante y muy verdoso, todo parecía brillar con encantadora sutileza, la luminosidad era muy transparente y delicada, como si una seda blanca de tul persa cubriese los cuerpos y los

parajes celestes, como fantasmas vivientes, de rayos de luz incandescente. Mas, cuando en el ambiente no había dulce música de ángeles o cánticos de aves silvestres, el silencio, tan mudo como un vacío sin conciencia, absorbía las radiaciones energéticas con gran fuerza que todo allí arriba parecía flotar en un etéreo mar de ilusiones y fantasías. Era como un sentimiento parecido a un débil susurro de aguas cristalinas bajando por una pequeña cascada que precipitaba lágrimas de candidez y de alegría.

A lo lejos pequeños ríos y arroyuelos como serpenteantes meandros inundaban las riberas de frescor oloroso, de suaves fragancias y de brisas celestiales.

En esto intervino la bella y gentil Beatriz, quien con su vestido suave y vaporoso hacía que los andares y cortos trayectos del camino pareciesen hechos de nubes diáfanas, de vientos tropicales. Y por eso, apenas se sentía fatiga alguna, sino al contrario que el camino resultase ameno y feliz, como si nuestros sueños estuvieran sumergidos en un profundo valle con gratos regocijos espirituales. Un lugar lleno de paz, de sosiego y de felicidad.

- Bueno, está bien. – dijo la hermosa muchacha - Os voy a contar algunas cosas, no muchas, sobre esos pintores, a los cuales parece referirte. Por ejemplo de Pietro Cavallini, que dominaba con presteza y donaire el desarrollo de la pintura romana de la época. Fue un consumado artista en la decoración de edificios religiosos donde su mano daba buena sensibilidad a las figuras y a esplendor y donaire a las situaciones. Se dice, se decía que fue Cavallini quien enseñó muchas cosas de las pinturas al fresco al mismo Giotto, pero no fue así, sino al revés, fue el mismo Giotto quien enseñó ese arte nuevo de la Toscana al propio Cavallini, también mucho mayor que él.
  
- Sí, sí, de eso quería hablaros, - intervino de súbito el cronista Jota Ele - pues hoy en día todavía se dice, y se discute, y por ello hay una animada controversia entre críticos de arte y personalidades del mundo de la historia del arte, sobre quién fue en realidad el llamado “Maestro de Isaac”.

- ¿El “Maestro de Isaac”? - respondió al instante la dulce y gentil Dama -. ¡Yo no he oído nunca hablar por aquí del Maestro de Isaac! ¿Y tú, Dante, has oído hablar de ese “Maestro de Isaac”?

A lo que Dante, silencioso y callado, y como venía escuchando los murmullos de la naturaleza divina, y las dulces palabras de su amada, contestó:

- ¿Qué decís, el Maestro de Isaac? ¿Y quién es ese Maestro?
- ¡Esta es una de las cuestiones vitales, Dante, que me ha traído hasta aquí!! – respondió Jota Ele – y lo hago con cierta curiosidad. Preguntarles a los mismos artistas que trabajaron en las Basílicas de Asís, si saben de verdad quién era ese desconocido artista de tan excelente mano pictórica, y tan genial en su nuevo arte.
- Pero, decidme, por favor, ¿de qué Isaac habláis? - contestó Beatriz, con firmeza y delicadeza, que ambas cosas no estaban reñidas -, toda intrigada por este asunto.
- Yo también tengo curiosidad por saber ¿qué se quiere decir con el nombre de Maestro Isaac, o quién es ese personaje? - dijo Dante aunque conocía algo de la historia bíblica.
- Brevemente os expondré - dijo Jota Ele con cierto ánimo y buen entusiasmo en contar algo nuevo a la amada del escritor italiano - lo que allá abajo, en la Tierra, ahora sabemos sobre ese personaje histórico como fue Isaac, hijo de aquel Abraham, al que Dios le ordenó inmolar para probar su fe, y que fue llevado con engaños hasta la cima de una colina para que fuese o hiciese un sacrificio en su honor. Y luego Dios después de probarle, y no permitirle que sacrificara a su hijo, le prometió que este sería padre de un gran pueblo.
- Pues Abraham, - continuó su relato Jota Ele que había ido hasta allí arriba solo para averiguar quién era ese enigmático pintor de Asís - ya de anciano, pensó en buscar una esposa para su cómodo e insensible hijo Isaac, parado en las cuestiones de matrimonio.

- ¡Una mujer honrada y honesta, una esposa digna de continuar su estirpe y su familia! – apostilló Dante Alighieri para esclarecer a su bella Beatriz de quién se estaba tratando.
- Efectivamente – continuó hablando Jota Ele – Abraham que no se fiaba de nadie, mandó a su fiel siervo Eliecer que fuera a la tierra de sus parientes y buscara una esposa apropiada para su hijo. Encontró a Rebeca, una joven muchacha, servicial y atenta que iba a buscar agua con un cántaro a uno de los pozos en las afueras de la ciudad de Haram.

La historia continuó así pasados muchos años:

- Hacía ya unos veinte años que se habían casado Isaac y Rebeca y no tenían hijos con los que heredar las promesas y las haciendas que Dios les había prometido.

Isaac oró y rogó al Señor que le diese algún hijo. Nacieron dos niños gemelos, pero de carácter diferentes, y de aspecto físico también muy distintos. Se llamaron: Esaú, el primero que había nacido en el parto, y luego, el segundo llamado Jacob.

El primogénito en aquellas generaciones antiguas tenía casi todo el derecho de hacienda y herencias familiares, cuando sus progenitores hubiesen muerto. Esaú era un joven intrépido pero violento, con mal genio, un enérgico labrador, y un experto cazador en sus ratos de ocio, y tenía como característica fisionómica que su cuerpo estaba recubierto de bastante pelo velludo.

Su otro hermano, Jacob, tenía un temperamento más sosegado y sencillo, aunque era más calculador y práctico, dedicándose al pastoreo y a los trabajos domésticos.

Un día que Esaú venía del campo cansado y hambriento, pidió a su hermano que había acabado de hacer un suculento y exquisito plato de lentejas aderezadas con diversos ingredientes hortícolas, que lo hacían sabroso y apetitoso, si quería dárselo. Pero Jacob no aceptó que se lo diera sin más. Pero tal era el hambre que traía su hermano de caza del campo que este le



prometió que le daría su primogenitura si le daba el succulento plato de lentejas para comerlo.

Jacob accedió a ese trueque, y así oralmente se hizo con la primogenitura de su hermano, cosa que les acarrearía singulares disgustos y enfrentamientos posteriores.

La primogenitura conllevaba el doble de herencia paterna, la bendición del padre sobre la estirpe en el futuro, y el derecho a tener aquí la promesa de Dios sobre el posterior nacimiento del Mesías.

Pasado un tiempo, Esaú se arrepintió de lo que había hecho, y comenzó a enemistarse con su hermano.

Rebeca, la madre de ambos, estaba más encariñada y sentía más afecto hacia Jacob por su benevolencia y afabilidad, y no al surgido odio e ira de su otro hijo.

Isaac había alcanzado ya los 137 años según nos cuenta el Libro Sagrado de la Biblia. Ciego y enfermo, reposaba en la cama la mayor parte del tiempo.

Un día, Isaac llamó a su hijo mayor, y le comunicó lo siguiente:

- Vete al monte, toma tus armas preferidas y caza algo importante para mí. Luego hazme una buena comida con lo cazado, y yo te bendeciré para la posteridad.
- ¡Inmediatamente voy, padre mío! – contestó Esaú llevándose a las manos la lanza y echándose a la espalda el arco correspondiente con sus flechas para abatir algún animal salvaje con el que ofrecer a su anciano padre.

Pero, he aquí, que Rebeca, su madre, que prefería a Jacob por su bondad y piedad, amén del cambio de primogenitura por aquel dichoso plato de lentejas, cuestión de la que el propio padre desconocía, se apresuró a comunicar, una vez salido Esaú al campo para la caza, para que presentase ante su padre para recibir él la bendición paterna, y no su otro hermano.

- Pero, ¿qué podemos hacer para ello? - preguntó el hijo a su madre.

- Haz lo que yo te ordeno: Vete al rebaño, prepara y adereza dos cabritos como gusta comer a tu padre. Y este te bendecirá a ti, si te das prisa.
- Pero, ¿Padre, aunque ciego y enfermo se dará cuenta que no soy Esaú?
- No te preocupes. Engañaremos a tu padre con esta estratagema, haciéndote pasar por tu hermano. Toma, ponte esta ropa de Esaú encima de tu cuerpo. Luego, úntate con grasa fuerte y cara, brazos y manos, poniéndote estas pieles velludas para parecer cuando le des la comida que eres Esaú.

Cuando todo estaba a punto, e Isaac había comido la succulenta carne preparada, se dispuso a dar la bendición a su hijo, pero se percató que su voz no era la correcta de Esaú. Entonces su madre intervino y dijo:

- ¿Qué pasa Isaac que deliras ya a tu edad, y ves la muerte cercana, y la temeridad de Dios te impide ver a tu Hijo primogénito?
- ¡No sé mujer... Será que mi sordera va en aumento. Porque mi ceguera ya no tiene remedio!
- Eso debe ser, hombre.

Y así con esta estratagema Isaac bendijo oficialmente a Jacob, para que este el día de mañana fuera el padre de una gran familia de la que nacería Jesús, el Mesías.

Cuando llegó Esaú con la caza para recibir la bendición, Isaac se dio cuenta del engaño de su otro hijo, y maldijo a Rebeca por el engaño, pero ya era demasiado tarde. La bendición solo se podía otorgar una sola vez.

Con ello se cumplieron las profecías, y Jacob pasó a ser el padre de una gran estirpe, con sus doce hijos, que formarían doce tribus, las tribus de Israel.

Una vez Dante y Beatriz escucharon con atención las explicaciones de Jota Ele Wenceslao a este respecto, se encaminaron hacia unas casas tan blancas como la nieve que se divisaban ya a lo lejos.

- ¿Cuál es, entonces, el problema? – preguntó Beatriz a Jota Ele toda confusa e intrigada.
- Pues se me ha dicho que pregunte, sobre todo, tanto a Giotto, como a Pietro Cavallini, y como al mismo Arnolfo di Cambio, sobre quién es el verdadero autor de los dos excelentes y magníficos frescos, situados en la pared lateral del segundo tramo del muro norte, en la Basílica Superior franciscana de Asís, y que representan esto que hemos dicho, es decir, por un lado, “La bendición de Isaac a Jacob”, y por otra parte, el siguiente fresco anexo, que se titula: “Esaú es rechazado por Isaac”. Ambas pinturas al fresco, parecen llenas de una experiencia nueva, de una novedosa sensibilidad artística, y que trae de cabeza a muchos expertos en la Tierra, que lo atribuyen unos a Giotto, otros a

Cavallini, y otros a Arnolfo di Cambio, o a sus círculos de taller respectivos. Pero hay otros que dicen que se trata de una nueva figura, de un nuevo artista, distinto de estos que hemos mencionado anteriormente.

- Pues, ¡sí que en la Tierra tenéis ahora muchos problemas, y que os ha entrado las prisas por resolver sus enigmas! - dijo Beatriz algo en plan de sorna. Mas, vayamos hasta allí, - dijo señalando con la mano derecha un lugar cercano al camino por donde caminaban – pues, en aquellos habitáculos se encuentran, posiblemente, ya los pintores a los que deseáis ver y preguntar sobre ello.
- ¡Qué bien. Gracias, Beatriz! ¡Gracias Dante por vuestra colaboración! Estoy deseoso de hablar con esos genios de la pintura del Trecento. Es que muchas de esas obras se le han atribuido por años a Giotto.
- Aquí en el Cielo no hay que dar las Gracias. Aunque no hay de qué - respondieron al unísono ambos amantes -. Pronto estarás con ellos y podrás salir de dudas como santo Tomás.

Jota Ele llevaba en la mente esos dos extraordinarios frescos que se encontraban en la ciudad de Asís, que fueron pintados hacia el año 1291, por un magnífico pintor, probablemente alguien desconocido, que comenzó allí a desarrollar un nuevo método muy innovador en el arte de la pintura. Su pensamiento le llevaba hasta cuatros nombres que se habían barajado hasta la fecha de hoy. Estos pintores eran:

- a) Giotto de Bondone, el más preferido por todos los expertos y críticos.
- b) Pietro Cavallini, según algunos historiadores un buen maestro romano, de cualidades muy excepcionales, y renovador del lenguaje artístico en sus mosaicos naturalistas.
- c) Arnolfo di Cambio, o en su mismo círculo de taller, magistral escultor, pero también un buen pintor, hecho por el que también apostaban otros expertos e historiadores del arte.
- d) Un genial artista desconocido del círculo romano, capaz de superar con su técnica, y un nuevo sistema de configuración pictórica, al resto de los artistas que por allí pululaban y trabajaban en la Basílica Superior de Asís.

Este era el panorama existente en el mundillo histórico del arte. Sin duda, aquellos dos excelentes frescos de la vida de Isaac y sus hijos, tenían que dejar a un artista una posición muy superior al resto de componentes que por entonces trabajaban en los altos murales de los franciscanos.

¿Nos dirían la verdad los mismos artistas? ¿Encontraríamos motivos suficientes para conseguir dilucidar quién pintó aquellas magníficas y novedosas escenas?

¿Nos sentiríamos satisfechos para siempre con las esperadas explicaciones de los mismos pintores que por aquellas fechas trabajaban en la Basílica Superior de Asís?

Con paso ligero y firme nos encaminamos, pues, los tres, al lugar indicado por Beatriz, un paraje del Paraíso lleno de espléndidos árboles frutales, de exuberantes y verdes arbustos que daban exquisitas y lozanas plantas, que en la Tierra llamamos biológicas o medicinales. Y el canto de ruiseñores y alondras, jilgueros y gaviotas, todas las aves al compás de un armónico y melódico concierto que no se sabía de donde salían sus celestiales trinos.

Vimos un pequeño altiplano donde crecía la naturaleza como si fuera un lugar idóneo para descansar, y donde todo parecía existir para que la vida fuera confortable y feliz, y allí no hubiese ningún problema material ni moral ni social. Un paraíso en el mismo cielo. Todo ello rodeado de cristalinas fuentes que manaban un agua pura y cristalina que invitaba a beber, como si la nieve oculta en el subsuelo, fuera allí como los más puros y castos de los elementos celestiales.

Y la dicha de satisfacción y bienestar embargara a todas las almas y los corazones de los que allí moraban entre aromas de silencio y serenidad, entre finos cortinajes de aire empapado de luz. Y paneles de rica miel de laboriosas abejas que colgaban de ciertos árboles invitando a los transeúntes que por allí pasaban a tomar unos trozos de exquisita miel silvestre.

Llegados a lo que parecía ser una honesta y humilde vivienda, Beatriz llamó a una puerta que parecía ser tan ligera y suave como una telaraña de seda que apenas se aprecia en la inmensidad de un boque tropical. Porque allí todos los animales eran buenos, las plantas floridas y espléndidas, y los seres que lo habitaban pacíficos y alegres, y nada ni nadie perturbaban su dilatada existencia.

La figura de un ángel etéreo, ingrávido, sonriente como aquel otro ángel de la escultura de la Anunciación de María que se conserva en la jamba derecha de la fachada occidental de la catedral de Reims, en Francia, pero aquí en el limpio cielo con un vestido brillante y colorista, y tan transparente como la luz que despedía una de esas bellas vidrieras medievales entre los ventanales de la catedral gótica francesa.

Con un gesto afable y acogedor nos introdujo la hermosa dama, recordándome la lectura de la Divina Comedia de Dante, con Beatriz en su recorrido por el Paraíso, en una estancia como rodeada de una bruma difusa, como una niebla celeste intrigante y especial, que acogía en una mesa casi semicircular y luminiscente al mismo arco iris entrando con débil suavidad hasta allí. Y como figuras impávidas, como imágenes celestiales, vimos a tres personajes, que supuse que eran los tres artistas que habíamos ido a entrevistar como si de una conversación periodística se tratase.

Sentados en unas sillas áulicas y de diseño cúbico, las tres figuras, como personajes de ficción y leyenda, parecían llevar esperándonos ya un tiempo prudencial, pero en nada se podía apreciar que estuviesen disgustados o descontentos por nuestra posible tardanza.

Era curiosa nuestra presencia allí, más que física era metafísica, en aquel inesperado y misterioso antro, y su presencia de ensueño e ilusión, pues en aquella mesa que parecía una luna invertida en cuarto creciente, ellos, los artistas del trecento estaban sentados en silencio, con sus brazos cruzados, en la parte convexa y más abierta, y nosotros los tres restantes, que el carismático ángel nos había colocado con sencillez estábamos en la parte cóncava del arco lunar, y enfrente de ellos. Nos sentimos embelesados, fascinados, por lo menos esa fue mi propia impresión, o una inverosímil sugestión. Y mi alma parecía flotar y dejarse suspender de un ingrátido cuerpo, como si los fantasmas de nuestras vidas penetrasen sin darnos explicaciones en el interior de nuestras células.

A pesar de que ya todos parecíamos conocernos de hace mucho tiempo, el ángel, cuyo nombre nunca supe, nos presentó breve y amablemente:

- Arnolfo di Cambio, Pietro Cavallini y Giotto di Bondone.
- Los recién llegados: Dante Alighieri, su amada Beatriz Portinari y Jota Ele Vázquez, oriundo me parece, que él me lo desmiente, si no, de España, de la Universidad de León.

Llegados a ese punto, se hizo un corto e intuitivo silencio, donde una melódica música divina pareció llenar toda la sala como si se tocase suavemente una sinfonía clásica de Haydn o de Mozart, o una suave sonata de Beethoven.

Dante fue el primero en tomar la palabra para explicar el motivo principal de nuestra presencia física y espiritual allí en el Paraíso que él mismo había creado en la Divina Comedia, como una representación de la inmensidad del espacio, y un halo en la eternidad del tiempo.

- ¡Amigos del alma! Nos encontramos aquí para tratar de resolver un enigma que tiene lugar ahora en la Tierra, intentado buscar o encontrar con un estudio artístico, la autenticidad, identidad y veracidad, de unas obras que vosotros, quizás, pintasteis al fresco buono, hace ya un lánguido tiempo en las paredes de la Basílica Superior de Asís, allá por los años 1291 o siguientes, referidas a las dos escenas de la historia de Isaac con sus dos hijos. Y quieren saber quién, o quiénes de vosotros lo hizo o lo pintó en realidad, empleando lo que llaman naturalismo frente al simbolismo imperante años atrás en el mundo bizantino.
- Veis, u oís esto. - dijo Pietro Cavallini que se hallaba sentado en medio de los pintores -. Os dije que el hecho de no firmar las obras con nuestros nombres respectivos, y hacer caso, casi siempre en todo, a los frailes de la basílica, nos

traería el día de mañana ciertos problemas y actitudes adversas contra nosotros.

- Eso no hubiera hecho menor una discusión, o la controversia que aquí se suscita, cuando se discute por todo, cuando se sacan peros a todo - comentó en voz baja Arnolfo di Cambio – quién prosiguió diciendo: A mí todos me creen un escultor porque trabajé la piedra casi siempre, pero también he pintado obras de otro carácter en mi vida. Lo que pasa que aquella era una época de casi anonimatos porque la iglesia imponía eso, para honra y beneficios de ellos, no de Dios, como decían algunos.
- No te hagas, Arnolfo, de menos – le contestó Giotto que había estado muy callado y contemplativo – Tú vales más o tanto como uno de nosotros. Todos nosotros fuimos maestros del arte. Y tuvimos un taller que nos acogió, aunque fuera el nuestro.
- Y de aquellos polvos estos lodos. Solo nosotros sabemos quién lo pintó subido a aquellos casi carcomidos andamios de madera, en aquellos días de Asís – le respondió Cavallini.
- ¿Cuántos años tenías entonces tú?

Hubo entonces un profundo silencio. El silencio del cielo es igual que el silencio amorfo de la luna.

¿Para quién iba dirigida la pregunta? ¿Cuál sería la respuesta, y para qué se quería saber eso?

El resto de asistentes se mantenía al margen y escuchaban lo que estaban diciendo aquellos magníficos pintores del trecento italiano, artistas que marcarían nuevas etapas en la configuración artística posterior.

- Veintitrés años. Quería asombrar a todos, pero sobre todo al General de la Orden franciscana, a Giovanni da Murrovalle (1296-1304).
- Ahora te veo con ojos de retrospectiva visual subido entre aquellas paredes dando brillo, diseño y colorido a la pared. Pensando en el color que ibas a emplear en cada momento, si el dibujo estaba bien diseñado o definido, intentando que la cal absorbiera bien el pigmento tratado y machacado con esmero en el mortero, que la cal húmeda durase todavía unos minutos más para terminar los rostros de Isaac o de sus hijos, o de aquellos frailes o del santo Francisco, y que cuando el trabajo estuviera todo acabado de aquel día, en aquella jornada, pudiéramos ir tranquilos a descansar, o a dormir pensando que cal, pigmentos, agua y resinas hiciesen el resto, y quedasen grabadas las imágenes para siempre cuando toda la pared se secase definitivamente.
- ¡Qué días aquellos, en que éramos felices pintando y trabajando como si el tiempo no existiera, como si solo la ilusión era la favorita, y la pasión nuestra marca de pintores medievales! Y que nada se nos marchase de las manos y de nuestras ideas – interrumpió Arnolfo cortésmente. Quién prosiguió diciendo: ¿Cuenta tú, Giotto, lo que pasó?

## LAS DONCELLAS TOSCANAS

---

- Está bien – intervino Giotto -. Ya sabéis que a los veintitrés años uno es casi todavía un aprendiz del oficio, y tiene que demostrar el talento y la valía, y lo que uno sabe hacer mejor, para que te consideren que tu condición de artista es superior a la de los demás. Y eso fue lo que pasó que me esmeré en exceso, y di todo lo que podía y sabía. Cuando realicé esos frescos de Isaac acababa de llegar de Roma, donde el Papa y la Curia romana me habían tomado en mucha consideración y esmero. Y agradezco esas atenciones que fueron hacia mi persona. Entonces no quería arrogancia ni vanidad. Pero tenía que decirme también a mi mismo de lo que era capaz de realizar. Y eso fue lo que me propuse. No quería ofender a nadie ni estar por encima de otros. Sé que luego se dijeron muchas cosas. La fama, la riqueza y hasta la usura dominó mi ego durante la mayor etapa de mi vida.
- Bueno, Giotto, todos tenemos nuestros pecados y nuestras virtudes. Y la tuya fue hacer esa excelente obra pictórica, marcando los métodos a seguir para todos los que contigo estaban – respondió Cavallini.
- Tú fuiste, Giotto – continuó Arnolfo – el que plasmaste como nadie lo que habías hecho hasta entonces con las extraordinarias escenas bíblicas, con los rostros expresivos de Isaac y de sus hijos, Esaú y Jacob, con buena finura y sensibilidad. El que empleaste ese modelado lleno de luces y sombras, el que ampliaste la tridimensionalidad del espacio para que los observadores se prendasen de esos episodios bíblicos.
- ¡Y qué juego de pigmentos y color empleastes allí, tan adecuados y geniales! – dijo el bueno de Cavallini -, que a mí me daban envidia sana, para realizar aquellos cabellos suaves, sedosos y profundos de Isaac, tan inexplicablemente majestuoso y moribundo, que llamaron tanto la atención de los frailes por su elegancia y porte clásico.
- Y esos volúmenes de arquitectura a los que luego me aficioné, con esa cama de fina marquetería en la que se encuentra recostado Isaac, y lo mejor diseñada que pude hacer. Lo que más me llevó fue encontrar la luz que penetra en la estancia, pero el cortinaje y los pliegues de las vestiduras me ayudaron a encontrar el objetivo deseado. Gracias por vuestra ayuda, aunque solo fuera por una mirada silenciosa de admiración, de envidia o de reproche – concluyó Giotto con esta pequeña disertación.
- Yo te doy las gracias por haberme pintado tan honorablemente – intervino con voz majestuosa Dante – El retrato que me hiciste para “El Paraíso”, tú y tu Escuela, en 1337, para la Capilla de Santa Magdalena en el Palacio del Podestá, en Florencia, sirvió para que me tomaran desde entonces de modelo para posteriores eventos, tanto literarios como artísticos.
- Hoy se encuentra en el Museo Nazionale del Bargello, en Florencia – dijo como apostilla Jota Ele para situar y clarificar esos acontecimientos.
- ¡Y Beatriz también quedó plasmada muy bellamente! – continuó diciendo Dante.
- ¡Me da rubor que habléis de esas cosas! – intervino la dama que permanecía muy atenta y callada hasta entonces. Al fin y al cabo era una dama de la alta

burguesía florentina, que utilizaba los cargados peinados de la época, y mis vestimentas eran las que entonces se llevaban de moda. Entre tu mismo, Dante, con tus palabras en la Comedia, y algunas pinturas de aquel momento, me plasmasteis una imagen cortesana de mi persona, que no era para tanto. De todos modos gracias por vuestras actuaciones.

- Entonces, ¿el cuarto pintor podía ser...? - preguntó Jota Ele al grupo de pintores de aquella época, esperando, tal vez, encontrar inocentemente una respuesta distinta, o quizás desconcertante o sorprendente.
- Nunca hubo un cuarto pintor que pintara eso en Asís – respondió con firmeza y seguridad el propio Pietro Cavallini. Tened en cuenta, amigo Jota Ele Wesceslao, que si lo hubiera habido, ese que llamáis “El Maestro de Isaac”, sería tan o más importante y excelente que lo éramos nosotros, y lo hubiéramos admirado y condecorado por esa soberbia actuación. Esas expresiones de belleza sublime que se aprecian en las escenas bíblicas y en los rostros de los protagonistas, sobre todo de Isaac, son muestra de una clara maestría y genialidad, pero que no se corresponden con ese desconocido pintor, sino con el mismo Maestro, aquí presente, de Giotto. Él había estado hacía poco tiempo en Roma, y había conocido el mundo romano clásico, de ahí esas escenas con personajes de rasgos clásicos y expresivos, como pinturas o mosaicos pompeyanos con vestimentas y ropajes de admirados y elegantes pliegues.
- Efectivamente, - dijo Arnolfo di Cambio - yo corroboró lo que ha dicho Cavallini, que el autor de esas pinturas al fresco sobre Isaac y sus hijos, en el mural de Asís, son del propio Giotto. El espacio está realizado con elegancia geométrica, y la armonía que desprenden las figuras, llenas de luz y color, son de una maestría exquisita, llenas de un nuevo naturalismo.
- Gracias amigos, por salir en mi ayuda.- respondió el pintor de Colle di Vespignano, el mismo Giotto casado con Ricevuta de Lapo del Pela, de Florencia, con quien tuvo ocho hijos, mitad varones, mitad mujeres - . Es verdad que yo diseñé e intervine en gran parte de las paredes y en los murales de la Basílica Superior de Asís, sobre las Historias de san Francisco contadas en su mayor parte en el libro de la Leyenda Mayor, de san Buenaventura di Bagnoregio, escrita entre 1260 y 1263. Sé que con aquellas pinturas se produjo un gran cambio en la concepción pictórica y en la configuración de esas escenas. Hubo un viraje desde la “manera griega”, vosotros la llamabais “bizantina” al nuevo “naturalismo” que vimos en la antigüedad clásica. Que las pinturas no se firmaban como luego se hicieron en algunas ocasiones, y que se actuaba todavía por medio de talleres a la manera medieval, con mis ayudantes y colaboradores. ¿Y yo qué más puedo decir? - acabó diciendo Giotto.
- Yo voy a hablar en mi nombre – intervino en la conversación Jota Ele – y creo que en el de muchos otros historiadores y críticos de arte. No en todos por supuesto. Sabemos que toda esta controversia es muy delicada, a pesar de las afirmaciones aquí vertidas, y al no figurar en las pinturas firmas o nombres del autor, siempre habrá alguien que lo ponga en duda, y estará bien si se aportan pruebas, documentos y argumentos de peso y muy convincentes. Yo quiero



aportar dos pruebas para probar que esas escenas de Isaac te corresponden a ti, Giotto.

La primera de ellas se relaciona con la imagen del rostro de Jacob, en el fresco de “La bendición de Isaac a Jacob”, de 1295, en ese detalle donde se aprecia la configuración de la cara junto con el cabello en trenzas, caracoleado, del joven. Y es esa expresión tan característica del rostro, es, quizás, la misma imagen si se la compara con el rostro y el cabello que Giotto, sí firmó, o por lo menos si sabemos ciertamente que era de él, en el san Juan, detalle del crucifijo de Sta. María Novella en uno de sus brazos, en Florencia, hacia 1290, anterior pues al fresco de Asís, de fecha más lejana. Es una apuesta, creo que convincente, porque hay aquí en estas dos pinturas una coincidencia formal y estilística segura y concluyente.

La segunda prueba que se aporta a esta investigación se refiere a una comparación, también entre una obra atestiguada como verdadera y salida de la mano de Giotto, y otra que es la escena de la estancia de Isaac en las bendiciones con sus hijos. Me refiero primero a las ya comentadas de “Isaac con Esaú y luego con Jacob, pero fijándome en como está distribuido el espacio, con ese camastro y con esos cortinajes, su marquetería especial donde se asienta la cama, y por otro lado, vemos en el fresco también de Asís, en el llamado “El sueño del palacio y las armas” con los pliegues de los cobertores y la parecida cama que allí se nos presenta, similar en colorido y frescura pictórica al investigado.

¡Ah!, por último mencionar, los datos y crónicas facilitadas por Giorgio Vasari, y la obra escrita de Lorenzo Ghiberti, también muy importante en datos, y en el devenir histórico de la vida y obra de estos grandes artistas, en los que se mencionan también el número de obras pictóricas tuyas, que realizaste en la Basílica Superior de Asís, Maestro Giotto, y aunque sé que no te gustaba este título, la verdad es que la historia te lo ha puesto después, y creo que merecidamente.

- Bueno, amigo Jota Ele, - le respondió Giotto con buen humor y cierta destemplanza - no es para tanto. Mis discípulos y ayudantes terminaron muchas obras que yo había comenzado. Ahora sé, que vuestros trabajos e investigaiones allí en la Tierra, rayan también la arrogancia y la soberbia que muchas veces me reprocharon a mí, o me hicieron hacia mí, unas veces con pruebas y otras veces sin ellas. Lo que vosotros llamáis “originalidad”, en mis tiempos no existía como tal, que os lo digan también Cavallini y Arnolfo. En aquella época esto era distinto. Yo no voy a negar que en un principio recibí la clara y buena influencia de Cimabue, ese sí que era mi maestro, pero, entonces trabajamos en equipos colectivos, como se hacía también en la construcción de edificios medievales con sus gremios y talleres. Yo daba las explicaciones, detalles y fórmulas tanto formales como de contenido, a los ayudantes que

intervenían conmigo en la mutua realización de los trabajos al fresco, al “buon fresco”, y se tenía que pintar rápidamente encima de la cal húmeda, pues esta al mezclarse con el agua, resinas y los pigmentos se unían inmediatamente en la pared, y en esas “jornadas” de trabajo mis colaboradores empleaban argucias y experiencias muy gratas y eficaces. Y sí es verdad, el resultado era muy positivo y homogéneo, y apenas perceptible por los foráneos, como mandaban los cánones en aquella época. Por lo tanto, no me deis a mí toda la importancia, que mis colaboradores también emplearon en ello, tiempo, destrezas y salud. Y buenas dosis de talento. Muchas gracias por haberos acordado de mí. Sea cualquiera el Maestro de Isaac y de sus hijos Esaú y Jacob, con sus mujeres, está bien que se abran debates sobre el mundo artístico y literario, y no siempre hablar del manido mundo político, verdad, Dante, que tú de esto sabes mucho, muchísimo más que yo, y que conoces los exilios y las incomprendiones como el que más en esa época. La curiosidad no mantendrá ociosos a los humanos. Siempre la incertidumbre y la búsqueda de la verdad anduvieron unidas. Eso es bueno para el devenir de la humanidad. Muchas Gracias de nuevo, por lo que a mí respeta.

- Muchas Gracias a todos vosotros por vuestras sinceras apreciaciones.
- Encantados de habernos conocido.

Cuando Giotto y sus compañeros hubieron dicho esas palabras de despedida, y Beatriz, Dante y Jota Ele se hubieron despedido de una manera genuina y especial de ellos, el amable y servicial ángel apareció de nuevo, súbitamente, y a modo de despedida, diáfana y transparente, con el silencio y el pensamiento a flor de piel, que las almas de allí, puras y condescendientes, utilizan en estos casos, nos condujo al exterior de ese sagrado habitáculo, tan blanco y genuino como la flor del azahar, donde habíamos entrevistado a tres de los grandes artistas del trecento italiano.

Y en un abrir y cerrar de ojos, estábamos en la puerta de salida del hermoso y “original” Paraíso, que Dante creara en la Divina Comedia, y que nosotros dejamos atrás con pena y nostalgia, casi con melancolía, y con muchas ganas de comunicarnos de nuevo con otros grandes artistas, como los que Giorgio Vasari contó en su libro sobre “Grandes Artistas del Renacimiento”.

Jose Luis Escudero Vázquez. León, octubre de 2013, (y revisado los días 19 y 20 de agosto de 2015.)

**G) SÉPTIMO CÍRCULO CONCÉNTRICO DEL TRECENTO**

“POEMAS DEL TRECENTO” Por el Maestro Manetto, de la Escuela Universitaria Sienesa.

COLECCIÓN DE VARIOS POEMAS SOBRE PINTORES Y LITERATOS FAMOSOS DEL MEDIEVO ITALIANO.

SOBRE EL MAESTRO CIMABUE (1240 – 1302) Duecento:

“MAESTÁ EN SANTA TRINITÁ”. FLORENCIA

Altivas caricias de claro cielo

Que los rayos traen con fresca brisa

Y un trono que en majestad se divisa

Ángeles de espíritu, enorme celo.

Pues no hay en la tierra ningún velo

Que tape la emoción de una caricia

De una Madre: ternura, amor, albricia,

Y un Niño en el regazo con anhelo.

Que no fingió el cielo su desvelo

JOSÉ LUIS ESCUDERO VÁZQUEZ

Con ángeles de celestial pureza

Espacio donde el viento es terciopelo.

Con Cimabue comenzó la destreza

Natural colorido y fiel consuelo

Escorzos de gentil delicadeza.

-----

León, julio de 2013

J. L. Escudero Vázquez

\*\*\*\*\*

SOBRE EL MAESTRO GIOTTO (1267 – 1337) Duecento – Trecento:

“LA MADONNA DE OGNISSANTI”.

(Soneto con estrambote)

Tú que tejiste primero la luz

De la armonía en paredes de color

Y pintaste la campiña de olor

Con frescor envuelto en seda de tul.

Tú, Giotto, que modelando su cruz

Plasmaste en miradas de humilde amor

Dando al divino sencillo calor,

Y a la Virgen dicha en su manto azul

Maestá divina con lirios y rosas

Santos y ángeles en trono dorado

Semblante noble en majestuosidad.

Verosímil gracia, ¡qué feliz posas!,

Inocencia de Niño en ser amado

Gran sentimiento de serenidad.

Nosotros las escenas contemplamos

Y así, a las puertas del cielo, llamamos.

-----

León, julio de 2013

JOSÉ LUIS ESCUDERO VÁZQUEZ

J. L. Escudero Vázquez

\*\*\*\*\*

SONETO A DANTE ALIGHIERI (1265 – 1321) Duecento – Trecento:

“A Beatriz, dama de excelsa vena”

Tú que comenzaste la noble faena

Ser de los primeros en gentil verso

Lograste plasmar, sin cariz adverso

A Beatriz, amor con excelsa vena.

Con ritmos entre rima de cadena

Con pasión cantó a su dama en el anverso

Luchó después de muerta en el reverso

Pues nunca esta dicha le fue amena.

Dante fue desdichado, y sentiría

Ser desterrado, sin patria y sin suerte

Mas, en Rávena, tuvo fiel cobijo.

Un poeta de sabia alegoría

Mandando al vil infierno y a la muerte

A sus enemigos, sin gran aflijo.

-----

León, a 23 de julio de 2013-07-31

J. L. Escudero Vázquez

SONETO A PETRARCA ( 1304 – 1374) Trecento

“El camino común”

Un camino une a Petrarca con Laura

Que en amor y en la guerra todo vale

Enamoramiento que a la luz sale

Cuando entre el sol más la luna hay ternura.

JOSÉ LUIS ESCUDERO VÁZQUEZ

Que en el arte de amar todo es ventura

Fiebre de altivo viento al fuego dale

Para que levante, y en tu alma cale,

Pues todo en ello es suerte y aventura.

Elegancia en el amor concebido

Caricia y alma, coraje y pasión.

Beso de luz en el dolor querido.

Fortuna en la Amada que es mi canción

Pues tu corazón es el mío sentido

Tu cuerpo, la sombra de mi prisión.

-----

León, 29 y 30 de julio de 2013

J. L. Escudero Vázquez

CANCIÓN A FRANCISCO Y A CLARA



## LAS DONCELLAS TOSCANAS

---

Francisco de Asís (1181 – 1226) Duecento italiano. Siglo XIII.

Clara nació 13 años después de Francisco.

Cimabue nace en 1240, catorce años después de la muerte del “poverello”.

Cuarenta y un años después de la muerte de Francisco nace Giotto, en 1267.

Cuando entre el blanco sol y verde luna

Se encuentran dos astros en la campiña

Sencillos seres de noble cuna

Y en los olivos de la fresca duna

De la tierra parda y la feraz viña

Muestran su cielo y naturalidad

Y así abrazan la espiritualidad.

La luz de Francisco que infunde amor

Emana en sus años treinta energía

De sus labios palabras de alegría

Palabras de oración que dan calor

En paisajes de sereno fervor

Irradiando Clara fresca ternura

Que en su pobreza es así honda hermosura.

\*\*\*\*\*

JOSÉ LUIS ESCUDERO VÁZQUEZ

Allí con Dios fue un encuentro bendito

Allí donde la vida fue franqueza

Y el anhelo llenaba de confianza

Teniendo ambos su sino expedito,

Su rincón, su conciencia y su llaneza,

Una vida sellada en buena alianza

Entre un ideal de caridad que avanza.

Al encuentro de Dios y la pobreza

Y sintiendo el despego del ruin oro

Olvidando honores y el buen decoro

Por humildad y azul naturaleza

O dulce sencillez con la destreza.

Vocación al prójimo su saliente

Sacrificio y esperanza su vertiente.

\*\*\*\*\*

Amables y desprendidos hermanos

Seguidores del "poverello" santo

Predicando en inviernos y en veranos

Que fue en Asís con músicas y canto

Alondras y ruiseñores lozanos

Ingenuidad, bondad y simple encanto.

Aquí acaba, de este modo, la glosa

¡Que siga hablando la natural prosa!

León, a 28 – 31 de julio de 2013

José Luis Escudero Vázquez

\*\*\*\*\*

AL MAESTRO DUCCIO DI BONINSEGNA

“Sienés de Corte”

Magnífico Duccio, maestro sienés

De modo antiguo y criterio excelente

Ambición de superar, qué valiente,

El arte bizantino, tan cortés.

Compites con florentinos, sienés,

JOSÉ LUIS ESCUDERO VÁZQUEZ

Con carisma, y tu impulso vehemente,

Dando a tus figuras fuerza y simiente,

Liberado del oriental arnés.

Medallones que en santidad conviertes,

Dorados con pliegues de manto rojo,

Pequeños bustos para que así aciertes

Como ejemplo de destreza y arrojo

Que en delicados detalles ya viertes.

Nacen movimiento y luz, a su antojo.

\*\*\*\*\*

León, 30-31 de julio de 2013-08-04

José Luis Escudero Vázquez

## LIRAS AL PERSONAJE BOCCACCIO

I

Si un cuento se hace lira

Navegando en la tarde entre las ramas

Cuando la flor aspira

Y crecen las retamas

O los amantes juegan en las camas,

II

Boccaccio entre su mundo

Narró pasajes llenos de erotismo

En cielo tremebundo

Deleite o narcisismo

Huyendo de la peste al escapismo.

III

Y en el jardín dichoso

JOSÉ LUIS ESCUDERO VÁZQUEZ

Encontrarse entre fuentes y alamedas

Del deshonesto al honroso

Entre suaves palmeras

Contando de tahúres y ramerás.

IV

Cuentan cien narraciones

Decamerón, entre olivos del huerto,

Ellos y ellas canciones

Que embelesan, cubierto

De flores y alegría, edén abierto.

V

Pícaros y rufianes

Con caballeros y castas doncellas

Salpican de truhanes

De dueñas y de bellas

Princesas, o con malandrines ellas.

VI

Son relatos ardientes

Tres hombres y siete mujeres jóvenes

Con fábulas calientes

Amenizan con vírgenes

Y con enamorados aborígenes.

VII

Cantadas en diez días

Inteligencia y sensibilidad

Guías, e historias mías,

Diálogos de amistad

Cargados de fiesta y sensualidad.

VIII

Bermeja a naranjada

Va así caminando el sol de la Aurora

Con Reina levantada

Siendo llegada la hora

Dando, pues, comienzo los cuentos ahora.

IX

Saboreadas jornadas

JOSÉ LUIS ESCUDERO VÁZQUEZ

Gratas tertulias de amor deleitoso

Cien batallas ganadas

Beber, comer sabroso,

Aflorando un espíritu amoroso.

X

Escenas tan galanas

Altivas y sensuales, ejemplares,

Luces en las ventanas

Hablándose en los lares

Y que se escuchan en los cuatro mares.

XI

Huyendo de Florencia

Cuentan temas lozanos y humorísticos

Tenidos a conciencia

Tratando asuntos líricos,

Exóticos, trágicos, o ya eróticos.

XII

En paz se solazaban

Magia con pulsión, y luna olvidada,



Con gran ingenio amaban

Con argucia buscada

Y con deleite y pasión encontrada.

XIII

Encanto en la palabra

Sentir las paradojas de la vida

Que la lengua así labra

En la mente vivida

Con placer, o con tristeza afligida.

XIV

Ya cantan veinte pájaros

En las fuentes oyendo hermosos trinos

Canciones en los sábados

Con árboles y pinos

Que saludan e intuyen los destinos.

\*\*\*\*\*

León del uno al cinco de agosto de 2013-08-04

ACRÓSTICOS EN EL ALBA AZUL

SOBRE ANÍN, O ANNINE GARACCINI, (GARCÍA en español) COMO UNA DONCELLA DE LA TOSCANA. ESCRITORA DEL RELATO DEL PRIMER CÍRCULO DEL TRECENTO.

Aunque la mañana sea juego, y el ayer sea ahora gris de extrañeza,  
Nadie podrá olvidar la fuente de tus templados ojos  
Invertidos por el sol de tus frágiles mejillas  
Nada se parece al fuego más que un beso en tu pelo lleno de sutileza  
Está abierto tu largo cabello a los aromas, que de tal manera brillas.

Anín es doble su sueño, y su nombre invertido juego.  
Navegando alegre entre ordenadores de lluvias verticales,  
Incluso cuando el viento es luz que trae sonrisas tristes y amarillas,  
Navío que surge del océano inflamado entre nubes primaverales,  
Alma que trae sentimientos en la piel desnuda y sencilla de los despertares.

Gracias al fiel espejo que envuelve tu mirada de misterio  
Alud y abismo al mismo tiempo, y tu talle  
Rojo busca refugio en los dioses del Olimpo,  
Como un lienzo renacentista de frágiles sirenas, que Rafael  
Ilumina en los cielos italianos, y Botticelli naciendo del fuego de tu alma  
Azul, que embriagada de amor celeste sale del salitre, en el lago de la vida.

Gran inocencia es tu corazón de géiser  
Abrigando mi luz y tu destello  
Roto por tu amor a mi palabra  
Como un remolino de nostalgias, y de sinceras caracolas.  
Imán es tu cuerpo que me envuelve en tu cariño  
Almas gemelas vagando en la inmensidad del viento y de las olas.

León, 17- 19 de mayo de 2013

Retocado: 13 de agosto de 2013.

José Luis Escudero Vázquez

### CANCIÓN PARA LAS DONCELLAS DE LA TOSCANA

( a la manera de Francesco Petrarca)

Un buen día de sol del mes de Julio  
Mándome el “cátedra”, oh, dicha mía  
Hablar con ella, y a ellas, allí fuera  
Que fuese coordinador y guía  
Como lo lograse el romano Publio.  
Que entre cuatro mujeres dar tarea  
Difícil empresa, peor correa.  
Pues entender, y entenderse con ellas  
Si no fuese por amistad valiente  
¡Qué fastidio doliente!

JOSÉ LUIS ESCUDERO VÁZQUEZ

Partir sin luz en juventudes bellas  
¡Solo mi fuerza ardiente!  
Conseguirá romper con tal empeño  
Soltando el prieto nudo que fue sueño.

\*\*\*\*\*

Que si Dido, la de Cartago, reina  
No pudo acoger a Eneas, su amor.  
En la pasión que pone el hortelano.  
Ni pudo convencerle con valor  
Tampoco los hados que la gobierna  
Ni rayar la voluntad del troyano  
Nadie, ni Juno, ni ningún humano.  
Así Anín se dio a un amor imposible  
Fruto de inocente amistad sincera  
Ni que la noche espera  
Que sus almas laten en lo invisible  
Como sombra a la vera  
Del que esto escribe, y sueña, en el espejo  
Que algo así, o es real, o es alejo.

\*\*\*\*\*

¡Oh, mujer!, cuya mirada me mata  
Eres dulce y fantástica al ensueño  
Laboriosa como el varón Abel.

Mi alma late y anhela ser tu dueño  
Que mi suspiro en tu cuerpo se abata,  
Risueña flor, melocotón de piel  
Corazón de luz, y lozana miel.  
Toda ella es bondad y enamoradiza  
Anín, para ti es de Giotto la infancia  
Pues no hay en ti ignorancia  
Sino una sublime imagen cobriza  
De sutil elegancia.  
Bien, Laura, Beatriz, Fiammetta o Anín  
Petrarca, Dante, Boccaccio o Joluín.

\*\*\*\*\*

Rimas empujan a los horizontes  
¿Qué eligieron las otras tres mujeres?  
¿A quién encomendaron los cuidados?  
¿Cuál el origen de sus menesteres?  
¿Cuáles sus pinturas, frescos o montes?  
Intentando conseguir que los hados  
Sean favorables y humanizados.  
Silenciosa luz teñida de calma  
Que entre textos siguen investigando  
Y el saber contagiando  
Para alimentar la sangre y el alma,  
Con pasión cautivando,  
Como aroma de la callada aurora  
O como viento de la cercana hora.

\*\*\*\*\*

“San Francisco hablando a los pajarillos”

Que es tema de natural picoteo

Tan insertado en la naturaleza

Cantando entre trinos con aleteo

En un campo de frutos y membrillos.

Marianella buscando la belleza

Con el compás de vientos de destreza.

En “la expulsión de los diablos de Arezzo”

Layrici desenfunda su hábil pluma

Penetra allí con bruma

En la ciudad hostil y con atrezzo

Tan envuelta en espuma

Intentando plasmar tanto la vida

Como la espiritualidad seguida.

\*\*\*\*\*

Luego, Albalinde muestra el “Campanile”

Como hito de Giotto con su gran torre

Siempre pintor y arquitecto en volúmenes

Que por toda Italia su arte recorre

Y, cómo formó silueta ágil, dile.

Fama, dinero y honor son resúmenes

Como obras que se enseñan en los álbumes

Magia en nueva pintura narrativa

Con lenguaje pictórico de aliento

Del duecento al trecento  
Plasmó su pincel con raíz altiva  
Y manejando el viento  
Envuelto entre colores y textura  
Dando espíritu el “fresco” a su frescura.

\*\*\*\*\*

León, 19 al 23 de agosto de 2013

José Luis Escudero Vázquez

SONETO A LOS TRES AMORES ITALIANOS

POR EL POETA FARINELLI

Si de tu cálida y de noble mano  
Un reflejo del viento así partiera  
Y un beso de inocencia allí viniera  
Para sentir dolor el cuerpo humano.

Si Beatriz a Dante el alma abriera  
De Laura partiera Cupido sano  
Todo ello no sería más en vano  
Pues Fiammetta y Boccaccio Amor uniera.

JOSÉ LUIS ESCUDERO VÁZQUEZ

Como luz que fue amarillo destello  
Y luego una gran sombra sin salud  
Que aflora como el verde en la espesura.

Así el fin del escrito Amor es bello  
Y si en sus estrofas no hay talud  
Hubo, pues, pasión ante la hermosura.

\*\*\*\*\*

León a 11 de septiembre de 2013

José Luis Escudero Vázquez

---

EL “CAMPANILE” DE GIOTTO EN FLORENCIA

-- En versos alejandrinos --

Señero, altivo, se enerva la ilustre silueta  
Mármol sagrado y vivo en sencilla majestad  
Un “Campanile” de piedra con su alma invisible  
Un espíritu indomable añejo en heredad  
Cuando Giotto lo diseñó, con o sin veleta



Estirada al cielo cual pontífice infalible  
Y del mundo plausible  
Gran Torre del Trecento  
Siete cuerpos de acento  
Con la Pisa compitiendo, pero esta derecha  
De tu hábil y diestra mano, del Giotto bien hecha  
Con la bella Florencia emergiendo desde el suelo  
Como una enhiesta flecha  
Con campanas que tañen tocando casi el cielo.  
Así es, pues a conciencia,  
Y así se ve como fina aguja, oh, “Campanile”  
Catedral de Florencia.

León, 11 y 12 de Septiembre de 2013

José Luis Escudero Vázquez

---

### EL DUECENTO ITALIANO

Feliz y lejano bello “duecento”  
Cuando en Italia el progreso sonreía  
Siglo trece en llamarte convenía  
Y las ciudades daban el evento.

El arte de la pintura ofrecía  
Con la “maniera greca” de elemento  
Y formas novedosas como asiento  
De un nuevo amanecer que florecía.

De su espíritu nacen Cavallini

JOSÉ LUIS ESCUDERO VÁZQUEZ

O Cimabue, que resuelve en “frescura”  
Gestando al mismo Dante en la escritura.

Cortesano arte en Simone Martini  
Y que nacido como Duccio en Siena  
Muestran luz y color, segura vena.

León, 12 de Septiembre de 2013

José Luis Escudero Vázquez

---

#### SOBRE EL TRECENTO ITALIANO

El “Trecento” es fuente y es armonía  
Teniendo al gentil Giotto como aliento  
Para buscar así el sentimiento  
De aunar Bizancio y nueva autonomía.

Mostrando las imágenes al viento  
Como gracia, donaire y simpatía  
Humanismo que casi renacía  
En las puertas ya del Renacimiento.

Amores de Petrarca el cancionero  
Espejo de la luna en primavera  
Y Boccaccio, nobleza de viajero.

Miniatura es detalle y es belleza

Asi cantarte quiere el Escudero  
Con el mosaico, un arte en sutileza.

\*\*\*\*\*

León, 12 -13 de septiembre de 2013

José Luis Escudero Vázquez

### **H) OCTAVO CÍRCULO CONCÉNTRICO DEL TRECENTO**

“LEYENDA DEL MONJE AMBROSINO Y LA DAMA SECRETA”

POR AMAIA TURIEL, colaboradora de la Universidad de León.

Una de aquellas leyendas insólitas al estilo de Boccaccio, uno de esos cuentos anecdóticos como cantados por el señor de la Toscana medieval o renacentista, según se mire, pudiera ser esta narración que paso a relatar, “**Leyenda del monje Ambrosino y la dama secreta**”, la cual Amaia Turiel pasa ahora a comentar y a exponer con mis propias palabras.

## LA HISTORIA DEL MONJE AMBROSINO Y LA DAMA SECRETA

“Donde se cuenta como un monje de nombre Ambrosino después de su rehacer sus habitáculos eremíticos da cobijo en una noche de truenos y rayos infernales a una dama de nombre secreto, y de apodo, la Baduina, y a una sierva de nombre Felicite, y de lo que les aconteció en esas moradas”.

En la región toscana de la Volterra, comarca antaño etrusca, ruda e introvertida, donde sus moradores levantaban señeras casas, como esos torreones medievales que imponían el perfil de cada familia y de cada abolengo señorial al resto de los habitantes, mostrando su poder económico y territorial, realizando sus escudos y emblemas, allá por los años de 1158, antes de que naciera san Francisco de Asís, vivía un monje anacoreta llamado por todos los que le conocían “ Ambrosino el Mozo”, un hombre procedente del Oriente bizantino. Monjes solitarios y de pobreza superior que rezaban a Dios por la salvación de todos los demás seres de la creación.

Este hombre en sus primeras épocas había vivido en una de las varias grutas horadadas en las rocas de los montes cercanos a la zona de “Las Balze”, territorio dominado por la erosión y por el color ocre de los estratos de piedra de arenas y calcáreas arenáceas, lo que luego sería llamado aquí por primera vez, el alabastro, material muy apto y bueno para esculpir objetos y estatuaria.

Este territorio, había sido ocupado ya por otros antiguos anacoretas y gentes dedicada a la oración, al sufrimiento y al sacrificio. Muchos monjes habían adoptado reglas que marcaban un modo de vivir muy personal y diferente, en una zona que luego se convertiría en ruta comercial y de peregrinaje, cercana a la vieja ruta romana que se dirigía desde los Alpes al norte de Italia y hacia Roma y Jerusalén hacia el sur.

Uno de esos monjes, - el llamado “Ambrosino, el mozo”, y otras gentes le llamaban “Ambrosino el bueno”-, que habitaba en una de esas cuevas mencionadas en “Las Balze”, tierras por otro lado traidoras y desagradecidas por sus continuos movimientos

y resquebrajamientos, especie de seísmos de nivel medio, que tenían lugar en aquellos parajes, erosionando las plataformas y terrenos adyacentes, sepultando muchas de esas cuevas que habían habitado hace un tiempo algunos monjes ermitaños. Ahora muchos de esos eremitas se habían unido en los esfuerzos, en los trabajos y materiales, en su propia solidaridad y en los beneficios, porque ellos sabían que no estaba reñido el compañerismo y la solidaridad con la moral y la religión.

Y algunos de estos religiosos solitarios se reunieron hace un tiempo para rehacer sus vidas, y reedificar utilizando mejores condiciones salubres y en terrenos para habitáculos más seguros, unas estancias y lugares más agradables y de mejor confort, huyendo con ello de tierras quebradizas e inseguras, y adoptando reglas y normas más eficaces en la oración y en el trabajo cotidiano por la subsistencia y el sacrificio. Ello condujo a realizar moradas y espacios más acogedores y útiles para la convivencia en común.

Llegaron a ser seis monjes, pero pronto uno de ellos se volvió a su antigua gruta y quedaron cinco frailes que procedieron, con hábiles y serviciales esfuerzos a terminar unos habitáculos en mejores condiciones que las antiguas estancias. Vivían muy cercanos a un abandonado pueblo llamado “Anglorio”, que había sido con anterioridad una villa romana hasta que los ostrogodos la habían destruido en su invasión del territorio itálico.

El bueno de Ambrosino, un hombre de unos cincuenta años, de la que algunos dicen, era de la familia de los Perolli, gentes de estado medio dedicada a la agricultura y a las flores, curtido en los más indeseables menesteres de una vida sencilla y pobre, andrajosa, las más veces a base de pan y agua, y malviviendo de las dádivas que unos y otros algunas veces extraordinariamente le hacían, un varón, decimos, que se había dado cuenta que cerca de ese lugar había un camino que servía de ruta secundaria, pero eficaz y práctica, a muchos hombres y mujeres que recorrían esos atractivos lugares para ir de peregrinaje a Roma o a la misma Jerusalén.

Así que en común acuerdo decidieron incorporar a su nacido convento tres o cuatros nuevos habitáculos, más cómodos y serviciales, por si algún peregrino quisiera hacer parada o unirse a aquella recién comunidad formada de monjes de vida contemplativa.

Uno de sus componentes como hemos dicho con anterioridad, al que llamaban Fray Polonio hacía unos meses que había abandonado la comunidad por discrepancias de autoridad, reglas y destinos, porque él era un hombre de principios religiosos muy severos, su cuerpo estaba lleno de flagelaciones autónomas, y su castidad estaba por encima de determinadas necesidades vitales de los cuerpos varoniles en cuanto a sus aspectos serviles.

Constancio, el mayor de todos, y un hombre gigantón de estatura, con varias arrugas en su amplia frente no solo de sufrimiento y de penurias sino de enfrentamientos en una época que fue un soldado a sueldo del mejor postor, y ahora retirado en penitencia allí, un hombre procedente de la Umbría y acostumbrado al frío y a las inclemencias del tiempo; fray Ansio, procedente de la región de Nápoles que había llegado allí huyendo de las rapiñas y bandidajes de normandos y vikingos que asolaban la costa en busca de suculento botín; fray Gerardo, el más joven de todos, un joven servicial y amable, capaz de perder sus derechos propios por el bien de prójimo al cual decía servir por amor de Dios; y por último, a Gianni Capellini, que no quería ser llamado fray, porque a sus treinta años de edad estaba allí fruto de un desengaño amoroso con una dama, cuando sus padres, los Capellini, del linaje de los “Alejos”, dedicados a la exportación de aceites y vinos, le prohibieron verse con su enamorada, la hermosa y gentil dama florentina de nombre Alexia, diez años mayor que él, e hija de un rico mercader, llamado Luigi Bentoghi, comerciante de paños y sedas con Oriente y con Bizancio. Habiéndola prometido en casamiento a un hombre mayor y rico, llamado Federico Monteferi, un comerciante financiero afincado en Siena, que poseía capitales de dinero, y muchas tierras de variada extensión que producían toda clase de frutos. Y el lego, fray Gianni Capellini, había tenido que exiliarse por haber herido de gravedad a un hermano de su amada,

Todos ellos se habían decidido nombrar un superior, un prior o abad, que les organizara y les representara ante el municipio que quería expulsarlos de aquellos lugares en varias ocasiones.

La dirección recayó en Ambrosino di Perolli que pronto tomó las riendas de la pequeña comunidad con vistas a formar una congregación de doce monjes como doce habían sido los apóstoles de Jesús.

Un día de comienzos de la primavera llamaron a su puerta principal un peregrino, con capa noble, sombrero amplio de cuero y bastón de madera de nogal, esculpido de formas vegetales que parecía el mismo callado con el que Moisés había hablado al mismísimo Faraón en las plagas que Dios mandó sobre Egipto, y que le había servido de amuleto, o mejor de talismán apropiado para hacer milagros. El tal desconocido peregrino decía haberse perdido entre las lluvias del día anterior y las nieblas de la mañana siguiente cuando había querido alcanzar la ciudad de Volterra.

- Bienvenido hermano a nuestra humilde mansión.
- Muchas gracias por vuestra benevolencia.
- A ti, cordial hermano. ¿Qué te trae por estos lares?
- Soy un perdido peregrino, hermanos, soy Anntonello, hijo del boticario Tomasso Nello, mi padre es vendedor de especies aromáticas como el sándalo oriental, de perfumes para damas y de pigmentos para pinturas como los ocres de Siena o los lapislázuli del Turquestán. En la botica de mi padre se producen jarabes para toses ácidas, caldos para anémicos mejunjes para tísicos, y drogas medicinales para salvar dolores de cabeza y estreñimientos agudos.
- ¿Y en qué podemos ayudarte, si nos es menester, hermano?
- Por de pronto un asiento y un buen caldo o una sopa de frutos.
- Al hermano Ansio se le da bien la cocina y él te preparara un buen y confortable almuerzo.
- Gracias por su hospitalidad. Llevo conmigo unas pomadas para los pies y unas pastillas para los vómitos, y unos ungüentos para las fiebres asiáticas.
- Está bien, amigo Anntonello – dijo Ambrosino con palabras suaves y parsimoniosas -. te lo agradecemos de corazón. Puedes pasar aquí unos días hasta que los cielos se calmen de su furia funesta y las inclemencias del tiempo flojen en sus andaduras.

El peregrino fue bien recibido con muestras de cierta alegría porque los monjes querían aprender algunos secretos de las plantas medicinales que por allí se encontraban, así como saber algunas recetas para fabricar potingues y curas para heridas o fiebres calenturientas.

Siete días permaneció el peregrino Anntonello en aquel conventín religioso al que llamaron por primera vez el Priorato de “Las Balze” en honor de aquella zona de la toscana etrusca.

Fray Constancio y fray Gerardo intentaron que aquel buen varón que caminaba según dijo hacia Roma, permaneciera durante más tiempo en el nuevo convento, y tras muchos ruegos y súplicas no pudieron convencerle para que se quedase unas jornadas más, y solo tras muchos requiebros y desvelos consiguieron que la vuelta a su tierra, pudiese quedarse un mayor tiempo, para conversar y aprender unos de otros.

Los días seguían su curso unos con buen tiempo en los que las flores y los vegetales comenzaban a lucir su hermosura y desplegaban sus envolturas primaverales al calor del sol y de las nubes, y otros en los que los días volvían a ser más de inviernos fríos y duros que de lozanas y nuevas primaveras.

- Cerrad bien todas las ventanas y apretad bien las puertas –dijo el prior a sus compañeros -. Llevamos tres días de tempestades y de lluvias tormentosas y parece que en vez de menguar los vientos parecen traernos peores momentos.
- Se nos ha inundado el cobertizo de abajo, - dijo el hermano Constancio muy resignado – y hemos tenido que llevar a los animales a recinto cercano a la capilla de la Virgen.
- Que la Virgen María nos proteja a todos – terminó diciendo el bueno de Ansio.
- Recemos con piedad y franqueza para que María la intercesora de los hombres nos proteja y haga que todo esto disminuya en intensidad – concluyó Ambrosino mientras comenzaba a leer unas preces devocionales.



El día siguiente continuó igual de ventoso y lluvioso hasta tal punto que la borrasca había arrancado y tirado varios árboles del sendero que conducía a la ciudad de Volterra.

La vida en el pequeño convento había pasado sin pena ni gloria, cobijados los monjes en una estancia que habían convertido en capilla, donde disponiendo de una mesa y una cruz de madera con pinturas de santos en sus extremos, y que servía de sencillo y humilde altar, rezaban por doquier y oraban santamente para que Dios clamase algo la naturaleza, en esos días tan tormentosos y fríos y que no acababan de pasar.

Cuando, ya casi de noche y solo se oían el batir de las ramas de los árboles cercanos movidas con presteza y desasosiego por los vientos, y los frailes se iban a cenar un mendrugo de pan y un poco de vino que algunas almas caritativas les habían llevado días antes al conventín, oyeron unos portazos, suaves y ligeros en un principio, dados en la puerta de la entrada con las palmas de las manos.

- ¿Quién llamará a estas horas? – dijo fray Ansio con cara de asustado y temerosos de que alguien incómodo o inoportuno turbasen su pacífica y desolada noche, mientras el monje repartía unos pocos y secos mendrugos de pan a sus compañeros.
- Vete a abrir la puerta, fray Constancio, y pregunta quién es, y qué desea a estas horas de la noche – mencionó el prior Ambrosino con palabras llenas de prudencia, y una cierta apariencia de tranquilidad y resignación.

El fraile, cuya envergadura y alta estatura le hacía tener que bajar la cabeza cada vez que penetraba por una puerta para no tocar con su cabeza el dintel, se encaminó con cierto sigilo hacia el lugar en que estaba la principal.

Abrió con premura el pequeño mirador situado en la parte superior de la puerta y comprobó dos rostros humanos tapados con una capucha mojada que tiritaban de frío y de humedad.

- ¡Ave María Purísima!
- ¡Sin pecado original concebida!

- Somos dos hermanas que nos hemos perdido en el monte y la noche se nos ha echado encima. Podríamos pasar, por el amor de Dios.
- Pasen, pasen vuestras personas. Por el amor de Dios esta casa no niega a nadie la hospitalidad y el cobijo.

El monje abrió la puerta corriendo el pestillo con premura, y pasando al interior las sufridas y desvalidas personas.

- Pero, por Dios, penetrad, por Dios. Si vienen caladas hasta los huesos.

Mientras estas cosas ocurría, y las dos personas desconocidas se despojaban de las primeras prendas mojadas, llegaron el resto de sus compañeros que extasiados y sorprendidos vieron como por el hablar se trataban de dos seres femeninos.

Ambrosino dijo inmediatamente:

- Traed, hermanos, los dos velones mayores de la capilla para que podamos ver mejor. Y poned más leña al fuego.

Luego, dirigiendo la mirada hacia sus compañeros dijo de nuevo:

- Fray Ansio, podríais preparar un caldo caliente de esas mollejas y patas de gallinas que hay en la alacena.

Aquella noche de estar silenciosa y tranquila, de estar en oración y con el alma en paz, pasó a ser una distinta nocturnidad, movida por los nuevos acontecimientos.

Los relámpagos y los truenos de los días anteriores parecían ahora huir hacia otros cielos lejanos, y una especie de paz y concordia llenaba aquellos recintos religiosos.

Pero no todos los monjes estaban así de relajados y pacíficos.

Había uno que por aquello de la empatía o de actos reflejos pasados, estaba sin que él pudiese saber a ciencia cierta el por qué con un nerviosismo interior indescriptible.

Era el lego, fray Gianni, aunque él no quería el apodo de fray, todos se lo llamaban al final, quien mirando a veces de reojo, y otras de frente, a aquellas dos mujeres, no parecía salir de su asombro y sorpresa, preguntándose a sí mismo:

- ¿Qué hacían dos mujeres a esas horas de la noche? ¿Cómo habían llegado hasta allí? ¿Y quiénes eran en realidad esas criaturas?

Esa curiosidad y esas ganas de conocer los misterios por los que habían llegado hasta allí esas personas, se palpaba en el ambiente, pero nadie por discreción o por humildad, era la hora adecuada, o la forma correcta de preguntar a dos seres que estarían muertas de desolación, hambre, frío y humedad.

La señora que parecía ser de las dos la de más alcurnia e importancia, habló como pudo con estas palabras:

- Perdonad este atrevimiento y nuestra intromisión en vuestra casa. Gracias por vuestra acogida. Somos las hermanas Baduina, y esta compañera, Felicite.
- Ayer por la tarde habíamos acampado, cerca de aquí, en las afueras de la ciudad Volterra, con las tropas del Emperador Federico Barbarroja, al mando de las cuales estaban allí el capitán Virgilio de Constanza. Veníamos en un carruaje tirado por un buen mulo, y nos acompañaban dos pajes que nos servían también de guardianes, e íbamos hacia Roma en peregrinación, pues nuestro voto y promesa es ir hasta la misma Tierra Santa.
- Pero, ¿ibais con las tropas del emperador? –interrumpió Ambrosino como queriendo indicar que aquel era enemigo de muchas ciudades italianas.
- ¡Ah, pero él no es tan fiero como lo pintan sus enemigos! Sólo nos daba protección en nuestro viaje. Pues, bien, después del almuerzo, - continuó la narración la mujer - y mientras la tropa descansaba tras largos días de lluvia y frío, mi compañera y yo salimos un rato del improvisado campamento, cuando el tiempo pareció mejorar y se abrieron claros en el cielo y cesó la lluvia, para conocer aquellos alrededores y los paisajes que parecían muy verdes y bonitos.
- Nos internamos un poco en los campos y seguimos un sendero que se nos antojaba seguro y apto para poder regresar – contó de repente su otra compañera para desatosigar algo a la dama que primero había intervenido en las explicaciones. Luego comenzó de repente a nublarse, y al pronto comenzó a caer un fuerte aguacero que hizo que nos resguardáramos tras un saliente de la ladera del monte.

- Como aquello no paraba de llover e iba cada vez con más fuerza la lluvia y el viento comenzó a soplar - prosiguió la breve narración la que se había llamado Baduina - nos dirigimos al sendero, pero al cabo de poco tiempo nos habíamos perdido. Estábamos pues, al cabo de un rato, bien perdidas, agotadas, cansadas y desesperadas, cuando vimos una señal de luz que anunciaba este lugar y creímos que era nuestra salvación. Vimos esta casa y nos llevó hasta aquí.
- Bueno, no es una casa cualquiera – dijo Constancio mientras dejaba unas ropas secas a las dos personas, que más bien parecían hábitos negros y raídos sobrantes de los monjes - . Es una hospedería y un conventín – continuó diciendo el monje - . También tenemos una capilla para orar a Dios, y unas habitaciones para el prójimo, si Dios quiere que las usemos para emergencias, para urgencias como estas.
- ¡Muchas gracias, por sus atenciones y cuidados, nosotras traemos ciertas viandas en las bolsas!
- ¿No perteneceréis a alguna orden religiosa femenina? – preguntó inocentemente el bueno de Ansio, mientras les daba unas raciones de pan duro y una sopa de caldo de gallina, y unas frutas tomadas de aquellos campos silvestres.

Hubo un breve momento de silencio y de tensión entre los pocos frailes que allí estaban y las dos damas femeninas.

Por fin, la dama principal respondió:

- Hemos estado en el Monasterio de las Benedictinas de Bolonia. Pero no somos monjas en el sentido estricto de estar dedicadas a los menesteres religiosos.

\*\*\*\*\*

A la mañana siguiente, después de dormir poco, de discurrir mucho en mente, y de reflexionar un tanto, bastantes intranquilos unos y alerta otras, pensando en los que les acontecería al día siguiente, fue cuando el sol, que con tibieza y sosiego

desplegaba sus primeros rayos de madrugada iluminando los pequeños habitáculos de aquel convento, les sacó de sus profundas reflexiones a unos y a otras.

El primer día fue de curiosidad mutua, de ansiedad compartida, de búsqueda de situaciones encontradas, de estudio respectivo entre un mundo muy masculino y otro sencillamente femenino.

Ellos tan nerviosos, solícitos y atentos a los pocos decires y necesidades de las damas.

Ellas tan recatadas, discretas y sensibles, como observando una regla monástica que se antojaba muy rígida y tensa.

Todos temían que aquellos inesperados encuentros pronto llegarían a su fin. Todos sentían una creciente desconfianza mutua, solo relajada porque había voluntad de que aquel encuentro terminaría con la aparición de gentes o soldadesca que buscaran a aquellas perdidas damas.

- ¿Si tenéis, por favor, ropa para lavar nosotras os la lavaremos prestas? – dijo la llamada Felicite con sumo gusto.
- ¡Y si queréis un libro de las obras y milagros de la Virgen María por el padre san Rosendo de Siena, llevamos uno de esos ejemplares tan de moda en estas tierras italianas desde hace un tiempo! – dijo Baduina mientras rebuscaba en sus bolsas de viajes.

Pero ellos nada querían que se les hiciera, según les fuera encomendado hacer en secreto por el bueno de Ambrosino.

Mas pasó el día y por allí nadie apareció preguntando por la situación de las damas perdidas en las cercanías de la ciudad de Volterra.

El segundo día fue de esperanza y todos esperaban que aquella situación llegara pronto a su final. Pero por el conventín no apareció nadie en varias millas a la redonda.

Algunos frailes lo achacaban a que el tiempo no era del todo bueno. O a que las tropas del Emperador Barbarroja estaban ocupadas en disponer de sus armas y vituallas.

Pero al tercer día de esperar que gentes de soldadesca o de ciudadanos de la ciudad preguntaran por aquellas perdidas y desconocidas damas, y de ver cómo el tiempo mejoraba su aspecto, y el sol comenzaba a lucir con más fuerza y calor en la campiña, sin obtener respuesta positiva alguna, los frailes comenzaron a sospechar de las verdaderas intenciones de aquellas damas.

Por su parte estas se mostraban cada vez más atentas y cariñosas con aquellos hombres de religión, dándoles a entender que ellas podrían recompensar los favores recibidos por ellos de alguna forma. Mas la prédica y prudencia de Ambrosino hacia ellas, pues había dado la consigna de precaución con aquellas mujeres, y de no hablar de cosas que fueran merecedoras de cumplimientos banales, superfluos o materiales, se cumplían bien hasta ahora por parte de los monjes.

A la cuarta y quinta jornada, y sin que nadie visitase el conventín, ni nadie preguntase por el paradero de ellas, la desconfianza, la distancia y la inseguridad mutua fue creciendo de una manera desmesurada, proporcionalmente inversa al primer atractivo y curiosidad de los encuentros iniciales.

Pero, fue al sexto día cuando la situación comenzó a ser casi irrespirable y las confianzas mutuas desaparecieron entre ellos y ellas, cuando la dama principal, Baduina, una vez que hubieron desayunado dijo cuando vio reunidos a casi todos los monjes, menos a fray Constancio que había salido en busca de más leña para el fuego de la cocina.

- Mi nombre verdadero no es Baduina, sino otro, perdonad si os he mentido con anterioridad. No fue nuestra sensatez la que obró de esa manera sino la necesidad de vernos privadas de lo más esencial en nuestras vidas: el honor y la virtud. Esta compañera es mi amiga hoy, y ayer fue mi sirvienta en el hogar de mis padres, y sí, su nombre fue y es Felicite, porque su alma está llena de felicidad, y siempre ha cuidado de nuestros pasos y de nuestra persona con suma bondad y atención. Ya empezábamos a querer compartir vuestra compañía, a convivir con vuestras mercedes, con vuestras sabias personas,

aunque fuesen sagradas o religiosas, más cuando hay uno de vosotros que me recuerda, por el parecido físico, a una persona que amé hace ya muchos años, las cosas cambiaron. Ustedes se han comportado con nosostras de una manera muy formal y correcta, quizás demasiado correcta. Es verdad que en nuestro deambular por el mundo adelante, desde hace algún tiempo, hemos conocido a personas de toda estirpe y condición social, a vagos y maleantes, a usureros que nos han engañado, y a pícaros que nos han ofendido, y a soldadesca que de nosostras se han aprovechado, y hasta religiosos que nos han defraudado, pero este no es el caso ahora. Gracias a Dios, de vuestras mercedes, de vuestras personas, que también sois hombres y lleváis pantalones debajo de los hábitos sagrados, nosotras nos hemos sentido protegidas. Y nosotras confesamos con piedad, con indulgencia por vuestros hábitos, y con misericordia divina - algunas veces hemos fornicado, perdón por esa palabra tan fuerte, con algunas personas que nos acosaron y nos pusieron en riesgo nuestros seres, porque nuestra vida corría peligro de existencia y nuestras almas estaban lejos de la salvación que todos añoramos de Jesús, nuestro Salvador. Hemos pedido limosnas, hemos vendido nuestro cuerpo para huir de la extrema pobreza y por vernos abocadas a la desesperación, al hambre, a la sed, y a una improba conternación, o depresión de la condición humana, lejos de la santidad y del buen obrar cristiano.

- ¿Y cómo habéis llegado a esa perversa situación tan lamentable? ¿Por qué no habéis puesto remedio a estas cosas malignas y malvadas, con otras formas más virtuosas y llenas de valores positivos, utilizando los mandamientos que Jesucristo nos mandó guardar y cuidar, y por eso quiso Jesús evitar los pecados y la depravación de nuestras almas, para con la fe, la esperanza y la caridad, ganar la vida eterna? – dijo sin más el bueno de Ambrosino con su rostro arrugado y desencajado por el engaño que ahora las damas estaban diciendo que habían hecho.

Todos los frailes seguían con gran expectación, menos el que había ido por leña, todos seguían con gran interés el relato de las vicisitudes de estas damas. Y como por paradoja, uno de ellos se imaginaba en secreto la vida anterior de la dama

como una bola de nieve que envuelve todo lo que pisa, y este era el monje llamado Gianni.

- Una importante fatalidad fue la que nos llevó a estar en esta mala situación, a llegar hasta el engaño. Os contaré brevemente mi vida. Mi vida estuvo siempre en casa de mis padres en la ciudad de Florencia. Mis padres se dedicaban al comercio de los paños y sedas que realizaban con mercaderes de Oriente. Era de buena familia y su negocio prosperaba muy bien. Yo era la niña mimada de mi padre, a la que llamaban Abritina, y por eso él siempre dispuso para mí un buen noble o mercader más rico que mi progenitor. O un convento de monjas decía si no era de su conveniencia mi casamiento con alguien del que yo misma estuviera enamorada.

Pasó un largo tiempo. Un buen día, por aquel entonces, yo Abritina, conocí a un hombre más joven que yo en diez años. Era un hombre esbelto, guapo, alto y joven. Siempre mi naturaleza ha sentido más inclinación por la juventud que la ancianidad. Mi padre, Luigi Bentoghi, quiso casarme con un rico y anciano comerciante llamado Federico Monteferi, y no quise hacerlo. Luego cuando surgió el amor verdadero con aquel joven de Florencia, el único varón de la familia Capellini, Maldini que así se llamaba, mi padre prohibió aquellos encuentros. Yo tenía casi cuarenta años y él treinta y tantos solo, pero nos amábamos con loca furia y enorme pasión. Un día que mi padre y mi hermano nos pillaron en actos licenciosos, hizo que se enfrentaran crudamente mi amante y mi hermano, y fueron las graves heridas de mi hermano las que le condujeron a una invalidez del brazo derecho y casi a la muerte. Por eso mi amado Maldini tuvo que huir, y con su huida mi vida acabó para siempre.

A la mitad de la narración uno de los religiosos se había quedado con la boca abierta, y no daba crédito a los que estaban oyendo sus oídos. Él era el último miembro que había llegado a esa comunidad de “Las Balze” regentada por Ambrosino di Perolli.

El tiempo pasa como pasa el andar de una tortuga, lento pero inexorable, despacio pero con huellas en la arena de haber estado allí, pesada pero infinitamente viva,



con arrugas pero feliz por su existencia todavía, con ritmo pausado pero llena de recuerdos y cuya memoria no borra el paso del tiempo.

Así sentía el lego Gianni di Capellini cuando dándose cuenta de lo que días de atrás había intuido, y no creído, sobre aquella dama, tomó por fin la palabra y descubriendo su cabeza, echándose la capucha para bien atrás dijo con palabras bien pensadas y seguras:

– Yo soy el que tiene que pedir perdón a todos y también a esta gentil dama que ha sufrido todo lo indecible por una causa de la que no tuvo responsabilidad ni culpa ninguna.

Yo soy, perdón, ese tal Capellini, del linaje de “Alejos”, antes llamado Maldini, gente que comerciaban con aceites y vinos por toda Italia y por el extranjero. Y no fue su padre sino el mío el que más se opuso a mi relación sentimental con ella. Yo tuve la mayor culpa de todo ello, y me mente me jugó entonces, y casi ahora mismo una mala jugada, pues mi mente se negaba a reconocer a esta dama como a mi antigua novia a la que amé hasta el infinito, y por la que luché hasta casi matar a mi futuro cuñado, es decir, a su hermano, Norberto, y de cuya existencia no sabía nada, y lo creía muerto, pues mi huida de Florencia fue tan precipitada como deshonrosa.

– Oh, eres tú ese hombre que había amado – dijo la dama al verse reflejada en su relato - y que mi amor por él había hecho perder mi cabeza, mi fama, y mis nervios, y huir yo también en tu busca, mas nunca pude encontrar ninguna pista tuya. Cuando al día siguiente de mi estancia aquí, pude observarte mejor, pero no podía imaginar que eras tú, hubo en mí como un reflejo de tu ser, pero me dije, no puede ser, todo es un espejismo por el desaliento y la fatal aventura. Estabas tan delgado y escuálido, tu voz apenas sonaba, tus ayunos y abstinencias hacia que tu cuerpo te volvía casi irreconocible. Tu larga y poblada barba, y tus cabellos lacios y abundantes, tu mísero hábito de monje, y hasta tu andar parecía diferente - con perdón para todos - me hacían olvidar que tú fueras aquel ilustre varón de la casa de los “Alejos” que un día amé y me entregué.

- Como ves – dijo el monje Gianni, antes Maldini, ahora con mayor énfasis y abierto bienestar - el diablo no ha podido con las tentaciones a que nos tiene acostumbrados, siempre hemos sido fuertes y concienzudos, aunque lo suyo con sus disfraces demoniacos nos ha costado el devenir de nuestros días, y casi nuestras vidas. Vosotras fuisteis la última tentación como hasta el mismo Jesús sufrió las tentaciones suyas en el desierto. Aunque como ya visteis os ayudamos a salir adelante a pesar de las mentiras y vicisitudes de todo lo sucedido.
- Esto hay que celebrarlo, y aunque todos somos pobres - dijo Ambrosino – en cambio somos ricos de espíritu y de corazón. Y tú, Gianni, deja los hábitos y abraza a tu amada, que la vida solo pasa una vez por la puerta, y si vosotros habéis tenido dos oportunidades no debéis dejarla pasar, pues nunca más, quizás, volverá a pasar por vuestro lado.

Y aquí termina este cuento hecho al itálico modo de Boccaccio, cuando la peste años después asolaba a Florencia, ciudad que es todo un mundo del arte, de la cultura, y que como vemos también, del amor y de los enamorados, esos que sueñan encontrar otra vez a sus amados cuando las circunstancias no fueron favorables la primera vez.

Fin del relato

## I) NOVENO CÍRCULO CONCÉNTRICO DEL TRECENTO

MANUSCRITO ANÓNIMO DE FINALES DEL SIGLO XIV (Trecento)

Recopilado por “el Universitas”. Universidad de León.

### JUICIO FINAL DE GIOTTO EN LA CAPILLA SCROVEGNI. EN PADUA.

#### INTRODUCCIÓN

Enrico de Scrovegni propone a Giotto de Bondone la construcción de una capilla privada en unos terrenos comprados por su padre en lo que fue la arena del anfiteatro romano de Padua, para que a continuación haga un programa iconográfico sobre los temas de la Virgen María y de la vida de Jesús, tomados de los Evangelios canónicos y del Evangelio apócrifo de san Jaime.

En ellos Giotto va a dar muestras de su calidad pictórica acometiendo escenas de gran valor visual y sentimental, observando atentamente la inmensa multitud de seres humanos y celestes que pueblan los frescos paduanos. Todo ello como reflejo a su vez del mundo literario y crítico de Dante, con los personajes de esas historias que reflejan con sus abigarrados gestos, sus llamativos ropajes medievales, sus miradas expectantes diversas, sus almas radicadas entre la dura existencia y el tormento o el dolor, o entre la placidez o la ansiada dicha feliz.

Enrico Scrovegni comunica a Giotto que él será el director encargado de todo el programa en el recinto religioso.

Giotto cuando hubo hecho el programa iconográfico propone que en puerta de entrada a la capilla hará un Juicio Final, donde aparecerá el propio Enrico ofreciendo a la Virgen el pequeño templo.

Todo este asunto viene a cuento de querer redimir a su padre, Reginaldo, un odiado usurero de Padua, que se había enriquecido avariciosamente con los bienes confiscados a sus vecinos, a causa de las deudas y de los grandes intereses que estos debían de pagarle.

Dante Alighieri en la Divina Comedia ya lo había condenado al Infierno, donde pagaría eternamente su malignas acciones usureras.

Y por tal motivo Enrique Scrovegni y Giotto dialogarán sobre estos asuntos, con estos tercetos encadenados a la manera de la Divina Comedia del escritor florentino.

**PRIMERA PARTE:**

**DIÁLOGOS AMISTOSOS**

**ENRICO SCROVEGNI A GIOTTO:**

PORQUE si Dios la justicia ya escribe  
con su Mente en el Libro, pues, Sagrado  
y los hechos que mi padre recibe

por sus graves pecados así dado  
los castigos por el mal de su usura  
y con penas del fuego castigado.

Ruego, pues, a María por su cura  
y traerle aquí una donada palma  
con que ofrecerle mi fe y mi dulzura.

**GIOTTO DI BONDONE A ENRICO SCROVEGNI**

CUANDO muere el ciego cuerpo, el alma  
En su desdicha inicia sin tardanzas  
el camino invisible con que calma

Queriendo ver cielo con sus andanzas  
y paz divina que dicen existe  
cuando hay positivo en las balanzas.

La parte que está sana coexiste  
Con el fuego de luz en su limpieza  
y con sol de fe y de valor se viste.

Bebiendo agua nítida de belleza

Manantiales de siluetas aladas  
Que desparraman brisas de pureza.

### **ENRICO A GIOTTO:**

¿PERO mi padre músicas sagradas  
ya necesita en su inquieta estación?  
¿Canciones que son de noches veladas?

### **GIOTTO A ENRICO:**

CUANDO seres que amaron con pasión  
ven su dicha volar a lo infinito  
pues sus almas perdieron la razón.

Y todos quieren tener un bonito  
final con el peso de cada muerte  
sin ver que todo en la vida es finito.

Y con tu sombra puede que haya suerte  
cuando ya traspase la blanca luz  
que hay más allá sin apenas verte.

Allí vagando entre un celeste alud  
vacío, con Caronte entre tinieblas  
pues los que esperan son ya multitud.

Siendo como aves que anidan con nieblas  
cuál rapiñas carcomiendo los huesos  
de los difuntos muertos entre nieblas.

-----

## **SEGUNDA PARTE**

### **SAN FRANCISCO INTERCEDIENDO ANTE DIOS PADRE**

EN ESTO hablando ellos la cosa estaba  
De lo bueno y lo malo, en la capilla  
Sin saber que Jesús les escuchaba.

Teniendo aquel legiones a la milla  
Ángeles con trompetas dan comienzo  
Allí donde la divinidad brilla.

Pues, el Juicio Final en este lienzo  
Con Patriarcas, Padres y muchos Santos  
Al Orbe todo juzgando está haciendo.

Serafines y arcángeles, con cantos  
Lo inundan de músicas celestiales  
No para los que sufrirán espantos.

En las noches oscuras e invernales,  
Horribles castigos, penas y fuegos,  
Lloros de remordimientos fatales.

Porque para el Padre esto no son juegos,  
Para unos son virtudes y alabanza  
Para otros son pecados, vicios y egos.

Para todos la mejor enseñanzas.  
Mirad, fieles, cómo el astuto Enrico  
Ofrece está pintura en remembranza.

¿Puede Dios dar misericordia al rico  
Cuando este fue consciente del pecado?  
¿Por qué “usura” ejerció con aplico?

Ahora pide no ser castigado  
llevando plegarias, y luces fieles  
quiere que de penas sea librado,

mas, sus actos tuvieron muchas hieles  
como la piedad divina infinita  
es, Purgatorio da, y así le veles.

---

### ***EL INFIERNO***

SIEMPRE se ha hablado del vil Infierno  
Con sus fuegos y seres condenados  
Que vagan penando en el duro Averno.

A horribles castigos encadenados  
Padeciendo suplicios, sufrimiento,  
Y por diez mil demonios acechados.

Nunca para ellos hubo un sentimiento  
Pues sus vicios, crímenes y pecados  
Fueron graves con gran asentimiento.

Por sus maldades fueron sentenciados  
Sufriendo mil castigos corporales  
Y con eternos fuegos rodeados.

Sus crudas mentes fueron informales  
Obtusas y sin arrepentimientos

JOSÉ LUIS ESCUDERO VÁZQUEZ

Inhalando azufres muy infernales.

Con suplicios en todos los momentos.

Muchos demonios pintados por Giotto

Y humanos con variados escarmientos.

Seres desnudos en aciago soto

Morada de macabros pecadores

Y un gran "Pandemonio" poniendo coto.

Judas mostrando congoja y dolores

Usureros con sus bolsas de mierda

Lujuriosas féminas entre hervores,

Vivir, que toda esperanza se pierda.

Muertes eternamente sufridoras

Como cochambres carnales de cerda.

Gentes llenas de avispas voladoras

Que carcomen con sus sucios aullidos

Ya las desnudas almas sangradoras.

Siniestros ahorcados mortecinos

Con diablos que exterminan con violencia

A pecadores, y a los mal nacidos.

-----



## EL PARAÍSO

### DIÁLOGO ENTRE DANTE Y GIOTTO

PARA ELLOS atrás quedó el rojo fuego  
Ahora la luz les mece con caricia  
Aquellos que bienes tuvieron luego.

Que todos aquí tienen sana albricia  
Cantares, jardines, gran regocijo  
Pues, Dios es siempre justo en su Justicia.

En el cielo todo es un Amor fijo  
Todo es Paz, Bien de la divinidad  
Fuente de luz donde el Señor bendijo.

Creador de toda la inmensidad  
El grandioso Cosmos que Él así quiso  
Soles y astros para la eternidad.

### DANTE A GIOTTO:

QUIERES pintar, amigo, el Paraíso  
Y decir con colores en el Juicio  
Que aquí nunca moró ningún Narciso

JOSÉ LUIS ESCUDERO VÁZQUEZ

Que aquí jamás hubo malsano vicio  
La sed se apaga con agua en pureza  
Y nadie se mueve en ningún litigio

Solo el Cielo es eterna sutileza  
Sempiterno manantial de alegrías  
Donde arte y virtud es toda belleza.

Suaves voces llenas de sinfonías  
Donde serafines cantan como ángeles  
Y las caras llevan las simpatías.

Aquí no hay acotación ni márgenes  
La bondad y piedad es infinita  
Un universo feliz con arcángeles.

### **GIOTTO A DANTE:**

Eso es y la satisfacción bendita  
Tú muchas cosas de aquí has escrito  
Yo daré luz y color al que habita.

Daré imagen a lo que yo medito  
Espacio y volumen, matiz eterno  
Región de Paz, azulado bonito.

Donde el Dios paterno hará de materno  
Los fieles se acogerán a su Amor  
Y las almas vivirán sin invierno.

Comerán frutos con deleite y sabor  
Amarán y beberán agua pura  
Y tendrán siempre el divino calor.

No necesitarán una cultura  
Pues en sus almas morará la suerte  
La ciencia, la fe y la grata dulzura.

Donde la voz nunca se dirá fuerte  
Y los mil susurros de los riachuelos  
Llenarán sus oídos sin conocerte.

Se llenarán de tapices los cielos  
Y el amor llenarán sus figuras  
Y la luz inundará sus anhelos.

### **DANTE A GIOTTO:**

NO VEO que lleves en tus pinturas  
Mujer que te sirva de grata guía.  
Yo a mi Beatriz en mis andaduras

Llevé allí; conmigo fue en esa vía,  
Mas tú solo llevas al hombre Enrico  
Scrovegni, y quiere estar así al día,

Y ser un santo, aunque también muy rico,  
Su alma debiera estar en Purgatorio

JOSÉ LUIS ESCUDERO VÁZQUEZ

Que allí en la Divina Comedia explico.

Y otra cosa critico en tu envoltorio:

¿Estás tú compartiendo, allí en las hileras,  
Como un Santo? ¿Acaso es tu sanatorio?

¿Quieres comer de sabrosas higueras?  
¿Ser partícipe en la nueva alborada,  
Y en medio de imágenes verdaderas?

### **GIOTTO:**

HE HECHO la fila que bien ordenada  
Invita a estar en cándida oración,  
Porque a María tienen por amada

Como si esto fuera la Anunciación,  
Que en grata procesión todos callados  
Vienen, como feliz meditación.

Y con Cristo Juez, estos son hallados  
Santos por sus virtudes y bondades,  
Y desde la “mandarla” son hablados.

### **DANTE:**

Veo tus gratas, buenas voluntades  
De hacer una auténtica obra pictórica  
Empleando nuevas realidades,

Removiendo una energía diacrónica  
Pero con el pincel de un ser humano  
Porque yo con letras hice una crónica.

Tú con sabia luz y color a mano  
Llenaste un divino espacio celeste  
Donde el Horizonte se ve meridiano.

-----

FIN

### **J) DÉCIMO CÍRCULO CONCÉNTRICO DEL TRECENTO**

EL UNIVERSO CELESTE EN LA PINTURA DE GIOTTO

- UN COSMOS EN EL CIELO -

Texto original de JOTA ELE VÁZQUEZ. UNILEÓN.

La infinitud del cielo en el Cosmos de Giotto, con sus azules neutros, o sus celestes ingravidos, dando toques a la pared con ciertos manchones, entre blanquecinos y azulados, que muestran cuál era la noción del firmamento que el pintor toscano tenía, y cuál era la expresión pictórica que Giotto quería imprimir y plasmar para los frescos

de sus cielos con un rápido y palpitante colorido, con un ciego devenir histórico. Porque le importaba poco el cielo y mucho sus nuevos aspectos figurativos, con novedosas imágenes que intentaba llevar a cabo en su nueva dimensión espacial y tridimensional.

Solo cuando el “cielo” tenía cierta importancia en sus contenidos como cuando los demonios son expulsados de la ciudad de Arezzo, o bien, con la “Adoración de los Magos”, en la Capilla paduana de Scrovegni, con la aparición en sus cielos del cometa Halley por primera vez documentado en una obra artística.

También se distinguió cuando san Francisco tenía algo que ver con el espacio celeste, y así fue en su subida a los cielos, o cuando con el carro es transportado a las alturas celestiales. Igualmente cuando un sinfín de ángeles y serafines vuelan y cantan por los espacios siderales como una pléyade de seres etéreos alrededor de la Divinidad.

Los cielos giottescos transmiten infinitud y pacifismo como los techos y las estrellas de la basílica superior, amplia perpetuidad, eternidad a secas.

Son sus seres diversos (condenados, diablos, santos o ángeles) los que nos dicen que están en el infierno o en los cielos como en el Juicio Final de la Capilla Scrovegni, no es el Cielo como tal el que nos sugiere esa impresión.

Pero eso sí, la unidad celeste casi siempre acompañan a las imágenes arquitectónicas, como lo hacen los altos edificios de ciudades o iglesias.

Pero, estos últimos de la mano quizás del propio pintor toscano, mas aquellos cielos azulados sin más detalles, ofertados al sinfín de sus discípulos y ayudantes.

Las noches estrelladas de Colle de Vespignano, en el valle de Mugello, de Asís o de Florencia eran sumamente brillantes y especiales en aquel tiempo del Trecento italiano. Todo el firmamento parecía brillar con solemne y divino colorido, con majestuosa armonía, como un éxtasis de sensaciones estelares y oníricas. En aquellas épocas las atardecidas primaverales y los crepúsculos otoñales se llenaban pronto de visiones estelares con nítidas y relucientes estrellas surcando los mares cósmicos.

## LAS DONCELLAS TOSCANAS

---

Era todo un espectáculo celeste, brillante y refulgente, divisar en las alturas miles y miles de astros que relucen en la noche como un inmenso campo de flores y luciérnagas llamativas, observar echado en el suelo, y con la cabeza mirando a lo alto, en esas noches casi eternas, y abiertas a los confines del firmamento, multitud de nebulosas amarillentas, de galaxias rojizas esparcidas y dibujadas por la inmensidad del horizonte cósmico. Un universo de color, de silencio, de amor y de misterio.

Y también sentir y palpar esa enorme masa informe de negritud, esa gran oscuridad que envuelve a la luz de las lejanas estrellas, y ese solitario vacío sin luz, donde los sueños se sumergen en los abismos siderales, y donde los agujeros negros solo existían en las mentes de los hombres más sagaces y atrevidos.

Y los misterios de Dios, que eran por entonces los mismos que hoy lo son del Universo celeste, eran visionados por los frailes de la Orden Franciscana, con el santo a la cabeza, como muestras divinas de la creación de Dios.

Muestra de un Universo grandioso, sublime, infinito, eterno. Una Via Lactea, donde pululan millones de estrellas, que seguía su camino hacia Santiago de Compostela, a donde pretendió ir por una temporada el mismo Francisco de Asís en suma peregrinación apostólica.

Los astros pululaban por doquier en aquel paisaje de la Toscana, del duecento y del trecento, y la suave visión que contemplaran aquellos ojos, con millones de navegantes y llameantes estrellas, donde quizás fuera para algunos, un tercio de parte apocalíptica, otro tercio de resurrección, y el último, de fe y confianza en la voluntad creadora de Dios.

Así pudo Dante Alighieri crear su universo particular del Cosmos en la Divina Comedia, con su peculiar cielo, su nuevo purgatorio y su diabólico infierno.

Y también sería Boccaccio quien en sus Cuentos del Decamerón nos pudo ofrecer algunas leyendas carismáticas por su fondo y forma, algunos cuentos teñidos de amor, fuego y simulando canciones celestes. Una sutil mirada al universo y al confín de las pasiones y valores humanos, un cielo estrellado lleno de poetas, damas, fulgores de solitarios soles, y un arco iris de esperanzas juveniles.

Porque el Universo siempre estuvo repleto de secretos, de misterios sin resolver, de esperanzas teñidas de vivos colores, de fe en la otra vida, de éxtasis en la grandeza divina, y por ende, de brillantes señales lejanas que hablaban de otras tierras, de otros novedosos territorios, de otras inquietudes celestes, y donde unos enormes ojazos nos miraban absortos desde planetas o estrellas lejanas, como existiendo en una pequeña mota de polvo perdida en los confines del Cosmos.

\*\*\*\*\*

## “UN POÉTICO UNIVERSO CELESTE”

### Poema compuesto para Giotto di Bondone

Es un Cosmos de azul y barro, plumizo estelar,

Es un espacio de libertad soñadora.

Cuando el Sol olvida sobre la arena toscana que Dios creó su manto de creación.

Cuando la blanca Luna sueña con ser Luna nueva.

Cuando los cometas sueñan con ser estrellas verdaderas

Y el cometa Halley (en 1031) inspira el sueño de Giotto

Para aparecer rápido y feliz

Como luciérnaga primaveral envuelta en su crisálida luz,

Iluminando los pasos inciertos de los Reyes Mágicos,

A través de desiertos de dunas volantes,

De caminos polvorientos del Oriente.



## LAS DONCELLAS TOSCANAS

---

Y la estela difusa de cometa como canción de luz angelical

Desfila sencilla y cortante sobre el Portal de Belén

Como fuente de desconocida luminosidad.

Imágenes del cielo azulado,

Pintadas con la luz de la luna clara,

Y entre pajas azules del misterio de un portal,

Pintadas con las lágrimas de las estrellas

Pintadas con las chispas del pincel giottesco

Plasmadas con las realidades que da el color de Colle di Vespignano.

Un horizonte de azulados claros y oscuros

De azulinos o azulosos borgianos

Entre manchones de blancuras grises en paramentos al fresco.

Cielos de Asís envueltos en las bóvedas irisadas de su templo

De chispeantes estrellas sonámbulas

Agarradas al cielo para no caerse de emociones

Sujetas al espacio para no sentir el peso de las sombras de la noche

Para huir entre estrellas fugaces hacia los confines últimos del universo.

En el Último Juicio de la consistencia humana

JOSÉ LUIS ESCUDERO VÁZQUEZ

Diablos que huyen de los cielos de Arezzo

Como almas que llevan las tempestades Infernales,

Como un averno de dudas, castigos y catástrofes.

Nebulosas teñidas por ángeles cantores.

Por arcángeles en su gloria.

Por carros celestiales que conducen al infinito cielo,...

Elevando el espíritu de san Francisco hasta la misericordia.

Rutas que conducen a los sueños de la noche

Hacia los abismos blancos de la muerte.

Noches de Cimabue o de Giotto,

Impregnadas de lapislázuli y cobaltos.

Aires teñidos de músicas en nocturnos invisibles

De amarillos matutinos

De naranjas atardeceres.

De mañanas que fueron hoy.

Un más allá de estrellas infinitas

De astros dibujados con briznas de carbones incendiados

De esferas tan lejanas que ni los sueños tan distantes pueden alcanzarlas.

## LAS DONCELLAS TOSCANAS

---

Manantiales de estrellas infinitas sobre nuestras cabezas,

Posadas en los techos de los cielos siderales.

Espacios de oscuridades perpetuas

Como Océanos de aguas estelares,

Sumergidas en la infinita nebulosa del gran Cosmos.

Donde las galaxias se explican por sus obras de luces infinitas

Y los espejos de los mares se miran en el interior de millones de astros solitarios,

Donde moran millones de palabras juguetonas en el espacio,

Millones de astros con millones de bocas que suplican oraciones en el tiempo,

Tomadas del Gran Diccionario Estelar que es el Universo.

Universo, el “único verso” que aún nos queda.

Giotto y nosotros.

En la más solitaria y absoluta inmensidad de las nuestras almas,

Donde habitan los más sufridos soñadores,

Los más detestables pecadores.

Los más insólitos seres sufridores.

Cosmos plagado

De las más sinceras ilusiones

De las más abiertas emociones,

JOSÉ LUIS ESCUDERO VÁZQUEZ

Como frascos de fragancias estelares.

Porque, quizás, el cielo estrellado solo sea la ilusión perdida de la noche

El camino escondido del amor,

El espacio de la soledad que es perpetua.

Como un mar sin aguas en su seno

Como una tierra sin arcillas en su vientre

Como un hombre sin nostalgias en sus sueños

Como una luz sin su energía de misterio.

Quizás la Nada y el Universo sean la misma cosa:

Un pasado que fue el futuro del presente.

Perdón, perdón, quise decir:

El futuro que será la madrugada del hoy.

O mejor dicho...

El Mañana del presente...

FINAL

José Luis Escudero Vázquez

León a 23- 26 de septiembre de 2013

**TERCERA PARTE DE LA NOVELA**

**K) UNDÉCIMO CÍRCULO CONCÉNTRICO DEL TRECENTO**

**TEATRO DEL TRECENTO POR EL GRUPO ITALIANO  
DE LA UNIVERSIDAD DE PISA “ESTUDIO  
UNIVERSITARIO DEL CAVALIERI”**

**OBRA LITERARIA TEATRAL COMPUESTA DE:**

PRELUDIO

INTRODUCCIÓN A LA OBRA DE TEATRO

ENTREMÉS RELIGIOSO

OBRA COMPLETA EN SEIS ACTOS

\*\*\*\*\*

## PRELUDIO:

### A) SITUACIÓN FÍSICA Y GEOGRÁFICA DE LA OBRA DE TEATRO: “EN LA REGIÓN TOSCANA”

### B) PERSONAJES:

- CIMABUE, HOMBRE SERIO Y HONRADO, Y MAESTRO DE PINTURA.
- BELLAMIRA, amante de Cimabue.
- San FRANCESCO, fresco de Giotto en el que se quita la ropa y se la da a su padre.
- PEDRO DE BERNARDONE, padre de san Francisco
- DONNA PICA, madre y de noble familia provenzal.
- DANTE ALIGHIERI Y BEATRIZ PORTINARI ( Amor Sacro)
- PETRARCA Y LAURA (Amor platónico)
- BOCCACCIO Y FIAMMETA (Amor sensual)
- GIOTTO Y SU ESPOSA RECEVUTA (MONNA CIUTA di Lapo del Pela)
- REGINALDO SCROVEGNI , USURERO Y MALVADO
- DOS AYUDANTES DE SCROVEGNI ( Filippo + Giovanni)
- ENRICO SCROVEGNI, HIJO DE REGINALDO
- HERMANOS PISANOS, ESCULTORES
- MERCUCCIO, GOBERNADOR DE LA PLAZA: AMBICIÓN
- MALVICIO, PERVERSO, RICO MERCADER, MALO, MALO, MALÍSIMO.
- FRAY ANDRÉS, DEL CÍRCULO FRANCISCANO, DE LA ESPIRITUALIDAD. (POBREZA Y HUMILDAD)
- FRAY REGINO, DEL CIRCULO FRANCISCANO DE LA CONVENTUALIDAD (DISCIPLINA, ORDEN Y DEPENDENCIA DEL PAPADO.
- EL OBISPO DE ASÍS, GUIDO, QUE DA MÁS RAZÓN A LOS MONJES CONVENTUALES.
- NISSETTA (TISBE), MUJER PRUDENTE, MESURA, DE LA FACCIÓN DE LOS NERI (Negros)
- AZURINA , amiga de Nissetta (Tisbe)
- NORA, amiga de Nissetta (Tisbe)).
- CASSANO (PÍRAMO), IMPRUDENTE, DESAFORADO, INTRÉPIDO, FACCIÓN DE LOS “BIANCHI” (Blancos)
- A) BENICCIO MALTESI, hermano de Nissetta (Tisbe)
- B) REGINALDO MALTESI, hermano de Nissetta (Tisbe) (No quieren a Píramo)
- JACOBO, PÍCARO, MENTIROSO, VENDEROR DE FRUTAS Y HORTALIZAS.
- DOS AMIGOS DE CASSANO (PÍRAMO):
- 1.- ROBERTO, ENAMORADO EN SECRETO DE NISSETTA (TISBE). TIENE CELOS DE CASSANO (PÍRAMO).

- 2.- MARCO, VARÓN LEAL Y SINCERO, POR PÍRAMO

**C) ESTUDIO DE POSIBLES UBICACIONES DE LAS ESCENAS:**

PRIMERA: EN LA PLAZA DE “SPEDALE DEL CEPPO”, EN 1514 SE LE AÑADIÓ UN PÓRTICO DECORADO ON UN FRISO POLICROMADO DEL TALLER DE DELLA ROBBIA, QUE REPRESENTA LAS “OBRAS DE MISERICORDIA”, UNIDAS A LAS VIRTUDES CARDINALES Y TEOLOGALES.

SEGUNDA: EN LA PLAZA MAYOR DE PISTOIA: Piazza del Duomo.

TERCERA: EN EL INTERIOR DE LA CATEDRAL DE PISTOIA. Duomo de san Zeno (Zenón)

TAMBIÉN ALGUNAS ESCENAS EN LA PLAZA DE LOS MILAGROS EN PISA

ESCENA DE LAS “RENUNCIAS DE LOS BIENES PATERNOS” EN LAS CALLES DE ASÍS.

PERO AL FINAL SE ELIGE LA FAMOSA PLAZA DE LOS MILAGROS DE PISA, CON SU CATEDRAL, SU BAPTISTERIO Y SU TORRE INCLINADA.

**D) TEMAS Y ARGUMENTOS: SE PUEDEN ELEGIR VARIOS TEMAS DIFERENTES. UNO O DOS POR CADA ESCENA O ACCIÓN CORRESPONDIENTE. LOS ASUNTOS SERÁN TRATADOS SEGÚN LAS CIRCUNSTANCIAS DIVERSAS.**

\*\*\*\*\*

***INTRODUCCIÓN TEATRAL Y ENTREMÉS RELIGIOSO DEL CUADRO DE SAN FRANCISCO DE ASÍS.***

***INTRODUCCIÓN TEATRAL***

Autores de la Introducción y del Entremés Religioso respectivamente:

D. EMILIO CORELLI

D. ANTONELLO DE PISA

PROFESORES DE LA FACULTAD DE ARTES Y LETRAS DE LA UNIVERSIDAD  
DE PISA

Personajes de la Introducción:

CIMABUE, pintor toscano.

BELLALMIRA, amante de Cimabue.

(ENTRAN EN LA ESCENA DECORADA CON UN PAÑO, CARTEL O ESCENARIO, PINTADO CON LAS TRES GRANDES OBRAS DE PISA: CATEDRAL – BAPTISTERIO Y TORRE INCLINADA).

***CIMABUE.***

QUISO ponerme el Autor en este escenario, a los pies de este Campo de los Milagros, junto a estos grandes escenarios donde luego, Galileo Galilei arrojara desde lo alto de esta magna y original torre, una bola de hierro y una pluma de ave, solo para demostrar la velocidad de los cuerpos, que quiso que fuera homogénea o uniforme. Y digo esto, porque el autor de esta esperpéntica y casi surrealista obra de teatro, me ordena decirlo, pues los componentes de este grupo teatral, son de la Universidad de Pisa, con la que otra Universidad de España, en concreto la Universidad de León, tiene un convenio de colaboración. Y como hay una especie de competición, tanto artística como literaria, y siempre se dijo que de la competencia viene el progreso, pues el aburrimiento y el conservadurismo no hacen progresar a los pueblos en sus afanes de superación, en sus condiciones humanas y sociales.

Ah, perdonad, por no haberme presentado antes. Soy Cimabue, aquel artista, con perdón, que Giorgio Vasari quiso hacerme y coronarme como el Maestro de Giotto, quiso señalarme como un artista pero que luego fue superado por el discípulo.

¡Giotto! ¡Giotto! Otras personas, profesores y estudiantes, expertos e investigadores ya han hablado en otras páginas de sus obras, de su vida, de sus riquezas y de su buena suerte.

Yo diré que él me superaría en edad de vida, de dignidad social, en riquezas materiales, en fama y en gloria. Pero, eso no viene ahora a cuento, que yo también tuve mi propia vida, que Vasari no contó toda porque nadie se lo dijo o no lo supo. Cenni di Pepo, ese es mi nombre primero, allá en Florencia, por los años de mediados del siglo XIII, ese llamado con más pena que gloria, el “duecento italiano”. Trabajé en Roma, y en la Basílica primera de Asís, donde los franciscanos querían mis proyectos y las pinturas al fresco en aquellas inocentes paredes tan blancas como la cal, que luego los continuaría en la basílica superior el buen de Giotto. ¡Qué tiempos más felices y también más lejanos aquellos en la Italia medieval, aunque solo lo fueran para los ‘pintores como Cavallini, Torriti, Arnolfo di Cambio, o en esculturas nuestros amigos Nicolás y Giovanni Pisano, o en Siena, Duccio di Boninsegna o Simone Martini. Pero, dejemos a los artistas con sus recuerdos y sus sabores de colorismo y belleza, y vayamos al por qué d que yo estoy aquí.



**BELLALMIRA** (Entrando como de sorpresa en el escenario)

Pero, Cimabue, ¿qué cuentas a estos espectadores? Aún aguantan tus quejas palabras, de que los artistas sois siempre unos incomprensidos, unos seres distantes y lejanos de la población. Que solo amáis vuestras pinturas, vuestros creativos pigmentos, vuestras geniales ideas de aquí para allá. ¿Por qué no atendéis las necesidades vitales de vuestras señoras como atendisteis esas cosas del pintar y de hacer retratos para otros?

**CIMABUE.**

Ya estas mujer reprochándome lo que hacemos los artistas, y lo que no realizamos con vosotras. ¿No tenéis ya con la manutención, no poseéis las telas para hacerlos los vestidos que os parece, no habláis con vuestras vecinas y comadres de los chismes y dichos, tan irrisorios y vergonzantes, de los dichos que nunca vienen a cuento?

**BELLALMIRA.**

Si con los pocos ducados que me dais no tenemos ni para potingues ni enjuagues de boca para daros buen aliento, y mira a ver si tú no tienes para comprarte todos esos raros pigmentos como el “lapislázuli, que viene de China o de la India.

**CIMABUE.**

Ahora sales mujer con eso. Si no fueran por las largas y sensuales noches, muchos varones que acompañan a sus mujeres por el día a la iglesia para la celebración de los sacramentos, se irían a coger setas después de las lluvias de otoño para después sazonarlas con un trago de buen vino de Chianti. Que eso también al paladar le vuelve loco.

**BELLALMIRA.**

¿Qué harías vosotros si no fuéramos por nosotras las mujeres? ¿Qué viandas y alimentos comeríais bien aderezadas y succulentas? ¿Quién os lavaría las ropas para ir más limpios y decentes al trabajo?

(Sale la mujer un poco despechada después de escuchar estas ingratas palabras)

**CIMABUE.**

Sí, sí, vete, vete. Que yo voy a hablar para lo que me ha traído aquí el autor de esta obra de teatro. Bueno, ahora que él, no me ve ni me oye porque se ha ido a Florencia a ver a una mujer italiana que le saca de quicio, os diré, que lo que él llama obra de teatro intentando imitar a Lope de Vega, a Calderón de la Barca, Tirso de Molina o hasta la mismo Shakespeare, no le llega ni a los pies de ellos, ni en pintura, qué mira que yo de eso sí sé bastante.

Quiere el autor ponerme como un Juez justo, pero yo no sé de derecho ni de leyes. Pero, por una vez me ofreceré para apaciguar las confrontaciones y las disputas que tienen entre ellos, sobre cuál es el mejor lugar, o ciudad, para representar estos actos teatrales. ¿Y queréis que os diga la verdad? Pues que estos ajetreos, y estas discusiones sobre cuál es la mejor situación geográfica para enmarcar este teatro, estas cosas que se debaten me gustan mucho. Y lo disfruto de lo lindo. ¡Haré de “paternóster” de la actuación!

Mirad, lo que cada uno pretende, unos por egolatría, otros por vanidad, los más por orgullo hacia su ciudad, y otros por la ambición de salir en los papeles, como si ya existieran los periódicos y revistas.

(Luego hay un pequeño receso. Un silencio de pocos segundos, en los que Cimabue coge un documento, en el que figuran los nombres de esas ciudades, o lugares, que cada grupo quiere escoger para la representación)

**CIMABUE.** (Leyendo con voz pausada, meditada y solemne)

Todos quieren una ciudad suya, peculiar, para la representación en escena. En la introducción se hace ver cómo cada uno quiere una ciudad determinada para construir el drama de la obra teatral:

- POR UN LADO DANTE QUIERE realizar la obra en Rávena, ciudad de acogida. y desea situar en su “Paraíso” de la Divina Comedia.
- BOCCACCIO DESEA que sea en su jardín de Venus.
- PETRARCA QUIERE para honrar a su amada a Arezzo, de donde es él natural.
- GIOTTO QUIERE que la obra se represente en la ciudad de Florencia, donde ve más posibilidades de realización.
- LOS ACTORES DE LA OBRA, en su mayoría de LA UNIVERSIDAD DE PISA quieren que la obra se represente en el campo de los milagros, entre el Duomo y la Torre inclinada de Pisa.
- LOS PADRES FRANCISCANOS, Y EL OBISPO DE ASÍS, GUIDO, QUIEREN QUE SEA EN LA CIUDAD DE ASÍS.
- Y PISTOIA que no tiene nada que envidiar de las demás candidatas.

¡Difícil panorama con tanta ciudad candidata se me presenta a mí! Esta papeleta de ser juez y casi parte en un juicio sin abogados, sin un criterio objetivo único, y solo con la ayuda de Dios y de mi buena voluntad!

### **BELLALMIRA.**

(Entra la mujer trayendo entre sus manos un retrato al temple pintado por Cimabue)

Bien acuden a ti, Cimabue, hijo de la noble familia florentina de los Cimabui, los principales señores de Florencia y de la Toscana para pedirte un sinfín de cosas, para que hagas de hombre bueno y sabio, para que elijas el lugar idóneo y adecuado para realizar la representación de una obra de teatro en la que se quiere marcar la diferencia y la competencia, sana eso sí según decís vosotros, entre una Universidad española y otra italiana, sabedores de que lo italiano en arte de esta época prima y mucho por encima del puro gótico que en aquellas épocas se hacía en el norte de España.

Te dices que solo haces pintar lienzos al temple y grandes frescos religiosos en las iglesias o en las basílicas, pero he aquí una muestra de que no solo pintasteis eso, sino que una comadre me ha traído esta imagen de ella, que un día le pintasteis para recibir sus favores, (que a mí también me ha costado mis ducados de plata) y ella está muy bella en este cuadro, y para mí no te has dignado ni dibujar mis armoniosas

composturas, ni mi gracia y deleite, ni mi cara de dama de medieval belleza. ¡Y luego dices que yo te4 crea el mejor en el arte de la pintura!

¿Crees tú que te lo mereces?

¿Crees tú que todas son tan buenas y menesterosas como yo lo he sido contigo?

¡Preocúpate algo más de mí y yo te ayudaré en la elección del lugar más apropiado para representar la obra titulada, ¿cómo dices que se titula?

### **CIMABUE.**

¿Qué se va a titular? ¡"Un verano en los campos de la Toscana"! Bueno, o algo parecido.

### **BELLALMIRA.**

Mejor sería titularla: "Luces en los campos de Pistoia". ¿No queréis que las escenas principales se desarrollen allí?

### **CIMABUE.**

Pues mira, mujer por cuanto me has dado una buena idea. La titularemos: "Sueños en un mundo toscano". Así valdría para todas las ciudades.

### **BELLALMIRA.**

¿Sueños?

Sueños para todas las ciudades no, amado mío. Solo para unir nuestros sueños a nuestra Florencia. Vayamos a la cama, que nuestro sueño de amor clama la noche, que mañana será otro día. Y dejemos a la luna y los demás actores hacer el resto del drama, a hacer sus papeles como mejor tengan y puedan. Y que el director de obra reparta suertes. Y aquel autor de todo esto, antes de escribir un drama a lo sublime y a lo trágico, beba un buen vaso de buen vino añejo, mejor de un "Sangiovese" caro y delicioso, y cene una estupenda y sabrosa comida que haga las delicias de su estómago y la alegría de su corazón.

### **CIMABUE.**

Que Dios nos coja confesados, que los frailes franciscanos se apiaden de nosotros, que los literatos, Dante, Petrarca y Boccaccio nos perdonen nuestras negligencias y nuestras venganzas, que nuestros pintores nos por indulten nuestras envidias hacia ellos, que nuestros ciudadanos nos animen en nuestros quehaceres, y que Platón y Aristóteles nos den más sabiduría e inteligencia para afrontar todos los problemas que la vida nos pueda a ir presentando.

\*\*\*\*\*

## ENTREMÉS RELIGIOSO DEL CUADRO DE GIOTTO

“La renuncia de san Francisco a los bienes”

Se abre el telón, con el fondo pintado el cuadro al fresco “LA RENUNCIA DE FRANCISCO A LOS BIENES” en las CALLES DE ASÍS.

Comienzan a aparecer todos los componentes del cuadro que pintó Giotto en la Basílica superior de Asís, en el 3º de los tramos del muro norte. Se colocan en la misma posición que el pintor toscano hizo para el mural. El padre en actitud de confrontación con su hijo, el obispo que luego le cubrirá con su capa pluvial en tonos azulados, un amigo de la familia sujetando el brazo de su padre para que no vaya tras Francisco. Dos canónigos que acompañan al obispo Guido. Mas el resto de las gentes del pueblo que asisten al espectáculo teatral, de la renuncia a los bienes materiales de este mundo, mientras el “poverello” de Francisco mira al cielo en busca de Dios, y de su entrega definitiva. Las ROPAS están aún sin recoger.

## **PEDRO DE BERNARDONE (Padre de Francisco):**

ESTE HIJO me saca de quicio, me da disgusto sobre disgusto, para qué engendrar un ser si este te aborrece antes d llegar a su madurez. ¿Para qué se hizo, oh, Dios, la adolescencia? ¿No se pudo saltar esta etapa de la vida, y hacernos maduros y mayores con un juicio distinguido, esclarecedor, con una razón lógica y sabia, con una conducta recta y segura con sus padres, como todo el mundo hace. Con una actuación normal, sana, cordial. Como todo el mundo hace. ¡Oh Dios, por qué me has dado a mí un hijo como este, caprichoso, testarudo, vago, rebelde, insumiso! ¡Más quisiera yo haber tenido diez o doce o perros ladrones, furiosos, pero leales, fieles o sumisos, aunque fuesen de la raza más disparatada o tergiversada de los canes, que un hijos como este que me aborrece todos los días, que no es fiel a los negocios de la familia, ni leal a sus clientes, a los que regala todo lo que encuentra por la tienda, ropas, telas, solo por el placer de esa llamada misericordia o caridad. ¿Por qué Dios me ha dado un hijo así?

## **DONNA PICA:**

Calla, por Dios, Bernardone. ¿No le oye Uds, señor Obispo rezongar y maldecir a su hijo, sangre de su propia sangre, semilla de su misma progenie?

¡Oh, si mi padre, allá en la Provenza de dónde venimos y fuimos en varias generaciones, oyese y sintiese decir estas desquiciadas cosas, estos innecesarios insultos hacia su hijo!

¡Por lo santos de que vieron pisar el suelo de Jerusalén, por las almas que vieron sentir el pueblo de Galilea, danos un mejor cuerdo con nuestras oraciones sagradas!.Danos paz, y una voluntad llena de bondad para arreglar estas cosas! ¿Ayúdenos, don Guido, en estas disputas bizantinas, ayúdenos, gentes de Asís, que si Dios no lo remedia, todo se irá al traste y a la ruina en estos trances?, ¿Dónde será una feliz unión entre padre e hijo? ¿Auxílianos, María, Madre de Jesús, para solucionar este problema de convivencia entre padre e hijo?

¿Por qué quién cuidará nuestro negocio en un futuro, sin un padre que mime a su hijo, sin un hijo que ame a su padre, a que duque o conde acudiremos en busca de protección, a que santo Papa invocaremos en nuestras plegarias?

### **FRANCESCO:**

Madre mía, si Dios es mi modelo de Padre magnánimo, si Jesús es mi hermano y mi dicha a seguir. ¿Por qué queréis que siga otro camino que no sea el de la perfección en la sublime misericordia de Dios?

### **OBISPO GUIDO DE ASÍS:**

Pero, vamos a ver Francesco, los caminos de Dios son muy diversos, y están también llenos de santidad. Los hijos deben seguir a sus padres en todas las doctrinas de la iglesia, y aprender con mesura y prudencia el oficio que ellos tienen, sino ¿cómo piensas vivir en el futuro?

¿Quieres hacerte un hombre religioso como yo, sin haber estudiado a los santos Padres, las cartas de los Apóstoles, los sabios latines de los doctorados ilustres, ni el “trívium” ni el “cuadrivium” que las universidades apuestan a extender?

### **FRANCESCO:**

¿Saben las aves del cielo latines y nuestra cotidiana lengua natural, y sin embargo Dios las nutre de alimentos en los extensos campos de la naturaleza, y les da agua clara y transparente de manantiales, arroyos, ríos, o lagos?

Estudiaron las estaciones del año cuando las flores deben de florecer en la primavera, los animales silvestres parir en el cercano verano, los árboles en el otoño dar sus frutos, y las fuentes cargarse de agua de la nieve del invierno? ¿Quién les enseñó esas cosas?

Y sin embargo, todas siguen sus vías y sus senderos adecuados, y sin haber estudiado latines ni griegos conocen cuando dar flores los arbustos, cuando parir los seres naturales, cuando llenar sus vientres de agua fresca y pura las lagunas, y cómo compartir los frutos y los bienes de la Naturaleza todas las criaturas, que Dios puso ahí para disfrutar como si de otro edén o paraíso fuéramos menester.

### **OBISPO GUIDO:**

DE ACUERDO Francesco, Dios puso la Naturaleza para que viéramos en ella su poder omnipotente, su gran magnificencia, su grato entusiasmos por las criaturas de la Tierra. Todo eso está bien. Mas, ¿crees tú que el hombre por si solo sin la ayuda de Dios podría vivir sobre la faz de la tierra?

### **FRANCESCO:**

El Señor de las Alturas ha hecho las maravillas de este mundo para que apreciáramos su benevolencia y su ecuanimidad, a repartir entre todos bosque, prados, valles, ríos y montañas.

Pero el hombre intenta no respetar el equilibrio natural. La convivencia entre distintas especies es difícil pero con la ayuda del Creador sí se puede resolver este problema.

JOSÉ LUIS ESCUDERO VÁZQUEZ

Yo confío en Él y a Dios eterno ofrezco mis bienes de este mundo, porque mi único Padre será a partir de hoy el Padre Celestial.

(Comienza a desvestirse y a entregar a Pedro de Bernardone la ropa que traía puesta en su cuerpo).

## **EL OBISPO GUIDO:**

Pero, muchacho, ¿qué estás haciendo?

¿Pretendes convencernos a todos que con desnudarte eres mejor cristiano que nosotros?

## **FRANCESCO:**

Dos cosas os digo tanto al gobernador como a mi padre, aquí presente y a ti:

Primero que las riquezas que poseéis tanto en los Palacios como en las Mansiones, como en muchas basílicas, no dan la felicidad y la dicha que Dios dice que da a sus criaturas de una manera natural

Segundo si me estoy despojando de mis vestiduras, es para significar que la pobreza y la humildad fue la que un día Jesús practicó entre el pueblo de Israel. Y yo siguiendo su ejemplo me despojo de todas las vestimentas que mis padres terrenales me dieron para huir del frío, de las inclemencias del tiempo, y del puto y vergüenza que para unos puede simbolizar la auténtica desnudez. El alma debe estar en común armonía con el cuerpo.

(Las gentes se horrorizan de la total desnudez de Francesco, mientras el obispo con su capa pluvial en tonos azules intenta taparle las vergüenzas como puede)

## **PEDRO BERNARDONE:**

Eres un enorme insensato hijo, ¿dónde está tu cacareada moralidad, tu franco pundonor, tu buena honestidad? Pretendes hacernos creer que nosotros somos menos cristianos que tú, solo porque te quitas toda la ropa y nos las dejas tirada en la calle, cubriéndote solo como tu madre te trajo a este mundo?

## **MADRE DONNA PICA:**

Hijo, ¿por qué haces todo esto?. Para servir a Dios no hace falta tanta necesidad de demostrarlo esta manera. Vístete que así también podrás honrar igual a nuestro Dios.

**FRANCESCO:**

Pero, madre, ¡no hago estas cosas por complacer el cuerpo ni el alma de mi ser humano! Lo hago porque quiero servir a Dios partiendo de cero. Y solo, a partir de ahora mi único padre será el que está en el Alto Cielo. Desde este momento aborrezco a mi padre Bernardone. Y elijo a Dios como mi auténtico Padre.

**NIÑO PRIMERO:**

(Gritando desafortunadamente e intentando tirar unas piedras que llevan escondidas en su ropa por tomarle por un loco, como oían contar a sus mayores de Francisco)

¡Tío asqueroso! ¡Piojoso! ¡Loco!

**NIÑO SEGUNDO:** (de igual manera)

¡Sinvergüenza! ¡Maleducado! ¡Botarate!

**DONNA PICA:**

¡Hijo, no me hagas sufrir más de lo que puedo soportar!

**FRANCESCO:**

¡Madre, contigo no va esto! ¡Solo a Dios debo obediencia, amor y castidad!

**DONNA PICA:**

(Llevándole las ropas que ante había recogido de las manos de Bernardone)

¡Por Dios, hijo, por ese que tanto proclamas,! ¡cúbrete con vestiduras adecuadas!

**FRANCESCO:**

(Rechazando las ropas que su madre le intenta entregar)

Mi acto no es una actuación mundana, madre. ¡Es la voluntad de Dios! Y mi conducta está movida por esos sentimientos hacia los demás, hacia el prójimo, a la que el Padre altísimo me manda entregarme en cuerpo y alma.

(De entre los que miran la escena detrás del Pedro Bernardone, salen dos jovencísimos seguidores de Francisco. Son los futuros fray Andrés y fray Regino, luego respectivamente el primero será seguidor de la máxima pobreza y espiritualidad de los franciscanos, y el segundo será partidario de una disciplina con más mesura y menos rigurosa, y seguidor de los miembros conventuales)

JOSÉ LUIS ESCUDERO VÁZQUEZ

## **ANDRÉS Y REGINO:**

(Hablando los dos al mismo tiempo, y quitándose sus capas para dárselas a su compañero Francisco)

¡Alabado sea Dios! ¡Bendita sea tu alma Francesco!

## **FRAY ANDRÉS:**

¡Ponte, por favor, estas capas nuestras!

## **FRAY REGINO:**

Vayamos, Francisco, a rezar a la iglesia de san Damiano. ¡Nuestros hermanos te esperan!

FINAL DE ESTE EPISODIO.

## **L) DUODÉCIMO CÍRCULO CONCÉNTRICO DEL TRECENTO**

OBRA DE TEATRO EN SEIS ACTOS:

“LOS AMANTES DE SIENA”

AUTORES DE LA OBRA:

GIORGIO FRANCATI. LIBRETISTA.

FRANCESCO RIMINI. POETA.



# LAS DONCELLAS TOSCANAS

---

Y EL CUADRO DE ACTORES DE LA COMPAÑÍA “LA GIOTTESCA”.

## “LOS AMANTES DE SIENA”

“LOS AMORES de CASSANO Y NISSETTA, y de ORIOLANO Y ANIETINA.”

*La Pantalla del escenario, el telón del fondo será una gran diapositiva de la obra de Ambrogio Lorenzetti, del Salón de los Nove (Nueve) consejeros del Gobierno de la ciudad.)*

## ACTO I

SE ABRE EL TELÓN DEL ESCENARIO SITUADO EN LA PLAZA MAYOR DE LA CIUDAD DE SIENA, CON EL FAMOSO CUADRO DE CARÁCTER CIVIL, QUE AMBROGIO LORENZETTI PINTARA PARA EL PALACIO COMUNAL DE SIENA, ENTRE 1338 Y 1340, DENOMINADO “LOS EFECTOS DEL BUEN GOBIERNO EN EL CAMPO Y EN LA CIUDAD”.

HAY UNA COMPOSICIÓN LINEAL DE PARTE DE LO QUE SUCEDE EN EL CUADRO PICTÓRICO. LOS PERSONAJES COMIENZAN A MOVERSE Y A ACTUAR, DEAMBULANDO POR LA CALLE PRINCIPAL DE LA URBE.



## AL COMIENZO DE LA PRIMAVERA

### ESCENA PRIMERA

(Llega paseando por las calles una mujer, Anietina, con un cántaro de agua entre sus manos y balbuceando una cancioncilla popular)

ANIETINA:

Alondras se van con las madrugadas  
El ruiseñor entona al nuevo día  
Que llega el Señor del Palax, ¡porfía!  
Con su corte de bocas y alegres lozanas.

(La saluda jocosamente el pícaro galán Jacobo que porta en una cesta unos pedazos de pan recién horneados y muy tiernos, pero algunos pedazos están muy quemados)

JACOBO:

Buenos días tenga su merced, doña Anietina.  
Señora dama, la más noble de esta ciudad toscana  
Contigo me iría a Egipto en busca de perfumes muy olorosos,  
Para ofrecérselos a su merced lozana,  
Y también para esta mujer galana estos panecillos tan deliciosos  
Crujientes y muy sabrosos,  
Que veo que es noble su ser y muy consciente en esta clara madrugada.

ANIETINA:

Pícaro, socarrón  
Adulador y pendenciero,  
Bien sé yo que tú ni los buenos días me darías tranquilo mirando al cielo.  
Egoísta y juguetón.  
Vanidoso y agorero.  
Mi linaje es honrado, pero sabes bien que no soy noble ni de la estirpe del dragón.  
Mal ciudadano y peor actor.  
Que nunca vi un malandrín más ruin y con mala pejuguera  
Mujeriego y saltarín  
Que aquel que dice embobar a las amas más cautas de la Roma visceral.  
Tampoco nunca ve ninguna mujer honesta en estos lares,  
Porque solo por una pizca de luz o un ramito de flores  
Ve negrura allí donde solo hay mal de amores.  
Que otros andan desperdigados  
Y en sus casas no nombrados.  
Y pienso yo que tú eres uno de ellos.  
Las hay también, eso sí, por ahí delante  
Que solo por dormir con un creído sotana  
Que ni es ni será cura ni marqués  
Por mucho que por su hábito se vista  
Con su talar de dolores engañosos  
Será dama más cordial y salada.  
Que el hábito no hace al monje  
Solo sus acciones le delatan y no le esconden.  
Y ellas se quedarán sin sustento y sin doblada.

JACOBO:

*(Subiendo su oratoria en pícaro descortesía hacia esa mujer de la que decía estar enamorado)*

Oh, mujer, que te das de buena dignidad  
De ganar tu franqueza y donaire en la Fuente Gaia  
Con tus gratas sonrisas y tus entrañables alegrías  
Con tu frescura dorada  
Que ni su cara bendita vio el gavilán cuando tras la paloma volaba  
Pero cuando la alcanzó bien supo a que sabía  
Sin importarle si era garza o faisán el que su barriga llenaba.

ANIETINA:

Pardiez, descarado, mal hombre y muy osado  
Que yo me gano mi sustento vendiendo mil frascos de mil olores  
Y tú pícaro malandrín, te ganas lo que no es justo y hablado  
Con tus ventas de caprichos a las mujeres honradas  
Con labias de mil amores que luego ni son tortas ni manjares especiales  
Sino tinajas de vino que luego en vinagre tornasen.  
Y si vendes algo de huertas bien sé yo que no son bien ganadas  
Sino fruto de algún hurtado ensamblaje  
Cuando se descuida el buen amo en su cotidiano quehacer  
Por tus empalagosas dichas y tus volubles palabras  
Ataviadas de engaños y ligeras sutilezas

Que no son sino de saltimbanquis brebajes.

JACOBO: (*Marchándose enfadado y tirando al suelo un pedazo de pan quemado*)

Adiós mi buena dama

Que si yo de ti no estuviera enamorado

Bien te tirara no un pedazo de este pan recién horneado

Sino toda la negra corteza de pan quemado.

Pues tengo que vender mi fruta y hortalizas en el mercado

Para ganar no solo un mendrugo de pan sino el oneroso placer de servir a mi marqués.

ANIENINA: ¡Pardiez, hijo mal hablado del diablo!,

¿de qué marqués habláis ahora, no será el duque de Urbino o el Señor de Parma?

JACOBO:

Ninguno de ellos buena señora

Sino bien conocéis su linaje y su esplendor

Pues allí vais a ver a vuestro Secretario

Que todos sabemos de quien es el encanto

Y no solo sois buena dama, vuesa merced, la que es honrada en Palacio,

Pues de honestidad ni hablar, que es palabra supina,

Que mi persona ha medrado también, con mis servicios porfiados.

Que no solo medran los oficiales medianos, o los funcionariados labiados,

Sino los inteligentes y listos como yo que a sus señores dicen sus cuitas logradas

Y dice lo que desean oír, pues no escuchan ni a sus sombras, ni son amigos de su frágil silueta.

Y cuentan lo que resulta mejor, pues no es la verdad lo que saber intenta.

Pues el amor y el dinero son señor esclavos y servidores

Y también de engaños y maldades.

Y una buena palabra masculina

para femenina labia

hace más que mil verídicas verdades.

ANIETINA:

¡Que Dios te libre del infierno, pero que Dante hizo para ti!

Qué bien merecido lo tienes

Cuando te apartes de mí.

JACOBO:

¡Y quizás nos veremos allí!

ANIETINA:

¡Que ni lo sueñes, ni hoy ni en mayo ni en abril, vil malandrín!

### ESCENA SEGUNDA



Un grupo de mujeres cantan y bailan ataviadas con sus vestimentas a la moda medieval, formando corros y ejecutando danzas, muy alegres y porfiadas.

Su música y sus canciones se dispersan por el comenzado bullicio de la ciudad en esa mañana, pujante, ajetreada, diáfana y soleada.

Todas llevan en sus cortos cabellos unas cintas de un solo color o en pequeños trenzados que les dan viveza y armonía. Una de ellas toca una pandereta con cierto entusiasmo mientras canta esta canción:

Danzad y bailar que vienen buenos  
Tiempos deseosos de poder amar.  
Que vienen mejores ratos para luego descansar.  
Danzad jóvenes y muchachas y vuestro entusiasmo contagiar.

El campo se vuelve lozano de ardor y frescor  
Florece de luz y color  
Las plantas nos dan su fragante olor  
Y en medio de sus patios hay macetas en flor.

Manetta se peina para esparcir su cálido candor.  
La alondra medita donde estará aquel ruiseñor  
Que hacía que me sintiese mucho mejor  
Compitiendo con sus voces como el mejor cantor  
Y las fuentes con pena murmuran  
¿Dónde estará su amor?

Danzad y bailar que vienen los tiempos del sol  
De amor y frescor.  
Bailar y cantar que viene allá vuestro amor  
Buscando encontrarte en tu portalón  
Para hacerte la corte y darte una flor”

*FAVITA: (Una de las bailarinas del cortejo dirigiéndose a sus compañeras)*

Que días más glamorosos estamos teniendo compañeras. La vida transcurre lenta pero segura. Nuestros campesinos van y vienen del campo donde los viñedos crecen a su gusto para luego rociarnos de una buena cosecha de uvas tan primorosas que endulzaran nuestras mesas con sus racimos negros o de uvas blanquecinas muy sabrosos, o sus caldos de buen vino, donde los olivos se van llenando de hojas y de flores, donde luego granarán las aceitunas.

ALEXANDRA:

Sí, amigas nuestras canciones y nuestros coros de juegos deben festejar y celebrar la llegada del verano. Nuestros corazones laten de alegría y de felicidad. Hay colores en nuestras casas, y en nuestras almas. Toda la naturaleza se llena de grato colorido: Los campos y praderas se visten de verde intenso, el cielo muestra su faz agradable con ese azul profundo y claro, el sol brilla con sus rayos llenos de fuertes amarillos como si el trigo ya estuviera tan maduro como piedras doradas por el artesano en su taller,

Sí, compañeras todo el ambiente invita a la fantasía y al deleite. Las tiendas de ultramar sacan sus especies de vivos colores.

LACETTA:

Y nuestros campos y parajes están seguros porque nuestra madrina la Seguridad vuela continuamente nuestros cielos preservando nuestras cosechas y a nuestros hortelanos del peligro de los malhechores y bandidos.

ROSALINDA:

¡Qué ciudades donde la Paz es nuestra compañera de trabajo y de fiesta!

## LAS DONCELLAS TOSCANAS

---

Mirad, nuestras calles todo es trabajo, bonanza y trajín. Nuestros tenderos a sus ventas. Los zapateros con sus hormas para que nuestros pies vayan a gusto y bien calzados. Los artesanos ensartando sus perlas y sus piedras. Los arrieros depositando sus sacos de de sal y de especias orientales en las tiendas de los mercaderes.

¡Qué trajín que trae magnanimidad a nuestras casas!  
¡Qué urbe tan jocosa y tan alegre!

Pero, mirad, allí, nuestro gran contable y maestro Oriolano se encuentra con Anietina, que se distrae adrede mirando el puesto de telas del tío Tomasso.

### ESCENA TERCERA

ORIOLANO: ¡Hola Anietina! Buenos días. ¿Qué tal te va por el mercado?

ANIETINA: ¡Ah, hola, Oriolano! Ya ves mirando por aquí y por allí.

ORIOLANO: ¿Mirando bonitas telas de colores para hacerse un buen y digna vestimenta?

Yo mismo pagaría esa ilusión tuya y mil pendas más si me hicieras más caso.

¡Y qué linda estás con tu bonito cántaro con agua de la Fuente de la Sierra!

¡Y qué desparpajo llevan tus pies ligeros al compas de tus gráciles caderas moviéndote más primorosa y versátil que el mismo viento cautivador del Sur.

Me pareció ver al enorme pelmazo de Jacobo dándote el amago palique. ¿Puede aguantar tu piel bonita y tersa las deslenguadas palabras de ese gañán, y lo plumazo de sus actitudes que el cielo solo tiene para él un negro infierno de maquinaciones y esperpentos?

ANIETINA: ¡No menos que algunos que se creen los reyes de Roma!

¡No menos que otros que se dicen ser los príncipes de Atenas y no dan con el quid de la cuestión en sus pensamientos amorosos.

ORIOLANO: ¿Eso va por mí?

Yo sabes que soy medido y justo en mi comportamiento. Si soy secretario del marqués debo aplicar a su vez los mandatos que son norma en la “COMUNE SENARUM CIVITAS VIRGINIS”. Y la ciudad de Siena ya sabes es modelo en esos menesteres.

ANIETINA: ¿Y también que te gusta la Señora Maquesa?

ORIOLANO: ¿La marquesa, a mí? Por Dios, Anietina, ¡Qué dices!

Sabes que eres tú, tú sola eres, la que mi corazón siempre porfía. Tú eres la visión de mi sentimiento, si el sentir tiene ojos para ver y no corazón para ello.

ANIETINA: ¿Muchos me dicen que la edad es un inconveniente?

ORIOLANO: ¿Un inconveniente es la amistad, señora? No lo creo mi muchachita del alma. Entonces ya no hay nada natural en ese mundo. Ni las flores lucen sus hermosos colores y transmiten sus fragancias y olores, ni el sol luce sus vestidos transparentes llenos de viveza y sutileza. Ni tu agua pura es potable porque no cae directamente de la lluvia que el vientre del cielo retiene para no matar de sed a los a veces inmerecidos humanos.

¡La amistad es la antesala de palacio del amor! Una amplia mansión donde la luz de su hábitat es dignidad del cielo, donde las paredes son pinturas llenas de las bellezas de un buen pintor toscano, donde el suelo es caliente energía de andares y besos cotidianos. ¿Y quién se atreve sin más a penetrar allí sin haber tenido antes las dulces palabras del amor, sus cuitas sinceras y las gracias divinas, sus profundos conocimientos mutuos que es la sabia de la felicidad y no de la incomprensión?

Puede ser que se caiga antes el techo por un inesperado terremoto que se abalance como una plaga de Egipto sobre los primogénitos de los nobles egipcios, empezando por el hijo del propio faraón del País del Nilo.

¡Yo siempre he sido fiel a nuestra mutua amistad!

ANIETINA: Pero sola con la amistad no vive una pareja de amantes. ¿No crees eso Oriolano?

Mi edad es verdad, que es la mitad de la tuya. Mis veintiocho años quizás no sean mejores que tus cincuenta y ocho. Yo no he mirado eso. Otras muchas personas no lo tuvieron en cuenta. Pero siempre hay un pero, no te parece a ti en una relación como la nuestra.

ORIOLANO: No te voy a contradecir en una relación como esta. Si me fijé en ti por tus bondades, si te seduje por tus bellezas, si me confié a mis sentimientos amorosos, no voy ahora a desdecirme de esos logros que tanto cuestan pagar a cualquier amante. Más si no hay amor, comprensión, cariño y amistad. Si no hay dolor en sus cuitas y en sus nobles pesares, si no hay convicción e ilusión en el romance, entonces para qué sería una relación así, ¿qué aportaría a la unión un encuentro tan superficial y monótono. ¿Cuándo sería una relación todo lo feliz y natural que los amanes desean?

Cuando no son pulgas son pajas, quiero decir, piojos. Cuando no te pica un avispon te da la lata un tábano, cuando no te incordia tu hermano, te fríe a consejos la Celestina del lugar. Si te fías de la gente todos son impedimentos, todas las insensateces afloran como granos que pican como un mal curado sarampión o una varicela infecciosa.



## LAS DONCELLAS TOSCANAS

---

Deja hablar a tu corazón. Tal vez seamos amigos toda la vida. Y lo felices que hemos sido en estos años. ¡Qué nos quiten lo bailado!

Es verdad que una cosa es estar enamorado como Romeo de Julieta, o Tisbe de Píramo, y otra es jugar en los límites del amor.

Sabes que mi puesto de Secretario del Marqués, es muy digno de consideración. Pero sabes que de palabras no se vive.

ANIETINA: Tú mismo lo has dicho, Oriolano. Debemos pensar ya en nuestro matrimonio. A sí a la gente no les importaría nuestra situación ni nuestra edad.

ORIOLOANO: Las mujeres siempre sacáis a colación el matrimonio.

Como si ese estado fuera la redención de nuestros pecados.

La iglesia siempre quiere cumplir con sus fieles, pero ¿cuándo mira también por los quienes no son fieles de su propia parroquia. Todos tenemos nuestra propia vida.

ANIETINA: La iglesia nunca se equivoca.

ORIOLOANO: La iglesia como institución puede que no, pero sus miembros muchas más veces de lo que parece. Y si no fijate que hay muchos frailes que abandonan sus hábitos por una mujer. Y si ellos deben predicar con el ejemplo, ¿cuántas veces faltan a eso de verdad?

ANIETINA: Bueno, Oriolano, que a ti probablemente te esperan en tu despacho de oficina de Palacio.

Y mí, mi madre me sermoneará por haber tardado tanto en ir por agua con un cántaro a la fuente.

ORIOLOANO: Te quiero mucho, Anietina. Y mi amor y mi amistad se confundirán un día y se mezclarán, y saldrá de allí la panacea mística de nuestra consumada comunión que el cielo nos brinda, y no hay que confundir el cielo con la iglesia, y con los paganos que pululan alegres siempre por nuestras calles, que no son todos cristianos de corte y confección, que estos tienen también derecho a vivir una vida honesta y honrada como la de cualquier hijo de vecino de esta ciudad, como si fuera un ellos las virtudes que cantó Aristóteles a su ahijado Alejandro, el llamado el Magno, cuando su hijo Filippo le confió el cuidado de la educación de su primogénito.

ANIETINA: Mucha labia, si hace ilusionarse de amores. Pero, el día a día tiene que estar sembrado como en los campos de buenos y lozanos granos, que todo ello cuenta para que una pareja esté de acuerdo entre sus voluntades distintas, para aunar antes hay que saber discernir lo que se quiere conjugar. Y no veo yo que tú todavía estés muy maduro en ello.

ORIOLOANO: ¿Yo maduro en ello? Siempre he estado presente u oculto a tu disposición. Me he mostrado paciente con tu deslices, prudente con tus insinuados devaneos, moderado con tus caprichos como proclama nuestra constitución en estos murales del Buen Gobierno del salón Público de nuestra ciudad de Siena, y también justo con tus negocios que son sin duda acertados y llenos de futuro, Y fuere con ese

calamidad de Jacobo, que intenta engatusarte cada vez que se cruza contigo por las calles o plazas de la ciudad.

Bueno dame un beso rápido y furtivo, que luego la gente habla más de la cuenta, y todo lo interpreta mal y a su gusto difamador o calumnioso.

ANIETINA: Un solo beso, que por uno se empieza y se termina una acostando antes de comer en el lugar del almacén de tu casa. ¡Qué eso ya lo sé yo de otras veces!

ORIOLOANO: ¿Y eso no lo quieres hacer ahora? Sabes que el tiempo es oro, pero el tiempo es más platino si es más correspondido mutuamente, y será más diamante si hay unión y fuerza, bueno penetración para que engañarnos a nuestra edad.

ANIETINA: Tú te inventas cualquier cosa con tal de estar desnudo y yaciendo con una mujer en cueros.

ORIOLOANO: Adiós, Anietina

ANIETINA: Adiós Oriolano

---

#### ESCENA CUARTA

*Oriolano va a penetrar en el zaguán del palacio de los duques de Palax, cuando había sido espiado mientras hablaba con Anietina, por el joven Cassano, amigo y conocido de Oriolano, un joven intrépido y audaz pero imprudente y y desafortado, un joven inseguro y atormentado por un amor desgraciado, (es amado por una bella mujer, Susana, mayor que él, de la que quiere desprenderse). Como es un juerguista y mujeriego, intenta hablar con Oriolano para pedirle consejos sobre su estado tan complicado.*

CASSANO: Buenos días señor Cassano. Quisiera...

ORIOLOANO: ¿Quién me llama?

CASSANO: Soy yo maestro Oriolano. Soy Cassano. Quisiera pedirle un favor... Un consejo...

ORIOLOANO: ¡Ah, eres tú, pardiez, Cassano! ¿Qué haces por estos lares? ¿Estabas paseando por aquí, o bien espiando nuestros amores, entre Anietina y yo? ¿Eres un puerco y un descarado? No te atrevas a hablarla ni a tocarme a mi joven amada, o te parto el cráneo con un brusco mandoble de mi espadazo.

¿Qué quieres mal considerado mocetón? Tu fama te arrastra al precipicio. Levanta la cabeza y reflexiona, tienes a todo el mundo envalentonado contra ti. ¿Qué deseas de mí, altivo deslenguado y fornicador de mujeres indefensas?

CASSANO: Perdón, señor Oriolano. Yo vengo con las mejores intenciones a hablar con vuestra merced. Sí he estado con muchas mujeres pero también a ellas les placía estar conmigo. No eran, y perdonad mi atrevimiento, mujeres indefensas, si no muy listas e inteligentes. No es que vinieran por mi corte o por mi dinero, que algunas de ellas eran sus riquezas mayores que las de mi familia, sino que eran amores de juventud y conocimiento el otro sexo. Que así debería llamarse en honor de la verdad.

Si alguna vez fui yo el incumplidor con necedades, otras veces fueron ellas las que me dejaron o pusieron mil trabas en el camino, así que en la balanza de la diosa justicia, los pesos se equilibrarían mejor, señor

ORIOLANO: ¡Qué vas a decir tú de todo ello, joven de mil negocios! Cuando se tiene tanto a ninguno se atiende bien, y todos le huirán de sus manos cuando vengan algunas cosas mal dadas!

Al menos yo solo estoy con una mujer, una inmaculada y servicial joven. Aunque todos vean en nuestra edad un impedimento.

CASSANO: No me refería señor a eso. Las lenguas viperinas siempre atacan por la espalda.

ORIOLANO: Lo sé, siempre Dios da favores a quien no tiene intención de usarlos debidamente. O como se dice en argot popular, Dios da mocos a quien no tiene pañuelos para sonarse sus narices.

¿Puedes decir tú lo mismo, que tan pronto usas una buena prenda de lustroso talle, el mejor y servicial vestido tan práctico y elegante como el mejor pavo real en su época de cortesía con su galana hembra, y con su parafernalia ceremonia de esplendorosa corte, tan protocolaria como ambiciosa y ufana; te cambias de atuendo inmediatamente, cuando consigues ponértelo, sin pensar si te iba a quedar bien o mal, si grande o chico, o sí, lozano y gentil.

¿Sabes que el cuerpo masculino no lo es todo para la mujer...? Bueno, tal vez, (dice para él meditando casi en voz baja sus palabras) el dinero es más importante en estos tiempos de negocios y mercaderías orientales.

CASSANO: Quisiera pedirle algunos consejos, unas cosas sobre amores. Tú que eres un experto en estos sutiles asuntos del corazón. Estoy deslumbrado con sus quehaceres amorosos, y con conquistas femeninas tan honestas y seguras, tan llenas de virtudes y muy sensatas. Y todos ven en vuestra relación con Anietina un alma de pureza y castidad que no se sobrepasa. Es Ud. un apuesto seductor a su edad, y muy bien tratado por la vida y por la sociedad. En cambio, a mí todos me consideran un vil mujeriego casi como un siniestro gusano que va sin necesidad de flor en flor, como un capullo en flor que cuando derrama sus lágrimas por el tierno rocío del amanecer todos creen que es porque usa la falsedad para atraer el afecto femenino a su condición de hombre guapetón. Ud. si que es un galán con gran enjundia, y un gran caballero del señor marqués.

Y el primitivo afecto se convierte en duro y picajoso cardo y en una aflicción.

ORIOLANO: Veo que algunas verdades la vida te ha enseñado. Lo cual es de agradecer. Y te confieso que mi castidad la dejo para los franciscanos. Y mi pureza para mi bien amada Anietina.

Creo que de esas cosas que has mencionado ninguna obedece a una realidad concreta. Ni soy un don Juan que dicen que es un conquistador y seductor de mujeres sin fin, ni un hombre capaz de estar con más de una mujer.

Y tampoco creerás que con tus halagos, yo voy a ser un hombre para los hombres. No creerás que voy a ser tu amante, yo no soy del mismo sexo. ¿Pero, anda dime qué quieres de mí? ¡Que tengo mucha prisa, y me espera el marqués!

CASSANO: Pero podría darme al menos unos minutos para exponerle mi caso. Ud. es hombre de gran postín, bien trajeado, y muy bien relacionado. Además de estar muy bien considerado.

ORIOLANO: Encima cree que yo puedo hacer de una Celestina. Vaya Ud. buscando mejores padrinos, amigo. Y ya me has contado alguna cuita. Yo no tengo bufete a la visa ni en venta en el negociado de amores frustrados o de incautos fracasados.

CASSANO: Le ruego en nombre de mi padre con quien Ud. trabajó y sirvió, en nombre de mi progenitor UGOLINO de Bianchi, aunque muy arrogante, para mí el mejor padre, ruego, de nuevo que me escuche, por favor, con atención y esmero, pues me va la vida en ello. Que de mi madre, DONNA FLORA, todo ya está dicho por su immaculado don natural. Y, también, yo creo fiel e incondicionalmente, en sus amores tan sagrados y dorados con Anietina. No vengo a ser un inoportuno, ni un fresco. Es Ud. una persona de gran experiencia y sana sabiduría. Creo que es Ud. la persona adecuada para que escuche mis lisonjas y sinsabores, la desesperación ha penetrado en los tuétanos de mis huesos y quiere anquilosar todo mi juvenil esqueleto, y si puede ser me ayude en estas desilusionadas vivencias, en estas involuntarias acciones, inesperados desaires y avatares en que se ha convertido mi vida. ¿Dónde me encuentro metido, se pregunta mi conciencia apenada y desquiciada por no encontrar solución a los males del alma? Que la voluntad ya no me sirve para encauzar mi vida ni para nada. ¡Mis deudas están ahora con mi quebradizo espíritu!

ORIOLANO: Ande, ande mocetón, suba y penetre en mi despacho, y cuénteme sus cuitas o sus traviesas andanzas.

CASSANO: Brevemente le contaré mis últimas cuitas y aciagos acontecimientos, la mayoría falsos y llenos de mentiras y maledicencias, que de los anteriores hechos son ya de público conocimiento. Todo comenzó cuando Bernardetta, una antigua amor, por celos, despechos y envidias, en común acuerdo con otra dama de mi romances anteriores, me pusieron trampas e infundios locales, con calumnias infundadas sobre un embarazo de Catalina Ricard, otra mujer con quien mantuve un corto y apasionado romance, diciendo que su embarazo era fruto de mi aventura anterior con ella. Y me hicieron otros infundios y falsos testimonios que han llegado a nuestros oídos, adjudicándome otros muchos líos, y otras aventuras que dicen burlas fueron con mujeres de esta tierra, y hasta de tierras lejanas me dicen que hice esto, eso y aquello. Que a un perro flaco – como dice el refrán popular - todos son pulgas. Y así ahora me salen amores e hijos por todas partes, pus hasta se rumorea que la misma Bernardetta está también en cinta. Y se aliaron mis antiguos romances contra mi ser y mi persona. En estas cosas estábamos mis amigos y yo, tratando de limpiar el polvo de la paja, y de aclarar cuál era la cierta verdad, cuando llegaron los rumores hasta mi padre, quien en casa se levantó una buena polvareda, y se llenó de ira, se incrustó en su venas llenas de

rojiza corriente el rencor, cuando supo de mis propósitos de casarme con Nissetta, de la familia de “Los Neri”, antiguo linaje enemistada con mi familia. Todos dicen que fue por despecho el irme con esta dama, y huir de aquellas, y solo ahora de estas me encuentro ahora muy enamorado. Dulce y tremendamente enamorado, que lo cortés no quita lo valiente.

Y la dulzura de la miel no quita que antes fuera panal de incrustada cera y de hexagonal corteza de pastel fabricada por las esclavas abejas.

ORIOLANO: ¡Imprudente joven, ya no eres un jovencito para que te pillen en estos duros acontecimientos! ¿Y cómo te has enamorado ahora con un miembro de tu enemiga familia? Ves como eres un desastre e incompetente en amores. Cuando tú te crees el rey de Olimpo, compitiendo ya no solo con Apolo o con el inútil Marte, sino con el mismo dios de los dioses, con Zeus Olímpico, no eres más que una vil marioneta a merced del viento de Eolo, y de las nubes difusas e insensibles que nos manda Apolo. Vas camino de un amor desgraciado, triste penoso, como son muchos estos amores que nos cuentan la historia sobre amores frustrados antes de nacer.

En amor hay una máxima infalible: los amantes tienen que ser ambos felices. Si no es así olvídalo. Alguien patinara ente las nieves o hielos cuando aparezca sin avisar el cruel invierno.

CASSANO: Pero no soy yo el que todos por la ciudad creen que soy. Nos hemos enamorados mutuamente por un flechazo de Cupido, y de esto ya hace más de medio año, pero a nadie se lo hemos comunicado, todo era un secreto entre nosotros. No por capricho mío, ni por embaucar a una joven indefensa, ni creo que ella tampoco lo hiciera por otros motivos. Sus cálidas mejillas me han vuelto loco y han enrojecido mis sienes, a mí que era un hombre duro, fortachón y musculoso me ha desquiciado la ternura de sus blancas manos en contacto con la tenue calima de la Aurora mañanera, y la mirada de sus verdes ojos ha anulado mis sensibles neuronas para discernir lo que manda la sabia naturaleza, esas cosas de las que habla el viejo Plinio en sus sabias Naturalezas, y, por último, me ha cautivado mis entrañas su rostro juvenil lleno de belleza y de hermosura, en un cuerpo femenino hecho de lunas inmortales.

ORIOLANO: Pero, ¿cómo se te ocurre juntarte y relacionarte en el amor con tus adversarios políticos de toda una vida? ¿Será cierto aquello de que siempre lo prohibido es lo apetecido? ¿Quién manda enamorarse un Bianchi de una Neri? ¿No te han explicado los recientes amores de Romeo y Julieta ocurridos en la cercana ciudad de Verona? Hace algunos años los Capuletos de Julieta y los Montescos de Romeo se enfrentaron entre ellos al destino que estaba señalado ya con mucha previsión por las antiguas estrellas y constelaciones más brillantes del umbroso universo, y queriendo ser más poderosos y arrogantes que los mismos dioses, cómo si la vanidad y la locura fueran cosa de adolescentes en pubertad? Y los dioses los castigaron sin piedad, y sin benevolencia, muriendo trágica e infelizmente sus dos amantes, y con dramático sueño purgaron sus infelices vidas con sus muertes, para luego unidos eso sí en sus sepulcros conjuntos, siendo los fatídicos hados los que reconstruyeron la adversidad en comunión y familiar concordia, y lo que antes no pudieron construir la necedad, ni la negligencia, ni el odio o la venganza, fue la muerte la que todo lo pudo, y unió para siempre en la oscuridad de una tumba lo que la claridad del día matutino no pudo iluminar en las

desquiciadas mentes de aquellos protagonistas. ¿Qué pretendes, pues, señor, iluso mío, revivir la angustia y la tristeza de un posible y similar acontecimiento, como cúspide y culmen de una ingrata desesperación de padres, familiares y amigos?

CASSANO: Yo no busco nada igual ni parecido, señor. ¡Busco solo el amor con mayúscula!

ORIOLANO: ¡El Amor con mayúsculas! ¿Y crees que es Amor el ahogar una y otra vez en tu miseria moral y el infortunio venidero a todas las jóvenes que te encuentras en el camino, y ahora a la joven doncella Nissetta, a esa que tú llamas AMOR, Amor de tus amores? ¿Dónde estabas antes tú cuando las nubes del cielo corrían a favor del viento y te abrían sus entrañas para contarte sus verdades? ¿Dónde estabas cuando las brisas frescas de las mañanas te mostraban la certidumbre de que esas otras jóvenes eran también el recuerdo de la misma Venus, llena de belleza y sensibilidad, y tú te mostraste altivo, arrogante y vanidoso? ¿Dónde estabas tú, amigo de mujeres llenas de tierna inocencia y de ingenuidad, a veces, eso sí, fáciles y locuelas, cuando te creías ser el Adonis que enamora con pasión a la bella Venus, y que con su vanidosa hegemonía y destemplanza, esa del varón que no teme nada ni a nadie, y luego es acosado mortalmente en una caza por un fiero y desbocado jabalí que le hiere mortalmente, y al que después la misma diosa de la Belleza tiene que convertir, en una metamorfosis ovidiana, para la recuerdo en la eternidad, en una anémona rojiza para que todos conozcan su mala suerte, y su gran amor por aquel héroe?

¿Y ahora vienes tú con estas monsergas, y estas vanas disquisiciones, para decir que el último amor es el bueno y el verdadero? ¿Dirás esto dentro de un año, dos o cuatro, o serán los dioses también testigos de tu engaño?

CASSANO: Cierto es eso, maese Oriolano, verdadera es mi ruin vida, mi afligida existencia, amando a diestro y a siniestro a mujeres que eran un exquisito manjar para el momento, y un agrio limón para el futuro, y que a la vuelta de la esquina me esperaba?

ORIOLANO: ¿Y no es cierto, también que dejaras embarazada, y con los sentimientos partidos no solo a esa mujer que dicen si no a alguna otra más que el cielo las siente? ¿Y vienes a pedirme consejo cuando el molino ya ha hecho la harina del trigo antes grano exuberante y lozano?

CASSANO: Le repito que eso son falsos testimonios, infundadas injurias, mentiras y cuentos, yo lo único que he hecho es amar con pasión, querer con emociones sinceras a esas damas, si bien, todos sabemos que en el amor no todo lo aparente es cierto, no todo lo que se dicen en los rumores es siempre cierto.

ORIOLANO: Bueno, amigo, en buenos fardos llevan, algunos, alforjas gastadas y con mercancías pasadas de moda y de calidad más que dudosa, en buenos líos y tejemanejes te has metido en esta vida.

Acudes a mí porque, insensato, ¿qué crees que tengo más en mi haber, experiencias o estudios letrados, fracasos que enseñan más que realidades llenas de belleza, o crees que soy un franciscano que ama la pobreza, a humildad y la castidad? , Mira hombre, paladín eso sí de infortunios amorosos, cuando hay amor físico entre un hombre y una mujer, el mejor amor que se puede dar es la fuerza de la pasión sin límite, como una

aguda punzada que se lanza fogosa como un corcel que trota o galope por el placer de hacerlo sin más, porque es la naturaleza quien se lo ordena. ¡Mira, muchacho, en el amor no valen, es verdad, las debilidades pueriles, ni ser pusilánime, no vale el querer pero no puedo, o quieres o no quieres, no valen medias tintas, solo valen el ímpetu y la valentía, la vehemencia y el lanzarse con cálido arrojo por el tobogán de los juegos prohibidos, pero, ligeros de mezquindades y traiciones!

Tendremos que esperar a ver si estas cosas llegan pues a las instancias del Gobernador Mercuccio. Entonces ya hablaremos de nuevo. ¿Sabes que tendrás que pagar unas minutas por estas cosas?

CASSANO: ¡Pagaré lo que haya que pagar, no me importa!

ORIOLOANO: A mí, no, por supuesto. Nada hago con más interés y deleite que el favor de ayudar al hijo de un buen amigo.

Y ahora te que ves metido en las faldas de tu involuntaria amiga, perdón será mejor decir, enemiga, deudor serás siempre del amor apasionado frente a la lógica costumbres de las relaciones sociales. Porque estos amores solo han funcionado en algunos lugares y solo algunas veces.

La verdad, las cosas no siempre son lo que parecen. Lo oculto, lo superficial, lo incoherente, lo silenciosamente maligno, como una escondida enfermedad infecciosa, están siempre acechando como un espía sin corazón y solo sirviendo intereses espurios, minando lo profundo, lo más hondo y verídico, lo más íntimo, confiado y generoso.

Y basta ya de tantos consejos. Sabes una cosa, amigo Cassano, que el mejor consejo es aquel que tú mismo, con naturalidad y ecuanimidad, haciendo caso a tu corazón, te dicta tu mente. Y esto no es una contradicción, aunque se puede parecer. ¡Qué abierta mente y pura sangre siempre deben de ir unidas en materia de amor. Aunque las beatas y los brujos digan lo contrario!

CASSANO: ¡Volveré, pues quién en esa ciudad de Siena, me podría ayudar si no fuera Ud. con su experiencia, letras y buenas relaciones sociales...!

ORIOLOANO: Bueno, hijo, y perdona ahora si en algo te he ofendido, crees más en mí, que lo que yo mismo lo hago conmigo. Piensa que la gente es muy voluble. Hoy te ve bien, y mañana, puede ser, que por envidias, venganzas, difamaciones falsas o celos, con sutiles traiciones, te presentan lo negro blanco, o te muestran lo blanco negro. Y de nada vale que tú te esfuerces en convertir aquello en lo contrario y decente, en presentarte con buenas voluntades, que ni comprando útiles o mercancías para regalar a los murmuradores para que no lo hagan lo lograrás, ni aún yendo a un buen pintor de vírgenes como lo serían alguno de los hermanos Lorenzetti para que te plasmen delicadamente un buen lienzo de la Virgen María te devolverán lo que antes te pareció racional y muy natural. Que la malicia de la gente es a veces muy ruin cuando pillan a uno desprotegido, débil y pobre. Entonces no tienen piedad con él, y hasta la iglesia pasa de la piedad que dice proteger o dar al necesitado, y de nada te servirá poder salvar tu alma con oraciones y plegarias, porque la gente inculta y maliciosa nunca sabrá apreciar ni una buena obra de arte, y siempre el necio confundirá valor con precio.

CASSANO: ¡Gracias señor Oriolano! Volveré, señor, si Ud. me lo permite, confío en Ud. ¿Quién mejor persona me ayudaría sino aquella que tiene un amor verdadero con una dama sin par en la ciudad de Siena, una mujer de la cual está muy enamorado, y a la que su amada le corresponde con amor, displicencia y generosidad, y a pesar de algunos pesares?

ORIOLANO: ¡Anda, calla deslenguado, y marcha ya, no me digas estás cosas que a lo mejor me arrepiento y no te ayudaría...! (*Sale por la puerta*)

Vente pasado mañana, a ver que se me ocurre...

#### ESCENA QUINTA EN LA CALLE

*Cassano abandona la habitación donde ha estado hablando con Oriolano.*

*Baja a la calle tras el encuentro con el maestro, y allí donde le han estado esperando sus amigos, pronto acuden a él sin antes confesar alguna envidia, o sus ocultos celos.*

TOMÉ: Tarda tanto que los cielos podrían juntar el día con la noche y nadie, ni el mismo Cassano se percataría de ello.

AZZOLINO: Si alguno de vosotros incurre en frágiles envidias por la suerte de nuestro Cassano, otros, quizás anhelamos ver la dicha de su amada Nissetta, más bella y guapa que las mil flores preciosas y olorosas con que la primavera viste su propio cuerpo en ella, y por ella.

MARCO: Bueno, Azzolino, hablas como si el enamorado fueras tú mismo hacia ella. Y yo no tengo envidia ni celos de esa hermosa muchacha.

AZZOLINO: ¿Qué culpa tengo yo si la diosa Venus hace a la guapa Nissetta la más hermosa de las mortales de Siena? La naturaleza es espléndida con algunas mujeres, y no debemos ocultar nuestros sentimientos hacia ella, si la conciencia nos lo manda, aunque la iglesia nos lo prohíba. .

TOMÉ: ¡Pardiez, callad ya, mentecatos ; Que hasta os peleáis por esa mujer en presencia de nuestro líder!

MARCO: ¡Compañeros. Ya está bien, de chácharas y bobadas! ¡Qué larga ha sido la espera! (dirigiéndose hacia Cassano que acaba de atravesar la calle y va a su encuentro) Ni un sacerdote u obispo tarda tanto en un confesonario sacando a un pecador sus delitos, que aquel de matarife quiere ahora hacerse fraile.

CASSANO: ¿He tardado tanto, compañeros?

AZZOLINO: ¡Por Dios! No digas eso que puede ser y no lo será nunca. ¡Y por todos los santos llegados este año al cielo! Creo que tu espíritu iba allá arriba a criar fantasmas de la noche, a medrar en forma de enredadera gigante, hablando como una ramera en busca de sus fáciles dineros.

TOMÉ ¡Señor, Cassano, válgame tu nombre para ir al infierno en busca de Dante para hablar con Virgilio y decirles que tus cuitas son más importantes que todos los males del Averno! Más de dos horas llevabas no sé si dialogando pero si embozado en las redes de ese hombre que tiene una amante a la que él le duplica en años, y poco podrá hacer con el cálido, enfurecido y súbito fuego que sube a la cúspide del volcán ardiente de vomitar toda su furia contenida en el umbral de su prepucio. ¡Que no se hizo la miel para la boca del asno!



CASSANO: ¡Insolente amigo! ¿Qué sabrás tu de amores encendidos y ennoblecidos por los años?, ¡Que cuando llueve la pasión toda la lluvia es cálida y abundante!

AZZOLINO: ¿Y puede las monsergas del maestro Oriolano curarte las heridas que el rayo de Apolo te ha infringido en tu corazón? ¿Cómo vas a responder a los mensajes de la noble dama, con los pérfidos consejos que te ha dado ese embaucador de Anietina?

CASSANO: ¿Qué sabes tú, Azzolino, del misterio del amor? ¿Qué te han dicho de ese Amor que es invisible y profundo? ¿Qué hiere el cuerpo sin herir el alma, y que mata la inquietud sin matar los sueños? ¿Qué conoces, dime tú de su escurridiza criatura, que por la mañana ama como la Aurora acaricia con su neblina amorosa al nuevo amanecer del claro día, por la tarde el Sol radiante del horizonte acoge y se envuelve en la rojiza calma, con el el amarillo sosiego de sus luces, la difusa luz azulada de su cóncavo vientre, pronto sumido en la conciencia apaciguada de las perezosas y lánguidas estrellas que comienzan a pulular por los altivos aires de los cielos?

Toda la fuerza del día se ve menguado ahora por un espíritu cósmico apaciguado por las conocidas constelaciones lejanas de Casiopea, de Ariadna, o de las Pléyades, en busca de la eternidad y de la inmortalidad que Cupido ha convertido en Amor Puro y Celestial?

AZZOLINO: Válgame, señor, que bien sé yo que como tú no hay tormenta que no caía fuerte y rauda sobre toda la Toscana. Y que Cupido te ha ofrecido a su madre Venus para que sepas de las bonanzas y de las bellezas que trae el Amor cuando es correspondido entre dos amantes. A ti y tu nueva novia los dioses os han bendecido. Bien sé yo que aunque tu amada me gustara poco tendría que hacer yo en ese caso si ella en ti fijara su rostro, arrimara su boca a tus labios, y acurrucara en ti la tierna armonía de su cuerpo...

CASSANO: Por tus palabras Azzolino, deduzco que tú eres de buen parecer, pero observo que hay en tus palabras un tono oculto de regusto por estas vivencias y situaciones. Sabes de mi vida y de mis amores pasados todo o casi todo, más deduzco que de mi nueva dama Nissetta, apenas pronuncias su nombre, y eso obedece a que también a ti te gusta, o no apruebas esta relación por estar muy complicada. Pero en la complicación radica a veces la belleza, que lo fácil y sencillo si es vulgar o popular no conlleva que la obra sea de arte, bella o estimada por los que entienden de filosofía y sabiduría.

MARCO: ¡Esperad, amigos! ¡Disminuir vuestros pasos compañeros! ¡Callad ya de una vez, y menguad las zalamerías, vuestras labias y discusiones! Observar que ahí van por la calle con sus corceles y su cortejo, en buen desfile procesional, me parece, y no creo equivocarme, que eso son los mismísimos padres de la misma Nissetta, a la tanto mentáis ahora en vuestras oraciones y mencionáis en vuestras charlas y plegarias del Amor.

TOMÉ: ¡Valga Dios, oh mi buen amigo! ¡Qué certeza son tus ojos como peregrino halcón tras de sus presas, parecen los del mismo Guillermo Tel lanzando la incómoda flecha a la manzana de su hijo, clavando con hábil destreza la punta roja donde el agudo ojo va!

CASSANO: ¡Por Dios y los ángeles el cielo! ¡Ellos son, detened vuestros pasos! ¿Veis a Nissetta tras ellos! ¿Qué el cielo me coja confesado si me ven en estos lares? ¿Acaso conocen ellos nuestras cuitas aún secretas, nuestros encuentros secretos al menos que alguno de vosotros se halla ido del vil gusano de su labios? ¿Mal le parta a su lengua

viperina no haber sido humedecida por la botica de Esculapio? Descansad aquí un poco, y dejad que pase la noble comitiva, amigos!

## ESCENA SEXTA

*En la misma calle anterior. Pasados unos minutos del pequeño cortejo de la familia de los NERI, con el patriarca Norberto y su esposa la bella Livia, mientras los amigos de Cassano se dirigen adonde las jóvenes muchachas vuelven a cantar y a bailar con sus cánticos y músicas. Observan el corro de las gráciles y bellas muchachas tocando y danzando al son de panderetas y pequeños timbales.*

*Entonces ven llegar y sumarse al corro como espectadores, a Reginelda, la nodriza de Nissetta, y a la misma dama noble,. Los amigos de Cassano se ven cortados por la inesperada llegada de ambas mujeres, y quedan casi sin respiración, indicando al joven muchacho la llegada de la gentil dama.*

MARCO: ¡Válgame el cielo, nuestro gran deudor! ¡Qué casualidad esta que orbe celeste nos brinda sin mediar nuestras plegarias! ¡Cassano, ahí tienes a tu dama y a tu amor!

¡Cuando no se busca se encuentra!

TOMÉ: ¡Cielos santos! ¡El mismo ángel de Dios celeste en persona!  
¡Belleza jamás habida se nos muestra aquí no fingida!

CASSANO: ¡Pardiez, mentecatos que ya os he oído y la he visto! ¡Callad malditos duendes de mi compañía! Si habláis más alto toda Siena sabrá de mis amoríos con esta gentil doncella a la que la diosa Cibeles otorgó sus dones y poderes, y unos frutos preciosos y apreciados por las gentes que tienen en sus exuberantes campos, la más fértil campiña con que sueña Siena para así tan bien poseer. ¡Desaparecer de inmediato, como si en la tierra hubiese grandes cuevas del averno, y allí un cancerbero sino cientos como si todo fuese la sombra de unas fieras manadas de lobos que os tragasen entre sus anhelantes y sanguinarias fauces. ¡Por Dios, compañeros de fatigas, hacéis más ruido que todos los truenos que los rayos de una febril tormenta primaveral anuncian la llegada del estío a sus campos.

AZZOLINO: No te muestres tan exigente con nosotros que solo pretendemos ayudarte en tu camino hacia de amor certero.

CASSANO: ¿Amor certero? ¿Acaso dudáis de mis buenas intenciones con Nissetta?

Iros todos y dejad el campo libre, para que el suave Céfiro, más veloz y cercano que el viento solano, penetre y purifique nuestros seres, y nos llene de suavidad y fragancia. Y así su invisible alma femenina se difumine y nos contagie de su sano bienestar, y

## LAS DONCELLAS TOSCANAS

---

nuestra moza nos sonría con la fresca sensación de la pureza, como al comer una sabrosa manzana, y nuestra rojiza sangre nos hierva con gran pasión y atrevimiento.

TODOS A CORO:

Está bien Cassano, nos alejaremos de esta plaza, y de estas comparsas tan juveniles y alegres. ¡Disfrutad de vuestra amada dama!

CASSANO: ¿Acaso Faetón pidió permiso a Zeus para ir tan veloz con su carro de fuego en busca del cercano Sol? ¡Desapareced y no volváis hasta que los rayos del sol se sumerjan en las concavidades ocultas de la Tierra.

*(Sus compañeros se van apesadumbrados de aquel lugar)*

### ESCENA SÉPTIMA

*Cassano haciéndose el encontradizo con Nissetta y su Nodriza, mientras las cantantes del corro disfrutan de sus juergas y alegrías.*

CASSANO: ¡Hola Nissetta! ¡Buenos días nos de Dios a cada instante! ¿Qué ven mis azules ojos entre el bullicio de la alegría? Hay todavía estrellas en el cielo de esa amena mañana, o son tus ojos los que reflejan el esplendor del firmamento?

REGINELDA: *(Con cierta mofa y burla)* ¿Qué zalamerías nos cuentas hoy, señorito Cassano?

CASSANO: Este servidor de vuestras mercedes no cuenta ninguna zalamería ni nada por el estilo sino que siente el profundo sentimiento de encuentro con esta dama tan hermosa en sutileza y bondad. Y me sentiría muy feliz y contento, como un pesar dulce y querido, si se me compara como a una de esas flores cortadas al amanecer, sin piedad ni cuidado, para simplemente vender sin más en el mercado como pronta mercancía olorosa que se ajará al siguiente día, sin tener en cuenta el cruel acto que se está cometiendo en un ser vivo, doblada y cortada su tierna sensibilidad con una navaja de afilado filo, por donde la sabia roja de la fértil planta desparrama su fresca sabia y su naciente energía, y lo hace sumida en el dolor y consumido su pulso por los vaivenes del podador, y muy entristecida por dejar la Naturaleza sin un encanto natural.

REGINELDA: Parece que vuestro Cassano se ha metido a buen poeta de versos profanos. Y nos ha salido un ecologista en acción. Bellas imágenes de poesía dice ese que ve en nosotras unas mujeres presas en una jaula de aves exóticas. Pero en su afán de convertirse en un afamado Dante o de un insigne Petrarca de nuestras tierras, hace lo decible y lo indecible por ser tan zalamero y pícaro como en un principio dije.

NISSETTA: Calla, por favor mi buena ama, que son tus intempestivas palabras las que hieren a dos corazones y no a uno, y quizás sean tres si el tuyo se haga tan también al final, tan sensible y emotivo como el mío. Pues, dime, nodriza, ¿hay amor dónde no hay juego ni cortesía, ni cortejo ni sueño ni dolor? Pues, el amor si no es juego, al fuego se irá al final del día, y eso sí será nada, que eso sí es ser zalamerías. Y en el amor, si no hay sueño ni seducción todo será anodino, insulso, aburrido, si no apasionamiento no habrá amor.

CASSANO: Gracias amor mío, gracias por tus palabras, y por porfiar en el alegre juego. Que yo no quiero ser al final fuego, sino desde el comienzo quiero latir con ardor y llameante fuego, ese otro fuego que es el continuo arder de amor, de pasión y de fe, y si hay dolor, y ese es de roja pasión, bendito sea tan color.

Nodriza que amamantasteis el cuerpo de mi amada Nissetta, cuando era aún una tierna flor. Gracias por tu honor, que es y será más que un favor.

NISSETTA: ¿No estabais con vuestros amigos antes, esos que no se despegan nunca de capitán honrado. ¿Sois tan leal a ellos como ellos parecen serlo de vos? Entonces, ¿por qué les dejáis huir, cuando ellos os sirven como soldados files y leales?

CASSANO: Ellos señora se han ido porque sus cosas tenían que hacer. Que una mentira piadosa es de buen ciudadano hacer.

NISSETTA: Ama querida, ¿no teníais que comprar las telas e hilos, y el sedal, para confeccionar a mi padre ese noble sayal que convenimos para estar cómodo él en su hogar?

REGINELDA: ¡Por san Francisco y santa Clara en Asís, y el buen san Anselmo y san Jacobo el del confín! Que pronto su cumpleaños va a ser y todavía nosotras no lo hemos comenzado a hacer!

NISSETTA: Vete pues un momento a comprar esas cosas al taller, ¡ah, y acuérdate de traer buen hilo de seda y un cordel para fabricar la caña con que le gusta pescar, pues la última vez se le debió romper, y luego le repondremos bien aquel pequeño y noble fardel, y si tardo en llegar a casa, di que por el camino me acordé de confesarme de un pecado burgués con el padre Ambrosio en la iglesia de san Andrés. Y que tal pronto me exculpe allí me volverán a ver.

REGINELDA: Si no supiese la verdad urgente de tanta cosas diría que exculpas son para estar con el otro “marqués”, que aquí nos está contemplando nuestras otras maneras de hacer.

NISSETTA: Vete en paz. Buen ama, que yo sé cuidarme bien de ese otro interés. Que de este me cuido yo por sus andares y cuitas de ayer.

*(Se marcha por fin la nodriza, y Cassano da un suspiro disimulado de grata alegría. La joven dama hace lo mismo por imitar su actuación, y quitarse del medio la buena carabina)*

CASSANO: Vayamos un rato al campo cercano, mi amor. Mi querida Nissetta (mientras intenta darle un beso en su cara. Reciente está la primavera con su verde libro de maravillas campestres, reciente están las tiernas hojas despertando álgidas ahora del largo invierno, y ya se ven las rojas amapolas en los campos cercanos de los crecientes trigos, los olivos ya muestran sus tallos blandos a los cielos hasta que las aceitunas tengan el mismo color moreno y fresco, y tierno de tus mejillas.

## ACTO SEGUNDO



### ESCENA PRIMERA

*Se han ido al campo cercano, donde las gentes se ven atareadas en las faenas agrícolas, los caminos de tierra y polvo aparecen como suaves cintas de esparto deslizándose a lo largo de los senderos, y los viñedos de la fértil toscana, ricas en vino como el “chianti” comienzan a mirar a los cielos, y a preguntarlo si ya pueden comenzar a pensar y a sentir los primeros síntomas de lo que será un futuro racimo plagado de tiernos muñones por los que se deslizarán luego los teñidos y negro grumos de mosto que darán lugar luego, a los sabrosos caldos de la región.*

NISSETTA: Espero que mi ama dé las disculpas adecuadas y convenientes sobre mi estancia en la iglesia de san Andrés con fray Ambrosio. Ya sabes que el amor es bueno y saludable cuando se hace sincero, libre y apasionado. Pero Cassano para que sea

apasionado y sincero tiene que haber una correlación entre las mutuas energías, las tuyas y las mías. Cuando uno de los dos en su corazón falla, las nubes descargan sus aguas y se deshacen como en un rocío o escarcha que tiemblan por no haber sido fiel y leal a su nube original.

Tenemos el tiempo justo para hacer los que hicieron Venus y Adonis, o la misma Afrodita con el dios Marte, o los apasionados amores del dios supremo, de Zeus, con sus amadas mujeres, a las que raptaba y amaba con gran pasión y vehemencia. Ya el sol altivo, solemne, y abrasador en los momentos álgidos del día sube indecoroso y sin ninguna vergüenza hasta arriba del cielo, sin importarle que alguien le vigile porque el calor y la fuerza de la pasión nadie esconde lo que el fuego puede ...

*(De repente Nissetta se vuelve sobre el galán y le espeta súbitamente)*

¿Tú me quieres de verdad?...

Yo no tengo la facilidad y el don que tú tienes para con la poesía, pero, dime, aún estas enamorado de Bernardetta, corren rumores de que ello...

CASSANO: ¡Claro, amor mío, que te quiero de verdad! (Le comienza dando un beso en sus labios y luego se dan dos o tres seguidos)

Si hiciese uno caso a tantos rumores de lenguas envidiosas, y otras habladurías malintencionadas, a personas celosas o despechadas por insignificantes dichos, falsos y ruines testimonios la mayor parte de ellos, infundados y maliciosos, esto sería como una vil plaga de mosquitos sobrevolando sin parar en los campos circundante sieneses con sus afilados agujones para herir o chupar la sangre a animales y gentes humanas, o como si la tierra cercana, fértil y hermosa, espléndida en su vegetación primorosa, se ve conquistada de pronto con ira y pavor, por una marabunta de voraces hormigas rojas, haciendo un grave espasmo y un violento furor al resto de las plantas de esa naturaleza, y si el hábil y ágil labrador no estuviera atento a los acontecimientos, todo resultaría destrozado y destruido por la llegada de esas depredadores incansables y salvajes parásitos, y siendo eso así, la tierra se llenaría de otras plantas plagadas de cardos y punzantes espinas.

Pero, Nissetta, dejemos esas cosas para las malvadas personas que solo viven y se alimentan de incordiar al prójimo, y de chupar la sangre a los demás como sanguijuelas infectadas que traicionan hasta a sus compañeras, y así se regocijan con las penurias de los demás, y que si no son sino seres de infelices dichas, como plantas carnívoras que extienden sus tentáculos para devorar pensamientos y sentimientos de otras personas, y que no sabrían vivir el resto de sus días sin masacrar a esos inocentes y apesadumbrados seres.

NISSETTA: La vida es corta, y yo no tengo nada más que decir, Cassano, para y cállate ya de contar esas cosas que me ponen muy triste y compungida. Yo lo que ahora necesito es otra cosa. Te creo, pero no e quiero ve cerca de ninguna de tus antiguas novias. ¿Entendido? Si no te las verás conmigo, lo entiendes.

Y ahora bésame, que lo necesito como el comer.

CASSANO: ¿Quién te quiere tanto como yo lo hago? *((Besándola apasionadamente))*  
¿Quién por unas lágrimas de sinceros sollozos no iría al fin del mundo a buscarte la orquídea azul más bella de la tierra?

Si el hombre disimula sus propios sentimientos hace muy mal en ello; si el hombre hace de sus pensamientos solo una forma de dirigir sus conquistas hacia otras modalidades de

negocios mercantiles y lucrativos, sin importarle sus alegres o tristes vivencias y mostrar así sin más sus inesperadas emociones, hace muy mal en ello; si el hombre solo pretende disimular con sus acciones, con manipulativos gestos mentirosos la afectividad que bulle en su espíritu, hace muy mal con ello, pues mostrando caras hipócritas y mensajes cínicos. Puede que consiga engañar a los que están a su lado e infelices se dejen engañar solapadamente, porque el rostro engaña si desea ser que el otro comulgue con el engaño, y así le puede ofrecer gato por liebre, porque juega a ser más actor o actriz que Nerón y Mesalina en aquella Roma de aberración, pillajes, corrupción y libertinaje. En la vida real se puede mostrar eso, hacer de lo racional algo irracional o viceversa, de lo adrede engañoso pasar por lo verídico, de un aspecto feo parecer bello, de lo falso lo verdadero, y a veces, la viceversa puede engendrar así lo dramático y apenado que es una situación de la vida misma.

NISSETTA: Pero, corren demasiados rumores, por ahí, sobre tu integridad moral. Sabes que mis padres, aún siendo adversarios de los tuyos, son implacables con la integridad de nuestros pensamientos, y por lo tanto nuestros sentimientos deben ser serios, profundos, honestos, y hasta la espontaneidad o la naturalidad está por encima de todo. Podemos ser ingenuos, atolondrados, atentos, afectivos, emotivos, pero lo que nunca perdonarían ni los tuyos ni los míos serían el falso amor, un amistad basada en la traición, un amor endeble, efímero, superfluo, la discordia de nuestras familias puede ser cierta y verdadera, pero lo que nunca perdonarían es ir en contra de la Madre Santa Iglesia, y querrán unas uniones donde la honradez y la amistad esté por encima de las mezquindades ajenas, y hasta propias.

¿No será tan verosímil lo que algunas lenguas de Siena cuentan por las esquinas?  
¿Confías en mí para hablar con mi familia y poder arreglar los embrollos y enemistades del pasado?

CASSANO: ¿A quién creer, pues, si el mundo es como una gran obra de comedia burlesca, o una tragedia que disimula su realidad? Pero, amiga mía, y eso lo aprendí antes de mis veintiséis años que ahora tengo, de nuestro maestro pintor Simone Martini, con quien trabajé durante unos años, el cual a su vez aprendió del maestro Giotto, que si la realidad de los humanos te puede engañar mostrándote lo negro blanco, lo dolorido alegre, lo feo como hermoso, o lo desagradable como muy dichoso, en cambio, la poesía del maestro Dante Alighieri, o las canciones o poemas de nuestro Petrarca no engañan a nadie, aunque lo escrito puede también ser malinterpretado, y al pan será siempre pan, y al vino se le llamará vino. Y en paz yo, y en la iglesia Roma. Porque una obra de arte de la pintura, la expresión detallada de un acto concreto, de unos rostros elocuentes y firmes de unos personajes serios y auténticos, nunca disimularán, o camuflarán, lo auténtico por lo engañoso, y plasmarán con realidad o crudeza, con ingenio y fantasía lo que sucede ras el alma humana, tras un espíritu angustiado saldrá la misma angustia reflejada en el lienzo, o en el parietal del fresco, el mismo dolor será angustia honda, el mismo coraje se reflejará en sus caras, o la misma cobardía se verá en sus actos, y si el noble artista, o maestro pintor o escultor que plasmará la triste y negra muerte no lo será con una hipócrita o liviana sonrisa burlona, con un inesperada sorpresa de los aguerridos contendientes, sino con la paleta de color cargada de sentimientos y de luz, con el pincel demostrando los sentires y los naufragios de aquellas gentes, y con las emociones a flor de piel, o mostrando los sinsabores y penares, o las más grandes alegrías de cada momento, sacando a la luz de la tela o de la pared antes encalada toda la psicología humana de esos personajes, y determinando que lo allí representado, la fuerza o energía vital, la desdicha o la malicia, como el mejor arte que la propia naturaleza quiere mostrarnos, situándonos en un lugar determinado y

en un tiempo concreto y adecuado, reflejando lo válido y fiable, lo único y auténtico, que será aquello que se plasme con el pincel del maestro en el cuadro de valor, o en la auténtica pared al fresco “buono”, con escenas llenas de pasión pictórica, y amén de sincera pasión humana o amorosa.

NISSETTA: Está bien eso tuyo de trabajar en el mundo de los artesano y de los artistas. Tu familia es rica y pudiente y no necesita estas cosas de la pintura, pero si a ti te gusta estos cosas, y disfrutas con el pintar bellas imágenes de vírgenes y de la vida del buen cristiano, yo no me opondré a ello. Y me gustan tus disquisiciones sobre el arte y la vida de los artistas.

No debes ser catastrófico ni ambiguo ni desdeñar esos saberes antiguos, porque Siena debe ser una ciudad donde el buen gobierno venza y esté por encima del mal gobierno que aqueja a muchas otras villas y ciudades, ¿Eres tú un pesimista o estás acosado por la fiebre de la desesperación y la desdicha a ultranza? ¿O eres feliz conmigo, que somos como una pareja de palomas, o unos tortolos recién salidos del nido? ¿Qué eres más feliz con la pintura que a veces practicas por devoción, aunque no creo que esa tu auténtica vocación, o tu unión conmigo que me utilizas con diversión o pasatiempo, como lo harías con otras?

CASSANO: Nissetta, yo no soy un Duccio o un Simone Martini, ni me puedo comparar con el gran maestro Giotto, pero me gusta hacer estas cosas sobre el mundo del arte, de los artistas. Y aunque mi familia nobiliaria, la de los Bianchi, no sospeche muchas de estas cosas, ni de mis aficiones, y me gustaría ser un gran maestro de la paleta, y si no, por lo menos el día de mañana ser un gran mecenas de las artes. Mis padres apenas sospechan aunque saben que voy por ahí, por los talleres...

Yo veo a mucha gente que pone toda su ilusión, su fantasía y su buen hacer en disfrutar pintando frescos en las altas paredes de las iglesias, o retratos para alguna noble familia de Siena. Y o se puede hablar de que sus vidas sean tristes, de que estén apenados y malgastasen sus vidas en una profesión que muchos consideran artesanal, pero que otros muchos esconden ya en sus labios, y hasta en su corazón, la palabra de artistas geniales, de auténticos maestros clásicos como los que Roma produjo en otras etapas de su existencia.

La desesperación o la desilusión no será más real, verídica y auténtica si se realiza por los métodos de la pintura de taller, que por los tradicionales métodos bizantino. La cuestión será conocer si las obras obedecen a un mundo nuevo y no anquilosado donde rostros de sus protagonistas contendrán las mejores naturales impresiones que dan su alma sencilla o violenta, o parezcan de verdad sentirse de dolor o de aflicción, o bien, una expresión fundada en la alegría y las ganas de vivir, que aparezca la pasión como un fuego arrollador, donde el frenesí sea auténtico y delicioso manjar de fiesta, o donde la miseria o la inconstancia aparezcan como tales. Así, yo te digo Nissetta (dándole un apasionado beso entre la boca y las mejillas) si se sabe tratar bien el medio pictórico, la riqueza de colorido y cromatismo, la fuerza apasionada del pintor con sus sabios dibujos, o sus profundas y sinceras mentalidades sobre las caracterizaciones de los tipos humanos, tratadas por medio del color, la luz, la nueva perspectiva o la línea al uso, plasmando lo que el alma humana, masculina o femenina, quiere decir y mostrar en cada momento, eso sí será el arte, el arte con mayúsculas y sin tapujos ni maquinaciones. Eso, es por lo menos lo que a mí, mis maestros me han enseñado hasta ahora, y a los cuales les estoy muy agradecido, aunque yo no vaya a ser como ellos, ni a seguir como Giotto a Cimabue en su quehacer cotidiano. Creo que he hablado demasiado...



## LAS DONCELLAS TOSCANAS

---

*(De nuevo intenta besarla con ardor y frenesí en sus labios)*

NISSETTA: ¡Veo que no te rindes ante el amor ni ante el arte! ¿Cuál es tu mejor cualidad, amar o ser amado? ¿Cuál es tu mayor tesoro pintar o ser pintado? ¡Besa así, besa así, amado mío, que el viento sabe más por brusco y fresco que cuando va lento y parsimonioso!

¿Qué eres ahora, Cassano, más filósofo que amante? Desconocía esta vertiente tuya. ¡No sabía cuál es tu testimonio por el arte de la pintura, y por el besar bien mostrado! ¿Acaso el mismo Apolo en el Parnaso del Olimpo te ha dado además del saber sobre pintura, el don de la palabra lisonjera para adularme y seducirme de esa manera, y no lengua infame para decir necedades y sandeces ininteligibles como lo hacen los enemigos del amor?

Veo que has superado la prueba. Y creo que mi madre me estará echando ya de menos, a pesar de las sabias palabras que ama Reginelda le haya contado las leyendas de Petronio, para escabullirme de sus brazos preferidos y maternales. Pero, ¿mira quiénes vienen por allí, a la diestra del camino: parecen que son mis amigas Clara y Ana Isabetta? Y, ¿qué vienen cantando, es acaso la canción popular: “La Primavera ha llegado a la bella Toscana, y todos ahora me quieren como alegre hermana”?

CORO:

“Cuando de la mano del viento la primavera  
Llega traída con nuevo aliento  
Con sus canciones alegres de músicas candorosas  
Dejando atrás el apagado invierno  
Y empujadas ahora por suaves, y nuevas brisas  
Encubiertas por frágiles caracolas de escondidas risas,

Como un compás de arpegio y colorismo  
Donde las praderas y colinas sueñan con canciones  
Y con tapices verdes de altas copas.  
Bosques espesos cuajados de cálidas sensaciones  
Y ríos caudalosos, los antaño arroyos en los desfiladeros,  
Que muestran ahora las cristalinas aguas en los senderos”.

### ESCENA SEGUNDA

*(Cerca del lugar del primitivo encuentro, los cuatro jóvenes se abrazan y se explayan en sus cuitas, tras sus cánticos, y sus juegos juveniles hechos con frenesí y con alegría mutua)*

NISSETTA: ¡Hola amigas! ¡Qué agradable encuentro, compañeras! ¿Estáis bien?

¡Ah!, ¿si me parece que no os conocéis todavía?

JOSÉ LUIS ESCUDERO VÁZQUEZ

Os presento a Cassano, estas son mis amigas, Clara y Ana Isabetta.

(Se saludan y se dan un beso de cortesía)

CASSANO: ¡Encantado de conoceros! Nissetta me ha hablado de vosotras en alguna ocasión.

¿Qué venís, de recoged flores y una cesta de hortalizas?

ANA ISABETTA: ¡Sí, sí! Clara lleva para su casa unas verduras de la huerta. Y mi cesta va llena de algunas coloridas flores. ¡Tomad, estas, son las más llamativas y olorosas!

*(Les ofrece un pequeño ramillete de flores frescas del campo)*

NISSETTA: ¡Gracias compañeras, qué buenas sois!

CLARA: Si gustáis unas fresas, unos tomates, o arándanos de los caminos, puedo daros estos...

NISSETTA: ¡No, no, gracias, eso es para vuestro hogar! Te lo agradezco Clara, pero seguro que mi ama ya ha comprado para hoy las hortalizas necesarias para comer en la mesa.

CLARA: No hay ningún inconveniente, tenemos fresas coloradas para dar a un regimiento. Quizás os guste probar mejor los arándanos, dicen que son buenos para la piel y la juventud del alma. Eso dice fray Gabriel, el franciscano.

NISSETTA: ¡Gracias de nuevo! ¡Te lo agradezco de veras, de corazón!

CASSANO: ¿Dónde habéis dejado a vuestros amores?

NISSETTA: ¡Pero, qué cosas tienes, amigo, decirles que dónde están sus amores!  
A ti qué te importa.

Si los primeros en escondernos de la gente somos nosotros...

CASSANO: Yo lo decía por ti, ¿has dicho que te llamas Ana Isabetta? Creo haber oído ese nombre a mi amigo Marco, le he oído hablar con mucho interés por ti. ¡Es eso, pues, verdad!

## LAS DONCELLAS TOSCANAS

---

ANA ISABETTA: Bueno, verdad, verdad, no es tanta. Salimos juntos de vez en cuando, pero lo que se dice novios, novios, no creo que lo seamos.

CASSANO: ¿Todavía? Entonces me ha mentido mi buen amigo. Este Marco, me lo puso y me lo dio ya por hecho.

ANA ISABETTA: Pues ha exagerado también mucho y te ha mentido un tanto.

CASSANO: ¡Pues bien que él me ha hablado de tu nombre! De tus cuatro nombres. Cuatro...

ANA ISABETTA (*Sorprendida*) ¿De mis cuatro nombres? ¿Qué es eso?

CASSANO: Yo le he oído comentar que te llaman de cuatro maneras diferentes. Son como distintas acepciones de la misma onomástica. ¿No es esto verdad?

NISSETTA: ¡Tú, Cassano, te estás inventando estas cosas para caer bien con ellas!

CASSANO: No, verás, si mal no recuerdo, bueno, veréis, es muy sencillo. Recuerdo que siempre decía el señorito Marco, muy vanidoso y ufano:

Uno es ANA, el otro ANINA, el tercero ANAIS, y el cuarto ANA ISABETTA. ¿No tienen, acaso, todos alguna relación con tu nombre?

ANA ISABETTA: (*Poniéndose muy colorada, amén de sorprendida*)

Por favor, no me digáis, que él os ha contado eso. ¡Qué horror, por favor! Todo ello me ruboriza mucho, ya le daré yo a él. ¿No me digas que te ha contado uno por uno...?

CASSANO: ¡Pues, sí!, si no te importa, creo acordarme de cada uno.

Por ejemplo:

ANA, sonido sencillo, - y decía – que el sentido era cordial y amable.

ANINA, sonido onomatopéyico, con sentido afectivo y sentimental.

ANAIS, sonido cálido, con sentido emotivo y alegre.

ANA ISABETTA, sonido rimbombante, con sentido elegante y diplomático.

¿Y sabes tú, cuál le gusta más a él?

ANA ISABETTA: A mí nunca me lo ha dicho

CASSANO: Pues, ¿pregúntale cuando lo veas? ¡Te sorprendería! Eso, ¡si me dijo la verdad!

ESCENA TERCERA

*De nuevo oyen ruido y cánticos, y ven aparecer por uno de los vericuetos del camino a los amigos de Cassano que no se habían alejado mucho de los amantes y de las amigas de Nissetta.*

*Vienen cantando una jocosa canción popular:*

CORO:

“El día abre a la noche como un cuarterón a la ventana  
Como la caja de Pandora se abrió  
Estirando de sopetón la leche de la cuajada  
Que para mi amor bien está la lana y la cardada  
Un beso fuerte de amor  
Y un dolor en la balconada”.

CASSANO: ¿Acaso nos espiabais, compañeros, por los campos en flor?

¿O tal vez Narciso quiso ver su alma retratada en el lago, o entre una vegetación figurada?

¿Disimuláis cantando una canción como una plomada?

¿Qué os trae por aquí, amigos del alma?

TOMÉ: ¡Por Dios, Cassano, por la Virgen María, y por vuestras elegantes y hermosas damas!

¿Acaso nos creéis tan acosadores o tan rufianes, o bandidos escondidos entre los montes? ¿No veis en el cuadro de Lorenzetti que en los campos sieneses reina la Seguridad armada con una buena horca, y sus mensajes claros en la lontananza?

¡Si somos más leales que Aquiles a Patroclo, si más fieles que Ulises a Penélope!

Descuidad, amigo nuestro, que no somos como el gentil Paris acuciado por la bella Helena en contra de Menelao, rey de Esparta.

MARCO: No somos tampoco el Paris eligiendo a la más guapa y bella de las tres diosas profanas, que por ello luego un día cayó en desgracia su estirpe troyana. Nosotros no desdeñamos a ninguna de las tres diosas que el juicio de Paris mostró con altanería y desdén, por las otras no consideradas, de las cuales surgió luego, con franqueza, un rencor en las despechas damas.

Pues, la misma Hera, nos hubiera herido, y zaherido una y mil veces, con su gran poder y destreza en nuestros juveniles y humanos cuerpos, si por ella no hubiéramos mostrado nuestra admiración y nuestra veneración de diosa, esposa de Zeus. Ni nuestro premio, si así lo hubiéramos apostado, hubiera rechazado a Atenea, la más guerrera y audaz de todas las diosas de la Hélade, protectora de la divina Atenas, sino que también hubiéramos elegido a la hermosa Afrodita, amor de amores, la de cuya hermosura y sutileza supo apreciar Paris la belleza de su ser femenino, que de tonto no tenía ni un pelo, dándole la pasión y la desvergüenza por el amor de Helena.

CASSANO: Calla de una vez, amigo deslenguado, qué más bien intentas parecer en vano, a Homero que al servicial Ovidio cuando escribió sus Metamorfosis, que parece que te da igual parecer al griego que al romano, e intentas decir que la poesía te va que como anillo al dedo.

¿Y ahora explica, sagaz sabiondillo, a Ana Isabetta, aquí presente, lo que un día me dijiste de sus cuatro nombres femeninos, como si la fuente Gaia, en su gran plaza, surtiese de agua pura y cristalina a todas nuestras jóvenes damas de Siena?

MARCO: ¡Oh, mi elegante y gentil dama! ¡Doncella más hermosa no vi en toda la Toscana! ¡No me riñáis, bella señora si no he tenido consideración alguna vez por ello, ni he sabido apreciar vuestra noble figura y gallarda onomástica! Nunca fue mi propósito eso, sino la de ensalzar y rendir homenaje a tan alta alcurnia e linaje, y de apuesto nombre onomástico. ¡Perdonad, mi atrevimiento, y si alguna vez merecí castigo sea este como lo fueron para Sísifo el cargar eternamente con la pesada y enorme piedra hasta la cima de la colina, y caérsele de nuevo cuando la meta estaba bien lograda; o bien, cuando al sagaz Tántalo, que de nada le valió sus argucias, ni llorar por los quebrantos, cuando fue sumergido hasta el cuello en el lago del frío y cruel Tártaro, para toda la eternidad del humillado, con un doble castigo ciego, pues, cuando tenía mucha sed el agua le desaparecía de su cabeza, y cuando tenía tanta hambre, los frutos sabrosos del cercano árbol retiraban sus ramas para escarnio y frustración, en un continuo desaliento y hondo desasosiego pleno; y ya no te hablo del maldito Ixión mortificado en la ardiente rueda giratoria de por vida!

¡Perdonad, bella dama, mi atrevimiento al exhortar esos sonidos y sentidos a vuestro noble y gentil nombre, que nunca fue mi propósito ofenderos ni humillaros, sino todo lo contrario, ensalzar y apreciar vuestra onomástica cristiana!

ANA ISABETTA: Marco. Bien te creo, noble, que sé que tu voluntad es honrarme y quererme por porfía. Pero a veces, el vulgo entiende estas cosas como necedades que salen del alma del quien las canta por demás. Bien sé yo que ese no es tu motivo, pero, desde ahora apriétate el cinturón antes de decir tamañas letras sin mi consentimiento.

MARCO: ¡Gracias, mi buena princesa, que el cielo te colme de bendiciones y buenos presagios, que yo siempre estaré a tus pies, como siempre lo he estado!

CASSANO: Y ahora, caminemos hacia la ciudad, que ya es hora de almorzar porque el sol ya se mantiene altivo como Faetón sobre su carro celeste, y la mañana ya entra en mediodía.

¡Que nuestras gentiles doncellas ya tienen ganas de ver a sus padres y de arreglarse de nuevo sus vestimentas y atusarse el cabello, que de descuidados y necios es permanecer

aquí más tiempo cuando el hambre y la sed devora la boca como decías tú mismo, Marco, en el encuentro.

ANA ISABETTA: ¡Ah, y ahora, que me acuerdo! Dime feliz muchacho, ¿cuál es para ti el mejor llamado de mis cuatro dictados nombres?

MARCO: (*Ruborizándose, y no atreviéndose a decirlo*)

Pu..., pues, creo que es, es...

ANA ISABETTA: ¡Anda, Marcos, dilo, sin vacilación, que se muere de ganas mi oído femenino al escuchar tu esperada respuesta!

MARCO: Para mí, pues, pues, el que más me gusta es el sobrenombre de ANINA.

ANA ISABETTA: ¡Anina!

¡Mira, qué listo es el hombre!

Sabe que a mí el que me gusta más es Anais.

Bueno, se acabó. Y a todo esto, (mirando con duda y sorpresa a Nissetta y a Cassano)

¿Desde cuándo los Neri y los Bianchi se llevan tan bien?

TOMÉ: Yo he oído hablar de la fábula de Tisbe y de Píramo, dos familias de la antigüedad que dicen se llevaban mal, muy mal. Muy pronto una compañía teatral, me han dicho de buena tinta, que interpretará para la fiestas del Palio una obra basada en lo que les sucedió a estos amantes.

AZZOLINO: ¡Eso, hijo, siempre ha pasado, antes, ahora, y sucederá siempre! No descubres Tomé, nada nuevo bajo el Sol. Esas historias de amantes amorosos cuando sus familias eran adversarias a toda costa, y no se hablaban nada de nada, no es nuevo. Situaciones de enemistades por competencia comercial o por administración de los territorios siempre ha habido; situaciones por acciones no honorables en los ámbitos burocráticos, o de ilícitas actividades políticas o viscerales acontecimientos de celos, venganzas o envidias siempre ha habido en la viña del Señor. Y también hay amores secretos que a veces no resaltan porque se ocultan muy bien, o se dan por fingidos o prescritos a cuento de que a la plebe no le interesa esos chismorreos porque son de poca monta, y hay amores misteriosos que cuanto más ocultos están, mejor para todos son.

CASSANO ¿Qué quieres decir con ello, Azzolino?

AZZOLINO: Pues, compañero, quiero decir, que cuando un asunto no traspasa el ámbito de lo familiar, o de lo esencial porque no es importante para nadie en ese momento, o no hace mella entre los habitantes de una ciudad porque eso no figura en las listas de chismorreos o disquisiciones banales, no pasa nada. Pero, si los acontecimientos son resaltados con una voluntaria actitud de maldad o de perjurio, de escondidas y antiguas venganzas, de despechos femeninos acumulados en el alma y no darle salida confesional con frailes, cuando hay alguien que quiere erosionar la estirpe, o causar daños entre algunas familias, y lo que en un principio no era nada, luego, poco a poco, se convierte en un pesado volumen de iniquidad y desasosiego, como en una enorme bola de nieve, que se hincha y se acumula más y más blanco elemento cuando rueda imparabile por una colina y conlleva en la caída su ruina y una catástrofe.

CASSANO: Olvidaré esos negros presagios, mi buen amigo, Azzolino. Verás que todo es cuestión de tu fantasía, de una imaginación desbordada y fuera de control.

Desde que la constelación de Andrómeda vertió también su espesa leche en los confines estelares de la Vía Láctea. ¿Cuál es el devenir de nuestra relación entre ella y yo? ¡Decídmelo, por favor!

AZZOLINO: Creo que hay amores que dicen que matan. (Mirando de soslayo a Nissetta de la que está hondamente enamorado en silencio) Hay amores que irrumpen en nuestra alma sin nosotros saberlo. Que inundan el corazón de sangre como ríos bravos y montañosos que en primavera derriten toda la nieve en aguas puras y cristalinas. ¿Qué puede hacer un hombre cuando ve que el amor por su amada, que ignora todo eso, qué puede hacer si añora besos desconocidos que nunca surcarán los labios femeninos, ni tener nunca pasiones convulsas, porque ve que todo son puras fantasías de su mente, y que nunca llegará a conocer a su amada, a su anhelada dama, porque el destino se ha hecho trágico fantasma?

NISSETTA: Si calláis vuestras, a veces, viperinas lenguas de viejas insensatas, o de viejos aduladores de alcahuetas, de los corrillos del mercado, si escondéis vuestra labia en los gordos fardos del panadero y que es honesto y pone humiento y levadura al pan bien amasado, o en los cóncavos cántaros de aguador brilla el agua pura y fresca, entonces poco a poco, veremos cómo las aguas pueden volver a su cauce, y en el cielo pueda volver a brillar Casiopea con su carro de llameantes fuegos estelares en su propia constelación. Eso espero, pues de vosotros, lealtad y fidelidad, disciplinas y humildad, como panaderos y aguadores honestos, y nada de traiciones ni escondidos escarnios, ni falsas franquezas. Y si vamos todos de sabios o de cultos, deciros, que no seáis tan chivatos, o difamadores de bulos ajenos, como lo fue el infiel y vengativo Apolo al delatar los amores de dos dioses, aunque Homero se lo atribuyó al sol Helios, que para perjudicar al dios Marte que estaba teniendo unos amores secretos con Venus, casada con Vulcano, acudió a la fragua de este, donde estaba trabajando en armaduras guerreras, y le comentó maliciosamente, como su mujer la bella Afrodita le estaba poniendo los cuernos con Ares, el dios Marte romano. Y luego cómo les pilló en aquella red metálica. ¿Y, qué creéis que fueron todos así más felices? ¿Tuvo razón el chivato de Apolo al denunciar algo que era personal de ambos dioses?, y que ya probablemente ¿el mismo Vulcano suponía o sabía de su existencia? ¿No pensáis que si nada se dice, y se oculta porque la verdad amorosa no es única y existen a veces otras vertientes que en nada conviene enseñar al prójimo porque si no se destruiría un matrimonio o una pareja?

¿No pensáis que el amor hay cuidarlo y regarlo como a las plantas hay que regarlas casi todos los días, sobre todo cuando el sol aprieta sobre la tierra?, Porque si no se secará y su sabia se apagará, es como si el fuego de la lumbre no se atiza con buenos maderos de leña al final terminará apagándose, y el rescoldo puede que ya no sea suficiente para emprender de nuevo la vitalidad de su llama?

CASSANO: Bueno a todos, compañeros y amigas, guardad el secreto, y no confiéis a nadie estos nuestros dichos y palabras, de nuestra total y mutua confianza. Que el diablo siempre anda queriendo acechar al pobre peregrino en el sendero de la vida, y si este no da síntomas de fortaleza y de resistencia, no disfrutará a su llegada a Asís o a Roma de las prebendas y privilegios, de los futuros dones divinos, que sus buenas acciones cristianas, con sus sanas virtudes y tanto sacrificio que tuvo que realizar por el camino. ¡Qué Dios bendita a todos y a todas!

Partamos para la ciudad y antes de llegar cada uno a su casa. ¡Adiós!

## ACTO TERCERO

A COMIENZOS DEL MES DE JULIO (Verano)

ESCENA PRIMERA (I)

EN UNA PLAZA DE LA CIUDAD DE SIENA.

*Con motivo de las cercanas fiestas anuales del Palio, se representan en la ciudad una obra teatral, donde la fábula de Tisbe y Píramo es interpretada por actores y actrices de la localidad de Siena y de sus alrededores, que forman la compañía denominada “La Giottesca”.*



## LAS DONCELLAS TOSCANAS



FOLLETO DEL CUADRO DE PERSONAJES DE LA OBRITA TEATRAL “Los amores de Tisbe y Píramo”, de la compañía de teatro llamada “La Giottesca”:

TISBE: Natalia Caparona

AMIGAS:

Ifigenia (amiga de Tisbe): Interpretada por Carlota Temprani

Azurina (segunda amiga de Tisbe): Laura Benacci

Francesca (tercera amiga de Tisbe): Marietta Fanelli

PÍRAMO: Eusebio Campano ( y director de la compañía)

AMIGOS:

Juseppe (amigo de Píramo): Interpretado por Carlo Ambrosi

Carmelo (segundo amigo de Píramo): Guido Percassi

Renato (tercer amigo de Píramo): Julio Maltesi

Leo (Leonardo, cuarto amigo de Píramo): Ovidio Laguneri.

EN LAS GRADAS. SENTADOS:

Aparecen en uno de los lados, como espectadores asistentes a la representación teatral, las anteriores amigas de Nissetta,- Clara, Ana Isabetta, y Rosaura -,acompañada por su ama, Reginelda, más los dos hermanos de la gentil doncella, Beniccio y Andreucho Neri, más la novia de este último, la bella Nora Ampulia. Todos ellos sentados en el extremo este del aforo del teatro, de la compañía de teatro local, de nombre “Giottesca”.

EN EL OTRO LADO OPUESTO:

Asisten de espectadores los anteriores amigos de Cassano,- es decir: Marco, Tomé y Azzolino, junto con su primo Rigoberto Bianchi, hijo de la hermana (la dueña Margarit ) de la madre de Cassano, y la novia de este pariente, la bella dama María Cecilia. También junto ellos estaban maese Oriolano junto a su amada Anietina, amante que ya era un clamor de lejos.

COMIENZA LA FUNCIÓN Y SE ABRE EL TELÓN:

ACTO ÚNICO EN TRES CUADROS DE TISBE Y PÍRAMO

CUADRO I

Entran en la escena las amigas de Tisbe, muy nerviosas, temblorosas y afligidas, por el desenlace que se avecina para su amiga. Enjugan las lágrimas de sus ojos y sus tristes llantos en unos pañuelos como presagiando algo dramático y que rodean sus dulces y jóvenes ojos.

IFIGENIA: ¡Nadie, amigas, nadie encuentra dónde están estos ilusos amantes, esta doncella insensata y este mancebo sin cabeza pensante! ¿Adónde habrán podido ir en esta noche tan oscura, fría, y llena de presagios funestos?

¿Cómo se atreven a desafiar a los dioses incumpliendo el mandamiento de fidelidad y de obediencia hacia sus padres? ¿No verían en su juvenil alma los futuros peligros y la tentación de probables infortunios? ¿No verían las temeridades que hay tras los senderos y caminos donde pueden aparecer cualquier maleante o mendigo con malas intenciones? ¿Es que acaso los enamorados y o la naciente adolescencia no tienen miedo a las tinieblas de una noche tan oscura y pálida para los espíritus indefensos y los cuerpos desarmados?

¿No tuvieron tiempo de pensar y reflexionar mejor los posibles peligros que les podían acontecer?

AZURINA: ¿Quién fue el primero en advertir sus desapariciones en la profundidad nocturna del universo? ¿Dónde se fueron las estrellas brillantes y cautivas de las constelaciones con las cuales las noches de primavera hierven la sangre, y suelen colmar de deseo y sensibilidad a las parejas de enamorados? ¿Quién a partir de esta aciaga fuga

## LAS DONCELLAS TOSCANAS

---

intentará tenerles digna compasión, y una nueva cautela que les aflore con franqueza? ¿Dónde dejaron la buena honesta virtud que antes les hacía ser tan prudentes, discretos y precavidos?

FRANCESCA: Los padres de Tisbe están angustiados y asolados por si le ha pasado algo grave a esta inocente niña, cuya luz de enamorada no le hace ver más que resplandores difusos, y no la misma luz del sol que cada mañana levanta ágil y lenta las tibias escarchas de la yerba tierra por el fresco matutino que amanece tan pálido como el árbol de boj. ¿Tuvo celos la implacable noche cuando vio que dos inocentes seres se amaban con pasión cuando la Luna les invitaba a hacerlo?

AZURINA: Sus padres angustiados por pensar en la deshonra de la familia, aterrorizados de que algún animal salvaje y feroz, bajase en estas noches de sus escondrijos en las colinas y entre los árboles del monte cercano, alguna leona en busca de alimentos para sus cachorros, abandonados en medio de la vegetación y de las ruinas de otros lugares.

A nadie de los suyos, ni a nosotras, sus amigas de siempre, nada dijo, de adónde iría en este casual momento, aunque todas sabíamos del romance de su amor con Píramo, el de la buena familia babilónica de Nadafh. Nadie pensábamos que aquellas señas, maquinaciones y murmullos silenciosos a través de la rendija horadada por el tiempo y por la fuerza de mirarse uno al otro entre sus habitaciones contiguas pudiese suceder esto.

IFIGENIA: ¿Dónde se habrán escapado estos jóvenes, tan inexpertos y locuelos, tan tiernos y débiles todavía? ¿Dónde tenían su esclava razón, si ella aún les pertenecía, junto a su corazón insensato? Y, ¿qué pretendían hacer con sus insensibles corazones que juegan a ser más estremecidos e inseguros que todos los lacónicos arroyos que desde de las mismas colinas bajan sudorosos hasta el Éufrates o el Tigris inundando de limo y agua nuestras tierras sagradas? ¿Dónde estaban sus mutuas confianzas y sus sinceros deseos de amarse eternamente?

FRANCESCA: Pero, ¡un momento, callad, por favor, escuchad eso! ¡Parecen que vienen pasos de gentes alteradas por ahí! ¿Vendrán de buscar también a los amantes?

### CUADRO II

*Discuten los amigos de Píramo sobre dónde estarán los dos amantes desaparecidos.*

LEONARDO: Mira, Píramo, ¿quién lo diría? ¡No solo era un secreto a voces, aunque él nos contaba cómo iban entre ellos sus relaciones y sus apasionados amores!

.JUSEPPE: Con lo listo que era él y se marcha sigilosamente de casa, fugándose con una doncella que era de una familia contraria a sus intereses comerciales y financieros. ¿No hay mujeres en la ciudad que se va a enamorar de la doncella Tisbe?

RENATO: Ya lo dice el refrán: “Lo prohibido es lo apetecido”. Lo hemos buscado por todas partes de la ciudad. Hemos registrado calles, callejuelas y plazas y plazuelas. Nada de nada. Parecen como si se los hubiera tragado la misma tierra. ¿Ha habido algún terremoto esta noche?

LEONARDO: Pero, ¿qué bobadas dices? Temblores los míos si no se les ha ocurrido dirigirse a la ciudad de Nínive fundada por Nino, el esposo de Semíramis.

CARMELO: ¿Qué has dicho, Leo?

LEONARDO: ¡Qué tal vez se hayan fugado a la ciudad de Nínive!

CARMELO ¡No lo otro!

RENATO: ¡La tumba de Nino! ¡Allí no hemos mirado!

JUSEPPE: ¿No solían ir allí en alguna ocasión?

CARMELO: ¡Tengo un presentimiento, algo les ha pasado!

RENATO: Eso ya lo sabemos, Carmelo. Han desaparecido, se han fugado, nadie sabe dónde se encuentran. Toda la noche les hemos estado buscando y nada. ¿Pero en algún sitio tendrán que estar?

CARMELO: ¿No hay allí una alta morera cuyos frutos están ahora más blancos que la nieve de las lejanas montañas?

RENATO: Y yo he visto como algún león, o alguna leona ha bajado hasta allí en busca de bueyes u ovejas para llevar a sus cachorros.

LEONARDO:(Mirando hacia el lugar por donde entran las amigas de la doncella desaparecida) Además, ¿no está allí la vieja fuente de aguas frescas y cristalinas? Aquí vienen las amigas de Tisbe, ¿hola chicas, tampoco vosotras habéis encontrado nada?

FRANCESCA: ¿Vosotros no habéis encontrado nada también?

CARMELO: Hemos mirado por todas partes, y nada.

AZURINA: Pues nosotras hemos ido a todas partes y nada. La madre de Tisbe está airada, y muy desesperada, y su padre, muy iracundo, está hecho un basilisco, tiene la espada siempre puesta en la mano, y si encuentra a Píramo lo mata de un mandoble.

IFIGENIA: ¡Vayamos pronto a ver si se encuentran entre los árboles de la tumba del rey Nino!

### CUADRO III

*En esta última escena aparece yaciendo en el suelo, medio muerto el joven Píramo.*

*Todavía le queda un hilo de vida en su malherido cuerpo. Junto a una de sus manos se encuentra una larga daga de acero toda ensangrentada. Su amada, la muy enamorada Tisbe, se encuentra medio desfallecida y muy desesperada, en trance de obnubilación total y trágica, y llena de gran congoja, rabia y tristeza.*

TISBE: ¿Qué hado te ha infringido esta desgracia, mi amor? ¿Qué dioses se pusieron de acuerdo en hacer infeliz nuestras pobres y tristes vidas, en ahogarnos en una adversidad de infierno? ¡Ay! ¡ay!, y cuántos ¡ay!, la tierra muestre su penar! ¡Dolores hay en mi alma que me matan, que me asesinan sin haber vivido, sin haber tocado a tope tu piel morena! ¡Ay, ay, mi amado Píramo!, ¿qué infierno de fuego te quiso más que yo, mi amor? ¿Qué tormenta te agarró cruel y feroz sin haber sentido mi piel en tu piel, mi sueño en tu sueño, mi alma en tu cuerpo de héroe babilónico?

PÍRAMO: ¡Ay! ¿Eres tú, mi dulce Tisbe?

¡Mis ojos se nublan en las tinieblas de mi mente!

¡Mi alma desaparece entre los confines del cielo!

¡Mi mente se turba ensombrecida en la negra noche!

## LAS DONCELLAS TOSCANAS

---

TISBE: (En trance de desolación total) ¡No te mueras, mi amor! ¡Yo detendré a la muerte! ¡Ay, maldita noche cargada de las oscuras negritudes de un abismo infernal! ¿Qué dios del cielo, ¡oh, diosa del Amor!, quiere para sus amantes la más grande de las trágicas desgracias? ¿Qué le ha sucedido a nuestras ciegas vidas? ¿Qué fue de nuestros amores secretos cuando los dos nos veíamos a escondidas por el orificio que se abría entre el aire y la pared, entre el cielo de mis ojos y la boca de tu cálida tierra?

PÍRAMO: (Con sus últimos suspiros de vida, dando sus últimos quejidos y frases inconexas) ¿Por qué me huye la vida de mis venas?, ¿cómo una sal seca se disuelve sin piedad en mi vertida sangre?

¡Ay, mi amor, siento dejarte aquí sola...!

Se escapa el hedor de mi sangre por el boquete del vacío de mi espíritu...

¿Qué hicimos de mal, mi amor del alma?

¡Solo nos amamos, solo nos amamos!

¡Solo nos amam...! ¡Amor!

TISBE: (*Desconsolada y afligida, con un dolor que se le parte el alma sin remisión*)

Mi amor, no te mueras, no te vayas y me dejes sola aquí, en este mundo inhóspito y salvaje.

¡Dejé mi fatídico velo en el suelo al huir de la bestia salvaje! Me refugié en la cueva cercana. ¿Por qué nos pasó esto a nosotros?

¿Qué hicieron los nuestros para separarnos en vez de unirnos? ¡Qué odio tan infame embriagó nuestros vientres hasta hacerlos desconocidos? ¡Qué furia ingrata y salvaje se llevó con sus hachas estridentes los milagros que pensábamos hacer!

PÍRAMO: ¡Me muero, mi amor! ¡Mi sangre ya ha aflorado casi toda a esta impía tierra, sin piedad ni arrepentimiento!

¡Mi amor! Gracias por amarme...

¡Adiós! ¡Mi amor! ¡A...! (*Muere*)

TISBE (*Llorando y gimiendo como una desconsolada mujer, presa de la gravedad y de la funesta muerte que estaba presenciando*) ¡Ay, amor! ¡Ay, mi desdichado cuerpo también irá a parar junto a tu amor entre las nubes del cielo!

¿Qué puedo hacer yo en este mundo sin tu compañía, sin oírte, sin sentirte, sin tenerte aunque fuera a través de una aguda rendija, aunque fuera por el más pequeño de los agujeros que la vida nos puede presentar?

¿Por qué quiso el cielo castigarnos con este involuntario delito de vivir separados ya para siempre? ¡Esto es el fin! ¿Ahora nuestras vidas, te lo prometo, mi amor, se sellarán unidas por el tiempo de nuestra eternidad!

¡Ah, tú negra vida! ¿Qué hicimos de mal para merecernos este castigo divino? ¿Por qué nuestra dicha fue la desdicha de ver la negra noche antes que el claro día inundara nuestras vidas?

¿Qué celos puedo tener ya con un esposo muerto? ¿De qué vale ya el odio si tú ya no estás aquí? ¿Qué vida sería la vivida sin vivir la vida sin ti, amor mío?

¿A dónde te vas, mi amor, a dónde te has ido, mi amado?

¡Las Parcas nos hicieron enrejadas jaulas para meternos allí como presas de criminales sin conciencia, sin piedad, sin alma, sin mente!

¡Oh cielo ingrato, oh mala suerte sin suerte dónde estaba tu sino?

¡Moriré porque este mundo ya nada me puede ofrecer, ya nada tiene de nosotros!

¿Dónde está tu bendita daga, tu acerada espada que marcó el camino de nuestra futura unión?

¡Oh, daga, que serás mi vida en mi muerte!

¡Oh, mi aliento final de acero moldeado, mi corazón le ofrezco al divino Píramo. ¡A mi amor! ¡Ah, mi amado esposo! ¡El viento de la noche nos llevará juntos al otro cielo donde las estrellas dan luz perenne, dan suaves destellos que solo pueden verlos os que allí viven...! ¡Los que allí ya moran para siempre en paz, en silencio, en amor eterno!

¡Adiós, mi amor! ¡Hasta pronto! ¡Mi amor!

*(Tisbe muere echándose junto a Píramo)*

LLEGAN LA PANDILLA DE AMIGOS Y AMIGAS cuando la misma Tisbe se acaba de clavarse la misma daga con la que el joven Píramo se ha quitado la vida).

JUSEPPE: ¡Oh dioses de los Templos inmortales! ¡Oh, diosa de la sabia tierra!, ¿dónde te encontrabas cuando esto pasaba?

LEONARDO: ¡No puede ser! ¡Esto es un mal sueño, una desconcertante pesadilla!

CARMELO: ¡Esto no es cierto! ¡Esto no es verdad!

IFIGENIA: ¡Esto, amigos, es más cierto que mis pies pisan tierra sagrada, tierra divina y ya dorada!

AZURINA:*(Llorando como una descosida)* ¿Qué dioses han podido hacer esto a una pareja inocente, noble, buena y que se quería como la luz a la mañana, como el frío a la helada, como el manantial de la montaña a su escurridiza agua, tan pura y cristalina?

FRANCESCA: El fiero león, o los leones salvajes, a veces somos nosotros, somos como una serpiente que se come la cola, con nuestras negligencias, con nuestros funestos improperios, nuestros odios y rencores, con nuestras necedades e impiedades, herimos, matamos, perjudicamos a nuestros seres más queridos, más sentidos. Si Píramo y Tisbe hubieran tenido una agraciada vida, una comprensión a sus amores, sin poner adrede cortapisas ni zancadillas, otra historia hubiera resultado...

RENATO: ¡Pobres padres, pobres madres! Ellos y ellas tendrán para siempre el estigma de sus vidas, no les quisieron en vida y los tendrán para siempre juntos en la muerte.

¿Qué humano quiere para sus hijos una muerte tan indigna, tan trágica y funesta, tan inútil y tan siniestra?

AZURINA: Las luces de sus perdidos ojos parecen sendas estrellas que no acaban de iluminar bien el cielo como lo hacen los demás astros del firmamento.

Mirad, parece una nueva ilusión, o es falsa magia que emiten mis sentidos, parece que la morera aquí presente emite un distinto y nuevo frescor, y tiene ahora sus frutos negros en honor de estos inocentes amantes. Señales de muerte y súplicas de por vida.

## LAS DONCELLAS TOSCANAS

---

Frutos negruzcos que recordarán para siempre, eternamente, su doble sangre, su triste vida, su doble tumba.

¡Qué el cielo recoja las súplicas de los mortales!, ¡que las oraciones se eleven infinitas hacia el largo cielo, quizás ahora siempre estrellado con las luces de sus ojos interminablemente juntos vagando por el espacio, ...!

CORIFEO:

*(CORO común recitado por todos los amigos y amigas de la infeliz pareja)*

“¡OH, DIOSES SAGRADOS DE ESTAS TIERRAS!

¡MORADORES DE LOS ALTIVOS Y MISTERIOSOS CIELOS!

¿POR QUÉ CAYERON SOBRE ELLOS, OH, VICTIMAS SANGRANTES, LOS ACIAGOS HADOS, MURIENDO SOBRE FRÍOS Y SOLITARIOS SUELOS?

¿QUÉ CRIMEN COMETIERON ESTOS DESGRACIADOS AMANTES?

ACASO, OH, DEIDADES DIVINAS DE LA ACARICIADA SUERTE,

¿FUE UN PECADO SU OSADÍA, CON INUSITADA PASIÓN, EL BIEN QUERERSE?

¡QUE SU ÚNICO SUEÑO DE PORFIAR Y QUERER VERSE SE TRANSFORMÓ EN UNA INFELIZ E INESPERADA MUERTE!”

-----

*Aplausos generalizados por la multitud asistente al acto teatral del melodrama de Tisbe y Píramo. (Final de la representación)*

### ESCENA SEGUNDA DEL ACTO III

*Comienzan las primeras miradas extraviadas desde el lado de los NERI hacia el lado opuesto de los BIANCHI.*

*Se ven en las caras de algunas personas asistentes al acto, cómo sus expresiones faciales y sus movimientos corporales se reflejan en los sucesos de esa historia pasada de los desdichados amantes, como los rostros y los cuerpos se reflejan en los espejos de las habitaciones. En sus cultas conciencias, en sus inteligentes mentes, todos, quizás, la gran mayoría de ellos, desean que aquellos acontecimientos sucedidos en otra época, no se vuelvan a repetir en este tiempo actual.*

*Los ánimos y cuchicheos de las gentes, al principio con suave murmullo y templados, luego, fríos y pensativos, dejan pronto verse que los corazones comienzan a latir a otro ritmo distinto, y los nervios cruzan sus raíces con un dinamismo diferentes. Como una flor que cada mañana empiezan a alzarse a los rayos de luz del cielo, a abrir sus tiernos y coloridos pétalos al viento, así, poco a poco, comienzan también a abrirse los corazones con un álgido murmullo, a cambiar las palpitaciones retenidas y latentes en sus cuerpos por otros más acordes con algunos miembros de ambas familias aristocráticas, nobles por estirpe y tiempo, familias enemistadas por cuestiones mercantiles, financieras y políticas.*

*Así, casi, de repente, como cuando de súbito unas fuertes ráfagas de viento estival en una cálida tarde de verano, brisas invisibles como los ángeles del cielo, precipitan su envolvente ritmo de aire fresco, acariciando sorprendentemente las caras y los cuerpos de las gentes, captando en ojos y rostros los grises nubarrones, que se van formando y tornando en formas borrascosas, para convertirse pronto en una agitada y sorprendente tormenta estival, de la misma manera, cuando el hermano de Nissetta, el locuaz Beniccio Neri, el primogénito de la familia, sin que nadie esperara ninguna cuita ni desvelos por su parte, lanza hacia el murmullo del público y al aire tibio de la plaza, con cierto ardor y fortaleza, dejando la prudencia y la templanza para otras lides y otros momentos, unas altivas y broncas palabras que cogen por sorpresa a los Bianchi, y desconcierta a casi todos los allí reunidos tras el acto teatral, retando a sus oponentes políticos, y hasta a la misma compañía teatral, a que representen en la palestra del teatro, sin venir en un principio a cuento, el mito de Calisto y Diana.*

**BENICCIO:** *(Hermano mayor de Nissetta, primogénito de la familia NERI)*

*(Todo ello dicho con altanería y la arrogancia de la casta nobiliaria de los Neri.)*

¡Amigos de la farándula y de la oratoria parlante, componentes del teatro de la Giottesca!

¿Podéis interpretad, “La bella Calisto y la gentil diosa, la hermosa cazadora Diana”?

¡Por favor, estimados comediantes de nuestra querida Siena, no alcéis al cielo vuestra indiferencia, ni hagáis que vuestra sordera sea interpretada como un no; no hagáis despropósitos sin antes haber oído mi discurso, mi sentencia, o mejor, mi interesante oferta teatral, ¡oh, ilustres y sabios actores y actrices de la compañía! Mi bolsa de dinero ofrece cincuenta galones de oro, a por mayores, esta es mi apuesta, si sabéis interpretar con arrojo, valentía y belleza, la atrevida y atrayente obra clásica de “La hermosa ninfa Calisto y sus deslices con el padre Zeus, señor de dioses olímpicos”.

*(Hay una breve pausa, ven en los sorprendidos rostros que las gentes no salen de su asombro al retar sin más a la compañía teatral. Algunas personas tienen algunas dubitaciones sobre el objetivo de tamaña osadía, y están desconcertadas después de escuchar los últimos aplausos de los asistentes a la obra de Tisbe y de Píramo)*

*(Beniccio dejando atrás sus recientes veleidades y devaneos con algunas jóvenes de la ciudad de Siena, y a que aspiraba a ser elegido como miembro del Consejo de los Nueve, se dispuso a convencer al público asistente y a la compañía teatral con sus primeras voluntades estéticas y sus gustos literarios.)*



EUSEBIO CAMPANO: (*Actor que encarnó a Píramo, y director de la compañía de Giottesco*)

¡Nosotros somos buenos comediantes, esforzados actores e inteligentes actrices, y aunque aficionados, tenemos por honra el usar la calidad artística e interpretativa, y no nos amilanamos, ni nos damos nunca por vencidos si tenemos que interpretar o representar algunas otras obras de nuestro repertorio, o que hemos oído que existían, con aquel alto honor y enorme fama, en la antigüedad! Aunque la improvisación no es nuestro fuerte o nuestra insignia, si nos atreveríamos a ello. Pero, así tan de repente y de súbito..., y en este escenario, sin decorados y atuendos preparados... Pues es que...

BENICCIO: (*Un tanto desabrido por esa sorprendente y baladí interpretación*)

¿Acaso, no sabéis el mito de Calisto y Diana, cazadora? ¿Qué compañía es esta que ni conoce al clásico Ovidio? ¡O solo tenéis un repertorio para jóvenes enamorados, o cuentos sensacionalistas del tres al cuarto para otros espectadores menos exigentes? (Mirada desafiante hacia el lado donde están los Bianchi).

¿Alguien, señores, puede ofrecer más y de mejor calidad?

EUSEBIO CAMPANO: ¡Señor, no es un desprecio a su oferta, una apuesta muy interesante, noble y de gran dinero, hablaré con mis compañeros a ver que dicen...!

RIGOBERTO: (*Primo carnal de Cassano*)

(Mirando desafiante a Beniccio, y elevando el mismo tono de voz que la de aquel, y poniendo la misma confianza en el decir de sus palabras)

Pero, ¡Centellas y demonios impíos!, ¿qué dice este hombre de representar a Calisto y a Diana cazadora? ¡Pardiez!, ¡demonios del Averno!, acaso, nos toma Beniccio, el de los Neri, por tontos e iletrados, por insulsos e ignorantes, ¿si es qué no conocemos esta obra, o la otra...? Decirme vosotros, gentes de Siena, ¿por qué quiere él, ahora mismo, que se represente esta obra aquí y con tanta rapidez? ¿A cuento de qué viene eso...? ¿Qué subterfugios o maquinaciones anidan en su fría y descarada alma?

BENICCIO: (*Sacando leve y un poquito su bella daga de plata de la vaina dorada donde estaba alojada como parta intimidar a los oyentes*)

Yo no he querido ofender a la buena compañía, aquí presente. Por favor, aquí no hay malas interpretaciones, sino que cada uno ve lo que quiere ver...

RIGOBERTO: Entonces, ¿qué es lo que queremos ver en este3 panorama?, ¿para qué quiere su señoría, hacerlo tan de súbito como una paloma huye veloz y sin cuerda de entre los árboles al inoportuno y un lejano ladrido de un can suelto entre los montes? ¿Será, pues, para satisfacer su ego personal, o para acariciar su deseo patrimonial, dando una elevada suma de dinero a los de Giottesco, o se tiene otras oscuras intenciones? Tal vez, ¿son espurias sus proposiciones? ¿Es, quizás, porque pretende hacernos saber que él es más inteligente e ilustrado que todos nosotros, aquí presentes?

CASSANO: Pues, ¡pardiez!, ¡rayos y demonios!, si de dinero se habla en esta ciudad, y de si conocimientos de obras clásicas se trata, ofrezco cien galones de oro a la compañía si representa, aunque sea adaptada o literariamente formal, la obra del maestro Eurípides, esa que narra las aventuras entre Perseo y Andrómeda. ¿Acaso, no somos todos hijos de Grecia y de Ovidio? ¿O es que había alguna otra motivación política o religiosa en esa otra oferta? Je, je, je... (*Se ríe burlonamente*)

LUCIANA MUCHETO: (*Actriz que representó el papel de Tisbe*)

¡Señores y conciudadanos de este magnífico pueblo! ¡Amadísimos espectadores de nuestras obras teatrales! Nuestra compañía, la Giottesco, no quiere verse sumergida en ninguna disputa o confrontación pública, ni política ni ideológica. La vida es breve y pasa rápida, debemos aprovecharla para vivir con más alegría y placer, mejores dichas y gracias, realizando cosas que hagan más llevadera nuestra existencia, y si es preciso utilizando risas y comedias que alegren nuestras vidas.

Por lo tanto, si vuestras ilustres personas tienen a bien esto, nosotros improvisaremos lo mejor que sepamos y lo mejor que podamos, la obra u obras que sus señorías tengan a bien para arreglar estas discusiones bizantinas.

ANDREUCHO: (*Hablando de muy mal humor*)

¡Hermano Beniccio!, ¿tal vez sean los dioses olímpicos, o los héroes griegos, los que estuvieron equivocados en estos asuntos, en sus amores con ninfas o con amantes desnudas o encadenadas? ¿No es Calisto una doncella, aunque fuera ninfa, tan mujer como la misma Andrómeda? ¿Acaso, el estar embarazada no es signo factible de la condición femenina? ¿Y qué mejor amante que el propio Júpiter, el Zeus Olímpico?

CASSANO: Pienso que todo esto es un pretexto para envalentonar a tus gentes, oh, Neris, pues, no era, quizás, la hermosa Andrómeda, una víctima expiatoria del dios Neptuno, ese dios que quiso castigar a su pueblo por decir y ensalzar, la madre de Andrómeda, la carismática Casiopea, que ella era más bella que las nereidas, alegres hijas de Neptuno. ¿Y esto no podía ser, quizás, una verdad tan grande como un templo?

Y ello es así porque los dioses y las diosas lo quieren. ¿Acaso, están los dioses olímpicos autorizados, para castigar y fustigar, cruel y duramente, a los mortales, como lo hizo también la diosa Palas Atenea para vengarse por celos de su rival, la habilísima Aracne, ganadora en competición por su destreza con la misma diosa olímpica, en aquella confección estelar, al tejer y confeccionar la tela mejor bordada y terminada?

BENICCIO: ¿Y no es eso más trágico y arrogante que el litigio, o mejor dicho, el desliz de la joven ninfa Calisto tras el descubrimiento de un grave delito pagado con el destierro o la muerte, al perder la virginidad, y quedar encinta la doncella? ¿Qué dios o diosa fue mejor pagador o pagadora, Diana cazadora sobre su infiel ninfa, o el orgulloso Júpiter, el que todo lo puede convirtiendo a la misma Calisto en una constelación estelar?

CASSANO: (*Habla airado a Beniccio*)

¡Sí, tal vez, quedar encinta del mismo Júpiter, el Zeus griego más grande de todos los dioses, es un honor para diosas o mortales! ¿Es eso para el mismo dios de dioses un grave delito, o fue simple y llanamente el amor y la pasión de un dios hacia una mujer? ¿No lo pueden casi todas las cosas los dioses del Olimpo?

ANDREUCHO: ¡NO!, ¡no pueden hacer los dioses todo lo que les dé la gana! Ellos también tienen deberes que realizar, no solo derechos que hacer cumplir a los demás. ¡Cosas y actos donde hay que dar ejemplos de virtudes! ¡No debe estar permitido gozar de una doncella sin haber sido antes prometida en matrimonio! ¿No estoy yo mismo enamorado de la misma Nora Ampulia, aquí presente, mi grata novia, ? (lo dice mientras le da un beso en las mejillas a su novia).

¡Mi corazón está ya prendado de hilos de oro con mi dulce dama! ¿Y tú, acaso, ciudadano Cassano, puedes decir lo mismo, el tener una noble dama a la que dar su amor eterno?

## LAS DONCELLAS TOSCANAS

---

CASSANO: ¿Una dama? (*Sorprendido, y casi sin fuerza en la lengua*) ¿Acaso, no soy hombre de principios, de palabras y de virtudes para con mi familia y con la ciudad de Siena?

(Mira de soslayo y de reojo a Nissetta, la hermana de Andreucho y Beniccio para adivinar si ellos son sabedores ya de sus relaciones secretas)

¡Por los dioses del Olimpo! Hago saber que yo amaría también a una mujer y solo a una!

RIGOBERTO: (*Cortando las tensas palabras que ello puede acarrear entre las familias antagonistas*)

Todos habláis de dioses y diosas, pero lo que la realidad nos presenta cada día son mujeres y damas de carne y hueso de nuestra región, que necesitan amar y ser amadas, que quieren querer para ser queridas, que anhelan besar siendo besadas, que añoran abrazar y ser abrazadas, que fabrican sueños siendo soñadoras de esperanzas e ilusiones...

NISSETTA: ¡Ya está bien de monsergas y de consejos, señores y amigos! Nosotras también sabemos cuidarnos y dignificar gratamente a los dioses, si es necesario, y de amar al Dios cristiano de nuestros padres. ¡No necesitamos a los varones para discernir verdades o mentiras, saludos u ofensas! Las calumnias o injurias solo conducen a la miseria, a un vil enfrentamiento, y a una posible, y quizás, fatídica muerte. ¿Qué sacáis todos con tantos requiebros y disputas?

BENICCIO: ¿Calla, por favor, oculta tu lengua, hermana mía! ¡No eres la más apropiada para discernir aquí, si nosotros, los Neri, somos mejores o peores que los Bianchi!

Solo queremos salvar el honor y la dignidad de nuestra estirpe familiar, sin que se contamine con esa ponzoña maleza de los Bianchi.

CASSANO: ¿Ponzoña maleza has llamado a nuestro antiguo linaje, el de los Bianchi de más aristocracia en el tiempo y en el espacio, que vuestro sobrenombre de “Los Neri”? Nuestra nobleza se remonta a los años veinte del siglo XI. ¿Podéis atestiguar vos lo mismo?

NISSETTA: ¡Basta ya, por favor, rencillas y odios es lo que menos quiero ahora! ¡Enteraros bien, todos! ¿Qué sacamos de provecho en las siempre añejas disputas entre estas nobles familias? ¡Insensatos varones de Siena! ¿Pensáis en librarnos de esa manera de las virtudes de nuestros antepasados? ¿Qué fueron de las antiguas voluntades y viejos entendimientos, antaño felices concordias y contratos equitativos y onerosos para todos? ¡Basta ya, os digo de nuevo!. Tened todos calma y templanza. Moderación y mesura. Expulsar la ira y los odios de vuestros corazones, basta ya de peleas insensatas y de amargos sufrimientos, basta ya de querer ser uno más que el otro. Practicar todo el mensaje de Jesucristo, eso sería lo mejor que todos podríamos hacer. Ofrecer como él lo hizo: amistad por enemistad, amor por odio, perdón por venganza.

¡Y si desde esta tribuna de asientos, dijera yo, para bien o para mal, que estoy enamorada de un miembro de otra familia? ¿Qué misterio pasaría?

¡Si dijera que amo a un ser aquí presente, al que solo unos pocos sabéis de mi oculta relación amorosa con él? ¿Qué sucedería?

¡Yo quiero, en verdad, a Cassano, y él me corresponde con cariño y amor!

BENICCIO: ¡Rumores me habían llegado a mis oídos a los cuales no daba crédito por su absurdidad! ¡Por los dioses del Olimpo! Pues, si esas desconocidas infamias eran verdad para el honor de nuestra familia, yo me lastimaría en cuerpo y alma. Hermana nuestra, ¿cómo ha sido posible eso?, ¿cómo has podido caer tan bajo, si lo que relatas es cierto y verdad? ¿Cómo te has podido relacionarte con un miembro de los Bianchi? ¿Quién es? ¡Qué hable ese cobarde! ¿Sabías tú, hermano mío, Andreucho, de estos asuntos tan tristes e ignominiosos para los Neri?

ANDREUCHO: Hermano, hermano, solo rumores llegaban a mis oídos, a los que no daba importancia. ¿Es posible que Nissetta, nuestra querida hermana, nos mienta solo para fastidiarnos? ¿Son posibles envidias por su altivo carácter, o son celos hacia mi novia, la gentil Nora?

CASSANO: (*Con voz amigable y reconciliadora*) Nada de eso, queridos caballeros. Que antes de nacer el odio, la enemistad o la venganza, conviene apaciguar los ánimos, serenar los corazones, hacer callar los enquistados nervios, o relajar las pasiones más vergonzosas, y ver que todo ello puede ser del color del arco iris, según se miren y se aprecien todos los colores que estos arcos iris tienen en el azulado cielo de la Toscana.

BENICCIO: ¡Por fin, habla uno de los Bianchi...! ¿Qué le han puesto los astros en la boca? ¿Es preciso defenderse para conseguir mayores dones? Cuando la tierra no ofrece nada, se acude al cielo en busca de prebendas desleídas y vaporosas.

CASSANO: (*Hablando con pautas, como pensando bien en lo que va diciendo para no herir sensibilidades, y haciendo de nuevo un buen reconciliador*)

¡Noble familia de los Neri! También por qué no decirlo, sois descendientes de primitivos etruscos, pobladores de estas tierras toscanas. Yo he nacido aquí como pude hacerlo en otro lugar. En mi niñez nadie me dijo de nuestras enemistades. Fue en mi juventud cuando alguien emponzoñó mis venas con la sangre del dragón del Averno. No sé cuándo ni por qué comenzó nuestra enemistad, y cuando nuestros odios se enquistaron en nuestras venas. Echemos a la adversidad del panteón de nuestros pecados. Llamemos a las virtudes para que nos cobijen entre sus alas.

Los dioses siempre lo han dicho, y el Dios de los cristianos también que en las guerras todos pierden, nadie gana. En las guerras no hay vencedores ni vencidos, todos pueden perder algún miembro de su familia, de su clan, de su estirpe. Luego, vendrán los llantos, las penas y los lloros, pero eso ya no tiene remedio. Más tarde manda el rencor, la ambición de poder sobre el dominado. Las venganzas se suceden, los odios anidan como lechuzas de mal agüero. Los presagios inundan los sentimientos y las voluntades, que luego serán pasto de las llamas, o frágiles cristales que se rompen al menor movimiento de un temblor sísmico.

BENICCIO: ¡Habla, Cassano! Tus palabras parecen ahora sensatas y más dignas de ser escuchadas. Continúa, pues con la disertación. Que si el buen galán de Prometeo robó el fuego a los dioses del Olimpo para que los mortales pudieran calentarse y cocinar sus alimentos, para no morir de frío o comer los alimentos crudos, de la misma manera quiero robar yo mismo tus palabras y tus dichas, y dárlas aquí al público asistente como mías. Porque lo que luego hicieron los dioses del Olimpo, ofreciendo y dando sigilosamente a Epimeteo, hermano del robador del fuego olímpico, una vil y avariciosa mujer, la incauta Pandora, como refinada venganza del dios supremo, de aquel gran Zeus lleno de cólera y de terrible furia, para llenar de males y desgracias al mundo, al abrir la mujer aquella funesta caja, de donde salieron todos los males y

castigos que los dioses querían dar a los mortales por la osadía y el atrevimiento de Prometeo, hijo del titán Jápeto. Y si no fuera por el héroe de Hércules todavía el águila estaría devorándole las entrañas y el hígado, en el lejano Cáucaso, haciéndole sufrir con aquel cruel y terrible suplicio.

CASSANO: ¡Benditas tus palabras, amigo ahora, antes mi mayor enemigo! Yo soy, aunque te enojas, y me maldigas, más afortunado que el mismo padre Zeus, yo soy feliz y estoy contento de que el amor y amaré a la bella doncella de Nissetta, vuestra carísima hermana. Y si ella me corresponde a mi amor, que así creo atestiguarlo, nada puedo ocultar, y hasta a la misma muerte haría frente si intentaba arrancármela de mis brazos. Beniccio, Andreucho, yo no soy un cobarde, y menos un delincuente. Muchas familias se han reconciliado tras la muerte accidental, fatal o por causas negligente, cuando sucesos extraños empañaron de lágrimas y de dolor a familias rivales. Por el amor que entre sí tenían aquellos seres especiales, como páginas de un libro semejante, como los aquí representados personajes, de Tisbe y de Píramo. O la más reciente de las fatalidades, cuando aquellos amantes como Romeo y Julieta, que ya están tristemente enmarcados como trágica leyenda en la ciudad de Verona, cercana a nuestra tierra, por la enemistad y odio entre sus familias. Si antes de llegar a las manos con espadas y dagas de metal lustrosos, si antes de herir nuestros cuerpos con esos viles metales, y de mancillar nuestros nombres de stirpes recias, queremos obtener la paz, la felicidad y la alegría para nuestras familias, vengan a bien estrechar nuestros brazos y pedir que los dioses y nuestro Dios cristiano nos concedan dicha y bendición eternas.

NISSETTA: (Interrumpiendo la confrontación entre su novio y su hermano) Eso, señores es lo que desde hace tiempo ha querido mi inquieta alma femenina. ¿Qué triunfo, o que gloria hay más importante que la voluntad de dos seres de amarse? ¿Hay más seguro y noble privilegio que una pareja de amantes que se quieren por encima de prejuicios y orgullos insensatos y desfasados? ¿Qué mejor sentimiento que todos practiquemos la virtud de la generosidad, que hagamos el bien y no el mal, que todos comprendamos mejor al vecino de enfrente aunque antes nos hayamos metidos en líos y lanzado ciertas zarandajas mutuas? ¿Apenas ya no os acordáis cuando éramos niños y niñas jugando por las plazas de la ciudad con todos y todas con el solo sentimiento de la amistad verdadera?

BENICCIO: (Ahora de mejor humor)

Señores y amigos y amigas. Mi templanza estuvo en mi boca. Mi prudencia en mi corazón. Mi fortaleza en mi espada. Mi fe en la voluntad ajena. Mi esperanza en mi hermana y, ahora, en ti.

Tiempo hubo, y no hace mucho en la que secretamente quise advertí, aunque los rumores no fueran buenos, los amores de mi hermana hacia ti, Cassano, a pesar de la no buena fama que todos te atribuían. Y cuando mi rencor era profundo, me imaginé a Siena dolorida, inflamada de tristeza, llorosa de aflicción y pesadumbre, si nuestras espadas se cruzaban en un inesperado y doliente combate, e imaginé, en un tiempo todo lo que tuvieron que soportar y pasar los Capuletos y los Montescos, y los desconocidos padres de Tisbe y de Píramo. Y reviví todos aquellos crudos y duros acontecimientos, y no los deseé para nadie, ni para mis enemigos.

Y nada dije a nadie, ni a mis padres ni a mi hermano Andreucho. Que mi alma solo quería el bienestar de mi querida y amada hermana, a la que profeso admiración y gratitud, y todo ello aunque para afuera, al exterior todo eran voces, gritos, parafernalia de propaganda política. Todo estaba oculto en mi corazón. ¿Y no es verdad, que los

sieneses estamos reconocidos en el mundo por nuestro Palio, nuestra hermosa catedral gótica, nuestros supremos viñedos y espléndidos olivares? Una hermosa ciudad como si ella fuera una delicada dama en este sólido lugar, con el arte actual de nuestros conciudadanos, el maestro Simone Martini, o el genio de Duccio, o de los ilustres hermanos Lorenzetti...

ANDREUCHO: Y fue la feliz, grata y atrevida intervención de mi valiente hermana Nissetta, la que transformó en bien anterior los tristes hechos como lo fue la cruel tragedia de los amantes de la ciudad de Verona. Y lo que soñé en un posible melodrama se convierte así, por la inteligencia, sagacidad y nobleza de una mujer, de Nissetta, en un feliz desenlace, en una posición dichosa y llena de gratitud hacia todos. Inesperada, eso sí, solo hace unos días, e incluso hace unas horas. Nosotros se lo comunicaremos a nuestros padres, a Norberto y a Livia, que pronto estarán dispuestos a celebrar el enlace de nuestra hermana, y confío en ti, Cassano, si todo está bien y es de convivencia mutua, pues solo hace unos momentos éramos enemigos dispuestos a batirnos con nuestras espadas y dagas y ahora.. ( mirando a su bella y querida hermana ) todo quedará en nada, en agua de borrajas, es decir, en una cordial hermandad. E invitemos para ese día glorioso de nuestras familias a esta alegre compañía, a esta sabia farándula del teatro, para que con canciones, obras teatrales, fuegos y comedias, alegren los corazones en esos días.

*(Andreucho besa emotivamente a su hermana Nissetta. Luego hace lo mismo Beniccio. A continuación Nora besa a su futura cuñada)*

CASSANO: *(Esta vez en compañía de Nissetta)*

¡Que nuestros padres bendigan nuestra unión! Que el noble Ugolino, mi progenitor, y Donna Flora, mi madre, nos hagan partícipes de una buena bendición, y nos arrastren con su buen ejemplo hacia la virtud del matrimonio. Que siempre una buena imagen da ejemplo, pues vale más que mil palabras dichas al aire.

NISSETTA:

Gracias a todos, a los amigos, y a los que se creyeron enemigos. Todos somos iguales al nacer y los seremos igual al morir. ¿Por qué tanta desidia e injusticias hay en el mundo? ¿Qué hubiéramos arreglado antes en vida, si con nuestra muerte también nuestras familias se hubieran unido? ¿No es mejor celebrarlo antes, lisonjear antes, abrid los corazones antes cuando todavía palpitan relajadas por nuestras venas cien colores, como alegres amistades, rojas alegrías, verdes bondades y amarillas voluntades?

Siena es lo mejor de la vida. Una bella ciudad para el juego, la competición y la vida sana, para artistas famosos, para ciudadanos honrados y dichosos. Pronto, venid a beber y comer en nuestro honor. Que el Palio nos bendiga a todos, que nuestros Santos y Santas nos acojan en su seno cuando nos hayamos ido, y ahora pediremos que el obispo de esta ciudad nos de su bendición para nosotros y para nuestras generaciones futuras.

Y que esta compañía de teatro, si tiene música y cantores entre sus miembros, que nos entonen bonitas canciones, que ya nuestros padres le darán lo que en peso la música y los madrigales valgan con los acordes y composiciones musicales. Gracias a todos y que haya música, por favor.

EUSEBIO CAMPANO: *(director de la compañía)*

## LAS DONCELLAS TOSCANAS

---

¡Tocad amigos, tocad, bailad al son de las fanfarrias y a los toques de nuestras flautas, panderetas y bandurrias! Tocad y cantad.

NATALIA CAPARONA: *(Actriz en el papel de Tisbe canta una canción de la tierra al son de la música)*

Cantemos amigos y amigas

Alegrad los corazones con el buen vino de esta sierra

Con la sal, el esfuerzo y la constancia de esta tierra.

Amigos cantad y bailad

Que el día no quiso dar paso a la tiniebla.

Siempre la luna vence a la negra y agitada nube

Que vuela rauda tras su sombra,

Aunque la luna parezca más débil y sosa.

Es más constante en el amor y en la suerte.

Las gentes olvidan sus males

Y allí arriba con claridad lucirá mayor la osa.

FIN DEL ACTO

---

ACTO CUARTO



EN LAS MISMAS CALLES DE SIENA UNOS DÍAS DESPUÉS DE ANUNCIADA LA BODA ENTRE CASSANO Y NISSETTA.

A FINALES DEL MES DE AGOSTO

ESCENA PRIMERA

*Encuentro fortuito en la calle principal entre la joven y galana Anietina y el bribón y pícaro Jacobo.*

JACOBO: Válganme los ojos mil millones de ducados, si veo lo que veo en esta circular calle de Siena, la más principal de todas. Anietina con flores amarillas primorosas, frascos de olorosos perfumes y un puñado de pañuelos de seda blanca, bien colocados y confeccionados en su bonito cesto de esparto.

ANIETINA: ¡Y a ti, pícaro de pacotilla, que te importa lo que llevo, o no llevo en mi cesta! ¡Mirón, descarado!



## LAS DONCELLAS TOSCANAS

---

JACOBO: Tus palabras son siempre para mí de una amabilidad digna de una oración clerical. ¡Tú eres mi divina princesa como el mejor cuadro de los hermanos Lorenzetti.

ANIETINA: ¡Zalamerías! Eso es lo único que sabes hacer. Decir sentencias que te aprendes de memoria y que dices a todas las mujeres. Eso no es nada para tus comportamientos groseros e injuriosos.

JACOBO. ¿Acaso lo prohíben las leyes de nuestra ciudad? Los piropos son siempre ellas. No está hecha la miel para olerla el hocico del borrico, pero sí para tomarla la buena campesina en su taza de cerámica fina, luciendo su vajilla de Nápoles.

ANIETINA: ¡Grosero!, lo dices con segundas intenciones. ¡Deslenguado!

JACOBO: Ni diciéndote una verdad la crearás.

ANIETINA: Pues no. ¡No!

JACOBO: Tu lengua sigue siendo tan viperina como la Mesalina de Nerón.

ANIETINA: Todo lo que sale de tu boca, lo ves, es injurioso. ¿Acaso, no lo has notado ya?

JACOBO: ¿Injurioso? ¿Qué injuria he dicho ahora?

ANIETINA: Eres siempre un rastrero en tu actitud. Y vergüenza debería darte ir por ahí diciendo esas cosas. Difamador de groserías y calumniador de virtudes.

JACOBO: ¿De qué me acusas ahora, bella y galana dama?

ANIETINA: Yo no soy ni bella, ni galana, soy sencillamente una mujer aldeana, que se dedica a vender productos legales. Yo no voy por ahí diciendo a las gentes mentiras y calumnias. ¡Mentiras y patrañas es todo lo que cuentas! Y más te valdría ser un Graco que un Calígula.

JACOBO: Puedo ser, Anietina, un pícaro y un malandrín en algunas ocasiones, pero ahora yo digo por ahí lo que se dice en todos los chismorreos y conclaves femeninos de la ciudad. ¿Acaso digo otra cosa distinta de lo que se tercia en decires y rumores por ahí?

ANIETINA. ¿Se tercia en falsos decires? ¿De qué habla, pues, tu lengua viperina?

JACOBO: Pues te lo voy a decir en dichos y sentencias populares, para que luego digas que lo vulgar no tiene importancia y alguna sabiduría, lo que se cuenta por ahí que ocurrirá en la ceremonia de la boda, o del futuro bodorrio que se cuece en las Casas de los Neri y de los Bianchi.

ANIETINA: Tu como siempre con tus cuentos, insensateces y decires de poca monta.

JACOBO: Que un terrible augurio, como una pesadilla, que un funesto presagio cubre el Palacio de los Neri, cuando se celebren los esponsales de su hija.

ANIETINA: Y ahora, vuelves a sacar el tema.

JACOBO: Yo no miento, solo digo lo que el pueblo dice. Que Troya no ardió con estos leños y palos que llevo al panadero Gabrieli, que ya me espera para seguir atizando el fuego para hacer pastas, bollos y rosquillas de san Francisco, pues los señores duques le han encargado muchos manjares golosos para esos días.

ANIETINA: ¿Y qué dicen, según tú, esas voces que pululan por ahí?

JACOBO: Cuentos y leyendas según tú.

ANIETINA: Si no me lo dices no sé si serán más cuantos y patrañas. ¿O, tal vez sean, la Nueva Leyenda Áurea de tu homónimo Jacobo, pero esta vez, de la VoráGINE?

JACOBO: Pues, mira, te la voy a contar en verso, aunque sean unos ripios mal contruidos, a lo mejor dirán la verdad debajo de sus palabras.

ANIETINA: Adelante con tus ripios, pues, veremos si estos son ripios de verdad o zarandajas del tres al cuarto.

JACOBO: Corren dos versiones. Algunos dicen que solo una es la verdadera. Es decir, que ocurrirá en esos días de las celebraciones nupciales. ¿Adivina cuál es la buena?

ANIETINA: Encima con adivinanzas como en un cuento de niños.

JACOBO: Calla, señorina, y escucha estas cancioncillas.

Tres rosas y cada una con tres espinas  
Una se marchita durante el día  
Pues su amistad falsa cogía.  
Porque su corazón era infiel y desleal.  
Las otras dos luchan en la noche por sobrevivir  
Pues solo el agua pura las hará resurgir.

También hay, Anietina, una “ballate” que a bien así decía:

A Una imagen señera era su verdadero amor

b Un fruto rojo del acebo

b oculto tras el largo velo

a traicionará a su Señor

A Un anillo en el vino fue su auténtico dolor.

ANIETINA: Pareces un pregonero de las desdichas ajenas. Mírate para ti mismo y verás que tienes muchos defectos.

JACOBO: No descubres, Anietina, ningún secreto. Yo me cuento mis pecados con las ruedas del molino que giran sin descansar durante todo el día, haciendo del trigo la harina para el pan. Pero eso no es menester para que te diga que algo se cuece en la cocina de los Señores Marqueses. Bueno y ahora adiós, que la corte ya te la hice un poquitín, y ahí, si no me engaño, tu paladín, viene tu caballero del castillo dispuesto a salvarte de mi vergüenza y de mi calamidad. Así que me voy, y adiós.

*(Sale de la escena Jacobo y al pronto aparece por el otro extremo el administrador Oriolano)*

## LAS DONCELLAS TOSCANAS

---

ORIOLANO: Válgame Dios, Anietina. Buen día tenga su señoría. ¡Qué guapa y preciosa que estás con ese vestido de princesa oriental, y tus ojos verdes brillan como nuestras más verdosas campiñas! Pareces un fresco junco de las riberas del río cercano.

ANIETINA: No digas bobadas, que yo en tu cordura acuerdo. No soy princesa, aunque a ti te lo padezca, soy una persona normal y corriente. Aunque mil gracias te doy por tus cortesías, aunque solo queden expresas para ti y yo.

ORIOLANO: No son cortesías falsas sino que mi amor por ti traspasa este aire tan cargado en estos días de insensateces y mezcolanzas, impropias de una buena y gran ciudad como es Siena.

¿No era acaso aquel el mequetrefe y deslenguado de Jacobo, el “picarón de Camollia?

Tendré yo que hablar con el Gobierno de los Nueve para dicten una orden de separación de ti, a muchas millas de distancia.

*(Mira como se ruboriza en sus mejillas la joven y por eso añade)*

Bueno lo decía en bromas.

ANIETINA: ¿Qué estás celoso de nuevo porque me habla de cosas que circulan por la ciudad, y que seguro que tú con ser tan letrado y culto, ni una pizca hablas oído hablar por ahí. Pues sabrá que el pícaro de Jacobo me ha contado cosas que ti seguro que ignoras, y puede que sean algunas de ellas ciertas, o por lo menos, dignas de tener en cuenta.

ORIOLANO: ¿Vas a hacer más caso a un enredador como ese, un descarado ligón que lo único de lo que se tercia es que es tan alto como altivo, que su cabello es crespo como las ortigas, y sus mentiras tan largas como el viento del norte, o que sus ojos azules solo envidian al cielo azulado de la mañana?

¿Y qué historias son esas de que cuenta y que dice que hablan los chismorreos de siempre?

Yo nada he oído de nada. Solo que se espera que haga buen tiempo, que los comensales lo celebren muy ricamente en dádivas y en viandas, que los músicos y comediantes interpreten con sabiduría y alegría sus comedias y sus canciones, y que el banquete resulte lo más acertado y mejor del mundo.

ANIETINA: Y a pesar de todo eso, ¿no quieres oír algunos de los rumores que corren por ahí?

ORIOLANO: Tú misma lo has dicho, rumores y chascarrillos. Nada que tenga que ver con una objetividad correcta.

*(Momentos de silencio y pensamiento entre ambos)*

Pero, bueno, anda, si es tu deseo cuéntamelo...

ANIETINA: Dicen por los alrededores que algo se fragua en la ciudad de Siena. Que hay un delito en ciernes en las mansiones de los duques.

ORIOLANO: Que Anietina, ni son condes ni marqueses. Son simplemente unos nobles ricos y prósperos de esta ciudad. Solo la loba, la lupa, actúa como animal heráldico de toda la ciudad.

ANIETINA: Bueno, ¿qué más da? A veces los rumores se confirman.

ORIOLANO: Pero no vimos todos como se habían convertido en buenos y pacíficos ciudadanos. No me digas que crees en esas infundadas patrañas.

ANIETINA: Tan informado como tú siempre estás, Oriolano, no has oído también hablar de cuando Julio César tuvo ese presentimiento días antes de los Idus de marzo.

ORIOLANO: Y también con presentimientos o no, los senadores lo asesinaron flagrantemente en su centro político.

ANIETINA: Parece que alguna de las premoniciones que circulan por la ciudad se podrá cumplir.

ORIOLANO: Bueno, Anietina, dame un beso, o lo mejor te lo daré yo porque te quiero mucho, y olvidemos estas cosas sin sentido. ¿Y lo saben los Señores de lo que se rumorea por estos lares? (*Pensativo dice en voz baja*) La ceremonia se celebrará Dios mediante en la misma Sala de Gobierno de los Nueve de Siena...

ANIETINA: ¿Ves cómo tú estás ahora intrigado también?

(*Oriolano besa con pasión a Anietina, cuando ellos creen que nadie los ven, en los rojos labios de la joven y salen del escenario*)

-----

ACTO QUINTO



EN EL SALÓN COMUNAL DE LOS NUEVE DE SIENA

UNA SEMANA DESPUÉS

SE CELEBRA LA CEREMONIA DE LA UNIÓN NUPCIAL ENTRE NISSETTA DE LOS “NERI” Y “CASSANO” DE LOS BIANCHI.

*Hay entre sus anfitriones el gobernador, maese Mercuccio, que les ha casado, los padres de él, Ugolino y donna Flora, y de ella, Norberto y Livia, todos elegantemente vestidos. Los padres hablan tras celebrarse la ceremonia de la boda.*

*Los músicos cantores entonan monodias y canciones, ballates y madrigales, mientras los invitados bailan y toman unas copas de buen vino de la región en honor de los recién casados.*

ESCENA PRIMERA

MERCUCCIO: Honor, dignidad y prosperidad deseamos para esta pareja de jóvenes de Siena. Sus familias se han unido felizmente, olvidando viejas rencillas, echando a un

lado antiguos rencores, las flores con las que se adorna este Palacio, son muestras de la felicidad de todos y más de la pareja, la bella y gentil dama, de la ilustre y noble familia de los Neri, Nissetta, mujer inteligente y práctica en su hogar, y sostén en los negocios para sus padres, y también aquí presente, el noble Cassano, hijo de la aristocrática familia de los Bianchi, otra vieja estirpe de Siena, que acuerdan hacer una alianza y un contrato para que la prosperidad y el bien llegue a estas nobles y distinguidas casas, y a nuestra histórica ciudad, alarde de vitalidad, de fuerza, de energía, de comercio, de arte y de apreciada fama.

Por eso dejo la palabra para que bendigan a esta feliz pareja de sieneses, sus propios progenitores que ven esta unión la continuidad y ampliación de unas estirpes antiguas y llenas de señorío y nobleza.

NORBERTO: Hola mi familia del alma, hola amigos, hola invitados de todas las regiones, hoy la palabra enemigo mando borrar del diccionario y de esta región vencedora en Montaperti, y que florezca una nueva idea de convivencia, de alegría y de alianzas entre nuestras familias que quieren para sus hijos lo que los padres de nuestros abuelos quisieron para nosotros: salud, bienestar, prosperidad y riqueza. El amor viene con todo el saco (*se ríen los invitados*).

Si mi hija Nissetta ha elegido para su unión al noble príncipe Cassano, no seré yo, como sé que hay otros padres me niegue a realizar esta unión cristiana.

Mi esposa, la noble y magnánima Livia, también agradece a todos estas muestras de cariño y de amistad, sus múltiples y esplendorosos regalos, sus interés porque todo funcione y marche bien, a pesar de algunos agoreros que siempre intentan frustrar y hacer fracasar estas uniones entre familias de bien, de dignidad y de honorabilidad.

A todos, brevemente, os deseo que festejéis con alegrías, danzas, jolgorio y diversión este enlace matrimonial para el disfrute y el bien de todos vosotros y de todas vuestras damas y jóvenes mujeres de estas tierras.

Y os dejo con la palabra de Ugolino, el padre del novio.

UGOLINO: Paso me ha dado mi consuegro a mi desatada lengua, que ya está presta a hablar, y a deciros unas pocas palabras de bienvenida y de agradecimiento, como manda el reglamento, que el día, y la noche, (*se ríe irónicamente*) no es de nosotros sino de los propios novios. Hoy no es momento de adversidades, que no espero que lleguen ninguna, a pesar como dijo mi distinguido Norberto, contrariedad, ni que esos bulos que circundan por ahí, se conviertan en realidad. Para que veáis que he sido breve, quiero, por último, expresar mi gratitud a todos, y en el nombre de mi esposa, donna Flora, os deseamos a los aquí presente que lo paséis bien, seáis felices, y os divirtáis todo lo que el cuerpo y el alma os dé de energía y de fortaleza. Para que aguantéis bien hasta cuando la silenciosa noche, llena al final de sueños y cansancio en los ya inmóviles párpados, deje pasó al alba matutina, saliendo el sol con su ojo aún de luz difusa, todavía cansino y poco radiante, apareciendo en el matutino horizonte a saludar al nuevo día, que será diáfano y saludable para todos.

Así que mientras saludamos a unos y a otros que la compañía musical nos deleite con sus canciones y melodías, y que el vino corra alegre para saciar la sed de nuestro nerviosismo y mitigar nuestras aún, si las hay, dudosas inquietudes.

## LAS DONCELLAS TOSCANAS

---

*(La música, los bailes y el jolgorio comienza de nuevo a recorrer la gran sala del Gobierno de los Nueve en el mismo centro de la ciudad de Siena)*

### ESCENA SEGUNDA

*Todos comienzan a moverse y a bailar envueltos en la alegre fiesta.*

ORIOLOGANO: Te digo, Anietina, que nada capto de anómalo e insensato en la gente. Y, mira, que cuando tú me lo dijiste hice averiguaciones y realicé pesquisas por si alguna impertinencia, venganza u ocultos odios residuales, pudieran darse hoy aquí. Pero, Anietina, todo me está pareciendo normal y me resulta cotidiano en una celebración nupcial como esta que estamos viviendo.

ANIETINA: Demasiada tranquilidad, demasiada paz, demasiado orden. Creo, Oriolano, que si se dice que tras la tempestad viene la calma, también está en juego lo contrario, que tras la paz venga la tempestad. Demasiado orden, repito, todo muy formal, no casa con mis hondas intuiciones o mis ocultas sensaciones.

ORIOLOGANO: Todo parece transcurrir con la más absoluta normalidad. Espero que todo siga así.

ANIETINA: Es verdad, por qué vamos a ser pesimista. Hoy la botella espumosa y el buen vino deben correr medio llenos y con sabor muy agradable. Así que vayamos por una copa para alegrar el alma que bien que nosotros lo necesitamos como todo el mundo.

*(Se encuentran con los padres de Cassano, el rico Ugolino y donna Flora que se saludan y hablan entre ellos)*

UGOLINO: Hola, entrañable pareja. ¡Os divertís en la fiesta?

DONNA FLORA. Mañana os espero ver en el convite de mediodía. Estás muy guapa y atractiva Anietina.

ANIETINA: Gracias señora por su cortesía.

DONNA FLORA: No es cortesía, es la verdad. Estás muy radiante, y pareces feliz. Seguro que el maestro Oriolano te trata bien. Y no hagáis caso a la gente d la edad. Perdonad, mi intromisión, pero la felicidad la da el enamoramiento, y os veo muy enamorados, y eso, creedme da envidia. Envidia sana.

UGOLINO: Y bien, maese Oriolano. ¿Qué tal fueron las pesquisas que os encargué?

ORIOLOGANO: Señor, creo que bien. He estado todos estos últimos días investigando concienzudamente y haciendo averiguaciones diversas.

UGOLINO: ¿Y qué tal el resultado?

ORIOLOGANO: Sabéis señor, que aparte de dedicarme a las letras y a los documentos, soy medio médico, y también siempre he sido aficionado a la pintura, aunque Dios para eso no me ha dado las cualidades necesarias para ejercitarla.

UGOLINO: Pero decidme, en verdad, sin rodeos: Has analizado todos los extremos de la situación. Nada ser hecho al azar. Todo debe ser bien hecho, bien organizado.

ORIOLOGANO: Señor Ugolino, mi mente ha analizado todos los hipotéticos rincones, vigilado a varios miembros alrededor de los cuales podría levantarse ciertas sospechas. La guardia es muy estricta en los pases y en comprobaciones.

UGOLINO: Muchas gracias, mi buen Oriolano. Eres mi confidente y espero que todo acabe como hasta ahora.

ORIOLOANO: Estoy a su disposición y seguiré sirviéndoos como hasta ahora. Bajar la guardia, ya se sabe, nunca, y ahora más que nunca.

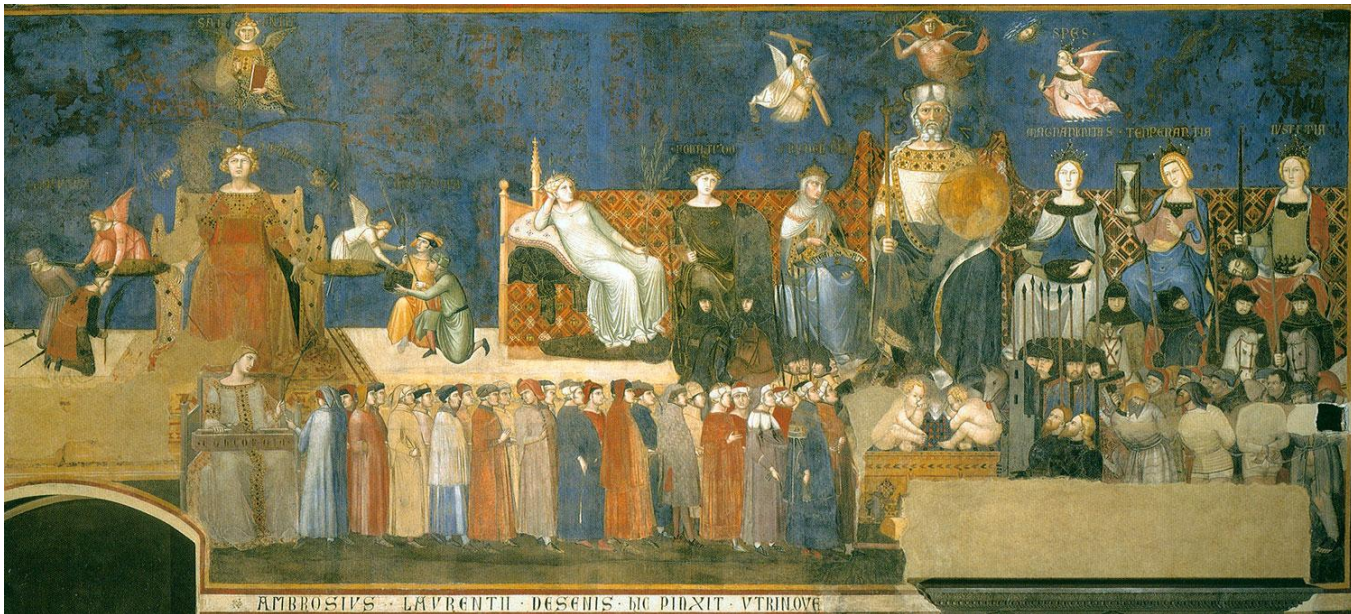
UGOLINO: ¿Y por qué dices eso ahora?

ORIOLOANO: Por nada señor. Todo irá bien. Ya lo verá. Y descuide, todo está previsto en caso de emergencia.

ANIETINA: Mira, Oriolano, vamos a saludar a los novios.

DONNA FLORA: Sí, hijos iros a celebrarlo con nuestro hijo.

ANIETINA: Gracias señora, y que la paz sea con vosotros.



### ESCENA TERCERA

ORIOLOANO: ¡Felicidades Cassano, feliz novia, Nissetta!

CASSANO: Muchas gracias, maese Oriolano, cuántas cosas y consejos debo a su señoría.

ORIOLOANO: Déjate ahora de cumplidos, mi príncipe, que viéndoos feliz con la hermosa doncella de Nissetta, no hay en mi corazón sufrimiento ninguno. Yo estoy a vuestro servicio, y tu padre me tiene ahora por buen ayudante. Y no quiero que nade enturbie vuestra dicha y felicidad actual.

ANIETINA: Hola buen príncipe, hola Nissetta. Radiante veo a la mejor dama de Siena. Hermosa mujer donde la haya. Siena debe estar satisfecha de su bondad, de su inteligencia, de su frescura y belleza.



## LAS DONCELLAS TOSCANAS

---

NISSETTA: ¡Qué gentil y buena sois con nosotros, Anietina. Mi lengua no tiene palabras más sinceras con vosotros. Una pareja especial, que mira al mundo, de manera diferente.

ANIETINA: ¿Lo dices por nuestras edades? No hay ningún inconveniente en ello. Yo le quiero con todo mi corazón y eso es lo que tiene que ser.

NISSETTA: Como te envidio en eso. Pasáis de prejuicios y de dimes y diretes.

ANIETINA: La vida es muy corta y debemos estar preparados para vivirla en cada instante como si fuera el último aliento de cada día vivido en la tierra.

NISSETTA: Como me gusta tu voluntad de superación, Anietina. Mañana, os espero para la recepción del almuerzo en casa de mis padres. Tenéis que venir allí.

ANIETINA: Sí, creo que sí iremos.

ORIOLANO: Sí, sí, iremos encantados hasta allí. Pero, mirad, ahí vienen vuestros amigos a felicitaros. Os dejamos. Hasta luego.

NISSETTA: ¡Adiós, hasta luego!

### ESCENA CUARTA

*Los novios con los amigos de Cassano en la fiesta de la Sala del Gobierno de Siena.*

CASSANO: Gracias amigos por venir a este acontecimiento tan inolvidable para Nissetta y para mí.

TOMÉ: Un fuerte abrazo, Cassano, y dichoso como tú de verte así tan feliz.

*(Se abrazan y luego va para los demás amigos)*

MARCO: Que este abrazo nos una más para siempre, y que nuestros lazos de compañerismo y de amistad permanezcan para siempre.

CASSANO: Gracias fiel amigo Marco, contento estoy de veros pavonearos por aquí con algunas bellas doncellas. Hola, Azzolino, qué callado, pensativo y serio te veo.

AZZOLINO: ¡Ah, sí, es a mí! No me pasa nada, perdonad. Enhorabuena.

CASSANO: ¿No dáis un beso a Nissetta?

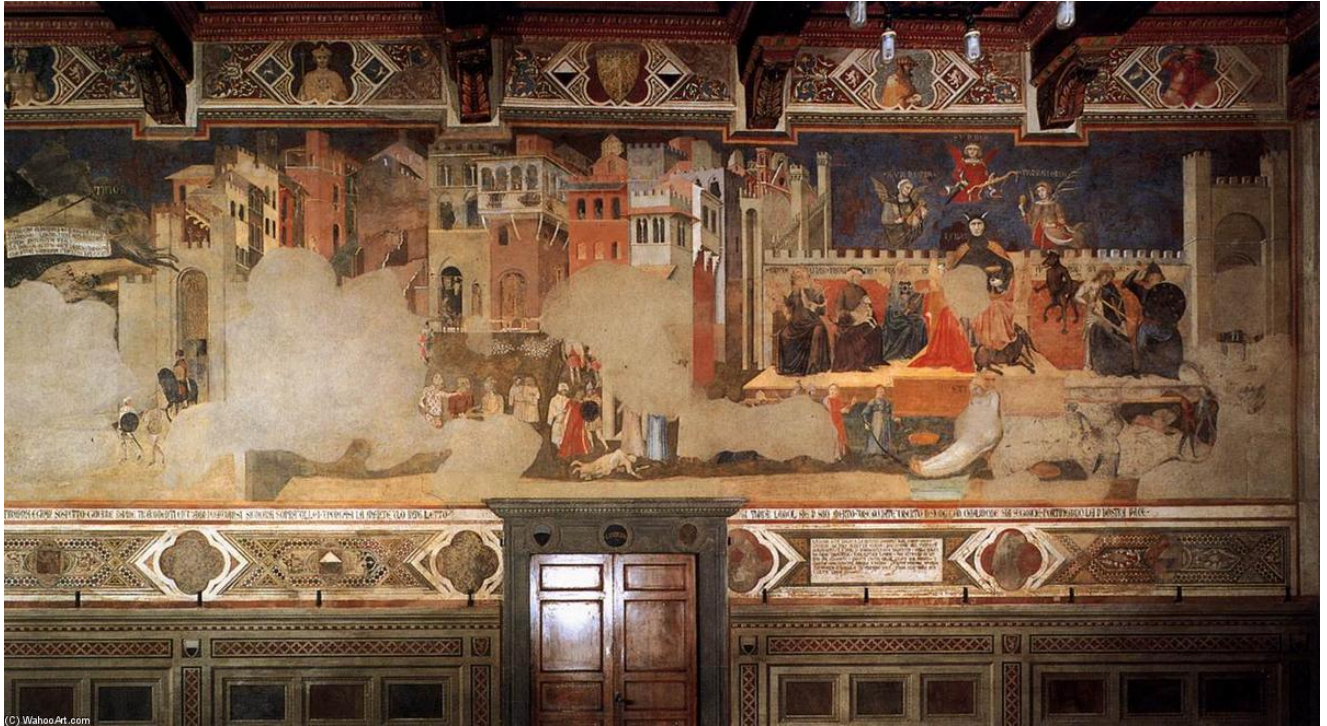
AZZOLINO: ¡Hola, Nissetta!

NISSETTA: Buenas días, Azzolino, ¿qué tal estás?

AZZOLINO. Yo, sí, yo, (*titubeando*), bien, bien.

CASSANO: Pero, amigos, ¡bailad una danza por lo menos con la novia!

*(Azzolino se adelanta ante los otros y abrazando a Nissetta por la cintura se van al medio del salón a bailar, y a pasar desapercibidos).*



## ESCENA QUINTA

NISSETTA: ¿Qué callado te veo, Azzolino, te pasa algo? Tu rostro denota tristeza, como pena, y te veo muy pensativo.

AZZOLINO: No me pasa nada. Nada... Bueno, sí, sí, yo he de confesarte algo ahora...

NISSETTA: Bueno, Azzolino, ¿qué te pasa? Cuéntame lo que te sucede, si tienes algún problema en la fiesta. Estás enamorado de alguna de estas bellas doncellas y ella no te hace nada de caso, o no te atreves a cortejarla. Si en algo puedo ayudarte, dímelo, por favor. En lo que a mí respeta haré lo posible para que...

AZZOLINO: Es que yo veo que esta situación es..., muy...

NISSETTA: Muy, muy qué... Pero estás casi llorando. Dime qué te ocurre. Todas las mujeres no somos iguales, tal vez tu amada no sepa que estás enamorado de ella.

AZZOLINO: Sí, efectivamente eso es, señora. Tengo un gran dolor en mi corazón, señora...

NISSETTA: No me llames señora, por favor. Soy tu amiga y si en algo puedo ayudarte dímelo, por favor.

AZZOLINO: Mi pena no tiene ya remedio, mi congoja es un vacío con un gran abismo en su fondo. Y mi salvación no tiene final correcto, mi redención es un sacrificio profano deseado desde hace unos días.

NISSETTA: Me tienes muy preocupado, ¿qué es lo que en realidad te pasa, Azzolino?

AZZOLINO: ¿Qué qué me sucede? Un imposible. Un amor imposible ya roto en este día. Bueno, te lo confesaré mi amor. Tú eres la mujer de la que estoy enamorado. Siempre, siempre lo he estado de ti, siempre.

## LAS DONCELLAS TOSCANAS

---

NISSETTA: Pero, qué estás diciendo, Azzolino. Eso no puede ser... ¿Desde cuándo lo estás? ¿Qué día fue cuando...? No puede ser eso Azzolino. Solo somos amigos..., amigos.

AZZOLINO: No lo he podido remediar nunca, nunca. Mi amor por ti es desde hace años. Siempre lo he estado, aunque tú no te hayas dado cuenta. Tú has sido mi amor sincero.

NISSETTA: ¡No hay podido ser, si yo no me he enterado...! ¿Y cómo no me has dicho nada hasta ahora? Yo te hubiera ayudado a ello, a superarlo, quizás.

AZZOLINO: A superarlo quizás... A superarlo... Eso no hubiera llenado mi alma de un mejor sentimiento y consuelo, la ilusión y la emoción no hubiera sido positivas en esas circunstancias. Solo me ha embargado la desolación que siempre me ha afligido desde que te prometiste con Cassano.

NISSETTA: Pero, ¿si Cassano es tu mejor amigo? ¿No puedes haberle hecho esto?

AZZOLINO: No lo sé, mi duda es ahora muy débil. Estoy muy deprimido porque todo esto ya no tiene arreglo. Nada puede superar mi enamoramiento por ti, que es más fuerte que mi alma dolorida, y todo mi corazón ha girado, aunque tú no lo supieras alrededor de ti, siempre. Siempre. Nada puede ya evitarlo. Es demasiado tarde.

NISSETTA: Anda, levanta ese ánimo. Todo en nuestra vida es posible remediarlo, menos la muerte.

AZZOLINO: Tú misma lo has dicho todo es remediable menos la muerte. No puedo. Quizás sea ya demasiado tarde.

NISSETTA: Anda, vamos para allí. Vete y bebe unas copas para levantar ese espíritu tan decaído, es bueno. Recuerda que todo tiene remedio, levanta ese ánimo, Azzolino, y trae nos unas copas de vino para que todos podamos alegrar el alma.

*(Azzolino y Nissetta van hacia donde están el resto de sus amigos. Él se va rápidamente hacia el lugar donde están las bebidas y las copas de vino en una mesa del salón)*

### ESCENA SEXTA

CASSANO: Hola, Azzolino, me dice Nissetta, que no te encontrabas muy bien. ¿Qué te pasa, amigo mío? ¿No estás contento y conforme con esta fiesta?

*(Llega Azzolino con dos copas en la mano. Nadie sospecha que segundos antes el propio Azzolino ha derramado en las copas de los novios un veneno adquirido y robado de la tienda de Aranel, patrón y comerciante para el que trabaja Azzolino, dedicado a pigmentos de pinturas, drogas y plantas medicinales, así como ciertas sustancias venenosas para roedores, y otras alimañas de las casas y del campo).*

AZZOLINO: Tomad vuestras copas de vino, ¿blanco espumoso es lo que tomáis?, ¿verdad? Así aseguran quienes me las han servido en la mesa. Yo voy por otra, prefiero el vino de color tinto.

CASSANO: Sí, bebe un poco, pues hace un tiempo que te veo muy compungido y lejano, y este vino, que es el mejor de la cosecha de la región, te subirá la alegría del corazón.

*(Azzolino se aleja hacia la mesa donde se reparte el vino. Al cabo de un tiempo regresa y ve que hasta allí han vuelto sus amigos, Tomé y Marco. Él llega con una copa de vino rojizo en su mano izquierda pues era zurdo, mientras que con la mano derecha sujeta la vaina donde luce una daga plateada en una funda de piel decorada con el emblema sienes de un león rampante con corona).*

TOMÉ: *(Dirigiéndose a Azzolino)* ¡Alegra esa cara chico!

MARCO: ¡No estés tan triste y apesadumbrado, hombre!, alegría y diversión es lo que deben de reinar en las bodas de Nissetta y Cassano. Ven con nosotros, Azzolino, mira, aquellas jóvenes de allí, están deseosas de nuestra compañía.

AZZOLINO: Id vosotros, amigos, yo quiero hablar con Cassano. Id vosotros, por favor.

MARCO: Está bien. Nosotros nos vamos. Ven cuando quieras. *(Se van al otro lado de la fiesta).*

CASSANO: Verás como esa copa te asentará bien, y te alegrará el ánimo.

AZZOLINO: Mi alma de pecador ya no tiene remedio.

CASSANO: Remedio. ¿Tienes algún amor por ahí que no te complace en tu deseo? ¿Hay alguna mujer en tu vida que no te corresponda en esta sala, o está fuera tu amor y no ha sido invitada? Yo, incluso Nissetta, que ahora está muy callada, te podríamos ayudar en ello. ¿Qué te pasa, Azzolino?, te veo muy nervioso. ¿Te sucede algo grave? Estás muy inquieto.

AZZOLINO: Ya nada tiene interés. Mi frustración es tal que puede a mi depresión de hace unos días. Ningún confesor religioso podría mitigar ya mi pena. Todo está decidido. El mal ya está hecho. ¡Cassano! Estoy tan enamorado de Nissetta, que mataría por ella.

CASSANO: Eso es normal en muchos hombres y en los amigos, que todos estamos algo enamorados de las novias de los otros.

AZZOLINO: Pero yo, Cassano, siempre, siempre, he querido a tu mujer. Siempre he estado enamorado de ella, desde siempre, aunque tú no lo supieras ni intentaras saberlo.

CASSANO: ¿Pero qué me estás diciendo? ¡Tú y Nissetta, enamorados!

AZZOLINO: ¡Yo sí, ella no! Pero, eso no me importó. Mi penar es enfermizo desde hace un tiempo, es tan profunda mi desolación que me llega hasta los tuétanos y me enfría el corazón hasta desear tu muerte. Todo ya está hecho, Cassano *(Azzolino mira a la copa de vino blanco de Cassano, luego mira la copa de Nissetta)*, todo ya está consumado.

CASSANO. ¿Qué has hecho, Azzolino? ¿No habrás envenenado nuestras copas?

AZZOLINO: ¡Lo que acabas de apurar es el líquido errante de tu propia muerte! ¡Ja, ja, ja...!

## LAS DONCELLAS TOSCANAS

---

CASSANO: ¿A Nissetta, no le habrás echado, también...? ¿Qué has puesto en nuestras copas? Estás loco, Azzolino.

AZZOLINO: Sí estoy loco, pero mi locura es la de un hombre enamorado. Enamorado sin remisión de Nissetta. Tu mujer. ¡Ja, ja, ja...!

CASSANO: ¡Maldito traidor! ¡Traidor! *(Algo ya balbuceante y lleno de ira, rabia y desesperación echa mano a su daga e intenta herir a Azzolino, quien se defiende de este inesperado ataque)*. Traidor, mal amigo. Infame traidor...

AZZOLINO: Tus heridas en mi cuerpo no mejorarán tu estado para ser casi ya un ser cataléptico. ¡Je, je, je...!

*(Hay un rápido forcejeo entre ellos, que llegan a sujetarse ambas manos mutuamente. El puñal de Cassano, más largo y mejor labrado y más cortante hiere el pecho de Azzolino, quien a su vez, al ser zurdo intenta clavar su daga en el corazón de Cassano, e inesperadamente acierta con una cuchillada en el brazo de Cassano)*.

ORIOLOANO: *(Al ver la pelea entre amigos)* Separaros, hombres, que hacéis peleándoos... Estáis locos... *(Acercándose rápidamente a separar a ambos hombres, temiendo que allí estuviera el complot que parecía tejerse en hipótesis, auxilia a Cassano)*.

CASSANO: Maldito villano. Maldito traidor. *(La mayor fuerza de Cassano hace que Azzolino se tambalee con una profunda herida hecha en un costado)*. ¡Ay! Es la herida o es el vino envenenado... Socorro Oriolano...

Inmediatamente huye de súbito Azzolino y escapa por la puerta principal para asombro de todos. Mientras acaban de llegar los hermanos de Nissetta, Beniccio y Andreucho, quienes dándose cuenta de la situación persiguen por las escaleras al traidor Azzolino.

ORIOLOANO: Mi príncipe, mi princesa. ¿Qué ha pasado?

CASSANO: El maldito Azzolino ha debido envenenar las copas de vino que hemos tomado inconscientemente Ni., Nisse... Nissetta y yo.

ORIOLOANO: No puede ser mi Señor. NO..., no... *(Se tambalea Cassano y se cae en brazos de Oriolano. Mientras Nissetta comienza a sufrir mareos y síntomas de querer caerse, y Anietina le sujeta por su cintura y cabeza)*. *(Acuden sus padres y el resto de comensales)*.

NORBERTO: ¿Qué te ha pasado, hija mía?

UGOLINO: ¡Cassano, hijo!, ¿qué ha sucedido...?

ORIOLOANO: Su herida no me parece mortal, pero ambos han tomado un veneno de Azzolino. Un médico, por favor... Yo iré en busca de ese gusano traidor, e intentaré averiguar que veneno es, o les dio en la copa.

*(Sale Oriolano de repente en busca de Azzolino. Por las puertas le indican dónde ha ido el asesino.)*

ESCENA SÉPTIMA

Llega Oriolano abajo donde se encuentra el cadáver de Azzolino. Este se ha tirado desde el piso donde se celebraba la recepción hacia la calle. Llegan los hermanos de Nissetta y preguntan por ella, y por el Cassano.

BENICCIO: Le perseguimos por todo el edificio. Al final, en una desesperación se ha tirado al vacío.

ANDREUCHO: No nos escuchó. Estado ido. Estaba como loco. ¿Qué les habría pasado? Se arrojó como si huyese del mismo diablo.

ORIOLANO: No era mal joven. Pobre infeliz. Miraré sus bolsillos por si encuentro algún resto de veneno.

BENICCIO: ¿Veneno?

ANDREUCHO: ¿De qué veneno hablas, Oriolano?

ORIOLANO: Perdonad, pero necesito encontrar el veneno para ver si hay algún posible antídoto al veneno.

BENICCIO: ¿Mi hermana está envenenada?

ANDREUCHO: ¡Maldito y ruin gusano! Vamos, vamos, Beniccio, arriba, subamos arriba. ¿A ver qué podemos hacer? *(Salen para irse al lugar de la recepción)*

ORIOLANO: *(Revolviendo los bolsillos del muerto Azzolino)*. ¿Qué es esto? ¿Serán los restos de polvo de veneno administrado? Guardia, guardia, buscad inmediatamente a Aranel, el tendero de plantas medicinales, encontrarlo cómo y dónde sea. Azzolino trabajaba en su taller. Hay que buscar un posible antídoto.

GUARDIA 1º: Dice que es Aranel el ventero de pigmentos.

GUARDIA 2º: Yo sé donde vive ese hombre. Su vivienda está a unos doscientos pasos de aquí.

ORIOLANO: Pues esperad. Yo os acompañaré con estos restos de polvo.

GUARDIA 1º: Que refuercen la guardia, compañeros ante una posible emergencia, u otro traidor si se trata de un complot.

GUARDIA 3º : A sus órdenes, mi oficial.

GUARDIA 2º: Su casa es en aquella dirección.

ORIOLANO: Pues no perdamos tiempo. Es vital. Vamos.

ACTO SEXTO

UNOS MESES DESPUÉS (en el Otoño)

ESCENA PRIMERA

EN LA PLAZA DE LA CATEDRAL DE SANTA MARÍA ASSUNTA, (ASUNCIÓN DE LA VIRGEN) EN SIENA.

*Allí están dialogando, formando unas nuevas parejas, Marco acompañado por Ana Isabetta, y Tomé con su amiga Clara. Luego, entran en escena Jacobo, el pícaro sienés, acompañado por una damisela, llamada Angielina.*

MARCO: ¡Qué día tenemos hoy tan raro y extraño, verdad! Aunque la visión del día desde esta plaza del Duomo confiere al tiempo otra versión distinta, le da otra actitud diferente.

TOMÉ: Desde las escalinatas puede que sí, pero desde aquí abajo menos. Cada día de este mes parece distinto, y es desigual al anterior, aunque a veces el tiempo parezca aletargarse en el verano, mas no sucede así con esta estación del año, cuando las tostadas y amarillas hojas comienzan a caerse y a desprenderse con suavidad de los árboles si no hay aire, y con cierta brusquedad si sopla el viento.

MARCO: Las lluvias pasadas han llenado, por lo menos los secos embalses de los campos.

ANA ISABETTA: Chicos, ¿no tenéis otra conversación que hablar del tiempo que hace?

CLARA: Ellos siempre hablando de muchachas o damas, y a veces de chistes y groserías, ahora solo lo camuflan con lo del tiempo porque nosotras estamos aquí.

MARCO: Pues mejor, hablemos de la última “contrada”, la que ganó el caballo “Aquiles”, con su jinete Aldomiro.

CLARA: Eso me gusta más. Creo que este año ha sido el que más gente ha tenido. Había forasteros de muchos lugares de la península.

ANA ISABETTA: La carrera ya se va afianzando bien en Siena. La competición fue la mejor de los últimos años. Aldomiro era un caballero muy guapo y valiente.

TOMÉ: A mí me pareció mejor el caballo que su jinete, el caballo, “Aquiles” era un semental digno de encomio, y del premio que se mereció.

CLARA: La fiesta fue muy superior a la de otras veces. El “Palio” se debería de proteger y de cuidar mejor por nuestras autoridades. Es cosa sola de aquí, de esta ciudad de Siena.

MARCO: Lo mejor de todo fue la estrategia del capitano de la “contrada” de nuestro barrio, Gelo, que lució su bandera con entusiasmo frenético, y que quedamos en tercer lugar.

ANA ISABETTA: Mejor fue el portaestandarte de mi barrio con sus compañeros, no lo podrás negar, Marco, aunque no ganaran.

MARCO: Bueno, no hay que exagerar. Que yo estuve a punto de ser arrastrado por la caída de un caballo en la curva de San Martino.

*(Entran en escena Jacobo, acompañado de una damisela, toda emperifollada y galana)*

*Se saludan amablemente entre todos.*

JACOBO: ¡Hola chicos y chicas!, os veo muy entusiasmados con vuestras cuitas y habladurías. ¿Ah, conocéis a mi chavala? La bella “Angielina” del barrio del norte *(Esta mueve su cabeza como signo de asentimiento y cortesía)*.

ANGIELINA: Hola, ¿qué tal estáis?

ANA ISABETTA: Bien, bien, esperando a que lleguen todos los invitados a la ceremonia. Estos chicos hablando como siempre del último “Palio”. Ya sabéis que las discusiones sobre quien ganó, y por qué lo hizo, están al orden del día.

ANGIELINA: Es lo más corriente entre la gente que se discuta sobre ello. ¿Eráis de la “contrada” ganadora?

JACOBO: Creo que no, Angielina, por estos lares de aquí, no fue el caballo ganador.

CLARA: Por lo menos de mi barrio, no lo fue. ¿Sabéis de que “contrada” era?

JACOBO: ¡Qué más da hija, si no fue del tuyo, callar la boca es lo mejor!

ANA ISABETTA: *(Interrumpiendo la discusión)* ¿A qué hora era la misa de la ceremonia?

MARCO: Anais, ya te lo dije antes. La celebración es a las doce de la mañana.

JACOBO: ¡Cuánta tarda la gente en congregarse por aquí! La plaza está aún medio vacía de gente. No es muy comentada esta boda!, ¿verdad?

TOMÉ: Tienes toda la razón, Jacobino. Todas las bodas no son iguales. A propósito, ¿no se te casa tu querida y apuesta novia del alma?

JACOBO: ¿Qué novia dices?

TOMÉ: ¿No te gustaba tanto Anietina? Siempre te hacías el encontradizo en la calle principal para saludarla y hablar con ella.

JACOBO: ¡Calla, ruin mequetrefe!, que se enfadará Angielina! ¡Qué es muy celosa la mujer!

ANA ISABETTA: Si está celosa es porque la mujer está enamorada de ti. ¿Eres muy celosa, Angielina?

CLARA: Pues con este hombre, Jacobo, alias tal y cual, que apodos no le faltan, deberás acostumbrarte a ello. Piropea, si puede a todas las chicas de Siena.

ANGIELINA: No, no creáis. Yo no soy celosa. Este hombre me lleva de acompañante cuando le da la gana. Y a ver esta boda, pues sí, que también a mí me gustaba venir.



## LAS DONCELLAS TOSCANAS

---

JACOBO: Anietina siempre estuvo por el querer de Oriolano. No negaré nada de lo obvio. Sí esa muchacha me gustaba. Y aunque hoy no es día para ciertas gracias y chismorreos, como esa mujer no hay nada en el mundo.

ANGIELINA: Por favor, calla. Si vuelves a hablar de ella te dejo aquí plantado y me voy.

JACOBO: Pero, chica, ¿no decías que no eras celosa?

CLARA: ¡Escuchad, ya tocan las campanas gordas de la catedral! Aunque los novios se retrasarán como siempre suelen hacerlo.

MARCO: Pues el obispo Tomasso que les casa, no le gustan los retrasos sin motivos.

JACOBO: Parece que ya nadie habla nada de vuestro compañero Azzolino, que Dios le tenga en buena gloria, o por lo menos en el Purgatorio de Dante.

TOMÉ: Calla, Jacobo, por favor, no mientas ese nombre ni su fantasma aquí. Si está en el cementerio ya es una misericordia de la iglesia que allí esté enterrado, que muchas dificultades le costaron a su familia sepultarlo allí.

JACOBO: ¿Nunca, vosotros que eráis sus amigos, sospechasteis de su mezquina actitud y de sus rencorosos celos? Un crimen así no se sale del alma en un día, ni en una semana. ¿No os dabais cuenta de su enamoramiento?

MARCO: No, ni tal vez en varios meses o años... Pero, olvidarlo es lo mejor para todos, dejarlo morir, digo, perdón, dormir en el silencio de una gran losa, que pena ya va en ello incluido. ¡Y ya está bien de tristezas, hablemos de otra cosa!

JACOBO: Chico, de mí se ha dicho de todo, y no me ruborizo, ni esquivo las preguntas, porque algunas cosas son ciertas. Pícaro, chismoso, aguafiestas, putero a veces, agorero pocas, pero, siempre he sido pobre, humilde, trabajador y sincero. Aunque alguna mentira piadosa sí he confesado algún día al religioso de san Francisco. Y vanidoso cuando se torcía la cosa.

CLARA: Mirad, ya llegan los familiares y algunos invitados.

JACOBO: Y, ¿pensáis que vendrán los familiares de Cassano y de Nissetta? Los Neri y los Bianchi, no van a cualquier sitio.

ANA ISABETTA: Nadie lo sabe a ciencia cierta. Aunque se dice que sí. Pues Oriolano y Anietina están muy bien vistos y considerados en esas casas señoriales.

### ESCENA SEGUNDA

#### EN EL INTERIOR DE LA CATEDRAL DE SIENA

*Se va a celebrar el casamiento de Oriolano y Anietina con el señor obispo de oficiante superior.*

*Toma la palabra Mercuccio, gobernador principal de Siena desde el estrado superior.*

MERCUCCIO: Perdonad, todos los aquí reunidos, perdonad, digo, esta intromisión en la celebración de este matrimonio, serán estas palabras mías, una disertación breve y sucinta.

Hace algún mes celebré en el Consistorio de la Plaza del Campo la unión civil entre nuestros amados amigos y vecinos, Cassano y Nissetta, cuyos padres aquí presentes nos honran con su presencia, después de aquellos tristes y lamentables acontecimientos, y con sus figuras y distinción aquí dan fiel y sincero testimonio hacia Oriolano y Anietina por su franca lealtad, sincera fidelidad, buen auxilio y digna confianza, no solo por aquellos acontecimientos pasados, sino por la grata y comfortable ayuda que recibieron de ellos. Pues bien, para estos seres que hoy se casan, y quieren unir sus vidas para siempre, sin tener en cuenta ningún prejuicio sobre las edades ni distinciones sociales, damos cuenta aquí del merecimiento que ello comporta.

Por eso, yo como representante de este pueblo, que siempre es y ha sido diligente y honorable, tanto en su estadio campesino y agrícola, pero también industrial y fabril, así como financiero y prestamista, o comercial y emprendedor, ofrecemos a estos contrayentes cristianos la medalla de la ciudad a la valentía, sagacidad y acción de servicio por prestar una ayuda inestimable y eficaz, justa y necesaria sobre aquellos seres que fueron víctimas de un loco exaltado, que bien por celos o por desequilibrios mentales, se hizo acreedor de un casi vil asesinato. Y si no hubiera sido por la inteligencia, sabiduría y presteza de este hombre singular, del buen ciudadano Oriolano, el de los Caprini, al que la ciudad de Siena le debe su eterna amistad y gratitud, le otorga y le da el título de Caballero de la Orden de Santa María, con unas rentas y haciendas determinadas, para el disfrute que ellos hagan y de sus descendientes, si los hubiera y pudieran obtener. Y ahora os dejo con el señor obispo, al que doy las gracias por dejarme decir estas palabras de reconocimiento hacia estos nuevos contrayentes. Muchas gracias a todos.

*(El señor obispo don Tomasso Picolini, con algún sacerdote y acólitos, toma la palabra desde el presbiterio, y ante el altar Mayor comienza a decir los votos preceptivos para el acto nupcial).*

DON TOMASSO: Ante el altar de Dios, y nuestra Madre la Virgen María de la Asunción, madre y patrona de esta iglesia catedralicia de Siena, y en presencia de los aquí reunidos, religiosos, seglares y civiles, que como testigos actúan al servicio de la comunidad, yo el señor obispo me propongo casar como lo hace la iglesia cristiana desde los tiempos de los primeros cristianos en Roma, y usando el rito correspondiente de la región de Toscana, antigua zona de los insignes etruscos, comenzaré a dar cumplimiento a lo estipulado para estos casos.

Y como ha dicho el señor gobernador, Don Mercuccio, estas personas que hoy vamos a casar son un ferviente ejemplo para todos nosotros, de cómo se debe de servir a su ciudad, de cómo se debe ayudar a sus gentes en caso de extrema necesidad. Poniendo su interés y su entusiasmo en lograr la máxima eficacia con sus ciudadanos, usando su amor, ciencia, servicio abnegado y voluntad desinteresada, en salvar las vidas como se hizo con dos jóvenes sieneses, de cuya memoria, muy temprana aún, todos estamos pensando y agradeciendo, por la cercanía de los hechos acaecidos, como todos sabemos hace poco tiempo.

Y dejándonos ya de los sermones clásicos al uso en estos casos que solemos hacer, paso, por la atención que este acto religioso toma en consideración, a unir a estos dos

vecinos de Siena en matrimonio, siempre y cuando ninguno de los aquí presente tengan algún impedimento para que ellos puedan casarse formalmente, siendo al parecer buenos cristianos al uso, y amén por la devoción que procesan a nuestra Señora Madre María.

Si alguien tiene que decir o que aportar algún documento, o comunicar si lo hubiere, alguna grave disposición en contra de este matrimonio, que hable ahora, o calle para siempre.

*(Un breve y profundo silencio se deja sentir en el interior del recinto religioso)*

Por la potestad otorgada, y no habiendo ningún impedimento que declarar, yo el señor Obispo de Siena, voy a proceder a unir en matrimonio a estos dos ciudadanos cristianos:

- Oriolano y Anietina, venís ambos libres, y sin ser coaccionados por nadie, a contraer nupcias en esta catedral del Duomo, según los preceptos instituidos por la Iglesia de Jesús:

ORIOLANO: Sí venimos libremente.

ANIETINA; Sí venimos libremente hasta aquí.

*Don Tomasso a los novios les pide los anillos o alianzas. Estos se muestran extrañados que nadie los tenga y que nadie sepa donde están los anillos de oro encargados para la ceremonia. Oriolano pregunta a sus padrinos que qué está pasando.*

*Los padrinos, Caterina y Pessaro, en un primer momento, se muestran serios y preocupados, después sus caras se vuelven plácidas y rellenas, y finalmente sonríen y se alegran, mirando hacia una puerta lateral de la catedral, con cierta parsimonia, por donde comienzan a entrar majestuosamente, desfilando a compás, cuatro pajes bellamente adornados con su vestimenta, y portando los emblemas de las nobles casas de los Neri y de los Bianchi. Luego, dos caballeros que portan en una bandeja plateada varios objetos plateados y dorados, y cuatro doncellas que comienzan a tirar pétalos de flores y rosas hacia el lugar de celebración nupcial.*

*Por último, de súbito, aparecen por la puerta lateral ya abierta en su totalidad, cinco guardias engalanados escoltando a los jóvenes Cassano y Nissetta, que ataviados con las galas de su anterior boda, penetran solemnemente en el recinto religioso, al son de unos bellos madrigales, cantados por unos músicos profesionales, que interpretan un madrigal del célebre compositor Francesco Landini. Solo Cassano aparece con el brazo izquierdo vendado y sujeto con una larga cinta blanca anudada a su cuello.*

*Sus caras muestran seriedad, pero también un gran bienestar, y una grata alegría. Su satisfacción interior es solemne y gratificante. Es la primera aparecida de Cassano y Nissetta en público después de los graves acontecimientos anteriores. Se dirigen hacia el lugar donde el señor obispo oficia el rito religioso.*

*Nada más llegar, con la venia del señor obispo, toma la palabra Cassano para decir estas cosas a los allí congregados.*

CASSANO: Perdonad, esta pequeña injerencia, pero, queríamos, Nissetta y yo, dar personalmente, a Anietina y a Oriolano, las merecidas gracias, con esta feliz sorpresa, por las atenciones, cuidados que ellos han demostrado para sanarnos, y cuidarnos en

aquellas largas convalecencias, y ya casi olvidadas épocas. Damos las gracias también a todos por lo que de preocupación e interés ha habido por nosotros.

Por eso como prueba de gratitud y de amistad sincera os traemos unas nuevas alianzas confeccionadas por los brillantes joyeros sieneses. Con estos especiales anillos y estas arras y alhajas de plata, queremos honraros y así participar en esta celebración. Os pido que continuéis la fiesta aquí presente, y que hubiéramos comenzado aquellos días.

Y ahora, señor Obispo, perdonad nuestro atrevimiento por estas palabras. Pueden estos honrados y honestos ciudadanos, decir sí, dar un sí, valiente y solemne, a su querido casamiento.

( *El señor obispo termina el acto diciendo a los contrayentes* )

- Oriolano: Quieres por esposa en la salud y en la enfermedad, en los días buenos y en los ratos malos, a Anietina como tu futura y amada esposa
- Sí, sí quiero.

( *El obispo de Siena le pone el anillo correspondiente* )

- Y tú, Anietina, quieres también compartir todo esto, y tener por esposo al buen hombre de Oriolano, quererle y amarle en el resto de sus días.
- Sí, sí quiero.

( *El obispo oficiante le pone la alianza de oro correspondiente* )

Pues, lo que Dios ha unido sea para siempre.

Pueden darse un beso los novios.

NISSETTA: Perdonad, unos minutos, por favor, brevemente, diré que gracias a todos, gracias a Oriolano, gracias a Anietina por sus desvelos y por hacerme compañía en esos días tan delicados en mi grave convalecencia. Solo una cosa final se me ocurre decir. Una cosa que es importante para todos y para todas. Que no hay nada tan bonito y maravilloso en esta vida que amar y ser amada, eso es lo más importante, que el amor sea correspondido por ambos cónyuges.

Ahora las únicas palabras válidas son estas:

¡Vivan los novios!

¡Viva!

#### FINAL DE LA OBRA DE TEATRO “LOS AMANTES DE SIENA”

Obra completa en seis actos y múltiples escenas y cuadros.

Sobre unos libretos recogidos antes oralmente sobre una obra anónima.

\*\*\*\*\*  
\*\*\*\*\*

## CUARTA PARTE DE LA NOVELA

### **LL) DÉCIMO TERCER CÍRCULO CONCÉNTRICO DEL TRECENTO**

ALEGORÍA DEL BUEN Y MAL GOBIERNO DE AMBROGIO LORENZETTI

### **SONETO Y COMENTARIO A LOS HERMANOS LORENZETTI**

¿Qué fue antes el soneto o el comentario al mismo?

Lo dejo a tu elección, amable lector o lectora de estas poéticas narraciones, fabricadas para este tipo de lecturas.

## RITMO, AMISTAD Y VIDA

**Siena, además de su Plaza del Campo y del altivo Campanile, de su hermosa catedral del Duomo, o del famoso Palio, fue una ciudad señera, gloriosa y dinámica en los sigls de finales del Medievo, y principios del nuevo Renacimiento.**

Cuando en la famosa peste de 1348 asoló muchas ciudades italianas, y sobre todo Siena, un enorme abismo se abrió en el suelo de la ciudad, cuyo vacío corazón inundó de lágrimas, llantos y muertes a los habitantes de Italia, mostrando la crueldad de un destino infame, de un terrible rostro sin carne. Y con esa Maldita Peste se fueron de nuestro lado artistas insignes y famosos por aquel entonces como los hermanos Lorenzetti muriendo jóvenes sin que su vida se desarrollara como la habrían soñado o como la de otros artistas posteriores que vivieron muchos más años.

Porque la Peste Negra de aquellos años como la malaria o el paludismo en muchas zonas de nuestro planeta en la actualidad, inexplicable enfermedad mortal y despiadada, fue como el Sida actual, o las epidemias de las fiebres malignas, o fiebres amarillas del siglo XIX, el sarampión, la escarlatina, la viruela y la varicela todas juntas a comienzos del siglo XX, sin olvidar la temible y trágica tuberculosis, que hasta algunos llamaba la tisis, enfermedad sin piedad, danzando sobre los inhóspitos hospitales, llenos de inmisericordes necedades, que asoló sin piedad y con trágicas consecuencias los hábitos y las formas de los habitantes que ellos o a sus alrededores lo vivieron como se vive vivir entre putrefactos gusanos, entre horribles dentelladas de viles sanguijuelas, caprichos del diablo o de Hades, y en el Infierno, o en los Campos Elíseos juntos. La barca de Caronte siempre iba llena hasta los topes, y los moribundos supervivientes no daban abasto a sus penurias, a sus dolores, a sus llantos.

Pero, como dijo Virginia Woolf, para que sepamos apreciar la vida, o como decía Lucas, un compañero mío, saber lo que vale un peine.

a hay que ver y saber de la muerte, hay que palpar y sentir la muerte para que sepamos dar valor e importancia a lo que los humanos llamamos VIDA.

Para dar sabor y honor a la amistad hay que conocer la delicada faz de la vida, tan tibia y débil que cualquier soplo en contra hace tambalear la fuerza de vivir.

Y cuando se sobrevive se debe usar la vida con ritmo y música para saborear todos los instantes que la vida nos ofrece. La vida solo se saborea al cien por cien cuando perdemos el noventa por ciento de ella, y entonces nos damos cuenta de nuestras insensateces, de nuestras miserias, de nuestras falsas e ilusionarías fantasías, del desprecio sobre cosas básicas y esenciales para vivir. Y entonces todo puede ser ya inútil, estéril, delirio, todo en vano ante la banalidad que usamos.

Pero, basta de llantos, nostalgias tristes y desesperanzas.

Vayamos donde lo dejamos, o mejor a donde comenzábamos a decir: La época de Pietro y Ambrogio Lorenzetti, dos hermanos, artistas de un Siena que iba para inmortal y se detuvo en el tiempo, inmovilizado por tanta penuria y frustración y desolación.

Los Lorenzetti fueron artistas de su época, de su Siena, de su tiempo, y supieron plasmar en inolvidables frescos, en las paredes del Salón del Gobierno de los Nueve, en el Consistorio Comunal de la Plaza del Campo, los magníficos e inolvidables frescos que ocupan casi todas las paredes del magno salón, lo que se llamó: “Alegoría del Buen y Mal Gobierno, con toda una simbología y representación plástica de lo que se entendía por ser rectos, justos, sublimes y ecuanímenes en un gobierno de una ilustre ciudad italiana, allá en los finales de la edad medieval, cuando ya el prerenacimiento llamaba a sus pies.

Porque dicen que fue la muerte negra, la Peste Negra quien se llevó a la tumba, quien sepultó la alegría de vivir, quien tejió la tela de araña de Aracne, esa que la hermosa joven se atrevió a desafiar a la diosa patrona de las tejedoras, la diosa Atenea, y se dispuso a confeccionar un bordado maravilloso, tejiendo y bordando la tela de los amores escandalosos, atrevidos y llenos de sensuales intrigas, de los amores de Zeus, ese Júpiter inmortal y jefe de todos los dioses del Olimpo. Pero Aracne lo hizo de tan bella forma, de tal manera dibujó los bordados de sus tejidos, como lo fueron Zeus y Europa, transformado en toro, Leda y Zeus, convertido en Cisne, o Dánae y Zeus, transportado y metamorfoseado para seducirla en lluvia de oro, y del que nacería el héroe Perseo, todo ello tejido maravillosamente, y luego por celos de la misma diosa se quitó la vida, y todo lo había hecho para que vencer a la diosa Atenea, pues a los dioses no les afecta ni les interesa la muerte de los humanos.

Oh, Siena, los Lorenzetti en su Escuela  
Fueron Pietro y Ambrogio, dos hermanos  
Que iluminan colores con candela  
Sentimientos y deleite en sus manos.

Ciudad con Campanile como estela  
Ajetreo en la urbe, allá de hortelanos.  
La paz y justicia de quien anhela  
Virtudes del Buen Gobierno en humanos.

Elegancia y suavidad natural  
Paisajes, Maestas y gratos santos  
Con toques muy amables de ternura.

Detalles en esta urbe estructural,  
Bailarinas alegres entre cantos  
Y un quehacer al son de la cordura.

Así se rompió el futuro, el porvenir de un pueblo. Así los artistas se sumergieron en el paso inmóvil del tiempo, se quedaron pasmados, inmóviles como las estatuas y las esculturas de piedra o mármol que sus coetáneos habían construido con sabiduría, inteligencia y buen hacer plástico.

Todo quedó paralizado, quieto como si las montañas no cambiaran con el paso del tiempo. Hubo, después, a lo que desde el principio quería ir, un abismo vacío, una nada inmensa. La muerte y la peste se llevó una generación de artistas, de buenos artesanos, de buena gente trabajadora, de personas que hasta ayer habían vivido con el estímulo de la prosperidad, del ingenio como si Ulises no hubiera desaparecido, con actitudes de alegría y desarrollo, buscando el bienestar de su familia, de sus talleres, de sus estirpes. Todo esto acabó de súbito, como si un rayo de tormenta les arrancara el árbol genealógico de sus antepasados. Y hubo después un gran silencio, un descenso a los infiernos de los artistas. Se quedaron sin gentes, años de esterilidad, de frustraciones comunes, de vacío poético y plástico, pues se rompió el amor, la vida y las grandes obras artísticas.

Y hubo, ya que esperar al Renacimiento del siglo siguiente para que otra generación desanduviera lo paralizado hasta ese momento, y buscar el siguiente punto de partida donde lo habían dejado los Giotto, los Duccio, los Lorenzetti, los Simone Martini, y otro largo etcétera.

Y cuando llegaron Pico de la Mirándola o Marsilio Ficino, o bien, Ghiberti, Donatello, Boticelli, Masaccio, Ucello, Brunelleschi, Alberti, etc., otra generación de artistas y de genios artísticos como Leonardo da Vinci, Rafael Sanzio o Miguel Ángel Buonarroti volvieron a sobresalir con nuevas ansias y nuevas ganas de vivir, olvidándose los malos tiempos como siempre se olvidan por las gentes que vienen luego con nuevos impulsos, con toda la vehemencia de un nuevo tiempo, y hasta un nuevo espacio.

Esa fue, y es todavía, la Siena de sus calles, plazas, monumentos y gentes de otros tiempos, cuando aún parece que la edad Media y el Renacimiento pasan silenciosos, altivos, nostálgicos, como artistas reconvertidos en enhiestos fantasmas que perduran en la inmortalidad, en la eternidad, por su población dinámica, señorial y encantada.



**M) DÉCIMO CUARTO CÍRCULO CONCÉNTRICO DEL TRECENTO**

LIRAS AL PINTOR SIMONE MARTINI

LIRAS A SIMONE MARTINI (15 liras)

DE la dorada lira  
Sale una música estelar que suena  
A espíritu que gira  
En la ciudad de Siena  
Gozándose en la pintura serena.

En la ligera fuente  
Que Simone Martini desparrama  
Con sutileza mente  
El tostado derrama  
En el temple de su estudiada trama.

Oh, tradición sienesa  
De luces, almas y sol enmarcada  
Lirismo que no cesa  
Elegancia anunciada  
Que sensibilidad fue en la alborada.

Espíritu en el cielo  
Con mil resplandores de ardientes fuegos  
Que iluminan sin velo  
Ángeles no de juegos  
Si no a una Virgen con flores y espliegos.

Mundo feliz de ensueño  
Se hace etérea imagen de luz gótica  
Invisible el Gran Dueño  
Manera tan retórica  
Y de clara suavidad tan simbólica.

Como una miniatura  
Que penetra en el alma ensimismada  
De amor en la pintura  
De la fiesta alentada  
Y rica ambientación tan ilustrada.

Entre su matiz lírico  
De poesía a lo Petrarca lleno  
Amigos de lo anímico  
En el espacio pleno  
Está Martini en color de amor bueno.

El don del preciosismo  
En el Palacio Comunal que muestra  
Línea y detallismo  
Bella “Maestá” nuestra  
Finura, ritmo y expresión apuesta.

Color natural siena  
Iluminando belleza en el alma  
Con sangre de oro en vena  
Palpitando la calma  
En baldaquino o dosel entre palma.

Vestidos a la moda  
Como sensibilidad cortesana

Y una emoción en la oda  
Que de tu estilo emana  
Irradiando así suavidad que hermana.

Unos hilos dorados  
Actos llenos de minuciosidad  
Y espíritus sagrados  
En luz por suavidad  
Y música de espiritualidad.

Martini con Petrarca  
La pintura junto a literatura  
Donde Aviñón abarca  
Con Francia en la juntura  
Lectura y percepción en la hermosura.

Canciones de elegancia  
Dos almas gemelas en el Trecento  
Un halo de fragancia  
Con la “Maestá” aliento  
Y la “Anunciación” divina al encuentro.

Luz para el condotiero  
Paladín Guidoriccio da Fogliano  
Vencedor y guerrero  
En actitud ufano  
Entre un paisaje sencillo y arcano.

Y aquí acaba el latir  
Procesión en pos de una eternidad  
Para Aviñón partir  
Junto a su Santidad  
Línea y música y cordialidad.

FINAL DE LAS LIRAS A S,M.

JOSÉ Luis Escudero Vázquez

León, a 1-3 de noviembre de 2013

\*\*\*\*\*

## N) DÉCIMO QUINTO CÍRCULO CONCÉNTRICO DEL TRECENTO

### **UNA CIUDAD EN EL TIEMPO: PISTOIA**

#### **PRIMERA PARTE: “PISTOIA, una urbe insólita”.**

Erase una vez, una ciudad llamada Pistoia, en la Toscana italiana, una ciudad perdida en el tiempo de la imaginación, como si fuera la portada de un libro con un beso de silencio como sello, pero tan actual y moderna como el agua que se desliza por sus fuentes y que es agua clara de ahora, un agua sana, pura, diáfana, salubre, aunque las fuentes sean de otra época, de una antigua ciudad, una ciudad no vieja sino eterna, que sigue siendo espléndida y hermosa como si fuera una bella dama del Medievo, o una doncella del gentil Renacimiento, con sus ajuares llamativos, y vestimentas llenas de gráciles y alegres colorismos, de elegantes frunces de seda de oriente o de lino egipcio, y unas bonitas diademas, o armoniosos turbantes, que en sus sutiles cabezas están llenas de ferviente feminismo.

Una ciudad que hasta las primeras golondrinas que la visitaron en las últimas primaveras podrían reconocerla como misteriosa, enigmática, recóndita, íntima, sensual, una urbe joven siempre de espíritu, joven de naturaleza, sencilla y olvidada en el tiempo, que es eso lo que a mí más me gusta y me importa, ese perderse en el espacio- tiempo que marca la

historia, y ese irse abandonando por su humildad alejada de fáciles fastos y de frías masas de gentes amorfas.

Quiero que su olvido fortuito o casual por las masas turísticas de hoy Roma y mañana Florencia, sea beneficioso y práctico para las gentes que amamos lo auténtico, lo suyo, lo sincero, lo minoritariamente selecto, genialmente provinciano, como diría Giuseppe Verdi. Y no es porque esas masas me sean indiferentes, sino por esa misma indiferencia que a veces trata a lo divinamente antiguo, a lo genuinamente original y autónomo. (¡Qué fea y vieja es esta ciudad, qué poco nueva y moderna es – eso dicen descaradamente - porque no hay edificios de marcas arquitectónicas actuales, o un museo grandioso de arte contemporáneo que rompa la belleza de lo genuino y de lo de siempre, y que invada con su práctica modernidad todas las calles y recintos urbanos como un elefante en una cacharrería!).

Que continúen su camino por las rutas que siguen ciegamente el compás establecido por las agencias turísticas, que sea un hecho de realidad y cordura, que se vayan a disfrutar en jolgorio vacacional, con un orden del día muy programado y estrecho, sin poderte salir de las vías y rutas marcadas por las todopoderosas agencias que marcan los ritmos de las gentes internacionales.

Hay otras ciudades con encantos diferentes, íntimos, seductores. No quiero decir que aquellas no lo tengan, lo tienen si se buscan. A lo que me refiero es a encontrar su peculiar encanto, su dulzura interior, su natural frescura que radica en que nos encontramos de repente con una ciudad que es donde efectivamente vivió en el tiempo nuestro Dante, Petrarca o Boccaccio, esa urbe con una fragilidad plástica delicada, y su orgullo o vanidad escondida entre sus piedras, recónditos lugares con sus monumentos con la pátina del tiempo y de la historia, y con sus bellas imágenes teñidas de sensibilidad misteriosa, esotéricamente divina, maravillosamente deliciosa.

\*\*\*\*\*

Pistoia, una ciudad recóndita, escondida del tiempo y del espacio rutero de las masas, apta solo para visitarla espíritus sensibles, Lord Byron nos hubiera aceptado en su círculo de tertulias literarias. Hay algunos seres humanos, determinadas almas desposeídas de conceptos absolutos, metidos en una bolsa de arte y de belleza, como el viejo y nuevo Stendhal con su magia de inundarse de muchos y bellos monumentos, donde en sus calles y plazas nos explican calladamente lo que fue esa ciudad en otras épocas, lo que fueron para sus gentes esos otros estilos pausados de vida, otras sensaciones diversas de cómo afrontar la vida, la vida de calidad y sueños, de cómo vivían las personas esas otras cosas cuando los ríos llevaban

todavía agua pura, fresca y cristalina procedentes de los Apeninos y de las montañas de Montalbano.

\*\*\*\*\*

Erase una vez la leyenda de una ciudad llamada Pistoia, imagen plástica de una “civitas” romana, con el ajedrezado de sus calles, recordando luego su progreso y sus talleres de metales y donde se fabricaban esas dagas o puñales, y pasados varios tiempos, esas otras armas como “pistolas”, de ahí su nombre de “Pistoia”.

Un espacio urbano casi divino, perdido en el tiempo, y guardado en un lugar casi místico, íntimo, seguro, sagrado, melancólico, y hasta dispuesto como un sitio romántico en el sentido de estar enamorado de una imagen bella, pintada con la paleta de un pintor renacentista.

Como un amante fiel y disciplinado, ferviente con su amor casi eterno, perdurable en el tiempo como una Beatriz de Dante, o una Laura de Petrarca, o esa una gentil dama como Fiammetta, posible anhelo de Boccaccio, y donde también otros personajes o gentes, trovadores o artistas, se enamoraban de una dama medieval, de una hermosa mujer, de una cortesana renacentista, con casi toda pureza, delicadeza y ensimismamiento en juego, bonitas imágenes plasmadas de juegos con elegantes pliegues mecidos por atractivos colores de tonalidades diversas, y franjas carmesíes, amarillas o azules que enamoran los ojos masculinos como lo hacen los pavos reales con sus abanicos multicolores llenos de juegos seductores.

Como un fiel y leal enamorado que ve en el corazón de su amada toda la música y sensualidad que el viento puede transportar en el momento de su amor, que sienten latir la música como una sinfonía hablada, que escucha las agradables palabras y el misterio del Amor transportado por Cupido como en una copa de vino y ambrosía, como en un cuenco de cristal transparente utilizado por los dioses olímpicos, ansiando beberlo ya inmediatamente, para dejarse poseer por el aroma y el fresco del arte amoroso, y seducir por esa química que envuelve la mente y los corazones humanos.

Como una ciudad medieval o renacentista, espejo de una sociedad embellecida por los monumentos diversos, por unas gentes laboriosas, llenas de orgullo risueño, de fina altanería cortesana, y por un progreso comercial y económico sin límites.

Una ciudad modelo del Trecento, o del Quattrocento italiano, pintada por Piero de la Francesca, o por Francesco Giorgio Martini en los albores del

renacimiento italiano, en sus lienzos, tablas y paños de ciudad perfecta. Sueño de ensueños, belleza llena de magnificencia.

Ideal de ciudades, proporción de lares en sus calles, ámbitos de vida y plenas de energía vital. Personas de carne y huesos, nombres de santos o pintores, arquitectos o ingenieros que luego diseñaron las múltiples vivencias o trabajos que tuvieron las ciudades.

Pistoia es el amor de mi vida. Su ciudad con sus casas y viviendas añorando el tiempo perdido en la lejanía, soñando a ser una ciudad con su alma inmóvil como si luz no tuviera edad ni masa aparente. Y dentro de sus edificios latiendo miles de corazones de gentes laboriosas, trabajadores del campo y de la urbe. Y hoy en día, personas ensimismadas en la producción actual de frondosas hileras de variadas flores, de vegetales mágicos y risueños, todos aptos para su crecimiento, para oler el perfume de una ciudad mágica y encantada, para sus ventas por toda Italia.

Sus monumentos artísticos me emocionaron, me encantaron por dentro y por fuera de mis nervios, removieron la sangre de mis venas, subyugaron mi corazón. Yo, enamorado de ella, no sé si como tonto, o como un genio o loco perdió en las disquisiciones del arte y de la belleza.

Pistoia puede ser como de una mujer sensual y bonita, atrapada por la química de su propia alma, capturada por los dispersos efluvios de sus calles, plazas y viviendas, envuelta en la débil cortina y frágil nebulosa del tiempo.

“Cada ciudad tiene el olor propio de su misma vida, su característico aroma peculiar, oliendo a la propia fragancia de sus vientos, de sus casas, de sus gentes, de sus monumentos, de sus hijos, de su naturaleza cercana”.

Y Pistoia cautivó mi corazón, aprisionó mi alma atándola con las redes de sus hojas y de su exuberante vegetación, y de sus sueños. Me enamoró sus extensos viveros, llenos de aromas de miles de plantas para el adorno, para la habitabilidad de los ciudadanos que aman la naturaleza, para el frescor de los inmensos campos, para servir de ejemplo a su laboriosidad, y con las fuentes frescas, manantiales por donde manan los verdes prados, las hermosas campiñas, las olorosas flores, para el resto del país, como en un mapa mural de la naturaleza.

**En esta urbe querría vivir el resto de mis tiempos, de mis días.** Es esta ciudad italiana la que quiero contar con vibrantes palabras, con atrevidas imágenes, con emoción y curiosidad, como si fuera un relato de Boccaccio, o describirlo bellamente como en un poema de Petrarca, glosarlo como en un episodio narrativo de Dante, o plasmarlo como en un cuadro pictórico de Giotto o Martini. Y decirte que, probablemente, allí, si reuniéramos las

condiciones suficientes y adecuadas, tú y yo seríamos felices, supervivientes en un mundo que se quema en su propia vorágine, disfrutando de las cosas inmateriales, la serenidad, la soledad, la constancia y la paciencia, y olvidándonos de los problemas que acosan a los llamados ciudadanos del mundo. Allí estaríamos solos con nuestras conciencias, reposando tranquilos con nuestros pensamientos. Y abandonándonos a un espíritu sosegado como el de Fray Luis de León cuando regresó a su cátedra de Salamanca, sin prohibiciones religiosas o ciudadanas, escurriéndonos de las barreras que nos imponen los políticos de turno, y que aprisionan nuestros esquemas de supervivencia y de también de convivencia.

Sería bonito que nos fuéramos a un lugar como este, perdido en la mitad de Italia, que nuestra libertad no fuera violada.

¿Utopía para unos? ¿Aprisionamiento para otros?

Qué imagen tan distinta, pues, sería también esa otra en que los demás no pueden traspasar palabras o imágenes, ni salir de sus fronteras, ni cruzar mares ajenos, ni saltar vallas ni empalizadas.

¿Sería factible, anhelado, tener solo para nosotros un jardín paradisiaco, un lugar para contar cuentos como aquel del Decamerón, ocultando a todos donde se encuentran nuestro hogar olímpico, nuestros jardines amorosos, nuestro fresco paraíso, porque la grave peste nos amenaza, porque los maniáticos políticos de turno, nos persiguen porque buscamos la paz y la felicidad?

¿O esos otros malvados que restringen libertades y derechos, amores y libertades? No estaría mal, que esos malvados e injustos regidores cayeran en esas trampas y huecos que ellos preparan para los demás, y que también ellos mordiesen el polvo y chupasen el sudor que a otros han querido lesionar o infringir, hiriendo sin más al resto de los ciudadanos.

¿Pero, existe una ciudad ideal, fantástica, soñada? Sí, si esta es llevada a cabo, en silencio, en soledad, calladamente por unos pocos y selectos espíritus que tienen en la Utopía sus señas de identidad, aunque no consigan el cien por cien, ni el 70 o 60 por ciento. Pero, como dijo Cervantes por boca de don Quijote y Sancho Panza, en el trayecto está la meta, en querer conseguir los resultados está la verdad, en la ilusión lo absoluto, lo correcto.

Los inquisidores para otros tiempos. Nos rebelaremos contra los intransigentes y dogmáticos. Ellos, unos pocos, fanáticos y esclavos de sus propias palabras y hechos, quieren imponer sus dogmas y sus leyes a todos los millones restantes de ciudadanos. Unos pocos contra la mayoría de muchos.



La libertad y la verdad es lo absoluto, en ello radica la belleza de muchas cosas. Los que emprenden tareas autónomas y trabajos originales aportan al mundo la mayor dosis de fe, esperanza y caridad hacia los demás.

Pistoia, sería la nueva ciudad, un nuevo centro de población, la urbe que se podría pintar como lo podría hacer aquel Giotto, que podría imaginar en los frescos de un palacio los hermanos Lorenzetti, o plasmar con sutileza un Simone Martini. Que podría soñar un nuevo humanismo el mismo Pico de la Mirandola, o Marsilio Ficino, o el erudito y maestro Agnolo Poliziano. Con la nueva Florencia de los Medici, el nuevo Jardín de Venus del segundo Decamerón, la otra Divina Comedia de Dante, o esos escritos poéticos que resaltarían las virtudes y buenas actitudes de la mano de un nuevo Petrarca de Las Letras.

-----

### **SEGUNDA PARTE: “LA PISTOIA DE AMOR Y ARTE”**

Pero, callad. Y escuchad esta leyenda de Pistoia con los buenos ojos de un osado trovador, con la buena mente de un filosofo de conducta incuestionable, con la hermosa palabra de un poeta intachable, e incorruptible. Y no se la cuentéis a los indeseables de mal comportamiento, a las arrogantes autoridades civiles para que luego nos prohíban esto y aquello, no se lo contéis a los envidiosos, a los ingratos que son saben decir gracias y perdón, ni se lo mencionéis a los avariciosos y ambiciosos que lo querrían todo para ellos, y nos arrastrarían fatídicamente a un suicidio no deseado, ocultad su nombre, el nombre de esta insólita y misteriosa urbe, a los indeseables, a los pecadores, a los envidiosos, a los rencorosos, a los airados que todo lo querrán luego para usurparlo para su beneficio nefasto, y a los corruptos o mediocres funcionarios porque solo nos traerían desgracias, tragedias e infelicidad.

Todo en Pistoia es amor y arte. Es amor y enigma. Todo en Pistoia es enamoramiento y candidez. Es una doncella de cálida frescura dentro de su elegante traje medieval.

Tal vez me pase con apelativos significativos, con cariñosos epítetos, con admirables calificativos. Pero, al final, no importa. Y cuando un día, deseo

que sea pronto, te deslices y te muevas por Pistoia, o Pistoya, que tanto monta, monta tanto en italiano que en español, como si una parte del ansiado y fascinante paraíso estuviera allí presente, y me dirás que tenía razón, si no en todo en gran parte de lo dicho, de lo atestiguado.

Pistoia, eres tú, y soy yo, es el belleza expuesta en arte y ciencia, unos magníficos monumentos concentrados en su plaza del Duomo, llena de juegos de edificios históricos, testimonios de vida y muerte, plaza para escuchar música salida de las manos de expertos organistas como Francisco Landini, de otros posteriores como afamados compositores como Claudio Monteverdi, u óperas del mismo Guiseppe Verdi, conciertos del antiguo “Ars Nova” o evento sinfónicos de música actual, donde el vivir fue juego de amor y celos, o de amor y odio, de invitados ilustres al jardín de Venus. Plaza del Duomo, llena de monumentos realizados con el esfuerzo, inteligencia, el sacrificio y el tesón de los hombres que vivieron entre sus murallas, encerrada como en un diamante bruto de piedras y bloques de muros, donde la vida y todo era escenario de obras teatrales, proscenios donde el decorado era real, presente, lleno de palacios nobles y de damas señeras, selectas y virtuosas, o altivos caballeros de armas tomar, visión teñida de bellas e ilustres iglesias y la catedral donde la fe, la justicia y la benevolencia resplandecía todavía por encima de las nubes azules del cielo, tan ajenas a las inevitables pestes, y a las largas y funestas enfermedades de otros tiempos.

Pero tras la belleza sublime de las cosas, de los edificios antiguos y sus monumentos históricos, se encuentran otras cosas, otras dimensiones, otras sensaciones y emociones que nos retraen a otros modos de vivir, de convivir, de relaciones mercantiles, de comerciar o prosperar, de rendir cuentas a sus convecinos, de ser apariencia, y ser al mismo tiempo belleza artística y ocultos pensamientos de vida y muerte.

Y es que exactamente vida y muerte se hallan unidas hasta en las mismas piedras históricas, hasta el interior de sus mármoles tallados para finas arquitecturas, o de bellas esculturas realizadas con muy buen gusto artístico, llevando sangre del pueblo entre sus oquedades, nervios de pobladores en sus aristas rectas, y la energía sumergida en sus tuétanos de una pléyade de artistas que solo miraron su esplendor urbanístico, su belleza y su esplendor, con sus estrechas calles mezcladas de gentes bulliciosas en los días de mercados y de ferias comerciales.

Una ciudad querida y sentida, donde sus habitantes representaban una diversa vida civil, y una profunda vida religiosa, surcada de habitantes impasibles al desánimo y al miedo, con todas sus venas llenas de constantes tareas, como manantiales con almas de fantasmas transparentes.

Urbe poblacional llena de sabiduría y pasión, donde las mujeres eran bellas para que sus hombres las desearan y las sedujeran como se conquista una ciudad con los paños y murallas bien provistas de piedras bien cuarteadas, bonitas y perdurables vestimentas de su urbe, porque allí adentro hay mucho porvenir disfrazado de oro, riquezas y tesoros, obras de arte de gran calidad, monumentos insignes que el tiempo ha respetado, y nosotros no hemos olvidado. Mujeres que llevan en su preñez un áurea de estimada leche, y de delicadas pieles, sentimientos que suenan a otras épocas cuando Rómulo y sus romanos se llevaron a las sabinas de otros pueblos, porque la mezcla de sus sangres requerían nuevas savias y otros genes con los que pulir las generaciones futuras.

Esto y más es la mirada de la ciudad vista como desde un raudo y colorista colibrí, con sus alas casi invisibles, imparable en su veloz vuelo por los tejados de unas floresta, o con la aguda y profunda vista desde las altivas nubes de un águila real que vuela sobre Pistoia como un semidiós mitológico en busca de su amada doncella.

\*\*\*\*\*

Podíamos comenzar una leyenda sobre Pistoia al modo como lo haría un cuento del Decamerón con una serie de episodios o narraciones, mitad ficticias, mitad realistas, que nos lleven a las puertas de esa ciudad medieval, con un espíritu conciliador o fantasioso, llenando de imaginación un espacio y un tiempo por donde las gentes pululan afincadas en sus calles y viviendas.

Y así podíamos decir, con la imaginación de una alfombra mágica, voladora, como en un cuento de las Mil y Una Noches, que también nos acompañarían en este idílico viaje a través de viviendas, edificios, inmuebles artísticos o palacios de magos y príncipes, lugares tanto tangibles como inmateriales en el recuerdo y en la memoria, dos aves muy predilectas y sentimentales para nosotros, como dos personajes alados y fantásticos, que nos mostrarán lo que los cielos de Pistoia nos guardan y nos aguardan entre sus muros secretos. Dos expertas y ágiles avecillas, de nombre Falco y Falca, una pareja de cernícalos, aves de faz de color beige, con plumaje de espalda de colores rojizos, pectorales en tonos amarillentos y con tonalidades naranjas, con su larga cola en tonos negros, con gran movilidad en sus vuelos, y sagacidad en sus comportamientos, de vuelo raudo y dinámico, que nidifica en edificios en ruinas o destruidos por el manto del sabio tiempo.

Pero, ¿qué sucede en el interior de sus casas, qué hacen los habitantes que moran en sus viviendas, que actúan en sus palacios señeros, que rezan en sus iglesias grandiosas, que asisten a los oficios sagrados en la catedral del Duomo de san Zeno (san Zenón en castellano), esos habitantes de carne y huesos que viven, sufren, lloran o ríen entre lo que hoy son piedras y arte, recuerdos y añoranzas del ayer, historia, vivencia y sentimiento de siempre?

Y todo, mitad sueño, mitad vida, parte imaginación y otra de realidad circundante, nos será mostrada en uno o dos relatos, como si también fueran una obra de teatro, un filme con documentación histórica, o una narración acorde con una singular historia.

Y, allí, en esas alturas casi imperceptibles, ese par de amantes animales, de pájaros que forman una pareja de amor y vida, nos levantan los tejados de las casas particulares o viviendas de grupos religiosos, las estancias o habitaciones, salas y salones de palacios o mansiones, y nos mostrarán la misma cruda realidad de la vida, nos enseñarán cómo viven, aman, gritan, se persiguen, odian, comen, duermen y sueñan personas de las que nos asombraríamos si conociéramos su vida privada, la real, no las que luego nos cuentan ellos o sus sirvientes, sus propias vivencias secretas entre cuatro paredes interiores.

Pero eso sería mucho para que dos aves, dos pájaros de cernícalos, Falco y Falca, nos contasen las interioridades de esas gentes de vida muy señorial y acomodada, o de campesinos que luchan por la supervivencia cotidiana.

Así que dejemos a la meditación y a los sueños, dejemos a la feliz fantasía y a la arriesgada imaginación, entre las bambalinas y por debajo de las cubiertas de los tejados, lo que hacen y cómo viven esas personas del trecento, para pensar y dilucidar aquello que nuestros sueños, sentimientos y pensamientos quieran imprimir en las neuronas de cada uno de nosotros, como fotocopias de una realidad ficticia. Si eso puede darse en cada uno.

\*\*\*\*\*

Entonces, inesperadamente, como un súbito remolino de viento, allí en medio de un pequeño parque vegetal, la encantadora y práctica guía turística, se paró de repente, miró al cielo azul por unos segundos, y su voz suave y enigmática como si fuera una sacerdotisa del dios griego Apolo, una auténtica pitonisa del templo de Delfos, allí donde se creía que estaba el “ónfalo”, es decir el ombligo del mundo, ella semejando una sibila procedente del interior de la tierra, comenzó a contar una historia, como se contaban antes los cuentos y leyendas, oralmente, con una retórica y

discurso elocuente, como si el griego Homero hubiera nacido de nuevo bajo la faz de la Tierra, y comenzase a contar en voz alta a sus conciudadanos la misma Odisea con Ulises a la cabeza de sus aventuras y hazañas.

Y todos los que la seguíamos, acompañantes casi como una procesión del mito de Dionisos, impresionados tanto de su voz tierna y femenina, llena de encanto y de sugestivas sensaciones fantásticas u oníricas, y cómo su relato que comenzaba a salir imaginativo y lleno de sensibilidad por su animosa boca, y así, escuchábamos atentos y con la boca cerrada, las interesantes palabras que daban frescor y novedad a un relato que dijo que nos iba a contar sobre las gentes y el mundo medieval de Pistoia.

### **III PARTE. “HISTORIA DE OTRA PISTOIA”.**

Una historia que comenzaba así:

Erase una ciudad, la otra lejana Pistoia, una urbe que cada día revivía entre sus gentes sus queridas ilusiones, sus variadas aficiones, que fabricaban sus dichas o borraba sus inesperados fracasos, que tejían sus trabajos en su cotidiano vivir, entre calles y plazas, viviendas y edificios.

“Cielos tiene la ciudad para verse reflejada clara y transparente en un espejo, casi como de porcelana fina. Posee, a veces, un techo azulado que marca en algunas de sus altivas y sensibles veletas la sensación de vivir entre sus direcciones, bien de anhelado bienestar, o fuerte orgullo por su ciudad, o practicando, en otros momentos, la inestabilidad y desapego por sus vidas y haciendas.

Nos muestra, también en algunos momentos, y como sin quererlo ni pensarlo, cómo esas mismas luces del sol toscano que irradian y difuminan las altivas copas de sus árboles mezclando luces y sombras, otras sensaciones de provienen de un antiguo y, quizás aciago sentimiento,

de intrigas y de violencia, en un horizonte cargado de presagios y de emociones diversas, en medio de sus múltiples calles, callejuelas, plazas y plazuelas, con las que la ciudad de Pistoia nos brinda y nos presenta como un puzle divertido a los viajeros y transeúntes”.

Pero dejémonos de poéticas y sensiblerías para otro momento, y entremos de lleno en la historia que nos atañe.

“La historia de los tres amantes”:

Tenía Pistoia en el siglo XIII, casi más fama que Verona en cuestiones y litigios entre familias de cierto abolengo, dos familias de linaje noble, que eran las causas de abiertas disputas y luchas, y de enquistados enfrentamientos, entre dos castas poderosas y de la nobleza de la ciudad, denominadas los Blancos, y los Negros, por las características peculiares de sus vestimentas exteriores, y porque los bandos y los rencillas, así como los vicios y las reyertas eran como el pan nuestro que se comía a diario entre las gentes de esa ciudad. Y se había llegado hasta el asesinato impune en sus calles, y hasta la iglesia era incapaz de atajar este cáncer que corroía los corazones y los huesos de sus habitantes.

Por otra parte, esta Pistoia del s. XIII estaba gobernada desde hacía varios años por los güelfos de Florencia, cuando en el año de 1254 la Pistoia gibelina, partidaria del emperador, fue tomada por los partidarios güelfos del Papa y los de Florencia, dividiéndose estos pronto, y a su vez, en dos las facciones: La Blanca (Los Bianchi), y la otra facción, los Neri (o Negros) que se disputaban todo lo que flotaba en la superficie de la ciudad toscana.

Estas familias, ricas, poderosas, orgullosas de su linaje antiguo o legendario, se disputaban poder político, económico, fama, gloria, riquezas, prebendas, y también ser la familia más ferviente, y devota de la Virgen María, a la que se hacía loor de poéticas alabanzas y fascinantes donaciones en capillas eclesiales o en bonitas ermitas.

Pero con eso la encarnizada pelea entre ellos no menguaba, sino que cada día se aumentaba con nuevas riñas y conflictos de todo tipo. Y hasta se llegó al orden del día, con furtivos crímenes, malheridos y discusiones que dieron pie a que el oído y las venganzas circularsen por la ciudad, sin que

las autoridades del gobierno, pudiesen a veces hacer nada que fuera decisivo para erradicar ese peligroso y complicado conflicto ciudadano.

Por eso no es de extrañar que Dante Alighieri en su Divina Comedia mencionara a Pistoia como una ciudad libre, pero donde uno de sus gobernantes, Vanni Fucci, lo pusiera en el Infierno, enmarañado y atado con un nudo de malignas serpientes, mientras maldecía a Dios, y hasta Miguel Ángel denominó a los pistoieses como “enemigos del cielo”.

Pero la historia además de estar forjada a través de los tiempos, de la grave enemistad de disputas y discordias entre estas dos Casas señoriales, conflictos entre la familia de los Negros y la de la estirpe de los Blancos, va a tener otras derivadas que iremos viendo luego.

Ya el nombre de “Pistoia” viene de aquellas dagas o puñales finas, denominadas “*pistole*”, armas atractivas y cautivadoras pero, a su vez, temibles, escalofrantes, fabricadas allí mismo en la mencionada urbe, en unas fábricas o talleres industriales donde hubo siempre forjadores especialistas en estos mortales instrumentos, pero también en otros aparatos más beneficiosos para la salvación del hombre como eran utensilios quirúrgicos que exportaban al resto del orbe conocido.

Mientras los conflictos, peleas y reyertas, y otras maldades, se entablaban entre estas dos familias de la ciudad de Pistoia, y entre sus miembros, sirvientes y llegados a ellas se vengaban, se herían y hasta se mataban unos entre otros, vivían o malvivían también en algún lugar apartado a dichas mansiones y palacios, unas gentes más sencillas y humildes, casi unos pordioseros que vivían, mejor malvivían, en viviendas y casas cuyas habitaciones no eran tan hacendosas y nobiliarias, sino rústicas, pobretonas y de alejado barrio.

Un día del mes de mayo, ya cercano el verano, ocurrieron ciertos acontecimientos en aquella ciudad italiana, del Medievo italiano, donde se establecieron hacía varios meses, tres jóvenes seres, procedentes de las cercana Florencia, dos eran hermanas y el muchacho, de nombre Marino, era un pariente de ellas, y los tres se habían escapado de unas pestes malignas que asolaron por aquel entonces la Toscana, y donde habían muerto sus padres como consecuencias de las dichas enfermedades, hambres y penurias. Allí en Pistoia habían sido acogidos por un familiar de

Marino, un tío lejano llamado Ambrosio, en un hogar pobre y medio ruinoso, y los muebles medio destartados.

Y aquellos tres personas, desconocidas para la mayoría de los habitantes de la ciudad de Pistoia, Marino, el joven ya mencionado, y dos muchachas mujeres procedentes de los alrededores de Florencia, llamadas Lucía y Albita, y el joven muchacho llamado Marino, se encontraban buscando ciertos trabajos agrícolas, industriales o mercantiles, o para lo que se terciase o fuera menester.

Pero, había un misterio en sus vidas, que iban a guardar, en principio, un secreto sobre sus identidades verdaderas, e iban protagonizar una historia peculiar y original, que solo se podían contar a mentes de confianza, abiertas y sin escrúpulos morales, porque una apuesta, una fatal partida, que luego detallaremos, como un presagio antiguo, a lo que los romanos eran muy acostumbrados en otros tiempos, llevados allí por el mismo juego de quién era el más listo o el más capacitado para salir de unas situaciones adversas o peligrosas, se enredaron en ello, y esa postura y envite, les haría cambiar sus vidas para siempre.

Y medio en serio, y medio en bromas acordaron hacer una apuesta que a nadie otro se le ocurriera. El último que perdiera la apuesta se tendría que meter monje o monja del convento franciscano que hubiera cercano y fácil de encontrar en la región de la Toscana. Y aunque sabían que todo ello no era muy común, y menos muy acorde con un sentido cristiano, donde el delito civil y religioso, lo importante al principio era pasar bastante desapercibido.

¿Cuál era el atrevido o siniestro plan trazado por ellos? ¿Qué oscuro objetivo estaba en sus mentes realizar? ¿Cómo lograrían su propósito, si ello lo lograsen alcanzar? ¿No sería una estupidez sin sentido jugarse la vida por nada?

¿Pero, qué valor tenía su vida, una vida errante, malvivida, casi de indigencia total, y absolutamente faltos de recursos de todo tipo?

Sus edades eran las siguientes: Las hermanas: Lucía tenía 17 años y Albita 20 años, y el hombre, su amigo de toda la vida, Marino, que tenía 23 años.



Marino era un hombre que parecía mayor para su edad quizás por haber estado curtido por el sol en las tareas agrícolas que había desarrollado sin descanso hasta la fecha. Su estatura era de un gran mocetón, ojos azules, y pelo largo y rubio semejando al trigo del campo, por lo que era muy difícil de encuadrar en una región donde lo que prevalecía era lo moreno, por eso se comentaba que era fruto de la unión de algún varón proveniente del norte de Europa, algún peregrino de Alemania o de Inglaterra, que se hubiese detenido en la Toscana. De blanquecino semblante por más que el sol le tostase la cara con sus cálidos rayos. Era un joven fogoso, intrépido y nada se le ponía por delante, como hasta aquel toro que le embistió en una feria y del que supo salir airoso.

Una tarde del mes de Julio, cuando la canícula era más asfixiante, larga e insoportable, dieron en hablar para entretenerse en cómo sería la relación más atrevida y sensual entre un chico y dos chicas, como ellas, teniendo una relación doble entre ellos, y habiendo más que afectividad, compañerismo o platonismo, algo más directo, un apasionado con sexo más que amor, algo mejor que un sentimiento y una emoción, es decir, qué podría suceder si entre ellos, tres personas, una masculina y dos femeninas, existiese una relación física y carnal a tres bandas, y donde los sentimientos y el amor si afloraban y se manifestaban serían pasajeros. Pero, la apuesta fue ya allá de unas palabras, y se echó por todo lo alto. La relaciones entre ellos entraron en una vorágine de placer, sexo y deleite mutuo, sin saber las graves consecuencias que ello les acarrearía a la postre.

Y era el alma el que sentiría ese panorama, esa inquietud del espíritu. Un juego a los dados del que luego es difícil salir, volver al primitivo estadio de inocencia, serenidad y fe en uno mismo y en los demás.

Aquella que quedase la primera embarazada del muchacho Marino no era suficiente, porque además de nacer la primera criatura, esta tendría que ser un varón para así ganar la apuesta. Parecía un juego sencillo para los tres, pero todo se iría complicando con el paso del tiempo. Y si ambas parían hembras la apuesta caía del lado de la más primeriza. Lo mismo que si ambos eran niños varones, el primogénito ganaría aquello que era más que un juego amoroso. Y para que no hubiese peleas entre ellas, cual un harén de Bizancio, el joven Marino dormiría con ellas, alternando cada semana con una chica distinta. Y como ellas estaban en edad de padecer amores y aventuras, y tener embarazos deseados o no, todo parecía ir bien al

principio de estas calladas y sigilosas aventuras, y muy misteriosas relaciones, cuando todo el mundo creía que aquel hombre era como de la familia, es decir, un hermano para ellas, o un pariente cercano de ellas, y que las relaciones sexuales no entraban en los presupuestos de nadie, o no eran supuestamente muy convincentes o esenciales para casi nadie, por una razón de familiaridad o parentesco.

Pero he aquí que todo cambió cuando ellas ya preñadas conocieron a otros sendos muchachos de la región toscana que se hallaban por aquel entonces trabajando en Pistoia.

Lucía era más hermosa y guapa que su otra hermana Albita, la mayor de ellas, de la cual sentía involuntariamente ciertos celos y envidias porque el carácter de esta última era más afable y jovial, era más simpática. Lucía quería que su hijo fuera el primero, y varón por supuesto, para vencer a su otra hermana. Las dos hermanas eran diferentes, y quizás contrincantes en estos menesteres, sin quererlo en el fondo.

Lucía tenía la virtud de ser muy abierta, sincera, demasiado franca a veces, que hería sentimientos casi sin quererlo, y el pecado de ser muy presumida, testaruda, y con un fondo de ambición por escalar en las esferas sociales, y con ciertos aires de rencor en determinadas situaciones, en fin, una persona bastante irresponsable, amén de querer hundir, o estar por encima, a los que vivían con ella. Era una mujer de cara redonda, de mirada algo traviesa, y de hablar y decir palabras amargas, de voz poco nítida como impostada. Sus ojos de color aceituna clara, y su cuerpo era gentil pero sus composturas le hacían parecer menos agraciadas de lo que aparentemente era a la vista.

Albita, en cambio, de carácter más recatado y sencillo, y de un comportamiento más modesto y humilde, con un sentir más melancólico y triste. Era, de esa manera, más dulce y dócil con sus allegados más próximos, a diferencia de su hermana menor que era como más altiva y prepotente. La cara de Albita era más angelical, de rasgos faciales alargados y con cierta estilización, pues la sonrisa corría por ella con naturalidad, y hacía que su tez morena estuviera más sonrosada y alegre. Tenía a su vez unos bonitos ojos verde oscuros, que le daban mirada y silueta de princesa sin serlo. En el andar se le notaba cierto aire de grandeza, y aunque esta tuviera oculta una actitud más benévola, fresca y

juvenil, pues quería vivir, en cambio, fuera de mirones, de incautos o atolondrados personajes del tres a cuarto, que solo le reportarían males y vergüenzas innecesarias. Por lo tanto su prudencia y discreción estaban en correspondencia indirecta con su otra hermana, Lucía, que era más pueril, más alocada, más insensata, y por ende, más vanidosa.

Marino, la tercera pieza del puzzle, trabajaba ahora a destajo en un taller de forja donde construían ciertas armas, dagas, espadas, e instrumentos metálicos de variada índole como material quirúrgico. Allí había conocido a algunos amigos de no buena compañía, y de mala calaña. Su ingenio en estas lides manuales le había ido llevando a fraguarse un ascenso y cierto prestigio en la profesión, y a tener a las dos doncellas, a las que había dejado embarazas con consentimiento mutuo, en ascuas y expectantes, y donde la ganadora de la competición se casaría a su vez con el flamante varón ganador.

Pero he aquí, que actualizando el mensaje, el hombre propone, el diablo dispone y el Dios pone a cada uno en su sitio.

Y así ocurrió, que las jóvenes muchachas se iban cansando del varón semental, peo de un hombre que en el fondo las protegía, que su vez tenía sus propios problemas en el trabajo y en la comunidad. Y pronto ambas mujeres a pesar de su estado de gravidez, comenzaron a mirar con buenos ojos, sobre todo la pequeña Lucía, a determinados amigos o amigotes que Marino llevaba a casa después del fatigoso trabajo. Y mientras unos días ellos bebían sin ecuanimidad y precepto, y charlaban animosamente de mujeres, chanzas y correderías diversas, ellas se fueron contagiando de las juergas y divertimentos entre ambos sexos, y los enamoramientos comenzaron a brotar en sus corazones, sin saber todavía los jóvenes mancebos que las mujeres estaban en estado de preñez, y porque además suponían a Marino que su relación respecto a las jóvenes doncellas era como un buen hermano, o un familiar cercano, que cuidaba de ellas con esmero y buena disposición.

Lucía, la menor de las dos hermanas, se decantó por seducir y estar con Sigeto, un chico alto, fuerte, cara morena y redonda, y bien conformado en músculos y destreza varonil, de veinte años de edad y original de Pisa, que se encontraba de paso trabajando la piedra y el mármol en el taller de Domenico Escanzzì, un escultor de la ciudad por aquel entonces. Pero la

relación entre ellos no funcionaba bien, y los encuentros eran muy superficiales y distantes.

En cambio, Albita la mayor, se dejó seducir, sin ella estar enamorada, por Nicolo Fasetti, un joven de unos veinticinco años, de estatura mediana, serio y de ojos pensativos y huidizos, de cabello castaño y el pelo lacio, ojos verdosos como el aceite de oliva, de cara ovalada y tez blanquecina, así como de facciones que tendían a ser demasiado expresivas, como si fuera un alma siempre aventurera, por sus modales de curiosidad y expectación desconocida.

-----

Había otro joven pretendiente de la joven Lucía, cuyo nombre era Alberoni, que intentaba seducir y conquistar a la muchacha. Es un joven difícil, brusco y descortés, que pronto se enemista con Marino, porque ambas trabajaban en la fundición metálica. Su fingía amistad de los inicios se convierte pronto en desconfianza y distanciamiento. Se llega a un enfrentamiento posterior porque Alberoni es muy envidioso y soberbio, lo que ha generado celos por la joven Lucía, y envidia por el ascenso de categoría de Marino. Y porque él era menos experto y menos hábil en la fragua y en la confección de la forja de armas. Sus primeros enfrentamientos luego generan riñas y peleas como consecuencia de estar considerada Marino, un recién llegado a la forja, mejor considerado que Alberoni, más mozarrón, salvaje, díscolo y problemático que el resto de compañeros. Por lo que se crea una enemistad que dará pie a graves consecuencias posteriores.

Un día a la salida del trabajo ocurre un grave incidente porque Alberoni acusa a Marino de querer robarle un aparato con que se pulían los cortes de dagas y puñales. Tiene lugar una feroz y encarnizada disputa, con presencia de dagas y navajas, y si no llega a salir el jefe del taller, don Pascuale, la situación habría sido allí misma de vida o muerte.

Alberoni enterado por confidentes enemigos de Marino, y sabedor, de la apuesta que mantienen Marino con las mujeres a las cuales ha causado la preñez que ya comienza a notarse, lo denuncia a la justicia y le acusa de bigamia, y posible incesto, pues le creían hermano de las jóvenes Albita y

Lucía. Días después del grave incidente a las puertas del taller, tiene lugar otra grave confrontación, primero con fuertes voces, insultos, desprecios mutuos e injurias recíprocas, y esa disputa se convierte pronto en un duro y sangriento enfrentamiento entre ellos, y el que recibe la peor suerte es Marino que resulta gravemente herido, con una de esas dagas con que ellos mismos fabrican. Los enfrentamientos primitivos derivan pues de las envidias y las injurias, en odios, rencores y las venganzas.

Ello hace huir a Marino que se refugia en un Convento franciscano con sus heridas a flor de piel. Luego es perseguido por la justicia y los aguaciles a través de montes y campiñas. En su huida precipitada se despeña por entre las rocas de una montaña, y muriendo cuando intentaba conseguir y alcanzar una ermita situada en la cima de un monte.

Albita, que apreciaba en el fondo a Marino más que lo hacía Lucía, había seguido el curso de la pelea con impotencia y resignación, pues no había sido capaz de frenar la terrible lucha entre ambos contendientes, y había ido en su búsqueda sin lograr conseguir el objetivo de salvarle la vida.

La bella y dulce Albita regresa a Pistoia, después de unos días de seguir el agónico sufrimiento de joven muchacho al que quería sin llegar a estar muy enamorada de él, a pesar de padecer esas grandes penurias, y con la trágica sensación de un dolor que solo lo mitigaría el tiempo, tras los fatales acontecimientos surgidos. Y se dirige al final, maltrecha, triste y apesadumbrada, a la casa donde vivían y residían Lucía y ella, cuando eran felices con el pobre y malogrado Marino. Pero se encuentra que su propietario, el dueño de la casa, el señor Ambrosio, viendo el cariz que habían tomado los dramáticos y tristes acontecimientos, había vendido la vivienda a unos comerciantes para almacenar lana.

Pero, anteriormente, ¿cuáles habían sido los lugares de trabajo de estas jóvenes mujeres que procedían de Florencia, cerca del Fiésole, y que habían abandonado dichas poblaciones, a raíz de una de esas malignas pestes que asolaban de vez en cuando la región?

Habíamos dicho la situación profesional o de trabajo del infeliz Marino en el taller de la fundición de metales de Pistoia, y su trágico final.

La joven doncella Lucía había buscado trabajo agrícola pero no lo había encontrado, por lo que al final entró de sirvienta en el Palacio de los

Señores de los Neri, donde el noble Ricardo era el patriarca de la Casa Señorial. A los pocos meses de asentarse allí, ella, muy astuta y sagaz, como una locuaz y versátil sirvienta doméstica, logró ascender a la categoría de camarera de los Señores, por su belleza y aparentemente cortesía, por su descarado fingimiento como una excelente actriz de comedia y de la farsa, hasta acceder a mejores puestos del Palacio, como era también servir a la mesa, en los almuerzos y comidas, a los señores de la Noble Casa de los Negros.

Fue allí donde Arnaldo, uno de los hijos de la nobiliaria familia de los Neri, se fija primero en la distinción y amabilidad que surgía de ella, y esta a su vez hace que él vaya contemplando la belleza y predisposición social de la novedosa muchacha, y luego, poco a poco, se vaya enamorando de su persona, ocultándole su preñez todo el tiempo que pudo, y consiguiendo con astucia e inteligencia, acostarse con él en secreto en varias ocasiones.

Aí pues, todo coincidió, por parte de ella, con la disimulada gestación del embarazo, pero, para entonces nada se podía suponer, ni presumir hipotéticamente, sobre la autoría de la criatura, o de quién podría ser la concepción natural de esa supuesta preñez en la joven Lucía. Solo ella sabía de quién había concebido el ser que llevaba dentro de sus entrañas.

Cuando posteriormente los hechos se descubran irremediamente porque el embarazo ya esté avanzado, la misma intrigante y avispada Lucía, hace creer a todos que la paternidad de su criatura, - falsamente adjudicada porque en una mujer el engaño le puede resultar beneficioso -, era la del propio Arnaldo, su amante, y luego, por el buen nombre del linaje y estirpe de la familia deciden adoptar lo que venga después del parto. Después de allí al casamiento de Arnaldo con la joven Lucía no habrá más que un paso, y este vendrá tiempo después con la mayor naturalidad.

Porque las noches de pasión vividas posteriormente con Arnaldo podrían suponer que el futuro ser pudiera ser suyo, aunque las cuentas bien hechas no cuadraran al respecto. Y así cuando nazca un varón le pondrán de nombre será Poliziano. Y un día será llamado Poliziano Neri. Pero, como las luchas y discordias, y crímenes diversos estaban al orden del día, eso sería una minucia en el devenir de esa familia, amén y además, necesitada de nueva sabia y de nueva prole y otros nacimientos para engrosar su corte.

La historia de su otra hermana, Albita, ahora enemistada con Lucía tras los aciagos acontecimientos vividos tras la muerte de Marino, de quien hasta las piedras se habían olvidado, y solo perduraba en Albita un grato recuerdo, un sincero sentimiento de aquella gran amistad, buena amistad que todavía llevaba en su corazón la gentil Albita, quien se había mostrado más amante y querida por el pobre Marino que su otra hermana, que le había olvidado a los primeros problemas de cambio, a pesar que en su vientre podría llevar también, pero eso claro, solo ella lo sabía, un hijo del difunto Marino.

La conllevada apuesta, aquella siniestra y disputada competencia femenina, había derivado en agua de borrajas. Aquel oscuro y desquiciado juego, aquel lóbrego sueño de juventud, como un capricho del destino, como si el mismo diablo apostase su inquina alma con los fatídicos dados del azar, a un desdichado viajero que pasa unas horas infeliz y descuidado por su mala fonda de muerte, o mesón con el símbolo de una fútil calavera, así, pues, aquella desgraciada pugna maternal entre las dos hermanas, ocurrida hace un tiempo, y que ahora ya estaba muerta, pues yacía como el demonio, sin alma ni corazón, y que juega siempre a ganar con los dados marcados. Una apuesta femenina que ahora dormía en el limbo de los justos, con gran indefensión y sin decidida orientación final, un desgraciado desafío sin una mínima solución a su dudoso porvenir en ciernes. Los tiempos cambian que son un primor, y las hermanas habían cambiado más que nadie tras sus embarazos respectivos.

Ella, Albita, sí sabía de verdad, que el fruto de aquella unión había sido un embarazo al principio querido y consentido, con el propio Marino a quien la mala suerte le persiguió en los últimos días de su existencia.

Ella no renegaba de su futura criatura, pero no podía dar a conocer quién era el verdadero padre de ese extraviado fruto, por temor y por miedo a que una delación más profunda de los hechos acaecidos con anterioridad acabase con sus huesos en prisión, y con sus pequeños sueños rotos de por vida.

Así que cuando tuvo la oportunidad de entrar en la Casa de los Bianchi, de la brillante y flamante familia de los Blancos, cuyo Jefe era Stefano, ella no dudó en hacerlo, por lo menos así se aseguraría una atención más

primordial sobre lo que naciera, con una probable manutención y cuidados sobre el bebé que estaba en camino, si Dios lo quería así.

¿Y cómo había podido la humilde Albita entrar a formar parte de la Noble Casa de los Blancos, pasando por la dura e imprescindible autoridad del Jefe de la saga nobiliaria, del cauto e inteligente patriarca Stefano, tan meticuloso y precavido en todas las cosas que hacía?

Fue un día de madrugada, tras aquellos trágicos acontecimientos vividos en aquellos dramáticos días que acontecieron con la muerte de Marino a manos del loco y brutal Alberoni, en los que la pobre mujer, Albita, recogía sus enseres y cosas propias que poseía de la vivienda que había habitado, ahora al tener que abandonar la casa, al venderla el propietario, señor Ambrosio, a unos comerciantes de lana y tejidos de la seda. Y así fue cuando el destino obró una situación inesperada para la joven florentina, que cambiaría la vida de la pobre muchacha. Y todo surgió con un ocasional encuentro entre la desdichada Albita y una hija del magnate Stefano Bianchi, llamada Margheritta.

Margheritta Bianchi, una hermosa doncella, inteligente y laboriosa mujer, estaba buscando una mujer que supiera bordar telas y tejidos, y que le acompañase cuando comenzara a bordar un gran mantel de seda que estaba dispuesta a regalar, en secreto, a su padre el patriarca Stefano, por su cumpleaños cuando acaeciese en la estación del próximo otoño, y como el tiempo le acuciaba buscaba además una buena seda en aquel lugar que le habían hablado, y que era ahora de unos comerciantes venecianos, y si podía además obtener los servicios de una buena mujer que le ayudara en esos menesteres de tejer y bordar, oficios que algunas mujeres tenían la fama de ser muy diestras y habilidosas.

Había oído comentar, pues, que unos nuevos mercaderes de lana y seda, se iban a instalar en una casa que habían comprado en las afueras de la ciudad de Pistoia para acoger no sabía si un almacén o un nuevo taller con oficios para curtir lana, o fabricar buena seda. Esperando que ellos tuvieran buena mercancía, o que se pudiera hacer con telas de seda del próximo oriente, y fueran estas de máxima calidad y confianza, se encaminó la bella noble de los Bianchi, hacia aquel lugar, con la esperanza de encontrar excelente seda, y si los mercaderes le podían decir, o indicar, una persona que hilase y bordara con suprema maestría las mencionadas telas.



Cuando la bella noble dama llegó al lugar que le habían indicado, acompañada por una vieja dama de honor llamada Constanza, y dos sirvientes soldados, se sintió descorazonada y frustrada porque ella no pensaba encontrar un taller o vivienda en esas condiciones, y todavía sin reformar.

Llamaron a la puerta principal de la vivienda, y dentro la gentil y pobre Albita, se asustó por unos momentos, pues a pesar de que los nuevos propietarios le habían dejado unos días de más para trasladarse a otro lugar, no esperaba a nadie en aquellos momentos en que se disponían a recoger todo y a buscar trabajo ya en el cercano campo ya en la ciudad.

Margharitta, viendo con sus vibrantes ojos azulados como de un fino lapislázuli turco, la tardanza en abrir el portón de la casa, se atusó mientras tanto con sus blancas y largas manos femeninas su largo y elegante cabello rubio, tan dorado como el oro de las arcas que su rico padre mantenía por fortuna en los bancos de su propiedad, más que el dorado de los trigos de los cercanos campos toscanos. Y todo ello era verdad, pues su madre, Catherine de Suabia, procedía del norte de Europa.

Cuando la gentil doncella abrió la puerta para atender la insistente llamada, unas dobles e ingenuas miradas se cruzaron por un instante como si el suave viento de la mañana se posase delicado e huidizo en sus pieles desnudas y frescas de las dos jóvenes en la flor de la vida.

Fueron como esas rápidas y sensuales miradas que dejan con el paso del tiempo el recuerdo de un próximo acontecimiento venidero que cambiara sus vidas, sin saber en ese instante feliz cómo sería el porvenir, ni el por qué de esa grata visión mutua, pero que aquello perdurará en la memoria y en el tiempo.

Para una persona ajena a lo que está sucediendo, para alguien que no conoce los entresijos del amor, aquello podía resultar un encuentro anodino sin más. Pero, para dos almas, para dos mujeres, que se encuentran desnudas e indefensas ante lo que se le avecina sin sospechar nada de lo venidero, que les sorprenden el inédito encuentro como sorprende una tormenta al viajero en medio del campo una tarde de verano con nubarrones en el cielo, todo resulta transcendente cuando el dios Cupido se imponen a las musas de la mitología.

Y así sucedió sin más cuando se entrecruzaron los ojos femeninos de ambas jóvenes.

- Hola, ¿qué quiere Ud. a estas altas horas de la madrugada, cuando aún el sol no calienta la faz de tierra con su amarillo de esplendor?
- ¡Buenos días, soy Margheritta Bianchi, y quería comprar varias telas de seda para hacer un juego de bordado para una mesa! ¿Puede Ud., señorita, atenderme, por favor ¿Dónde están los señores comerciantes de que me han hablado?
- Perdona, Señora, yo no soy la sirvienta ni la criada de esos amables mercaderes que están instalando en Pistoia este puesto de venta de telas.
- Entonces, ¿quién es Ud.?
- Yo, yo soy... Bueno, ya me iba, me tengo que ir...

Entonces de súbito, afloraron a sus caras una nueva pigmentación, se sonrojaron de un rosa pálido en una, y de un rojo carmesí en la otra, sin saber el por qué de estos conmocionados estímulos sensoriales.

Como un grato escalofrío mutuo, como de sendos acordes musicales que suenan solo en el interior de uno mismo, y que nadie puede escuchar tras la fina piel de las personas, así recorrió sus entrañas femeninas un fantasma incapaz de hacer presumir su irresistible e invisible fuerza.

- Pero, esperen unos minutos que los señores no tardarán en venir. Siempre suelen estar aquí cuidando su negocio hacia las ocho y media de la mañana.
- ¿Y no podemos ir viendo las telas y los preciados paños que se envuelven en esos singulares rollos?
- Creo que no tendrían objeción ninguna por parte de ellos. Yo no sé de precio, ni de calidades, y menos de como es el valor de estos objetos ni su procedencia... Yo solo aprendí a bordar cuando en mi adolescencia mi nodriza, Gerthu, me enseñó a hacerlo, pues ella era costurera en la ciudad de Fiésole, en una aldea cerca ya de Florencia.
- ¿Y sabe Ud. bordar con hilo de seda? – le preguntó toda entusiasmada Margheritta Bianchi a la pobre y sencilla Albita.
- Pues, en estos momentos me voy a ir a buscar trabajo y una casa que me acoja por un tiempo. Perdona, tengo varios problemas que me urgen.

- M cae Ud. muy bien, señorita...
- Me llamo Albita, y ahora, perdonen, pero me tengo que ir enseguida.
- Espere, por favor, unos momentos, Constanza, dile a esta señorita donde está nuestra casa. Creo conveniente que si puede hoy mismo se dirija hacia allí.
- Tenga señorita Albita, la dirección de mi señora. Venga hoy mismo a las doce de la mañana. El almuerzo lo hacemos a la una de la tarde. Mi señora se enfadaría muchísimo si no fuera esta mañana por allí. Por favor se lo ruego, acepte esta invitación. Pregunte por Margharit.

Cuando Albita salió de esa casa, esa vivienda que había sido su hogar durante un tiempo, un tiempo triste, pensó, que tal vez el refrán tuviera razón ese que dice que cuando una puerta o ventana se cierra, otra se abre de inmediato. Luego, se imaginó que el encuentro fortuito con aquella gentil dama de la sociedad, tal vez, podría abrirle un nuevo camino. Quizás el porvenir era malo, aciago, pero la esperanza era lo último que se perdía, y esta aun n había dicho la última palabra.

Y también, de repente sintió que su corazón palpitaba diferente a cada había despertado en esa mañana, y un semiento de intimidad y reciprocidad con aquella noble dama revolvía sin saber el por qué dentro de su cuerpo, cuerpo que llevaba la semilla de un varón llamado Marino, fallecido unas jornadas atrás.

Donde fuera estaba dispuesta a decir la verdad. Estaba encinta, y pronto no podrá ocultarlo a los ojos de nadie, ni de esa dama llamada Margharitta.

Solo el ama Constanza, y la misma Margheritta, sabían la naturaleza que el cielo le había dado a la dama de los Bianchi, y ni aún su mismo padre era sabedor de la condición tan especial que moraba en el interior de aquella hermosa dama.

Por o cuando a las doce del mediodía la humilde y sencilla mujer se acercó a las puertas brindadas por el hierro y las enormes piedras de mármol que adornaban aquel palacio de la familia de los Bianchi, una especie de corazonada, como uno destello de luz vibrante inundó de fuego y de pudor las mejillas de la joven doncella.

- Me dijeron que preguntara por Margharit, por favor.
- Es Ud. la mujer de la seda. De los bordados de seda – preguntó unos de los soldados guardianes del enorme palacio ducal.
- Sí, efectivamente yo soy.
- Pase y espere en aquella dependencia del fondo.  
Albita, tenía el alma en un puño. Mitad estaba contenta de poder encontrar trabajo. Mitad estaba con el ánimo en danzas desconocidas.  
Esperó durante unos diez minutos, y luego vio aparecer a la dama de compañía de la elegante dama, hija del patriarca de los Bianchi.
- Tenga la bondad de acompañarme hasta la cámara de la hermosa Margharit – como la llamaban en el interior de la casa. Aquí en estas estancias la paredes oyen, las velas escuchan, los tapices hablan y los cuadros de pintura observan. Acompañeme, por favor.

Rápidamente llegaron al cuarto de estar de la bella dama, quien le recibió con una sonrisa ya en sus labios, y una cara curtida de blanco por varios masajes y coloretos femeninos al uso.

- Esté Ud. tranquila, Albita, verdad. Aquí no le pasara nada. Descuide, mi padre es muy fiero, salvaje y muy terco con algunas personas, pero con mis amistades es un ferviente santo, muy disciplinado y honesto. Nada nos ocurrirá. Hable con total confianza. Yo haré lo mismo.
- Ahora me siento mejor. Los guardias imponen un poco – contestó Albita haciendo de su tripas corazón.
- Hábleme con confianza, Quiero que me sirva solo a mí. Quiero que entre formar parte de mi servicio personal. Es Ud., me dicen, una entendida en cuestiones de costuras de seda. Es una de las cosas que más busco.
- Yo querría decir en un primer momento, y antes de entrar en detalles, que mi estado es muy diferente a las demás mujeres en este momento. Llevo dentro de mí un hermoso fruto que está marcado por el centro de la Constelación de Orión. Su padre ha muerto y yo tengo la responsabilidad de sacarlo adelante y de cuidar de ello. Llevo conmigo un ser, que se ilumina con intensidad igual que cuando las luces brillantes del resplandor solar ilumina las pequeñas

pelusas sonrosadas de la piel desnuda de un sabroso melocotón de las huertas del río Arno.

- Veo que u secreto es el misterio de una vida por venir. No debes preocuparte por ello – le respondió la dama de los Bianchi. Aquí en mi casa y en esta instancia estarás a salvo de habladurías y chismes. Mi madre es ya mayor y pasa de estas cosas. Mi padre me adora y hace lo que yo le digo.
- Pero, la situación en Pistoia no es buena, eso dicen toda las lenguas – dijo algo apenada y con voz entrecortada la joven Albita.
- No debes hacer caso a todo lo que digan por ahí. Las disputas siempre han existido, desde tiempo inmemorial, y por eso Pistoia no ha dejado de existir. ¿Verdad? ¿No lo crees así?
- ¡Sí, sí, pero tenga en cuenta que me hallo en una situación de desamparo, de desprotección para mí y para lo que venga!
- ¡No te preocupes, te vuelvo a decir y a recordar! En esta asa estarás segura, protegida y amparada. Te lo prometo – dijo mientras sonreía muy sensualmente a la joven que se tranquilizaba a pasos agigantados. Está bien cerrada la puerta, y el ama Constanza es de mi más absoluta confianza. Sabe mejor de mi vida que yo, y son mis ojos en la sombra y mi luz en las tinieblas.
- Muy bien. ¿Y ahora dígame que es lo que pretende de mí? ¿Qué es lo que solicita de mis servicios?
- Es Ud. una mujer muy inteligente, y creo que muy sensible por sus palabras antes pronunciadas. Si Tú, perdona que te tutee, tienes un secreto con el fruto de tu vientre, yo tengo otro tan interesante y misterioso como el tuyo. Si yo te prometo guardar tu secreto, tú, por favor haz lo mismo con el mío, ¿Lo harás de verdad, por favor?
- Creo que en la mutua confianza está la fe y la esperanza de la personas. Si tú me guardas y me proteges, yo haré lo mismo por los días de mis días.

Y acercándose íntimamente, con pasos delicados y seguros, cerca de donde estaba el cuerpo de Albita, con su cara sonrosada que parecía una manzana madura, con sus ojos saltones y brillantes que parecían dos luceros en medio de la noche, con la ternura de un amante hacia un ser amado, le susurró al oído mientras sus cuerpos se acercaban a un tiempo con descaro y delicadeza.

- Te han dicho Albita que eres muy guapa y bonita. Gentil y primorosa. Que tus ojos despiden bondad y sinceridad. Que de tu cuerpo salen nuevas energías cargadas de etéreas y copiosas lluvias que eclipsan hasta la misma luna cuando duerme bajo las numerosas nubes ennegrecidas por los vientos del mar. Y te digo unas palabras inspiradas en un poeta árabe, puestas más o menos en mi boca: “Ebrio se puede quedar mi cuerpo y mi alma con las ansias de ser otra, sin haber bebido el dulce vino de la salud y de la risueña viña del campo con sus brazos extendidos al viento, muy feliz y contenta. Ebria quedé sin haber bebido el vino que los dioses agradecen a los mortales. Pero me embriagué con el aroma de tu piel desnuda, (en estos momentos le da un suave y tierno beso), y me embriago feliz y contenta con el licor de tu saliva”.

Cuando estas palabras fueron terminadas de decir, y boca con boca se acercaron con un nuevo misterio de placer, cosa que a las dos resultó agradable y venturoso, quizás, en una por la novedad del acontecimiento inesperadamente surgido, o quizás, en la otra por la clara sensualidad que irradiaba ese momento, lo cierto es que cuando quisieron darse cuenta se hallaban dándose la mano como si se conociesen de toda la vida.

Y a esto diré algunos versos de mi propia cosecha:

“Para ti, gentil Albita,  
tu Luna tiene el fruto de los sueños.  
Para ti, honorable Margharitte,  
tu Palmera da los mejores dátiles del amante pensamiento”.

Y así comenzó esta relación secreta y discreta entre ambas mujeres, una necesitada de doble amor, y la otra de que el dios Cupido siempre tuviera presente en sus ruegos a la poetisa griega Safo de Lesbos.

Había nacido una nueva dama de honor, doña Albita, que pronto con la ayuda de Margharit daría a luz en Pistoia una hermosa y esbelta niña, y a la que por mandato y orden de la hija de Stefano Bianchi, la propia Magharitte, no tuvo el Noble Patriarca inconveniente alguno en adoptarla y llamarla de ahora y para siempre Aretina Bianchi.

\*\*\*\*\*

Como resumen tenemos a Ricardo, el padre y jefe de la familia de los Negros que ha acogido en su Palacio de Pistoia a Lucía, por orden de su hijo, Arnaldo, que se había enamorado de ella. Lucía tiene un hijo de su preñez o embarazo, en gran porcentaje hijo con el malogrado Marino, pero al que todos reconocerán como de Arnaldo, al que le llamarán Poliziano Neri, que querrá ser un artista, un pintor afamado en uno de los talleres pictóricos de la ciudad. Una ciudad que se iba rodeando de una fuerte y sólida muralla, en forma de diamante, que culminará en el siglo XIV, con un centro histórico de primera categoría, en donde convergen los monumentos, iglesias y palacios, que son la expresión de la belleza unida a un preclaro poder, sabiduría e inteligencia, de una emblemática población, capaz de lo más bueno o sublime, y de los más malo o rastroso, y que reúne en su Plaza del Duomo, lo más selecto y distinguido que poseen las autoridades civiles y religiosas.

Por su parte, Albita, ahora acogida en la familia contrincante, la de Stefano de los Blancos, y que tras un encuentro fortuito con una de las hijas del Señor, llamada Margherit para los propios allegados de la familia, es también acogida y adoptada por Los Bianchi. Y así como hemos visto, la hija de Stefano, Margarita, se enamora de la belleza, simpatía y carisma que tiene Albita, a la que hace, posteriormente, su dama de honor. Cuando nazca una niña de la preñez de Albita adoptará el nombre de Aretina. Y que con el paso del tiempo será conocida como Aretina Bianchi, obteniendo el apellido familiar de los “Blancos” como era lo querido a su vez, por su hija Margheritta.

\*\*\*\*\*

Pasado un largo tiempo, en donde las luchas y trágicos acontecimientos no habían disminuido de tono ni de fuerza, pasado un periodo de tiempo histórico en el que son definitivamente reconocidas como miembros de hecho de cada familia contrincante las dos criaturas provenientes de aquellas dos hermanas conocidas por los nombres de Lucía y Albita.

Han pasado dieciséis años, la misma edad que tienen ahora aquellos dos seres nacidos por entonces, uno masculino, el de Lucía, bajo el nombre de

Poliziano Neri, y el otro de sexo femenino, y oculto tras las puertas del palacio de los Blancos, al que ahora todos llaman, Aretina Bianchi, una extraordinaria joven de una belleza sin par, alegre y juguetona, pero también caprichosa e indolente, ambos seres fueron frutos nacidos de aquellos extraños sucesos allá en la Pistoia de hace esa misma edad, cuando el malogrado joven Marino, murió víctima, quizás, de esas aciagas peleas sin sentido, e incrustadas en los huesos y en el alma de todos los habitantes de esa ciudad toscana que tomaban partido por una o por otra familia.

Y cuando el destino tome una forma imprevista, desconocida, anónima, enrevesada, si se quiere decir, cuando los hados y los dioses tomen la justicia por su mano, y decidan castigar en la ciudad tanto desorden, necedad y sinrazón, tanta adversidad y salvaje animosidad entre los miembros de esos linajes, castigando a ambos linajes añejos, y así, así irreconociblemente la historia tomará otro rumbo, una vía nueva e ignorada por sus componentes patricios, que era la de la reconciliación, una reconciliación necesaria y casi obligada, pero que llegará a destiempo, y cuando los hechos ya no sean de todo esenciales.

Y eso se cumplirá cuando esas jóvenes criaturas, esas jóvenes promesas de ambas familias, cuando fuera llegada la hora de sus cumpleaños, casi al mismo tiempo celebrado, cumplan sus dieciséis años, o sus dieciséis abriles, por la cercanía primaveral de sus nacimientos. Y porque el destino o la fortuna es así de inocente y de ciega, ambos jóvenes Poliziano de los Neri, y Aretina, la de los Bianchi, un buen día se encontrarán involuntariamente, y se enamorarán entre ellos, sin saber que sus madres eran hermanas, y su hipotético padre el mismo hombre, y acarrearán una lucha entre ambas familias, que culminaran de una forma sorprendente.

---

### **“La Fiesta de la Rosa y del Pañuelo”**

Todo estaba a punto y preparado para aquella festividad primaveral. La denominada “Fiesta de la Rosa y del Pañuelo”. El sol lucía radiante como una animada novia a punto de casarse y perder su virginidad. Las pocas nubes del firmamento apenas lucían alguna traviesa nubecilla blanquecina



y pura, que hiciese que aquel azulado cielo primaveral tuviese alguna mueca de movilidad o vertiera algún aroma o perfume distinto, diferente de otros, mecidos por las altas copas de los enormes árboles o tiesos cipreses que se acunaban cansinos al compás de las pequeñas brisas que de vez en cuando movían con sus alas de aire suavemente humedecidas por el leve rocío de la mañana.

Las colgadas banderitas y telas multicolores estaban engalanadas de colores y tonos joviales, alegres. Los músicos y bailarinas habían estado ensayando días atrás los madrigales y las canciones que iban a tocar en las gratas verbenas en honor de la Primavera.

La romería tenía lugar en el campo, en esas zonas verdes, con pequeños arbustos y flores que encauzaban los caminos hacia las afueras de la ciudad de Pistoia. La verde campiña, el altivo sol ya del mediodía animaba a todos para el almuerzo posterior. Y sería luego al atardecer, cuando los rayos solares ya no castigasen con dureza y quemaduras las sensibles pieles de los humanos, sino con alivio y dulzura en aquellos rojizos atardeceres, cuando la entrada de la noche llama ya a la sensualidad y a la animosidad a los jóvenes y a las doncellas que quieren saborear de lleno las mieles de la nacida primavera, que todos y todas la ven y nadie sabe como ha venido.

Las pandillas de chicos y chicas campan en la fiesta primaveral, ellos guardando su escogida y grácil rosa, tal vez rosáceas o de un rojo vivo, tal vez de las pocas variedades blancas o amarillas, pero cada mancebo con las suyas, que hay quien regala más de una a más de una novia, prometida o atrevida, que de todo hay en la viña del Señor.

Y ellas, más cautas, más prudentes, más sagaces y listas, esperan pacientemente como leonas acechando a sus presas en los campos africanos, el momento oportuno de lanzar su ataque, su suave pisar acolchado, casi imperceptible pero muy consistente e infalible sobre los hombres o mancebos que se creen los amos del mundo, y por eso ellas les toman por conductores de carros alados, como si fueran Ícaro y Dédalo subiendo a los cálidos confines de los cielos mediterráneos. Y ellas han bordado en silencio, casi a escondidas, esos blancos pañuelos de seda, con sus nombres en un bordadillo casi imperceptible, pero ciertamente positivo. Y no siempre la entrega es feliz, sino que muchos días de esas fiestas algunas jóvenes lo guardarán de nuevo en sus armarios particulares,

esperando otro año a que algún cariñoso o sesudo varón les haga la corte y a ellas les guste, para donar esos singulares pañuelos de seda bordados más con el corazón que con diestras manos.

Y fue así como sucedió un día en que esa Fiesta comenzaba a tomar cuerpo en la romería campestre de la Festividad de la Primavera.

El atardecer había ya reunido a distintos grupos de jóvenes mancebos, cada uno con su peculiar estilo de vida, y agrupados por pandillas, claro está de blancos y de negros, aunque en esa festividad, para romper esa agria monotonía estaba permitido en los bailes y danzas el uso de máscaras o antifaces para hacer la fiesta más divertida y jovial, por lo menos una vez al año.

Y fue así como involuntariamente, como inesperada y súbitamente se conocieron el versátil Poliziano Neri y la joven y guapa doncella Aretina Bianchi.

La noche había despegado su manto de oscuridad y oculta sensualidad. La noche había caído silenciosa, apacible, engañosa, atrevida, desplazando a luz del atardecer con una fuerza irresistible, difusa, esotérica, empujando al último tibio sol hacia los abismos de la ciega oscuridad, donde los sueños se juntan con los amores inconclusos y desgraciados, como si el músico Orfeo y la ninfa Eurídice saliesen del Averno y se dispusieran a asistir, por una sola vez felices en sus vidas, al baile y a las danzas, llenas de suaves y melancólicas melodías, teñidas a veces, de agradables y alegres compases musicales, y que ya comenzaban a tener lugar en la romería campestre de “La Fiesta primaveral de la Rosa y el Pañuelo” en la ciudad toscana de Pistoia.

Iba Poliziano Neri vestido de un elegante y corto traje de mozo palaciego, con camisa bordada a rayas amarillas y rojizas, mostrándole a sus dieciséis años todo el encanto de sus cara de sonrosada, y el desnudo y juvenil primor de piernas y brazos, morenas por una adolescencia febril y apasionada con sus juegos y aficiones por la pintura, las lecturas antiguas de héroes griegos y romanos, y la esgrima, todo ello en una singular educación clásica.

Toda la pandilla se había reunido en una de las esquinas del lado norte, estando las jóvenes doncellas hacia el lado sur, esperando que algún galán o apuesto muchacho se fuera para allí.

De pronto él apuesto y gentil noble, Poliziano Neri, se atrevió a hacerse el valiente y les dijo a sus compañeros y amigos.

- Parece que tenéis miedo a veros con las muchas doncellas, unas más guapas o hermosas que otras pero todas interesantes y gentiles que nos esperan mirándonos de reojo, allá en el ángulo opuesto.
- Pues a ver quién es el primero que rompe la lanza y se va hacia ellas – dijo Teosildo, un atrevido y diestro espadachín, compañero de faenas de la escuela de la esgrima.
- Sí, sí, eso, quién vaya hacia ellas el primero que le sea otorgado el premio honorífico del laurel y de la gloria - contestó con seguridad Tulio, el más alegre mocetón del grupo.
- Pues yo ganaré el premio, sois todos unos inexpertos y atolondrados, que bien se os da de boa decir hazañas la mayor veces infundadas sobre conquistas de damas y cortesanas. Como si las mujeres os fueran a comer vivos – respondió Poliziano lanzándose el primero hacia el lugar donde un grupo de jóvenes mujeres hablaban o hacían que dialogaban entre ellas.

Se acababa de tapar el rostro, se colocó su nueva máscara en su cara tapando ojos y cara, una bonita mascarilla dorada como si el próximo trigo del verano le fuese propicio para nuevos romances, y se dirigió impasible y seguro hacia el grupo de jóvenes damas, todas muy elegantes y ataviadas con bonitos trajes muy a la moda de aquel entonces.

Formaban un grupo como de unas cinco o seis doncellas, de edades parecidas, es decir entre los dieciséis y los dieciocho años, en la flor de la vida y de la primavera.

Una música suave, lejana, como de lamento se escuchaba entre unos y otros grupos de la fiesta. Era una triste canción que lamentaba la ida del invierno y luego, en un cambio de voces, exponía la primera llegada de la primavera a la vida de los campos. La canción era un madrigal titulado “Cuando la llegada de la primavera hace brillar los campos”, de un compositor anónimo.

El círculo de bellas muchachas, ataviadas cada una con elegantes y primorosos vestidos, bordados y costuras de exquisita factura, cada cual a más bonito y de aristocrático parecer, cada una en su singular manera de atraer a los apuestos varones allí presentes, y sus imágenes de jovencitas doncellas parecían bellos ángeles más que muchachas adolescentes.

Sus livianas y sensibles caras, sonrosadas y con lúcidos destellos de abierta y primorosa flor, tal como era su fresca y distinguida juventud aún tierna y agradable, y no algo ajada por el paso del tiempo, daban la impresión de que las apuestas muchachas, aún muy nerviosas y en estado de frágil inquietud, apenas dejaban transparentar tras las traviesas máscaras o enigmáticos antifaces, lo que de hermosas y alegres podían ofrecer a los mozos y mancebos del lugar.

Inesperadamente el joven Poliziano, observó al pasar junto al grupo de bellas damas, un pañuelo caído entre los pies de una de las muchachas. Meditó por unos momentos si agacharse y recogerlo, o pasar inadvertido por el lugar sin darle importancia. Pero él, como era un joven galante, muy cortés y educado, decidió de súbito recogerlo y preguntar de quién podía ser ese bonito pañuelo que llevaba grabadas y bordadas con gran estilo y precisión el nombre de una bella dama.

- Buenas noches, gentiles doncellas. Bellas damas de Pistoia. No hace falta que descubráis vuestras bonitas caras, dejad que las máscaras y antifaces oculten vuestros hermosos rostros, como aún ahora lo está el apagado sol en el enorme y amplio firmamento, y cuando ahora todavía palpita la pálida luna su nocturno esplendor, en la noche sosegada y primaveral, entre las estrellas diáfanas de un cielo brillante y silencioso. Sí, porque todavía el valiente halconero no ha destapado los ojos de claro avizor del halcón peregrino que sustenta en sus fuertes hombros varoniles, y tiene la voluntad de ocultarlo al cielo, hasta que el tiempo le sea propicio para la caza, y para que el ave pueda ver los altos cielos, y las bellas ramas de los árboles del campo.
- Pero, ¿quién sois vos, y que queréis de nosotras, gentil varón? – contestó la más próxima al mancebo galán.
- Vuestra palabra es como la luna encantada, que aunque es altiva es la mejor de los poetas de la antigua Roma – replicó otra bella joven.

- Decidnos, que os trae ante nosotras, que vuestra labia iguala al mejor poeta de oriente – prosiguió con clara palabra otra dama que rodeaban ahora al joven en el centro el círculo de las muchachas.

Todas estaban mostrando su segunda vida tras las máscaras del disfraz que camuflaba su real existencia, por otra vida que todos anhelan encontrar en el misterio de una noche celestial.

- Es que he encontrado este pañuelo caído ahí, a los pies de...
- ¡Buen joven! – contestó una de ellas. Debe haberseme caído involuntariamente a mí. ¡Gracias por su cortesía, amable joven! ¡Que el cielo te premie vuestro galante trato!
- Y, señora de grata amabilidad, ¿puede vuestra merced ofrecerme este baile para saldar amabilidad con amabilidad, merecimiento con merecimiento, detalle con detalle?
- Fácil fue tu lengua varonil al suplicar de quién era ese pañuelo perdido entre los pies de las damas. Y fáciles fueron tus explicaciones con nosotras.
- Y fácil es tu respuesta, dulce joven doncella, en servirte de mis palabras, cosa que me halaga, y en hacer ver quién es el primero en servir o el último en ser servido.
- Creo que tú te has arrogado el puesto de ser un valiente halconero, y yo la presa a batir tras la suelta del vivaz animal.
- Por favor, noble señora, yo sería incapaz de hacer semejante cosa.
- Pues, tus modales conllevan esa postura. Tal vez te pasen desapercibidas las actitudes de los varones, que no son iguales a las de las pacientes damas.
- Pues, ¡mi señora!, si eso puedo ya llamaros...
- Puedes hacerlo, galán, que la educación no está enfrentada con vuestra cortesía.
- Mi señora, decía que tus oídos son como los ecos de Narciso que oyen todo lo que aún no se ha sugerido.
- ¿Y qué sugiere vuestra varonil silueta con los ecos de Narciso?
- Que solo el aire tiene alas para escuchar el gemido del alma. Y ahora mis palabras se las lleva el viento, que es el mensajero de los dioses.
- Pero, sabio joven, parece descuidar sus enseñanzas al confundir Eco con Narciso, porque ambos vivieron el amor de forma diferente, y tristemente desgraciados ambos.

La joven con esas palabras confundió al joven que presa de un incipiente amor por la joven dama dijo para salir del paso:

- Yo, aún no la conozco, señora, pero bien el cielo, pudiera oírme decir, ¡señora mía! Que su eco de mía, mía, mía, se difundiría por todo el mar tenebroso donde las fingidas sirenas repiten los ecos de los marineros por ellas tal vez subyugaron e hicieron perecer.
- ¿Y quién fue más feliz, ¿Ulises atado al mástil de su barco o las cantarinas sirenas que intentaban seducirlo con sus cánticos de misterio?, O bien, como dice vos ahora, la infeliz Eco, ninfa de bosques y fuentes, que murió de pena por no se correspondida por el hermoso, arrogante y auto amado Narciso que murió languideciéndose de pasión, creyéndose que solo él era la perfección absoluta?
- Sabia es vuestra filosofía, gentil dama. Veo, por vuestras palabras que proceden de una buena familia de Pistoia, o de sus alrededores.
- ¿Y vos, galante joven, cuál es vuestro nombre y de qué familia procedéis?
- Mi familia, amada dama, aún no lo puedo decir, pues desconozco también la suya, y solo con un baile, con esta danza y canción que escuchamos no puedo, aunque mi corazón late con más palpitaciones que cuando corro tras un venado herido, aún no me obliga mi alma a desnudar mi cuerpo, aunque en el fondo lo esté deseando.
- Entonces apuesto joven, yo soy la que tengo que destapar mi origen y mi parentesco, cuando tú lo ocultas a la luz de la luna por si esta te destapa los misterios de tu linaje, y te hace ruborizarte tras al oculto manto de la noche.

Entonces él observó sus claros ojos verdes a través de antifaz que tapaba su juvenil cara. Sintió la emoción profunda del amante que cree por primera vez haber encontrado el secreto de su amor. El antifaz de la dulce e intrigante muchacha era amplio y le cubría bien casi toda la cara, siendo cada lado del ojo de un color diferente, un lado de amarillo topacio, y el otro de azul lapislázuli, con unas ligeras y finas plumas rojizas como rubíes de oriente, que asomaban por la parte superior del antifaz hacia la frente.

- Creo que este baile ya está muy servido, desconocido varón, ¿de Pistoia, verdad?

- ¡Sí, sí de Pistoia soy!
- Y vos ¿sois jovencita, también de este lugar?
- Sí también lo soy.
- Pues, mira ya tenemos una cosa en común.
- Adiós, noble joven..
- Ya es el Adiós... Si no ha transcurrido ni tres segundos...
- Adiós, gentil varón, han sido más de un cuarto de hora.
- ¡Por Dios, señora dama, puedo veros de nuevo, no dejéis a este corazón destartalado como si fuera un inservible mueble de cocina!
- ¡Adiós!, mi prima me llama. El destino es el mejor amante de los dioses, y de los humanos.
- El destino... el destino... el destino... - repetía como un locuaz loro, viendo desaparecer a la que creía ser su amante. Su desconocida e inteligente amante.

Apenas ya escuchó el ritmo cansino y armónico de la música que elevaba por los espacios de la zona campestre, y llenaba los sentidos como si todo estuviera ahora fuera de lugar. Y sin apenas conocer la tristeza la encontró en su fría alma. Y sin apenas conocer el sufrimiento del amor intuyó que este era melancólico, apesadumbrado, y su primitiva emoción, alegre y dichosa, giró ciento ochenta grados como las ruedas de un carro que ha perdido en anclaje, y cambió la sonrisa por una nostalgia, la alegría por una tristeza que salía de un corazón insatisfecho y dolorido.

Pero cuando comienza a sentir un corazón enamorado los minutos se convierten en horas, las horas en días y los días en meses. También aquí pasó lo mismo.

Poliziano, que iba tras los pasos de querer ser un buen pintor, un artista no extraordinario, ni excelente pintor de cuadros y de lienzos, si no un buen pintor que supiera la técnica del fresco y conocer el uso del temple en cuadros o en tablas de madera, y ya tenía en su mente un primer cuadro de su primorosa cara, se imaginó en el taller o estudio de su maestro dándole el toque a una mirada bonita, y a un rostro elegante y hasta sensual, a la manera de un pintor florentino como lo habían hecho los clásicos como Giotto o Simone Martini.

Habrían pasado unos veinte minutos desde el último encuentro con la joven doncella, tiempo que le pareció como de veinte días, así que tomó la decisión de volver a verla, y con la disculpa de la rosa, con ese compromiso o detalle de ofrecerle una bonita flor, tratar de nuevo de verla y de hablar con ella.

Así que se las ingenió como pudo, la buscó entre los asistentes a la romería, pasó con su máscara entre la multitud e gentes que le observaban con cierto interés sin conocer quién era en realidad. Y cuando vio la oportunidad de acercarse a ella entre un grupo de jóvenes mujeres, se acercó con disimulo y silencio, con la lentitud y sagacidad de un camaleón acercándose a su presa o insecto, para devorarla con su larga y pastosa lengua, y sin asustarla le entregó una olorosa rosa que dejó entre las manos de la joven mujer.

No pudo percibir el rubor de su cara porque el antifaz le tapaba el sonrojo que había aparecido tras el disfraz. Pero, esa inquietud y desasosiego que acontece cuando son los primeros encuentros amorosos se destapó aquí y los nervios le hicieron decir a la muchacha:

- Pero, no te habías ido ya de la romería, varón desconocido.
- Perdonad, mi nuevo atrevimiento, señora dama. Mi interés por vuestra persona me ha traído de nuevo hasta este lugar donde os encuentro más bonita y hermosa que nunca. Ninguna diosa del Olimpo igualó vuestra belleza.
- Mucho exageráis, buen mozo. Yo ni soy tan guapa como decís, ni a ninguna diosa olímpica me quiero parecer, ni menos ser la Helena de Paris, que trajo la Guerra de Troya.
- Bueno, pero para mí me ha cautivado tu manera de ser y de hablar, tu inteligencia y tu dulzura en la palabra.
- Veo que os habéis fijado en algunos detalles de mi persona, pero todo eso no es cierto, si no que creo que algunos rasgos tú los sacas de algún libro de poesías, o de algún cuadro de Simone Martini, o de los Lorenzetti.
- Pintaros en un bonito cuadro querrían mis manos con gran placer y enorme deleite mostrando todas las virtudes de vuestra alma, que ha cautivado este pobre corazón que os habla. Nombraros querría con palabras poéticas de cierta nobleza tu imagen divina como una Madonna celestial.



- Veo que también sois poeta y pintor. Pero, esto lo harás con todas las mujeres que se crucen en tu camino, ¿verdad?
- Solo con la dama que en estos momentos deseo tener hablando a mi lado continuamente.
- Pues vayamos un poco hacia esos árboles de la pradera, que aquí se nota un poco del frío de la noche.
- La luna puede descansar sin alas flotantes en el cielo y no ser molestada por otro astro, y yo no puedo disfrutar de la luz de las estrellas que moran en el firmamento.
- ¿Por qué dices eso cuando todo hace creer que estemos ante una cálida y reluciente noche donde la intensidad de las luces, que derraman esas estrellas, son parecidas a la fidelidad, y también a la sinceridad de miras, que parece haber entre la luna y sus hermanas las estrellas que la rodean?
- Porque mi tensa sangre se ha desbordado a raudales en el río rojo que la lleva a mi corazón, como se desparraman por la inmensidad del firmamento tantas y tantas visibles galaxias y constelaciones. Y mi corazón ruge con borbotones intentando abrirse camino para llegar al tuyo, que parece ser de otra constelación estelar.
- ¿Mi corazón de otra constelación? – dijo la joven con extrañeza y cierta desconfianza.
- ¡Perdonad, mi señora, quizás no me entendisteis, o tal vez no quise decir eso! ¡Me habré expresado mal, perdón!

Hubo un momento en que los dos quizás futuros amantes creyeron estar desconcertados, y qué casualidad, ninguno quería romper con esa extraña situación que estaban viviendo.

Entonces, el joven Poliziano vio acercarse a su lado a su amigo Teosildo, que al principio ya le había avisado de que los amores de noche pueden ser peligrosos y traicioneros si no se ven también después a la luz de la mañana.

Y dándole, un pequeño empujón en un costado del cuerpo lo separó unos centímetros de la doncella, longitud que fue lo suficientemente segura y certera para alejarle del lado, por unos segundos, de la aún para él desconocida y bella dama.

Y acercándose al oído de su amigo le dijo casi en silencio:

- Su señora con la que habla, y no ve por el disfraz es...
- ¡Qué dices, mentecato, que no te he oído bien...!
- ¡Que es Aretina Bianchi!
- ¿Aretina, la de los Bianchi?
- ¡Sí, tus eternos enemigos!

Pero esas palabras del amigo Teosildo, algo confusas y tergiversas, también llegaron a los oídos de la muchacha, que intuyendo algo malicioso, se puso muy nerviosa y se azoró diciendo:

- Creo que ya es muy tarde. Los cantos de las lechuzas y los búhos indican que no les dejamos dormir bien como en sus cotidianas noches calladas. Adiós, amigo desconocido.
- Y gracias por tu rosa, es muy bonita. Toma mi pañuelo, que se me olvidó dártelo cuando lo encontraste a mi lado.
- Gracias mi señora. Estoy anonadado por el cántico de las aves nocturnas, algunos poetas griegos lo interpretan favorablemente, mientras que los romanos interpretaban esas señales como funestas y desacertadas.
- Todo es, amigo mío, del color con que se mire. ¡Adiós! El frío de la noche se alía con las nubes que han oscurecido la luna con sus sombras rayadas y negras del cielo.
- Hasta mañana, amada mía.
- Mañana todo lo veremos distinto, desconocido varón de la noche.
- ¡Adiós, doncella, llevo conmigo tu pañuelo con un nuevo anhelo de encuentro, y tu, mi rosa roja para decirte que te quiero.  
Y los dos desaparecieron, por fin, separados por la oscuridad de la noche reinante.

\*\*\*\*\*

Unos días después...

En las campiñas cercanas a Pistoia, Teosildo, vestido de común mancebo, y su amigo Tulio, vestido de arlequín, hacen chanzas, piruetas y bailes en las praderas cercanas a uno de los canales de agua.

- Mira que enamorarse del quien no se puede...

- La vida siempre es así, lo que quieres no lo puedes conseguir, y lo que puedes no lo quieres obtener – dijo Teosildo a Tulio con voz entre apenada y arrogante.
- Mira allá viene Poliziano, muy pensativo, y parece algo compungido también – comentó Tulio.
- Y viene vestido con ricas ropas. Este aún no ha aterrizado – respondió Teosildo.
- No puede ser un Neri con una Bianchi. Creo que lo sabe bien, pero se lo tendremos que volver a decir si se empeña en esa fatídica relación – aseveró Tulio tocándose su lampiña barbilla.
- En Verona se cuenta que hubo un Romeo y una Julieta, hijos de familias rivales, los Montesco y los Capuleto, creo, también dispares y mal avenidas, que terminaron su relación entre ellos en tragedia – mencionó Teosildo a su amigo.
- Pero, cállate ya, que aquí llega Poliziano, y no debe vernos enfadados ni apesadumbrados por esos hechos – concluyó Tulio, saludando a Poliziano que ya se acercaba a ellos.
- ¡Hola, amigo Poliziano! ¿Cómo te va? - dijeron ellos sin huir de los antiguos tópicos de saludo.
- Cómo me va... Cómo me va... Como me va a ir, pues mal. Solo sabéis darme malas noticias – les respondió algo enfadado.
- ¿Qué te han dicho en Casa tu Familia? – dijo con curiosidad Teosildo que era el más propicio a la intriga.
- ¿Queréis hablar de otra cosa, por favor?
- ¿Acaso, no se puede uno enamorar ni de su propia sombra? Dejadme leer en paz este libro?
- ¿Un libro?
- Sí, el “Ars amandi” de Ovidio. ¿Tenéis algo que objetar?
- Que la cosa pinta mal, perdón, no me refiero a tu pintura – respondió Teosildo con sinceridad, como por cierto solía hacerlo a veces y no le parecía mal a su amigo.
- Pronto la veré en la catedral. Y si sois buenos amigos como decís, callareis como en una tumba esto que os acabo de decir, sino un mal rayo que os parta la crisma, y si no ya me encargaré yo de hacerlo con mi espada.
- ¿En la catedral de san Zenón?

- ¿En cuál otra sería, pues?, - dijo el noble Neri enfadado -. Vosotros seguid jugando, que yo leeré los consejos sobre el arte de amar del buen romano.

\*\*\*\*\*

Unos días después en la catedral de san Zeno (Zenón en castellano) en Pistoia...

Son las nueve de la mañana, y una joven y elegante mujer con dos cuidadas damas de acompañante, se acercan al altar mayor con cierta premura. La doncella principal pregunta al Padre Gabriel, que se hallaba encendiendo velas para la posterior misa de diez, si puede haber confesión para ella.

El Padre le dice que antes de la misa de las diez sí que podrá, y le recibirá en confesión para lo que necesite del alma. Que espere unos diez minutos aproximadamente, y él saldrá a hablar con ella en el confesionario de la derecha del altar mayor.

La espera se hace eterna, casi infinita como el Universo que nos puebla, y solo las paredes del altar mayor de la catedral, sabría lo que es esperar que un pintor famoso pueble con sus pinceles de bellas pinturas y frescos que lleven a los fieles a la comunión espiritual con Dios.

- ¡Dios bendiga a vuestra eminencia! – dijo la noble mujer mordiéndose la lengua de cómo había estado tanto tiempo esperando en los sitios primeros de la catedral.
- Buenos días, hija mía, que la impaciencia no es buena ni para los sordos que a veces se desesperan por no poder oír el mensaje evangélico en esta catedral tan bonita y señera. ¿Qué hace Ud. que se note su enfado hasta llegar mí? ¿No deseaba confesarse señora?
- ¡Sí padre, y hágalo rápido, pues el tiempo apremia mucho!
- Pues vayamos hacia aquella zona del templo, que allí nadie nos molestará.

Cuando llegaron al lugar adecuado donde la privacidad y el silencio reinaban más que en otras partes de la gran iglesia, la joven mujer que estaba muerta de temor y de nervios, comenzó a decirle al fraile:

- Mi pecado no es otro que amar lo prohibido. Que tener un amante que no puede ser nunca mío.
- Pero, dime, mujer, ¿cuál es tu pecado que dices poseer?
- Mi pecado es querer lo imposible, amar lo que no está permitido hacer a una dama como yo.
- ¿Veo que Ud. está enamorada de alguien que no le corresponde acaso? Los jóvenes sois muy fogosos y apasionados, lo mejor es unos baños termales naturales para despejar posibles vicios y malignas acciones.
- Escuche un momento, padre, y no levante falsas insinuaciones o inquinas acusaciones, que no vienen a cuento. Ayúdeme a conseguir una entrevista secreta con un joven mancebo al que amo, y que vendrá a esta catedral preguntando por mí. Consíganos un local enseguida para que podamos hablar, pues nuestras vidas están en peligro.
- ¿Y cómo se llama el mozo al que quiere ver, señorita damisela?
- Es verdad lo que le he dicho, no lo tome a sorna o a guasa. El peligro puede ser inminente. Su nombre es Poliziano Neri. Y yo me llamo, si no lo ha averiguado ya, Aretina Bianchi. Comprende ahora. Familias rivales. Linajes enemistados de toda la vida, pero cuyos hijos se aman. Entiende ahora el destino de nuestros seres.
- Pero, hija, así de súbito, no comprendo yo bien todo esto. ¿Cuál quieres que sea mi misión en vuestro conflicto? ¿Qué puedo hacer yo sin dañar a vuestros padres ni a vosotros? La cosa no se presenta nada bien... Más bien, se presenta mal. Que hasta para un pobre fraile como yo la seguridad en Pistoia no es cosa que se desee despreciar. El odio es un gran mal para los humanos, y para los animales, si estos tuvieran la inteligencia de hacerlo.
- Padre Gabriel, ¿nos ayuda o no? ¿Su orden religiosa y sus santos mandamientos no mandan acaso auxiliar al prójimo? “Que obras son amores, como dicen Uds., y no buenas razones”. Pronto, por favor, que el muchacho vendrá enseguida y no sabremos si detrás del joven nos perseguirán los soldados de mi padre o los guardianes suyos para hacernos perder la cabeza. Los espías están en todas partes, y hasta las paredes oyen o pueden hablar.
- ¡Está bien, furiosa muchacha, está bien, espera aquí! ¡Que la ira no es buena para nadie! Pasa, por favor, pasa para este local que los

frailes tenemos para esperar a los fieles cristianos. Veré que puedo hacer. ¡Qué en buen compromiso me metéis, a estas alturas de mi vida!

Allí estuvo casi enclaustrada la joven doncella con el corazón en un puño, esperando agitada y nerviosa que la cita acordada, días atrás entre ella con aquel noble mancebo, tuviera un final... Bueno un final menos malo que el deseado.

Al cabo de unos minutos, que le parecieron tan largos y silenciosamente eternos que hasta los ángeles hubieran llenado con el apreciado tiempo medio cielo de canciones y motetes sacros, le pareció que hasta las velas encendidas y dispersas por la catedral podrían iluminar los corazones de todos los hombres, y en particular los de ellos dos.

Tantas cosas había oído decir estos días de aciagos desencuentros, de noticia increíbles, y de soflamas inverosímiles, de aquello que si en Verona o en Florencia otros amantes, iguales que ellos, habían tenido unos destinos fatales, nefastos acontecimientos para sus familias, que las penas y las tristezas de solo pensar en ello le carcomían las entrañas femeninas, hechas para el amor y para generar nuevos seres cuando el amor era verdadero.

Estos extraviados pensamientos, estos acuciantes sentimientos, cargados de emociones diversas, cruzaban su descarriada mente femenina como estrellas fugaces que huían en un cielo estrellado del corro de sus perennes hermanas, allá en el brillante cielo nocturno, cuando una puerta chirrió levemente y vio aparecer una figura juvenil que le habló así:

- ¡Hola, Aretina! Ya ves que sé ahora bien tu nombre. El padre Gabriel me ha traído hasta aquí. Y me ha dicho que estaremos seguros. ¿Qué tal estás, amor? ¿Has sentido algún miedo?
- ¡Hola mi cielo, hola Poliziano! Estoy más nerviosa que nunca y en mi vida me he visto así. Temo por tu vida, temo por la mía. ¿Qué hacer, qué podemos hacer? Siento que nos vigilan, que espían nuestros pasos...
- ¿Y por qué tienes esa impresión? ¿Has oído también tú, algunas cosas de las que yo he averiguado algo?
- ¿Qué es, por Dios, lo que has averiguado?

- He oído cosas increíbles. No aquello que podemos hacer nosotros, sino lo que van a hacer con nosotros.
- ¿Y qué has podido oír que no sea nuestra felicidad?
- No sé si contártelo o no, sería muy lastimoso oírlo de mis inquietos labios, que solo desean estar con los tuyos.
- Vamos, déjate ahora de estas fáciles monsergas, y cosas dulces, y dime, ¿qué has oído decir?
- ¿Y no importan nuestros sentires? Dicen los santos que un beso abre las puertas del cielo. Pues, no seas tú tan frívola, o no lo demuestres con palabras.
- ¿Yo frívola? Es que estoy muy nerviosa. Dime lo que quieras que te escucharé encantada con lo que me cuentes.
- Han llegado a mis oídos que nuestros padres por un día se han puesto de acuerdo.
- ¿Puestos de acuerdo? ¡Qué dices, eso es imposible! ¡Un Neri y un Bianchi de acuerdo! ¡Nunca! ¿Qué acuerdo puede ser ese? El odio siempre se ha servido en copa de fino cristal, y frío. No puede ser, Poliziano, no puede ser, tú sueñas, deliras en voz alta.
- ¡Sí, yo sueño! ¡Y también deliro en voz alta! Pero, puede haber mucho de cierto en ello. Estoy seguro que nos dejan hacer esto, reunirnos aquí ahora, porque ellos ya han trazado sus planes. Ellos saben lo que van a hacer y lo harán, no lo pongas en duda.
- Pero, Poliziano, te veo muy cambiado. ¿Dónde está el ardor y la pasión que pusiste los otros días?
- No pongas en duda mi amor por ti, Toma cariño, un beso. (Besa apasionadamente a la amada) ¡Crees que tenemos salvación! Lo he oído comentar a escondidas a mis padres, y mis sirvientes así me lo han contado todo. Todo el mundo lo sabe.
- ¿Y mis padres también? – dijo la joven doncella con voz entrecortada.
- Ese es el problema. También deben saberlo, si no como te imaginas que estemos tú y yo viéndonos aquí, si no es con su consentimiento.
- ¿Y qué sabes tú? ¿qué te han dicho que iban a hacer?
- Mi amor, por ti me impide contártelo.
- Bueno, ahora no me vengas con esas cosas. Venga, ¿di todo lo que sabes?
- ¡Que... que... Bueno, ¡que nos separan!

- ¿Qué nos separan? ¿Y qué derecho tienen ellos en meterse en nuestras vidas?
- Ningún derecho tienen, pero lo harán. Ya sabes lo que han hecho siempre.
- Pero, ¿podremos seguir viéndonos de ser esto cierto, verdad? Algún día aunque estemos encerrados, yo metida, tal vez, en un convento, y tú, quién sabe, a lo mejor te mandan a la guerra.
- A mí me mandan a Venecia, lo he oído comentar, a pintar desterrado con el pintor Ambrosini de Rávena, ese pintor de cuadros de estilo bizantino. Y eso ya pasó a la historia, ahora se lleva lo moderno, lo nuevo, la escuela o el taller de Giotto, o de los hermanos Lorenzetti, o las tablas de Simone Martini, esos sí que pintan bien... ¡Y tú a Nápoles!
- ¿A Nápoles? ¿Quién te lo ha dicho? ¿Por qué sabes tú eso? No puede ser. A Nápoles. No, no, no... No estoy dispuesta a tener resignación.
- Tal vez no sea eso cierto, y todo se deba a rumores y chismes de la gente de servicio.
- ¡Dios te oiga en eso, y ojalá fuera cierto lo que piensas! – dijo el joven galán compareciéndose, por supuesto, de todas estas cosas.
- ¡Tiene que haber alguna solución!
- Pensemos en escapar, en huir, en marchar a un lugar que nunca nos encontrarán.
- ¿Y dónde podremos ir dónde estemos seguros? Nos buscarán hasta debajo de las piedras, ¿Bien sé yo cómo es mi padre y mi abuelo? Yo en un convento de Nápoles y tú en Venecia. Me olvidarás con el tiempo. (Hubo unos instantes de silencio y de duda en continuar hablando) ¿Prométeme que nunca lo harás? ¿Que nunca me olvidarás? ¿Prométeme que lo harás?

Él, muy resolutivo, aseveró diciendo:

- Lo prometo, mi amor, te lo prometo.

Luego se besan como lo hacen todos los amantes que se precien de serlo, con cariño, silencio y pasión.

El tiempo pasa para los amantes tan deprisa que apenas ven o perciben los murmullos de los ruiseñores en el jardín del patio, cuando cantan con



desparpajo sus trinos y acordes naturales entre las frondas de los árboles; o cuando los amantes beben extasiados sus cuitas amorosas, apenas percibiendo los fuertes e incansables sonidos de las cascadas cuando dejan caer sus masas de agua al húmedo suelo pedregoso, con el gran ímpetu natural, que las fuerzas de la Naturaleza hacen en sus correrías geográficas.

Habían pasado ya varias semanas, y un día el padre Gabriel, por mandato de obispo de Pistoia, se reúne con dos distinguidas mujeres, dos estimadas damas, una por cada familia correspondiente: Los Neri y los Bianchi.

¿Cuál era el motivo de aquella desconocida reunión?

Preguntarles si todo ha sido correcto, y lo conveniente o más deseado, por el envío de los dos jóvenes pistoieses, y cada uno a un sitio diferente.

¿Y quiénes eran esas destacadas damas?

Podemos imaginárnoslas: Albita, la madre de Aretina, ahora una importante Bianchi.

Y la otra, Lucía, la madre de Poliziano, ahora una destacada Neri.

La fortuna da muchas más vueltas que el destino. Y aquí se cumplió ese dicho: “La vida no es como empieza, ni como acaba, sino como cada día se vive. Pues hay que vivirla y sentirla como si cada día fuera el último de tu vida. Porque la fortuna puede cambiar cuando menos lo piensas”

Ambas eran hermanas. Por lo menos eso las habían dicho siempre.

Y ambas, quizás, quizás, tuvieron a estos hijos como fruto de un primer amor, que se recuerda siempre aunque vaya oculto toda la vida en un escondido baúl situado en un rincón del desván, pues allí mora el alma de Marino, ese valiente, apuesto y laborioso joven que murió tan temprano, con un destino fatal, en aquellos albores de sus vidas, sin ni siquiera saberlo nadie.

Y esas madres bendijeron la separación, una separación que nadie sabría decir por qué era lo mejor y más apropiado. Los dos jóvenes, Poliziano y Aretina, eran hermanastros.

Y así, el paso del tiempo borra también las claras siluetas de las vidas, los anteriores amores y sinsabores, aquellas esperanzas que creíamos poseer; y esas madres deseaban que con el paso de los años, ambos jóvenes, sendos amantes, se olvidasen de su antiguo amor.

Y otro nuevo renaciera en sus corazones. Ambas mujeres, Albita y Lucía, debían unir sus fuerzas, debían saber encauzar sus energías, olvidar, caso insólito, sus cuestiones de familias rivales, sus odios ancestrales, y apostar porque otros amores, otras sensaciones amorosas cautivaran sus corazones.

Y ellas lucharían con cuerpo y alma porque así fueran. Y porque sus hijos tuvieran nueva sangre, y de su cuerpo naciera una nueva savia, distinta y llena de otra energía. Y con nuevas formas de vida. Y así su secreto se fuera con ellas a la tumba.

Esperemos que los dioses estén con ellas, y que ellos, los amantes, sepan elegir lo verdadero.

Pero el destino es una cosa.

La fortuna es una rueda ignota y variable.

El alma es la energía del cuerpo.

Y el amor es ciego cuando Cupido lo quiere.

Y el amor es cuerdo si los amantes lo permiten.

Pero, cuando surge la verdad, la pesadilla del amor frustrado obnubila el corazón. Más solo la separación de los amantes, con su dolor y sufrimiento, será el único camino a seguir, porque sus destinos son distintos como la piel de cada estrella lo es diferente dentro del Universo.

Y ello sería vital para los dos.

\*\*\*\*\*

### **CUARTA PARTE. EL VIAJE DE NICOLETA.**

Pero, continuemos nuestro camino y recorrido, nuestros pasos por esta eterna ciudad medieval de Pistoia, con Nicoletta, nuestra guía profesional, una mujer morena, de cabello corto y rizado, verdes ojos brillantes como las aceitunas de sus olivares, ojazos dispuestos a penetrar tanto en los confines del alma humano de sus habitantes, como de los monumentos históricos que nos rodean, así como nuestros acompañantes de excursión y fatiga, los componentes de un magnífico autocar, hombres y mujeres diversos, procedente de toda España.

Nicoleta, ella, la simpática guía, es como una mujer medieval, resuelta, callada y laboriosa, capaz de sacarnos las castañas del fuego cuando hay un imprevisto o problema inesperado. Muchacha feliz siempre, dispuesta a todo y más cuando hay que explicar lo que hacen o realizan las gentes de la urbe, cómo funcionan los comercios, cafeterías y edificios señeros, que se puede hacer y ver en cada edificio o monumento histórico, ella es, pues, la mejor dama medieval, amable, risueña, retórica, sensible al arte y a la belleza, que nos acompañará por la ciudad, siendo nuestro servicial cicerone para toda la ciudad de Pistoia, para todo lo que haya menester tratar en esta urbe.

NICOLETA comenzó de nuevo a andar por las calles de la ciudad de Pistoia, con sus pasajeros turísticos casi a cuesta, montados en su espalda de pedigüños, siguiéndola como las inocentes ovejas siguen a su buen pastor por todos los recovecos y calles de la ciudad de Pistoia. Pistoia era en la actualidad un enjambre de vegetales a su alrededor, como una novia que lleva flores y guirnalda en su contorno, acompañada de un sinfín de damas y damiselas que portaban entre sus manos todo un nutrido vivero de flores para granar y para crecer en otros lugares de Italia, incluso de Francia y España. Cuando llegábamos a la ciudad esa era nuestra impresión, no uno sino muchísimos cuadros de pintores impresionistas, una pléyade de artistas como Monet, Renoir, Degas, Van Gogh, Cezanne, Gauguin, etc., o la sabia prosapia de un pintor toscano como Mino Maccari, plasmando una campiña toscana, rica en paisajes con casas de labranza, e inesperados árboles que crecen al compás de un calor estival. Y hasta el famoso artista francés, Le Corbusier viajó a estos espacios encantados de la Toscana iluminándonos con determinadas imágenes donde dominan colores de flores y austera vegetación de nobles cipreses.

Esa fue nuestra primera impresión, nuestro “fauvismo” al recorrer en autocar las vías adyacentes del perímetro que rodea a la ciudad toscana de

Pistoia. Un colosal vivero de luz y color, de la fuerza expresiva que tiene la naturaleza un fuego de pasión y color en sus espléndidas florituras en el campo, al iluminar sus espacios y confines cercanos a la urbe con plantas pequeñas y florecillas como de san Francisco que luego serán robustos y exuberantes árboles para bosques, montes, jardines, parques naturales y recintos de ámbitos campestres donde la flor es la reina y señora de la creación. Un mundo en la que sus imágenes primeras al llegar a las cercanías de sus murallas medievales son un paraíso terrenal de flores, más flores y una exuberante vegetación de viveros y pequeños mundos de naturaleza florida.

Antaño quedan para el recuerdo, aunque algunas industrias como la de material quirúrgico aún resuenan en sus naves de fabricación, aquellos otros poderes económicos de la Edad Media que le daban por su incipiente “autonomía” de las demás urbes cercanas, conseguida no sin esfuerzo, lágrimas y tesón para sus habitantes, con sus fábricas y talleres de metal, de sus pistolas, de ahí la palabra “Pistoia” de fuego y muerte, con sus diversos y atractivos comercios y su confección de paños de gran calidad.

Nicoleta nos hacía observar todas estas cosas como un entramado de negocios y comercios, en donde sus gentes daban toda su fuerza, aportaban toda su energía vital, todo su ardor colectivo.

Cuando bajamos del autobús especial que nos llevaba en ruta por los campos y ciudades de la Toscana, teníamos los pies en un parque acordado quizás por el Ayuntamiento local para estacionar autocares de turistas en ruta. Varios altivos y floridos árboles daban sombra, aunque fuera a primeras horas del día a nuestros seres y a nuestras ansiosas almas que buscaban súbita y radiantemente nuevas experiencias, nuevas sensaciones, otras emociones. Es decir, nuevas vivencias artísticas, gastronómicas y sociales.

Nuestra guía nos puso en camino. Recorrimos unas pocas calles que quedaban cerca de la plaza cuyo nombre no recuerdo con exactitud, pero creo que era la Plaza de san Francisco d Asís, y como dije antes era parada de nuestros vehículos de visitantes. Y tras pasar un pequeño recoveco llegamos casi inesperadamente a la Iglesia de san Andrea, en la vía de su nombre, una original iglesia en cuya fachada con el frontón en blanco y un gran óculo en su centro daba la impresión de ser un templo antiguo y corriente sin sospechar nada de lo que podía haber dentro y también por fuera. Fueron las explicaciones de nuestra guía Nicoleta, la que con una mirada casi perdida y también aviesa hacia una zona lateral a modo de recinto exterior para vigilar su entrada de posibles gentes sin previo pago por su visita, cuando ya sabemos que en Italia se paga por toda visita aunque la iglesia sea pequeña o inapreciable. Pero la verdad es que no te puedes fiar de las apariencias, pues estas como dice el refrán a veces

engañan. En realidad era una basílica del siglo VIII, recompuesta y reformada en el siglo XII.

Así pues a una acordada señal las puertas se abrieron por orden del sacristán que adivinamos tras la ventana lateral románica era el guardián del templo, vigilante esencial para entrar al recinto religioso, no sin antes explicarnos brevemente el significado de la fachada.

Y la verdad era que aquello que a simple vista parece normal y corriente guarda en su composición enigmas y misterios, conocimientos y respuestas que a primera vista desconocemos y no sabemos apreciar. Costaba la fachada debajo del mencionado frontón, y en un primer orden de cinco arcos falsos e irregulares y muy oblicuos, cosa extraña y novedosa en un recinto románico de aquel tipo, un modelo pisano del siglo XII, como bien pudimos observar por sus palabras de Nicoleta.

Tenía un diseño a franjas blancas y marrones, con rombos insertados en su interior, con cuatro finas y largas columnitas que soportaban el empuje de esos arcos. En la portada central, se superponían dos arcos de mayor tamaño que los laterales, y debajo se hallaba un dintel con esculturillas señeras de un escultor de la zona, llamado Gruamonte, en el que había tallado en mármol, entre 1160 y 1170, y aparte de ser el arquitecto general del recinto con unas naves centrales típicas de Pistoia, una original representación de la Epifanía, es decir, aparecen los Tres Reyes Magos por duplicado, mostrando a la izquierda su viaje a caballo en fila, en el centro su conversación con el rey Herodes, y al final ofreciendo ante la Virgen María y el Niño Jesús, ya de pie, y también en fila, sus presentes y regalos. Sujetando el dintel descansa en bellos capiteles, ornados con esculturas de la Anunciación a Zacarías y a santa Ana, y la Visitación a María.

Para mis adentros pensé que quedó sin contar bien cómo los pliegues de las túnicas de los tres Reyes Magos hechos en relieve creaban un juego de sombras y luces más propio del arte pictórico, cuando el sol les iluminaba pasando a través de las hojas del viejo árbol que había cerca de la iglesia como una isla de naturaleza en medio de un monumento artístico.

Pero fue en el interior de la basílica cristiana cuando apreciamos el buen hacer y la maestrías en los relieves de los Pisanos en sus rutas por las iglesias de la Toscana.

Pronto la directora de esta excursión en tierras de Pistoia, la italiana Nicoleta, pues también llevábamos con nosotros la otra guía general de la expedición por tierras de la Toscana, la amable y servicial María, nos enseñó la estructura general de la nave principal, y sobre todo nos dirigimos inmediatamente hacia el famoso púlpito de los “Pisano”.

Uno de sus primeros y genuinos púlpitos desde donde los frailes franciscanos exhortaban a los fieles en camino de Jesús, y donde las imágenes hablaban por sí solas en unos relieves trazados como marcos cuadrangulares donde se exponían los detalles de la vida de Jesús y de María, tallados con la maestría propia de aquellos famosos escultores del Medievo italiano, con sus leones a los pies sujetando en esas columnas de mármol todo el peso de la palabra divina, y de las composiciones talladas de la Crucifixión, la Natividad, la Matanza de los Inocentes, de gran belleza y de enorme fuerza trágica, y de las demás composiciones de la vida de Jesús, todo ello debajo de sus arcos ojivales de marcado carácter gótico. Obra de Giovanni PISANO, hijo de Nicola, autor del otro púlpito en el Baptisterio de Pisa. Giovanni hizo aquí en Pistoia una obra diferente, para algunos críticos y expertos esta de Pistoia fue mejor que el púlpito posterior realizado para la catedral de Pisa, esta de Pistoia con un trazado octogonal, y unas esculturas más dramáticas que las de su padre, con gran energía y dinamismo. Lo que también me causó cierta impresión fue el lugar donde se asienta el púlpito, a uno de los extremos del lado izquierdo, y recorriendo la vuelta a toda la zona oscura de la nave de la iglesia se respiraba un ambiente antiguo, mezcla de lo medieval y del espíritu franciscano de la época.

Cada ciudad es su historia incrustada en legajos con pergaminos que manan sangre de sus palabras, o sus piedras rayadas por los vientos solares a través de las distintas épocas, su olor peculiar que rezuman sus edificios a través de los años, cargados no solo de legendarias historias sino también de vibrantes y surrealistas almas que no enmohecen a nadie aunque los siglos pasen para sus habitantes y para los que la visitan, como pasan las ligeras nubes de cada tormenta otoñal envueltas en apasionados disfraces.

¿Hay melancolía suave y resignada de una ciudad que quiso ser más poderosa que las otras urbes que la rodeaban? Puede que sí, que así fuera. Pero cada uno es como es. Te querrán por ti mismo, no por imitar a otro ser. Te querrán con tus virtudes o tus defectos, serás tú mismo, tú misma,

unas veces furioso y arremolinado por el fuerte viento, y otras veces cándido, sonriente y lozano como las amapolas de los campos de alrededor, que saben sonreír en primavera y verano al sol que las alumbran y que al anochecer cierran sus pétalos carmesís para rezar a la noche, para que cuide sus enrojecidos y amplios vestidos de terciopelo para que al día siguiente muestre su cálida y vistosa piel como una servicial y lozana cortesana en sus días más alegres y fructíferos.

Sin darnos cuenta la guía nos condujo inmediatamente, porque el tiempo es oro en esas excursiones, después de un corto recorrido por calles, con sus casas y habitáculos que acogían a familias y a habitantes que van y vienen desde sus trabajos hacia sus viviendas, y todas ellas, de dos o tres pisos, a la forma de cómo los romanos del imperio construían sus casas, para llegar a una Plaza de nombre Giovanni XXIII - Juan XXIII - donde se encuentra el famoso “Hospital del Ceppo”, o albergue para peregrinos desde allá el año de 1287. Como a los turistas les gusta saber anécdotas y cosas de esos edificios, Nicoletta nos explicó para comenzar que lo del nombre del “ceppo” venía de un trozo vaciado que se utilizaba en época medieval para recoger limosnas y donaciones para la obra.

Pero lo que aquella plaza tiene de interesante y de artística, tú lector, que aunque no la veas, yo intentaré contarte y mostrarte con palabras más o menos bien dichas, son las dos cosas que conviene retener para anotar en la memoria o en diario de a bordo, si se lleva a mano, pues son las dos cosas que maravillan a quien se acerca allí y deja abrir su espíritu para captar esa sensación de misterio y de bruma antigua, para que penetre aquel aroma casi intangible. Para ello te diré en primer lugar que el edificio es sencillo y cargado de belleza, porque no todo lo grandioso es sublime y perfecto. Y como dice el refrán lo excelente es mejor que lo bueno, y como la esencia fina y divina cabe en un frasco pequeño, así aquel monumento con su espléndido pórtico, obra del arquitecto renacentista Michelozzo, con una sensación de relajación y ensimismamiento. Y lo segundo es decirte que lo nuevo que se presenta ante nuestros ojos son los paneles de terracota policromada, realizadas entre 1514 y 1525, que están encima del pórtico mencionado, obra singular y detallista del taller de Giovanni della Robbia, un magnífico y sorprendente friso que representan las obras de Misericordia unidas a las Virtudes cardinales y teologales dadas como ejemplo de buen cristiano.

Todo ello debajo de los seis arcos de medio punto renacentistas que descansan en unas bellas y esbeltas columnas, con medallones de colores que adornan las pechinas entre los arcos.

Esto es único, sensacional, original en su trazado, e ininterrumpido, también hacia los dos laterales, y la majestuosidad del largo relato, de los inimitables escultores florentinos del taller Della Robbia se aprecia que luego intentaron terminar el mencionado friso con otros escultores distintos de aquellos maestros, y le fue casi imposible lograr y hacer esa terracota tan singular y especial que solo ellos, los Della Robbia sabían cómo realizar esos esmaltes, y su secreto de mezclas y fábrica se lo llevaron a su tumba. Eran desgajes y secretos del oficio.

Sólo por esos detalles únicos y sensacionales en el mundo, esta ciudad italiana debiera ser recordada para mostrar que el genio y la maestría no abundan en el mundo.

A continuación, Nicoleta nos llevó por otras calles de la ciudad, entre viviendas y pisos de dos o tres plantas, con tejados llenos de tejas curvas y rojizas. Muchas calles con angulosos recovecos en su recorrido, y los paramentos de las casas en tonalidades cálidas como beige o blancos, cremas o pasteles, u ocre como canela, y en muchas de sus esquinas muestran en medio de sus fachadas y en los chaflanes, a mitad de su altura, esas enigmáticas cabezas cortadas de enemigos, lejanas tragedias de otras épocas, feroces y crueles ironías la de unos enemigos que sonrían burlescamente al transeúnte, que si no se lo cuenta es ajeno a tamañas osadías y celebraciones macabras, recordando cual eran de temerosos y obsesionados eran por los presagios y los augurios cuando recuerdan en las paredes de sus esquinas truculentas sensaciones al ver a sus enemigos decapitados con el más absoluto sarcasmo para disfrute de los viandantes.

Y así entre calles y esquinas con altivos y hostiles enemigos llevamos a la verdadera plaza mayor, la denominada Plaza del Duomo, rodeada de insignes y magníficos monumentos tanto civiles como religiosos, recordando a todos nosotros la importancia que ellos ejercían sobre todos los habitantes de la ciudad, esa Pistoia que al querer se gibelina, es decir partidaria del emperador, tuvo que sufrir y ser conquistada por la güelfa Florencia, cuando en 1530 todo su orgullo y honorabilidad cayó en manos de los Medici florentinos.

Atrás quedaban los años dorados de esplendor y gloria cuando en 1177 se proclamó comuna libre en la ciudad. Fue la época gloriosa cuando Pistoia construyó murallas, hermosos y suntuosos edificios y palacios que llamaron la envidia y la atención de sus vecinos.



Allí teníamos ante nuestros ojos lo que aun perduraban de aquellas épocas. Una hermosa y amplia plaza donde no faltaba de nada: Palacio de la Justicia, o del Pretorio, con sus podestás administrando juicios y emitiendo sentencias, el Palacio comunal o Ayuntamiento como emblema de los poderes de la ciudad, y luego, claro está, los otros poderes religiosos con su obispado desde el siglo V en adelante, una simpar, delicada y bella Catedral en estilo románico-pisano, con su altivo y bello campanario para llamar con sus toques de campanas a la oración y a los actos religiosos tan frecuentes y obligatorios en aquellas épocas, y anexo el Palacio Episcopal, y como no su magnífico y soberbio Baptisterio, para envidiar a los de Florencia y Pisa, ciudades cercanas y de la hermosa Toscana italiana.

Al igual que cada marinero – dicen - tiene una novia en cada puerto, yo tenía una ciudad, Pistoia, de novia en Italia. No era que no me gustasen algunas de las otras ciudades, sino que mi novia preferida era esa urbe, pequeña, recogida, sensual, risueña, anhelada, sentimental, etc., o por lo menos así me lo parecía a mí, igual que una hermosa muchacha gustaba al marino en su recorrido por las ciudades del mundo.

Esa era mi novia, mi ciudad, mi sentir femenino si las ciudades tienen también una parte de su alma noble y maternal, toda una compañía para mi convivencia pública.

Pero, aquella ciudad fue en la Edad Media, época de peregrinaciones religiosas, una urbe internacional, pues aceptó por mediación del obispo Atto, unas preciadas y sagradas reliquias del apóstol Santiago, provenientes de su tumba en Santiago de Compostela, en España, y así ese San Jacopo de los italianos, recibió en 1143 la orden y la fortuna de discurrir la Ruta Jacobea por esta ciudad, y hacer una singular escala allí para los que iban a rezar al apóstol.

Y así esta catedral recibió la advocación de dos santos, uno de la zona, de san Zeno, y la otra del mismo apóstol de Jesús.

Y alzándose sobre nuestras cabezas, encontramos el majestuoso campanario, “Campanile” para los italianos, con un reloj circular con franjas blancas y negras, y números romanos, donde los tres primeros pisos fueron construidos en 1199, en tiempos de la Comuna libre, como residencia oficial del “capitano del Popolo” , y denominada entonces, “Fortaleza del Campanile”, una torre emblemáticas que adquirió en 1300 todo su esplendor cuando se añadieron sus tres plantas superiores, con las famosas bandas incrustadas, sus galerías enanas con finas y esbeltas columnas, y las almenas como cola de milano.

Toda la Plaza es darse de narices si no es con los poderes civiles lo serán con los religiosos, para ver quién manda más, si sobre los fieles el obispo de turno, o si sobre los ciudadanos los consejeros comunales.

Y dentro de la catedral nos enseñaron obras de gran prestigio y valor artístico para la ciudad, por mediación de Nicoleta y de la apuesta de Viajes Cóndor, pues la entrada a estos recintos ya estaba prevista en el contrato de nuestro circuito turístico. Así tuvimos la suerte de visitar en la capilla del Coro la llamada “Maestá da Piazza”, obra de Andrea del Verrocchio, maestro que fue de Leonardo da Vinci, una grata pintura al óleo sobre tabla, que fue terminada por Lorenzo di Credi.

Y luego, en una sala adjunta, cerrada a cal y canto, nos mostraron en exclusiva a nuestro grupo, el denominado, “El Altare d’Argento”, un altar de plata dedicado a san Jacopo o apóstol Santiago, un sobresaliente ejemplo de orfebrería toscana, en cuya realización participaron diversos maestros y artistas a lo largo de varias generaciones, y hasta el mismo Brunelleschi realizó varias estatuillas como las de san Gregorio y los profetas Isaías y Jeremías en unos espacios en forma de trébol de cuatro hojas, cuando el maestro florentino era aprendiz de orfebre. Las figuras, en doradas láminas de plata, presentan elementos estilísticos que van desde el gótico al primer Renacimiento, y todo partió de la imagen de una Virgen bizantina rodeada de apóstoles, que hoy se agrupan en torno a Santiago. Todo el altar está lleno, mejor dicho habría que decir repleto y completo de escenas bíblicas, de santos, y de otras secuencias religiosas, que por delante y por detrás ofrecen todo un espectáculo de fina y delicada orfebrería sin par en el mundo occidental, pues hasta el “antepedium” del altar, zona delantera y frontal inferior, nos da muestra de la maestría y calidad de aquellos artistas de Medievo y de Renacimiento.

Un detalle este, que fue de agradecer el que nos entrara con gratuidad en la excursión a Pistoia, y donde desgraciadamente vi que otros visitantes de la catedral se quedaran con las ganas, y con dos palmos de narices, pero el capellán cerró con llaves las doradas rejas para que nadie pasara si no era del grupo. Lo que hay que pagar para ser un privilegiado, y ver lo que otros se quedan con las ganas. No es que me hiciera gracia, pues me puse en la piel de algunos visitantes y me dio grima, pensando que yo podría ser uno de ellos si voy por lo particular o individual. Que no hay derecho, yo ya lo sé. Pero el tener cierta empatía con el contrario te da otras perspectivas. Y eso es bueno, para mejorarlo cuando sea posible hacerlo, o decirlo.

Fuera de la catedral, la fachada se nos presenta como una combinación de modelos pisanos y florentinos. El pórtico está compuesto de arcos semicirculares y de herradura que la hacen más grácil y risueña en comparación con la formidable mole del Campanile.

El arco central de entrada a la catedral está peraltado y cubierto por una bóveda de cañón con varios casetones vidriados, obra del mencionado Della Robbia, así como los relieves del tímpano de terracota de 1505 que representa a la Virgen con el Niño y dos ángeles.

En la parte superior vemos unas galerías con arcos y columnillas como las del campanario, y encima de todo el frontón coronado por dos esculturas del siglo XVIII, a la izquierda san Zeno, obispo de Verona y patrón de la ciudad de Pistoia hasta la llegada de las reliquias de san Jacopo (Santiago en castellano) que se encuentra en la otra escultura, a la derecha, y que cada año es engalanado el día de su festividad, el 25 de julio como en España, y honrado con un famoso concurso hípico celebrado con trajes medievales, es el denominado en italiano, “Giostra dell’Orso”, toda una institución como en Siena lo es “El Palio”.

El oso es el animal heráldico de la ciudad de Pistoia, y sostiene el blanco que debe ser alcanzado por los caballeros de los cuatro barrios de Pistoia, ataviados con lanzas y con trajes del medievo, celebrado el día de Santiago, en el mes de julio.

La Plaza del Duomo contiene, pues toda una galería de edificios y monumentos que bien podría decirse que concentran en ella todas las instituciones de la ciudad.

Pegado al monumento de la catedral, y adosado como un hombro al lado del otro, se encuentra a la derecha de la catedral, el Palacio del Viscovi, residencia del obispo, y en su interior el museo de Capitular de san Zeno, y en el subsuelo unos pasadizos con un recorrido arqueológico de la antigua Pistoia, donde podemos encontrar excavaciones de la ciudad paleocristiana y romana, hasta varias estelas funerarias etruscas.

Por otro lado y enfrente de la catedral, se encuentra el Baptisterio de Pistoia, obra del gótico toscano, y como todo lugar de Bautismo realizado antes en la adolescencia o en la madurez, era un símbolo para entrar en las naves de la catedral o de las iglesias y ser ya considerado un buen cristiano. El de Pistoia no iba a ser menos, y así contemplamos un edificio octogonal y cubierto por una cúpula y por un revestimiento de mármol a franjas blancas y verdes, cuya construcción se debe a Cellino di Nese en 1338 según los planos del famoso Andrea Pisano.

Su nombre es el de San Giovanni in Conca, en cuyo interior hay una pila bautismal, de mármol y policromada, de gran amplitud, obra del escultor Lanfranco de Como del año 1226. Mientras que en el interior todo es austeridad y recogimiento, en el exterior, en cambio, la comparación se hace necesaria porque la riqueza ornamental es sobresaliente.

Otro recuerdo, que me embarga cuando me veo dentro de este recinto sagrado, es mi duda de si compraba, o no, un folleto turístico en el mostrador de pago de entradas, que costaba en el año de 2012 unos quince euros. Lo ojeé y me pareció interesante, estuve a punto de comprarlo, pero me tiró para atrás su elevado precio. Si es hoy en día lo hubiera comprado, pues me pareció un librito muy didáctico y artístico. Qué le vamos a hacer,

como dice Juli, siempre hay que dejar algo sin ver para poder volver de nuevo allí.

Después visitamos el Palacio del “Podestá”, o Pretorio, de 1337, sede de los Juzgados, más bien fue su patio y su vestíbulo de entrada con sus paredes con frescos de la época, un poco ya ajados por el paso del tiempo. Pero esa sensación de antigüedad es de la que me acuerdo, y esos trozos perdidos o desgajados de imágenes y cuadros pintados al fresco es lo que me sumerge en la atmósfera de otras épocas históricas. Ese ambiente medieval, apagado y algo lúgubre como era la sensación de estar en aquel lugar, donde se administraba Justicia con su mesa del Tribunal, los bancos y los escudos de colores del patio es de lo más interesante de destacar.

Por fin Nicoleta nos habló de pasada del elegante y acogedor Palacio del Ayuntamiento, situado a la derecha del Baptisterio o del Palacio de Justicia, que hoy alberga el Museo Cívico, edificio señero de la ciudad construido en 1294, y que era el contrapunto del poder religioso enfrentado al poder político y administrativo.

Luego, Nicoleta nos dio, mejor será decir nos concedió, un paréntesis de una media hora libre para tomar un café o ir al servicio, y varios de nosotros fuimos a la cafetería que se encontraba debajo del mismo Palacio del Ayuntamiento.

Amplia plaza toscana, esta de la ciudad de Pistoia, donde encuentras de todo, y donde la visión se abre por todos los sitios desplegando una sensación de bienestar, unas emociones que nos llevan a otras épocas, y para los que amamos la antigüedad y sus edificios históricos todo un ejemplo de ambientarse en un mundo diferente, con un sentimiento profundo y lejano, tomando el espacio y el tiempo como si fuera un sentimental juguete de metal o de plástico, de aquella nuestra niñez, pues los sueños comienzan a ser verdad, cuando desde niños o adolescentes descubrimos que nuestro futuro es así, o asao, de otra manera, pero quizás el germen de lo que seremos después está allí, en esa mirada perdida en el tiempo de la añorada niñez.

Nuestra estancia en un suelo que pisaron otras gentes, otros pueblos, y la reunión en la que quedamos de estar, en esa plaza del Duomo, tan acogedora, tan amplia, tan llena de historia, tan maravillosamente románica y gótica, es un modelo para que la mente y el espíritu se unan y formen una unicidad en una visión antigua, creando una atmósfera que nos lleva a otras épocas, a otros tiempos, con otros modos de entender la vida, de actuar y de hacer con otros elementos históricos distintos de los actuales, formando un sueño, una extraña vivencia, un ejemplo de arquitectura diferente, y una

sensación de otros mundos con aquellos moldes escultóricos y pictóricos que caracterizaban al mundo medieval.

Después todos los viajeros al mando de Nicoleta nos encaminamos por varias plazas y calles hasta el lugar donde nos había dejado primeramente el autocar, es decir, íbamos en retirada, y que en cuanto a mí, con más pena que gloria, me sentía ya melancólicamente ensimismado por la contemplación de aquella urbe medieval que me había llenado, que me había ilusionado y enfrascado en otros mundos, sobre todo medievales.

Y recordé aquellas palabras de Stendhal, en aquellos viajes que recorrió en el siglo XIX, y que abrumado por tanta belleza que envolvía todos los lugares y rincones exclamó la enorme causa que era juntar las emociones que producen en el alma aquellas visiones con las sensaciones celestiales de las Bellas Artes, donde los sentimientos terminan de hundir al espíritu en un abismo de felicidad y bienestar casi no deseado. O cuando Rainer María Rilke nos cuenta en su juventud madura cómo se nos muestra esta región de Toscana envuelta no solo en misterio sino en callada y sublime elocuencia, con una fuerza impaciente donde las piedras brotan a los cielos como antorchas y portaestandartes en busca del horizonte celeste.

¿Y dónde estaban las gentes de la ciudad de Pistoia? Desde luego no mirándonos a nosotros como bichos raros o descarriados turistas que van y vienen sin dejar sentir en la ciudad sus cuerpos sudados por el sol y el desgaste de su esfuerzo en recorrer todos los monumentos, sitios pintorescos o edificios singulares sin dar rienda suelta a su imaginación, creando esas fantasías que también a los habitantes de allí una vez les cautivó y les hizo crear esas formas arquitectónicas o artísticas para disfrute de ellos y de las generaciones siguientes.

Pero las gentes de aquella ciudad también vivían y recorrían las calles para comprar, por la mañana las viandas y alimentos para pasar el día, otras personas se afamaban por vender en los comercios y tiendas, o en los puestos de algunas plazas y calles, todos los géneros y prendas, frutas y verduras, artilugios históricos, libros o flores, bisutería y orfebrería sencilla. Otros individuos estaban en los talleres y fábricas, en los múltiples y variados viveros, como grandes hormigueros coloristas de vegetales y flores y árboles para instalar en parques, jardines, campos, montes, bosques o praderas.

Y allí estábamos nosotros para llenar esas calles con la estructuras de otras épocas y de aquellos tiempos lejanos, ahora cercanos a nosotros como si nunca hubiesen dormido o muerto, sino que cada mañana o día revivían con el enjambre de turistas o nuevos visitantes, no solo para admirar esas obras artísticas sino para soñar como unas gentes supieron estar a la altura de los tiempos, y realizar obras y estructuras que ahora nos parecen de una

belleza y de una manifestación simpar, y tan natural como si la lógica de los tiempos se hubieran detenido en los libros y en las fotografías, para que nosotros lo pudiéramos ver y observar, sentir y soñar, admirar esos detalles inadvertidos, y contagiarnos de aquella mágica actuación que los antiguos también sabían realizar.

Y así divagando en estos pensamientos llegamos a la Vía Cavour donde algunos puestos y tiendas competían entonces con las obras de remodelación de la calle y plaza adyacente para hacerse un hueco en ese marasmo que era el levantamiento del suelo, y para que el cemento y las losas de piedras nos les invadiesen las puertas de los comercios.

Entonces divisamos una original iglesia, con una fachada insólita y notable. Era un templo con delicada ornamentación en franjas blancas y negras en armonía forzada. Era el templo de Giovanni (Juan, como podréis haber ya imaginado) Fuorcivitas. Un edificio del siglo XII, con una sola nave interior y una fachada toda longitudinal casi toda ella ciega, y que desde lejos nos pareció ya cerrada al culto y a las vistas tanto turísticas como locales.

Pero según nos aproximábamos al lugar una exclamación súbita de Nicoleta nos sacó de nuestra observación.

- Tenemos suerte, qué casualidad, todavía está abierta al público.

Yo respiré profundamente, a comprobar que todavía quedaba una cosa que aún visitar. Y la verdad es que recomiendo su visita y contemplación de las cosas que hay allí.

Lo que más llama la atención cuando uno se acerca a Giovanni Fuorcivitas es su particular y alargada fachada, con su flanco norte decorado con franjas de mármol y con un bonito relieve románico en su único pórtico de entrada hacia la calle. Un pórtico en el que sobresale, según nos explicó la guía, su “Última Cena”, y que según inscripción en el mismo dintel fue obra del mencionado ya maestro Gruamonte en 1162. Allí veíamos también esa notable disposición de las franjas a rayas como las cebras de países africanos, esas altas arcadas ciegas de la planta baja, y las dos hileras de galerías de altura menguante, con rombos hundidos dentro de sus arcadas y ventanales estrechos y dimensiones estilizadas con motivos geométricos. Y en la Sagrada Cena destacar la posición de Judas, arrinconado y debajo de la mesa, a una escala diminuta, por su maldad, en comparación con Jesús y sus demás apóstoles a una proporción mayor.

En el interior nuestra sorpresa fue también mayor. Era una iglesia en el fondo sencilla, poco iluminada como todas las iglesias románicas de la época. Pero con algunos importantes detalles que Nicoleta nos explicó con cierta vehemencia, y eso era esencial.

En el centro del pasillo central y hacia atrás hay una magnífica y solitaria pila bautismal de la escuela de Nicola Pisano. Solo ella es un ejemplo del renacer escultórico de aquella época y en aquella zona de Italia. La pila de agua bendita tiene un solo pilar formado por personificaciones de las tres virtudes teologales - fe, esperanza y caridad -, mientras las cuatro virtudes cardinales - prudencia, justicia, fortaleza y templanza – adornan la pila.

Pero eso no lo es todo. Algunos libros ponen de relieve que Pistoia ( Pistoya en castellano) era la ciudad de los púlpitos. Aparte de este que comentamos a continuación hay también otro en la Iglesia de san Bartolomeo in Pantano, esculpido en 1250 por Guido de Como.

Este que vimos en San Giovanni es del dominico Fra Guglielmo, discípulo de Nicola Pisano. Este púlpito desde donde los frailes exhortaban a la oración, a la piedad, a la misericordia, y a seguir a Jesucristo con los evangelios en la mano, es de forma rectangular arcaica, mostrando en el frontal escenas como el Lavatorio o la Crucifixión, la Lamentación y Cristo en el Limbo; a la izquierda se puede observar la Anunciación, la Visitación, la Natividad y la Adoración de los Reyes Magos; y a la derecha se puede ver la Ascensión, María y los apóstoles, Pentecostés y la Dormición de María. También es significativo el atril que hay en el centro del púlpito y que se apoya sobre el buey, el león, el águila y el ángel, símbolos estos de los cuatro evangelistas.

Entre otros detalles que se pueden ver, eso sí, hay que saber que están allí, buscarlos y observarlos, son la llamada “Visitación” realizada en terracota vidriada, obra del genial y también ya mencionado, Luca della Robbia, en la que expresó de un modo conmovedor la diferencia de edad entre las dos mujeres embarazadas.

Y por último resaltar el políptico con la Virgen, el Niño y varios santos, obra de un discípulo del maestro Giotto, el pintor Tadeo Gaddi, realizado a mediados del siglo XIV.

Y después con la barriga llena de monumentos, de edificios llenos de anécdotas e historias, de arte hasta en la sopa, con las piernas cansadas y el estómago vacío. Pero esa excursión era única y valía la pena hartarse y azorarse porque luego el tiempo se vuelve remolón y olvidadizo, y quiere visitar otros zonas nuevas, otros países distintos, otras regiones diferentes, por eso no se debe menospreciar, algo que será, quizás, ya único en nuestras mentes, en nuestras memorias, y cuyos recuerdos solo se mantendrán si uno quiere y ama esas cosas.

Y que mejor amor que conocer una ciudad, como si fuera nuestra novia excelsa y única, o nuestro libro preferido de viajes, ese que te hace recordar siempre los mejores y únicos momentos vividos, llenos quizás de clandestinidad, de besos furtivos e inesperados, cuando eras más joven y

disfrutaste de aquellas imágenes que solo la cámara fotográfica o el video de películas te podrán volver a mostrar, para que sigas soñando, como si el pintor Dalí todavía estuviera siempre presente para hacerte un cuadro surrealista, onírico, sensual, profundamente amable y lleno de ilusionadas vivencias. Esas que te hicieron perder el sentido y querer buscar la añorada felicidad a través de un espacio perdido en el tiempo.

\*\*\*\*\*

Luego nos fuimos a almorzar a un restaurante, cerca de la urbe, donde nos sirvieron con cierta amabilidad respetuosa y distante como son las comidas turísticas servidas en esos restaurantes donde no se puede apreciar la mesa sibarita, pero sí captar la gastronomía regional, cumplida, sencilla y justa, de dar de comer a unos viajeros, transeúntes del tiempo y del espacio.

Las mesas eran las típicas y tópicas de esas excursiones que llegan a la Toscana en busca de tanto arte, tanta belleza y tanta sublime emoción. Mesas circulares como las de la película “Habitación con vistas” del director James Ivory, basada en la novela de E. M. Forster, donde muestra un hostel donde comen los clientes en unas mesas donde el círculo hace la reunión perfecta, pues la circunferencia dicen que junto con el círculo interior es la más fiel, sensible y bella de las formas geométricas. Allí los comensales reunidos en una misma y grata comunión, como lo hicieron Lucy Honeychurch y su prima Charlotte en el filme anterior, y donde pone la punta y la coletilla de la conversación el bueno e inocente padre de George Emerson, dando a la mesa cordialidad, entretenimiento y dinamismo.

Todos los comensales alrededor de una mesa como si los caballeros y las damas de la mesa redonda tuvieran el privilegio de ser modelos de convivencia, orden y conocimiento mutuo.

Y esa costumbre de lo antaño, del siglo XIX, como era la TOUR británica en Italia, había conservado esa disposición servicial a la hora de comer cuando las gentes visitaban los monumentos y las bellezas de Italia, como antiguo germen de la civilización europea.

Pero, dejad esas cosas que el hombre aprieta, y una buena mesa llena de manjares y buenas viandas era la delicada conclusión a esa estupenda e inolvidable visita a la ciudad medieval de Pistoia.

Era un día de verano de aquel mes estival, concretamente el día 31 de agosto de 2012. Un autocar de turistas con hambre y sed de arte y de gastronomía, nos disponíamos a comer lo que bien nos pusieran en la mesa. Eso lo hicimos durante toda la semana que duró nuestra excursión de la agencia Cóndor por la región de la Toscana.



Y la verdad es que comimos bien, no de lujo ni con los placeres sibaritas de unos turistas de dinero o de mejor placer o mucha riqueza, pero si comimos bien, diríamos espléndida y correctamente bien, y muy favorable en la puntuación final del viaje.

Yo, en otras anteriores visitas a Italia, la pasta había sido la reina de la cocina. Pasta de fideos, de espaguetis, de macarrones, de pizzas, pasta de todo y para todos. Y es que en Italia, la madre de la pasta había buena pasta, pasta de calidad, agradable, de muchos colores y gustos, pasta de buen sabor y mejor consumo. Y no se podía despreciar un inigualable alimento como una exquisita pasta toscana.

Pero aquel día no fue la pasta como el primer plato, tan rico y sabroso que así nos lo esperábamos. Pero, las sorpresas en el comer fueron una nota importante en aquel viaje por la Toscana italiana. Había pastas al huevo rellenas de estupendas masas de carne o de pescado. Con quesos y verduras que estaban como para chuparse los dedos. Pastas con pimientos, jamón, champiñones o aceitunas, todo un producto que está como el mejor manjar del mundo. Y hasta los panecillos, eran muy ricos, o al menos eso nos parecía a nosotros, pues nuestro estómago pedía algo que comer y si era algo bueno mejor que nada. Y como a “buen hambre no hay pan duro” como decían nuestras abuelas, pues el apetito y los jugos ya eran los que eran. Y punto. Y como tardasen en traer los primeros platos, se hacía corte al pan con las manos y con los dientes comenzábamos a triturar esos tiernos panecillos, esos pequeños alimentos que nos sabían a gloria bendita. Como si la Heidi suiza estuviéramos viéndola allí presente.

Pero, como decía antes, aquel día el plato fue diferente, lleno de sorpresa y marcado por un exquisito paladar cuando los vimos y nos los fueron poniéndolos en irregular orden por las mesas con manteles redondos y rojizos. A cada uno de nos dio un “cacciocco” en una cazuela de metal. Una caldereta de pescado, con morralla de peces menudos, pero sabrosos y buenos, como escorpina negra, congrio, cigalas o focha. Acompañadas de jibias y sepias, en una estupenda y verdosa aceite de oliva del lugar, con unos tomates de pera pelados y troceados y cocidos a fuego lento durante diez minutos, con hoja de laurel, vinagre y un vaso de vino tinto como indispensables ingredientes, para que los jugos gástricos nos hicieran ya tilín doble, y se callasen cuando las primeras tomas hicieron que un hondo silencio reinase en el comedor. Todos sabíamos que ese profundo silencio era el principio de una buena comida en un buen restaurante toscano, en el alfoz de Pistoia.

En segundo lugar, para no parecer un inexperto meître, fue un plato individual de una chuletillas de carne vacuno a la brasa, como un redondo bien condimentada con sabores y especias para olvidarte de la espesa carne,

todo ello regado con un “chianti” joven, como un caldo de vino tinto de primeras bondades, de uva de “sangiovese”, elaborado tan pronto como es posible tras la vendimia de octubre, y posteriormente metidas en barriles de roble.

Y hasta nos supo a poco por lo bueno y rico que estaba. Menos mal que luego a los postres nos dispusieron unos pedazos de tartas, con hojaldres en sus lados. Nos sirvieron dos tartas distintas. Para unos fueron las novedosas “torta di riso”, una tarta de arroz acompañada de sencillas salsas de frutas. Para otros pusieron otro postre diferente, y nunca sabré el por qué, seguramente porque los dos eran buenos y ricos majares para terminar una amena y singular comida, y fueron unas “castagne ubriache”, unas castañas, cubiertas con salsa de vino tinto, y con unas sabrosas natillas, quizá este último manjar era hecho para apreciados varones, lo digo en plan de broma, y el primer postre para bellas y distinguidas damas.

La verdad era que al final todos nos sentimos satisfechos y satisfechas de la buena acogida que nos habían ofrecido con esa estupenda y sorprendente cocina toscana.

-----  
-----

Fin

**Ñ) DÉCIMO SEXTO CÍRCULO CONCÉNTRICO DEL TRECENTO**

CANCIÓN LIBRE A LOS “PISANO”

Por Paolo Rinaldi de la Universidad de Pisa

- EL PADRE NICOLA PISANO muestra su quehacer estético sobre el PÚLPITO DEL BAPTISTERIO DE PISA + Y EL DE LA CATEDRAL DE SIENA.
- SU HIJO, GIOVANNI lo hace sobre EL PÚLPITO DE PISTOIA + Y EL DE LA CATEDRAL DE PISA.

CANCIÓN A LOS PISANO

La ESCULTURA es un buen arte  
Y Nicola la recreó cuajando piedras de encanto  
Entre bellas molduras de santos.  
Belleza de honor es la escultura  
Silueta del alma en los Pisano

Deleite y orgullo en la hermosura  
Canción que plasma en las figuras  
Esculpiendo los sueños de su infancia.  
La fuerza de la energía contenida  
Cantarla merece su dignificación  
Con un anillo del aire en la textura.

Del púlpito santo sale la palabra  
Del religioso en su morada  
Embriagando con sus trazas a los pacientes fieles.  
Espacio de cielo donde prima  
El sentir de la piedra hecha labra.  
El amor del hombre haciendo traza  
Con el corazón de cristiano en alza  
Incrustando luz y arte en la conciencia  
En el alma de los que escuchan  
Inundando de imágenes el círculo con sus destellos.

La fuente da agua pura y luz del cielo  
Escultor de mármoles sagrados  
Su barrena deslizante en un mundo nuevo  
Cincelando su sueño de maestro  
Manantial con un círculo diáfano  
Que muestra el espejismo clásico  
Y sarcófagos etruscos o romanos  
Le enseñan el camino de la gloria a Dios  
Con toques de cincel bravo

Entre roces de bellezas palpitantes  
Que hablan de magníficas soledades.  
De trabajo duro, sacrificado, anónimo.  
Versos hechos piedras de mármoles  
Poesía que se desliza al tacto,  
Suave e íntima, profunda e insólita.

¿Por qué no ensalzar la buena escultura?  
¿Qué tiene de mejor la febril pintura?  
Si la piedra se talló con hermosura  
Un Miguel Ángel allá en los Esclavos,  
O en la Piedad, o en el Moisés tan dramático.

Nicola Pisano innovó lo tangible de las rocas  
Su serenidad y su calma.  
Cinzel y alma al unísono  
Chispa volante al tallar la roca  
Piedra viva cargada de ilusión y fantasía,  
Fantasía de otros mundos clásicos,  
Que es lo eternamente perenne.  
Intuyó las figuras de sus seres  
Mejóro las siluetas de sus ceras  
Acarició los rostros de sus almas.

JOSÉ LUIS ESCUDERO VÁZQUEZ

Compuso escenarios bíblicos

Figuras de plasticidad y armonía.

En el Baptisterio de Pisa (1260)

Hexagonal magisterio,

Ya fluye el ansia del Renacimiento.

La necesidad de beber en nuevas fuentes

De comer nuevos panes.

Allí donde los fieles eran bautizados

Con agua y la palabra expuesta

Desde su diáfano púlpito

Plasmando, tallando,

Reminiscencias antiguas, y góticas

Pero con realismo y dignidad

Con inteligencia y dinamismo.

Fraguando esculturas serias, cuadros impolutos,

Majestuosidad a fuerza de cariño,

De tacto y dibujo,

De color interior y fuerza expresiva.

Un relieve donde tres leones sustentan pacientes

Las basas de las columnas rígidas

Y seis estatuillas de figuras bíblicas.

Melodías hechas con piedras bellas

Estatuillas de héroes bíblicos

Imágenes de Anunciación,  
Natividad que palpita  
Con la Adoración de los Reyes Magos  
Toda una pléyade de rostros, de expresiones.  
Luego, en el púlpito grandioso, espectacular  
De la catedral de Siena  
Donde la tradición medieval  
y los nuevos usos grecorromanos  
Imbuidos de sabia inteligencia y buena destreza,  
Realizan el panorama de usar la fuerza de la sensatez,  
Un púlpito con planta octogonal  
Nueve columnas de granito, pórfido y mármol verde  
Soportando la docta cátedra  
Modelo de entusiasmo y sensatez  
Firme encanto en el hermoso pretil.  
Crucifixión doliente y serena  
Personajes bíblicos apiñados en una multitud de ensueños  
Escenas de misterios y de magia clásica  
Alegorías y virtudes  
Y un camino hacia la salvación y la redención.  
Sostenidos por columnitas llenas de frescor  
Sueños en el suelo o en las grupas de los leones.  
De sensación etérea

Buscando la perfección, la solidez, la autonomía.

Giovanni, hijo carismático,  
Fue más llamado  
A crear un patetismo más complejo  
En templetes cargados de dinamismo  
En las cátedras llenas de mensajes  
Con pretilos hechos a fuego y piedra  
En la catedral de Pisa  
Mármoles hechos soles, bellezas del otro espacio,  
Sensibilidad del alma en el cuerpo del púlpito sagrado  
Nacimiento de Jesús compacto,  
Sensible Matanza de los Inocentes santos  
Los escogidos y los condenados en el Juicio Último  
  
Singulares obras bajadas del culmen olímpico  
Honorable púlpito de Pistoia  
Con imágenes que quieren escapar por sus poros rocosos.  
Donde la luz se alza desparramada  
En los confines de de su estructural hexagonal  
Clamando al cielo su sed de gloria, de sacra expresión.  
Placas que suenan a legados romanos



Notas que expresen realismo y patetismo

Dramatismo del presente

Lirismo hacia el futuro

Materialismo del pasado.

Blancos mármoles de ensueños gloriosos.

Que resurgen de la nada.

Que expresan divinidad en piedra.

Jugando con sus formas de relieves claros

(Tú eres Pedro (Piedra) y sobre esta piedra edificaré mi iglesia)

Detalles en escenificaciones bíblicas

Giovanni resucita de las cenizas de su padre.

Giovanni es violencia, genio descompuesto.

Materia gris del universo

Tempestades de nebulosas

Mezcladas con compactas pasiones.

Divinos relieves con el Nacimiento de Jesús

Descomposición en el Sacrificio de la Cruz.

Púlpito de la catedral de Pisa

Envuelto en álgidos dramas de nervios sangrantes

Escenas compactas de mármoles sagrados.

Fuerza expresiva de calidad sublime

Cariátides como columnas de glorias verticales

JOSÉ LUIS ESCUDERO VÁZQUEZ

Personificación de la ciudad de Pisa

Envuelta en águilas imperiales

Y en virtudes cardinales.

Gestos de vehemencia y energía

Salidas de los confines de la imaginación

Padre e hijo, junto con su discípulo Arnolfo di Cambio.

Los "Pisani" italianos, semilla de escultores

Que imitaron a Dios en su creación.

Creó a Adán del barro de la tierra

Como un ser humano lo esculpió,

Y así Dios fue el Primer Artesano,

El primer tallista y escultor de la Creación.

Una escultura bien hecha y con pasión

Es un donpreciado

y ejemplo de divina admiración.

FINAL

José Luis Escudero Vázquez

León, noviembre de 2013

\*\*\*\*\*

## O) DÉCIMO SÉPTIMO CÍRCULO CONCÉNTRICO DEL TRECENTO

LUCCA. LA URBE DEL DIAMANTE DORADO.

Por José Luis y Juli

LUCCA. LA GEMA DESCONOCIDA.

### LUCCA, LA GEMA TOSCANA

Nos pareció, al principio que LUCCA era una ciudad sencilla, espontánea, calladamente laboriosa. Engarzada como una gema, como un diamante bruto. Lleno pureza interior, en torno a un espacio de fortaleza segura, e intacta. Luego un diamante dorado.

Sin petulancia ni altivez. Con la elegancia y raigambre que da el paso del tiempo otoñal y del recuerdo que acapara la memoria. Lucca, una ciudad medieval de base romana.

La urbe con vestigios de los latinos y de las gentes medievales. Toda una serenísima y ataviada dama de la corte medieval.

LUCCA, una insólita ciudad italiana reconstruida entre los siglos XII y XIII, con un encantador estilo románico de trazas pisanas. Luego, toda una elegante doncella del Renacimiento italiano.

Una ciudad entre la fascinación y la magnificencia.

Cuando llegábamos a la ciudad con el autocar de ruta turística (por qué negar la evidencia de nuestro viaje), se confabulaba en nuestro interior un

espejismo más mental que visual, justo en una desconocida ciudad de la Toscana.

Todo nos sugería ir en dirección de una impoluta voluntad por encontrar el misterio de una urbe a la que pisábamos el suelo por primera vez. Era LUCCA. Queríamos saber si había una ciudad en la que el cielo se juntase con la tierra. Una ciudad plana, de superficie longitudinal, sin apenas altozanos. Era distinta de otras ciudades construidas sobre colinas toscanas. Lucca. Con un horizonte de claridad, diáfano. Recorrida a pie. Recorrida en bicicleta. Un porvenir poético dentro de la muralla, con la esencia de la verdad. Con la fragancia italiana oliendo a hierbabuena.

Y sus calles recónditas, estrechas, íntimas, como escondidas de las miradas ajenas. Callejuelas como salpicadas de racimos de uvas, y con sabor a pan y leña. Con el propio aroma de Lucca. Tan peculiar y distinto al de otras ciudades italianas.

Un viaje en autocar de una semana de duración por la Umbría y la Toscana, con entrañables compañeros y compañeras de fatigas y llevaderos sacrificios. Infatigables amigos y amigas de un viaje selecto por la añoranza de un tiempo pasado, casi imperturbable e impávido.

Casi todos los viajeros de esa excursión ya habíamos venido a Italia alguna vez. Y, ahora, estábamos en Lucca. Antes, en los días anteriores, ya habíamos visitado Roma. Y Orvieto. Y Todi. Asís. Perugia. Gubbio. Urbino. Arezzo. Siena. San Gimignano. Siena. Florencia. Y por último sería Pisa. Y aquí en la ciudad de Lucca con la Puerta de san Donato y el paseo arbolado de la muralla.

Nuestros pies algo cansados y un poco agrietados de tanto caminar. Pero aún aguantando el discurrir de calles, plazas y urbes. Con nuestros corazones aún ilusionados. Felices de encontrar una nueva ciudad con la que degustar el devenir de la Historia. Mostrar la curiosidad por La Geografía. La Gastronomía. El Arte y la Cultura. Por ver o visionar una nueva página de la película de la Umbría y la Toscana.

Y nuestra mente en plena ebullición artística, cultural, mediática.

Era de madrugada cuando partimos desde Florencia. El reloj marcaban ahora las diez horas. La mañana se presentaba cálida, sosegada. Las flores de sus jardines ya perfumaban las calles, y las plazas de la ciudad.

El autocar nos dejó afuera del recinto amurallado. Antes de penetrar en la ciudad histórica. Los imponentes muros (formaban ahora un sistema defensivo en diamante) nos miraban con vanidad, con desgarrado desparpajo. Casi con desprecio. Por ellos corrían la penetrante sangre del tiempo, con esa innata soberbia y altivez que da el barniz del tiempo en unas sólidas murallas antiguas. Solemnes. Impertérritas. Indiferentes a inquinas políticas y a las maldades humanas. A las maquinaciones foráneas. Murallas que disfrazaban de astucia su misteriosa solidez. Con sus piedras remotas, de arrogancia y templanza al mismo tiempo. Una mezcla insolente. Una combinación fuera del tiempo y del espacio.

Nuestro autobús quedó varado en las afueras de la urbe toscana. Fuera de las murallas medievales. Luego, todos los excursionistas salimos de nuestros asientos, y nos encaminamos a pie, para pasar por un gran arco triunfal. Y penetrar, después, entre una arteria estrecha y larga, en una calle transitada por habitantes naturales y foráneos. Recorriendo la vía entre pequeños edificios verticales que nos miraban desde arriba con cierta desconfianza como por querer invadir su intimidad.

Calle con un sinfín de tiendas antiguas, comercios de quesos y de vinos, establecimientos de la alimentación cotidiana, pequeños bares, medianos emporios artesanales, casas con entradas porticadas.

Nuestros pasos físicos no iban parejos con nuestras miradas pensativas. Nuestros ojos se paraban cuando nuestros pies aún seguían caminando. Los viandantes se detenían mirando a un ritmo distinto, irregular, las curiosidades y cosas que mostraban las tiendas y comercios.

Todo el grupo íbamos, al principio, más o menos compacto. Se veía, y se notaba que éramos un grupo turístico. Y quizás, a lo mejor, notasen que éramos españoles, desde Madrid hasta Burgos, o desde León hasta Sevilla. Un grupo, vamos, interracial y heterogéneo.

Todo nos llamaba la atención. Era una curiosidad congénita, el conocimiento de otras cosas distintas en una urbe diferente. Una destreza turística especial, una selección natural y autónoma, adquirida a lo largo de los años, adquirida con varios viajes nacionales e internacionales.

Y con nuestros cerebros, nuestras inquietas neuronas, comparábamos, involuntariamente, o caprichosamente, los productos u objetos cotidianos o artesanales de esta ciudad de Lucca, con las mercancías o productos de nuestra ciudad de origen. Nosotros con las tiendas o establecimientos comerciales, o artesanales, de León.

Juli y José Luis permanecían con las miradas atentas a cualquier novedad, a todo lo que resultara diferente, peculiar. Un ojo avizor para allí, y una mirada especial para allá. Así, nosotros contemplábamos los usos y las costumbres de las gentes de la urbe toscana, personas como nosotros de carne y huesos, gentes diversas que caminaban a nuestro lado.

Estábamos, a su vez, pendientes de las explicaciones de nuestras guías, la siempre amable y servicial, señorita Ana, y la nueva guía de esta ciudad, Lizabetta. Y que contemplaban, a su vez, cómo manteníamos la atención y la curiosidad en las cosas, a veces, más insignificantes. Que veíamos en nuestro discurrir por entre unas calles adoquinadas y con sabor a añeja antigüedad. Que era lo que más nos gustaba.

Doble juego este, de estar pendientes los unos y de otros, de azuzar nuestras miradas en muchas direcciones. Observaciones que se realizan cuando se va en una excursión colectiva. Un interés por saber más que el viandante autóctono.

Los aires de la ciudad nos hicieron comentar algunas cosas peculiares.

- Qué ciudad tan especial es Lucca.
- Se agradece pasear, caminar sin agobios, y contemplarla a estas horas tan frescas de la mañana.
- Sí, es un estímulo para el espíritu.
- Y un relax para el futuro esfuerzo que tendremos, luego, que soportar durante todo el día.

Al cabo de unos minutos estábamos pasando por la plaza de san Miguel. Me gusta utilizar las palabras y vocablos propios de allí por donde viajamos. Observando la Piazza de san Michele in Foro. Porque aquí, en este espacio estuvo en tiempos de los romanos el Foro de la urbe.

Decir, que en una segunda vuelta a la ciudad, veríamos en interior de san Michele con su magnífica románica. Recuerdo que había una gran afluencia de gente. Recorrimos sus desconocidos espacios interiores, junto a otros turistas o viajeros que observaban como nosotros, tanto el deambular de otras personas desconocidas como los elementos artísticos, capillas laterales, gruesos pilares y columnas, el altar mayor, y esas naves del templo que se alzaban ante nuestros ojos elevándose hasta el cielo.

Recordamos el cruce también con personas de nuestra excursión y con otras tan desconocidas como ajenas a nuestro caminar.

Pero de todo se aprende y de todo gusta conocer.

Una ciudad es también una colección de virtudes y pecados. De esplendor y de ruina. De gloria y de desolación.

Una urbe, cualquier ciudad, desde sus comienzos hasta el final de los tiempos es una retahíla informe de los cuatro elementos griegos que trazaron la arquitectura y su urbanismo, la sublime y solemne plástica, el respirar con sus frondosos bosques, y la mente y el espíritu de un pueblo. Tierra. Agua. Aire. Fuego. Empédocles, el de Agrigento. Al Sur de Sicilia. Siglo V antes de Cristo. La Magna Grecia.

Todos unidos y luego desunidos conforman el suelo y el subsuelo, la superficie y el cielo de lo que será su terruño, su singular alma, su peculiar música, su luz, sus fuentes, sus caprichos y sus desórdenes.

Parirán furias y monstruos. Rayos y truenos. Titanes y genios. Y luego las tormentas se harán serenidad, quietud, remanso de paz. Ciclos furibundos y periodos de progreso y bienestar. Alternativas como la misma naturaleza que lo sugiere o lo manda. O como la vida misma lo impone.

Y que nadie se llamará a engaño. Todo en la Tierra y en el Cielo es cíclico, sistémicos, repetitivo. Como un periodo menstrual en la mujer. Como un

niño que llora antes de mamar. Con la Luna en sus cuatro fases: cuarto menguante. Luna Nueva. Cuarto creciente. Luna llena.

Y siguiendo al pensador Empédocles diremos que:

“El hombre también se compone de cuatro elementos.

En el cuerpo dominan la tierra y el agua.

En el alma imperan el aire y el fuego”.

La luna marca su ritmo en los vientres femeninos. Las estrellas imponen su luz como galaxias etéreas. El destino impone al hombre su otra cara, aun la que no quiere o desea tener. Las fuentes manan el líquido vital de subsistencia.

Y el Sol marca para este hemisferio terrestre las cuatro estaciones del año. Primavera. Verano. Otoño. Invierno.

Y Lucca en cuatro dimensiones. Su muralla diamantina. La iglesia de san Michelle in Foro. La torre de los Guinigi. La catedral de san Martino.

Y la casa, academia y museo, de Giacomo Puccini: Tosca. Madame Butterfly. La Boheme. Turandot. Encanto en su música diáfana. A veces, dolorosa ternura. La ópera en estado puro. La visitamos por el exterior, y oímos los sonidos musicales que partían de sus aulas. Música llena de sensibilidad. Y de lirismo. Y la entrañable y ensoñadora aria, sentimiento y corazón, de “O mio babbino caro”, de la ópera Gianni Schicchi.

Y Lucca tiene mucha naturaleza. Mucho jardín y paisajes de prados con arbolados.

La Naturaleza también se ofrece como víctima y verdugo de sus actos más crueles y sencillos.

Como cuando los furibundos rayos de una inusitada tempestad queman y arrasan con sangre virulenta los secos pastos de los tranquilos campos. Imitando a las inflamables furias mitológicas. Desatando pasiones de calor y de crepitante dolor en los ojos de los humanos. Una singular purificación de los espíritus etéreos.



Y luego, resurge la vida con fuerza y callada violencia. Y con escondidas energías que guardaban en su vientre un parto prematuro. Naciendo la vida de nuevo, e inundando de verdes semillas, de creciente y de álgida luz, las polvorientas superficies de la tierra, en otro tiempo pasto de las llamas y del fuego.

“Fuego que es el dolor del calor.

Lluvia de agua que es el renacer de la vida.

Aire que es la brisa de una matutina imaginación.

Tierra que es la salpicadura de la conciencia del amor”.

Y una ciudad tiene todo eso en su cuerpo, y una energía escondida en el fondo de su alma.

Porque también las urbes tienen fuego, aire, tierra y agua.

Y cuando Juli y José Luis caminan por la ciudad de Lucca surgen los cuatro elementos como los cuatro dioses de las fábulas griegas.

Dos dioses o titanes masculinos: El Fuego y el Aire: Prometeo y Apolo.

Y dos, una diosa, y las ninfas femeninas: La Tierra y el Agua: Deméter, y las nereidas del mar, o las náyades de los ríos y aguas corrientes.

Y envolviéndolo todo como un abrazo cariñoso, la diosa del Amor: Afrodita la griega. La Venus romana. O la diosa egipcia Hathor.

Cuando dejamos estos pensamientos, mitad filosóficos, por qué negar la evidencia, mitad prácticos, por qué negar el dicho aquel que dice “todo en la vida es agua para el que no tiene sed”, nos dispusimos a buscar un lugar cómodo y seguro para almorzar y comer, como mandan los cánones de la dieta mediterránea.

Y allí sentados en unas escalinatas junto a unos palacetes y viviendas del centro de la ciudad, tomamos unos estupendos bocadillos de queso y jamón cocido, con agua refrescante natural de una botella envasada. Y con unas suculentas manzanas por postre.

- Qué bonita ciudad, tranquila y risueña.

- Me gusta por su sencillez, belleza callada y calles adoquinadas.
- Mira allí, ves a una paciente madre, con el cochecito de su hijo, paseando por la plaza entre esos automóviles estacionados.
- Pero apenas se nota que hay vehículos circulando por la urbe. Muchas ciudades tendrían que copiar de ello.
- ¿Quieres José Luis otro pequeño bocadillo, es un sándwich de lomo?
- Gracias Juli. ¡Antes tomaré una barrita de cereales!
- Tómala. ¿Quieres, esta?
- Sí. Gracias ¿Qué hora será ya?
- Las dos y media.

Desde la plaza, donde tomábamos unos sabrosos bocatas, se divisaba el comienzo de la vía comercial de Fillungo, que llevaba, luego, a la plaza del Mercado, en el antiguo anfiteatro romano.

Próspero lugar en otro tiempo rico en fabricación y en el comercio de seda. Y de desarrollo de productos bancarios y financieros.

Así tomando esas nuevas provisiones y energía, y descansando alma y reponiendo cuerpo, tras con anterioridad nos encaminamos a conocer la catedral de San Martino. San Martín, el santo que entrega desde su caballo su capa a un pobre mendigo.

El café de Juli, y el descafeinado de José Luis, los tomaríamos, con posterioridad a la visita catedralicia, en una elegante cafetería y heladería. El lugar estaba en una esquina junto a la plaza de San Michelle.

Atrás habíamos dejado en lo alto del campanario o torre medieval, la de los "Guinigi" las altivas encinas que moran y crecen en su azotea, en la cima de su torreón, convertidas en emblema de Lucca.

Para encontrar la catedral fue todo un poema épico. Una epopeya al estilo griego. Tuvimos que buscar y preguntar a varias personas. No hay que decir que nos perdimos, saliendo casi a las afueras de la ciudad. Dando rodeos como debe ser en unos principiantes o viajeros que caminan sin planos en una ciudad desconocida. Pero el perderse por una ciudad puede ser lo más grato cuando al final encuentras lo buscado. Esa es su satisfacción.

Por fin, divisamos la catedral. Primero por la parte de atrás, pues veníamos de las calles de la santa Croce. Así como una paradoja, tuvimos la suerte de ver la parte externa de la catedral que es su crucero con sus fachadas laterales. Y como lo hicimos al revés, lo último que divisamos fue su espléndida, amplia, y bonita plaza donde se encuentra la entrada principal de la catedral de san Martino, en Lucca.

Todo, maravilloso, como habíamos visto en los libros de textos artísticos, o en las ilustraciones de las guías turísticas.

Juli y José Luis extasiados por la grandeza de la plaza y el modelo de catedral del siglo XI. Un templo románico a lo pisano. Con su fachada de mármoles asimétricos. Y sus columnas helicoidales y arquerías ciegas en tres niveles que emiten misterio y belleza. Estilo pisano y tiempos de gloria y esplendor. Cuando Lucca fue capital de la Toscana, en la época de los godos y lombardos. Y la torre del “Campanile”, como piel vertical irguiéndose casi exenta, como mole altiva, recta, divina. Adosada a su recinto catedralicio. Y segura de su suave campaneó, de su alegre repiqueteo como en una feliz oración de primavera dirigida hacia el Creador.

Y dentro de la catedral hay además dos nombres que sacudieron nuestra conciencia con insólita perplejidad.

El “Volto Santo”. La Santa Faz. Un Cristo de madera del siglo XIII, adorado por los peregrinos medievales y actuales, que creen que fue tallado por el mismo Nicodemo.

Y el “Sepulcro de Ilaria de Carretto”. Obra en mármol, bellísimo, impresionante. Tallado por Jacopo della Quercia entre 1405 y 1406. Representa la dulce joven muerta en su juventud, prometida del noble Paolo Guinigi, con un perro acurrucado a sus pies como símbolo de fidelidad.

Lucca es una ciudad de misterio casi desvelado si buscas tras su piel desnuda. De belleza reposada. De comodidad para el alma. Todo transcurre como si el sol parase sus brillantes rayos de luz y calor para escribir en su cuaderno de Bitácora un himno a la difusión de su belleza.

El breve paseo por las murallas medievales nos abrió el apetito de la curiosidad. Y la curiosidad fue el reflejo de la armonía del espíritu.

- Qué paisaje este de la Toscana de Lucca.
- La luz compite con la sensibilidad del ambiente.
- El paseo por el interior de sus murallas es como una delicia turca.
- Y, el aroma de la ciudad, juli, es como oler un sueño con retorno.
- Se siente, José Luis, el aliento del cielo bajando por las etéreas nubes.
- Y la gente va yendo hacia el autocar.
- La hora es la esclava del tiempo.
- Más vayamos, que la nostalgia queda aquí.
- Y su recuerdo nos hará más libre.

Y nuestros largos pasos se encaminaron hacia el magnífico autocar, equipado de buenos servicios, que esperaba en las afueras de las murallas.

Pisa, con su “Campo de los Milagros” nos esperaba por la tarde. Catedral y Baptisterio. Campanile inclinado. Y los dos maravillosos púlpitos de mármol de Los Pisano.

Pero de Lucca nos llevábamos un grato recuerdo, una maravillosa sensación de bienestar. Paz y sangre hirviendo. Y nuestras almas iban ahora cargadas de otras energías. La de una ensoñación plagada de curiosidad e imaginación. Y la de un palpitante ozono con nuevos bríos y universos en su interior.

Lucca, la gema que deslumbra por su pureza, inocencia y candidez.

Lucca, la urbe del diamante dorado.

\*\*\*\*\*

**P) DÉCIMO OCTAVO CÍRCULO CONCÉNTRICO DEL TRECENTO**

EL ÚLTIMO CUENTO DEL DECAMERÓN

- Los milagros no vienen solos, hay que merecerlos -

Por Cesáreo Amigo, profesor de la Universidad de León.

DE CÓMO EL PINTOR DE FRESCOS GHIRLANDAIO TRABÓ AMISTAD CON EL MAESTRO ORGANISTA FILIPPINO DE BOLOGNA PARA INICIAR LA BÚSQUEDA DE CIERTOS LEGAJOS Y DOCUMENTOS QUE RELACIONARA A LA IGLESIA DE SANTA TRINITÁ DE FLORENCIA CON EL PINTOR GIOTTO, Y DE LAS ANOTACIONES MUSICALES QUE ENCONTRARON EN LA MISMA SOBRE FRANCESCO LANDINI, ASÍ COMO UN PERGAMINO SOBRE LA VIDA DE GUILLAUME DE MACHAUT.

Hallábase el pintor de frescos Ghirlandaio por aquel entonces pintando en la iglesia de la Trinitá de Florencia, frente a la Piazza del mismo nombre, junto al río Arno con su famoso puente de Santa Trinitá, uno de los más bellos de Florencia, pues desde allí se podían contemplar excelentes y bonitas vistas de las colinas de la ciudad, como hermosas “veduttes”, hechas para postales o cuadros de turistas adinerados ingleses o alemanes, todo ello situado en el antiguo barrio romano de la ciudad.

El pintor, de nombre auténtico Domenico di Tommaso Bigordi, y llamado por todos Domenico Ghirlandaio, a causa del apodo dado a su padre, por realizar bellas guirnaldas para ceremonias o para disfrutar de la grata plástica visual, y después de regresar de Roma, en el Vaticano donde había primero pintado en la Capilla Sixtina dos frescos, le había sido encargado por Francisco Sasseti, que dirigía la banca de los Medici, seis primorosos frescos, vivos, elegantes, y vibrantes, y a su vez, ceremoniosos y brillantes, que trataran sobre la vida del santo patrón de su onomástica, de san Francisco de Asís, y los milagros acaecidos aquí, en la misma Florencia, la ciudad más hermosa y artística del mundo occidental.

Mucho prestigio y honor había alcanzado este notable pintor, un hombre toscano, alto y atlético, de facciones morenas y tersas, cabello oscuro y recio, ojos de color miel, y cara pensativamente sonriente, con una raya hundida y perpendicular que le marcaba como una ágil flecha una armonía entre cejas y mentón a través de una recta y fina nariz, y manos amplias y largas de pintor florentino. Vestía una indumentaria correcta y mínimamente elegante que le hacía parecer más un rico agricultor de villa romana como un Quintiliano o un Marcial o Juvenal, que un laborioso y sagaz artesano, mejor dicho, ya en esta época que un noble e inteligente artista del primer Renacimiento. Sus frescos los componía con amplias escenas, llenas de sutil maestría, y utilizaba grandes masas y figuras para reproducir acontecimientos bíblicos o religiosos con diversas acciones, abigarradas arquitecturas y nobles personajes tomados de la realidad cotidiana de su tiempo, como ricos burgueses, o gentilhombres, personalidades a los que reproducía con sus rasgos físicos y psicológicos en un ambiente antiguo, y por eso fue famoso y renombrado, y tuvo muchos encargos en su ciudad natal.

Mucho interés tenía el pintor en su obra actual, sobre la vida y milagros del santo de Asís, uno de los frescos era “La ceremonia de la aprobación de la Regla de la Orden de los Franciscanos por el pontífice Honorio III en la Piazza de la Signoria”, por averiguar ciertas connotaciones y relaciones entre él y el antiguo pintor del trecento, puntos de vistas, tal vez diferentes, que tenían ambos sobre el santo del “poverello”.

No solo buscar para verificar ciertas realidades y episodios de la época del santo Francisco, sino también para contrastar documentos ocultos y legajos inéditos depositados, tal vez, en antiguos archivos o bibliotecas del antiguo monasterio de Santa Trinitá, donde se contarán algunos episodios o hechos que pasaron desapercibidos para la mayoría de sus conciudadanos y gentes coetáneas, y que podrían resultar de sumo interés para mejorar o corregir, o mejor iluminar algunos aspectos pictóricos que el mismo Ghirlandaio estaba plasmando primero en los cartones y dibujos preceptivos, y luego con pigmentos y materiales en las paredes al fresco de aquella capilla, situada a la derecha del altar mayor de la iglesia del monasterio de la Santa Trinitá.

El taller que Ghirlandaio y sus hermanos tenían en Florencia había servido para que artistas incipientes de la talla de Miguel Ángel Buonarrotti iniciaran su magistral carrera artística, en una ciudad en la que se respiraba cultura y arte, o se alimentara de la genialidad, originalidad y belleza que palpitaban entre sus venas de roja sangre y de celestial oro, como si la virtud y la sabiduría humana flotaran entre los cielos y tejados de aquella ciudad cuál sensitivas burbujas de aire divino.

Los artistas precedentes habían enseñado maestría, arte e ingenio, y lo habían hecho con sus destrezas y habilidades humanas, con su sacrificio

particular, con su inteligencia, perseverancia y trabajo, así como con una indescriptible fuerza de acción, una energía que parecía surgir de las profundidades del alma misma y de las ruinas antiguas de la civilización griega y romana.

Todo transcurría tanto en la Toscana como en el resto de Italia con normalidad y regularidad, con un apuesto y querido crecimiento tanto en población como entre las actividades mercantiles, culturales y financieras que iban viento en popa.

Y si no llega a ser por la Peste Negra, virulenta y mortal, desconocida y pesadilla de todos, que hizo que unos nobles y artistas, hombres y mujeres de la ciudad del Arno abandonasen la ciudad para vivir en el campo y en las villas rurales, entre bonitos jardines de sus alrededores, lejos de la muerte, pobreza y desesperación de las pujantes y antiguas ciudades todo hubiese proseguido con la seguridad y cotidianidad anterior. Y mientras pasaban esos horrores y la profunda desolación que la propia Peste de aquellos años infligía en los corazones y en las almas de las gentes, y en todos los aspectos de la vida, con el consiguiente debacle económico que arruinó haciendas y destruyó cosechas, mermó las arcas de la iglesia, y a los burgueses y nobles de las ciudades les asoló sus negocios o les privó de sus mercancías y asuntos comerciales, a mediados del siglo XIV, en pleno trecento.

Así, también de la misma manera la desolación y ruina, la mortandad y devastación se produjeron en las mismas filas de artesanos y artistas, que vieron morir y perderse pintores, escultores, artistas de toda índole, y sufrirlo la generación siguiente, en la que los artesanos y artistas se desvanecieron o mermaron considerablemente sus nobles y ricas



actividades, o bien, con la desaparición de muchos de ellos, así como de los discípulos de Simone Martini, de los hermanos Lorenzetti, o de Giotto, a consecuencia de las desgracias y catástrofes mencionadas, hasta que el Primer Renacimiento, en el “Quattrocento” , volvieron a resucitar los modos y maneras del antiguo esplendor y cultura de Grecia y Roma, con un movimiento intelectual como fue el Humanismo en ciernes.

Donatello, Masaccio, o Piero della Francesca, comenzaría a dar fondo y forma a unas manifestaciones artísticas nuevas, diferentes y de naturaleza llena de gran belleza y amor por el arte.

Mas, no obstante, Domenico Ghirlandaio estaba obsesionado con encontrar algún legajo, algún pergamino o documento, que hablase del santo san Francisco de Asís, por si había alguna referencia o legajo que hablase sobre los antiguos pintores como Cimabue o Giotto que habían tratado estos asuntos, o que habrían pasado también, probablemente, por esta casa o monasterio en otras épocas históricas.

Ghirlandaio estaba subido como cada mañana al característico andamiaje de madera que tenía la plataforma donde él y sus ayudantes conseguían realizar la “jornada pictórica” de cada día empleando en la tarea los pigmentos y pastas especiales y adecuados para que el secado de la pintura de la pared fuera todo lo natural y correcta posible.

Pero Domenico tenía también un supremo interés por lo que procedía del extranjero sobre todo del mundo flamenco, y más en concreto a raíz de la llegada a Italia del “Tríptico Portinari”, de Hugo van der Goes con su tabla de “la Adoración de los pastores” donde el vivo y precioso, y atractivo óleo, hacía las delicias de los nuevos pintores.

Un buen día, hacia la primavera del año 1484 cuando ya la obra de fábrica llevaba realizándose varios meses, y cuando la rutina, agobio y el cansancio, hacía a veces muy monótona, cotidiana, y aunque placentera algo aburrida la realización de las jornadas de los frescos en la capilla de la Santa Trinidad, en Florencia, donada por Francesco Sassetti para una obra pictórica al fresco, vino o tocar al órgano de la iglesia un monje franciscano, con gran arte, pericia y ejemplaridad, así como una grata belleza musical en sus toques, motetes y canciones que a veces desparramaba con gran júbilo y ánimo, y sin darse cuenta, por las naves silenciosas de la iglesia de santa Trinitá, haciendo que el trabajo de los pintores fuera más ameno, grato y dirigente al escuchar una música celestial tan bien confeccionada y cantada, que desde los largos tubos del órgano invadían suave, alegre y dulcemente toda la iglesia.

Una iglesia que naciendo románica en el siglo XI se fue transformando en gótica en el siglo del trecento, y que así ahora la veían todos los componentes del Taller de Ghirlandaio, con una nave larga y espacios medio oscuros, con pilares rectos con capiteles de tipo ajedrezados, todo ello dando la sensación de una atmósfera antigua y difusa, como perdida en el tiempo.

- ¿Alguien de vosotros sabe quién es este nuevo fraile que toca tan primorosamente bien el órgano? – dijo Ghirlandaio a sus compañeros de trabajo.

- Me parece que se llama Fray Filippino, que estudió en la Universidad de Bolonia, y que es un experto y un artista con la música coral del “Ars Nova” – contestó uno de los hermanos de Ghirlandaio desde su tribuna

en el andamio, quedando quieto su pincel en las manos por unos momentos.

- Es un fraile – dicen – que su vocación más que el rezo es la música – atestiguó su hermano Giovanni. En dos semanas en las que está aquí en el monasterio todos los días toca unas dos o tres horas por libre. Y en las misas toca en todas ellas. Dicen que tiene permiso del prior para tocar bellas melodías, creo que compone también canciones y “ballatas” o baladas de bella factura cortesana y privada.

- ¡Y canta como los mismos ángeles! – comentó a botepronto, y a boca seca, Gioseffo de Módena, uno de sus ayudantes.

- ¡En fin, que lo tiene todo! – concluyó con cierta ironía el Maestro pintor.

Una tarde de aquel mes de Mayo, el mes en que las multicolores flores y algunos frutos silvestres cantaban con honores, y olores idílico, a La Virgen María por su belleza y bondad, se acercó el organista Fray Filippino de Bologna al lugar donde estaban trabajando, callados, con espíritu recogido, dando buenas pinceladas plásticas con los pigmentos adecuados y necesarios a la pared, dividida en trozos para que durante esa “jornada” se acabase así el material pictórico dispuesto para esa día en concreto.

- ¿Buenas tardes amigos pintores? –dijo con amable cortesía el organista.

- ¡Buenas tardes! – le replicaron algunos de los que trabajaban arriba del andamio.

-¡Buenas tardes nos está dando nuestro Señor Dios en estos días primaverales!, ¿verdad amigo? – le manifestó con un tono suave y de amistad el maestro Ghirlandaio.

- ¿Les molesta si toco algunas veces al órgano de la iglesia? Es que puede más mi vicio por tocar música que el placer por rezar.

Hubo un breve momento de silencio en la sagrada capilla como cuando en una partitura musical viene un silencio que es el anuncio de algo importante.

- Pero también el deleite de tocar buena música, o cantar bellas canciones o tonadas, es un acto de voluntad divina, - continuó diciendo el maestro Ghirlandaio. Una virtud como cualquier otra como la nuestra de pintar escenas y personajes religiosos o bíblicos, que si Dios lo quiere así bienvenido sea, y cuando los cantos y melodías hacen honor como una bella pintura o escultura, al dicho de que valor y precio no son la misma cosa, sino que aquel es más grande que este último, y que solo el necio los confunde en su determinación popular.

- Entonces no hay ningún inconveniente en tocar el órgano para ensayo de mis composiciones, y para deleite grato, tal vez, de vuestros oídos. Así me lo pidió el padre prior que os pidiera permiso – respondió el monje con cara de contento y de sincera amistad. Intentaré hacerlo lo mejor que pueda, y si mi música no es de vuestro agrado, me lo decís, y en paz, paro de tocar, y me voy a rezar.

- No te preocupes, Fray amigo - contestó el Maestro.

- Fray Fipippino de Bologna para serviles y para tocarles al órgano unas gratas melodías y entonar unas canciones bonitas – respondió el monje, y añadió -, y que estas se hagan merecedoras si no de aplauso si de alegría y satisfacción.

- Así que, adelante hermano, y como dice el refrán, solo el necio confunde valor y precio. Nosotros escucharemos devotos y encantados los acordes y armonías que salgan de sus manos y de su corazón, siempre como hemos dicho que sea música correcta, agradable al oído, y risueña y sentida con devoción, para que embargue nuestras almas y nos inspire mejor nuestra paleta pictórica sobre el tema de san Francisco.

Fue así como se conocieron Ghirlandaio y aquel buen monje, mejor músico y todo un ejemplo del buen tocar y del mejor hacer musical.

\*\*\*\*\*

Pero la historia no acaba aquí, sino que en realidad comienza, pues encontrarán la manera de aunar, de conjugar trabajo con placer, de realizar investigación con intereses profesionales, y hasta novelescos. Bella unión en ambos de lo religioso y de lo humano, de lo terrenal y de lo divino, de lo sacro y de lo profano. Dios no está reñido con el tañer musical y el pintar plástico, sino todo lo contrario, que ambas cosas rezuman el loor y la dicha del Supremo Hacedor.

Durante varios días el fraile se hizo merecedor de nuestra querencia. Tañía el órgano con la misma destreza y virtuosismo que le vimos cantar unas religiosas composiciones, que se llamaban motetes, así como entonar bellas melodías, muy profanas y para las que él estaba dotado de gran sensibilidad, ingenio y naturalidad, y que en algunas ceremonias y celebraciones acostumbraban a realizar en palacios, o en mansiones de la

aristocracia o de la rica burguesía, y que le llamaban a él personalmente para acompañar con cánticos y música esas festividades, tanto religiosas como profanas.

Era Fray Filippino de Bologna un monje franciscano humilde y de carácter sencillo, de cara aceitunada y mirada vibrante, el cabello rizado, negro y alborotado, que más parecía un árabe que un cristiano. Su estatura era de gran altivez, y en ocasiones andaba algo desgarbado como si le diese vergüenza caminar recto y serio. Su temperamento era risueño y franco, estaba lleno de serenidad, nobleza y escondida alegría, que solo salía a flote cuando el monje tomaba el órgano y con total confianza tocaba para sus compañeros o amistades, o en las horas de misas para fieles cristianos.

Una buena tarde en que el sol toscano apretaba afuera del recinto religioso y dentro la callada reflexión del silencio se imponía hasta la llegada del fraile cantor, el Maestro Ghirlandaio decidió abordar las buenas y musicales maneras de entender el arte, mediante la pintura, la poesía y la música como se practicaba en la antigua Grecia, y dirigiéndose al monje antes de subir a la base del órgano, y comenzar sus acostumbradas y sabias canciones y acordes melódicos, le dijo cuando el queridísimo fraile comenzaba a hacer sonar las primeras notas musicales que alegraban y estimulaban el espíritu de aquellos avezados y buenos pintores:

- ¡Buenas tardes, amigo Fray Filippino!

- ¡Buenas tardes, amigo Domenico! – le contestó con presteza también el monje, pues su mente estaba en paralelo con sus álgidas manos dispuestas a tocar en las teclas del órgano leyendo las notas y líneas de su

pentagrama mental para explayar su fuerza musical como un torrente ingrátido y locuaz. A lo que el fraile con buen talante añadió:

- ¿Queréis que os toque algo en especial?

- ¡Oh, no, toque lo que desee, creo que a todos nos gusta y nos encanta lo que hace sonar! Pero, quería pedirle un favor, luego.

- ¿Un favor?

- Sí, un pequeño detalle.

- Oh, no dígallo ahora mismo, que si no me hallo después inquieto y desconcentrado pensando en lo que me iba a decir y no me dijo. Sujeto a lo que me quería decirme y no salió de su boca, y estaré inseguro y solo pendiente de sus futuras palabras. Y si no es tan importante y vital lo que me tiene que contar, pues cuando acabe el ensayo, y vaya a orar con el resto de los monjes del monasterio, me lo dirá simplemente, pero si es un asunto básico, serio o importante, o bien sorprendente, dígamelo enseguida, que así ya estaré más seguro y concentrado en la música.

- Bueno depende de su interpretación. Llevo varios días pensando en ello, y sin más se lo quiero decir: Se trata de que me ayude a buscar información y noticias, o algunos detalles, si los hay, de su querido San Francisco, para colegir y comparar, para relacionar su obra y la que pintó Giotto con la que yo estoy componiendo ahora aquí. Así como estudiar y analizar si las notas y comentarios sobre el bueno de Francisco de Asís, cuadran con las que tienen ustedes y su conragación religiosa. Creo que en sus archivos del monasterio, o en la biblioteca de su Orden, haya algún documento, legajo, pergamino o papeles que me ayuden a revisar o cerciorarme de algunas dudas, y a encontrar, y a encontrar si se puede,

una más ajustada y correcta interpretación de la vida y milagros del santo que realizó en esta ciudad de Florencia. ¿Qué le parece la propuesta?

- ¡Buscar documentos, legajos y papeles que hablen del santo en aquella época del siglo pasado, o de si Giotto pintó tal o cual escena, para tratar si no he entendido mal, de ver documentos o pergaminos que hablen de esos acontecimientos que Ud. está pintando en los frescos de la Capilla sobre la vida del santo!

- ¡Sí, eso es! Buscar documentos, o algún otro legajo, que pueda dar otra interpretación a algunos de los milagros o ceremonias que yo estoy plasmando en las paredes de la iglesia.

- ¿Y no está muy convencido de lo que está pintando?

- Pues en parte sí, y en parte no. Por ejemplo, en el milagro que hizo Francisco al salvar la vida de ese niño caído desde la Torre del Palacio de Spini-Ferrolì, aquí en el edificio de la esquina que da hacia el Puente de la Trinita, sobre el río Arno, aunque parece inverosímil, si se puede dar en un niño mediante la intervención del santo varón franciscano que luego le salva la vida. En cambio, otros episodios y acontecimientos quisiera cotejarlos con algún legajo, pliego o documento, si este existiera. ¿Qué le parece?

- La idea es buena, pero tendríamos que pedir permiso al Prior del Convento, y así poder acceder a los archivos y a la biblioteca de la comunidad religiosa.

- De acuerdo. Eso es que quiero realizar. Ver si hay otros documentos que hablen de esos milagros y de la vida del santo en estas tierras – terminó



de decir Ghirlandaio sobre estos problemas que le venían dando vueltas a la cabeza desde hace varios días.

- ¿Qué le parece si cuando termine la música nos vemos abajo?

- Estupendo, fray Fippino, toque primero lo que quiera que hoy todo lo escucharé mejor que nunca.

- Bueno no me diga eso, que entonces creeré que los demás días fueron solo de compromiso.

- ¡Qué va, si toca Ud. como los ángeles, que es una maravilla!

- Pues, ¡Gracias, hombre!

\*\*\*\*\*

No habían pasado dos días, y ya con el permiso y con las llaves dadas por el Padre Prior, Jacobo de Prato, se hallaban ambos, en aquella tarde, manos a la obra, en uno de los sótanos del monasterio, que solo disponía de dos pequeños ventanales en la parte más alta para ventilación y luz natural. Era un lugar muy fresco, oscuro y lleno de algunas telas de araña que colgaban entre las paredes y los libros y legajos, intentando encontrar algo sobre san Francisco, Giotto, o sobre ciertos eventos acaecidos en aquel tiempo.

Llevaban unos quince minutos hojeando papeles y documentos a los que daban poca importancia, pasando por alto otros documentos que les parecieron sin interés para su búsqueda. Se detuvieron, luego, en su afán de escudriñar por doquier en unos anaqueles que contenían ciertos viejos

legajos que estaban metidos en unos cartones algo raidos por el paso del tiempo y por el olvido y cierta humedad del lugar en los días de lluvia, y anudados con un polvoriento lazo de color rojo. Susa dos velas les alumbraban las anotaciones que iban descifrando por los legajos encontrados.

- Aquí pone “Anotaciones realizadas por el organista Bernardino de Avignón, año 1403”. Contiene dos bloques de anotaciones - dijo Fray Filippino despejando uno de ellos, con la mano, unas capas de polvo gris muy pegados al cartón.

- ¡De 1403! Ábralo, pues, a ver qué pone en su interior – interrumpió Ghirlandaio con palabras llenas de desconocida emoción y sorpresa.

- Creo que aquí hay ciertos documentos que pueden ser interesantes, y sería bueno cotejarlos con los encontrados antes en esa otra carpeta de hablaba sobre la Música del Trecento, y sobre no sé qué de la Corte de Avignón, y sobre el “Ars Nova”. Esto sería algo medio prohibido antes, solo hay legajos y contenidos que versan sobre música profana, y poco que cuenten sobre la vida de san Francisco – continuó hablando el fraile con palabras llenas de cierta candidez y reserva.

- Pero eso a mí no me interesa mucho – contestó Ghirlandaio algo desesperado por no encontrar algo más serio e interesante del mundo franciscano, o bien, pictórico.

- ¡Pues, eso es lo que hay! – dijo el monje más contento y satisfecho que el pintor. Mira, lo que pone aquí: “Francesco Landini, hijo del pintor Jacopo del Casentino. Landino que aspiraba seguir los pasos de su padre se quedó ciego en su infancia a causa de unas viruelas y ...

- Y ese otro bloque ¿de qué se trata? - manifestó ahora el Maestro con cara de resignación y de mala suerte.

- Pues, vamos a ver que pone: “Guillermo Machaut, obra del organista del Ars Nova francés”. Creo que tampoco te interesará mucho.

- Pues no. Déjame ver el primero, ese que habla sobre Francesco Landini, por lo menos su nombre responde a otra onomástica del santo. Y dices que fue hijo de un pintor. Tal vez encontremos algo más sobre ese asunto, y que me interese.

- Mira, salgamos un poco a la superficie. Tú te llevas ese bloque de legajos, y yo el de Guillermo Machaut. ¿Qué te parece? – dijo el fraile. Quizás, arriba lo veamos todo con otros ojos.

Una vez arriba ambos varones examinaron más al detalle los legajos encontrados abajo en el frío y oscuro sótano.

- Recopilemos, – continuó diciendo el monje – resumamos, pues, lo más importante e interesante que dicen los papeles, estos documentos que el tal Bernardino anotó y nos legó de sus viajes cuando fue recorriendo Francia e Italia, desde la Corte Papal de Avignón, donde debió de residir varios años, hasta llegar aquí, a este monasterio de la Santa Trinitá en Florencia.

- Observa lo que dice el mío, - comentó el maestro Ghirlandaio, y prosiguió – escucha lo que cuenta sobre este Francesco Landini:

“Aparte de su nacimiento en Florencia hacia 1325, y de su dramática enfermedad en la infancia que le privó ser pintor como su padre y como yo mismo, dice que fue en Italia un famoso compositor e inspirado

músico que redactó numerosas obras del canto y de baladas, que fue un hábil y experto organista, que aunque ciego fue considerado como el mejor, y el que tenía el toque más rápido, aunque conservando el compás, y fue muy diestro y dulce en sus melodías, admirado en toda la región, ( y dirigiéndose a su compañero de búsqueda le dijo en plan irónico):Creo que te hacia buena competencia a ti, fray Filippino. Y fue organista de esta iglesia y monasterio de La Trinidad entre los años de 1361 y 1365. Y compositor de más de 140 “ballatas”, que no sé que son, y de 13 madrigales que sí sé lo que son. Pero, -dice - que no escribió música sacra, es curioso”.

- No es tan curioso - atestiguó el monje. En aquella época lo que se llevaba era la música profana, la de las cortes y la privada. Aunque coexistían ambas. Eso que tú, con perdón, no entiendes, te diré que las “baladas”, o “ballatas” como te dice el legajo, eran como canciones que se cantaban cuando se bailaba en cortes y en los palacios, o en celebraciones y festividades.

- Pues sigo pensando que era un mundo al revés.

- Bueno no tan al revés. Dios dijo que no tiene que estar tan reñido el placer y el deleite del hombre con sus poemas, sus músicas o sus artes pictóricos o arquitectónicos, con los fines de la procreación. Todo debe servir para la gloria, y para la honra de Dios.

- Efectivamente, yo también así lo creo - dijo el pintor. Mis escenas bíblicas o históricas están plasmadas en los frescos con acontecimientos cotidianos, con eventos vividos hoy en día. Mis personajes son hombres y gentes que deambulan y van por las calles y las ciudades de hoy mismo, en

esta Florencia del Trecento, con sus vestimentas diarias y elegantes, con sus prendas y mobiliario actuales. Así los veo yo también.

- Pues bien, - respondió el organista franciscano - ya lo he visto en tus pinturas. Escucha y mira lo que dice Bernardino de Avignón sobre aquel Guillermo Machaut, músico insigne y novedoso del denominado “Ars Nova”, allá en la Francia del Trecento, que fue el no va más de la música y de las canciones de su época. Un hombre que vivió entre los años de 1300 hasta el 1377, sobre todo en la ciudad de Reims, de donde fue un clérigo muy reputado y célebre. Que tuvo por mecenas a reyes y a nobles de la corte, amén de ser canónigo de la catedral de Reims. Pero, escucha, lo que cuenta aquí luego:

Machaut fue el primer compositor que recopiló sus obras completas, con sus baladas, motetes y canciones, y con un valor de artista individual y reconocido. Y en sus pulcros e iluminados manuscritos anotó toda su producción artística musical. Un hombre singular y extraordinario, hasta tal punto que a la edad de sesenta años se enamoró profundamente de una joven admiradora, llamada por unos Peronne, y por otros Pierrette d’Armentières, con la que sostuvo además una larga relación epistolar y poética dentro del amor cortés de la época, al modo de Petrarca, autor al que conoció en su estancia en Italia, en uno de sus viajes. Además dedicó a su amada Peronne, uno de sus más bellos libros, el titulado, “Le Voir Dit”, dicho de otro modo, “El decir verdadero”, como colofón a una vida dedicada a escribir sus poemas antes de ponerles música, y que su mayor felicidad era – dice - poner música dulce y agradable a los sentidos a esos bellos poemas literarios.

- ¡Pues, mira qué bien! - contestó Ghirlandaio - ¡y qué listo e inteligente fue ese hombre!, el Amor debe estar por encima de todos, de las consideraciones sociales y de las ataduras de la Iglesia.

\*\*\*\*\*

- Creo que a Dios le gustará más el amor, la paz y la felicidad que el odio, las guerras y las venganzas – se decía para sí el maestro pintor Ghirlandaio -. La vida no debe ser pesimista y triste, debe prevalecer la dicha y la felicidad, me gusta y me encanta el Trecento. Los Papas y los obispos eran más libres e independientes, aunque vivieran en Avignón o en Roma, y la moral era más abierta y laxa, porque era un tiempo de más libertad, autonomía y franqueza, donde lo privado y lo profano estaba casi por encima de lo religioso y lo sacro, aunque no enfrentados sino como dos mundos diferentes e independientes que saben convivir sin dañarse uno al otro. Y eso era positivo, bueno y agradable, a todos los habitantes de las ciudades. La imposición, el dogmatismo y el absolutismo deberían en todas las épocas estar desterrados del lenguaje y de la vida.

- Sí, pues este compositor del “Ars Nova” – dijo Filippino de Bologna – además de baladas, motetes y rondós y más de 280 poemas líricos, compuso también una excelente misa a “Nuestra Señora” que fue un ejemplo para misas posteriores. ¡Qué tiempo aquel de la Corte de Avignón! Tan denostado por algunos, por los de siempre, por aquellos que quieren imponer una verdad absoluta, un dogmatismo a ultranza a los demás, para seguir mandando ellos siempre. ¡Pero, en cambio, no miran

los resultados positivos que tuvo ese periodo de la historia, en esta parte de Italia y Francia, por su carácter abierto, libre, más risueño, menos penitente, más feliz y menos inquisitorial

-Pues escucha para terminar,- concluyó el Maestro Pintor de los frescos de la Trinitá - lo que se dice del buen conciudadano Francesco Landini, del célebre compositor ciego florentino: Era tan buen organista, tan buen intérprete que un día cálido de primavera, cuando el sol estaba en lo más alto del firmamento, -cuenta Giovanni da Prato en un poema narrativo - las gentes le invitaron a competir con su talento musical, estando todos solazando entre la verde arboleda de un jardín, con unos cantos alegres y melodiosos de miles de cantarines pájaros que entonaban sus melódicos trinos en lo alto de las ramas y florestas con sus lenguajes propios, ininteligible para la mayoría de los humanos.

Y la apuesta era la siguiente: ¡Toca Francesco, el órgano, como tú sabes hacerlo de bien, para saber y anotar si el sonido de tu órgano hace aumentar o disminuir los cantos celestes de los pájaros!

¡Eh ahí, la apuesta y la competición establecida!

¿Cómo responderían los miles de pájaros allí reunidos con sus cánticos y sus trinos armoniosos?

Francesco, el músico ciego, comenzó de inmediato el concierto que él sabía improvisar como nadie. Y cuenta la historia que sucedió algo prodigioso, maravilloso. ¡Un milagro!

Cuando los acordes musicales de Landini inundaron el ambiente fresco y natural de los jardines, y los melodiosos sonidos de ciego alcanzaron las

copas de los frondosos árboles, e inundaron con sus sonidos, cual maravillosa vegetación que llena de fragancia los cálidos alrededores de un bosque, con cientos de armónicos sonidos lanzados al viento y al azul del cielo, y entrecruzándose con diversos trinos por doquier, y los cientos de mensajes cruzados y entonados por las aves y los pájaros que revoloteaban por las copas de las verdes ramas, como si fuera una grácil sinfonía de un magistral autor desconocido. Y he aquí, que en un momento determinado y concreto, callaron de súbito sus trinos las aves de los árboles, y hubo un silencio de repente en sus gorjeos como si las alegres y animadas campanas de la catedral de Nuestra Señora de las Flores de Florencia en un día de Fiesta callasen y se silenciaran, dando repentinamente paso a un angustioso silencio, a un bloqueo de sus sonidos, o como a un mudo milagro acaecido en tiempos de san Francisco de Asís, donde todos los presentes sintieran el total silencio en sus venas.

Y así sucedió en aquellos momentos que hasta los pájaros que competían con el organista Landini callaron, como mudos personajes de comedia, y asombrados por los sonidos del ciego se reunieron más alrededor del gran organista, escuchando embelesados durante un rato su música celestial como bajada del cielo por los ángeles, y como semejante a aquel acontecimiento del santo de Asís, cuando de la misma manera las aves del cielo escuchaban atentas las santas predicaciones del fraile Francisco, para ofrecer como un don del cielo a todos los asistentes los misterios insoldables del Supremo Creador.

Entonces en el instante de un segundo, cuando nadie se los esperaba, comenzó un fuerte y armonioso trinar del cielo, con intensos gorjeos y



cantarines melodías, mostrando por su parte un intenso e inconcebible deleite, un profundo placer en la competición musical, y que a modo de Juicio de Salomón quedó en tablas como una partida de ajedrez, y donde un confiado y alegre ruiseñor se posó en una rama cercana y por encima del órgano de Landini, para escuchar como un ángel del cielo las palabras musicales de aquel semidiós de la música, los extraordinarios sonidos de aquel príncipe de los ciegos, y de los músicos del “Trecento”, en aquel maravilloso siglo y en aquella bella región italiana llamada “La Toscana”.

\*\*\*\*\*

Pasada esa primera fiebre de emocionada lectura, el entusiasmo derivó en que ambos, cultos y eruditos varones, continuasen leyendo y divirtiéndose con las anécdotas y pormenores que aquellos viejos legajos les ofrecía.

Cada uno se volvió a lo suyo, a lo que le gustaba y al arte que dominaba.

Así el fraile Filippino de Bologna aparte de continuar con sus sesiones de ensayos y de acompañamiento musical, de deleite placentero para todos los sentidos, prosiguió el estudio de aquellos sabios e ilustres compañeros de profesión, célebres organistas, insignes compositores, con sus aparejos de todo tipo de composiciones musicales como madrigales, baladas, motetes, canciones o polifonías corales, que sacaba lo mejor de ellos, bien del francés Machaut, o bien del italiano Landini, sintiendo lo eternamente

armónico y grato al oído, y dando agradables sensaciones de deleite espiritual y de frescura musical al ambiente del templo religioso.

Mientras, por otro lado, Ghirlandaio, subido al andamio de los frescos pictóricos, con sus hermanos y ayudantes, meditaba las escenas que iba componiendo en sus frescos de la vida de san Francisco de Asís.

“En el lado derecho estará el comitente Sassetti, junto con su joven hijo Federico; en el medio y junto a él, su patrón, Lorenzo de Medici, seguido por Antonio Pucci, que es el personaje actual que está más cerca del Papa Honorio III, quien recibe a san Francisco de Asís y a sus hermanos de la congregación para darles el manuscrito de la aprobación de la Orden religiosa. Enfrente, y en el lado opuesto, están los otros tres hijos de Sassetti.

En primer término, vemos también aparecer a los dos hijos de Lorenzo el Magnífico, Piero y Giovanni, que suben las escaleras encabezados por el tutor, erudito y humanista Agnolo Poliziano, acompañado este por el sobrino de Lorenzo, de nombre Giuliano.

En la representación de esta escena franciscana, trasladada físicamente desde Roma a Florencia, veremos al fondo y a la izquierda, el Palacio de la Signoria, y enfrente y al fondo la “Loggia dei Lanzi”, con gentes hacendosas que pasan por la mencionada plaza florentina”.

La música de órgano de Filippino sonaba en aquel momento, suave, dulce, frágil, casi ensimismada en ella misma. La nave de la iglesia rezumaba soledad, y como un silencio celestial. Hay, metafóricamente, ciertas burbujas de aire que se encaraman a lo alto de los pilares del templo como nieve en las cimas de las altas montañas, como petrificadas en el

tiempo, respondiendo a las ideas humanísticas y sensoriales, que revolotean por todo el recinto: paz, alegría, recuerdos y nostalgias, serenidad, aroma de grandeza, y emoción por querer buscar la felicidad, aunque esta se esconda en las hondas raíces del alma humana o entre los cimientos de aquel templo sacro.

El Renacimiento está encima de nosotros. No hay que buscar en la oculta piel del cielo para encontrarlo. El Trecento se va, se ha ido. El “Quattrocentto” está, y camina seguro y diáfano. El arte literario, pictórico, arquitectónico, musical, ha ganado la batalla, la batalla de la confianza, la esperanza y la inteligencia. Y el amor al ser humano se ha impuesto por encima del valor religioso. Aunque los valores de ambas concepciones, la terrenal y la sagrada, coexistirán en el tiempo y en el espacio. Pero otra época nueva es la que se avecina. La que impondrá su colorido y su actitud apasionada a la textura de la naturaleza humana.

FINAL

\*\*\*\*\*

Por José Luis Escudero Vázquez.

Escrito en León, en el mes de abril de 2014

FIN

POSDATA.

En el bloque de legajos y documentación encontrados por el Fray Filippino de Bologna en los archivos de la Biblioteca de la Santa Trinitá, en Florencia, se encontró un manuscrito, probablemente del propio Maestro francés llamado Guillaume de Machaut, en el que por vergüenza o moralidad, (el original es el que se muestra aquí aparte ), o bien porque no supo dónde o cómo incluirlo, o quizás no logró introducirlo a tiempo en su libro de “La voir dit”, ( Libro del verdadero decir) dedicado a la joven doncella Peronne, ferviente admiradora suya, y damisela de corte, de la que el clérigo Machaut de Reims estaba muy enamorado en su edad adulta, y del cual se lee aquí con veneración como si fuera un escrito lleno de poética sensualidad y admirable amatoria.

Joven criatura esta de Peronne, a la que Machaut hacía también el amor cortés, epistolario y platónico, como era obvio en aquellos tiempos de Petrarca, Dante o Boccaccio, cada uno de ellos con su amor a cuesta y latiendo en su corazón, cargado cortésmente con su amor perenne y con su compañía del alma, como lo fueron, Laura, Beatriz o Fiammeta, respectivamente, de esos afamados literatos italianos del “Estilo Nuevo”.

Estamos en el Trecento, (el “mille trecento” para los italianos), ese siglo XIV que fue para muchos lugares de la Tierra y para otras gentes el inicio de un nuevo renacer.

**Q) DÉCIMO NOVENO CÍRCULO CONCÉNTRICO DEL TRECENTO**

MADRIGALES Y SONETO

(Madrigal cortés: a \*\* - a\*\* - a\*): 1-2-3-4-5-6-7-8.

MADRIGALES DE FCO. MACHAUT PARA LA JOVEN DONCELLA  
LLAMADA PERONNA

**“A MI EDAD UN TESORO ES TENERTE JUNTO A MÍ”**

1º Madrigal:

A mi edad, bello es, Peronne, estar junto a ti.

Como la grácil y roja amapola está junto al trigo dorado por el sol

Crecido en la tierra del pan que da el cereal.

---

A mi edad es un goce y placer el sentir junto a ti

Que el sonido de la música baja y sube a través de un cielo sutil

Alternando luz y pasión, fuego y bonita oración.

---

A mi edad es como un "deleite de amor" el verte a ti

Porque tu ser es mi sentir, y tú eres mi grata musa Euterpe.

---

2º Madrigal:

A mi edad es un tesoro el sentirte junto a mí

Como agua fresca y limpia del río salvaje que corre en la montaña

Abrazando con su murmullo las riberas sagradas de tu cuerpo aún en flor.

+++++

A mi edad, Peronne, tú eres un madrigal cantado junto a mí

Recorriendo tu fresca figura como salida de verdes praderas entre fuentes  
y cañaverales

Admirando tu dulzura y tu cintura, como inquieta abeja pegadiza libando  
en una flor.

+++++

A mi edad es una fortuna el tenerte junto a mí

Pues tú eres mi alma, mi fuente de agua pura y mi alegre ruiseñor.

---

3º Madrigal:

## LAS DONCELLAS TOSCANAS

---

A mi edad, Peronne, eres una linda canción que suena para mí

Anunciando tu belleza, sensación de una bondad, o como un sueño de amor

Sonriendo al viento con tu estimado ardor, cual el mejor suspiro de una sencilla flor.

\*\*\*\*\*

A mi edad, joven princesa, quiero siempre estar junto a ti

Porque tu gentil cuerpo me pide ir más allá de tu piel,

Del cielo un cálido color y sabor, del fuego la llama y la pasión.

\*\*\*\*\*

A mi edad la vida me pide estar junto a ti

Como el sauce llorón acoge al viento envolviéndole en su alma de caracol.

---

4º Madrigal:

A mi edad, yo, Guillaume de Machaut, enamorado de ti

Acudo a mi mente esperando que luzcas tu vestido cargado de primor

Y que mi corazón lata fecundo como espera cada día la suave luna al ardiente sol.

+++++

JOSÉ LUIS ESCUDERO VÁZQUEZ

A mi edad, ya el naciente sol sedujo a la luna para ti

Para que su misterio te embriagara de una suave canción

Soñando madrigales cargados de emoción.

+++++

Peronne, mi amor, escribo esta canción para ti

Para que sepas, en mi sufrir, cómo está de ardiente mi corazón de abril.

---

5º madrigal y coda final:

A mi edad todo mi corazón late por ti

Como la más bella melodía que te puedo escribir

Complicando la armonía y las etéreas voces cuál sonido celestial.

\*\*\*\*\*

A mi edad solo pienso naturalmente en ti

Sintiendo el sonido del órgano cuando se me abre tu amor

Suspirando en el silencio de ese soñado tiempo como un gran dolor.

\*\*\*\*\*

A mi edad mi espíritu te nombra sin cesar a ti

Y como los vientos envuelven los mares así tu alma lo hace a nuestro amor.



## LAS DONCELLAS TOSCANAS

---

\*\*\*\*\*

A mi edad solo soy yo por ti

Porque tú eres yo, para ser yo tú.

Y tus ojos serán mi luz

Y en tus sonrosadas mejillas anidará mi alma como colibrí en abierta flor.

Tu palpitante corazón que vive y está en mí

Acaricia tu mirada en mi sentir.

Solo de mi boca el beso estará en tus labios como una balada en alegre corazón.

Solo en el cielo seremos tú y yo.

Solo en el cielo estaremos sintiendo la música tú y yo.

A mi edad solo tú soy yo.

Solo yo te seguiré siendo tú.

PORQUE, AL FINAL,

¡A MI EDAD SIEMPRE SERÁ UN TESORO EL TENERTE JUNTO A MÍ!

Y releendo esta detallada composición

Te encontraré de nuevo amándote con esta sutil canción.

FIN

\*\*\*\*\*

Y FILIPPINO DE BOLOGNA SINTIENDO QUE EL CIEGO DE TRINITÁ, FRANCESCO LANDINI, estaba en cuestiones poéticas y de amores menos valorado o ensalzado, decidió hacerle por su cuenta estos versos, y dedicarle este breve y sencillo poema a su arte como de genial organista:

UN POEMA PARA UN CIEGO ORGANISTA

SONETO a Francesco Landini:

La ceguera es la virtud de este ciego

Ve donde otros no oyen sensible música

Oye donde hay recóndita túnica

Palpa donde la luz ve escrito pliego.

\*\*\*\*\*

Oye mejor que nadie lo que luego

La “balada” dice y la danza acústica

Ofrece al viento como voz melódica,

Y con el órgano al oído llevo.

\*\*\*\*\*

Ruiseñores acuden con melódico

Canto al jardín donde el sonido es arte

Y las sensaciones son juego armónico.

\*\*\*\*\*

Ritmo y fuego, y palpito al anunciarte

Como un compás o espejo polifónico

Inundando de notas, parte a parte.

\*\*\*\*\*

Final, León, abril de 2014

José Luis Escudero Vázquez

\*\*\*\*\*

## **R) VIGÉSIMO CÍRCULO CONCÉNTRICO DEL TRECENTO**

### **EPÍLOGO**

He querido acercarme al Trecento italiano y a la Toscana porque en primer lugar me gusta ese momento histórico con el nacimiento de una nueva visión, de una novedosa apuesta por la renovación y por el cambio en casi todos los niveles y categorías de una sociedad medieval en profunda y constante revisión.

En segundo lugar he sentido la querencia de la llamada al arte, a la literatura, a la historia, a la cultura en general de la época, porque me gusta y me siento alegre y dichoso tratando y contando numerosos temas y asuntos que me son placenteros, y me encantan tratar y narrar desde mi punto de vista y el de otros estimables e insignes personajes de la época.

En tercer lugar he querido a veces ofrecer textos y poemas que son fruto de mi imaginación, de mis conocimientos artísticos o literarios, o de mi gusto estético.

En cuarto lugar he querido mostrar en esos textos y escritos un fresco primor como de paisajes campestres toscanos, un desahogado entusiasmo de cierta sensibilidad franciscana, una naturalidad y sencillez en formas y contenidos que estuvieran también acordes con una exposición literaria y poética del Trecento italiano donde Dante, Petrarca y Boccaccio son los tres ejes fundamentales de aquellos periodos culturales cuando el humanismo estaba ya en las puertas de los ilustres pensadores y filósofos.

En quinto lugar he querido aunar y unificar la espontaneidad y destreza en los distintos relatos o narraciones, típica del hombre mediterráneo, con las nuevas manifestaciones que estaban casi entrando en Italia procedentes del norte de Europa, donde los artistas flamencos, franceses u holandeses, impondrían con posterioridad un nuevo paradigma de lo artístico, y también un auténtico y nuevo arte como lo sería luego con Masaccio.

Por estas páginas han desfilado artistas, artesanos, maestros y fervientes discípulos, colaboradores y aprendices de talleres como el de Giotto, donde a veces se confunden, y se difuminan gradualmente, donde está el maestro con sus diseños y colorismo, y dónde están sus discípulos o colaboradores con sus otras pinceladas.

He estructurado esta obra literaria en los bloques llamados de “Círculos Concéntricos del Trecento”, a la manera en que Dante los usó en la obra de la “Comedia” para caminar por sus diversas vías con Virgilio y Beatriz, y poder expresar cierta sensibilidad artística, y dar a conocer necesidades literarias, sociales o religiosas. Y con ello mostrar que los “Círculos Concéntricos” nos llevan a ver con ciertas fantasías los prodigios de aquellos tiempos medievales, o a divisar las cosas de maneras diferentes, con otras formas distintas o sensacionales, y cuando caminemos con inocencia o sabiduría por nuestras vidas y senderos sepamos ver o analizar las novedosas formas que la vida tiene con sus ángulos y perspectivas divergentes, y que giran como círculos concéntricos donde el infinito de la divinidad es un gran símbolo y la meta a alcanzar por los humanos.

La obra del Trecento estaría incompleta si no viésemos también la mano de esos artistas bizantinos, que como hieráticos pintores egipcios casi apenas evolucionaron en varios siglos, pero donde su huella ejemplar, plástica y

romántica, todavía se puede apreciar en sus modelos y en sus rasgos o facciones anatómicas de toda la vida.

En fin, para no numerar más los epígrafes diré que he querido hacer una novela – Doncellas en la Toscana”- subtitulada “Viaje al corazón del cielo”, porque viaje es toda la vida, siempre recorriendo caminos, senderos, valles y montañas, campos y ciudades, para encontrar o alcanzar la felicidad o la dicha aquí en la Tierra, sabiendo los problemas, dificultades, abismos y dramas por los que hemos de pasar. Y cómo según las creencias y vivencias medievales, y principios del nuevo renacimiento que se avecinaba, deberíamos ir al cielo, de ahí que también sea un trayecto para ir en el Juicio Final al Paraíso prometido.

No olvidemos que ahora vivimos en el siglo XXI, pero los pensamientos, conocimientos y maneras de ser y de estar en aquellos lejanos siglos difieren mucho, y recalco lo de muchísimo, porque no podemos ver ni analizar con los ojos de ahora mismo, lo que otros ojos humanos, otras miradas, otras sensaciones y pensamientos fueron en el Trecento. Sensaciones, sentimientos y emociones tan diferentes de nuestras miradas u observaciones actuales, tan distintas nuestras visiones de la vida, que siempre nos enfrentaremos a analizar y enjuiciar aquellos siglos como algo oscuro y desconocido, y cuyas vivencias no obedecen a los cánones del siglo de la Tecnología Moderna, y a nuestras mentes tan llenas de otros síntomas y otras huellas.

“Los tiempos cambian” como diría Lorenzo de Medici. Pero como dijeron los antiguos griegos el agua que lleva cada río o afluente siempre es distinta y tiene otro sabor, otra transparencia y otro aroma de la que pasará poco después.

Por otro lado he querido hacer una novela colectiva, a veces anónima y despiezada en bloques, donde los protagonistas seamos todos, tanto profesores, escritores o los artistas, como las gentes del pueblo, o los pintores, poetas, músicos, artesanos, literatos, que lleven la impronta de la originalidad, pues la creación es un acto natural y sorprendente además de rico, glorioso, aunque lleno también de soberbia y vanidad.

Gracias a mis profesores de la Universidad de León, en la Facultad de Filosofía y Letras, agradecimientos sobre todo a los que han impartido las distintas materias y asignaturas del Grado de Historia del Arte, que tantas y tan buenas cosas nos han enseñado con su docencia: conocimientos, pensamientos y actitudes para las prácticas y experiencias artísticas, materias que nos han dado a conocer y para asimilar por nuestras mentes. Sin ellos toda esta novela literaria, y quizás histórica, una especie de Caja de Pandora donde cabe todo: arte, literatura, teatro y poesía, música y leyendas, cuentos y versos, pintura y escultura, arquitectura y orfebrería, etc., no tendría otro significado.

¡Tantas cosas han cambiado desde el Trecento, en aquel misterioso y desconocido siglo XIV, donde sobre todo la fe y la religión cristiana con sus Obispos, Papas y eclesiásticos imponían un modo de vida distinto al que ahora tenemos en pleno siglo XXI!

Un periodo aquel de insufribles y trágicas guerras, de despiadas y crueles enfermedades como la Peste Negra de 1348, o las traiciones y enemistades de unos bandos guerreros con otros, que hacían imposible progresar a un pueblo deprimido, miserable, masacrado por unos y por otros, infeliz en gran parte de su atariada vida, y donde, a pesar de todo, en un espacio de tiempo y de lugar, unos magníficos artistas y literatos hicieron nacer y comenzar a florecer la grandeza de la creación artística y literaria.

Tantas cosas han cambiado que hasta la “Comedia”, o llamada después “Divina Comedia”, de Dante Alighieri, escrita en tercetos encadenados, con unos versos maravillosos y magistrales, ahora en plenos siglos XX o XXI se han transcrita a una prosa contemporánea, y aunque eso esté bien, no por ello yo quiero dejar de reivindicar aquellos maravillosos versos que Dante Alighieri, o también Francesco Petrarca, ofrecían a los sabios oyentes y al pueblo llano con lo mejor de la literatura de aquel lejano tiempo.

La iglesia y los monasterios jugaron un papel primordial en muchos de los acontecimientos que tuvieron lugar en aquella época, por eso quiero también mostrar o manifestar que sin muchos de aquellos hombres religiosos o eclesiásticos no seríamos lo que ahora somos en la civilización humanística europea.

Tres pilares fueron esenciales, aparte de los consabidos literatos, Dante, Petrarca y Boccaccio, en aquel Trecento italiano, del que me considero un apasionado seguidor, y un incansable admirador de unos tiempos también antaño gloriosos y espléndidos. Estos tres pilares, tan verticales y básicos, fueron por un parte, Francisco de Asís en la religión, y los contemporáneos Dante en literatura y Giotto en la pintura, que serán claves para entender toda esta novela que apuesta por la novedad y originalidad en sus episodios o capítulos, así como en su contenido y forma literaria.

No podríamos entender la pintura de Giotto sin un san Francisco de Asís. No podríamos comprender el misterio de la Divina Comedia de Dante sin las historias de Florencia y de la Toscana en aquella época.

No podríamos comprender bien el arte gótico internacional con sus imponentes catedrales y obras artísticas sin acudir a los monumentos italianos del final del Medievo. Ni podemos imaginarnos al Trecento sin la



maestría y el genio no solo de Cimabue y Giotto sino también con el esfuerzo y primor de un Duccio, Simone Martini o con los hermanos Lorenzetti, etc., con aquellas extraordinarias magias de color y armonía, sin aquellas suavidades y delicadezas de sus imágenes y cuadros pictóricos.

En fin, en un mundo como el de hoy en día, donde la belleza y la antibelleza son caras de la misma moneda, donde lo económico y comercial prima por encima de la estética y de sentimiento religioso y artístico, vemos que aquel periodo histórico del Trecento italiano, lleno de otros empujes, otras vivencias, otras necesidades vitales, otras fuerzas religiosas o guerreras, nos hacen sentir que cada momento vivido es diferente, que cada espacio de tiempo nos sabe a distinto sabor, a nuevas sensaciones naturales u oníricas, a recordar que en la diversidad está lo bello, lo apasionado, lo diferente.

El nuevo periodo del “Quattrocento” nos abrirá otras páginas desconocidas, y espero que una nueva configuración me abra personalmente el camino para otra novela, para así hacernos creer que no solo este tiempo contemporáneo del siglo XX o del XXI sea el único que experimentó con la ciencia, el arte, la religión, la economía y las distintas culturas, sino que también aquel otro lejano tiempo fue también - cuando todavía los siglos siguientes no existían - muy superior, impresionate y lleno de paladines, maravillas y pleno de sensibilidad artística, literaria y religiosa, tal vez igual o mejor que muchas cosas de ahora mismo nos ofrecen y nos sirven de guía y modelo.

Solo tenemos que descubrirlos y conocerlos, y veremos que todos los seres humanos somos pequeños ante la grandeza de la Naturaleza, ante los magníficos, extraordinarios y geniales artistas o literatos, pintores,

escultores o arquitectos, músicos o poetas, de otros tiempos, ante el espejo imborrable de nuestros antepasados y de nuestras anteriores generaciones.

Solo unos ojos abiertos al mundo, unas inocentes miradas sin prejuicios ni altivas soberbias o vanidades, en todas sus facetas y visiones, nos harán comprender que la verdad está en todas las cosas, que la sabiduría se encuentra en los átomos, en las estrellas y en nosotros mismos. Y que el Bien, la Bondad o la Belleza son patrimonios de todos, y hasta de Dios, para aquellos que creen en la Resurrección de las almas y de los cuerpos en el Juicio Final.

FINAL.

León, a 4 y 5 de agosto de 2015

José Luis Escudero Vázquez

\*\*\*\*\*

**S) VIGÉSIMO PRIMER CÍRCULO CONCÉNTRICO DEL TRECENTO**

**SONETO FINAL**

**“EL QUATTROCENTO QUE VIENE”**

Hojas son y de verdes esperanzas  
Como frescos rumores de alma y viento  
Que inundan las praderas con aliento  
Sonando bien en río Arno, y no a chanzas.

\*\*\*\*\*

Masaccio la paleta en mezclanzas  
Nacen figuras de un Renacimiento  
Nuevos seres, figuras, Quattrocento,  
Mil enjambres de abejas como lanzas.

\*\*\*\*\*

JOSÉ LUIS ESCUDERO VÁZQUEZ

Pléyades de pintores como cielos

Cantan con sus pigmentos, sensaciones

Que descubren las luces de humanismo.

\*\*\*\*\*

Arquitectos, poetas, por los suelos

De la Toscana van como oraciones

Naciendo paraísos de lirismo.

\*\*\*\*\*

\*\*\*\*\*

León a 6 de agosto de 2015, jueves.

José Luis Escudero Vázquez

**FINALE DEL FIN**

**ÍNDICE**

“LAS DONCELLAS DE LA TOSCANA”

“VIAJE AL CORAZÓN DEL CIELO”

Los Veintiuno Círculos Concéntricos del Trecento

DE JOSÉ LUIS ESCUDERO VÁZQUEZ

**PRIMERA PARTE DE LA NOVELA**

“En el manantial de la Universidad Legionense”

CAPÍTULO I .....	Página 2.
CAPÍTULO II .....	Página 7
CAPÍTULO III .....	Página 11
CAPÍTULO IV .....	Página 16
CAPÍTULO V .....	Página 20
CAPÍTULO VI .....	Página 24
CAPÍTULO VII ....	Página 29
CAPÍTULO VIII ....	Página 34
CAPÍTULO IX .....	Página 38
CAPÍTULO X .....	Página 41
CAPÍTULO XI .....	Página 45
CAPÍTULO XII .....	Página 49
CAPÍTULO XIII ....	Página 54
CAPÍTULO XIV ....	Página 58

CAPÍTULO XV .... Página 64  
CAPÍTULO XVI .... Página 71  
CAPÍTULO XVII .... Página 75  
CAPÍTULO XVIII ... Página 81  
CAPÍTULO XIX ..... Página 86  
CAPÍTULO XX ..... Página 89  
CAPÍTULO XXI .... Página 91  
CAPÍTULO XXII..... Página 95  
CAPÍTULO XXIII.....Página 99.  
CAPÍTULO XXIV....Página 104  
CAPÍTULO XXV.... Página 116  
CAPÍTULO XXVI....Página 124

FIN de la PRIMERA PARTE

## **SEGUNDA PARTE DE NOVELA**

**LOS CÍRCULOS CONCÉNTRICOS DEL TRECENTO.....** Página 133

### **A) PRIMER CÍRCULO CONCÉNTRICO**

“LA VOZ DE LA PINTURA” Por Annine Garaccini

Página 139

### **B) SEGUNDO CÍRCULO CONCÉNTRICO**

“LA VOZ DE LA NATURALEZA” Por Marianella Santís

Página 148

### **C) TERCER CÍRCULO CONCÉNTRICO**

“LA LEYENDA DE LA CIUDAD DE AREZZO” Por Layrici Kubrick

Página 152

### **D) CUARTO CÍRCULO CONCÉNTRICO**

“EL PINTOR USURERO” Por Carmelo Miguélez

Página 165

## **E) QUINTO CÍRCULO CONCÉNTRICO DEL TRECENTO**

“EL CAMPANILLE DE GIOTTO” por Albalinde Estébanez

Página 173

## **F) SEXTO CÍRCULO CONCÉNTRICO DEL TRECENTO**

LA HISTORIA DEL “MAESTRO DE ISAAC” Por Jota Ele Wenceslao

Página 179

## **G) SÉPTIMO CÍRCULO CONCÉNTRICO**

“POEMAS DEL TRECENTO” Por el Maestro Manetto, de la  
Escuela Universitaria Sienesa.

Página 195

## **H) OCTAVO CÍRCULO CONCÉNTRICO DEL TRECENTO**

“LEYENDA DEL MONJE AMBROSINO Y LA DAMA SECRETA”

POR AMAIA TURIEL, colaboradora de la Univesidad de León.

Página 219

## **J) NOVENO CÍRCULO CONCÉNTRICO DEL TRECENTO**

MANUSCRITO ANÓNIMO DE FINALES DEL SIGLO XIV. Juicio Final

Recopilado por el “Universitas”.Universidad de León

Página 235

## **J) DÉCIMO CÍRCULO CONCÉNTRICO DEL TRECENTO**

EL UNIVERSO CELESTE EN LA PINTURA DE GIOTTO

Textos originales de Jota Ele Vázquez. Universidad de León

Página 245

\*\*\*\*\*

## **TERCERA PARTE DE LA NOVELA**

**K) UNDÉCIMO CÍRCULO CONCÉNTRICO DEL TRECENTO** TEATRO DEL  
TRECENTO POR EL GRUPO ITALIANO DE LA UNIVERSIDAD DE PISA  
“ESTUDIO UNIVERSITARIO DEL CAVALIERI”  
PRELUDIO E INTRODUCCIÓN   Página..... 253

**L) DUODÉCIMO CÍRCULO CONCÉNTRICO DEL TRECENTO**  
OBRA DE TEATRO EN SEIS ACTOS: “LOS AMANTES DE SIENA”  
Página ... 264

\*\*\*\*\*

### **CUARTA PARTE DE LA NOVELA**

**LI) DÉCIMO TERCER CÍRCULO CONCÉNTRICO DEL TRECENTO**  
ALEGORÍA DEL BUEN Y MAL GOBIERNO DE AMBROGIO LORENZETTI  
  
Página... 333

**M) DÉCIMO CUARTO CÍRCULO CONCÉNTRICO DEL TRECENTO**  
LIRAS AL PINTOR SIMONE MARTINI  
Página... 337

**N) DÉCIMO QUINTO CÍRCULO CONCÉNTRICO DEL TRECENTO**  
UNA CIUDAD EN EL TIEMPO: PISTOIA  
Página... 340

**Ñ) DÉCIMO SEXTO CÍRCULO CONCÉNTRICO DEL TRECENTO**  
CANCIÓN LIBRE A LOS “PISANO”  
Por Paolo Rinaldi de la Universidad de Pisa  
Página... 403

**O) DÉCIMO SÉPTIMO CÍRCULO CONCÉNTRICO DEL TRECENTO**  
LUCCA. LA URBE DEL DIAMANTE DORADO.  
Por José Luis y Juli  
Página... 411



**P) DÉCIMO OCTAVO CÍRCULO CONCÉNTRICO DEL TRECENTO**

EL ÚLTIMO CUENTO DEL DECAMERÓN

Por Cesáreo Amigo, profesor de la Universidad de León.

Página... 421

**Q) DÉCIMO NÓVENO CÍRCULO CONCÉNTRICO EL TRECENTO**

MADRIGALES Y SONETO

Página... 445

**R) VIGÉSIMO CÍRCULO CONCÉNTRICO DEL TRECENTO**

EPÍLOGO

Página... 452

**S) VIGÉSIMO PRIMER CÍRCULO CONCÉNTRICO DEL TRECENTO**

SONETO FINAL: "EL QUATTROCENTO QUE VIENE"

PÁGINA ... 459

**ÍNDICE GENERAL:**

PÁGINA ... 461

FINAL

